ARTHUR CONAN DOYLE

Sherlock Holmes

Relatos 2

Traducciones de JUAN CAMARGO

El presente volumen recoge las tres colecciones de relatos que completan en canon holmesiano: *El regreso de Sherlock Holmes* (1907), *Su último saludo* (1917) y *El archivo de Sherlock Holmes* (1927). Tras volver de una muerte que nunca tuvo lugar, Holmes sigue resolviendo los casos más complicados. En «La aventura de la caja de cartón», por ejemplo, debe encontrar al remitente de un horrible paquete que contiene dos orejas humanas. En otras ocasiones, tiene que impedir sucesos casi inevitables, como en «Su último saludo», donde una peligrosa arma no puede caer en manos del enemigo a las puertas de la Gran Guerra. O en «La aventura de la melena de león» donde él mismo narra, mientras disfruta de un merecido retiro en Sussex, cómo atrapó a un extraño animal homicida.

Esta edición, que se abre con un estudio introductorio de Andreu Jaume, pretende homenajear el empeño editorial de Esther Tusquets, cuyo proyecto de publicar el canon holmesiano quedó interrumpido. Juan Camargo, experto en novela de masas europea y americana, ha completado la labor traductora.

Arthur Conan Doyle

Sherlock Holmes, Relatos 2

Penguin Clásicos 0

ePub r1.1
Atonic 19.06.16

Título original: *The return of Sherlock Holmes*, (1907), *His Last Bow*, (1917), *The Case Book of Sherlock Holmes*, (1927)
Arthur Conan Doyle, 1907
Traducción: Juan Camargo
Diseño de cubierta: Yolanda Artola

Editor digital: Atonic
ePub base r1.2

INTRODUCCIÓN

La era victoriana fue uno de los períodos históricos europeos más fértiles en el alumbramiento de mitos artísticos y literarios, evidente en la universalidad alcanzada por algunos personajes de Dickens, por la Alicia de Lewis Carroll o en la incansable fascinación que siguen ejerciendo los Jekyll y Hyde de Stevenson, el Drácula de Bram Stoker o el joven Dorian Gray, ese Fausto doméstico con el que Oscar Wilde supo dramatizar la enfermedad esteticista de su época. Ninguno de ellos, de todos modos —con la excepción del vagabundo de Chaplin, tal vez el último icono victoriano, surgido de la bruma del siglo XIX para proyectarse en el mundo entero merced a la misma eclosión técnica que terminaría por matarle, imponiéndole la maldición de la voz—, acertó a levantar el fervor popular de Sherlock Holmes, un personaje cuyo principal misterio, como dijo T. S. Eliot, asiduo lector de las aventuras del detective, reside en que cada vez que hablamos de él caemos en la fantasía de su existencia. Hace ya mucho tiempo que Holmes y Watson dejaron de habitar el mundo imaginativo de la literatura y, casi desde su mismo nacimiento, empezaron a operar en un proteico imaginario común que aún les permite presentarse en cualquier momento histórico y a instancias incluso del más ridículo de los profesionales del espectáculo, a pesar de lo cual nadie consigue nunca destruir o banalizar su intempestivo encanto.

Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930) pertenece a esa familia de escritores —la que va de Daniel Defoe a Ian Fleming— que tuvieron que resignarse a la fortuita emancipación de sus personajes, condenados a servirles y a ser eclipsados por su sombra, reducidos casi al anonimato. Durante toda su vida se esforzó por reivindicar otras obras suyas, como las novelas históricas, sin que nadie le hiciera el menor caso. Ni siquiera le fue aceptada —tampoco tuvo el coraje de permitírselo— su última potestad

como autor, la de matar a su detective, y se vio obligado en cambio a librarle de la muerte, ya para siempre y por orden de los lectores, preparando así su ingreso en el limbo que todavía habita.

Conan Doyle nació en Edimburgo, aunque descendía de irlandeses católicos. El severo alcoholismo de su padre propició que fuera educado por unos tíos acaudalados que le costearon una buena formación, primero en la escuela de Stonyhurst y luego en la facultad de medicina de su ciudad natal, donde conoció al doctor Joseph Bell, un cirujano experto en psicología criminal que de vez en cuando impartía seminarios a los estudiantes y cuyo método deductivo fue motivo de inspiración para dibujar los principales rasgos intelectuales de Sherlock Holmes. Durante sus años universitarios sufrió una crisis espiritual que culminó en la ruptura con el catolicismo familiar, cambiado de pronto por el espiritismo y las ciencias ocultas, también por la masonería, algo muy habitual en Inglaterra. Parece increíble que el creador de la mente más lógica y empírica del mundo victoriano tuviera esa debilidad por la parapsicología y las *séance*, por mucho que fueran muy habituales en su época, pero lo cierto es que el esoterismo se convirtió, desde la muerte de su padre, en el único consuelo que supo encontrar para soportar las pérdidas que sufrió a lo largo de su vida. En sus últimos años llegó incluso a dar crédito a la farsa inventada por una niñas que se fotografiaron con unas hadas de papel.

En 1874 tuvo la suerte de ver a Henry Irving en el papel de Hamlet, en Londres, una interpretación que le impactó tanto como el descubrimiento de la capital británica, cuya atmósfera, ya arquetípica, de calles adoquinadas con retumbar de cascos de caballo y luz de farola atenuada por niebla húmeda es prácticamente un invento suyo, consecuencia de ese primer y contagioso deslumbramiento. Entre 1880 y 1881 tuvo la oportunidad de viajar por mar, en calidad ya de médico, primero a bordo de un ballenero que faenaba en Groenlandia y luego en un carguero con el que conoció la Costa de Oro africana. Tras hacer prácticas en Plymouth, decidió cursar la especialidad de oftalmología en Viena, para instalarse luego como oculista en Londres. Pero como nadie acudía a la consulta, se vio obligado a cultivar su vocación literaria e inventar a Holmes para mantener a su familia, que era numerosa puesto que se casó dos veces. Con su primera esposa, Mary

Louise, tuvo dos hijos. Y cuando enviudó consiguió contraer matrimonio con un antiguo amor, Jean Elizabeth Leckie, con quien tuvo tres hijos más. Kingsley, el mayor de los varones, murió en 1918, malherido en la batalla del Somme. Como tantos padres victorianos —Kipling, por ejemplo, o el ilustrador Cecil Aldin—, Conan Doyle vio cómo el mundo de ensueño y policromía que su generación había inventado para sus hijos se convertía en un campo de horror durante la guerra que inauguró el siglo XX. Sherlock Holmes es, de alguna manera, uno de los frutos de esa ingenuidad, al que ahora volvemos para hacernos la ilusión de que no ocurrió lo que vino después.

Sherlock Holmes es fruto de unas influencias literarias muy concretas. Para empezar, es hijo, inevitablemente, de Edgar Allan Poe, en particular del Auguste Dupin de *Los crímenes de la calle Morgue*, por mucho que el propio Holmes se muestre displicente con su colega en *Estudio en escarlata*. Conan Doyle también leyó muy provechosamente a Wilkie Collins, fijándose sobre todo en su sargento Cuff —modelado a su vez a partir de Jack Whicher, el detective de Scotland Yard que investigó uno de los casos más truculentos de la época, el asesinato de un niño de tres años, el pequeño de la familia Kent, siendo la principal sospechosa su hermana Constance— y por supuesto a Robert Louis Stevenson —buen amigo tanto de Doyle como del doctor Bell—, de quien admiró sus *New Arabian Nights*, en especial «The Adventure of the Hansom Cab», que le sirvió como patrón para los relatos de Holmes así como para la caracterización de algunos rasgos de Watson. Asimismo, Conan Doyle importó, de una manera muy deliberada, a pesar de su disimulo, muchas de las innovaciones que en el campo de la literatura policíaca había llevado a cabo el escritor francés Émile Gaboriau, principalmente en *Monsieur Lecoq*. Y además de Dickens, a quien veneraba, leyó con reverencia a Henry James, tratando de emular su contención estilística y su hondura psicológica. A este respecto, tuvo la honestidad de admitir que la admiración no bastaba para transmitir el talento.

En un principio, el detective tenía que llamarse Sherringford Hope, pero, afortunadamente (¿cuál hubiera sido su fortuna con semejante nombre?), Conan Doyle lo fue transformando poco a poco, primero

robándole el apellido a Oliver Wendell Holmes, un médico y criminólogo experto en tabacos al que admiraba mucho, y luego dando con el nombre gracias, quizá, al violinista Alfred Sherlock, entonces de cierta fama. Su primera aparición tuvo lugar en la novela *Estudio en escarlata*, publicada en 1887, pocos meses antes de que los periódicos informaran de los primeros asesinatos de Jack el destripador en Whitechapel, una sincronización casi inverosímil. Ahí se fundaron las bases del mito: el encuentro entre Watson y Holmes y la común decisión de compartir piso en el 221 B de Baker Street, el papel de Watson como particular Boswell de Holmes, las excentricidades del detective, como su extraña y caprichosa cultura —aunque su pretendida ignorancia es muchas veces una pose calculada para desconcertar a su amigo y biógrafo—, rica en conocimientos de química, de cenizas de tabaco, de literatura sensacionalista, notable en cuestiones de anatomía y bastante profunda en música, donde destaca como intérprete aficionado del violín. A partir de entonces, Holmes y Watson van a formar una pareja ideal de amigos y colaboradores, una relación sólo interrumpida durante unos años por el matrimonio de Watson. Con el tiempo, nos vamos enterando de algunos aspectos oscuros de la personalidad de Holmes, como su tendencia a la depresión —sobre todo cuando no hay casos intrigantes que resolver— y su adicción, duramente reprobada por Watson, a la cocaína, que se inyecta con la célebre solución del siete por ciento.

Tras el considerable éxito de *Estudio en escarlata*, Conan Doyle publicó en febrero de 1890 *El signo de los cuatro*, una segunda novela con el mismo protagonista, en la revista *Lippincott's* —la misma donde aparecería *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde—, pero el verdadero salto a la fama de Sherlock Holmes tuvo lugar con «Escándalo en Bohemia», el primer relato que la revista *Strand* lanzó en julio de 1891 y que convirtió al detective en inmensamente popular de la noche a la mañana. El *Strand*, una revista mensual, sería pionera en muchos aspectos. Fue, por ejemplo, la primera en llevar ilustraciones, algo decisivo a la hora de consolidar el mito de Holmes. La imagen estereotipada del detective —con su pipa de yeso, su gorra de doble visera y su abrigo Ulster— es obra tanto de Doyle como de Sidney Paget, el ilustrador de la revista, que además se basó en su hermano

Walter, también dibujante, para dar rostro a Holmes, otorgándole una prestancia y un atractivo que no están tan claros en el texto. Pero da igual, lo excepcional de las historias de Sherlock Holmes es que trascendieron inmediatamente el campo de la literatura para ingresar en un imaginario popular que le ha seguido dando vida en el cine, la animación y las series televisivas. Aunque quizá el género que más se le ajusta sea el relato, lo cierto es que cuando uno lee el canon de Holmes se olvida, si es un lector exigente, de las habituales demandas formales, deponiendo la atención crítica por obra del encanto instantáneo que ejerce el personaje, que diluye de inmediato las limitaciones de su autor. A diferencia de los relatos y las novelas de Henry James, que pocas veces han resistido la adaptación al cine —hasta tal punto dependen del estilo, de las astucias del punto de vista, de la morosidad de su *tempo*, así como de la conciencia de sus personajes—, las historias de Conan Doyle utilizan la ficción literaria como espacio dramático constitutivamente arbitrario.

La irreversible emancipación del personaje se puso de manifiesto cuando Conan Doyle quiso darle muerte en «El problema final», donde acaba por precipitarse en las cataratas de Reichenbach, abrazado al profesor Moriarty. Era diciembre de 1893 y la publicación del relato creó una conmoción sin precedentes. Cientos de jóvenes se pusieron crespones negros en el sombrero y más de veinte mil lectores cancelaron su suscripción al *Strand*. El príncipe de Gales —el incorregible Bertie, futuro Eduardo VII—, que en toda su vida sólo leyó las historias de Holmes, estaba desolado, lo mismo que su madre, la reina Victoria, ya de suyo mortecina. La desaparición de Holmes duró diez años, hasta que regresó, por presiones populares y económicas, en «La aventura de la casa deshabitada», donde se explica su ausencia, el período que entre los devotos de Holmes se conoce como «el gran hiato». Poco antes, en 1901, año de la muerte de Victoria, ya había publicado una nueva novela con el detective, *El perro de los Baskerville*, la más célebre, aunque estaba todavía ambientada en fechas anteriores a su presunta muerte. La resurrección de Holmes constituyó, de hecho, el necesario rito de paso para su definitiva mitificación, una naturaleza que le ha permitido vivir en la imaginación occidental sin tener que rendir cuentas a ninguna convención biográfica.

Conan Doyle ya nunca se atrevió a concretar el deceso de su criatura y se permitió tan sólo retirarlo en una pequeña granja de Sussex, dedicado a la filosofía y la apicultura, pero siempre disponible para una nueva variación de su propia leyenda. En su segunda vida, Sherlock Holmes ya habita un mundo tópicamente holmesiano, entregado sin matices a su leyenda, un poco como don Quijote en la segunda parte de su novela.

Una de las características definitorias del canon protagonizado por Sherlock Holmes es que constituye un universo cerrado y siempre vivo, habitado por una comparsa que uno reencuentra siempre con una felicidad pueril, sin esfuerzo y de un modo inmediato. El apartamento que comparten los dos amigos, con los dormitorios contiguos y la sala de estar que les sirve también de estudio y comedor, siempre llena de humo de tabaco y rumor de chimenea, es uno de los espacios más cálidos, acogedores y seguros que un lector puede encontrarse a lo largo de su vida. Desde allí, Holmes y Watson observan el mundo del crimen y del delito que se oculta bajo el puritanismo de la sociedad victoriana. En casa les acompaña siempre el calor maternal de Mrs. Hudson, la casera y eventual ama de llaves. Y afuera, además de todos los delincuentes que alimentan los enigmas por resolver, hay algunos personajes indisociables del mito, como el profesor Moriarty, la verdadera hipóstasis del mal y contrafigura del propio Holmes, cuya fallida muerte intentó ser una metáfora de esa lucha esquemática y fácil entre lo luminoso y lo oscuro que encarnan las dos inteligencias privilegiadas.

De la vida de Holmes sabemos muy poco, tan sólo que tal vez nació un 6 de enero de 1854, que descendía de *country squires*, de terratenientes con pruritos aristocráticos, que estudió química y que tiene dos hermanos, de los que sólo conocemos a Mycroft, que según el propio Holmes tiene aún mayores capacidades intelectuales y deductivas, sólo que las ha invertido en tareas oficiales, sirviendo al gobierno como asesor. Mycroft es además fundador del club Diógenes, que reúne a los más severos misántropos de Londres, incapaces de tolerar a sus semejantes pero aficionados a la lectura de periódicos, por eso en el club no se puede hablar, so pena de expulsión fulminante. A Moriarty y a Mycroft habría que añadirles el inspector Lestrade de Scotland Yard, el representante de la ley, siempre incapaz de resolver por sus medios los casos que Holmes dilucida. Y también a los

maravillosos Baker Street Irregulars, el grupo de chicos pobres que el detective tiene a su servicio como informantes.

Todo es extraordinariamente amable en el mundo de Holmes, incluso la idea de peligro, concebida precisamente para conjurar y olvidar el verdadero espanto, lo mismo que la noción de bien, que casi nunca es problemática. Aunque pertenecen a la misma época, no podemos imaginarnos a Holmes y Watson enfrentándose a los asesinatos de prostitutas a manos de Jack el destripador, que son demasiado terribles. La pareja tampoco hubiera podido soportar el ambiente de *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James, cuyo espeluznante final revela, sin que ella misma llegue a percatarse, el perturbado estado mental de la institutriz y narradora. Pero aun así, a pesar de esa cualidad típicamente victoriana de cierto estado inocuo de la imaginación —perceptible también en las historias de Kipling y Stevenson, en la poesía de Robert Browning, en el ingenio de Oscar Wilde, en los diseños y el socialismo de William Morris o en el esteticismo virginal de John Ruskin—, Sherlock Holmes posee una radicalidad que a veces le confiere una humanidad compleja capaz de sacudir la rigidez del mito.

Sherlock Holmes se construye como arquetipo gracias a una serie de dobles que afilan su singularidad. Para empezar está el doctor Watson, su biógrafo, médico de profesión, herido de guerra y en definitiva un tipo normal que llega a casarse. Ya hemos dicho que Moriarty es su contrafigura maligna, del mismo modo que Mycroft es su imagen invertida, incluso desde un punto de vista físico —es como Sherlock pero en gordo— como lo es Lestrade en el campo de la criminología. Frente a todos ellos, Holmes opone su soledad y su independencia, su voluntaria exclusión de la vida burguesa y política que encarnan sus compañeros, hasta el punto de renunciar a cualquier asomo de vida sentimental —sobre todo después del desengaño con Irene Adler en «Escándalo en Bohemia», uno de los mejores relatos del canon—, a cualquier recompensa o reconocimiento, a cualquier concesión que comprometa su libertad mental. Su afición a la cocaína es el síntoma más hondo de esa dualidad que le constituye y que denuncia su incapacidad para soportar su propia lucidez cuando no la distrae con misterios aparentemente irresolubles, lo mismo que su gusto por la música

alemana —algo en realidad muy poco inglés—, un arte racionalmente irreductible que le sirve como alivio a su esclavitud empírica. Es precisamente en lo menos aparente y virtuoso de su personalidad, en el vaivén entre el ascetismo y las drogas, entre la matemática del crimen y la fuga de la música, en esa renuncia al mundo que sólo se permite diseccionar para no tener que vivirlo, donde late un dolor nunca explicado que da vida a su máscara.

La cultura inglesa ha producido, en la modernidad, la más sólida alternativa a la mitología cristiana entre todas las que conforman la tradición europea. Desde que en el Renacimiento quedaron desplazados, lentamente y por causas políticas, los asuntos sacros, la literatura anglosajona empezó a generar una imaginería —tensada por un pacto lógico que a su vez desata monstruos en el sótano— que pronto aspiró a la universalidad hasta alcanzar, sobre todo en el siglo XX, una indisputable hegemonía. Fue el resultado de una fuerza que empezó con los tapices verbales de Edmund Spenser, siguió con la revolución de Marlowe y Shakespeare, con la concreción emocional de los poetas metafísicos, la épica de Milton, los viajes de Defoe y Swift, la eclosión de la novela a manos, sobre todo, de Richardson, Fielding y Sterne, se complicó luego con la insurgencia religiosa y estética de Blake, con la incomodidad ante su propio éxito de un lord Byron, hasta llegar así, sin solución de continuidad, a la plenitud del siglo XIX, con los Browning y los prerrafaelitas, Dickens y Thackeray, George Eliot y las Brontë, Henry James y Conrad. A diferencia del resto de países europeos, Inglaterra ha conseguido además mantenerse en un constante equilibrio político, sobre todo después de la restauración carolina, con la revolución gloriosa, cuando se sentaron las bases de su moderna monarquía parlamentaria, evitando todas las convulsiones sufridas en el continente desde la Revolución francesa. Quizá por ello, el incansable *revival* de la estética victoriana, llevado a veces hasta extremos embarazosos, no sea más que una manera de intentar llenar el vacío que, en tantos ámbitos, se abrió en el siglo XX, cuya expresión literaria y artística es ya intraducible al gusto popular, porque es insoportable. Los casos de Holmes están para nosotros en las parábolas de Kafka. Por la misma razón, el vagabundo de Chaplin, como último icono victoriano, no pudo, después

de ser confundido con Hitler en *El gran dictador*, soportar el siglo y tuvo que ser ejecutado por su autor en *Monsieur Verdoux*, donde al final de la película camina resignado hacia la guillotina por haber tenido que ganarse la vida matando viudas.

El regreso al canon de Sherlock Holmes tiene muchas implicaciones de diverso orden, muy elocuentes con respecto al estado del imaginario colectivo. La más aceptable y bella es que procura el mismo consuelo que la música religiosa, crea una ilusión de comunión y totalidad —el crepitar del fuego en la sala llena de humo, el frío afuera lamiendo los cristales, Watson emborronando cuartillas y Holmes tocando el violín—, restaura una idea del mundo, aquieta nuestro universo moral y nos devuelve el paraíso de la inocencia.

ANDREU JAUME

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición en tres volúmenes de toda la obra protagonizada por Sherlock Holmes incluye sólo lo que se conoce como el canon, es decir, las cuatro novelas y los cincuenta y seis relatos cuya autoría se puede atribuir sin duda a Sir Arthur Conan Doyle. Para la fijación y la traducción de los textos nos hemos basado en *The Penguin Complete Sherlock Holmes*, Londres, Penguin, 2009.

A lo largo de los años han ido saliendo posibles textos adicionales —el último en 2015— sin que hayan podido ser autorizados con seguridad, por lo que hemos decidido excluirlos. Al fin y al cabo, como decía Marianne Moore, «las omisiones no son olvidos».

El presente volumen reúne las tres últimas colecciones de relatos de Sherlock Holmes. *El regreso de Sherlock Holmes* incluye los relatos publicados en la revista *Strand*, con ilustraciones de Sidney Paget, entre 1903 y 1904, siendo luego editado en forma de libro en 1905 y en Nueva York. En el primero, titulado «La aventura de la casa deshabitada», se cuenta la reaparición de Holmes, que había sido dado por muerto en «El problema final». *Su último saludo*, el libro donde Watson anuncia el retiro de Holmes, contiene siete relatos, cinco de los cuales fueron publicados en el *Strand* entre 1908 y 1913. *Su último saludo* se publicó en la revista americana *Collier's* en 1917. «La aventura de Wisteria Lodge» fue publicado por el *Strand* como «Una reminiscencia de Sherlock Holmes», dividido en dos partes. Finalmente el libro se publicó en 1917. *El archivo de Sherlock Holmes* reúne los doce últimos relatos protagonizados por el detective y que habían salido en el *Strand* entre 1921 y 1927. El libro se publicó en 1927, tres años antes de la muerte de Conan Doyle.

Esther Tusquets (1936-2012), inolvidable escritora y editora, empezó a traducir todo el canon en 2004 para la desaparecida editorial RqueR. Su

espléndido trabajo fue una de las últimas manifestaciones de su rigor y de su buen gusto, tan afín a la atmósfera que se respira en estos relatos. Quede también esta edición como homenaje a su memoria. Tusquets no pudo traducir, cual hubiera sido su deseo, todo el canon, trabajo que ha concluido brillantemente Juan Camargo (1978), profesor y editor, que ha traducido todos los relatos incluidos en este volumen.

A. J.

SHERLOCK HOLMES

RELATOS 2

El regreso
de Sherlock Holmes

LA AVENTURA DE LA CASA DESHABITADA

En la primavera del año 1894, todo Londres estaba interesado —y la gente de buen tono, consternada— por el asesinato del ilustre Ronald Adair, ocurrido en las más extraordinarias e inexplicables circunstancias. El público estaba ya al corriente de aquellos detalles del crimen que se habían divulgado durante la investigación de la policía, pero en aquella ocasión se había suprimido una gran parte porque, para la fiscalía, el caso era de una evidencia tan abrumadora que no era necesario dar a conocer todos los hechos. Solo ahora, casi una década después, se me permite proporcionar los eslabones perdidos que completan aquella singular cadena de sucesos. El crimen tenía interés en sí mismo, pero ese interés no era nada para mí comparado con una inconcebible consecuencia que me causó la mayor impresión y sorpresa que haya experimentado en mi azarosa vida. Incluso ahora, después de este largo lapso de tiempo, me estremezco al pensarlo, y siento una vez más esa repentina oleada de alegría, asombro e incredulidad que inundó mi mente por completo. Déjenme decirle a ese público que ha mostrado interés en esos atisbos que, en ocasiones, le he ofrecido de los pensamientos y acciones de un hombre muy singular que no debe reprocharme que no haya compartido lo que sabía, pues hubiera considerado mi primer deber hacerlo si no me lo hubiera impedido una prohibición tajante de sus propios labios: hasta el 3 del mes pasado no me fue levantada.

Como pueden imaginarse, mi estrecha relación con Sherlock Holmes había hecho que me interesara sumamente en el crimen y que, tras su desaparición, nunca dejara de leer con cuidado los diversos problemas que se dan a conocer al público. Y que incluso tratara más de una vez, para mi propia satisfacción, de emplear sus métodos en la resolución de esos casos, si bien con mediocres resultados. No obstante, no hubo ninguno que me

resultara más llamativo que la tragedia de Ronald Adair. A medida que leía los informes de la investigación, que conducían a un veredicto de asesinato con premeditación contra una persona o personas desconocidas, me daba cuenta con mayor claridad de lo que nunca lo había hecho hasta entonces de la pérdida que la sociedad había sufrido con la muerte de Sherlock Holmes. Había puntos en este extraño asunto que, estoy seguro, lo hubiesen atraído, y los intentos de la policía se hubiesen visto complementados o, con más probabilidad, anticipados por la avezada capacidad de observación y la perspicacia de la mente del primer criminalista de Europa. A lo largo del día, haciendo mi ronda de visitas, le daba vueltas al caso en la cabeza y no encontraba explicación alguna que me pareciera adecuada. A riesgo de repetir lo ya sabido, resumiré los hechos tal y como llegaron el público al término de la investigación.

El ilustre Ronald Adair fue el segundo hijo del conde de Maynooth, en aquel momento gobernador de una de las colonias australianas. La madre de Adair había regresado de Australia para someterse a una operación de cataratas, y ella, su hijo Ronald y su hija Hilda vivían juntos en el 427 de Park Lane. El joven, que frecuentaba lo más granado de la sociedad, no tenía, hasta donde sabemos, enemigos ni vicios particulares. Había estado prometido con la señorita Edith Woodley, de Carstairs, pero habían roto el compromiso de mutuo acuerdo unos meses antes, y no había indicio de que eso hubiese acarreado ningún sentimiento demasiado profundo. Por lo demás, la vida de este hombre giraba en torno a un círculo de personas reducido y convencional, pues era de costumbres tranquilas y naturaleza desapasionada. Con todo, fue a ese joven y acomodaticio aristócrata al que le sobrevino la muerte de una forma muy extraña e inesperada entre las diez y las diez y veinte horas de la noche del 30 de marzo de 1894.

Ronald Adair era aficionado a las cartas, a las que jugaba constantemente, pero nunca apostaba hasta tal punto que le causase un perjuicio. Era miembro del club de cartas Baldwin, del Cavendish y del Bagatelle. Quedó probado que el día de su muerte después de cenar había estado jugando una partida de *whist* en el último de los susodichos clubes. También había estado jugando allí por la tarde. El testimonio de aquellos que habían estado jugando con él —el señor Murray, sir John Hardy y el

coronel Moran— demostró que el juego era el *whist* y que las cartas habían estado bastante repartidas. Adair debió de perder unas cinco libras, pero no más. Su fortuna era considerable y tal pérdida no le hubiese afectado en absoluto. Había estado jugando casi cada día en uno u otro club, pero era un jugador prudente y solía ganar. Se descubrió por estos testimonios que, de hecho, con el coronel Moran como pareja les había llegado a ganar cuatrocientas veinte libras en una mano unas semanas antes a Godfrey Milner y a lord Balmoral. Esto fue lo que se reveló sobre su pasado reciente tras la investigación.

La noche del crimen volvió del club a las diez en punto. Su madre y su hermana habían salido a pasar la tarde con un pariente. La criada declaró que lo había oído entrar en el salón de la segunda planta, el cual servía normalmente de sala de estar. Le había encendido la chimenea en esa habitación y, como esta se estaba ahumando, había abierto la ventana. No se oyó ningún ruido procedente de allí hasta las once y veinte, hora en que volvieron lady Maynooth y su hermana. Como deseaba darle las buenas noches, trató de entrar en la habitación de su hijo. La puerta estaba cerrada por dentro, y no obtuvieron respuesta alguna a los gritos y golpes que dieron en ella. Consiguieron ayuda y forzaron la puerta. Encontraron al desdichado joven tendido cerca de la mesa. Su cabeza había quedado espantosamente mutilada por una bala de revólver de fragmentación, sin embargo no se encontró arma de ninguna clase en la habitación. Encima de la mesa había dos billetes de diez libras y diecisiete libras y diez chelines de oro y plata; el dinero estaba dispuesto en pequeños montones de diferentes cantidades. Había también unos números en una hoja de papel con nombres de algunos amigos del club al lado, de lo que se presumió que antes de su muerte intentaba calcular sus pérdidas y ganancias a las cartas.

Un examen minucioso de las circunstancias solo sirvió para complicar más el caso. En primer lugar, no se había podido dar con la causa por la que el joven había cerrado la puerta por dentro. Cabía la posibilidad de que fuera el asesino quien lo hubiera hecho y de que después hubiese escapado por la ventana. Sin embargo, había una caída de veinte pies, por lo menos, y un macizo de azafranes en flor al final de esta. Ni las flores ni la tierra presentaban signos de haber sido removidas, ni había huella alguna en la

estrecha franja de césped que separaba la casa de la calle. Por lo tanto, aparentemente, había sido el joven quien había cerrado la puerta. Pero ¿cómo le había sobrevenido la muerte? Nadie hubiese podido escalar hasta la ventana sin dejar huellas. Supongan que un hombre hubiese disparado por la ventana, sería, ciertamente, un tirador excepcional aquel que pudiera infligir con un revólver esa herida letal. Por otra parte, Park Lane es una vía concurrida y hay una parada de coches de alquiler a menos de cien yardas de la casa. Nadie oyó ningún disparo. Y, a pesar de todo, había un hombre muerto, y estaba la bala de revólver, que había estallado vertiginosamente, como lo hacen las balas de punta blanda, y había infligido así una herida que le había debido de causar una muerte instantánea. Tales fueron las circunstancias del misterio de Park Lane, que se complicaba todavía más por la ausencia total de motivo, puesto que, como he dicho, ni se le conocía enemigo al joven Adair ni se hizo intento alguno de quitarle dinero u objetos de valor de la habitación.

Le di vueltas a estos hechos todo el día, procurando dar con alguna teoría que pudiera conciliarlos todos, y encontrar esa ley del mínimo esfuerzo que mi pobre amigo había afirmado que era el punto de partida de toda investigación. Confieso que apenas hice progresos. Por la tarde, estuve paseando por el parque; cerca de las seis me encontraba en Oxford Street, al final de Park Lane. En la acera, un grupo de ociosos, todos con la mirada puesta en una ventana en concreto, me indicaron la casa que había ido a ver. Un hombre alto, delgado, con gafas oscuras, del que sospeché seriamente que era un policía de paisano, estaba explicando alguna teoría de su cosecha, mientras los demás se apiñaban a su alrededor para escuchar lo que decía. Me acerqué a él lo que pude, pero sus comentarios me parecieron absurdos, así que me alejé algo indignado. Al hacerlo, me topé con un hombre anciano y contrahecho, que se había quedado detrás de mí, y le tiré al suelo varios de los libros que llevaba consigo. Recuerdo que, mientras los recogía, miré el título de uno de ellos, *El origen del culto del árbol*, y se me ocurrió que aquel tipo debía de ser algún pobre bibliófilo que, ya fuera por negocio o por afición, era coleccionista de ejemplares raros. Traté de disculparme por el accidente, pero era evidente que esos libros que con tan poca fortuna había maltratado eran unos objetos muy preciados a ojos de su

propietario. Con un mueca de desdén, se dio media vuelta, y vi cómo su espalda encorvada y sus patillas blancas desaparecían entre la multitud.

Observar el número 427 de Park Lane apenas resolvió el problema que me interesaba. La casa estaba separada de la calle por un muro bajo con una verja que no tenía más de cinco pies de altura. Era muy sencillo, por lo tanto, meterse en el jardín, pero la ventana era completamente inaccesible, pues no había ninguna tubería ni nada que pudiera servirle ni al más ágil de los hombres para subir a ella. Más confuso que nunca, volví sobre mis pasos en dirección a Kensington. No llevaba ni cinco minutos en mi despacho cuando la doncella entró para decirme que una persona deseaba verme. Para mi sorpresa, no era otro que mi extraño y anciano coleccionista de libros: su rostro anguloso y arrugado me observaba enmarcado por su pelo blanco, y apretaba sus preciados ejemplares, al menos una docena de ellos, bajo su brazo izquierdo.

—Le sorprende verme, caballero —dijo con una voz extraña y ronca.

Le reconocí que así era.

—Bueno, caballero, tengo conciencia y, cuando por casualidad lo he visto viniendo hacia esta casa, mientras iba cojeando detrás de usted, he pensado para mí, voy a pasarme por su casa y así le hago una visita a ese amable señor y le digo que, si lo he tratado de manera un poco brusca, no ha sido con mala intención, y que le estoy muy agradecido por recoger mis libros.

—Le ha dado demasiada importancia a una nimiedad —dije—. ¿Puedo preguntarle cómo sabía quién era?

—Bueno, caballero, si no es tomarme demasiadas confianzas, soy vecino suyo, pues encontrará mi pequeña librería en la esquina de Church Street, y me alegrará mucho verle por allí, se lo aseguro. Tal vez usted mismo sea coleccionista, caballero; aquí tiene un *Aves británicas* y un *Catulo*, y un *La guerra santa*…, una ganga cada uno de ellos. Con solo cinco ejemplares podría rellenar ese hueco de la segunda balda. Parece desordenado, ¿no cree, caballero?

Volví la cabeza para mirar hacia la estantería que tenía detrás. Cuando me volví de nuevo, Sherlock Holmes estaba ante mí sonriéndome al otro lado de mi escritorio. Me puse en pie, lo miré durante unos segundos con

absoluto asombro, y, entonces, parece ser que debí de desmayarme por primera y última vez en mi vida. Sin lugar a dudas vi arremolinarse una niebla gris ante mis ojos y, cuando se despejó, me encontré con el cuello desabrochado y el cosquilleante regusto del brandy en mis labios. Holmes se inclinaba sobre mi silla, con la botella en la mano.

—Mi querido Watson —dijo aquella voz inolvidable—, le debo mil disculpas. Ni se me había pasado por la cabeza que le afectaría tanto.

Lo agarré del brazo.

—¡Holmes! —exclamé—. ¿De verdad es usted? Pero ¿será posible que esté vivo? ¿Cómo logró salir escalando de ese horrible abismo?

—Espere un momento —dijo—. ¿Está seguro de que está lo bastante repuesto como para hablar de alguna cosa? Le acaba de provocar una grave conmoción esta reaparición mía tan innecesariamente teatral.

—Estoy bien, pero, efectivamente, Holmes, apenas puedo creer lo que ven mis ojos. Por Dios bendito, ¡pensar que usted, usted y no otro, se encontraría en mi despacho!

Lo agarré de nuevo por la manga y noté bajo ella su brazo delgado y nervudo.

—Bueno, en cualquier caso, no es un fantasma —le dije—. Mi querido amigo, qué alegría más grande verle. Siéntese y cuénteme cómo salió vivo de esa terrible sima.

Se sentó frente a mí y se encendió un cigarrillo con su desenfado de siempre. Llevaba la raída levita del vendedor de libros, pero el resto de ese individuo se hallaba en el montón de pelo blanco y libros viejos de encima de la mesa. Holmes parecía más delgado y vehemente incluso que antaño, pero había en su rostro aguileño una lividez que me decía que últimamente su vida no había sido saludable.

—Me alegra poder estirarme, Watson —dijo—. No es ninguna broma para un hombre alto tener que quitarse un pie de su estatura durante varias horas. Ahora, mi querido compañero, en lo referente a esas aclaraciones, tenemos, si puedo pedirle su cooperación, una dura y peligrosa noche de trabajo por delante. Quizá fuese mejor que le diera cuenta de toda la situación cuando terminemos este trabajo.

—Tengo muchísima curiosidad. Lo cierto es que preferiría oírlas ahora.

—¿Vendrá conmigo esta noche?

—Cuando quiera y a donde quiera.

—Igual que en los viejos tiempos. Tendremos tiempo para tomar algo de cenar antes de la hora de irnos. Bueno, entonces, vamos con esa sima. No tuve una gran dificultad en escapar de allí por la mera razón de que nunca estuve en ella.

—¿Nunca estuvo en ella?

—No, Watson, nunca estuve en ella. La nota que le escribí a usted era absolutamente sincera. No me cupo duda de que había llegado al final de mi carrera cuando vi la figura un tanto siniestra del difunto profesor Moriarty de pie en el estrecho sendero que conducía a la salvación. Leí una determinación inexorable en sus ojos grises. Por eso, intercambié algunas impresiones con él y obtuve de él su caballeroso permiso para escribir la breve nota que recibió usted más tarde. La dejé con mi pitillera y mi bastón y caminé por el sendero, con Moriarty pisándome los talones todavía. Cuando llegué al final, me encontraba acorralado. No sacó ningún arma, pero se abalanzó sobre mí y me zarandeó rodeándome con sus largos brazos. Sabía que su juego había terminado, y solo tenía ganas de vengarse de mí. Estuvimos a punto de caernos juntos por el borde del precipicio. Tengo algunas nociones, no obstante, de *baritsu*, el arte marcial japonés, que me ha sido de mucha utilidad en más de una ocasión. Me zafé de su llave, y, con un grito espantoso, pataleó como un loco y dio zarpazos al aire con ambas manos. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo mantener el equilibrio y se cayó. Me asomé por el borde y vi cómo caía durante un largo trecho. Entonces chocó contra una roca y rebotó hundiéndose en el agua.

Escuchaba con asombro esta explicación, que Holmes hacía entre calada y calada a su cigarrillo.

—Pero ¡las huellas! —exclamé—. Vi con mis propios ojos que habían bajado dos personas por el camino y que no volvió ninguna.

—Sucedió como sigue. En el instante en que el profesor desapareció, me vino a la mente que el destino había puesto en mi camino una oportunidad verdaderamente extraordinaria. Sabía que Moriarty no era el único que me la tenía jurada. Había al menos otros tres cuyo deseo de

vengarse de mí no haría más que aumentar con la muerte de su líder. Todos ellos eran hombres muy peligrosos. Sin duda alguna, uno u otro me ajustaría las cuentas. Por otro lado, si todo el mundo estaba convencido de que estaba muerto, esos hombres bajarían la guardia, se expondrían a ser descubiertos, y, más tarde o más temprano, podría acabar con ellos. Sería entonces el momento de anunciar que todavía me encontraba entre los vivos. Tan rápido funciona el cerebro que creo que había meditado todo esto antes de que el profesor Moriarty hubiese alcanzado el fondo de las cataratas de Reichenbach.

»Me puse de pie y examiné la pared rocosa que tenía detrás. En su vívida relación de los hechos, que leí con gran interés unos meses después, afirma que era una pared cortada a pico. No era cierto, si hablamos de manera literal. Asomaban unos pocos asideros pequeños y se insinuaba alguna cornisa. El acantilado es tan alto que escalarlo todo era obviamente imposible y era, asimismo, inviable marcharme por el camino mojado sin dejar alguna huella. Podía, es cierto, haberle dado la vuelta a mis botas, como ya he hecho en ocasiones parecidas, pero ver tres pares de pisadas en una dirección sin duda hubiese hecho pensar que era un truco. Así que, en general, lo mejor era que me arriesgara a escalar. No fue plato de gusto, Watson. La catarata bramaba por debajo de mí. No soy una persona miedosa, pero le doy mi palabra de que me pareció oír cómo la voz de Moriarty me gritaba desde el abismo. Un fallo hubiese sido letal. Más de una vez, cuando aparecía en mi mano un puñado de hierba o se resbalaban mis pies en los huecos de la roca, pensé que estaba muerto. Pero subí trabajosamente hacia arriba, y al final llegué a una cornisa de varios pies de profundidad, cubierta con un musgo verde y mullido, donde pude tumbarme con la mayor comodidad. Allí estaba tendido cuando usted, mi querido Watson, y su séquito estaban investigando de la manera más conmovedora e ineficaz posible las circunstancias de mi muerte.

»Por fin, cuando todos ustedes hubieron sacado sus conclusiones, inevitables y completamente erróneas, se marcharon al hotel y me dejaron solo. Me había imaginado que había llegado al final de mis aventuras, pero un inesperado suceso me demostró que todavía me aguardaban más sorpresas. Una roca enorme, que había caído de arriba, pasó resonando por

delante de mí, chocó contra el camino y rebotó hacia el abismo. Por un instante, pensé que se trataba de un accidente, pero un momento más tarde, al mirar hacia arriba, vi la cabeza de un hombre contra el cielo cada vez más oscuro, y chocó otra roca contra la misma cornisa en la que estaba tendido, a menos de un pie de mi cabeza. Por supuesto, el sentido de aquello era obvio. Moriarty no había actuado solo. Un cómplice —e incluso ese único vistazo me había bastado para saber lo peligroso que era aquel cómplice— había estado vigilando mientras el profesor me atacaba. Desde la distancia, sin que lo viera, había sido testigo de la muerte de su amigo y de mi huida. Había esperado, y luego, tras dar un rodeo a la cima del barranco, había procurado tener éxito donde su camarada había fallado.

»No me llevó mucho tiempo pensar en ello, Watson. Volví a ver aquel rostro sombrío asomado por el barranco y supe que era el precursor de otro peñasco. Bajé a duras penas al sendero. No creo que hubiese podido hacerlo a sangre fría. Era cien veces más difícil que ascender. Pero no tenía tiempo de pensar en el peligro, pues otro peñasco me pasó silbando por el lado mientras colgaba con las manos del borde de la cornisa. A medio camino me resbalé abajo, pero gracias al cielo, fui a parar, hecho jirones y sangrando, al sendero. Eché a correr, hice diez millas por las montañas en la oscuridad, y una semana más tarde me encontraba en Florencia con la certeza de que nadie en el mundo sabía lo que había sido de mí.

»Solo confié en una persona: mi hermano Mycroft. Le debo mil disculpas, mi querido Watson, pero era crucial que se pensara que estaba muerto, y, con toda probabilidad, no hubiese escrito de manera tan convincente un relato de mi triste fin si usted mismo no hubiera creído que era cierto. En los últimos tres años he cogido varias veces la pluma para escribirle, pero siempre temí que su afecto por mí lo tentase a cometer alguna indiscreción que revelase mi secreto. Por eso me alejé de usted esta tarde cuando tiró mis libros, porque estaba en peligro en ese momento y cualquier muestra de sorpresa o emoción por su parte hubiese atraído la atención sobre mi identidad y causado resultados muy lamentables e irreparables. En cuanto a Mycroft, tuve que confiar en él con el fin de obtener el dinero que necesitaba. El curso de los acontecimientos en Londres no prosiguió tan bien como yo esperaba, pues, en el juicio de la

banda de Moriarty, se dejó a dos de sus miembros más peligrosos, a mis enemigos más vengativos, en libertad. Por ello viajé dos años por el Tíbet, y me distraje visitando Lhasa y pasando unos días con el líder de los lamas. Es posible que haya leído las singulares exploraciones de un noruego llamado Sigerson, pero estoy seguro de que nunca se le hubiese pasado por la cabeza que estaba recibiendo noticias de su amigo. Luego crucé Persia, me asomé a la Meca, y le hice una breve pero interesante visita al califa de Jartum, cuyos resultados le comuniqué al Ministerio de Exteriores. De vuelta a Francia, pasé algunos meses con una investigación sobre los derivados del alquitrán de hulla que dirigí en un laboratorio en Montpellier, en el sur de Francia. Como aquello había concluido satisfactoriamente y, además, me había enterado de que solo uno de mis enemigos había permanecido en Londres, empecé a pensar en regresar cuando entonces mis movimientos se precipitaron por las noticias de este misterio tan curioso de Park Lane, que no solo me atrajo por sus propios méritos, sino que parecía brindarme una excelente oportunidad personal. Me vine a Londres de inmediato, pasé en persona por Baker Street, le provoqué a la señora Hudson un violento ataque de nervios, y descubrí que Mycroft había conservado mis habitaciones y mis papeles exactamente como siempre habían estado. Así fue, mi querido Watson, como a las dos del día de hoy me encontraba en mi viejo sillón de mi vieja habitación, y solo deseaba poder ver a mi viejo amigo Watson en el otro sillón que tan a menudo ha honrado con su presencia».

Ese fue el extraño relato que escuché aquella tarde de abril —un relato que me hubiese resultado completamente increíble de no haber sido confirmado por la visión real de la figura alta y enjuta y el rostro afilado e impaciente, que nunca pensé volver a ver de nuevo—. De alguna manera se había enterado de mi propio pesar y su compasión se exteriorizaba más en su comportamiento que en sus palabras.

—El trabajo es el mejor antídoto contra la pena, mi querido Watson —dijo—, y tenemos uno para ambos esta noche que, si lo concluyéramos con éxito, justificaría la vida de un hombre en este planeta.

Le rogué, en vano, que me contara más.

—Oirá y verá bastante sobre ello antes del amanecer —me contestó—. Tenemos tres años del pasado por contarnos. Tendremos que conformarnos con hacerlo hasta las nueve y media, cuando comenzaremos con la notable aventura de la casa deshabitada.

En realidad, era como en los viejos tiempos, cuando, a esa hora, me vi sentado junto a él en un coche alquilado, con mi revólver en el bolsillo y el nerviosismo de la aventura en el corazón. Holmes estaba distante, adusto y silencioso. Cuando la luz de las farolas centelleaba sobre sus sobrias facciones, veía que fruncía el ceño absorto y tenía apretados sus finos labios. No sabía a qué fiera salvaje estábamos a punto de dar caza en la oscura selva del Londres criminal, pero estaba muy seguro, por el comportamiento de ese experto cazador, de que la aventura era una de las más serias, aunque la sonrisa burlona que de vez en cuando se abría paso entre su ascética melancolía no le auguraba nada demasiado bueno al objetivo de nuestra misión.

Me había imaginado que nos dirigíamos hacia Baker Street, pero Holmes detuvo el coche en la esquina de Cavendish Square. Observé que, mientras se bajaba, echaba un vistazo muy inquisitivo a derecha e izquierda, y en cada esquina ulterior se tomaba las mayores molestias para asegurarse de que no estaba siendo seguido. Desde luego, nuestra ruta era peculiar. El conocimiento de Holmes de los caminos menos frecuentados de Londres era extraordinario y en esa ocasión pasó velozmente y con paso seguro a través de una red de caballerizas y cuadras de cuya misma existencia nunca había sabido antes. Aparecimos por fin en una calle pequeña, bordeada por casas viejas, tétricas, que nos condujo a Manchester Street, y de allí a Blandford Street. Ahí dobló con rapidez por un pasaje estrecho, cruzó un portón de madera hacia un patio desierto y luego abrió con una llave la puerta trasera de una casa. Entramos juntos y la cerró tras nosotros.

El lugar estaba oscuro como boca de lobo, pero me pareció evidente que era una casa deshabitada. Las tablas del suelo desnudo chirriaban y crujían a nuestro paso, y, al estirar la mano, toqué una pared de la que colgaba el papel a jirones. Los dedos fríos y delgados de Holmes se cerraron alrededor de mi muñeca y me condujo hacia abajo por un largo vestíbulo, hasta que vi vagamente el borroso montante de abanico sobre la puerta. Ahí Holmes giró

de pronto a la derecha, y nos encontramos en una habitación amplia, cuadrada, vacía, con densas sombras en sus esquinas, pero débilmente iluminada en el centro por las luces del otro lado de la calle. No había ninguna farola cerca y la ventana estaba llena de polvo, así que solo podíamos distinguirnos el uno al otro allí dentro. Mi compañero puso su mano en mi hombro y sus labios cerca de mi oído.

—¿Sabe dónde estamos? —susurró.

—Sin duda esto es Baker Street —respondí mirando a través de la ventana opaca.

—Exacto. Estamos en Camden House, que se halla enfrente de nuestro antiguo alojamiento.

—Pero ¿por qué estamos aquí?

—Porque tiene una vista magnífica de ese pintoresco caserón. ¿Le importaría tomarse la molestia, mi querido Watson, de acercarse un poco más a la ventana, con todo el cuidado posible de no ser visto, y luego mirar hacia nuestra antigua vivienda, punto de partida de tantas de nuestras aventuras? Veremos si mis tres años de ausencia me han arrebatado mi capacidad de sorprenderle.

Avancé cautelosamente y miré enfrente, a la conocida ventana. Cuando mis ojos la encontraron solté un grito ahogado de asombro. La persiana estaba bajada, pero había una potente luz en la habitación. La sombra de un hombre que estaba dentro sentado en una silla se proyectaba con un contorno nítido y negro a través de la iluminada ventana. No cabía duda acerca del porte de la cabeza, la anchura de los hombros, lo marcado de las facciones. El rostro estaba medio vuelto y el efecto era el de una de esas siluetas negras que les gustaba enmarcar a nuestros abuelos. Era una reproducción perfecta de Holmes. Tan asombrado estaba que estiré la mano para comprobar que el verdadero estaba detrás de mí. Y allí estaba, estremeciéndose en silencio de la risa.

—¿Y bien? —dijo.

—¡Por Dios bendito! —exclamé—. Es increíble.

—Confío en que la edad no me pueda marchitar ni el hábito eche a perder mi infinita variedad[1] —dijo. Reconocí en su voz la alegría y el orgullo que el artista obtiene de su propia obra.

—La verdad es que se parece a mí, ¿no cree?

—Juraría que es usted.

—El mérito de la ejecución hay que reconocérselo a monsieur Oscar Munier, de Grenoble, quien tardó días en hacer el molde. Es un busto de cera. El resto lo he preparado yo mismo durante mi visita a Baker Street de esta tarde.

—Pero ¿por qué?

—Porque, mi querido Watson, tengo el motivo más poderoso que se pueda tener para desear que cierta gente piense que estoy allí cuando, en realidad, estoy en otra parte.

—¿Es que cree que están vigilando las habitaciones?

—Sé que están vigilándolas.

—¿Quiénes?

—Mis antiguos enemigos, Watson. La encantadora sociedad cuyo líder yace en la catarata de Reichenbach. Recordará que ellos y solo ellos sabían que todavía estaba vivo. Más tarde o más temprano creerían que volvería a mi casa. La vigilaban constantemente y esta mañana han visto que llegaba.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he reconocido a su vigía cuando he mirado por la ventana. Es un tipo bastante inofensivo, Parker de nombre, estrangulador de oficio y un notable intérprete de birimbao. Él no me preocupa en absoluto. Pero me preocupa mucho la persona, mucho más temible, que hay detrás de él, el amigo íntimo de Moriarty, el hombre que lanzaba las rocas por el barranco, el criminal más artero y peligroso de Londres. Ese es el hombre que va a por mí esta noche, Watson, y ese es el hombre que ignora por completo que andamos tras él.

Los planes de mi amigo se iban revelando poco a poco. Desde este cómodo refugio, los vigilantes podían ser vigilados, y los perseguidores, perseguidos. Esa angulosa sombra de allí arriba era el cebo y nosotros éramos los cazadores. Permanecimos en silencio en la oscuridad y vigilamos las apresuradas figuras que pasaban y volvían a pasar por delante de nosotros. Holmes estaba callado e inmóvil, pero diría que se encontraba en un estado de profunda alerta y que su mirada se clavaba intensamente en la corriente de transeúntes. Era una noche desapacible y tormentosa, y el

viento silbaba de forma estridente por la larga calle. Había mucha gente moviéndose de acá para allá, la mayoría envueltos en sus abrigos y corbatas. Una o dos veces creí haber visto la misma figura, me fijé en particular en dos hombres que parecían protegerse del viento en la entrada de una casa a bastante distancia calle arriba. Intenté atraer la atención de mi compañero sobre ellos, pero dejó escapar una breve exclamación de impaciencia y continuó observando la calle. Más de una vez movió nerviosamente los pies y golpeteó rápidamente con los dedos en la pared. Se me hizo evidente que empezaba a intranquilizarse y que sus planes no estaban resultando del todo como esperaba. Al final, al llegar la medianoche y despejarse poco a poco la calle, se paseó la habitación arriba y abajo presa de una incontenible agitación. Estaba a punto de hacerle algún comentario cuando levanté la mirada hacia la ventana iluminada y experimenté de nuevo una sorpresa casi tan grande como la anterior. Agarré el brazo de Holmes y señalé hacia arriba.

—¡Se ha movido la sombra! —exclamé.

De hecho, ya no era el perfil, sino la espalda, lo que aparecía ante nosotros.

Desde luego, tres años no habían suavizado las asperezas de su carácter ni su impaciencia ante una inteligencia menos despierta que la suya.

—Por supuesto que se ha movido —dijo—. ¿Acaso soy un ridículo chapuzas, Watson, tanto como para colocar un maniquí evidente y esperar que engañe a uno de los hombres más perspicaces de Europa? Hemos estado en esta habitación dos horas, y la señora Hudson ha hecho ciertos cambios en esa figura ocho veces, es decir, uno cada cuarto de hora. Los realiza desde la parte de delante, así que su sombra nunca puede ser vista. ¡Ah!

Respiró con una inspiración estridente y alterada. En la luz tenue vi cómo estiraba el cuello hacia delante, cómo todo su cuerpo estaba tenso por la concentración. Fuera, la calle estaba absolutamente desierta. Es posible que aquellos dos hombres aún estuvieran agazapados en la entrada, pero ya no podía verlos. Todo estaba silencioso y oscuro, exceptuando esa luminosa ventana amarilla situada frente a nosotros con la figura negra perfilada en su centro. De nuevo, en el absoluto silencio, oí aquella nota débil y sibilante

que sugería una excitación intensa y contenida. Un momento después tiró de mí hacia el rincón más oscuro de la habitación, y sentí la advertencia de su mano sobre mis labios. Los dedos que me apretaban estaban temblando. Jamás había visto a mi amigo tan nervioso, y, sin embargo, la calle oscura seguía extendiéndose solitaria y sin movimiento alguno ante nosotros.

Pero, de repente, tomé conciencia de lo que sus sentidos, más agudos que los míos, ya habían distinguido. Un ruido bajo, sigiloso, llegó a mis oídos, no procedente de Baker Street, sino de la parte de atrás de la misma casa en donde nos encontrábamos ocultos. Una puerta se abrió y se cerró. Un segundo después, unos pasos avanzaron lentamente por el pasaje —pasos que se suponían silenciosos, pero que retumbaban desagradablemente por la casa deshabitada—. Holmes se puso en cuclillas contra la pared y yo hice lo mismo, mientras cerraba mi mano en torno a la empuñadura de mi revólver. Escudriñando en la penumbra, vi la silueta de un hombre, una sombra más oscura que la oscuridad de la puerta abierta. Se quedó de pie durante un instante, y entonces se adentró lentamente, agachado, amenazante, en la habitación. Esa figura siniestra estaba a menos de tres yardas de nosotros, y me preparé para hacer frente a su ataque, antes de que me diera cuenta de que no tenía ni idea de nuestra presencia. Pasó junto a nosotros, caminó de forma sigilosa hacia la ventana y, de manera muy callada y sin hacer ruido, la levantó medio palmo. Mientras se dejaba caer a la altura de esa apertura, la luz de la calle, que ya no atenuaba el cristal polvoriento, dio de lleno en su rostro. Aquel hombre parecía fuera de sí de entusiasmo. Sus ojos brillaban como dos estrellas y sus facciones se movían convulsivamente. Era un hombre entrado en años, con una nariz fina y prominente, una frente amplia y despejada, y un enorme bigote entrecano. Se echó la chistera hacia atrás, y brilló a través de su abrigo abierto una pechera de etiqueta. Tenía el rostro demacrado y moreno, surcado por arrugas profundas y brutales. En la mano llevaba lo que parecía ser un bastón, pero, cuando lo depositó en el suelo, produjo un sonido metálico. Entonces, del bolsillo de su abrigo, sacó un objeto voluminoso, y se entregó en una tarea que culminó con un chasquido ruidoso y agudo, como si un resorte o un cerrojo hubiesen encajado en su lugar. Aún arrodillado en el suelo, se inclinó hacia delante y tiró con toda su fuerza y peso de una

palanca, lo que tuvo por resultado el que se oyera un ruido vertiginoso, chirriante, que terminó una vez más con un potente chasquido. Después se enderezó, y vi que aquello que tenía en su mano era una especie de arma, con una cantonera con una curiosa deformación. La abrió por la recámara, puso algo en esta e hizo un ruido seco con el cierre. Luego, poniéndose de cuclillas, apoyó el extremo del cañón en el alféizar de la ventana abierta, y vi su largo bigote inclinarse sobre la culata y el brillo de su ojo como si lo entrecerrase para ver por la mirilla. Oí un breve suspiro de satisfacción cuando se acomodó la cantonera en el hombro y vi aquel blanco asombroso, el hombre negro sobre fondo amarillo, que estaba claramente en su punto de mira. Por un momento se quedó rígido e inmóvil. Entonces su dedo apretó el gatillo. Se produjo un extraño y ruidoso zumbido, seguido de un prolongado tintineo de cristales rotos. Y, en ese instante, Holmes se abalanzó como un tigre sobre el tirador y lo lanzó de bruces contra el suelo. Este se puso en pie de nuevo al instante y, con una fuerza incontenible, cogió a Holmes de la garganta, pero lo golpeé en la cabeza con la culata de mi revólver y volvió a caer en el suelo. Me lancé sobre él, y, mientras lo sujetaba, mi camarada sopló por un silbato de manera estridente. Se oyeron pasos que corrían por la acera, y dos policías de uniforme más un inspector de paisano entraron en tromba por la puerta delantera y llegaron a la habitación.

—¿Es usted, Lestrade? —dijo Holmes.

—Sí, señor Holmes. He decidido encargarme yo mismo. Me alegro de verle de vuelta en Londres, señor.

—Creo que necesita un poco de ayuda extraoficial. Tres asesinatos en un año no habrán pasado inadvertidos, Lestrade. Aunque para el misterio de Molesey se las arregló con menos ayuda de la habitual…, quiero decir que se las arregló bastante bien.

Nos habíamos puesto todos en pie, nuestro prisionero resollando, con un leal agente a cada lado. Algunos vagabundos habían empezado ya a congregarse en la calle. Holmes se acercó a la ventana, la cerró y bajó la persiana. Lestrade había sacado dos velas y los policías habían destapado sus linternas. Por fin, iba a poder ver bien a nuestro prisionero.

Un rostro enormemente varonil y, a pesar de ello, siniestro se volvió hacia nosotros. Con la frente de un filósofo arriba y la mandíbula de un hedonista abajo, había debido nacer con una gran capacidad tanto para el bien como para el mal. Pero uno no podía mirarlo a los crueles ojos azules, con párpados caídos y cínicos, ni a la nariz fiera y agresiva, ni a la frente amenazante y surcada de profundas arrugas, sin inferir de ellos las claras señales de peligro que lanza la naturaleza. No hizo caso de nosotros, pero sus ojos estaban fijos en el rostro de Holmes con una expresión en la que se mezclaban el odio y el asombro a partes iguales.

—¡Es usted un demonio! —seguía mascullando—. ¡Un demonio pero que muy listo!

—¡Ah, coronel! —dijo Holmes mientras se adecentaba el arrugado cuello de su camisa—. «Los viajes acaban con encuentros de amantes»[2], como decía esa vieja obra. Creo que no he tenido el placer de verle desde que me colmó de atenciones cuando me encontraba en la cornisa de la catarata de Reichenbach.

El coronel seguía observando a mi amigo como si estuviera en trance.

—Un demonio pero que muy astuto —era todo lo que lograba decir.

—Todavía no les he presentado —dijo Holmes—. Este, caballeros, es el coronel Sebastian Moran, antiguamente en el ejército de Su Majestad en la India, y el mejor tirador de caza mayor que haya dado nuestro Imperio oriental. ¿Creo que no me equivoco, coronel, al decir que su marca de tigres cazados continúa sin haber sido igualada?

El feroz anciano no dijo nada, pero seguía fulminando con la mirada a mi compañero. Con sus ojos salvajes y su bigote encrespado, él mismo se parecía prodigiosamente a un tigre.

—Me asombra que mi sencillísima estratagema haya engañado a un *shikari* tan curtido —dijo Holmes—. Debe de resultarle muy familiar. ¿No ha atado usted un cabritillo a un árbol, permanecido en su copa con su rifle y esperado a que el cebo atraiga a su tigre? Esta casa deshabitada es mi árbol y usted es mi tigre. Posiblemente usted tenía otras armas de reserva en el caso de que hubiera varios tigres, o por la improbable hipótesis de que le fallara su propia puntería. Estas —señaló a su alrededor— son mis otras armas. La analogía es clara.

El coronel Moran se precipitó hacia él, con un rugido de rabia, pero los agentes lo contuvieron. La ira de su rostro era terrible a la vista.

—Confieso que me tenía reservada una pequeña sorpresa —dijo Holmes—. No había previsto que usted mismo utilizaría esta casa deshabitada y su idónea ventana delantera. Había imaginado que actuaría desde la calle, donde mi amigo Lestrade y sus alegres compañeros estaban esperándole. Exceptuando este detalle, todo ha ido como esperaba.

El coronel Moran se volvió hacia el inspector.

—Quizá tenga, o quizá no, una causa justificada para arrestarme —le dijo—, pero, como mínimo, es posible que no haya razón alguna para que deba soportar las burlas de este individuo. Si estoy en manos de la ley, que las cosas se hagan de manera legal.

—Bueno, me parece bastante razonable —contestó Lestrade—. ¿Hay algo más que tenga que decir, señor Holmes, antes de que nos vayamos?

Holmes había recogido el potente rifle de aire comprimido del suelo y estaba examinando su mecanismo.

—Un arma admirable y única —dijo—, silenciosa y de una potencia formidable. Conocí a Von Herder, el mecánico alemán ciego que la construyó por orden del difunto profesor Moriarty. Durante años he sabido de su existencia, aunque hasta ahora nunca había tenido la oportunidad de tenerla entre las manos. La dejo expresamente a su cargo, Lestrade, así como las balas correspondientes.

—Puede confiar en que nos ocuparemos de ella, señor Holmes —dijo Lestrade, mientras todo el grupo se encaminaba hacia la puerta—. ¿Tiene alguna cosa más que decir?

—Solo preguntar qué cargo piensa presentar contra él.

—¿Qué cargo, señor? Vaya, el de intento de asesinato del señor Sherlock Holmes, por supuesto.

—Nada de eso, Lestrade. No tengo ninguna intención de comparecer por este asunto, de ningún modo. De usted, y solo de usted, es el mérito del notable arresto que ha efectuado. Sí, Lestrade, ¡le felicito! Con su afortunada combinación habitual de astucia y audacia lo ha atrapado.

—¡Atrapado! ¿Atrapado a quién, señor Holmes?

—Al hombre que todo el cuerpo de policía anda buscando en vano: al coronel Sebastian Moran, quien disparó al ilustre Ronald Adair una bala de fragmentación con un rifle de aire comprimido por la ventana abierta de la segunda planta frente al número 427 de Park Lane, el 30 del pasado mes. Ese es el cargo, Lestrade. Y ahora, Watson, si puede aguantar la corriente de una ventana abierta, creo que media hora en mi despacho con un cigarro podría brindarle algún entretenimiento provechoso.

Nuestra antigua residencia permanecía inalterada gracias a la supervisión de Mycroft Holmes y al cuidado directo de la señora Hudson. Cuando entré, vi, es cierto, un insólito orden, pero los viejos puntos de referencia estaban en su lugar. Allí estaba el rincón de química y la mesa machada de ácido, con montones de cosas. Sobre un estante estaba la hilera de increíbles álbumes de recortes y libros de consulta que muchos de nuestros conciudadanos se hubiesen alegrado de quemar. Los diagramas, el estuche del violín y el anaquel de las pipas —incluso la babucha persa que contenía el tabaco—, con todo ello se toparon mis ojos mientras miraba a mi alrededor. Había dos ocupantes en el cuarto: uno, la señora Hudson, que nos sonrió a ambos al entrar; el otro, el extraño maniquí que había jugado un papel tan importante en las aventuras de esa noche. Era una figura de cera a color de mi amigo, tan admirablemente ejecutada que era su copia exacta. Se encontraba sobre un pequeño velador y lo habían vestido con una bata vieja de Holmes, de tal manera que, vista desde la calle, la ilusión era absolutamente perfecta.

—Espero que haya extremado las precauciones, señora Hudson —dijo Holmes.

—Me he acercado de rodillas, señor, tal y como me dijo.

—Excelente. Ha llevado a cabo el asunto a la perfección. ¿Ha observado adónde ha ido la bala?

—Sí, señor, me temo que ha echado a perder este bonito busto suyo, porque le ha atravesado la cabeza y ha ido a parar contra la pared. La he recogido de la alfombra. ¡Aquí está!

Holmes me la tendió.

—Una bala blanda de revólver, como puede ver, Watson. Es una genialidad, porque ¿quién se imaginaría encontrar una cosa así disparada

por un rifle de aire comprimido? Muy bien, señora Hudson, le estoy muy agradecido por su ayuda. Y ahora, Watson, déjeme verle en su antiguo asiento una vez más, porque hay varios puntos que me gustaría tratar con usted.

Se quitó con celeridad la levita raída y allí estaba el Holmes de siempre con la bata color pardo que había cogido de su efigie.

—Los nervios del viejo *shikari* no han perdido su templanza, ni los ojos su agudeza —dijo riéndose mientras inspeccionaba la frente destrozada de su busto.

—De lleno en el centro de la parte trasera de la cabeza y directamente a través del cerebro. Era el mejor tirador de la India y supongo que hay pocos mejores en Londres. ¿Le sonaba su nombre?

—Pues no.

—Bueno, bueno, ¡así es la fama! Pero, claro, si no recuerdo mal, tampoco le sonaba el nombre del profesor James Moriarty, que era uno de los grandes cerebros de este siglo. Bájeme mi catálogo biográfico del estante.

Pasó las hojas indolentemente, reclinado en su sillón y expulsando grandes nubes de humo de su cigarro.

—La «m» de mi colección es excelente —dijo—. Con Moriarty basta para hacer esta letra ilustre, y tenemos aquí a Morgan el envenenador, y a Merridew, de abominable memoria, y a Mathews, que me rompió el colmillo izquierdo en el vestíbulo de la estación de Charing Cross, y, por último, aquí tenemos a nuestro amigo de esta noche.

Me pasó el libro y leí:

> Moran, Sebastian, coronel. Sin empleo. Anteriormente en el 1.º de los batidores de Bangalore. Nacido en Londres en 1840. Hijo de sir Augustus Moran, primer barón del Exchequer, antiguo embajador británico de Persia. Estudios en Eton y Oxford. Servicio en la campaña de Jowaki, en la campaña afgana, en Char Asiab (mención de honor), Sherpur y Kabul. Autor de *La caza mayor en los Himalayas occidentales*, 1881; *Tres meses en la selva*, 1884. Dirección: Conduit Street. Clubes: el Angloindio, el Tankerville, el Bagatelle Card Club.

En el margen había escrito, de la meticulosa mano de Holmes: «El segundo hombre más peligroso de Londres».

—Qué sorprendente es esto —dije mientras le devolvía el ejemplar—. Es la carrera de un respetable soldado.

—Cierto —respondió Holmes—, hasta cierto momento se comportó correctamente. Siempre fue un hombre con nervios de acero y en la India todavía se cuenta la historia de cómo se arrastró por una alcantarilla tras un tigre antropófago. Hay algunos árboles, Watson, que crecen hasta cierta altura y que luego, de repente, desarrollan alguna fea excentricidad. Lo observará con frecuencia entre los humanos. Tengo la teoría de que el individuo presenta en su evolución la serie completa de sus antepasados, y que un giro así de repentino hacia el bien o el mal significa alguna influencia poderosa que hereda de su linaje. La persona se convierte, por así decirlo, en la personificación de la historia de su propia familia.

—Desde luego, es bastante extravagante.

—Bien, no insistiré en ello. Sea cual sea la causa, el coronel Moran empezó a ir por el mal camino. Aun sin escándalo conocido, la India se le puso difícil. Se retiró, vino a Londres, y de nuevo adquirió mal nombre. Fue en ese momento cuando el profesor Moriarty trató de localizar a quien sería durante un tiempo jefe de su estado mayor. Moriarty le proporcionaba dinero generosamente, y solo se sirvió de él para uno o dos trabajos de alto nivel que ningún delincuente común hubiese podido acometer. Es posible que guarde algún recuerdo de la muerte de la señora Stweart, de Lauder, en 1887, ¿cierto? Pues bien, estoy seguro de que Moran estaba detrás de ese asunto, pero no se pudo probar nada. El coronel siguió con su tapadera de una manera tan inteligente que, incluso cuando se desarticuló la banda de Moriarty, no pudimos incriminarlo. ¿Recuerda ese día, cuando lo llamé a su cuarto, cómo cerré las contraventanas por miedo a las armas de aire comprimido? Sin duda pensó que era un exagerado. Sabía exactamente lo que hacía, porque sabía de la existencia de esa arma excepcional, y sabía también que uno de los mejores tiradores del mundo podía encontrarse tras su mirilla. Cuando estuvimos en Suiza, nos siguió con Moriarty, y, sin lugar a dudas, fue él quien me obsequió con esos endiablados cinco minutos de la cornisa de Reichenbach.

»Puede creer que leí los periódicos con bastante atención durante mi estancia en Francia, a la caza de alguna oportunidad de pisarle los talones. Mientras permaneció en libertad en Londres, mi vida era un auténtico sinvivir. Día y noche su sombra podía precipitarse sobre mí, y más tarde o

más temprano le llegaría su oportunidad. ¿Qué podía hacer? No podía pegarle un tiro sin ser visto, o yo mismo acabaría en el banquillo de los acusados. Era inútil apelar a un juez. No pueden entrometerse basándose en lo que les hubiera parecido las sospechas de un loco. Así que no podía hacer nada. Pero seguí las noticias sobre crímenes a sabiendas de que más tarde o más temprano lo atraparía. Entonces sucedió la muerte del tal Ronald Adair. ¡Por fin, se presentaba mi oportunidad! Sabiendo lo que yo sabía, ¿no era evidente que lo había perpetrado el coronel Moran? Había estado jugando a las cartas con el chico; lo había seguido a casa desde el club; le había disparado a través de la ventana abierta. No cabía duda. Solo las balas eran suficientes para ponerle una soga al cuello. Me vine enseguida. Me vio el centinela, y supe que llamaría la atención del coronel sobre mi presencia. Moran no podía dejar de relacionar mi repentino regreso con su crimen y estar enormemente alarmado. Estaba seguro de que trataría de quitarme de en medio enseguida y que rescataría su arma homicida con ese propósito. Le dejé un blanco excelente en la ventana y, tras avisar a la policía de que podrían ser necesarios —por cierto, Watson, usted reparó en su presencia en aquella entrada con atinada precisión—, me instalé en lo que me parecía un puesto de observación sensato, sin que se me pasara ni por un momento por la cabeza que el coronel elegiría el mismo sitio para su ataque. Ahora, mi querido Watson, ¿me queda alguna cosa por explicarle?».

—Sí —dije—. No me ha aclarado cuál fue el motivo del coronel Moran para asesinar al ilustre Ronald Adair.

—¡Ah, mi querido Watson! Ahí nos adentramos en el reino de la conjetura, donde la mente más lógica de todas puede fallar. Cada vecino formulará su propia hipótesis con las presentes pruebas, y la suya puede ser tan correcta como la mía.

—Entonces, ¿ha formulado una?

—Creo que no es difícil explicar los hechos. Salió a relucir en la investigación que el coronel Moran y el joven Adair habían ganado entre ambos una considerable suma de dinero. Ahora bien, sin lugar dudas Moran jugaba sucio —de eso me di cuenta hace mucho—. Creo que, el día del asesinato, Adair había descubierto que Moran estaba haciendo trampas. Con mucha probabilidad había hablado con él en privado, y lo había amenazado

con delatarlo a menos que renunciase a ser miembro del club y prometiera no jugar a las cartas de nuevo. Es poco probable que un jovencito como Adair montase sin pensárselo un feo escándalo delatando a un hombre reconocido y mucho más mayor que él. Seguramente actuó como estoy sugiriendo. Ser excluido de sus clubes hubiese significado la ruina para Moran, quien vivía de sus ganancias ilícitas en el juego. Por tanto, asesinó a Adair, quien en ese momento estaba tratando de calcular cuánto dinero devolvería, puesto que no podía beneficiarse del juego sucio de su pareja de cartas. Cerró la puerta por temor a que las mujeres lo sorprendieran e insistieran en saber qué estaba haciendo con esos nombres y monedas. ¿Le sirve con eso?

—No me cabe duda de que ha hallado la verdad.

—Se corroborará o refutará en el juicio. Mientras tanto, pase lo que pase, el coronel Moran no nos molestará más, la célebre arma de aire comprimido de Von Herder embellecerá el museo de Scotland Yard, y una vez más el señor Sherlock Holmes es libre de consagrar su vida a estudiar esos interesantes problemillas que la compleja vida de Londres nos ofrece sin cesar.

LA AVENTURA DEL CONSTRUCTOR DE NORWOOD

—Desde el punto de vista del experto criminalista —dijo el señor Sherlock Holmes—, Londres se ha convertido en una ciudad extraordinariamente aburrida desde la muerte del llorado profesor Moriarty.

—Me costaría creer que encontrase muchos ciudadanos decentes que estuvieran de acuerdo con usted —respondí.

—Está bien, está bien, no debo ser tan egoísta —dijo con una sonrisa mientras echaba atrás la silla apartándola de la mesa del desayuno—. Desde luego, la ganadora es la sociedad, y no hay perdedor, excepto el pobre especialista desempleado, cuyo trabajo ha desaparecido. Con ese hombre en juego, un periódico de la mañana planteaba infinitas posibilidades. A menudo, solo contaba con la pista más insignificante, Watson, el indicio más débil, y, sin embargo, bastaban para decirme que el gran cerebro del mal estaba ahí, como los temblores más leves de los bordes de la red nos recuerdan que la araña repugnante acecha en su centro. Hurtos menores, ataques gratuitos, atrocidades arbitrarias: para el hombre que tiene un rastro, todo podía estar relacionado con una visión de conjunto. Para el estudioso científico del mundo del crimen, ninguna capital en Europa presentaba las ventajas que Londres poseía por entonces. Pero ahora…

Se encogió de hombros con un irónico menosprecio por el estado de la cuestión al que tanto había contribuido él mismo.

En el momento del que hablo, hacía varios meses que Holmes había vuelto, y yo, a petición suya, había vendido mi consulta y volvía a compartir con él los antiguos aposentos de Baker Street. Un joven doctor llamado Verner había adquirido mi pequeña consulta de Kensington y había pagado, sorprendentemente con pocas objeciones, el precio más alto que me

había atrevido a pedirle, un hecho que solo quedó explicado unos años más tarde cuando descubrí que Verner era un pariente lejano de Holmes, y que era mi amigo quien, en realidad, había conseguido el dinero.

Nuestros meses de colaboración no habían sido tan tranquilos como Holmes había asegurado, porque veo, al consultar por encima mis notas, que ese período incluye el caso de los papeles del expresidente Murillo y también el chocante asunto del vapor holandés *Friesland*, que tan cerca estuvo de costarnos a ambos la vida. Sin embargo, a causa de su frío y orgulloso carácter, siempre se mostraba reacio a cualquier cosa remotamente parecida a un elogio público, y me había obligado, en los términos más estrictos, a no decir ni una palabra de sí mismo, sus métodos o sus éxitos; una prohibición que, como ya expliqué, solo ahora ha sido levantada.

El señor Sherlock Holmes estaba reclinándose en su silla tras su extravagante protesta, mientras desplegaba su periódico de la mañana con calma, cuando reclamó nuestra atención un formidable tintineo en la campana, seguido de inmediato por un sonido hueco de tambor, como si alguien estuviera golpeando la puerta exterior con el puño. Cuando se abrió, hubo un ajetreo turbulento en el recibidor, unos pies veloces que subían ruidosamente la escalera, y, un momento más tarde, un desesperado joven, con los ojos desorbitados, pálido, desgreñado y nervioso, irrumpió en la habitación. Nos miró al uno y al otro, y ante nuestra mirada interrogante se dio cuenta de que era necesario disculparse de algún modo por haber entrado de esa manera tan descortés.

—Lo siento, señor Holmes —exclamó—. Tiene que entenderme. Estoy a punto de volverme loco. Señor Holmes, soy el desgraciado John Hector McFarlane.

Se anunció como si el mero nombre explicara tanto su visita como sus modales, pero podía ver por el rostro impasible de mi compañero que para él aquello no tenía más significado que para mí.

—Coja un cigarrillo, señor McFarlane —ofreció Holmes mientras empujaba su pitillera hacia él—. Estoy seguro de que, con sus síntomas, mi amigo el doctor Watson le recetará un tranquilizante. Hemos tenido un tiempo muy caluroso estos días. Ahora, si se siente un poco más sereno, me

encantaría que se sentara en esa silla y que nos contase despacio y con calma quién es usted y qué es lo que quiere. Ha mencionado su nombre como si tuviera que reconocerlo, pero le aseguro que, más allá de las obviedades —que es usted soltero, procurador, masón y asmático—, no sé nada acerca de usted.

Familiarizado como estaba con los métodos de mi amigo, no me resultó difícil seguir sus deducciones, y reparar en la desaliñada indumentaria, el legajo de documentos legales, la insignia del reloj y la respiración jadeante en la que se había basado. Nuestro cliente, sin embargo, se quedó mirándolo con asombro.

—Sí, soy todo eso, señor Holmes, y, además, soy el hombre más desgraciado de Londres en este momento. Por el amor de Dios, ¡no me abandone, señor Holmes! Si llegan a arrestarme antes de que haya terminado mi historia, consiga que me concedan el tiempo necesario para que pueda contarle toda la verdad. Iría contento a la cárcel si supiera que usted está trabajando para mí fuera.

—¡Arrestarle! —dijo Holmes—. Eso es realmente muy gratifi… muy interesante. ¿Bajo qué cargo espera que le arresten?

—Por el asesinato del señor Jonas Oldacre, de Lower Norwood.

De la expresiva cara de mi compañero se traslucía una compasión que no estaba, me temo, completamente exenta de júbilo.

—Dios mío —dijo—, hace solo un momento, en el desayuno, le estaba diciendo a mi amigo, el doctor Watson, que los casos apasionantes habían desaparecido de nuestros periódicos.

Nuestro visitante estiró hacia delante una mano temblorosa y cogió el *Daily Telegraph*, que todavía se encontraba encima de la rodilla de Holmes.

—Si lo hubiese leído, señor, se hubiera imaginado nada más verme cuál es el asunto que me ha traído hasta usted esta mañana. Siento como si mi nombre y mi desgracia estuvieran en boca de todos los hombres —pasó la página para enseñarnos la página central—. Aquí está, y con su permiso, voy a leérselo. Escuche esto, señor Holmes. Los titulares son: «Enigmático suceso en Lower Norwood. Desaparición de un conocido constructor. Sospechas de asesinato e incendio provocado. Una pista del criminal». Esa es la pista que están siguiendo ahora mismo, señor Holmes, y sé que

conduce infaliblemente hacia mí. Me han estado siguiendo desde la estación de London Bridge y estoy seguro de que solo están esperando la orden para arrestarme. Esto le va a romper el corazón a mi madre…, ¡le va a romper el corazón!

Se retorcía las manos aterrado y se movía adelante y atrás en su silla.

Observé con curiosidad a ese hombre al que acusaban de ser el autor de un crimen violento. Era muy rubio y resultaba atractivo con ese aire extenuado y pesimista, con unos ojos azules aterrados y la cara bien afeitada, con una boca delicada y sin carácter. Quizá rondase los veintisiete años. Su vestimenta y porte eran los de un caballero. Del bolsillo de su ligero abrigo estival sobresalía el fardo de documentos certificados que revelaban su profesión.

—Debemos aprovechar el tiempo del que disponemos —dijo Holmes —. Watson, ¿tendría la amabilidad de coger el periódico y leerme el párrafo en cuestión?

Debajo de los rotundos titulares que nuestro cliente había citado, leí el llamativo relato que sigue:

> A altas horas de esta madrugada o esta mañana temprano, se produjo un suceso en Lower Norwood en el que todo apunta, se teme, a un grave crimen. El señor Jonas Oldacre es un conocido habitante de ese barrio de las afueras, donde llevaba muchos años al frente de su negocio de construcción. El señor Oldacre era soltero, tenía cincuenta y dos años, y vivía en Deep Dene House, al final de la calle de Sydenham del mismo nombre. Tenía fama de ser un hombre de costumbres excéntricas, reservado y tímido. Desde hace algunos años estaba retirado prácticamente del negocio, con el cual, se dice, había amasado una considerable fortuna. No obstante, todavía conservaba un pequeño almacén de madera en la parte trasera de su casa, y la pasada noche, alrededor de las doce, se dio la voz de alarma de que una de las pilas se encontraba en llamas. Los coches de bomberos llegaron pronto al lugar, pero la madera seca ardía violentamente, y fue imposible detener la conflagración hasta que la pila se consumió por completo. Hasta ese punto, el incidente tenía la apariencia de un accidente común, pero recientes indicios parecen apuntar a un grave crimen. Se observó con sorpresa la ausencia del dueño de la casa del lugar del incendio, y se procedió a una investigación que concluyó que había desaparecido de su residencia. Un examen de su habitación reveló que no había dormido en su cama, que una caja fuerte que había allí se hallaba abierta, que había varios papeles importantes esparcidos por la habitación y, por último, que había indicios de violencia, pues se habían encontrado pequeñas manchas de sangre en la habitación y un bastón de roble que también presentaba manchas de sangre en su empuñadura. Se sabe que esa noche el señor Jonas Oldacre había recibido a un visitante de última hora en su dormitorio, y el bastón encontrado ha sido identificado como propiedad de esa persona, que es el joven procurador londinense John Hector McFarlane, socio más joven de Graham & McFarlane, en el 246 de Gresham Buildings,

E. C. La policía cree que dispone de pruebas suficientes que indican un móvil muy convincente para el crimen, y no hay duda de que muy pronto habrá más apasionantes novedades.

ÚLTIMA HORA.— Al cierre de la edición, se rumorea que, de hecho, el señor John Hector McFarlane ha sido arrestado, acusado de asesinato del señor Jonas Oldacre. Al menos se sabe con seguridad que se ha emitido una orden para ello. Ha habido más novedades siniestras en la investigación de Norwood. Además de los indicios de lucha en la habitación del desdichado constructor, se sabe ahora que la puerta vidriera de su dormitorio (que está en la planta baja) fue encontrada abierta, que había marcas que indicaban que se hubiera arrastrado algún objeto voluminoso por detrás de la pila de madera, y, por último, se afirma que se han encontrado restos mortales carbonizados entre las cenizas del fuego. La teoría de la policía es que se ha perpetrado un crimen fuera de lo común, que apalearon a la víctima hasta la muerte en su propio dormitorio, revolvieron sus papeles y arrastraron su cadáver hasta la pila de madera, que luego fue quemada con el fin de ocultar todas las huellas del crimen. Se ha dejado la dirección de la investigación criminal en las experimentadas manos del inspector Lestrade, de Scotland Yard, que hace el seguimiento de las pruebas con su energía y sagacidad habituales.

Sherlock Holmes escuchó con los ojos cerrados y las yemas de los dedos juntas esta singular relación de los hechos.

—El caso tiene, desde luego, algunos puntos de interés —dijo, a su lánguida manera—. ¿Puedo preguntarle, en primer lugar, señor McFarlane, cómo es que todavía se encuentra en libertad, dado que parece haber suficientes pruebas que justifican su arresto?

—Vivo en Torrington Lodge, Blackneath, con mis padres, señor Holmes, pero la pasada noche, como había tenido que arreglar unos papeles hasta muy tarde con el señor Jonas Oldacre, me quedé en un hotel en Norwood, y volví al despacho desde allí. No supe nada de este asunto hasta que estuve en el tren, cuando leí lo que acaba de escuchar. Enseguida vi el horrible peligro de mi situación, y me apresuré a poner el caso en sus manos. No me cabe duda de que me habrían arrestado en mi oficina en la City o en mi casa. Me seguía un hombre desde la estación de London Bridge, y no me cabe duda… Dios mío, ¿qué es eso?

Era el tintineo de la campana, seguido de inmediato por unos pesados pasos en la escalera. Un momento después, nuestro viejo amigo Lestrade aparecía en la entrada. Por encima de su hombro se vislumbraban uno o dos policías más de uniforme.

—¿El señor John Hector McFarlane? —preguntó Lestrade.

Nuestro desafortunado cliente se puso en pie con el rostro desencajado.

—Queda arrestado por el homicidio premeditado del señor Jonas Oldacre, de Lower Norwood.

McFarlane se volvió hacia nosotros con gesto de desesperación y se hundió en su silla una vez más como un hombre completamente derrotado.

—Un momento, Lestrade —dijo Holmes—. Media hora arriba o abajo no supone mucha diferencia para usted, y el caballero estaba a punto de narrarnos los hechos de este caso tan interesante, lo que podría ayudarnos a esclarecerlo.

—Creo que no habrá ninguna dificultad para esclarecerlo —dijo Lestrade gravemente.

—Sin embargo, si me lo permite, me interesaría mucho oír su relato.

—Bueno, señor Holmes, me resulta difícil negarle nada, puesto que le ha sido útil al cuerpo en una o dos ocasiones en el pasado y le debemos algún que otro favor en Scotland Yard —dijo Lestrade—. Aun así, debo permanecer con mi detenido, y estoy obligado a advertirle de que cualquier cosa que diga puede constituir una prueba en su contra.

—Nada deseo más —dijo nuestro cliente—, todo lo que pido es que escuchen y reconozcan la pura verdad.

Lestrade miró su reloj.

—Le daré media hora —dijo.

—Primero debo explicarles —dijo McFarlane— que no sabía nada del señor Jonas Oldacre. Su nombre me era conocido porque hace muchos años mis padres tuvieron trato con él, pero se distanciaron. Me quedé muy sorprendido, por tanto, cuando ayer, alrededor de las tres de la tarde, entró en mi oficina en la City. Pero me asombré más aún cuando me contó el objeto de su visita. Tenía en su mano varias hojas de un cuaderno, repletas de garabatos —aquí están— y las dejó encima de mi mesa.

—Este es mi testamento —dijo—. Quiero que usted, señor McFarlane, le dé la debida forma legal. Me sentaré aquí mientras lo hace.

—Me puse a copiarlo y ya pueden imaginarse mi asombro cuando descubrí que, con algunas salvedades, me dejaba todas sus pertenencias. Era un hombre extraño con aspecto de hurón, de pestañas blancas, y, cuando levanté la vista hacia él, me encontré sus penetrantes ojos verdes clavados en mí con una mirada risueña. Apenas podía dar crédito a mis ojos cuando leí los términos del testamento; pero me explicó que era soltero y sin parientes vivos, que había conocido a mis padres en su juventud, y que

siempre le habían dicho de mí que era un joven con mucho mérito y estaba seguro de que su dinero estaría en buenas manos. Por supuesto, no pude hacer más que balbucir mi agradecimiento. El testamento fue debidamente acabado, firmado y atestiguado por mi asistente. Este es, el del papel azul, y estas hojas, como les he explicado, son el borrador provisional. El señor Jonas Oldacre me informó luego de que había varios documentos —arrendamientos de edificios, escrituras de propiedad, hipotecas, pagarés y demás— que era necesario que viera y entendiera. Dijo que no se quedaría tranquilo hasta que todo estuviera resuelto, y me rogó que fuera a su casa de Norwood esa noche, que llevara el testamento conmigo para poner en orden las cosas. «Recuerde, hijo, ni una palabra a sus padres sobre el asunto hasta que todo haya sido resuelto. Les ocultaremos esta pequeña sorpresa». Insistió mucho en ese punto y me hizo prometérselo en firme.

»Puede imaginarse, señor Holmes, que ni se me pasaba por la cabeza negarle nada que pudiera pedir. Era mi benefactor, y todo mi anhelo era llevar a cabo sus deseos hasta el último detalle. Por tanto, envié un telegrama a casa para avisarlos de que tenía un negocio importante entre manos y que me era imposible decir cuánto podía tardar. El señor Oldacre me había dicho que quería que fuera a cenar con él a las nueve, ya que no le era posible estar en su casa antes de esa hora. No obstante, tuve alguna dificultad para encontrar la casa y me dieron casi las nueve y media antes de poder llegar. Me reuní…»

—¡Un momento! —dijo Holmes—. ¿Quién le abrió la puerta?

—Una mujer de mediana edad que era, supongo, su ama de llaves.

—¿Y fue ella, me imagino, quien mencionó su nombre?

—Efectivamente.

—Le ruego que continúe.

McFarlane se secó la humedad de la frente y luego siguió su relato:

—Esa mujer me condujo hasta una sala de estar, donde había servido una cena ligera. Después, el señor Jonas Oldacre me llevó a su dormitorio, en el que había una pesada caja fuerte. La abrió y sacó un gran número de papeles que empezamos a revisar juntos. Serían entre las once y las doce cuando terminamos. Me comentó que no quería molestar al ama de llaves y

me hizo salir por la cristalera de su habitación, que había estado abierta todo el tiempo.

—¿Estaba bajada la persiana? —preguntó Holmes.

—No sabría decirle, pero creo que solo estaba bajada a medias. Sí, recuerdo cómo tiró de ella para abrir la ventana. Yo no podía encontrar mi bastón, y él dijo: «No importa, hijo, a partir de ahora nos vamos a ver con frecuencia, espero, y le guardaré su bastón hasta que regrese». Allí lo dejé, con la caja fuerte abierta y los papeles ordenados en paquetes sobre la mesa. Era tan tarde que no pude volver a Blackheath, así que pasé la noche en el Anerley Arms, y no supe nada más hasta que esta mañana me enteré por el periódico de este espantoso asunto.

—¿Quiere preguntar alguna cosa más, señor Holmes? —dijo Lestrade, que había levantado las cejas una o dos veces durante esa singular declaración.

—No hasta que haya estado en Blackheath.

—Quiere decir en Norwood —dijo Lestrade.

—Ah, sí, sin duda eso es lo que quería decir —dijo Holmes, con su enigmática sonrisa.

Lestrade había reconocido en más ocasiones de las que le hubiese gustado hacerlo que ese cerebro afilado como una navaja podía atajar por lugares que a él le resultaban impenetrables. Vi cómo miraba con curiosidad a mi compañero.

—Me gustaría hablar con usted ahora mismo, señor Sherlock Holmes —dijo—. Señor McFarlane, dos de mis agentes están en la puerta y hay un coche abajo esperándole.

El desdichado joven se puso en pie y, lanzándonos una última mirada de súplica, salió de la habitación. Los policías lo condujeron al carruaje, y Lestrade se quedó con nosotros.

Holmes había recogido las hojas que formaban el borrador provisional del testamento, y estaba mirándolas con un acentuado interés en su rostro.

—Hay algunos cambios en el documento, ¿no es así? —dijo, empujándolas hacia el inspector.

El oficial los miró con expresión de desconcierto.

—Puedo leer las primeras líneas, y estas a mitad de la segunda hoja, y una o dos al final. Esas están escritas como si fuera letra de imprenta —dijo —, pero la que hay entre ellas es muy mala, y hay tres partes en donde no puedo leer nada en absoluto.

—¿Qué saca en claro de ello? —dijo Holmes.

—¿Qué saca usted en claro?

—Que está escrito en un tren. La buena letra representa estaciones; la mala letra, movimiento; y la letra muy mala, que está pasando por encima de los cambios de vías. Un científico experto declararía en el acto que ha sido elaborado en una línea de cercanías, puesto que en ningún sitio excepto en las inmediaciones de una gran ciudad habría una sucesión tan rápida de cambios de vía. Si admitimos que se pasó todo el viaje elaborando el testamento, entonces el tren era un expreso, pues solo paran una vez entre Norwood y London Bridge.

Lestrade se empezó a reír.

—Me supera usted cuando empieza con sus teorías, señor Holmes —dijo—. ¿Cómo relaciona eso con el caso?

—Bueno, corrobora la historia de ese joven hasta el punto de que Jonas Oldacre elaboró el testamento en su viaje de ayer. Es curioso, ¿no cree?, que un hombre elaborase tan importante documento de esa manera tan descuidada… Sugiere que no creía que fuese a tener gran importancia práctica. Si un hombre elabora un testamento que no pretende hacer nunca efectivo, es posible que lo haga de este modo.

—Bueno, elaboró su propia sentencia de muerte al mismo tiempo —dijo Lestrade.

—Ah, ¿eso cree?

—¿Usted no?

—Bueno, es muy posible, pero para mí el caso todavía no está claro.

—¿No está claro? Bueno, si esto no está claro, ¿qué podría estarlo? Aquí hay un joven que se entera de repente de que, si cierto anciano muere, él hereda una fortuna. ¿Qué hace? No le dice nada a nadie, pero esa noche se las arregla para salir con algún pretexto a ver a su cliente. Espera hasta que la única otra persona en la casa está acostada, y, entonces, en la soledad de la habitación de un hombre, lo asesina, quema el cadáver en la pila de

madera y se marcha a un hotel cercano. Las manchas de sangre en la habitación y también en el bastón son muy escasas. Es probable que se imaginara que su crimen había sido incruento, y tenía la esperanza de que si el cuerpo se consumía, ocultaría cualquier rastro del método utilizado para asesinarlo… rastro que, por alguna razón, debía apuntar a él. ¿No es obvio todo esto?

—Me parece, mi buen Lestrade, que es solo una nimiedad demasiado obvia —dijo Holmes—. A sus otras grandes cualidades no le suma la imaginación, pero, si por un momento pudiera ponerse en el lugar de ese joven, ¿elegiría la misma noche en que ha hecho el testamento para cometer su crimen? ¿No le parecería peligroso establecer una conexión tan cercana entre los dos hechos? Por otra parte, ¿elegiría una ocasión en que se sabe que se encuentra en la casa, pues una sirvienta lo ha dejado entrar? Y, por último, ¿se tomaría tantas molestias para esconder el cuerpo y, sin embargo, olvidaría su propio bastón como prueba de que es usted un criminal? Admita, Lestrade, que todo esto es muy poco probable.

—En cuanto al bastón, señor Holmes, sabe tan bien como yo que a menudo los criminales se ponen nerviosos y hacen cosas que un hombre sereno evitaría. Es muy probable que tuviera miedo de volver a la habitación. Deme otra teoría que encaje con los hechos.

—Le podría dar media docena con mucha facilidad —dijo Holmes—. Por ejemplo, aquí tiene una muy posible e incluso probable. Se la regalo gratuitamente. El anciano está mostrando documentos que tienen un evidente valor. Un vagabundo que pasa por allí los ve a través de la ventana, la persiana está solo medio bajada. Sale el procurador. Entra el vagabundo. Agarra el bastón, que ve allí, mata a Oldacre y se marcha después de quemar el cuerpo.

—¿Por qué iba a quemar el vagabundo el cuerpo?

—Si vamos a eso, ¿por qué iba a hacerlo McFarlane?

—Para ocultar alguna prueba.

—Posiblemente el vagabundo quisiera ocultar que se había cometido un asesinato.

—¿Y por qué no cogió nada el vagabundo?

—Porque eran papeles con los que no podía hacer negocio.

Lestrade negó con la cabeza, aunque me pareció que ya no lo hacía con la convicción de antes.

—Bueno, señor Sherlock Holmes, usted puede buscar a su vagabundo, y hasta que lo encuentre, nosotros retendremos a nuestro hombre. El futuro dirá quién tiene razón. Solo fíjese en este hecho, señor Holmes: hasta donde sabemos, no se han llevado ningún papel, y el detenido es el único hombre en el mundo que no tiene razones para llevárselos, puesto que es el heredero legal y le corresponden de todas maneras.

Mi amigo pareció impresionado por ese comentario.

—No era mi intención negar que esa prueba apunta, en ciertos aspectos, muy certeramente hacia su teoría —dijo—. Solo quería señalar que hay otras teorías posibles. Como dice, el futuro nos lo dirá. ¡Buenos días! Seguramente, durante el transcurso del día me dejaré caer por Norwood y veré qué tal les ha ido.

Cuando el inspector se marchó, mi amigo se puso en pie y empezó a prepararse para el día de trabajo que tenía por delante con la expresión concentrada de un hombre que tiene una tarea agradable que realizar.

—Mi primer movimiento, Watson —dijo, mientras se ponía apresuradamente la levita—, será, como ya he dicho, ponerme en camino a Blackheath.

—Y ¿por qué no a Norwood?

—Porque en este caso tenemos un incidente singular que le pisa los talones a otro incidente igualmente singular. La policía está cometiendo el error de centrar su atención en el segundo, porque se da la circunstancia de que es el único realmente criminal. Pero me resulta evidente que la forma lógica de abordar el caso es comenzar tratando de arrojar alguna luz sobre el primer incidente, el curioso testamento, hecho tan repentinamente, y para un heredero tan inesperado. Eso podría aclarar lo que sucedió después. No, mi querido colega, no creo que pueda ayudarme. No hay ningún peligro a la vista, o no se me ocurriría moverme de aquí sin usted. Confío en que cuando lo vea esta tarde, seré capaz de informarle de que he podido hacer algo por este desafortunado joven que se ha puesto bajo mi protección.

Era ya tarde cuando mi amigo regresó, y pude ver a simple vista, por su rostro ojeroso e inquieto, que las considerables esperanzas con las que había

salido de casa no se habían concretado. Durante una hora sin parar estuvo tocando su violín de manera monótona, pues procuraba calmar sus alterados ánimos. Al final, dejó en el suelo el instrumento y emprendió el relato de sus contratiempos.

—Todo ha ido mal, Watson… No podría haber ido peor. Estuve un poco insolente con Lestrade, pero, por lo que más quiero, creo que, por una vez, el tipo va tras la pista correcta y nosotros tras la errónea. Todas mis intuiciones van por un camino y todos los hechos por otro, y mucho me temo que los jurados británicos no hayan llegado todavía a ese grado de inteligencia de preferir mis teorías sobre los hechos de Lestrade.

—¿Ha ido a Blackheath?

—Sí, Watson, he ido allí, y enseguida me he dado cuenta de que el llorado Oldacre fue un auténtico canalla. El padre del chico había ido a buscarlo. Su madre estaba en casa: una mujer bajita, entrañable, de ojos azules, que temblaba de miedo e indignación. Por supuesto, ni siquiera podía admitir la posibilidad de que fuera culpable, pero tampoco manifestaba ninguna sorpresa por el destino de Oldacre. Al contrario, estuvo hablando de él con tal rencor que, de manera inconsciente, reforzaba considerablemente la hipótesis de la policía, porque si su hijo la hubiese oído hablar de él de ese modo, desde luego, lo hubiese predispuesto al odio y la violencia. «Se parecía más a un mono artero y malvado que a un ser humano —dijo— y siempre fue así, incluso de joven». «¿Lo conocía por aquel entonces?», le pregunté. «Sí, lo conocía bien; de hecho, era un antiguo pretendiente mío. Gracias a Dios que tuve suficiente sentido común como para alejarme de él y casarme con un hombre mejor, aunque más pobre. Estábamos prometidos, señor Holmes, pero entonces me contaron una historia estremecedora sobre cómo había soltado a un gato en una pajarera, y me horrorizó tanto su crueldad inhumana que no quise saber nada más de él». Rebuscó en un escritorio, y enseguida sacó una fotografía de una mujer, cuya imagen había sido pintarrajeada y mutilada con un cuchillo. «La de la fotografía soy yo —dijo—. Me la envió en este estado, con su maldición, la mañana de mi boda». «Bueno —dije yo—, al menos ahora la ha perdonado, pues le ha dejado todos sus bienes a su hijo». «Ni mi hijo ni yo queremos nada de Jonas Oldacre, ni vivo ni muerto —exclamó,

muy digna—. Hay un Dios en el cielo, señor Holmes, y ese mismo Dios que ha castigado a ese hombre retorcido mostrará a su debido tiempo que las manos de mi hijo no están manchadas con su sangre».

»Bueno, seguí una o dos pistas, pero no conseguí encontrar nada que pudiera servir de ayuda a nuestra hipótesis, y sí, en cambio di con varios puntos que le contradecían. Al final me di por vencido y me fui a Norwood.

»Ese lugar, Deep Dene House, es una gran casa de campo moderna de ladrillo visto, que se encuentra apartada, con bastante terreno y un césped delante, en el que hay plantados laureles. A la derecha y a cierta distancia detrás de la carretera estaba el almacén de madera que había sido el escenario del fuego. Tengo aquí un croquis en una hoja de mi libreta. Esta ventana a la izquierda es la que da acceso a la habitación de Oldacre. Se puede ver desde la carretera. Ese es más o menos el único consuelo que me ha quedado hoy. Lestrade no estaba allí, pero su agente al cargo hizo los honores. Acababan de hacer un gran descubrimiento. Habían estado toda la mañana rastrillando las cenizas de la pila de madera consumida y, además de los restos orgánicos carbonizados, habían encontrado varios discos descoloridos de metal. Los examiné con cuidado, y no cabía duda de que eran botones de pantalón. Incluso distinguí en uno de ellos marcado el nombre de “Hyams”, que era el sastre de Oldacre. Entonces, me dediqué a examinar el césped con mucho cuidado en busca de señales e indicios, pero esta sequía lo había dejado todo duro como el acero. No había nada que ver, salvo que se había arrastrado algún cuerpo o bulto a través de un seto bajo de aligustre que está en línea con la pila de madera. Todo eso, por supuesto, encaja con la teoría oficial. Anduve a cuatro patas por el césped con un sol de justicia en la espalda, pero me puse en pie una hora más tarde sabiendo exactamente lo mismo.

»Bien, después de esa decepción me fui al dormitorio y lo inspeccioné también. Las manchas de sangre eran muy escasas, meras salpicaduras y decoloraciones, aunque indudablemente frescas. Se habían llevado el bastón, pero en ese punto los indicios también eran escasos. No cabe duda de que el bastón pertenecía a nuestro cliente. Lo admite. Se podían distinguir huellas de ambos hombres en la alfombra, pero ninguna de una

tercera persona, lo que de nuevo es un tanto para el otro bando. Están acumulándolos en su marcador y nosotros estamos atascados.

»Solo tuve un pequeño atisbo de esperanza… y, sin embargo, es menos que nada. Examiné el contenido de la caja fuerte, la mayoría del cual había sido extraído y dejado encima de la mesa. Se habían dispuesto los papeles en sobres cerrados, uno o dos de los cuales habían sido abiertos por la policía. No eran, hasta donde pude juzgar, de gran valor, ni la libreta de ahorros mostraba que el señor Oldacre estuviera en una situación tan próspera. Pero me pareció que no estaban allí todos los papeles. Se hacía alusión en ellos a algunas escrituras —posiblemente de más valor— que no pude encontrar. Esto, por supuesto, si definitivamente podía probarlo, volvería el argumento de Lestrade contra sí mismo, porque ¿quién robaría algo si sabe que lo va a heredar en breve?

»Por fin, tras haber inspeccionado cada escondrijo y no haber encontrado ningún rastro, probé suerte con el ama de llaves, la señora Lexington, una mujer baja, morena, callada, con una mirada suspicaz y sesgada. Podría contarnos algo si quisiera: estoy convencido de ello. Pero no suelta prenda. Sí, había dejado entrar al señor McFarlane a las nueve y media. Hubiese deseado haber perdido la mano antes que dejarlo entrar si hubiera sabido lo que sucedería después. Se había ido a la cama a las diez y media. Su habitación estaba en el otro extremo de la casa, y no pudo oír nada de lo que sucedía. El señor McFarlane había dejado su sombrero y, según creía, su bastón en el vestíbulo. La despertó la alarma por el fuego. Su pobre y querido señor había sido con toda certeza asesinado. ¿Tenía enemigos? Bueno, todo hombre tiene enemigos, pero el señor Oldacre se dedicaba en gran medida a sí mismo y solo trataba con la gente por negocios. Había visto los botones, y estaba segura de que pertenecían a la ropa que vestía la noche anterior. La pila de madera estaba muy seca porque no había llovido desde hacía un mes. Ardió como la yesca, y para cuando llegó al sitio, no podía ver nada excepto llamas. Los bomberos y ella olieron la carne quemada procedente del interior. No sabía nada de los papeles ni de los asuntos privados del señor Oldacre.

»Así que, mi querido Watson, este es el informe de mi fracaso. Y, a pesar de todo… a pesar de todo —se apretó las manos en un rapto de

convicción—… sé que todo es un error. Tengo esa corazonada. Hay algo que no ha salido a la luz, y el ama de llaves lo sabe. Percibí una especie de provocación arisca en sus ojos que solo encaja con la culpabilidad del que sabe algo. Sin embargo, ya no hay mucho más que decir, Watson; a menos que tengamos un golpe de suerte, me temo que el caso de la desaparición de Noorwood no figurará en esa crónica de nuestros éxitos que más tarde o más temprano tendrá que soportar un público paciente».

—Seguramente —dije—, la apariencia de ese hombre será de gran ayuda con cualquier jurado.

—Ese es un peligroso argumento, mi querido Watson. ¿Recuerda ese terrible asesino, Bert Stevens, que quería que lo ayudásemos a librarse de su pena en el 87? ¿No era un joven catequista más amable incluso?

—Cierto.

—A menos que logremos establecer una teoría alternativa, ese hombre está perdido. Apenas se puede encontrar un resquicio que se pueda presentar contra el caso, y toda la investigación adicional solo ha servido para reforzarlo. Por cierto, hay un pequeño detalle muy curioso sobre esos papeles que podría servirnos como punto de partida para nuevas indagaciones. Al ojear la libreta de ahorros, me percaté de que el saldo tan bajo que presentaba se debía a unos importantes cheques que le había estado extendiendo durante el último año a un tal Cornelius. Confieso que me gustaría mucho saber quién es este señor Cornelius con quien un constructor jubilado mantiene unas transacciones tan importantes. ¿Es posible que haya tomado parte en el asunto? Quizá Cornelius sea un corredor de bolsa, pero no hemos encontrado ningún pagaré que se corresponda con esos importantes pagos. A falta de más indicios, mis averiguaciones deben encaminarse a indagar en el banco de Oldacre quién ha cobrado esos cheques. Pero me temo, mi querido compañero, que nuestro caso va a acabar de manera vergonzosa, con Lestrade colgando a nuestro cliente, lo que, por supuesto, será un triunfo para Scotland Yard.

No sé hasta qué punto Sherlock Holmes durmió algo esa noche, pero, cuando bajé a desayunar, me lo encontré pálido y exhausto, con sus brillantes ojos aún más relucientes a causa de las oscuras ojeras que los rodeaban. La alfombra que había bajo su silla estaba cubierta de colillas y

de las primeras ediciones de los periódicos de la mañana. Sobre la mesa podía verse un telegrama abierto.

—¿Qué opina de esto, Watson? —preguntó lanzándomelo por encima de la mesa.

Era de Norwood y decía lo siguiente:

> Nueva prueba importante en mi poder. Culpabilidad de McFarlane firmemente establecida. Aconsejo abandone caso.
>
> LESTRADE

—Parece importante —dije.

—Es el pequeño cacareo de victoria de Lestrade —respondió Holmes, con una amarga sonrisa—. Y, a pesar de todo, sería prematuro abandonar el caso. Después de todo, una nueva e importante prueba es un arma de doble filo, y es posible que corte en una dirección muy diferente a la que Lestrade imagina. Tómese su desayuno, Watson, y salgamos juntos y veamos lo que podemos hacer. Presiento que hoy voy a necesitar su compañía y su apoyo moral.

Mi amigo, por su parte, no desayunó, porque una de sus peculiaridades era que en sus momentos de mayor concentración no se permitía ningún alimento, y puedo decir que he visto cómo presumía de su fortaleza de hierro hasta caer desmayado de pura inanición. «En este momento no puedo desperdiciar energía ni fuerza nerviosa con la digestión», me diría en respuesta a mis objeciones médicas. No me sorprendió, por tanto, cuando esa mañana dejó su comida sin tocar delante de él y se puso en marcha conmigo hacia Norwood. Se había congregado una muchedumbre de curiosos en torno a Deep Dene House, que era tan solo una casa de campo de las afueras como me había imaginado. Al otro lado de la puerta de entrada, se reunió con nosotros Lestrade, con el rostro enardecido por la victoria y unas maneras burdamente triunfales.

—Bueno, señor Holmes, ¿nos prueba ya que nos equivocamos? ¿Ha encontrado a su vagabundo? —exclamó.

—Todavía no he llegado a ninguna conclusión —respondió mi compañero.

—Nosotros, en cambio, llegamos a la nuestra ayer, y ahora resulta ser correcta, así que debe reconocer que le hemos sacado un poco de ventaja esta vez, señor Holmes.

—Desde luego, tiene aspecto de que ha ocurrido algo excepcional —dijo Holmes.

Lestrade se rió con ganas.

—Le gusta tan poco perder como a los demás —añadió—. Un hombre no puede esperar salirse siempre con la suya, ¿verdad, doctor Watson? Por favor, señores, pasen por aquí, creo poder convencerlos de una vez por todas de que fue John McFarlane quien cometió el crimen.

Nos condujo por el pasillo hasta llegar a un oscuro vestíbulo.

—Por aquí tuvo que venir el joven McFarlane para recoger su sombrero después de haber cometido el crimen —dijo—. Ahora, observen esto.

Con un gesto teatral, encendió una cerilla y con su luz nos mostró una mancha de sangre en la pared encalada. En cuanto acercó más la cerilla, vi que era algo más que una mancha. Era la huella bien definida de un pulgar.

—Observe eso con su lupa, señor Holmes.

—Sí, así lo haré.

—¿Es consciente de que no hay dos huellas de pulgar iguales?

—Algo así he oído.

—Bueno, entonces, ¿le importaría comparar esa huella con esta impronta de cera del pulgar derecho del joven McFarlane, realizada por orden mía esta mañana?

Como sujetaba la huella de cera junto a la mancha de sangre, no hizo falta ninguna lupa para ver que las dos eran, sin lugar a dudas, del mismo pulgar. Me resultó evidente que nuestro desdichado cliente estaba perdido.

—Esto es definitivo —dijo Lestrade.

—Sí, esto es definitivo —repetí sin querer.

—Definitivo —dijo Holmes.

Algo en su tono llamó mi atención, y me volví para mirarlo. Le había cambiado la cara de forma extraordinaria. Se estaba retorciendo de risa por dentro. Le brillaban los ojos como dos estrellas. Me pareció que hacía un esfuerzo desesperado para aguantar un incontenible ataque de risa.

—Vaya, vaya —dijo por fin—. Bueno, vamos a ver, ¿quién lo hubiera pensado? ¡Y lo engañosas que pueden ser las apariencias, la verdad! ¡Un joven tan amable a primera vista! Una lección de que no confiemos en nuestro propio juicio, ¿no cree, Lestrade?

—Sí, algunos tenemos demasiada tendencia a ser engreídos, señor Holmes —dijo Lestrade.

La insolencia de este hombre era exasperante, pero no lograba ofendernos.

—¡Qué providencial que este joven presionara con su pulgar derecho la pared al coger su sombrero del perchero! Qué acción tan natural también, si se para a pensarlo.

Holmes estaba aparentemente tranquilo, pero todo su cuerpo se estremeció de nerviosismo contenido mientras hablaba.

—Por cierto, Lestrade, ¿quién hizo este notable descubrimiento?

—Fue el ama de llaves, la señora Lexington, quien atrajo la atención del agente que hacía la guardia de noche sobre ello.

—¿Dónde estaba el agente de guardia?

—Se quedó vigilando el dormitorio donde se cometió el crimen, para impedir que nadie tocara nada.

—Pero ¿por qué no vio ayer la policía esa huella?

—Bueno, no teníamos ninguna razón en particular para hacer un examen minucioso del vestíbulo. Además, no está en un sitio muy destacado, como ve.

—No, por supuesto que no. Supongo que no hay duda de que la huella estaba ahí ayer.

Lestrade miró a Holmes como si pensara que estaba perdiendo el juicio. Confieso que me sorprendió tanto su alegre comportamiento como su disparatada observación.

—No estará pensando que McFarlane salió de la cárcel en mitad de la noche con el fin de reforzar las pruebas en su contra —dijo Lestrade—. Le traspaso el caso a cualquier experto del planeta si esa no es la huella de su pulgar.

—Indiscutiblemente se trata de la huella de su pulgar.

—Mire, ya está bien —dijo Lestrade—. Soy un hombre práctico, señor Holmes, y, cuando obtengo mis pruebas, llego a mis conclusiones. Si tiene algo que decirme me encontrará escribiendo mi informe en la sala de estar.

Holmes recobró la compostura, aunque recuerdo todavía haber descubierto atisbos de diversión en su rostro.

—Madre mía, las cosas se están poniendo feas, ¿verdad, Watson? —dijo —. Y, con todo, hay algunos detalles en todo esto que parecen ofrecer alguna esperanza para nuestro cliente.

—Me alegra oír eso —dije de todo corazón—. Me temía que todo hubiese acabado para él.

—Yo no diría tanto, mi querido Watson. El hecho es que hay un fallo realmente grave en esta prueba a la que nuestro amigo le atribuye tanta importancia.

—¡No me diga, Holmes! ¿Cuál es?

—Sé sobradamente que esa huella ayer no estaba ahí porque yo mismo examiné el vestíbulo. Y ahora, Watson, demos un pequeño paseo al sol por los alrededores.

Con la mente desconcertada, pero sintiendo una chispa de esperanza renaciendo en mi corazón, acompañé a mi amigo a dar una vuelta por el jardín. Holmes examinó todas y cada una de las fachadas de la casa con gran interés. Luego entró en la casa y revisó todo el edificio, desde el sótano hasta el desván. La mayor parte de las habitaciones estaban sin amueblar, pero, a pesar de todo, Holmes las inspeccionó todas de forma minuciosa. Por último, en el pasillo de arriba, al que daban tres dormitorios desocupados, se apoderaron de él los espasmos de la risa.

—En este caso hay verdaderamente algunos aspectos muy curiosos, Watson —dijo—. Creo que ya es hora de que se los confiemos a Lestrade. Se ha reído un poco a nuestra costa, y quizá podemos hacerlo nosotros también si mi interpretación de este problema resulta ser la correcta. Sí, sí, creo que sé cómo deberíamos abordarlo.

El inspector de Scotland Yard seguía escribiendo en el salón cuando Holmes lo interrumpió.

—Pensaba que estaba escribiendo un informe del caso —dijo.

—Y eso hago.

—¿No cree que tal vez sea un poco precipitado? No puedo dejar de pensar que no tiene todas las pruebas.

Lestrade conocía muy bien a mi amigo como para hacer caso omiso de sus palabras. Dejó a un lado su pluma y lo miró con curiosidad.

—¿Qué quiere decir, señor Holmes?

—Solo que hay un testigo importante a quien no ha visto todavía.

—¿Puede citarlo?

—Creo que sí.

—Entonces, hágalo.

—Haré todo lo posible. ¿Cuántos agentes tiene?

—Aquí hay tres.

—¡Excelente! —dijo Holmes—. ¿Puedo preguntarle si son todos hombres corpulentos, en buena forma y con voces potentes?

—No me cabe duda de que lo son, aunque no veo qué relación tienen sus voces con todo esto.

—Quizá pueda ayudarle a entender eso y una o dos cosas más también —dijo Holmes—. Haga el favor de llamar a sus hombres, e intentaré hacerlo.

Cinco minutos más tarde había tres policías reunidos en el vestíbulo.

—En el anexo de la casa encontrarán una cantidad considerable de paja —dijo Holmes—. Les voy a pedir que traigan dos balas. Imagino que serán de suma ayuda para citar al testigo que requiero. Muchas gracias. Creo que tiene algunas cerillas en su bolsillo, Watson. Ahora, señor Lestrade, les pediré a todos que me acompañen al descansillo de arriba.

Como dije, había un amplio pasillo allí, al que daban tres dormitorios vacíos. Sherlock Holmes nos había hecho formar en un extremo del pasillo. Los agentes sonreían de oreja a oreja, y Lestrade miraba a mi amigo con una expresión en la que se alternaban el asombro, la expectación y la burla. Holmes se encontraba delante de nosotros, con el aire de un prestidigitador que está a punto de realizar un truco.

—¿Me haría el favor de enviar a uno de sus agentes por dos cubos de agua? Pongan la paja aquí en el suelo, sin pegarla a la pared por el otro lado. Creo que ya está todo listo.

Lestrade se empezó a poner rojo de furia.

—No sé si está jugando con nosotros, señor Sherlock Holmes —dijo—. Si sabe algo, seguramente pueda decirlo sin todas estas payasadas.

—Le aseguro, mi buen Lestrade, que tengo una razón excelente para todo lo que hago. Posiblemente recuerde que me estuvo tomando el pelo hace unas horas, cuando todo parecía estar de su parte, así que no debe resistirse a un poco de pompa y ceremonia ahora. ¿Podría pedirle, Watson, que abra esa ventana, y luego ponga una cerilla en un borde de la paja?

Así lo hice y, avivado por la corriente, una espiral de humo gris se arremolinó por el pasillo, mientras la paja seca chisporroteaba y ardía.

—Ahora deberíamos ver si podemos encontrarle a ese testigo, Lestrade. ¿Podría pedirles que griten conmigo «¡Fuego!»? Bueno, pues, una, dos y tres…

—¡Fuego! —chillamos todos.

—Gracias. Les voy a incordiar una vez más.

—¡Fuego!

—Solo una vez más, señores, y todos juntos.

—¡Fuego!

El grito debió de resonar por todo Norwood.

Apenas se había extinguido el eco cuando sucedió algo asombroso. Una puerta se abrió repentinamente en lo que parecía ser una sólida pared al final del pasillo, y un hombre bajo y arrugado salió disparado de allí, como un conejo de su madriguera.

—¡Fantástico! —dijo Holmes con calma—. Watson, un cubo de agua para la paja. ¡Eso bastará! Lestrade, permítame presentarle a su testigo principal y desaparecido, el señor Jonas Oldacre.

El detective se quedó mirando al recién llegado con profundo asombro. Este último estaba pestañeando ante la brillante luz del pasillo, y nos miraba fijamente a nosotros y al fuego que ardía sin llama. Tenía un rostro repugnante: artero, cruel, malvado, con ojos de color gris claro, taimados, y pestañas blancas.

—Pero ¿qué es esto? —dijo Lestrade por fin—. ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo ahí, eh?

A Oldacre se le escapó una risa nerviosa, mientras retrocedía ante la cara roja de furia del enfadado inspector.

—No le he hecho daño a nadie.

—¿A nadie? Ha hecho todo lo posible para que ahorcasen a un hombre inocente. Si no fuera por este señor de aquí, no estoy seguro de que no lo hubiese conseguido.

El despreciable individuo empezó a gimotear.

—Le aseguro, señor, que era solo una broma.

—¡Ah! Una broma, ¿verdad? Pues no se va a reír usted tanto, se lo prometo. Llévenlo abajo y reténganlo en el salón hasta que llegue. Señor Holmes —continuó cuando se habían ido—, no quería hablar delante de los agentes, pero no me importa decirle, en presencia del doctor Watson, que esto es lo más brillante que haya realizado hasta ahora, aunque para mí es un misterio cómo lo ha hecho. Le ha salvado la vida a un hombre inocente, y ha impedido un escándalo muy grave que hubiese arruinado mi reputación en el cuerpo.

Holmes sonrió y le dio una palmada en el hombro a Lestrade.

—En lugar de haberse arruinado, señor mío, ya comprobará que su reputación ha aumentado enormemente. Basta con hacer unos pocos cambios en ese informe que estaba escribiendo, y entenderán lo difícil que es engañar al inspector Lestrade.

—¿Y no quiere que su nombre aparezca?

—En absoluto. El trabajo bien hecho es mi recompensa. Quizá yo también me lleve el mérito algún día lejano, cuando le permita a mi ferviente historiador presentar sus escritos una vez más… ¿verdad, Watson? Bueno, ahora, veamos dónde estaba escondida esa rata.

Un tabique de madera y yeso cruzaba el pasillo a seis pies del final, con una puerta astutamente disimulada en él. El interior estaba iluminado por aberturas bajo los aleros. Había unos pocos artículos de mobiliario y una reserva de comida y de agua, junto a varios libros y papeles.

—Ahí tenemos la ventaja de ser constructor —dijo Holmes cuando salimos—. Fue capaz de preparar su propio escondrijo sin cómplice alguno…, salvo, por supuesto, esa valiosa ama de llaves suya, a quien no debería tardar mucho en meterla a su saco, Lestrade.

—Seguiré su consejo. Pero ¿cómo ha descubierto este sitio, señor Holmes?

—Se me ocurrió que este tipo estaba escondido en la casa. Cuando medí el pasillo y me percaté de que era seis pies más corto que el correspondiente de debajo, estaba bien claro dónde estaba. Pensé que no tendría valor como para quedarse quieto ante una alarma de incendio. Por supuesto, podríamos haberlo atrapado nosotros, pero me pareció divertido hacer que se descubriese él mismo; además, le debía un poco de perplejidad, Lestrade, por su tomadura de pelo de esta mañana.

—Bueno, señor, desde luego, en eso hemos quedado en paz. Pero, de todas formas, ¿cómo demonios supo que estaba en la casa?

—La huella del pulgar, Lestrade. Usted dijo que era definitiva, y así era, en un sentido muy diferente. Sabía que no había estado ahí el día anterior. Le presto mucha atención a las cuestiones de detalle, como ha podido observar, y había examinado el vestíbulo y estaba seguro de que la pared estaba limpia. Por lo tanto, la habían dejado durante la noche.

—Pero ¿cómo?

—Muy sencillo. Cuando sellaron esos paquetes, Jonas Oldacre consiguió que McFarlane asegurase uno de los sellos poniendo el pulgar sobre el lacre reblandecido. Lo haría tan rápido y de una manera tan natural que no me sorprendería que ni el propio joven se acordase de ello. Es muy probable que pasara exactamente así, y que el mismo Oldacre no tuviese idea todavía del uso que le daría. Al darle vueltas al caso en ese cubil suyo, se le ocurrió de repente qué evidencia absolutamente condenatoria podía utilizar contra McFarlane al usar la huella del pulgar. Para él era la cosa más sencilla del mundo coger la impronta de cera del sello, humedecerla con tanta sangre como pudiera sacar con un alfilerazo y dejar la huella en la pared durante la noche, ya fuera por su propia mano o por medio de su ama de llaves. Si examina de entre sus documentos aquel que se llevó consigo a su refugio, le apuesto a que encuentra el sello con la huella del pulgar en él.

—¡Increíble! —dijo Lestrade—. ¡Increíble! Cuando usted lo expone, queda todo tan claro como el agua. Pero ¿cuál es el objeto de este oscuro engaño, señor Holmes?

Me resultaba divertido ver cómo el comportamiento arrogante del inspector se había transformado de repente en el de un niño que le hace preguntas a su profesor.

—Bueno, no creo que sea muy difícil de explicar. El caballero que nos espera abajo es una persona profundamente aviesa y vengativa. ¿Sabía que la madre de McFarlane lo rechazó hace algún tiempo? ¡No! Le dije que fuera a Blakheath primero y a Norwood después. Pues bien, ese agravio, como él lo consideraría, ha envenenado su retorcido e intrigante cerebro, y toda su vida ha anhelado venganza, pero nunca había visto su oportunidad. Durante los últimos años, las cosas no le habían ido demasiado bien, especulaba en secreto, creo, y se había visto muy apurado. Decidió estafar a sus acreedores y por esa razón le pagó importantes cheques a un tal señor Cornelius, que es, imagino, él mismo con otro nombre. Todavía no he seguido la pista de esos cheques, pero no me cabe duda de que fueron ingresados con ese nombre en alguna ciudad de provincias en donde Oldacre llevaba, de vez en cuando, una doble vida. Planeaba cambiar completamente de nombre, sacar ese dinero y esfumarse, para volver a empezar en otra parte.

—Bueno, es bastante probable.

—Debió de ocurrírsele que, al desaparecer, podría librarse de sus acreedores, y, al mismo tiempo, vengarse de forma amplia y devastadora de su antigua novia si conseguía que pareciera que había sido asesinado por el hijo de esta. Era una obra maestra de la maldad, y la llevó a cabo como un maestro. La idea del testamento, que daría un motivo obvio para el crimen, la visita secreta ignorada por sus propios padres, quedarse con el bastón, la sangre, y los restos animales y botones en la pila de madera, todo parecía admirable. Era una red de la que hace pocas horas me parecía que no era posible escapar. Pero no tuvo el supremo don del artista, el saber cuándo parar. Deseaba mejorar lo que ya era perfecto, tensar la cuerda todavía más alrededor del cuello de su desgraciada víctima, y así fue como lo arruinó todo. Bajemos, Lestrade. Hay una o dos preguntas que quisiera hacerle a ese tipo.

El malvado individuo estaba sentado en su propio salón con un policía a cada lado.

—Era una broma, señor mío, nada más que una tomadura de pelo —gimoteaba sin cesar—. Le aseguro, señor, que simplemente me escondía con el fin de ver el efecto de mi desaparición, y estoy seguro de que no sería

tan injusto como para imaginar que hubiera permitido que le causasen ningún daño al pobre y joven señor McFarlane.

—Eso lo decidirá el jurado —dijo Lestrade—. En cualquier caso, le detendremos bajo el cargo de conspiración, si es que finalmente no le acusamos de intento de asesinato.

—Y probablemente descubrirá que sus acreedores van a incautar la cuenta bancaria del señor Cornelius —dijo Holmes.

El pequeño hombre se sobresaltó y volvió sus malvados ojos hacia mi amigo.

—Tengo que agradecerle muchas cosas —dijo—. Quizá le pague mi deuda algún día.

Holmes sonrió con indulgencia.

—Me figuro que durante unos pocos años se encontrará plenamente ocupado —dijo—. Por cierto, ¿qué introdujo en la pila de madera además de sus pantalones viejos? ¿Un perro muerto o conejos, o qué eran? ¿No va a contármelo? Madre mía, ¡qué desagradable se pone! Bueno, bueno, no me sorprendería que un par de conejos explicasen tanto la sangre como las cenizas carbonizadas. Si alguna vez escribe una historia, Watson, puede que le sirvan los conejos.

LA AVENTURA DE LOS BAILARINES

Holmes llevaba varias horas sentado en silencio, con su larga y delgada espalda encorvada sobre un recipiente químico en el que estaba elaborando un producto particularmente apestoso. Tenía la cabeza hundida en el pecho y, desde donde yo estaba, parecía un pájaro extraño y enclenque, con un plumaje gris apagado y un copete negro.

—Así que, Watson —dijo de repente—, ¿ya no tiene intención de invertir en valores sudafricanos?

Pegué un brinco del asombro. Aun acostumbrado como estaba a las extrañas habilidades de Holmes, esta intrusión repentina en mis pensamientos más íntimos me pareció absolutamente inexplicable.

—¿Cómo demonios sabe eso? —le pregunté.

Giró en redondo en su taburete, con una probeta humeante en la mano y un brillo de diversión en sus ojos hundidos.

—Ahora, Watson, confiese que lo he dejado totalmente de piedra —dijo.

—Lo estoy.

—Debería hacerle firmar una confesión.

—¿Por qué?

—Porque dentro de cinco minutos usted dirá que todo era ridículamente sencillo.

—Estoy seguro de que no diré nada de eso.

—¿Sabe, mi querido Watson? —apoyó su probeta en el anaquel y empezó a disertar con el aire de un profesor que se dirige a su clase—. En realidad, no es difícil construir una serie de inferencias, cada una subordinada a la anterior y, al mismo tiempo, completa en sí misma. Si, después de hacer eso, uno sencillamente se deshace de todas las inferencias centrales y le expone a una audiencia el punto de partida y la conclusión,

puede suscitar un efecto sorprendente, aunque posiblemente rimbombante. Ahora bien, en realidad, no era difícil, tras indagar en el rastro entre su índice y su pulgar izquierdos, saber con seguridad que no se propone invertir su exiguo capital en los yacimientos de oro.

—No veo qué relación hay.

—Es muy probable que no; pero puedo mostrarle rápidamente una estrecha relación. Estos son los eslabones que faltan en una cadena muy sencilla: 1. Tenía tiza entre su índice y su pulgar izquierdos cuando volvió del club anoche. 2. Se pone tiza ahí cuando juega al billar para que no se le resbale el taco. 3. No juega nunca al billar salvo con Thurston. 4. Hace cuatro semanas me contó que Thurston tenía una opción de compra sobre alguna propiedad sudafricana que expiraría en un mes y que deseaba que compartiera con él. 5. Sus cheques están guardados con llave en mi armario, y no me la ha pedido. 6. No se propone invertir su dinero de esa manera.

—¡Qué ridículamente sencillo! —exclamé.

—¡En efecto! —dijo un poco molesto—. Cualquier problema se vuelve pueril una vez que se le explica a usted. Aquí tengo uno sin explicar. Mire qué le parece esto, amigo Watson.

Arrojó sobre la mesa una hoja de papel y se volvió de nuevo hacia sus análisis químicos.

Miré con asombro los ridículos jeroglíficos del papel.

—Pues, Holmes, es el dibujo de un niño —exclamé.

—Ah, ¡eso es lo que piensa!

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Eso es lo que el señor Hilton Cubitt, de Ridling Thorpe Manor, Norfolk, está deseoso de saber. Esta pequeña adivinanza llegó con el correo de la mañana, y él debe venir tras sus pasos en el siguiente tren. Han llamado al timbre, Watson. No me sorprendería en absoluto que fuera él.

Se oyeron pesados pasos subiendo por la escalera, y un instante después entró allí un caballero alto, rubicundo, bien afeitado, cuyos ojos claros y mejillas coloradas sugerían una vida alejada de las neblinas de Baker Street. Pareció traer consigo al entrar el aroma al aire intenso, fresco, tonificante de la coste este. Tras habernos dado un apretón de manos a los dos, se disponía

a sentarse cuando su mirada se detuvo en el papel con las extrañas marcas que acababa yo de examinar y de dejar sobre la mesa.

—Bueno, señor Holmes, ¿qué le parecen? —preguntó—. Me dijeron que era usted aficionado a los misterios raros, y no creo que pueda encontrar uno más raro que este. Le he enviado el papel con antelación para que pudiera tener tiempo de estudiarlo antes de que yo llegara.

—Desde luego, es una obra bastante extraña —dijo Holmes—. A primera vista podría parecer que es alguna travesura infantil. Consiste en varias figuras absurdas bailando sobre el papel en el que las han dibujado. ¿Por qué le otorga importancia alguna a un objeto tan grotesco?

—Nunca lo haría, señor Holmes. Pero mi mujer lo hace. Está muerta de miedo. No dice nada, pero puedo ver el terror en sus ojos. Por eso quiero llgar al fondo de este asunto.

Holmes levantó el papel para ponerlo a contraluz del sol. Era una página rasgada de un cuaderno. Los trazos estaban hechos a lápiz y eran tal como siguen:

Holmes los estuvo examinando un rato, y, entonces, tras doblar el papel cuidadosamente, lo introdujo en su cartera.

—Esto promete ser un caso sumamente interesante y excepcional —dijo —. Me dio unos pocos detalles en su carta, señor Hilton Cubitt, pero le estaría muy agradecido si hiciera el favor de repasarlos todos de nuevo a beneficio de mi amigo, el doctor Watson.

—No valgo mucho como narrador —dijo nuestro visitante, que juntaba y separaba nerviosamente sus manos grandes y fuertes—. Pregúntenme cualquier cosa que le parezca que no deje clara. Comenzaré por mi boda, que tuvo lugar el año pasado, pero quiero decir, antes de eso, que, aunque no soy rico, mi familia lleva en Ridling Thorpe más de cinco siglos, y no hay familia más conocida en el condado de Norfolk. El año pasado me vine a Londres por el aniversario de la reina, y pasé la noche en una pensión de

Russell Square, porque Parker, el pastor de nuestra parroquia, se había quedado una vez ahí. También se hospedaba una señorita americana: se llamaba Patrick, Elsie Patrick. No sé cómo nos hicimos amigos, y, antes un mes, estaba tan enamorado de ella como cualquier hijo de vecino. Nos casamos discretamente en el registro civil, y regresamos a Norfolk como marido y mujer. Pensará que es una auténtica locura, señor Holmes, que un hombre de una buena y antigua familia quisiera casarse con una mujer de este modo, sin saber nada de su pasado ni de su familia, pero, si la viera y la conociera, le ayudaría a entenderlo.

»Fue muy franca con eso, era Elsie, ni más ni menos. No puedo decir que no me diera todas las oportunidades de librarme de ella si lo hubiese querido. “Me he relacionado con personas muy desagradables a lo largo de mi vida”, me dijo. “Deseo olvidarlo todo sobre ellas. Preferiría no mencionar nunca el pasado, porque me resulta muy doloroso. Si me acepta como esposa, Hilton, acepta a una mujer que no tiene nada de lo que avergonzarse, pero habrá que conformarse con mi palabra, y permitirme callar en lo concerniente a todo lo que ha sucedido hasta el momento en que sea suya. Si estas condiciones son demasiado duras, entonces vuelva a Norfolk y déjeme continuar con la solitaria vida que llevaba antes de conocerlo”. Fue el mismo día de antes de nuestra boda cuando me dijo exactamente esas palabras. Le dije que estaba conforme con aceptarla en sus propios términos, y he cumplido mi palabra.

»Pues bien, llevamos casados ya un año, y muy felices hemos sido. Pero hace más o menos un mes, a finales de junio, vi por primera vez indicios de dificultades. Un día mi mujer recibió una carta de América. Vi el sello americano. Se puso mortalmente pálida, leyó la carta y la arrojó al fuego. No hizo alusión a ella después, y yo no hice ninguna, porque una promesa es una promesa, pero no ha tenido una hora de sosiego desde ese momento. Hay siempre una mirada de miedo en su cara…, una mirada como de expectación y de espera. Haría mejor en confiar en mí. Descubriría que puedo ser su mejor amigo. Pero hasta que ella quiera hablar yo no puedo decir nada. Créame, es una mujer sincera, señor Holmes, y cualquier dificultad que haya podido tener en su vida anterior no ha sido culpa suya. No soy más que un terrateniente de Norfolk, pero no hay hombre en

Inglaterra que ponga el honor de su familia en lo más alto como lo hago yo. Bien lo sabe, y bien lo sabía antes de casarse conmigo. Nunca mancharía el nombre de mi familia; de eso estoy seguro.

»Pues bien, llego ahora a la parte extraña de mi historia. Hace más o menos una semana —el martes de la semana pasada—, encontré en uno de los alféizares una serie de ridículas figuritas de bailarines, como estas del papel. Estaban garabateadas con tiza. Pensé que había sido el mozo de cuadra el que las había dibujado, pero el muchacho me juró que no sabía nada de eso. De todas formas, las habían dejado allí durante la noche. Las quité frotando, y solo le comenté el asunto a mi mujer después. Para mi sorpresa, se lo tomó muy en serio, y me rogó que se las dejara ver si hacían más. No hicieron ninguna durante una semana hasta que ayer por la mañana encontré este papel en el jardín encima del reloj de sol. Se lo enseñé a Elsie, y se cayó redonda al suelo del susto. Desde entonces, parece estar todo el día en las nubes, medio aturdida, y siempre con un terror indefinible en los ojos. Fue entonces cuando le escribí y le envié el papel, señor Holmes. No era algo que pudiera llevar a la policía, porque se hubieran reído de mí, pero seguro que usted me dirá qué puedo hacer. No soy rico, pero si algún peligro estuviese amenazando a mi mujercita, me gastaría hasta mi último centavo en protegerla».

Era un buen tipo, este hombre del viejo terruño inglés, sencillo, franco y amable, con sus grandes ojos serios y azules y su rostro amplio y atractivo. Su amor por su mujer y su confianza en ella se traslucía en su rostro. Holmes había escuchado su historia con suma atención, y entonces se sentó durante un rato mientras meditaba en silencio.

—¿No cree, señor Cubitt —dijo por fin—, que su mejor opción hubiese sido preguntar directamente a su esposa y pedirle que compartiera su secreto con usted?

Hilton Cubitt negó con su enorme cabeza.

—Una promesa es una promesa, señor Holmes. Si Elsie deseara contármelo, lo haría. Si no, no soy partidario de forzar su confidencia. Pero tengo motivos para tomar mi propio camino… y lo haré.

—Entonces, le ayudaré de todo corazón. En primer lugar, ¿le ha comentado alguien que haya visto gente extraña en el vecindario?

—No.

—Supongo que es un lugar muy tranquilo. ¿Una cara nueva hubiese suscitado algún comentario?

—En lo más cercano al vecindario, sí. Pero hay varios mesones no muy lejos. Y los granjeros alquilan habitaciones.

—Aparentemente, estos jeroglíficos tienen un significado. Si es meramente arbitrario, quizá nos sea imposible resolverlo. Si, en cambio, es sistemático, no me cabe duda de que llegaremos al fondo de la cuestión. Pero esta muestra en particular es tan corta que no puedo hacer nada, y los hechos que me ha presentado son tan imprecisos que no tenemos base para una investigación. Le sugeriría que volviera a Norfolk, que esté ojo avizor y que haga una copia exacta de cualquier bailarín que pueda aparecer. Es una verdadera lástima que no tengamos una réplica de los que hicieron con tiza en el alféizar. Indague también discretamente si hay algún extraño en el vecindario. Cuando haya reunido alguna prueba nueva, venga a verme otra vez. Ese es el mejor consejo que puedo darle, señor Hilton Cubitt. Si ocurre algún acontecimiento novedoso y urgente, estaré siempre listo para ir rápidamente a verle a su casa de Norfolk.

La entrevista dejó a Sherlock Holmes muy pensativo, y, varias veces en los días posteriores, lo vi coger el trozo de papel de su cuaderno y mirar seria y prolongadamente las figuras dibujadas en él. Sin embargo, no aludió al asunto hasta una tarde, quince días después. Me disponía a salir, cuando Holmes me llamó.

—Más vale que se quede, Watson.

—¿Por qué?

—Porque esta mañana he recibido un telegrama de Hilton Cubitt… ¿Recuerda a Hilton Cubitt, el de los bailarines? Para en Liverpool Street a las once y veinte. Puede llegar en cualquier momento. Deduzco de este telegrama que han sucedido incidentes nuevos e importantes.

No tuvimos que esperar mucho porque nuestro terrateniente de Norfolk vino directamente de la estación, tan rápido como pudo traerlo un coche de alquiler. Parecía preocupado y abatido, tenía los ojos cansados y la frente fruncida.

—Este tema me está sacando de quicio, señor Holmes —dijo cuando se hundió, como un hombre desfallecido, en el sillón—. Ya es bastante desagradable sentir que estás rodeado de gente invisible, que tiene alguna mala intención sobre ti, pero cuando, además, sabes que simple y llanamente está matando a tu esposa poco a poco, entonces se vuelve absolutamente insoportable. Se está consumiendo con esto… simple y llanamente consumiéndose ante mis propios ojos.

—¿Le ha dicho algo ya?

—No, señor Holmes, no lo ha hecho. Y, sin embargo, ha habido momentos en que la pobre chica quería hablar, pero no ha logrado de dar el paso. He intentado ayudarla, tal vez con torpeza, y la he desalentado de hacerlo. Se ponía a hablar de mi rancio abolengo, de nuestra reputación en el condado y del orgullo de nuestro honor sin tacha, y siempre me daba la impresión de que se acercaba a la cuestión, pero, por algún motivo que desconozco, se desviaba antes de llegar al tema.

—Y usted, ¿ha descubierto algo por su cuenta?

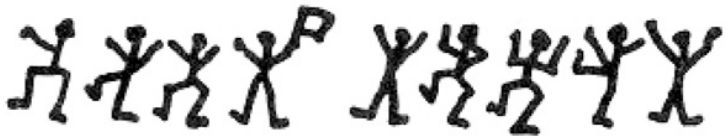
—Muchas cosas, señor Holmes. Traigo varios dibujos recientes de bailarines para que usted los examine, y, lo que es más importante, he visto al tipo.

—¿Cómo? ¿Al hombre que los dibuja?

—Sí, lo vi mientras los dibujaba, pero es mejor que se lo cuente por orden. Cuando regresé después de visitarles, la primerísima cosa que vi a la mañana siguiente fue una cosecha reciente de bailarines. Habían sido dibujados con tiza sobre la puerta de madera negra de la caseta de herramientas que está junto al césped, a plena vista desde las ventanas de la fachada delantera. Hice una copia exacta, y aquí está. —Desdobló un papel y lo dejó sobre la mesa—. Aquí hay una copia de los jeroglíficos:

—¡Excelente! —dijo Holmes—. ¡Excelente! Le ruego que continúe.

—Después de copiarlos, borré los dibujos, pero, dos días después apareció una nueva inscripción. También hice una copia:



Holmes se frotó las manos y se rió encantado.

—Se nos está acumulando rápidamente el material —dijo.

—Tres días después dejaron un mensaje garabateado en papel, y lo colocaron debajo de un guijarro encima del reloj de sol. Aquí está. Los caracteres son, como ven, exactamente los mismos que en la última figura. Después de aquello decidí quedarme de guardia, así que saqué mi revólver y me quedé esperando despierto en mi despacho, desde donde se domina el césped y el jardín. Más o menos a las dos de la madrugada, mientras estaba sentado al lado de la ventana, pues todo estaba a oscuras salvo por la luz de la luna, oí pasos detrás de mí, y allí estaba mi esposa en camisón. Me imploró que me fuera a la cama con ella. Le dije abiertamente que deseaba ver quién nos estaba gastando esas bromas ridículas. Me contestó que era alguna tomadura de pelo y que no le hiciera ningún caso.

»—Si de verdad te molesta tanto, Hilton, podríamos irnos de viaje, tú y yo, y así evitar este fastidio.

»—¿Cómo? ¿Ser desterrados de nuestra propia casa por un bromista? —dije—. Vaya, tendríamos a todo el condado riéndose de nosotros.

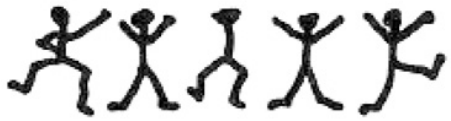
»—Bueno, ven a la cama —dijo—, podemos discutirlo por la mañana.

»—De repente, mientras hablaba, vi cómo la palidez de su rostro empalidecía más todavía a la luz de la luna, y su mano se aferró a mi hombro. Se movía algo a la sombra de la caseta de herramientas. Vi una figura oscura e insidiosa que se arrastraba a la vuelta de la esquina y se acuclillaba enfrente de la puerta. Agarré mi pistola y, cuando ya estaba saliendo a toda prisa, mi mujer me abrazó y me retuvo con una fuerza incontenible. Traté de quitármela de encima, pero se aferró a mí con mayor desesperación. Al final pude soltarme. Sin embargo, para cuando había abierto la puerta y llegado a la caseta, el individuo ya se había ido. Había

dejado un rastro de su presencia, no obstante, porque había en la puerta exactamente la misma serie de bailarines que ya había aparecido dos veces y que he copiado en ese papel. No había ninguna otra señal del intruso, pues me encargué personalmente de revisar todo el jardín. Y, a pesar de todo, lo asombroso es que debió de estar allí todo el tiempo, porque, cuando examiné la puerta nuevamente por la mañana, había garabateado algunos dibujos más de los suyos bajo la línea que yo ya había visto».

—¿Tiene usted ese nuevo dibujo?

—Sí, es muy breve, pero hice una copia de él, y aquí está. —Sacó otro papel—. El nuevo baile era así:



—Dígame —dijo Holmes (y pude ver en sus ojos que estaba entusiasmado)—, ¿era una mera adición al primero o parecía independiente?

—Estaba en una tabla distinta de la puerta.

—¡Excelente! Este es con mucho el más importante de todos para nuestro propósito. Me llena de esperanza. Ahora, señor Hilton Cubitt, le ruego que continúe con su interesantísimo relato.

—No tengo nada más que decir, señor Holmes, salvo que me enfadé bastante con mi mujer esa noche por haberme sujetado cuando hubiera podido coger al granuja que andaba merodeando por el jardín. Me dijo que temía que pudiera hacerme daño. Por un momento, se me pasó por la cabeza que quizá lo que de verdad ella temía era que yo le hiciera daño a él, pues no me cabía ninguna duda de que sabía quién era ese hombre y qué significaban esas extrañas señales. Pero hay un tono en la voz de mi esposa, señor Holmes, y una mirada en sus ojos que me impide que dude de ella, y estoy seguro de que, de hecho, era mi propia seguridad lo que tenía en mente. He aquí el caso al completo, y ahora quisiera su consejo con respecto a lo que debería hacer. Mi instinto me pide que ponga media

docena de mis chicos de la granja entre los arbustos y, cuando ese tipo venga de nuevo, le demos tal paliza que nos deje en paz para siempre.

—Me temo que es un caso demasiado intrincado para remedios tan sencillos —dijo Holmes—. ¿Cuánto tiempo puede permanecer en Londres?

—Tengo que volverme hoy. No dejaría a mi esposa sola toda la noche por nada del mundo. Está muy nerviosa y me ha rogado que regrese.

—En mi opinión es lo mejor que puede hacer. Pero, si hubiese podido pernoctar aquí, posiblemente hubiese podido ir con usted en un día o dos. Mientras, me dejará estos papeles, y creo que es muy probable que consiga hacerle una visita en breve y arrojar alguna luz sobre su caso.

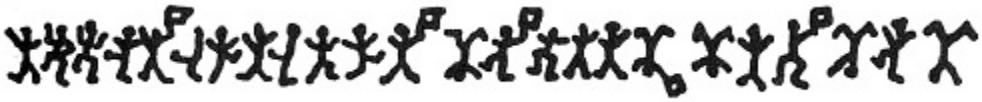
Sherlock Holmes mantuvo la compostura, sereno y profesional, hasta que nuestro visitante nos dejó, aunque era fácil para mí, que lo conocía tan bien, ver que estaba profundamente entusiasmado. En el mismo momento en que las anchas espaldas de Hilton Cubitt desaparecieron por la puerta, mi camarada corrió a la mesa, extendió todos los trozos de papel que contenían bailarines enfrente de él, y se zambulló en unos cálculos complejos y alambicados. Observé durante dos horas cómo llenaba una hoja tras otra con figuras y letras, tan completamente absorto en su tarea que era evidente que se había olvidado de mi presencia. En ocasiones hacía algún progreso, y entonces silbaba y cantaba al trabajar; otras, parecía perplejo y se sentaba largos ratos con el ceño fruncido y la mirada ausente. Por fin, saltó de su silla con un grito de satisfacción y se paseó de aquí para allá frotándose las manos. Entonces, escribió un largo telegrama en un impreso.

—Si mi respuesta a esto es la que espero, tendrá un buen caso que añadir a su colección, Watson —dijo—. Espero que podamos bajar a Norfolk mañana y darle a nuestro amigo información definitiva sobre el secreto que tanto lo atormenta.

Confieso que estaba lleno de curiosidad, pero era consciente de que a Holmes le gustaba hacer sus revelaciones en su momento y a su manera, así que esperé a que le pareciera oportuno confiármelas.

Pero el telegrama de contestación se retrasaba, y se sucedieron dos días de impaciencia durante los cuales Holmes aguzaba el oído cada vez que llamaban a la puerta. Durante la tarde del segundo día llegó el ansiado correo de Hilton Cubitt. Todo en calma, excepto por que había aparecido

una larga inscripción esa mañana encima del pedestal del reloj de sol. Adjuntaba una copia de ello, que reproduzco aquí:



Holmes estudió ese friso grotesco durante algunos minutos, y, entonces, de repente, se puso en pie de un salto con una exclamación de sorpresa y consternación. Su rostro estaba demacrado por la ansiedad.

—Hemos dejado que este asunto llegue demasiado lejos —dijo—. ¿Hay algún tren para North Walsham esta noche?

Consulté el horario. El último acababa de salir.

—Entonces, desayunaremos pronto y cogeremos el primero de la mañana —dijo Holmes—. Se requiere nuestra presencia de manera más que urgente. ¡Ah, aquí está nuestro esperado telegrama! Un momento, señora Hudson, tal vez haya una respuesta. No, es exactamente como esperaba. Este mensaje hace incluso más imprescindible que no perdamos ni un momento en hacer que Hilton Cubitt sepa cómo están las cosas, porque nuestro terrateniente de Norfolk está involucrado en una excepcional y peligrosa trama.

Finalmente, resultó ser así, y mientras llego a la siniestra conclusión de una historia que, al principio, no me había parecido más que pueril y chocante, experimento de nuevo la consternación y el horror que sentí en aquel momento. Ojalá tuviera algún final más alegre que comunicarle a mis lectores, pero esta es la crónica de los hechos, y debo seguir hasta su siniestro desenlace la extraña cadena de acontecimientos que durante algunos días hizo de Ridling Thorpe Manor un nombre familiar a lo largo y ancho de Inglaterra.

Apenas nos habíamos apeado en North Walsham y mencionado el nombre de nuestro destino, cuando el jefe de estación corrió hacia nosotros.

—¿No serán los detectives de Londres?

Por el rostro de Holmes cruzó una expresión de desasosiego.

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Que acaba de pasar por aquí el inspector Martin, de Norwich. Pero tal vez sean ustedes los médicos. No ha muerto… o no lo estaba, según los últimos informes. Quizá todavía lleguen a tiempo para salvarla…, aunque sea salvarla del patíbulo.

A Holmes se le había ensombrecido el rostro de repente a causa de la ansiedad.

—Vamos a Ridling Thorpe Manor —dijo—, pero desconocemos totalmente lo que ha ocurrido allí.

—Es un asunto terrible —dijo el jefe de estación—. Heridos los dos, el señor Hilton Cubitt y su esposa. Ella le disparó a él y luego se pegó un tiro, eso dicen los criados. Él ha muerto y ella está a punto de perder la vida. ¡Todo un señor! ¡Una de las familias más antiguas del condado de Norfolk, y una de las más honradas!

Sin decir una palabra, Holmes se apresuró hacia el coche, y durante las siete largas millas de camino, no abrió en absoluto la boca. Raras veces lo he visto tan desanimado. Había estado intranquilo durante todo nuestro viaje desde la ciudad, y había observado que había pasado las páginas de los periódicos de la mañana con angustiosa atención, pero, ahora que se habían cumplido repentinamente sus peores temores se encontraba en un estado de absoluta melancolía. Se recostó en su asiento, perdido en especulaciones sombrías. Y, sin embargo, había a nuestro alrededor muchas cosas de interés, porque estábamos cruzando por un paisaje de los más excepcionales de Inglaterra, donde unas pocas casas de campo desperdigadas eran toda la población que podía verse, mientras por todas partes, enormes iglesias de torres cuadradas se erizaban en medio de la llanura verde y hablaban de la gloria y de la prosperidad de la antigua Anglia Oriental. Por fin, el contorno violento del océano Germánico apareció sobre la orilla verde de la costa de Norfolk, y el cochero señaló con su látigo hacia los dos antiguos frontones de ladrillo y madera que sobresalían de una arboleda.

—Esa es Ridling Thorpe Manor —dijo.

Mientras nos encaminábamos hacia la puerta principal, observé delante de esta, junto a la pista de tenis, la caseta negra de herramientas y el reloj de sol de pedestal que habíamos estado relacionando con aquellos dibujos tan

extraños. Un hombrecillo sofisticado, con aire ágil y despierto y un bigote encerado, acababa de descender de lo alto de un carro. Se presentó como el inspector Martin, de la policía de Norfolk, y quedó tremendamente sorprendido al oír el nombre de mi compañero.

—Vaya, señor Holmes, pero si el crimen se ha cometido a las tres de la madrugada. ¿Cómo ha podido enterarse estando en Londres y llegar al lugar de los hechos al mismo tiempo que yo?

—Lo deduje. Me vine con la esperanza de impedirlo.

—Entonces, debe de tener alguna prueba importante que desconocemos, porque se dice que eran una pareja muy unida.

—Solo tengo la prueba de los bailarines —dijo Holmes—. Le explicaré el asunto más tarde. Mientras tanto, dado que es demasiado tarde para impedir esta tragedia, desearía utilizar el conocimiento que poseo con el fin de asegurarme que se haga justicia. ¿Me dejará ayudarle en su investigación, o prefiere que actúe de manera independiente?

—Para mí sería un orgullo considerar que estamos trabajando juntos, señor Holmes —dijo el inspector, con gran seriedad.

—En ese caso, le agradecería mucho poder escuchar los testimonios y examinar el lugar sin perder ni un instante.

El inspector Martin tuvo el acierto de permitirle a mi amigo que hiciera las cosas a su manera, y se conformó con tomar cuidadosamente nota de los resultados. El médico local, un hombre mayor, de pelo cano, acababa de bajar de la habitación de la señora de Hilton Cubitt, e informó de que sus heridas eran graves, pero no necesariamente letales. La bala había pasado a través de la parte frontal de su cerebro, y probablemente llevaría algún tiempo antes de que pudiera recobrar la conciencia. A la pregunta de si la habían disparado o se había disparado ella misma, no se aventuraba a manifestar ningún dictamen categórico. Con toda certeza, la bala había sido descerrajada a muy corta distancia. Solo se había encontrado una pistola en la habitación, en la que faltaban dos balas. Al señor Hilton Cubitt le habían traspasado el corazón de un disparo. Era, en cualquier caso, concebible que él le hubiese disparado a ella y luego a sí mismo, o que hubiese sido ella la culpable, porque el revólver se encontraba en el suelo a mitad de camino entre los dos.

—¿Lo han movido? —preguntó Holmes.

—No hemos movido nada salvo a la señora. No podíamos dejarla herida tendida en el suelo.

—Doctor, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde las cuatro.

—¿Ha venido alguien más?

—Sí, este agente.

—¿Y no han tocado nada?

—Nada.

—Han actuado de forma muy juiciosa. ¿Quién lo ha mandado llamar?

—La criada, Saunders.

—¿Fue ella quien dio la voz de alarma?

—Ella y la señora King, la cocinera.

—¿Dónde están ahora?

—En la cocina, creo.

—Entonces, creo que más vale que oigamos lo que tienen que decirnos enseguida.

El antiguo vestíbulo, con paneles de roble y ventanas altas, se había convertido en un juzgado de instrucción. Holmes se sentó una silla grande y anticuada, con sus implacables ojos brillando saliéndose de su rostro demacrado. Podía leer en ellos un firme propósito de consagrar su vida a esa misión hasta que el cliente a quien no había logrado salvar hubiese sido por fin vengado. El atildado inspector Martin, el doctor mayor y canoso, yo mismo y el imperturbable policía de pueblo completaban el resto de esa extraña comitiva.

Las dos mujeres contaron su historia con bastante claridad. Se habían despertado en medio del sueño con el sonido de una detonación, a la que había seguido un minuto después una segunda. Dormían en habitaciones contiguas, y la señora King entró corriendo en la de la señora Saunders. Habían bajado juntas la escalera. La puerta el estudio estaba abierta y había una vela encendida sobre la mesa. El señor estaba tendido boca abajo en el centro de la habitación. Estaba ya muerto. Cerca de la ventana, su mujer estaba agachada, con la cabeza contra la pared. Tenía una herida terrible, y un lado de la cara manchado de sangre. Respiraba con dificultad, pero era

incapaz de decir nada. Además de la habitación, el pasillo también estaba lleno de humo y olía a pólvora. Sin lugar a dudas, la ventaba estaba cerrada y asegurada por dentro. Ambas mujeres estaban seguras de ello. Enseguida mandaron llamar al doctor y al agente. Luego, con la ayuda del criado y del mozo de cuadras, habían transportado a la maltrecha señora a su habitación. Ambos, tanto ella como él, habían estado acostados en la cama. La señora llevaba puesto un camisón…, y él, su bata encima del pijama. No se había movido nada del despacho. Hasta donde ellas sabían, no había habido nunca ninguna disputa entre marido y mujer. Siempre los habían considerado una pareja muy unida.

Esos eran los puntos principales del testimonio de las criadas. En respuesta al inspector Martin, dijeron que tenían la certeza de que todas las puertas estaban cerradas por dentro y de que nadie podía haber escapado de la casa. En respuesta a Holmes, ambas recordaron que fueron conscientes del olor a pólvora desde el momento en que salieron corriendo de sus habitaciones del piso de arriba.

—Le recomiendo que preste mucha atención a ese dato —le dijo Holmes a su compañero de profesión—. Y ahora, creo que estamos en situación de comenzar con un examen más minucioso de la habitación.

El despacho resultó ser un cuarto pequeño, forrado de libros en tres de sus paredes, y con un escritorio enfrente de una ventana corriente que daba al jardín. Prestamos atención en primer lugar al cuerpo del desgraciado terrateniente, cuya enorme figura yacía tendida atravesando la habitación. Sus ropas en desorden mostraban que se había levantado apresuradamente a mitad del sueño. Le habían disparado la bala desde el frente, y se le había quedado en el cuerpo tras atravesar el corazón. Con toda certeza, su muerte había sido instantánea e indolora. No había restos de pólvora ni en su bata ni en sus manos. Según el médico de provincias, la señora tenía marcas de pólvora en la cara, pero no en la mano.

—La ausencia de estas últimas no significa nada, aunque su presencia puede significarlo todo —dijo Holmes—. A menos que la pólvora de un cartucho mal ajustado salga hacia atrás, uno puede hacer muchos disparos sin que quede ninguna marca. Sugeriría que el cuerpo del señor Cubitt ya

puede ser movido. Supongo, doctor, que no ha recuperado la bala que hirió a la señora.

—Será necesaria una operación arriesgada antes de que podamos hacerlo. Pero todavía quedan cuatro cartuchos en el revólver. Se han disparado dos y dos han ocasionado heridas, así que cada bala puede ser explicada.

—Eso parece —dijo Holmes—. ¿Quizá pueda explicar también qué ha sido de la bala que ha chocado de manera tan obvia con el borde de la ventana?

Se había dado la vuelta de repente, y su largo y fino dedo estaba apuntando hacia un agujero que había sido perforado en el marco inferior de la ventana, más o menos a una pulgada del borde.

—¡Santo cielo! —exclamó el inspector—. Pero ¿cómo ha visto eso?

—Porque lo he buscado.

—¡Increíble! —dijo el doctor local—. Desde luego, tiene razón, señor. Eso significa que se ha realizado un tercer disparo, y, por lo tanto, ha debido estar presente una tercera persona. Pero ¿quién ha podido ser y cómo ha podido escabullirse?

—Ese es el problema que estamos a punto de resolver —dijo Sherlock Holmes—. ¿Recuerda, inspector Martin, que cuando las criadas dijeron que, al dejar su habitación, fueron enseguida conscientes de un olor a pólvora le comenté que ese punto era sumamente importante?

—Sí, señor, pero le confieso que no le seguí del todo.

—Eso sugiere que, en el momento del disparo, tanto la ventana como la puerta de la habitación estaban abiertas. De lo contrario, el humo de la pólvora no hubiese podido recorrer tan rápido la casa. Se requería una corriente de aire para eso. No obstante, ambas, puerta y ventana, estuvieron abiertas solo durante un breve período de tiempo.

—¿Cómo puede probarlo eso?

—La vela no se ha consumido.

—¡Genial! —exclamó el inspector—. ¡Genial!

—Como estaba seguro de que la ventana había estado abierta en el momento de la tragedia, imaginé que había habido una tercera persona durante los hechos, que permaneció fuera de este vano y disparó a través de

la ventana. Cualquier disparo dirigido hacia esa persona podía haber dado en el marco. Miré, ¡y allí, en efecto, estaba la marca de la bala!

—Pero ¿cómo pudo cerrar y asegurar la ventana?

—El primer instinto de la mujer sería cerrar y asegurar la ventana. Pero ¿qué es esto?

Era un bolso de mano de señora que permanecía sobre la mesa del despacho —un elegante bolsito de plata y piel de cocodrilo—. Holmes lo abrió y vació su contenido. Había veinte billetes de cincuenta libras del Banco de Inglaterra, sujetos con una goma; nada más.

—Esto debe ser guardado para presentarlo en el juicio —dijo Holmes, mientras le pasaba el bolso con su contenido al inspector—. Ahora es necesario que tratemos de esclarecer esa tercera bala que ha sido disparada, de manera evidente, dado el astillamiento de la madera, desde dentro de la habitación. Me gustaría ver a la señora King, la cocinera, otra vez… Dice, señora King, que se despertó con una potente explosión. Cuando dice usted eso, ¿quiere decir que le pareció más potente que la segunda?

—Bueno, señor, me despertó en medio del sueño, por lo que es difícil juzgarlo. Pero me pareció muy potente.

—¿No cree que pudieran haber sido dos disparos realizados casi al mismo tiempo?

—No sabría decírselo, señor.

—Creo que fue así sin lugar a dudas. Me parece, inspector Martin, que ya hemos extraído todo lo que este cuarto podía mostrarnos. Si tuviera la amabilidad de dar una vuelta conmigo, podríamos ver qué nuevos datos nos ofrece el jardín.

Un macizo de flores se extendía hasta la ventana del despacho, y prorrumpimos en una exclamación al acercarnos a él. Las flores estaban pisoteadas, y por toda la tierra mullida había huellas de pisadas. Pisadas grandes de varón, con punteras peculiarmente largas y puntiagudas. Holmes buscó por todas partes entre la hierba y las hojas como un perro de caza tras un pájaro herido. Entonces, con un grito de satisfacción, se inclinó hacia delante y recogió un pequeño cilindro de latón.

—Lo que pensaba —dijo—. El revólver tenía un expulsor, y aquí tenemos el tercer cartucho. Creo sinceramente, inspector Martin, que casi

hemos completado nuestro caso.

El rostro del inspector de provincias había mostrado su intenso asombro ante el avance veloz y magistral de la investigación de Holmes. Al principio había mostrado cierta inclinación a imponer su cargo, pero ahora estaba rebosante de admiración y listo para seguirle sin rechistar adondequiera que Holmes lo llevara.

—¿De quién sospecha? —preguntó.

—Ya llegaremos a eso. Hay varios puntos en esta cuestión que no he sido capaz de explicarle todavía. Ahora que hemos llegado tan lejos, lo mejor es que procedamos a mi manera, y luego le aclararé todo el asunto de una vez.

—Como usted quiera, señor Holmes, mientras atrapemos a nuestro hombre.

—No deseo en lo más mínimo andarme con misterios, pero no quiero en este momento del proceso detenerme en explicaciones largas y complejas. Tengo todos los hilos de esta trama en la mano. Aun cuando esta dama no recobrara nunca la conciencia, incluso en ese caso podemos reconstruir los acontecimientos de la última noche y asegurarnos de que se haga justicia. En primer lugar, quiero saber si hay alguna posada en los alrededores con el nombre de Elridge.

Se interrogó a las criadas, pero ninguna de ellas había oído hablar nunca de tal sitio. El mozo de cuadras esclareció el asunto al recordar que un granjero con ese nombre vivía a unas millas en dirección a East Ruston.

—¿Es una granja apartada?

—Muy apartada, caballero.

—¿Tal vez todavía no sepan nada de todo lo que ha pasado aquí durante la noche?

—Puede que no, caballero.

Holmes pensó un momento y entonces apareció una extraña sonrisa en su rostro.

—Ensilla un caballo, muchacho —dijo—. Desearía que llevara una nota a la granja de Elrige.

Cogió de su bolsillo los diversos trozos de papel con los dibujos de los bailarines. Se los puso delante y estuvo trabajando durante un rato en la

mesa del despacho. Por fin, le pasó una nota al chico, con instrucciones de ponerla en manos de la persona a quien estaba dirigida, y, sobre todo, de no responder preguntas de ninguna clase que pudieran hacerle. En la parte exterior de la nota, vi el destinatario escrito con caracteres descuidados e irregulares, impropios de la mano habitualmente precisa de Holmes. Se le enviaba al señor Abe Slaney, granja de Elridge, East Ruston, Norfolk.

—Creo, inspector —comentó Holmes—, que haría bien en telegrafiar pidiendo una escolta, porque, si mis teorías resultan correctas, es posible que tenga que conducir a un prisionero particularmente peligroso a la cárcel del condado. El chico que lleva esta nota sin duda podría remitir también su telegrama. Si hay un tren vespertino a la ciudad, Watson, creo que haríamos bien en cogerlo, porque tengo un análisis químico de cierto interés por terminar, y esta investigación está a punto de concluir.

Cuando hubo despachado al joven con la nota, Sherlock Holmes le dio instrucciones a las criadas. Si llegaba cualquier visitante preguntando por la señora de Hilton Cubitt, no se le debía dar ninguna información respecto a su estado, sino que debía ser acompañado de inmediato al salón. Las convenció de la importancia de esas indicaciones. Por último, nos condujo al salón con el comentario de que el asunto ahora ya no estaba en nuestras manos, y que debíamos pasar el rato lo mejor que pudiéramos hasta que viéramos lo que ocurría. El doctor se había marchado a ver a sus pacientes y solo quedábamos el inspector y yo.

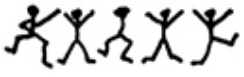
—Creo que puedo ayudarles a pasar una hora de una forma interesante y provechosa —dijo Holmes, arrimando su silla a la mesa y extendiendo enfrente de él los diversos papeles en los que estaban recogidas las payasadas de los bailarines.

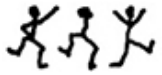
—En cuanto a usted, amigo Watson, le debo una reparación por haber permitido que su curiosidad natural quedase tanto tiempo insatisfecha. A usted, inspector, es posible que le atraiga el incidente en su conjunto como notable caso de estudio para la profesión. En primer lugar, debo contarles todas las interesantes circunstancias que se relacionan con las reuniones previas que el señor Hilton Cubitt tuvo conmigo en Baker Street.

Entonces, resumió brevemente los hechos que he comentado ya.

—Tengo aquí delante de mí estas singulares obras, ante las que uno tal vez sonriera, de no haber probado ser precursoras de una tragedia tan terrible. Estoy ampliamente familiarizado con toda clase de escrituras secretas, y yo mismo soy autor de una monografía sin importancia sobre la cuestión, en la que analizo ciento sesenta códigos distintos, pero debo confesar que este es completamente nuevo para mí. El objeto de aquellos que inventaron el sistema ha sido, al parecer, disimular que esos caracteres transmiten un mensaje, y dar la impresión de que son meros esbozos aleatorios de unos niños.

»Una vez admitido, sin embargo, que los símbolos representaban letras, y aplicadas las reglas que nos guían en todas las clases de escrituras secretas, la solución era bastante sencilla. El primer mensaje que me mostraron era tan breve que me era imposible hacer otra cosa que decir con cierta seguridad que el símbolo representaba la letra “e”. Como ustedes saben, “e” es la letra más común en el alfabeto inglés, y predomina hasta tal punto que incluso en una oración corta uno puede esperar encontrarla con mucha frecuencia. De entre los quince símbolos del primer mensaje, cuatro eran los mismos, así que es razonable asignarle la “e”. Es verdad que en algunos casos la figura está portando una bandera y en otros casos no, pero era probable, por la manera en que estaban distribuidas las banderas, que se usaran para dividir la oración en palabras. Acepté esto como hipótesis y anoté que representaba la letra “e”.

»Pero ahora viene la dificultad real de la investigación. La frecuencia de las letras inglesas después de la “e” no está tan bien delimitada, y cualquier preponderancia que pueda indicarse como promedio de una página impresa puede ser revertida en una oración breve aislada. Hablando en líneas generales, “t”, “a”, “o”, “i”, “n”, “s”, “h”, “r”, “d” y “l” es el orden numérico en que se encuentran las letras, pero “t”, “a”, “o” e “i” están muy cerca unas de otras, y sería una tarea interminable probar con cada combinación hasta obtener un significado. Por lo tanto, esperé material nuevo. En mi segunda entrevista con el señor Hilton Cubitt, logró darme otras dos oraciones breves y un mensaje que parecía una palabra aislada porque no había banderas:  Estos eran los símbolos. Ahora,

de la palabra aislada obtenía las dos “e”, que venían en segundo y cuarto lugar de una palabra de cinco letras. Podía ser “sever” o “lever”, o “never”[3]. No cabía duda de que esta última, como respuesta a una petición era con mucho la más probable, y las circunstancias apuntaban a que era la respuesta escrita por la dama. Si aceptamos eso como correcto, ahora podemos decir que los símbolos  representaban respectivamente las letras “n”, “v” y “r”.

»Incluso ahora me encontraba en una considerable dificultad, pero una idea feliz me aportó varias letras más. Se me ocurrió que si esas peticiones venían, como me imaginaba, de alguien que había sido íntimo de la dama en su anterior vida, una combinación que contuviera dos “e” con tres letras en medio podría representar perfectamente el nombre “elsie”. Al examinarlo, encontré que tal combinación formaba el final del mensaje, que se repetía tres veces. Con toda certeza, era alguna petición para “Elsie”. De este modo, había obtenido mi “l”, mi “s” y mi “i”. Pero ¿cuál podía ser esa petición? Solo había cuatro letras en la palabra que antecedía a “Elsie”, y acababa en “e”. Seguramente la palabra debía ser “come”. Lo intenté con otras palabras de cuatro letras que acabaran en “e”, pero no pude encontrar ninguna que encajase. Así que ahora que tenía en las manos “c”, “o” y “m”, estaba en posición de abordar el primer mensaje de nuevo; lo dividí en palabras y puse puntos en cada símbolo que todavía me era desconocido. Tras ese proceso, este fue el resultado:

M .ERE…E SL.NE.

—Ahora la primera letra solo puede ser una «a», lo que resulta un descubrimiento muy útil, dado que aparece nada más y nada menos que tres veces en esta breve oración, y la «h» es también evidente en la segunda palabra. Ahora queda:

AM HERE A.E SLANE.

—O, si llenamos los huecos obvios en el nombre:

AM HERE ABE SLANEY.

—Tenía ahora tantas letras que podía continuar con considerable confianza con el segundo mensaje, que decía así:

A. ELRI.ES.

—Este mensaje solo podía entenderlo si ponía una «t» y una «g» en las letras que faltaban, y si suponía que el nombre era el de alguna casa o taberna en la que el autor estuviera alojado.

El inspector Martin y yo habíamos escuchado con sumo interés el relato claro y minucioso de cómo mi amigo había logrado dominar nuestra difícil situación.

—¿Qué hizo entonces, señor? —preguntó el inspector.

—Tenía todas las razones para suponer que ese Abe Slaney era americano, dado que Abe es un acortamiento americano y que el punto de partida de todo el problema había sido una carta con origen en América. Tenía también todos los motivos para pensar que había algún secreto delictivo en el asunto. Tanto las alusiones de la dama a su pasado y su rechazo a contarle sus secretos a su marido apuntaban en esa dirección. Por tanto, cablegrafié a mi amigo Wilson Hargreave, del departamento de Policía de Nueva York, a quien he ayudado más de una vez por mi conocimiento de la delincuencia londinense. Le pregunté si le resultaba conocido el nombre de Abe Slaney, y aquí está su respuesta: «El sinvergüenza más peligroso de Chicago». La misma tarde que recibí esta respuesta, Hilton Cubitt me envió el último mensaje de Slaney. Usando las letras ya conocidas, el mensaje quedó del siguiente modo:

ELSIE .RE.ARE TO MEET THY GO[4]

—La suma de una «p» y una «d» completaron un texto que me demostró que el granuja estaba pasando de la persuasión a las amenazas, y mi conocimiento de los sinvergüenzas de Chicago me predispuso a pensar que podía traducir sus palabras en acciones muy rápidamente. Vine enseguida a Norfolk con mi amigo y colega, el doctor Watson, pero, desafortunadamente, solo a tiempo de descubrir que lo peor ya había sucedido.

—Es un privilegio haberme asociado con usted en lo referente a este caso —dijo el inspector efusivamente—. Tendrá que perdonarme, sin embargo, si le hablo con franqueza. Usted solo responde ante usted, pero yo tengo que responder ante mis superiores. Si este tal Abe Slaney, con residencia en la granja de Elrige, es, efectivamente, el asesino, y si se da a la fuga mientras estoy aquí sentado, sin duda voy a meterme en un grave problema.

—No se preocupe. No intentará escapar.

—¿Cómo lo sabe?

—Huir sería una confesión de culpa.

—Entonces, déjenos ir a arrestarlo.

—Espero su llegada en cualquier momento.

—Pero ¿por qué iba a venir?

—Porque le he escrito y se lo he pedido.

—Pero ¡eso es inverosímil, señor Holmes! ¿Cómo iba a venir por habérselo pedido? ¿Una solicitud así no aumentaría más bien sus sospechas y provocaría que huyera?

—Creo que he sabido tenderle una trampa con esa carta —dijo Sherlock Holmes—. De hecho, o mucho me equivoco, o ahí tenemos al caballero subiendo por el camino de acceso.

Un hombre estaba subiendo a grandes zancadas por el camino que conducía a la puerta. Era un tipo alto, apuesto, moreno, vestido con un traje de franela gris, con un sombrero panamá, una barba negra encrespada y una gran nariz agresivamente aguileña, que blandía un bastón mientras caminaba. Se pavoneaba camino arriba como si fuera el dueño del lugar, y oímos cómo hizo repicar resueltamente la campana.

—Creo, caballeros —dijo Holmes en voz baja—, que más nos vale que nos apostemos tras la puerta. Es necesario tomar las máximas precauciones cuando se trata con un tipo así. Necesitará sus esposas, inspector. Puede dejarme el parloteo a mí.

Esperamos en silencio durante un minuto —uno de esos minutos que uno nunca podrá olvidar—. Entonces se abrió la puerta y entró el hombre. Al instante, Holmes le puso una pistola en la cabeza y Martin deslizó las esposas por sus muñecas. Todo se hizo con tanta velocidad y destreza que el

tipo se encontró indefenso antes de que supiera que lo atacaban. Nos fulminó uno a uno con un par de ojos negros centelleantes. Entonces estalló en una amarga carcajada.

—Bien, caballeros, esta vez me la han jugado. Parece que me he topado contra un muro. Pero he venido aquí en respuesta a una carta de la señora de Hilton Cubitt. ¿No me dirán que está metida en esto? ¿No me dirán que ha ayudado a tenderme una trampa?

—La señora de Hilton Cubitt se encuentra gravemente herida y está a las puertas de la muerte.

El hombre soltó un ronco grito de pesar que resonó por toda la casa.

—¡Están locos! —exclamó salvajemente—. Él fue el herido, no ella. ¿Quién hubiese herido a mi pequeña Elsie? Puede que la haya amenazado —Dios me perdone—, pero no le hubiera tocado ni un pelo de su bonita cabeza. Usted, ¡retírelo! ¡Diga que no está herida!

—La encontraron malherida junto a su difunto marido.

Se dejó caer con un profundo suspiro en el sofá y hundió su rostro entre sus esposadas manos. Durante cinco minutos estuvo en silencio. Entonces, levantó el rostro otra vez y habló con la fría calma de la desesperación.

—No tengo nada que ocultarles, caballeros —dijo—. Si bien disparé a ese hombre, él me había disparado a mí antes, y no hay asesinato en ello. Pero si piensan que he podido herir a esa mujer, entonces no saben nada ni de mí ni de ella. Era mi prometida desde hacía años. ¿Quién era este inglés para interponerse entre nosotros? Les digo que yo tenía derecho a ella primero y que solo estaba reclamando lo que era mío.

—Se desembarazó de su influencia cuando se dio cuenta del hombre que usted era —dijo Holmes con severidad—. Huyó de América para rehuirlo, y se casó en Inglaterra con un respetable caballero. La acosó y la siguió, y le amargó la vida con el fin de obligarla a abandonar a su marido, a quien amaba y respetaba, para que se fugara con usted, a quien temía y odiaba. Usted ha acabado ocasionándole la muerte a un hombre noble y empujando al suicidio a su esposa. Esa es su hoja de servicios en este asunto, señor Abe Slaney, y responderá por ello ante la ley.

—Si Elsie muere, me da lo mismo lo que me pase —dijo el americano.

Abrió una de sus manos y miró una nota arrugada en su palma.

—Mire, usted —exclamó con un destello de sospecha en sus ojos—, no estará tratando de asustarme con esto, ¿verdad? Si la dama está herida de forma tan grave como dice, ¿quién ha escrito esta nota?

La lanzó sobre la mesa.

—La he escrito yo con la intención de atraerlo hasta aquí.

—¿La ha escrito usted? No hay nadie en este mundo fuera de la banda que conozca el secreto de los bailarines. ¿Cómo ha logrado escribirla?

—Lo que un hombre puede inventar, otro puede descifrarlo —dijo Holmes—. Hay un coche que viene hacia aquí para transportarle a Norwich, señor Slaney. Pero, entretanto, tiene tiempo de reparar un poco el daño que ha causado. ¿Es consciente de que la señora de Hilton Cubitt se encuentra bajo la seria sospecha de haber asesinado a su marido, y que mi presencia aquí y el conocimiento que por casualidad poseo ha sido lo único que la ha librado de la acusación? Lo menos que puede usted hacer es aclararle a todo el mundo que ella no ha sido de ninguna manera, directa o indirectamente, responsable del trágico fin de su marido.

—No deseo otra cosa —dijo el americano—, supongo que lo mejor que puedo hacer por mí mismo es decir la verdad absoluta.

—Es mi deber advertirle de que todo lo que diga puede ser usado en su contra —exclamó el inspector, con el soberbio juego limpio del código penal británico.

Slaney se encogió de hombros.

—Me arriesgaré a ello —dijo—. En primer lugar, quiero que ustedes, caballeros, comprendan que conozco a esta dama desde que era una niña. Éramos siete en una banda de Chicago, y el padre de Elsie era el jefe del grupo. Era un hombre listo, el viejo Patrick. Fue él quien inventó esa escritura, que podía pasar fácilmente por unos garabatos infantiles a menos que se tuviera la clave. Pues bien, Elsie se enteró de algunas de nuestras andanzas, pero no podía soportar ese tipo de negocios. Como tenía un poco de dinero ganado honradamente, nos dio esquinazo y se largó a Londres. Había sido mi prometida, y se hubiera casado conmigo, creo, si hubiese elegido otra profesión, pero ella no quería saber nada con los bajos fondos. Solo al casarse con este inglés fui capaz de descubrir dónde estaba. Le

escribí, pero no obtuve respuesta. Después me vine aquí, y, como las cartas no servían de nada, empecé a dejarle mensajes donde ella pudiera leerlos.

»Pues bien, llevo aquí ya un mes. Vivía en esa granja, donde tenía una habitación en la parte de abajo, y podía entrar y salir cada noche sin que nadie se diera cuenta. Hacía todo lo que podía para convencer a Elsie de marcharnos juntos. Sabía que leía los mensajes, porque una vez escribió una respuesta debajo de uno de ellos. Entonces, se adueñó de mí mi mal genio y comencé a amenazarla. Así que me envió una carta en la que me imploraba que me marchara y me decía que se le rompería el corazón si involucraba a su marido en un escándalo. Dijo que bajaría cuando se hubiese dormido el inglés, a las tres de la madrugada, y que hablaría a través de la ventana conmigo si me marchaba después y la dejaba en paz. Bajó y trajo dinero consigo, para tratar de sobornarme para que me fuera. Eso me volvió loco, y la agarré del brazo y traté de tirar de ella a través de la ventana. En ese momento entró corriendo el marido con su revólver en la mano. Elsie se había caído de rodillas al suelo y nos quedamos uno enfrente del otro. Yo también iba armado, y sostuve en alto mi arma para asustarlo y que me dejara escapar. Disparó y falló. Yo acerté casi al mismo tiempo, y se vino al suelo. Me escabullí por el jardín, y cuando me marchaba, oí que bajaban la ventana detrás de mí. Esa es la pura verdad, caballeros, cada palabra que he dicho, y no tuve más noticias sobre el asunto hasta que ese chico se me acercó cabalgando con una nota que me hizo plantarme aquí, como un pardillo, y caer en sus manos».

Mientras el americano había estado hablando un coche había llegado. Dos policías de uniforme estaban sentados dentro. El inspector Martin se levantó y tocó a su prisionero en el hombro.

—Es hora de irnos.

—¿Puedo verla primero?

—No, no está consciente. Señor Sherlock Holmes, solo espero que si, en algún momento, me veo con un caso importante, tenga la suerte de tenerlo a mi lado.

Permanecimos de pie en la ventana y observamos cómo se alejaba el coche. Cuando me di la vuelta, me llamó la atención la bolita de papel que

el prisionero había tirado a la mesa. Era la nota que Holmes había utilizado de señuelo.

—Pruebe a ver si lo puede leer, Watson —dijo con una sonrisa.

No contenía palabra alguna, sino esta breve línea de bailarines:

—Si utiliza el código que le he explicado —dijo Holmes—, encontrará que simplemente significa «Come here at once»[5]. Estaba convencido de que era una invitación que no rechazaría, puesto que nunca se le pasaría por la cabeza que podía provenir más que de la dama. Y, en consecuencia, mi querido Watson, hemos acabado convirtiendo al bien a los bailarines cuando han sido tantas veces agentes del mal, y creo que he cumplido con mi promesa de proporcionarle algo inusual para sus notas. Nuestro tren sale a las tres cuarenta, y tengo ganas de llegar a Baker Street para la cena.

Solo unas palabras como epílogo. El americano Abe Slaney fue condenado a muerte en el curso judicial de invierno en Norwich, pero su pena fue conmutada por trabajos forzados en consideración a las circunstancias atenuantes, y a la seguridad de que Hilton Cubitt había realizado el primer disparo. De la señora de Hilton Cubitt solo sé que se repuso por completo, sigue siendo viuda, y consagra toda su vida al cuidado de los pobres y a la administración de la herencia de su marido.

LA AVENTURA DE LA CICLISTA SOLITARIA

Del año 1894 al 1901, ambos incluidos, el señor Sherlock Holmes fue un hombre muy ocupado. Se puede decir sin temor a equivocarse que, durante esos ocho años, no hubo caso público con alguna dificultad para el que no fuera consultado, y había cientos de casos privados, algunos de ellos del más intrincado e insólito carácter, en los que desempeñó un papel destacado. Muchos éxitos asombrosos y unos pocos fracasos inevitables fueron el balance de este largo período de trabajo ininterrumpido. Como he conservado muchas y copiosas anotaciones de todos estos casos, y me vi involucrado en muchos de ellos, se pueden imaginar que no es una tarea sencilla saber qué seleccionar para presentarlo ante el público. Sin embargo, mantendré mi antigua regla, y daré preferencia a aquellos casos cuyo interés procede no tanto de la brutalidad del crimen como del ingenio y la índole dramática de la solución. Por este motivo, le presentaré ahora al lector los hechos relacionados con la señorita Violet Smith, la ciclista solitaria de Charlington, y el curioso curso que tomó nuestra investigación, que culminó en una tragedia inesperada. Cierto es que las circunstancias no dan lugar a una exhibición deslumbrante de esas aptitudes por las que era famoso mi amigo, pero hay ciertos puntos en torno al caso que hicieron que resaltase entre esos largos apuntes sobre el crimen cuyos datos reúno para estas historias breves.

Al consultar mi cuaderno del año 1895, me encuentro con que el sábado 23 de abril fue la primera vez que supimos algo de la señorita Violet Smith. A Holmes su visita le pareció, recuerdo, extremadamente inoportuna, porque estaba inmerso en ese momento en un problema muy abstruso y complejo relacionado con el peculiar acoso al que era sometido John Vincent Harden, el conocido millonario del tabaco. A mi amigo, que amaba sobre todas las cosas la precisión y la concentración mental, le molestaba

cualquier cosa que distrajera su atención del asunto que en ese momento tuviera entre manos. Y, con todo, por no mostrarse grosero, que era impropio de él, le fue imposible negarse a escuchar la historia de la joven y bonita mujer, alta, elegante y majestuosa, que acudió a Baker Street por la noche y que imploraba su ayuda y consejo. Fue inútil insistir en que ya tenía su agenda enteramente ocupada, porque la joven dama había venido con la determinación de contar su historia, y era evidente que nada, aparte de la fuerza, podía sacarla de la habitación hasta que lo hiciera. Con aspecto resignado y una sonrisa de cansancio, Holmes le rogó a la guapa intrusa que tomara asiento y nos informara de lo que le preocupaba.

—Su salud, por lo menos, no será —dijo, mientras la recorría con su inteligente mirada—. Una ciclista tan apasionada debe de estar llena de energía.

Ella echó una ojeada sorprendida a sus propios pies, y advertí la ligera aspereza del borde de la suela ocasionada por el rozamiento con el pedal.

—Sí, monto mucho en bicicleta, señor Holmes, y eso tiene algo que ver con mi visita de hoy.

Mi amigo cogió la mano sin guante de la dama y la examinó con tan íntimo interés y tan poco sentimiento como un científico mostraría por un espécimen.

—Estoy seguro de que podrá disculparme. Es mi oficio —dijo mientras la soltaba—. Por poco caigo en el error de suponer que era mecanógrafa. Por supuesto, es obvio que se dedica a la música. ¿Observa la punta del dedo, con forma de paleta, Watson, que es común en ambas profesiones? Tiene un no sé qué espiritual en el rostro, no obstante —la movió suavemente hacia la luz—, del que la máquina de escribir no es la causa. Esta dama es instrumentista.

—Sí, señor Holmes, enseño música.

—En el campo, me imagino, dado su cutis.

—Sí, señor, cerca de Farnham, lindando con Surrey.

—Un paraje precioso y lleno de los más interesantes recuerdos para nosotros. Se acuerda, Watson, de que fue cerca de allí que atrapamos a Archie Stamford, el falsificador. Ahora, señorita Violet, ¿qué le ha sucedido a usted cerca de Farnham, lindando con Surrey?

La joven dama, con gran claridad y serenidad, nos hizo la curiosa relación de los hechos que sigue:

—Mi padre murió, señor Holmes. Era James Smith, el director de la orquesta del antiguo Imperial Theatre. Mi madre y yo nos quedamos sin ningún pariente en el mundo salvo un tío, Ralph Smith, que se marchó a África hará veinticinco años, y nunca hemos cruzado una palabra con él desde entonces. Cuando mi padre falleció, nos quedamos en una situación económica muy precaria, pero un día nos dijeron que había un anuncio en el *Times* en el que se preguntaba por nuestro paradero. Puede imaginar lo emocionadas que estábamos, porque pensábamos que alguien nos había dejado una fortuna. Fuimos enseguida al abogado cuyo nombre figuraba en el periódico. Allí conocimos a dos caballeros, el señor Carruthers y el señor Woodley, que estaban de visita en el país procedentes de Sudáfrica. Dijeron que mi tío era amigo suyo, que había muerto unos meses antes en una enorme pobreza en Johannesburgo, y que les había pedido con su último suspiro que dieran con sus parientes y comprobaran que no se hallaban en ninguna penuria. Nos pareció extraño que tío Ralph, que no se preocupó nunca por nosotras cuando estaba vivo, se tomase esa molestia al morir, pero el señor Carruthers explicó que el motivo era que mi tío se acababa de enterar de la muerte de su hermano, y por eso se había sentido responsable de nuestro destino.

—Disculpe —dijo Holmes—, ¿cuándo ocurrió esta entrevista?

—El pasado diciembre… Hace cuatro meses.

—Le ruego que continúe.

—El señor Woodley me pareció una persona de lo más insoportable. Siempre estaba lanzándome miraditas: un joven grosero, de cara hinchada y bigote pelirrojo, con el pelo pegado a un lado y a otro de su frente con brillantina. Pensé que era absolutamente odioso… y estuve segura de que Cyril no querría que conociera a una persona así.

—Ah, ¡se llama Cyril! —dijo Holmes sonriendo.

La joven dama se ruborizó y se rió.

—Sí, señor Holmes, Cyril Morton, se dedica a la electricidad, y esperamos poder casarnos a finales de este verano. Madre mía, ¿cómo he empezado a hablar de él? Lo que quería decir era que el señor Woodley era

absolutamente despreciable, pero que el señor Carruthers, que era un hombre mucho mayor, era más amable. Era un individuo moreno, cetrino, bien afeitado, callado, pero tenía buenos modales y una agradable sonrisa. Nos preguntó en qué posición habíamos quedado y, al descubrir que éramos muy pobres, me propuso que me trasladara a su casa para enseñarle música a su única hija, de diez años de edad. Le dije que yo no quería dejar sola a mi madre, a lo que me sugirió que podría ir a visitarla todos los fines de semana, y me ofreció cien libras al año, lo que, desde luego, es un sueldo espléndido. Así que acabé aceptando, y me trasladé a Chiltern Grange, a más o menos seis millas de Farnham. El señor Carruthers era viudo, pero había contratado a un ama de llaves, una anciana muy respetable, señora Dixon de nombre, para llevar su casa. La niña era un encanto, y todo era muy prometedor. El señor Carruthers era muy atento y tenía mucho oído, y pasamos muchas noches sumamente agradables juntos. Todos los fines de semana volvía a casa de mi madre en la ciudad.

»La primera grieta de mi felicidad fue la llegada del mostacho pelirrojo del señor Woodley. Vino para visitarnos una semana, y ay, ¡se me hizo como tres meses! Era una persona terrible; se comportaba como un matón con todo el mundo, pero conmigo era aún peor. Me hacía la corte de manera detestable, ufano de su riqueza, decía que, si me casaba con él, tendría los diamantes más exquisitos de Londres, y, al final, cuando no quise saber nada de él, un día me agarró entre sus brazos después de cenar, era horriblemente fuerte, y me juró que no me dejaría ir hasta que no lo hubiese besado. El señor Carruthers entró y me arrancó de sus brazos, ante lo cual se revolvió contra su propio anfitrión, derribándolo y rajándole la cara. Ahí acabó su visita, como puede imaginar. El señor Carruthers me pidió disculpas al día siguiente, y me aseguró que nunca me volvería a ver expuesta a un insulto así. No he visto al señor Woodley desde entonces.

»Y ahora, señor Holmes, llego por fin al asunto fuera de lo común que ha motivado que le pida consejo hoy. Debe saber que todos los sábados por la mañana me monto en mi bicicleta con destino a la estación de Farnham para coger el tren de las 12.22 a la ciudad. La carretera desde Chiltern Grange es solitaria, y sobre todo en un punto, porque se extiende por más de una milla entre Charlington Heath, por un lado, y los bosques que rodean

Charlington Hall, por el otro. No encontraría un tramo de carretera más solitario en ningún otro sitio, y es bastante excepcional simplemente cruzarse con una carreta o un campesino, hasta que llegas a la carretera principal cerca de Crooksbury Hill. Hace dos semanas estaba pasando por ese lugar cuando por casualidad eché la vista atrás por encima de mi hombro, y más o menos a doscientas yardas detrás de mí vi a un hombre, también en bicicleta. Parecía un hombre de mediana edad, con una barba corta y oscura. Miré hacia atrás antes de alcanzar Farnham, pero el hombre se había marchado, así que no pensé más en ello. Pero puede imaginarse lo sorprendida que me quedé, señor Holmes, cuando a mi regreso el lunes, vi al mismo hombre en el mismo trecho de carretera. Mi asombro fue en aumento cuando volvió a suceder ese mismo hecho, exactamente igual que se lo he contado, el sábado y el lunes siguientes. Siempre mantenía la distancia y no me molestó en ningún momento, pero, aun así, resultaba muy raro. Se lo mencioné al señor Carruthers, que pareció interesarse en lo que decía, y me contó que había encargado una calesa con un caballo, para que en el futuro no pasara por esas carreteras solitarias sin compañía.

»La calesa con el caballo debían haber llegado esta semana, pero por alguna razón no los han entregado, y de nuevo tuve que ir en bicicleta a la estación. Eso fue esta mañana. Puede imaginarse que estuve atenta cuando llegué a Charlington Heath, y allí, claro está, estaba el hombre, exactamente como lo había estado las dos semanas anteriores. Se mantenía siempre tan lejos de mí que no podía verle con claridad la cara, pero sin lugar a dudas era alguien a quien yo no conocía. Llevaba un traje oscuro con una gorra plana. Lo único de su cara que podía ver con nitidez era su barba oscura. Hoy no estaba alarmada, sino llena de curiosidad, y decidí descubrir quién era y qué quería. Disminuí la velocidad de mi bicicleta, pero él a su vez disminuyó la suya. Decidí parar completamente, pero él también paró. Entonces, le tendí una trampa. Hay una curva cerrada en la carretera, y pedaleé muy rápido, me paré y esperé. Supuse que doblaría a toda velocidad y que me adelantaría antes de que pudiera parar. Pero no apareció. En ese momento, volví y me asomé por el recodo. Podía ver una milla de la carretera, pero no estaba en ella. Para hacerlo más increíble aún,

no había ninguna carretera secundaria en ese punto por la que hubiera podido escaparse».

Holmes se reía entre dientes y se frotaba las manos.

—Sin lugar a dudas, este caso presenta algunas características singulares —dijo—. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre que usted dobló la curva y descubrió que la carretera estaba despejada?

—Dos o tres minutos.

—Por lo tanto, no pudo retroceder carretera abajo, y ¿dice que no hay carreteras secundarias?

—Ninguna.

—Entonces, sin duda se metió por un sendero a un lado o a otro.

—No es posible que lo hiciera por la parte del páramo porque lo hubiese visto.

—Así que, por exclusión, debemos suponer que se encaminó hacia Charlington Hall, que, según tengo entendido, es una mansión con terreno propio junto a la carretera. ¿Algo más?

—Nada, señor Holmes, excepto que estaba tan perpleja que sentí que no me quedaría tranquila hasta que le viera a usted y obtuviera su consejo.

Holmes se sentó en silencio durante un breve instante.

—¿Dónde trabaja el caballero con el que se ha prometido? —preguntó por fin.

—Trabaja en la Midland Electrical Company, en Coventry.

—¿No le haría él una visita sorpresa?

—¡Ay, señor Holmes! ¡Como si no lo hubiera reconocido!

—¿Ha tenido algún otro pretendiente?

—Varios antes de conocer a Cyril.

—¿Y desde entonces?

—Está ese hombre terrible, Woodley, si se puede llamar a eso un pretendiente.

—¿Ninguno más?

Nuestra bella clienta pareció un poco incómoda.

—¿Quién es? —preguntó Holmes.

—Ay, tal vez son solo imaginaciones mías, pero a veces me ha parecido que mi jefe, el señor Carruthers, se interesa mucho por mí. Nos cruzamos

por casualidad bastantes veces. Hago de acompañamiento en sus interpretaciones por la noche. Nunca me ha dicho nada. Es un perfecto caballero. Pero una chica siempre se da cuenta de esas cosas.

—¡Claro! —Holmes parecía muy serio—. ¿A qué se dedica?

—Es rico.

—¿Sin coches ni caballos?

—Bueno, al menos su situación es bastante acomodada. Va a la City dos o tres veces a la semana. Está sumamente interesado en unas acciones de oro sudafricano.

—Hágame saber cualquier novedad reciente, señorita Smith. Ahora mismo estoy muy ocupado, pero encontraré tiempo para hacer algunas indagaciones relacionadas con su caso. Mientras tanto, no tome ninguna medida sin hacérmelo saber. Adiós, y confío en que solo recibamos buenas noticias suyas.

»Forma parte del orden natural de las cosas que una chica así tenga sus seguidores —dijo Holmes, mientras le daba una calada a su meditativa pipa —, pero no en bicicleta por solitarias carreteras de campo. Algún amante reservado, fuera de toda duda. Pero hay detalles curiosos y sugerentes en relación con el caso, Watson».

—¿Que aparezca solo en ese punto?

—Exactamente. Nuestra primera tarea debe ser encontrar quiénes son los inquilinos de Charlington Hall. Luego, por otra parte, ¿qué le parece el vínculo entre Carruthers y Woodley, no dan la impresión de ser hombres de caracteres muy distintos? ¿Cómo llegaron ambos a estar tan dispuestos a venir a buscar a los parientes de Ralph Smith? Otro punto más. ¿Qué clase de hogar es ese que paga el doble del precio del mercado por una institutriz, pero no tiene un caballo a pesar de las seis millas hasta la estación? Extraño, Watson, ¡muy extraño!

—¿Se dejará caer por allí?

—No, mi querido compañero, irá usted. Es posible que esto sea algún amorío sin importancia, y no puedo interrumpir mi otra investigación así como así. Este lunes irá temprano a Farnham, se ocultará cerca de Charlington Heath, observará estos hechos usted mismo y actuará como le dicte su propio criterio. Entonces, tras haber interrogado a los inquilinos de

la mansión, regresará aquí conmigo y me hará un informe. Y ahora, Watson, ni una palabra más sobre el asunto hasta que tengamos algunos datos firmes, gracias a los que, espero, podamos alcanzar nuestra solución.

Sabíamos por la dama que saldría el lunes con el tren que sale de Waterloo a las 9.50, así que me puse de camino temprano y cogí el de las 9.13. En la estación de Farnham, no tuve dificultades para que me indicaran dónde estaba Charlington Heath. Era imposible confundir la escena de la aventura de la joven dama, porque la carretera pasaba entre el páramo abierto a un lado y un antiguo seto de tejo al otro, que bordeaba un jardín repleto de magníficos árboles. Había una entrada principal de piedra salpicada de liquen, y cada jamba estaba coronada por emblemas heráldicos erosionados, pero, aparte de este acceso de carruajes, observé varios puntos en donde había huecos en el seto y sendas que conducían a ellos. La casa era invisible desde la carretera, pero los alrededores emanaban todos melancolía y decadencia.

El páramo estaba cubierto con bancales dorados de floreciente aulaga, que brillaban esplendorosos a la luz del potente sol de la primavera. Me aposté detrás de una de esas matas con el fin de dominar tanto la entrada de Hall como un largo trecho de la carretera a ambos lados de esta. Se había quedado desierta cuando salí de ella, pero ahora veía a un ciclista que la bajaba pedaleando en sentido contrario del que había venido yo. Vestía con un traje oscuro, y vi que tenía una barba negra. Al alcanzar los límites de Charlington, saltó de su bici y la llevó hacia un hueco en el seto, con lo que desapareció de mi vista.

Pasó un cuarto de hora y entonces apareció un segundo ciclista. Esta vez era la joven dama que venía de la estación. La vi mirando a su alrededor mientras se acercaba al seto de Charlington. Un momento después, el hombre surgió de su escondrijo, saltó sobre su bici y la siguió. En todo el horizonte, aquellas eran las únicas formas con movimiento: la elegante chica que se sentaba muy derecha en su bicicleta, y el hombre que la seguía, pegado a su manillar, y que daba la extraña impresión de estar haciendo algo furtivo a cada pedaleo. Ella echó la mirada atrás, hacia él, y disminuyó su velocidad. Él también la disminuyó. Ella se paró. Él también se paró, al mismo tiempo, manteniéndose a doscientas yardas por detrás de ella. El

siguiente movimiento de la muchacha fue tan inesperado como lleno de brío. De repente, ¡torció bruscamente las ruedas en redondo y se lanzó derecha hacia él! Sin embargo, él fue tan rápido como ella y salió volando en una desesperada huida. Ella volvió carretera arriba de inmediato, con la cabeza arrogantemente alzada, sin dignarse a hacer ya caso de su silencioso acompañante. Él se dio también la vuelta y mantuvo todavía la distancia hasta que la curva de la carretera los ocultó de mi vista.

Me quedé en mi escondite, y bien que hice, porque al poco reapareció el hombre pedaleando lentamente de vuelta. Entró por las puertas de la mansión y desmontó de su bici. Durante unos pocos minutos, pude verlo de pie entre los árboles. Sus manos estaban levantadas y parecía ajustarse la corbata. Entonces, montó en su bicicleta y se alejó de mí bajando el camino de acceso hacia la mansión. Crucé corriendo el páramo y lo escudriñé todo entre los árboles. A lo lejos pude vislumbrar el antiguo edificio gris erizado de chimeneas Tudor, pero el camino de acceso pasaba a través de un lugar con muchos arbustos, y no supe más de mi hombre.

Sin embargo, me pareció que había tenido una mañana de trabajo bastante provechosa, y caminé de vuelta a Farnham muy animado. El agente inmobiliario local no pudo contarme nada acerca de Charlington Hall, y me remitió a una conocida firma en Pall Mall. Allí me detuve de camino a casa, y fui recibido con cortesía por el representante. No, no podía tener Charlington Hall durante el verano. Había llegado demasiado tarde. Había sido alquilada hacía casi un mes. El arrendatario se llamaba Williamson. Era un anciano y respetable caballero. El educado agente temía no poder decir más, puesto que los negocios de sus clientes no era algo de lo que pudiera hablar.

El señor Sherlock Holmes escuchó atentamente el largo informe que fui capaz de presentarle esa noche, pero no obtuve esas parcas palabras de elogio que había esperado y que hubiese sabido apreciar. Por el contrario, su severo rostro estuvo incluso más adusto de lo habitual mientras comentaba las cosas que yo había hecho y las que no.

—Su escondite, mi querido Watson, me parece muy desacertado. Debería haberse escondido detrás del seto, así hubiese visto más de cerca a esa persona tan interesante, ya que estuvo a varios cientos de yardas más

allá y puede contarme incluso menos que la señorita Smith. Ella cree que no conoce a ese hombre, pero yo estoy convencido de que sí. ¿Por qué, si no, mostraría tantísima ansiedad cuando se aproxima para ver su rostro? Lo describe como casi pegado al manillar. Otra manera de ocultarse, ¿entiende? En serio, lo ha hecho extraordinariamente mal. Él regresa a la casa y usted quiere descubrir quién es. ¡Y a usted no se le ocurre otra que venirse a ver a un agente inmobiliario de Londres!

—¿Y qué debería haber hecho? —exclamé indignado.

—Pues ir al bar más próximo. Esos son los centros del cotilleo regional. Le hubieran dicho todos los nombres, desde el dueño hasta la fregona. ¡Williamson! No me dice nada. Si es un anciano, no es ese vigoroso ciclista que sale huyendo disparado de la persecución de la atlética dama. ¿Qué hemos obtenido de su expedición? El saber que la historia de la chica es verdad. Nunca lo dudé. Que el ciclista y la mansión están relacionados. Nunca dudé de eso otro tampoco. Que Williamson alquila la casa. ¿Quién mejor que él? Bueno, bueno, señor mío, no se me desanime. Poco más podemos hacer hasta el próximo sábado, y, entretanto, es posible que pueda averiguar un par de cosas por mi cuenta.

A la mañana siguiente, teníamos una nota de la señorita Smith, que nos volvía a contar breve y fielmente los mismos incidentes que había visto yo, pero la miga de la carta estaba en la posdata:

> Estoy segura de que me guardará el secreto, señor Holmes, cuando le diga que mi posición aquí se ha vuelto difícil debido a que mi jefe me ha propuesto matrimonio. Estoy convencida de que sus sentimientos son profundos y sinceros. Sin embargo, yo ya estaba, por supuesto, comprometida. Escuchó mi negativa con mucha seriedad, pero también de manera muy amable. Sin embargo, puede imaginarse que la situación es un poco tensa.

—Nuestra joven amiga parece haberse metido en aguas procelosas —dijo Holmes, con aire pensativo, cuando terminó la carta—. Desde luego, el caso presenta más elementos de interés y más posibilidades de lo que al principio había pensado. No hay nada mejor que un día de paz y tranquilidad en el campo, y estoy dispuesto a ir allí rápidamente esta tarde y comprobar una o dos teorías que he elaborado.

El tranquilo día de Holmes en el campo terminó de manera singular, porque llegó a Baker Street avanzada la noche con un labio cortado y un

chichón desvaído en la frente, además de un aspecto, en general, disoluto que hubiera hecho de su propia persona un objeto digno de una investigación de Scotland Yard. Le divertían inmensamente sus propias aventuras y se reía a carcajadas mientras me las relataba.

—Hago tan poco ejercicio físico que practicarlo siempre es un placer —dijo—. Como sabe, tengo cierta habilidad en el noble y británico deporte del boxeo, de vez en cuando resulta de ayuda. Hoy, por ejemplo, hubiese sufrido ignominiosamente sin esa capacidad.

Le rogué que me contara qué había sucedido.

—Encontré ese bar de la región en el que le había aconsejado antes que se informara, y allí hice mis discretas averiguaciones. Estaba en la barra y un mesonero parlanchín me estaba proporcionando todo lo que quería saber. Williamson es un hombre de barba blanca, y vive solo con un pequeña plantilla de sirvientes en la mansión. Corre cierto rumor de que es o ha sido clérigo, pero un par de incidentes ocurridos en su breve estancia en la mansión me resultaron particularmente poco eclesiásticos. He hecho ya ciertas pesquisas en una delegación clerical, y me han contado que había un individuo ordenado con ese nombre cuya carrera había sido especialmente turbulenta. El mesonero me informó además de que es normal que haya visitantes de fin de semana, «gente con dinero», en la mansión, y en especial un caballero con un bigote pelirrojo, llamado Woodley, que siempre va por allí. Habíamos llegado a ese punto cuando, ¿quién se había de meter sino el mismo caballero, que se había estado bebiendo su cerveza en la taberna y había oído toda la conversación? ¿Quién era yo? ¿Qué quería? ¿Qué pretendía con esas preguntas? Tenía una refinada fluidez verbal, y sus adjetivos eran muy rotundos. Terminó una sarta de improperios con un revés brutal que no logré esquivar por completo. Los siguientes dos o tres minutos fueron exquisitos. Hubo izquierdazos contra mamporros. Salí como me ve. El señor Woodley volvió a casa en un carro. Así terminó mi viaje campestre, y debo confesar que, aunque agradable, mi día en los límites de Surrey no ha sido mucho más provechoso que el suyo.

El jueves nos llegó otra carta de nuestra clienta.

> No le sorprenderá, señor Holmes, oír que he dejado el empleo en casa del señor Carruthers. Ni siquiera el elevado sueldo puede compensar las incomodidades de mi situación. El sábado iré

al pueblo y no tengo intención de volver. El señor Carruthers tiene una calesa, así que los peligros de la carretera solitaria, si alguna vez hubo algún peligro, han terminado.

En cuanto a la causa concreta de mi partida, no es solamente la tensa situación con el señor Carruthers, sino la reaparición de ese hombre insoportable, el señor Woodley. Siempre ha sido feísimo, pero ahora parece más horroroso que nunca, porque parece que ha tenido un accidente y está muy desfigurado. Lo vi por la ventana, pero me alegra decir que no me lo encontré. Tuvo una larga charla con el señor Carruthers, quien después parecía muy alterado. Woodley debe de estar pernoctando en los alrededores, ya que no duerme aquí, y a pesar de eso me ha parecido verlo esta mañana rondado furtivamente por los arbustos. Preferiría tener a un animal feroz y salvaje suelto por el lugar. Lo aborrezco y temo lo indecible. ¿Cómo puede soportar el señor Carruthers a una criatura así ni por un segundo? Sin embargo, todas mis preocupaciones se terminarán el sábado.

—Así lo espero, Watson, así lo espero —dijo Holmes con seriedad—. Hay alguna oscura intriga urdiéndose en torno a esa jovencita, y es nuestro deber comprobar que nadie la acose después de ese último día. Creo, Watson, que debemos prepararlo todo para ir allí juntos el sábado por la mañana, y asegurarnos de que esta investigación extraña e inconclusa no tenga un final inapropiado.

Reconozco que hasta la fecha no me había formado una opinión seria del caso, que me había parecido más grotesco y chocante que peligroso. Que un hombre estuviera al acecho y siguiera a una mujer muy atractiva no es algo inaudito, y si el tipo tenía tan poco valor que no solo no se resolvía a dirigirse a la chica, sino que incluso huía cuando era ella la que se acercaba, no parecía un agresor muy temible. El rufián de Woodley era una persona muy diferente, pero, salvo en una ocasión, no había acosado a nuestra clienta, y ahora visitaba la casa de Carruthers sin molestarla con su presencia. El hombre de la bicicleta era, sin duda, algún asistente a esas fiestas del fin de semana en la mansión de las que había hablado el dueño del bar, pero quién era o qué pretendía seguía siendo una incógnita. Fue la gravedad del comportamiento de Holmes y el hecho de que deslizara un revólver en su bolsillo antes de dejar nuestro piso lo que me produjo la impresión de que era posible que la tragedia se hallara latente tras esa extraña serie de acontecimientos.

A una noche lluviosa la siguió una mañana espléndida, y el paisaje cubierto de brezo con matas brillantes de aulagas en flor parecía incluso más bonito para unos ojos acostumbrados a los colores marrones y grises de Londres. Holmes y yo caminamos por el ancho y arenoso camino mientras

llenábamos nuestros pulmones con el frío aire de la mañana, y gozábamos con la música de los pájaros y el fresco hálito de la primavera. Desde una cuesta del camino en el arcén de Crooksbury Hill pudimos ver la sombría mansión irguiéndose entre los añosos robles que, aun siendo viejos, eran todavía más jóvenes que el edificio al que rodeaban. Holmes apuntó hacia el largo tramo de carretera que serpenteaba entre el marrón del páramo y el verde incipiente de los bosques. A lo lejos, pudimos ver un punto negro, un vehículo que se movía en nuestra dirección. Holmes soltó una exclamación de impaciencia.

—Había calculado un margen de media hora —dijo—. Si es su calesa, debe querer coger el tren más temprano de la mañana. Me temo, Watson, que pasará por Charlington antes de que nosotros lleguemos allí.

Desde el momento en que dejamos atrás la cuesta, ya no pudimos volver a ver el vehículo, pero nos apresuramos hacia allí a tal velocidad que mi sedentaria vida empezó a delatarme, y me vi obligado a quedarme rezagado. Holmes, sin embargo, siempre estaba en forma, pues tenía inagotables reservas de energía nerviosa de las que echar mano. No redujo ni un instante la velocidad de su paso hasta que, de repente, cuando estaba a cien yardas por delante de mí, se detuvo, y vi que se llevaba la mano a la cabeza con un gesto de pena y desesperación. En ese mismo momento, un coche, con el caballo a medio galope y las riendas colgando, apareció al doblar la curva de la carretera y avanzó traqueteando velozmente hacia nosotros.

—Demasiado tarde, Watson, ¡demasiado tarde! —exclamó Holmes, mientras corría sin resuello a su lado—. ¡Lo idiota que he sido al no pensar en el tren anterior! ¡Esto es un secuestro, Watson…, un secuestro! ¡Un asesinato! ¡Solo Dios lo sabe! ¡Bloquee la carretera! ¡Pare al caballo! Así está bien. Ahora, suba deprisa, y veamos si puedo remediar las consecuencias de mi estupidez.

Saltamos al interior del coche, y Holmes, después de dar la vuelta con el caballo, le propinó un seco latigazo, y regresamos como una exhalación por la carretera. Cuando dimos la curva, todo el trecho de carretera entre la mansión y el páramo estaba despejado. Agarré a Holmes del brazo.

—¡Ese es el hombre! —dije sin resuello.

Se aproximaba hacia nosotros un ciclista solitario. Tenía la cabeza bajada y los hombros alzados mientras ponía cada ápice de energía que tenía en los pedales. Iba a una velocidad de profesional. De repente, levantó su cara barbuda, nos vio acercarnos a él y frenó saltando de su bici. Esa barba negra como el carbón contrastaba de manera extraña con la palidez de su cara, y sus ojos estaban brillantes como si tuviera fiebre. Se nos quedó mirando a nosotros y al coche. Entonces abrió los ojos con asombro.

—¡Oigan! ¡Deténganse ahí! —gritó, mientras agarraba su bicicleta para bloquearnos el paso—. ¿De dónde han sacado este coche? ¡Qué frene, hombre! —chilló al tiempo que sacaba una pistola de su bolsillo—. Que frene, le digo, o por Dios que le meto una bala a su caballo.

Holmes tiró las riendas a mi regazo y se bajó de un salto del carro.

—Usted es el hombre al que queríamos ver. ¿Dónde está la señorita Violet Smith? —dijo en esa forma de hablar rápida y clara que tenía.

—Eso es lo que les estoy preguntando. Están en su coche. Deberían saber dónde está.

—Nos hemos encontrado el coche en la carretera. No había nadie en él. Conducíamos de vuelta para ayudar a la joven dama.

—¡Santo cielo! ¡Santo cielo! ¿Qué voy a hacer ahora? —exclamó el desconocido en un rapto de desesperación—. La han raptado, ese desalmado de Woodley y el cura sinvergüenza. Vengan, hombre, vengan, si de verdad son sus amigos. Quédense conmigo y salvémosla, aunque tenga que dejarme el pellejo en Charlington Wood.

Corrió como un loco, con su pistola en la mano, hacia un hueco en el seto. Holmes lo siguió, y yo, tras dejar al caballo pastando junto a la carretera, seguí a Holmes.

—Por aquí es por donde atajaron —dijo señalando las huellas de varios pies en el camino embarrado—. ¡Vaya! ¡Párense un momento! ¿Quién está en el arbusto?

Era un tipo joven de unos diecisiete años, vestido como un mozo de cuadra, con pantalones de cuero y polainas. Estaba tendido boca arriba, con las rodillas flexionadas, y un terrible corte en la cabeza. Un vistazo a su herida me dijo que no había traspasado el hueso.

—Ese es Peter, el mozo —exclamó el desconocido—. Él conducía el coche. Los muy animales lo han quitado de en medio y lo han apuñalado. Dejémosle tumbado, no podemos hacer nada por él, pero es posible que salvemos a la muchacha del peor destino que puede acontecerle a una mujer.

Corrimos frenéticamente bajando por un sendero que serpenteaba entre los árboles. Habíamos alcanzado los arbustos que rodeaban la casa cuando Holmes frenó.

—No han ido a la casa. Aquí hay huellas a la izquierda: aquí, ¡junto a las matas de laurel! ¡Ah, lo que decía yo!

Mientras hablaba, un agudo alarido de mujer —un grito que temblaba con enajenado horror— estalló desde el espeso y verde grupo de arbustos que había enfrente de nosotros. Terminó de repente en su nota más alta quebrándose ahogado.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! Están en la bolera —exclamó el desconocido, precipitándose a través de los arbustos—. ¡Qué canallas, qué cobardes! ¡Síganme, caballeros! ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Maldición!

Nos metimos de repente en un precioso claro cubierto de césped y rodeado por viejos árboles. En el lado más alejado de este, bajo la sombra de un poderoso roble, había de pie un extraño grupo de tres personas. Una era una mujer, nuestra clienta, casi desmayada, con un pañuelo en la boca. Enfrente de esta se encontraba un joven cruel, de rostro basto, con un bigote pelirrojo, las piernas, con polainas, bien separadas, un brazo en jarras, el otro blandiendo una fusta; todo en su postura evocaba a un bravucón victorioso. Entre ellos, un hombre mayor, de barba gris, que llevaba una sobrepelliz corta sobre un traje ligero de algodón, que aparentemente acababa de concluir un servicio nupcial, puesto que se metía en el bolsillo el libro de oraciones cuando aparecimos, y le daba al siniestro novio una palmada en la espalda como muestra de felicitación jovial.

—¡Los han casado! —exclamé con voz entrecortada.

—¡Vamos! —gritó nuestro guía—. ¡Vamos!

Cruzó el césped corriendo, con Holmes y conmigo pisándole los talones. Mientras nos acercábamos, la dama se tambaleaba contra el tronco del árbol para apoyarse. Williamson, el antiguo pastor, nos hizo una

reverencia con fingida cortesía, y el matón de Woodley se acercaba con una carcajada salvaje y exultante.

—¡Puedes quitarte la barba, Bob! —dijo—. Que te conozco. Vaya, tú y tus compadres habéis llegado justo a tiempo para permitirme presentaros a la señora Woodley.

La respuesta de nuestro guía fue singular. Se arrancó la barba oscura con la que se había disfrazado y la tiró al suelo, dejando al descubierto una cara alargada, cetrina y rasurada bajo ella. Entonces levantó su revólver y apuntó al joven rufián, que estaba avanzando hacia él con la peligrosa fusta que blandía en la mano.

—Sí —dijo nuestro aliado—, soy Bob Carruthers, y vengaré a esa mujer aunque me cuelguen. Ya te advertí de lo que haría si volvías a molestarla, y ¡por Dios que cumpliré mi palabra!

—Llegas demasiado tarde. ¡Es mi esposa!

—No. Tu viuda.

Su revólver restalló, y vi la sangre salir a borbotones de la pechera del chaleco de Woodley. Se dio la vuelta con un grito y se cayó de espaldas, y después su espantosa y roja cara se transformó en una palidez terrible y con manchas. El anciano, todavía vestido con su sobrepelliz, prorrumpió en una sarta tal de obscenas blasfemias como yo nunca había oído, y sacó su propio revólver, pero antes de que pudiera levantarlo, estaba en el punto de mira del cañón del arma de Holmes.

—Ya basta —dijo mi amigo con frialdad—. ¡Deje en el suelo esa pistola! ¡Watson, recójala! ¡Encañónele en la cabeza! Gracias. Usted, Carruthers, deme ese revólver. Aquí se ha acabado la violencia. ¡Vamos, entréguemela!

—Pero, entonces, ¿quién es usted?

—Me llamo Sherlock Holmes.

—¡Santo cielo!

—Ha oído hablar de mí, por lo que veo. Representaré a la policía oficial hasta su llegada. ¡Eh, tú! —le gritó a un muchacho asustado que había aparecido en el borde del claro—. Ven aquí. Lleva esta nota tan rápido como puedas a Farnham. —Garabateó unas palabras en una hoja de su

libreta—. Dásela al superintendente de la policía. Hasta que venga, debo mantenerlos personalmente bajo mi custodia.

La personalidad fuerte y autoritaria de Holmes dominaba la trágica escena, y todos éramos por igual marionetas en sus manos. Williamson y Carruthers se vieron a sí mismos transportando a Woodley dentro de la casa, y yo le di mi brazo a la aterrada chica. El herido estaba tendido en su cama, y a petición de Holmes lo examiné. Luego le entregué mi informe en el antiguo comedor adornado con tapices, que era donde Holmes se encontraba, con sus dos prisioneros delante.

—Vivirá —dije.

—¡Cómo! —exclamó Carruthers, levantándose de un salto de su silla—. Iré arriba y acabaré con él antes que nada. ¿Me está contando que esa chica, ese ángel, ha de estar atada a Jack Woodley el Animal de por vida?

—No es necesario que se preocupe por eso —dijo Holmes—. Hay dos buenas razones por las que de ninguna manera sería su esposa. En primer lugar, no nos arriesgamos al cuestionar el derecho del señor Williamson a celebrar un matrimonio.

—He sido ordenado.

—Y también secularizado.

—Una vez se es pastor, se es para siempre.

—No lo creo. ¿Qué me dice de la autorización?

—Teníamos una autorización para el matrimonio. La tengo aquí en mi bolsillo.

—Entonces, la han obtenido mediante un ardid. Pero, sea como sea, un matrimonio forzoso no es un matrimonio, sino un delito muy grave, como descubrirá muy pronto. Tendrán tiempo para meditar a fondo sobre el tema durante los próximos diez años poco más o menos, a menos que me equivoque. Con respecto a usted, Carruthers, hubiera hecho mejor en mantener guardada su pistola en el bolsillo.

—Empiezo a creerlo así, señor Holmes, pero, cuando pensé en todas las precauciones que había tomado para proteger a esa chica —porque la amaba, señor Holmes, y es la única vez que he querido a alguien—, me volvió loco el pensar que estaba en poder del mayor animal y matón de Sudáfrica, un hombre que es considerado un demonio de Kimberley a

Johannesburgo. Vaya, señor Holmes, le costará creerlo, pero desde el momento en que esa chica fue empleada mía, ni una vez la he dejado pasar por delante de esta casa, donde sabía que estos granujas estaban escondidos, sin seguirla con mi bicicleta solo para ver que no le sucedía nada malo. Mantenía la distancia con ella y me ponía una barba para que no me reconociera, porque es una chica buena y valiente, y no hubiera permanecido en su empleo mucho tiempo si hubiera creído que la estaba siguiendo por las carreteras de la región.

—¿Por qué no le habló de ese peligro?

—Porque por eso mismo me hubiese dejado, y no podía soportar enfrentarme a eso. Aun cuando no me amara, para mí significaba mucho poder ver su delicada silueta por la casa y oír el sonido de su voz.

—Bueno —repliqué—, usted le llama a eso amor, señor Carruthers, pero yo lo llamaría egoísmo.

—Es posible que ambas cosas vayan de la mano. En cualquier caso, no podía dejarla ir. Además, con esa pandilla rondando, era bueno que tuviera a alguien cerca para cuidar de ella. Entonces, cuando llegó el cable, supe que pronto entrarían en acción.

—¿Qué cable?

Carruthers cogió un telegrama de su bolsillo.

—Este —dijo.

Era breve y conciso:

> Ha muerto el viejo.

—¡Pues sí! —dijo Holmes—. Creo que ya entiendo cómo se desarrollaron las cosas, y puedo entender cómo este mensaje les había puesto en una encrucijada. Pero, mientras esperamos, podría usted contarme lo que pueda.

El viejo réprobo con la sobrepelliz prorrumpió en un torrente de insultos.

—¡Cielos! —dijo—. Si te chivas de nosotros, Bob Carruthers, me ocuparé de ti como te has ocupado de Jack Woodley. Puedes gimotear sobre la chica todo lo que quieras, porque eso es asunto tuyo, pero como pongas a

este madero de paisano en contra de tus compadres, recibirás el peor jornal que hayas tenido en tu vida.

—No es necesario que su reverencia se altere —dijo Holmes encendiéndose un cigarrillo—. Tienen el caso muy claramente en contra, y todo lo que quiero saber son unos pocos detalles por curiosidad personal. Sin embargo, si hay algún inconveniente en que me lo cuente, lo haré yo, y así verán hasta qué punto tienen alguna posibilidad de guardar sus secretos. En primer lugar, en este juego tres de ustedes proceden de Sudáfrica: usted, Williamson; usted, Carruthers; y Woodley.

—Mentira número uno —dijo el anciano—, no había visto a ninguno de esos dos hasta hace dos meses, y no he estado en África en mi vida, así que chúpate esa y vuelve por otra, señor Metomentodo Holmes.

—Lo que dice es cierto —dijo Carruthers.

—Bueno, bueno, dos de ustedes vienen de allí. Su reverencia es nuestro artículo nacional. Habían conocido a Ralph Smith en Sudáfrica. Tenían razones para creer que no viviría mucho tiempo. Descubrieron que su sobrina heredaría su fortuna. Voy bien, ¿verdad?

Carruthers asintió y Williamson soltó un taco.

—Era su pariente más cercano, sin duda, y se enteraron de que el viejo no haría testamento.

—No sabía leer ni escribir —dijo Carruthers.

—Así que se vinieron, ustedes dos, y buscaron a la chica. La idea era que uno de ustedes se casaría con ella y el otro tendría una parte del botín. Por alguna razón, Woodley fue escogido como marido. ¿Puedo saber por qué?

—Nos la jugamos a las cartas en el viaje. Ganó él.

—Ya veo. Puso a su servicio a la joven dama, y entonces Woodley había de hacerle la corte. Ella reconoció en él al animal borracho que era y no quería tener nada que ver con él. Entretanto, su proyecto había quedado muy trastocado por el hecho de que se había enamorado de la dama. No podía soportar por más tiempo la idea de que le perteneciera a ese rufián.

—No, santo cielo, ¡no podía!

—Tuvieron una disputa. Él lo dejó hecho una furia, y empezó a hacer sus propios planes independientemente de usted.

—Me parece, Williamson, que no hay mucho que podamos contarle a este caballero —exclamó Carruthers riéndose amargamente—. Sí, nos peleamos, y me tumbó. Se la devolví, de todas formas. Luego lo perdí de vista. Eso sucedió cuando se juntó con este cura proscrito aquí presente. Me enteré de que se habían establecido juntos en este lugar, en el trayecto que debía hacer para ir la estación. Estuve pendiente de ella después de saberlo, porque era consciente de que había algo perverso en el aire. Los vigilaba de vez en cuando, porque estaba deseando saber detrás de qué andaban. Hace dos días, Woodley apareció en mi casa con este cable, que indicaba que Ralph Smith había muerto. Me preguntó si cumpliría el trato. Dije que no. Me preguntó si me casaría con la chica y le daría una parte. Le dije que lo haría de buena gana, pero que no me aceptaría. Me respondió: «Casémosla primero, y después de una semana o dos puede que lo vea todo un poco distinto». Le dije que no quería tener nada que ver con un acto violento. Así que se marchó echando pestes, como el sinvergüenza que es, y jurando que ya lo haría él. Me iba a dejar este fin de semana, y había adquirido una calesa para llevarla a la estación, pero estaba tan tranquilo que la seguí en mi bicicleta. Sin embargo, me sacó ventaja y antes de que pudiera alcanzarla, el daño ya estaba hecho. La primera noticia la tuve al verlos a ustedes dos haciendo el camino de vuelta en su coche.

Holmes se levantó y lanzó la colilla de su cigarrillo a la chimenea.

—He estado ciego, Watson —dijo—. Cuando me informó de que creía haber visto al ciclista ajustándose la corbata entre los matorrales, solo con eso debería haberlo deducido todo. Sin embargo, podemos felicitarnos por un caso curioso y, en algunos aspectos, único. Veo a tres policías en el camino de acceso, y me alegra comprobar que el mozo de cuadra puede seguirles el paso, así que es probable que ni él ni el interesante novio hayan quedado permanentemente malparados por sus aventuras matutinas. Creo, Watson, que, en su calidad de médico, podría presentarle sus respetos a la señorita Smith y decirle que, si está suficientemente recuperada, nos encantaría escoltarla hasta la casa de su madre. Si no está lo bastante repuesta, descubrirá que una insinuación acerca de que estamos a punto de telegrafiar a un joven ingeniero a las Midlands es probable que culmine el tratamiento. Respecto a usted, señor Carruthers, creo que ha hecho lo que

ha podido por enmendar su participación en una trama diabólica. Esta es mi tarjeta, señor, y, si mi testimonio puede serle de ayuda en su juicio, estaré a su disposición.

Con el ajetreo de nuestra incesante actividad, a menudo me ha resultado difícil, como el lector probablemente ha observado, redondear mis historias, y dar esos detalles finales que los curiosos podrían desear. Cada caso ha sido el preludio de otro, y una vez acabada la crisis, los actores salen para siempre de nuestras ocupadas vidas. Encuentro, sin embargo, una breve nota al final de mis manuscritos concernientes a este caso, en la que dejé constancia de que la señorita Violet Smith heredó una gran fortuna, y que ahora es la esposa de Cyril Morton, el socio más antiguo de Morton & Kennedy, los célebres electricistas de Westminster. Williamson y Woodley fueron procesados por secuestro y agresión, el primero se llevó siete años y el último diez. Acerca del destino de Carruthers no tengo constancia, pero estoy seguro de que su agresión no sería vista con muy malos ojos por el tribunal, dado que Woodley tenía reputación de ser un rufián de los más peligrosos, y me imagino que unos pocos meses serían suficientes para satisfacer las exigencias de la justicia.

LA AVENTURA DEL COLEGIO PRIORY

Hemos tenido algunas entradas y salidas dramáticas en nuestro pequeño escenario de Baker Street, pero no logro acordarme de ninguna más repentina y alarmante que la primera aparición de Thorneycroft Huxtable, M. A., Ph. D., etc. Su tarjeta, que parecía demasiado pequeña para sobrellevar el peso de sus distinciones académicas, lo precedió unos segundos, y, entonces, entró él: hasta tal punto enorme, solemne y pomposo que parecía la encarnación misma del aplomo y la entereza. Y, sin embargo, su primer acto, cuando se cerró la puerta tras él, fue tambalearse hasta la mesa, cuyo apoyo perdió cayendo al suelo, y allí se quedó aquella figura majestuosa postrada y sin conocimiento sobre nuestra alfombra de piel de oso delante de la chimenea.

Nos pusimos de pie de un salto, y, por unos instantes, miramos con callado asombro a aquel pesado pecio, que nos hablaba de alguna tormenta repentina y funesta lejos de allí, en el océano de la vida. Entonces, Holmes corrió con un cojín para la cabeza y coñac para los labios. El rostro recio y pálido estaba surcado por arrugas de preocupación, las bolsas que colgaban de los ojos cerrados eran del color del plomo, la boca sin fuerza caía tristemente hacia las comisuras, la redondeada barbilla estaba sin afeitar. El cuello y la camisa sufrían la suciedad de un largo viaje, y el cabello se encrespaba desgreñado en la cabeza bien proporcionada. Ante nosotros yacía un hombre gravemente conmocionado.

—¿Qué tiene, Watson? —preguntó Holmes.

—Agotamiento absoluto…, posiblemente nada más que hambre y cansancio —dije con un dedo sobre su débil pulso, cuya corriente vital fluía escasa y exigua.

—Un billete de ida y vuelta desde Mackleton, norte de Inglaterra —dijo Holmes, sacándolo del bolsillo del reloj—. Todavía no son las doce. Desde

luego, ha salido temprano.

Los párpados fruncidos habían empezado a estremecerse, y enseguida dos ojos grises ausentes dirigieron su mirada hacia nosotros. Un momento después, el hombre se ponía en pie con dificultad y la cara roja de vergüenza.

—Disculpe esta flaqueza, señor Holmes, he estado un poco tenso. Gracias, si pudiera darme un vaso de leche y una galleta, sin duda me encontraría mejor. He venido personalmente, señor Holmes, para asegurarme de que regresa conmigo. Temía que ningún telegrama le convenciera de la urgencia imperiosa del caso.

—Cuando se encuentre lo bastante recuperado…

—Ya me encuentro bien otra vez. No puedo imaginar cómo he llegado a estar tan débil. Señor Holmes, deseo que venga a Mackleton conmigo en el próximo tren.

Mi amigo negó con la cabeza.

—Mi colega, el doctor Watson, puede decirle que ahora mismo estamos muy ocupados. Me veo retenido por ese caso de los documentos Ferrers, y se va a presentar el asesinato Abergavenny ante el tribunal. Solo una cuestión muy importante podría sacarme de Londres ahora mismo.

—¡Importante! —Nuestro visitante se llevó las manos a la cabeza—. ¿No ha oído nada del secuestro del único hijo del duque de Holdernesse?

—¡Cómo! ¿El que fuera ministro del gobierno?

—Exacto. Había tratado de mantenerlo lejos de los periódicos, pero se rumoreaba algo en el *Globe* de esta noche. Pensé que podía haber llegado a sus oídos.

Holmes estiró bruscamente su brazo largo y delgado y escogió el volumen H en su enciclopedia de referencia.

—«Holdernesse, sexto duque de, K. G., P. C.»[6], ¡medio alfabeto!; «barón de Beverly, conde de Carston», ¡madre mía, vaya lista!; «lord lugarteniente de Hallarnshire desde 1900. Casado con Edith, hija de sir Charles Appledore, 1888. Heredero y único hijo: lord Saltire. Posee unos doscientos cincuenta mil acres. Minas en Lancashire y Gales. Reside en: Carlton House Terrace; Holdernesse Hall, Hallamshire; Carston Castle, Bangor, Gales. Lord del Almirantazgo, 1872; ministro de…». Vaya, vaya,

¡desde luego, este hombre es uno de los súbditos más importantes de la Corona!

—El más importante y tal vez el más rico. Soy consciente, señor Holmes, de que adopta una actitud muy elevada en lo relacionado con su profesión y que está dispuesto a trabajar por amor al trabajo. Debo decirle, no obstante, que su Excelencia ya ha anunciado que le será entregado un cheque de cinco mil libras a la persona que pueda decirle dónde está su hijo y otras mil a quien le dé el nombre del individuo, o individuos, que lo hayan raptado.

—Principesca oferta —dijo Holmes—. Watson, creo que deberíamos acompañar al doctor Huxtable de vuelta al norte de Inglaterra. Y, ahora, doctor Huxtable, cuando se haya terminado esa leche, podría contarme lo que ha pasado, cuándo pasó, dónde pasó, cómo pasó y, por último, lo que el doctor Thorneycroft Huxtable, del colegio Priory, cerca de Mackleton, tuvo que ver con el asunto, y por qué viene tres días después de los hechos —el estado de su afeitado nos proporciona la fecha— a solicitar mis humildes servicios.

Nuestro visitante se había terminado su leche con galletas. Había recobrado el brillo de los ojos y el color de sus mejillas cuando empezó a explicar, con mucha energía y lucidez, la situación.

—He de informarles, caballeros, que en el colegio Priory, del que soy fundador y director, preparamos a los chicos para secundaria. Es posible que mi nombre les venga a la memoria por el *Glosas a Horacio de Huxtable*. El Priory es, sin excepción alguna, el mejor y más selecto colegio preparatorio de Inglaterra. Lord Leverstoke, el conde de Blackwater, sir Cathcart Soames: todos me han confiado a sus hijos. Pero creí que mi colegio había alcanzado su apogeo cuando, hace tres semanas, el duque de Holdernesse me envió al señor James Wilder, su secretario, con el anuncio de que el joven lord Saltire, de diez años de edad, su único hijo y heredero, estaba a punto de quedar a mi cargo. Ni se me pasaba por la cabeza que fuera el preludio de la desgracia más abrumadora de mi vida.

»El chico llegó el uno de mayo, al comenzar el último trimestre. Era un joven encantador y pronto se adaptó a nuestras costumbres. Debo decirles —confío en no parecer indiscreto, pero las confidencias a medias resultan

absurdas en un caso así— que en casa no era completamente feliz. Es un secreto a voces que la vida matrimonial del duque no había sido un remanso de paz, y el asunto había acabado con una separación de mutuo acuerdo. La duquesa ha fijado su residencia en el sur de Francia. Esto había sucedido muy poco tiempo antes, y era sabido que las simpatías del chico habían estado claramente del lado de la madre. Al irse esta de Holdernesse, se quedó abatido, y ese fue el motivo de que el duque desease enviarlo a mi establecimiento. A los quince días, el chico estaba casi como en casa y parecía absolutamente feliz.

»Fue visto por última vez la noche del 13 de mayo, es decir, la noche del pasado lunes. Su habitación estaba en la segunda planta, y se accede a ella por otra habitación más amplia en la que duermen dos chicos. Estos no vieron ni oyeron nada, de modo que no cabe duda de que el joven Saltire no salió por allí. Su ventana estaba abierta, y hay una robusta planta de hiedra que llega hasta el suelo. No había rastro de pisadas abajo, pero está claro que es la única salida posible.

»Nos dimos cuenta de su ausencia a las siete de la mañana del martes. Había dormido en su cama. Iba completamente vestido antes de marcharse, con su uniforme habitual de chaqueta negra, estilo Eton, y pantalones grises oscuros. No había indicios de que hubiese entrado nadie en la habitación, y, con bastante seguridad, unos gritos o una pelea se hubieran oído, puesto que Caunter, el chico más mayor de la habitación interior, tiene el sueño muy ligero.

»Cuando nos dimos cuenta de la desaparición de lord Saltire, pasé lista de inmediato a todo el establecimiento: chicos, profesores y sirvientes. Fue entonces cuando llegamos a la conclusión de que lord Saltire no había huido solo. Heidegger, el profesor de alemán, había desaparecido. Su habitación estaba en la segunda planta, en el otro extremo del edificio, y daba al mismo camino que la de lord Saltire. También había dormido en su cama, pero parecía haberse ido a medio vestir, puesto que su camisa y sus calcetines estaban tirados en el suelo. Sin lugar a dudas, había bajado por la hiedra, porque pudimos ver las huellas de sus pies en el césped en donde había aterrizado. Normalmente, Heidegger guardaba su bicicleta en un pequeño cobertizo junto al césped, y esta tampoco estaba allí.

»Llevaba dos años con nosotros y había llegado con las mejores referencias, pero era un hombre taciturno y silencioso, no muy popular ni entre los profesores ni entre los chicos. No se encontró rastro alguno de los fugitivos, y hoy jueves por la mañana seguimos sabiendo tan poco como el martes. Por supuesto, se pidió información a Holdernesse Hall. Está solo a unas millas y nos imaginábamos que, en un arranque de nostalgia, habría regresado con su padre, pero no sabían nada de él. El duque está sumamente alterado, y, en lo que a mí respecta, ya han visto el estado de postración nerviosa en el que me han sumido la incertidumbre y la responsabilidad. Señor Holmes, si alguna vez ha llegado al límite de sus capacidades, le ruego que lo haga de nuevo, porque nunca en su vida ha tenido un caso que sea más digno de ello».

Sherlock Holmes había escuchado con sumo interés el relato del desdichado maestro. Las cejas fruncidas y el ceño muy marcado entre ellas mostraban que no necesitaba que lo exhortaran a dedicarle toda su atención a un problema que, aparte de los enormes intereses en juego, debía captarla de manera inmediata dada su pasión por lo complejo y lo intrincado. Sacó en ese momento su libreta y anotó uno o dos recordatorios.

—Ha sido usted un negligente al no venir a buscarme antes —dijo muy serio—. Hace que comience mi investigación con una grave desventaja. Es inconcebible, por ejemplo, que esa hiedra y ese césped no le hayan proporcionado nada a un observador experto.

—No me culpe a mí, señor Holmes. Su Excelencia deseaba a toda costa evitar todo escándalo público. Temía que la infelicidad de su familia los humillara ante la gente. Le horroriza profundamente hacer algo de esa clase.

—Pero ¿ha habido alguna investigación oficial?

—Sí, señor, y ha resultado muy decepcionante. Enseguida se obtuvo una aparente pista, puesto que informaron de que un niño y un joven habían sido vistos saliendo de una estación cercana en un tren de primera hora. Solo la pasada noche se tuvieron noticias de que se había seguido a la pareja hasta Liverpool, y resultó no tener conexión alguna con el asunto en cuestión. Entonces, con toda mi decepción y desesperación, después de una noche de insomnio, vine directamente a verle a usted en el primer tren.

—Supongo que se relajó la investigación en el lugar mientras seguían esa pista falsa.

—Fue abandonada por completo.

—Así que se han perdido tres días. El caso ha sido manejado de la forma más lamentable posible.

—Eso creo, lo admito.

—Y, a pesar de todo, debería haber una solución final. Me alegrará mucho estudiarla. ¿Han sido capaces de encontrar alguna conexión entre el chico perdido y ese profesor de alemán?

—Ninguna en absoluto.

—¿Está en clase de ese profesor?

—No, nunca ha cruzado una palabra con él hasta donde yo sé.

—Desde luego, resulta muy peculiar. ¿Tenía el chico bicicleta?

—No.

—¿Se ha echado en falta alguna bicicleta más?

—No.

—¿Seguro?

—Bastante.

—Vaya, ¿no estará sugiriendo ahora que ese alemán anduvo en bicicleta a las tantas de la noche con el chico en brazos?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿qué teoría le ronda por la cabeza?

—Puede que la bicicleta no sea más que un señuelo. Puede que haya sido escondida en algún sitio y que se hayan marchado ambos a pie.

—En efecto, pero parece un señuelo bastante absurdo, ¿no cree? ¿Había otras bicicletas en el cobertizo?

—Varias.

—¿No habrían escondido un par si hubiesen querido dar la impresión de que se habían marchado con ellas?

—Pues supongo que sí.

—Por supuesto que sí. La teoría del señuelo no funciona. Pero ese elemento es un excelente punto de partida para una investigación. Después de todo, una bicicleta no es una cosa fácil ni de esconder ni de destruir. Otra pregunta: ¿solicitó alguien ver al chico el día antes de su desaparición?

—No.

—¿Recibió alguna carta?

—Sí, una.

—¿De quién?

—De su padre.

—¿Abre las cartas de los chicos?

—No.

—¿Cómo sabe que era de su padre?

—En el sobre estaba su escudo de armas, y la dirección la había escrito el duque con esa letra ceremoniosa suya. Además, el duque recuerda haberla escrito.

—¿Cuándo había recibido carta antes de eso?

—Ninguna desde hacía varios días.

—¿Recibió en alguna ocasión carta procedente de Francia?

—No, nunca.

—Por supuesto, ya ve adónde quiero llegar. O al chico se lo llevaron por la fuerza, o se fue por su propia voluntad. En este último caso, sería esperable que un muchacho tan joven hubiese necesitado un acicate del exterior que lo incitase a hacer una cosa así. Si no ha recibido visitas, ese algo debe de haber llegado por carta. De ahí que trate de descubrir quiénes le habían escrito.

—Me temo que no puedo ayudarle mucho. El único que le escribía, hasta donde yo sé, era su propio padre.

—Quien le escribió el mismo día de su desaparición. ¿Las relaciones entre el padre y el hijo son afectuosas?

—Su Excelencia nunca es muy afectuoso con nadie. Se halla absolutamente inmerso en asuntos públicos de amplio alcance y parece bastante ajeno a todas las emociones humanas. Pero, a su manera, siempre ha sido atento con el niño.

—Pero las simpatías de este último están del lado de la madre, ¿no es así?

—Sí.

—¿Lo ha dicho él?

—No.

—El duque, ¿entonces?

—Cielo santo, ¡no!

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—He mantenido algunas charlas confidenciales con el señor James Wilder, el secretario de Su Excelencia. Fue él quien me informó acerca de los sentimientos de lord Saltire.

—Ya veo. Por cierto, esa última carta del duque… ¿fue encontrada en la habitación del chico después de haberse ido?

—No, se la había llevado con él. Creo, señor Holmes, que es hora de que salgamos para Euston.

—Pediré un carruaje. En un cuarto de hora estaremos a su servicio. Si telegrafía a casa, señor Huxtable, sería bueno que le dejara creer a la gente de los alrededores que las pesquisas continúan en Liverpool, o en cualquier otro sitio adonde lleve esa pista falsa. Entretanto, trabajaría tranquilo en las mismas puertas del colegio y tal vez el rastro siga lo bastante fresco como para que dos viejos sabuesos como Watson y yo podamos olfatearlo.

Aquella noche nos hallábamos en la atmósfera fría y tonificante de la región de Peak, en el que se encuentra el célebre colegio de Huxtable. Era ya noche cerrada cuando llegamos. Encima de la mesa de la entrada había una tarjeta, y el mayordomo le susurraba algo a su señor, que se volvió hacia nosotros con los rasgos de su rostro alterados.

—El duque está aquí —dijo—. El duque y el señor Wilder están en el estudio. Vamos, caballeros, y se los presentaré.

Yo, por supuesto, conocía por las fotografías al célebre estadista, pero la persona en sí era muy diferente de sus retratos. Era un hombre alto e imponente, vestido de forma impecable, con un rostro flaco y demacrado, y una larga nariz que se curvaba de manera grotesca. Su tez era de una palidez cadavérica, que resultaba más sorprendente por el contraste con su larga barba, aunque rala, de un vívido rojo, que ondulaba sobre su chaleco blanco, a través de cuyo borde brillaba la cadena de su reloj de bolsillo. Así era la presencia imponente que nos miraba impasible en el centro de la alfombra de la chimenea del doctor Huxtable. Junto a él había un hombre

muy joven, que me imaginé que era Wilder, el secretario privado. Era bajo, nervioso, despierto, con unos ojos azules claros y un rostro expresivo. Fue él quien, de inmediato, con un tono mordaz y seguro, comenzó la conversación.

—Doctor, Huxtable, esta mañana le he avisado demasiado tarde para impedir que se marchara a Londres. Me había enterado de que su propósito era invitar al señor Sherlock Holmes a asumir el mando del caso. A Su Excelencia le ha sorprendido, señor Huxtable, que hubiese dado tal paso sin consultarlo con él.

—Cuando me enteré de que la policía había fracasado…

—Su Excelencia no está en absoluto convencido de que la policía haya fracasado.

—Pero, sin duda, señor Wilder…

—Es usted muy consciente, doctor Huxtable, de que a Su Excelencia le preocupa muy especialmente evitar todo escándalo público. Prefiere tener involucradas a las menos personas posibles en el caso.

—Este asunto se puede remediar de forma muy sencilla —dijo el intimidado doctor—. El señor Sherlock Holmes puede regresar a Londres en el tren de la mañana.

—Ni hablar de eso, doctor, ni hablar de eso —dijo Holmes, con su voz más empalagosa—. Este aire del norte es agradable y tonificante, así que propongo que pasemos unos días en estos páramos y mantener ocupada la mente lo mejor que pueda. Que me albergue bajo su techo o en la posada del pueblo es, por supuesto, decisión suya.

Me percaté de que el infeliz doctor se encontraba en el límite de la indecisión, de donde lo rescató la voz profunda y sonora del duque de barba roja, que retumbó como el gong de la comida.

—Estoy de acuerdo con el señor Wilder, doctor Huxtable, de que lo sensato hubiese sido consultarlo conmigo. Pero, dado que ya ha informado al señor Holmes del asunto, sería, en efecto, absurdo que no hiciéramos uso de sus servicios. Nada de irse a la posada, señor Holmes, me complacería que viniera y se instalara conmigo en Holdernesse Hall.

—Gracias, Excelencia. Para los fines de mi investigación, creo que sería más sensato por mi parte permanecer en el escenario del misterio.

—Como guste, señor Holmes. Cualquier información que el señor Wilder o yo podamos facilitarle está, desde luego, a su disposición.

—Probablemente me sea necesario verle en su mansión —dijo Holmes —. Ahora mismo, señor, tan solo me gustaría preguntarle si le ha encontrado una explicación a la misteriosa desaparición de su hijo.

—No, señor, no la he encontrado.

—Discúlpeme si aludo a algo doloroso para usted, pero no me queda alternativa. ¿Cree que la duquesa tiene algo que ver con este asunto?

El poderoso ministro titubeó de manera ostensible.

—No lo creo —dijo por fin.

—La otra explicación más obvia es que el chico haya sido secuestrado con el fin de pedir un rescate. ¿No le han hecho ninguna exigencia en ese sentido?

—No, señor.

—Una pregunta más, Excelencia. Tengo entendido que escribió a su hijo el día en que sucedió el incidente.

—No, le escribí el día anterior.

—Exactamente. Pero ¿la recibió ese día?

—Sí.

—¿Había en su carta algo que hubiese podido trastornarlo o incitarlo a dar un paso así?

—No, señor, desde luego que no.

—¿Mandó usted mismo esa carta?

La respuesta del noble fue interrumpida por su secretario, quien le cortó con cierto acaloramiento.

—Su Excelencia no tiene por costumbre enviar las cartas él mismo —dijo—. Esa carta se encontraba con otras encima de la mesa de estudio, y yo mismo la eché en el correo.

—¿Está seguro de que esa se hallaba entre las demás?

—Sí, reparé en ella.

—¿Cuántas cartas escribió Su Excelencia ese día?

—Veinte o treinta. Tengo una amplia correspondencia. Pero ¿no resulta esto en cierto modo irrelevante?

—No del todo —dijo Holmes.

—En lo que a mí respecta —continuó el duque—, le he advertido a la policía de que centrasen su atención en el sur de Francia. Ya he dicho que no creo que la duquesa lo alentara a un acto tan horrible, pero el chico tenía unas opiniones de lo más desatinadas, y es posible que se fugara a su encuentro, con ese alemán como cómplice. Creo, doctor Huxtable, que vamos a regresar ya a la mansión.

Pude advertir que Holmes le hubiese deseado hacer más preguntas, pero las maneras bruscas del noble indicaban que la entrevista llegaba a su fin. Se hizo evidente que para su temperamento profundamente aristocrático esa discusión de los asuntos íntimos de su familia con un desconocido era completamente detestable, y que temía que cada nueva pregunta iluminara los rincones discretamente oscurecidos de su historia ducal.

Cuando el noble y su secretario se hubieron marchado, mi amigo se puso enseguida, con su inconfundible entusiasmo, de lleno en la investigación.

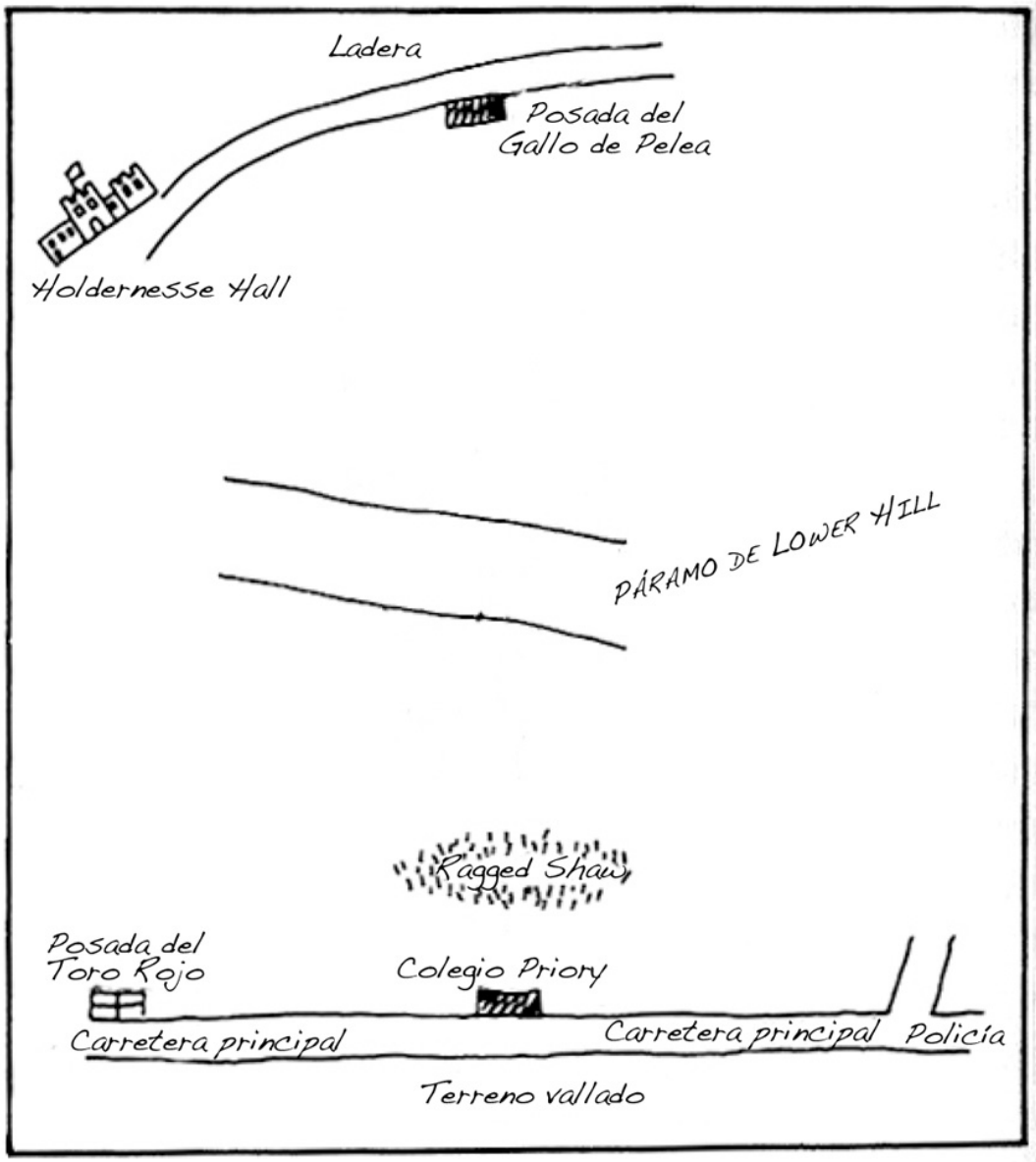
Examinamos el dormitorio del chico cuidadosamente, y no proporcionó nada salvo la convicción absoluta de que solo podía haberse escapado por la ventana. La habitación y los efectos personales del profesor de alemán no aportaron más pistas. En su caso, una rama de hiedra había cedido bajo su peso, y vimos gracias a la luz de la linterna la huella en el césped en donde había apoyado sus talones. Esa concavidad en el césped corto y verde era el único indicio material de su inexplicable fuga nocturna.

Sherlock Holmes se marchó del edificio solo, y no regresó hasta después de las once. Se había hecho con un gran mapa de los alrededores trazado por el cuerpo de artillería, y lo trajo a mi cuarto, donde lo desplegó sobre la cama, y, tras haber logrado dejar en equilibrio la lámpara en medio de esta, comenzó a fumar encima, y de vez en cuando señalaba objetos de interés con el apestoso ámbar de su pipa.

—Este caso cada vez me gusta más, Watson —dijo—. Definitivamente, hay ciertos puntos de interés relacionados con él. En esta etapa inicial, quiero que comprenda estas peculiaridades geográficas, pues es posible que tengan mucho que ver con nuestra investigación.

»Mire este mapa. Este cuadrado sombreado es el colegio Priory. Pondré un alfiler en él. Ahora, esta línea es la carretera principal. Puede ver que

pasa de este a oeste frente al colegio, y también que no hay ninguna carretera secundaria durante una milla en ninguno de los dos sentidos. Si esas dos personas se marcharon por carretera, fue por esta carretera».



—Exacto.

—Por una casualidad feliz y excepcional, somos capaces, en cierta medida, de comprobar qué sucedió en esa carretera durante la noche en cuestión. En este punto, en donde está apoyada mi pipa, hubo un agente regional de servicio desde las doce hasta las seis. Es, como puede observar,

el primer cruce en el lado este. Este hombre declara que no se ausentó de su puesto ni un instante, y está seguro de que ni el chico ni el hombre hubiesen pasado por ese camino sin ser vistos. He hablado con este policía esta noche, y me parece una persona completamente digna de confianza. Esto zanja el asunto por este lado. Ahora tenemos que ocuparnos del otro. Aquí hay una posada, el Toro Rojo, cuya posadera se encontraba enferma. Había mandado llamar a un médico de Mackleton, pero no llegó hasta la mañana, por estar ocupado con otro caso. La gente de la posada estuvo alerta toda la noche, esperando su llegada, y parece que uno u otro estuvieron echando un ojo a la carretera. Declaran que no pasó nadie. Si su testimonio es bueno, entonces somos lo bastante afortunados como para dar por zanjado el oeste, y también para decir que los fugitivos no utilizaron esa carretera en ningún caso.

—Pero ¿y la bicicleta? —objeté.

—Efectivamente. Ahora llegamos a la bicicleta. Para seguir con nuestro razonamiento: si esas personas no se fueron por carretera, tuvieron que cruzar por el campo hacia el norte o hacia el sur del edificio. Eso está claro. Sopesemos uno y otro camino. Al sur del edificio hay, como puede observar, una amplia zona de terreno cultivable, dividido en pequeños campos, con muros de piedra entre ellos. Por aquí, yo diría que una bicicleta no puede pasar. Podemos descartar esa idea. Volvamos al campo que hay al norte. Aquí hay una arboleda, señalada como «Ragged Shaw», y al otro lado hay un vasto páramo irregular, Lower Gill, que abarca diez millas y que tiene una pendiente gradual. Aquí, a un lado de este erial, se encuentra Holdernesse Hall, a diez millas por carretera, pero solo a seis a través del páramo. Es una llanura especialmente desolada. Unos pocos granjeros del páramo tienen parcelas pequeñas en donde crían vacas y ovejas. Salvo estos, el chorlito y el zarapito son los únicos habitantes hasta que se llega a la carretera principal de Chesterfield. Aquí hay una iglesia, ya ve, unas pocas casas de campo y una posada. Más allá, las colinas se vuelven escarpadas. Seguramente es aquí en el norte donde debemos centrar nuestra búsqueda.

—Pero ¿y la bicicleta? —insistí.

—¡Ya vamos, ya vamos! —dijo Holmes impaciente—. Un buen ciclista no necesita una carretera principal. Hay caminos que cruzan el páramo y había luna llena. ¡Pero bueno! ¿Qué pasa?

Alguien tocaba a la puerta insistentemente, y al momento entraba en la habitación el doctor Huxtable. En la mano llevaba una gorra azul de críquet con un emblema blanco en la visera.

—¡Por fin tenemos una pista! —exclamó—. ¡Gracias a Dios! ¡Por lo menos estamos sobre el rastro del chico! Esta gorra es suya.

—¿Dónde ha sido encontrada?

—En el carromato de los gitanos que acamparon en el páramo. Lo abandonaron el martes. La policía ha dado hoy con ellos y han registrado su caravana. Han encontrado esto.

—¿Qué explicación han dado?

—Mintieron y dieron evasivas…, dijeron que la habían encontrado en el páramo el martes por la mañana. ¡Esos granujas saben dónde está! Menos mal que están todos a buen recaudo entre rejas. El miedo a la ley o al bolsillo del duque seguro que les saca todo lo que saben.

—No está mal por el momento —dijo Holmes cuando por fin el doctor se había marchado de la habitación—. Al menos confirma la teoría de que es por la parte de Lower Gill donde debemos buscar. En realidad, la policía no ha hecho nada en los alrededores, excepto arrestar a esos gitanos. ¡Mire aquí, Watson! Hay un cauce de río que cruza el páramo. Lo he señalado aquí en el mapa. En algunas partes se ensancha hasta volverse una ciénaga. Esto es así en particular en la región entre Holdernesse Hall y el colegio. En vano buscaríamos huellas en otra parte con este tiempo seco, pero en ese punto, sin duda, hay una posibilidad de que hayan dejado algún rastro. Le llamaré temprano mañana por la mañana, y usted y yo probaremos si podemos esclarecer el misterio.

Acababa de amanecer cuando me desperté descubriendo la figura alta y delgada de Holmes junto a mi cabecera. Estaba completamente vestido y al parecer ya había salido.

—Ya he acabado con el césped y el cobertizo —dijo—. También he dado un paseo a través de Ragged Shaw. Ahora, Watson, tiene un chocolate

listo en el cuarto de al lado. Le debo rogar que se dé prisa, porque nos tenemos una larga jornada por delante.

Le brillaban los ojos, y le ardían las mejillas con la excitación del maestro artesano que ve el trabajo que tiene por hacer. Un Holmes muy diferente este hombre enérgico y despierto del soñador pálido e introspectivo de Baker Street. Mientras observaba esa figura ágil, llena de energía contenida, me dio la impresión de que, en efecto, nos aguardaba un día agotador.

Y, sin embargo, comenzó con una decepción muy amarga. Con grandes esperanzas, fuimos campo a través por el páramo turboso y rojizo, cruzado por un millar de caminos de ovejas, hasta que llegamos a una zona amplia de un verde claro que distinguía a la ciénaga que había entre nosotros y Holdernesse. Desde luego, si el muchacho hubiese vuelto a casa, tenía que haber pasado por allí, y no podía haber pasado sin haber dejado huellas. Pero no se podía ver ningún indicio ni de él ni del alemán. Con expresión sombría, mi amigo anduvo dando zancadas por la orilla, y observó impacientemente cada mancha de lodo sobre la superficie musgosa. Había rastros de oveja en abundancia, y en otro lugar, algunas millas más abajo, las vacas habían dejado sus huellas. Nada más.

—Primer planchazo —dijo Holmes, observando con tristeza la irregular extensión del páramo—. Hay otra ciénaga más abajo y una estrecha garganta entre ellas. ¡Vaya, vaya! Pero ¿qué tenemos aquí?

Habíamos llegado a un pequeño trecho oscuro del camino. En medio de este, claramente dibujada en la tierra empapada, había la huella de una bicicleta.

—¡Viva! —exclamé—. La tenemos.

Pero Holmes negaba con la cabeza, y en su rostro había confusión y ansiedad más que alegría.

—Una bicicleta, por supuesto, pero no la bicicleta —dijo—. Estoy familiarizado con cuarenta y dos dibujos diferentes de neumáticos. Esta huella, como puede observar, es de una Dunlop, con un parche en la cubierta. Los neumáticos de Heidegger eran unos Palmer, que dejan rayas longitudinales. Aveling, el profesor de matemáticas, está seguro de ello. Por lo tanto, no es la huella de Heidegger.

—Entonces, ¿del chico?

—Es posible, si pudiéramos probar que cogió una bicicleta. Pero en este punto hemos fracasado completamente. Esta marca, como puede observar, pertenece a un ciclista que venía del colegio.

—¿No iba hacia él?

—No, no, mi querido Watson. El dibujo que se hunde más en el suelo es, por supuesto, el de la rueda trasera, sobre la que descansa el peso. Observará que hay varios lugares en que se cruza y borra la huella más superficial de la delantera. No cabe duda alguna de que venía del colegio. Es posible que esté relacionada con nuestra investigación o es posible que no, pero vamos a desandar su rastro antes de seguir más allá.

Así lo hicimos, y después de cien yardas perdimos el rastro cuando salimos de la parte cenagosa del páramo. Tras volver sobre el sendero, nos encontramos con otro lugar por donde corría, cruzándolo, un arroyo. Aquí, de nuevo, nos encontramos con la huella de la bicicleta, aunque casi borrada por las pezuñas de las vacas. Después de aquello, no hubo más indicios, pero el sendero seguía directo hacia Ragged Shaw, el bosque que estaba detrás del colegio. La bicicleta tenía que haber salido de ese bosque. Holmes se sentó en una piedra y apoyó la barbilla entre las manos. Me había fumado dos cigarrillos antes de que se moviera.

—Bueno, bueno —dijo por fin—. Desde luego, es posible que un hombre astuto pudiera cambiar el neumático de su bicicleta con el fin de dejar una huella desconocida. Un criminal que llegara a tener una idea así es alguien con quien me enorgullecería relacionarme. Dejaremos esta cuestión sin resolver y volveremos sobre la pista a nuestra ciénaga, porque hemos dejado mucho terreno sin explorar.

Seguimos con nuestra inspección sistemática de la orilla empapada del páramo, y pronto nuestra perseverancia quedó magníficamente recompensada. Por la parte baja del cenagal cruzaba derecho un sendero embarrado. Holmes soltó un grito de alegría mientras se acercaba a él. Un dibujo semejante a un delgado haz de cables de telégrafo pasaba por su centro. Era el neumático Palmer.

—Aquí tenemos a Herr Heidegger, sin duda alguna —exclamó Holmes exultante—. Mi razonamiento parece correcto, Watson.

—Le felicito.

—Pero todavía nos queda camino por recorrer. Le ruego que camine lejos el sendero. Ahora sigamos la pista, me temo que no nos llevará mucho más allá.

Sin embargo, descubrimos, mientras avanzábamos, que en esta parte del páramo proliferaban los tramos blandos y que, aunque con frecuencia perdíamos de vista el rastro, lográbamos siempre retomarlo de nuevo.

—¿Se da cuenta —dijo Holmes— de que, indudablemente, el ciclista está acelerando? No cabe duda de ello. Mire esta huella, en la que se ven ambos neumáticos claramente. Uno está tan hundido como el otro. Eso solo puede significar que el ciclista está apoyando su peso sobre el manillar, como se hace cuando se está yendo a todo correr. ¡Dios mío! Ha tenido una caída.

Había una mancha extensa e irregular que tapaba por unas yardas la huella. Luego había unas pocas pisadas y volvía a aparecer el neumático.

—Un derrape —sugerí.

Holmes levantó una rama pisoteada de aulaga. Para espanto mío, vi que las flores amarillas se encontraban salpicadas de rojo. También en el sendero y entre el brezo había manchas oscuras de sangre coagulada.

—¡Malo! —dijo Holmes—. ¡Malo! ¡Manténgase a un lado, Watson! ¡Ni un paso de más! ¿Qué interpreto de esto? Cayó herido, se puso en pie, volvió a montar, continuó. Pero aquí ya no hay rastro. Vacas a este lado del sendero. ¡No lo cornearía un toro! ¡Imposible! Pero no veo huellas de nadie más. Tenemos que seguir adelante, Watson. Seguro que, con las manchas sumadas al neumático para orientarnos, ya no puede escapársenos.

Nuestra búsqueda no fue muy larga. Las huellas de neumático comenzaban a retorcerse de manera disparatada por el sendero húmedo y reluciente. De repente, mientras miraba al frente, el brillo del metal llamó mi atención de entre las tupidas matas de aulaga. Sacamos de ellas una bicicleta, con neumáticos Palmer, un pedal doblado, y toda la parte delantera pringada y embadurnada de sangre. Al otro lado de los arbustos había un zapato tirado. Los rodeamos corriendo y ahí yacía el infeliz ciclista. Era un hombre alto, de barba abundante, y unas gafas con uno de los cristales roto. La causa de su muerte era un terrible golpe en la cabeza,

que le había aplastado en parte el cráneo. Que hubiese continuado después de haber recibido una herida así decía mucho de la vitalidad y el valor de ese hombre. Llevaba zapatos, pero no calcetines, y su abrigo abierto dejaba ver un pijama debajo. Era, sin duda, el profesor de alemán.

Holmes le dio respetuosamente la vuelta al cuerpo y lo examinó con gran atención. Entonces se sentó ensimismado durante un rato, y pude ver por su ceño fruncido que ese lamentable descubrimiento no nos había aportado, a su parecer, mucho a nuestra investigación.

—No es fácil decidirse, Watson —dijo por fin—. Yo preferiría continuar con esta investigación, puesto que ya hemos perdido tanto tiempo que no podemos permitirnos desperdiciar una hora más. Pero, por otra parte, tenemos la obligación de informar a la policía de este hallazgo y de cerciorarnos de que se trate como merece el cuerpo de este pobre hombre.

—Yo podría llevar una nota.

—Pero necesito su compañía y su ayuda. ¡Espere un momento! Allí hay un tipo cortando turba. Tráigalo aquí y que venga él con la policía.

Llevé al campesino hasta allí y Holmes envió al asustado hombre con una nota para el doctor Huxtable.

—Ahora, Watson —dijo—, hemos encontrado dos pistas esta mañana. Una es la bicicleta con el neumático Palmer, y ya vemos adónde nos ha llevado eso. La otra es la bicicleta con el Dunlop que tiene un parche. Antes de que comencemos a investigarla, tratemos de recabar lo que realmente sabemos a efectos de sacar el máximo provecho de ello y de discernir lo esencial de lo accidental.

»Ante todo, deseo subrayar que el chico se fue, sin lugar a dudas, por su propia voluntad. Bajó por su ventana y se marchó, solo o con alguien. Eso seguro».

Asentí.

—Bien, ahora, volvamos a este desdichado profesor de alemán. El chico estaba completamente vestido cuando se fugó. Por lo tanto, sabía por anticipado lo que iba a hacer. Pero el alemán iba sin calcetines. Indiscutiblemente actuó con muy poco tiempo.

—Sin duda.

—¿Por qué se fue? Porque vio, desde la ventana de su dormitorio, la fuga del chico. Porque deseaba alcanzarlo y llevarlo de vuelta. Cogió su bicicleta, persiguió al muchacho, y en la persecución halló la muerte.

—Así parece.

—Llego ahora a la parte crucial de mi razonamiento. La acción lógica de un hombre que persigue a un chico hubiese sido correr tras él. Sería consciente de que podría alcanzarlo. Pero el alemán no lo hace así. Recurre a su bicicleta. Me han dicho que era un ciclista excelente. No lo hubiese hecho si no hubiera visto que el chico tenía algún medio rápido de huida.

—La otra bicicleta.

—Sigamos con nuestra reconstrucción. Halló la muerte a cinco millas del colegio: ahora bien, no por medio de una bala, que incluso un muchacho quizá pudiera disparar, sino por un golpe brutal propinado por un brazo fuerte. El muchacho, entonces, tuvo un compañero en su fuga. Y la fuga fue apresurada, puesto que pasaron cinco millas antes de que un ciclista experto pudiera alcanzarlos. No obstante, inspeccionamos el terreno alrededor de la escena de la tragedia. ¿Qué encontramos? Unas huellas de vaca, nada más. Exploro una zona amplia alrededor de esta y no hay senderos en cincuenta yardas. Es posible que el otro ciclista no tuviera nada que ver con el presente asesinato. Tampoco había ninguna huella humana.

—Holmes —exclamé—, eso es imposible.

—¡Espléndido! —replicó—. Un comentario muy revelador. Es imposible tal y como lo he expuesto, y, por lo tanto, en algún aspecto lo debo haber expuesto de manera errónea. No obstante, puede verlo usted mismo. ¿Se le ocurre dónde puedo haberme equivocado?

—¿No podría haberse fracturado el cráneo en una caída?

—¿En una ciénaga, Watson?

—Más no se me ocurre.

—¡Esta sí que es buena! Hemos resuelto algunos problemas más difíciles. Por lo menos, tenemos suficientes elementos si sabemos utilizarlos. Entonces, prosigamos, y tras haber agotado las Palmer, veamos lo que las Dunlop con parche en la cubierta pueden ofrecernos.

Retomamos la huella y la seguimos durante cierto trecho, pero pronto el páramo subió describiendo una larga curva cubierta de brezo, y dejamos el

cauce del río detrás de nosotros. Más allá no podíamos esperar ayuda alguna de las huellas. En el lugar donde vimos el último neumático Dunlop, este nos podía haber conducido por igual a Holdernesse Hall, cuyas majestuosas torres se erguían a unas millas a nuestra izquierda, o a un pueblo chato y gris que había delante de nosotros y que indicaba la posición de la carretera principal de Chesterfield.

Cuando nos acercábamos a la destartalada y sórdida posada, que tenía el emblema de un gallo de pelea encima de la puerta, Holmes soltó un repentino gemido y se agarró de mi hombro para evitar caerse. Había tenido una de esas violentas torceduras de tobillo que de repente dejan a uno desvalido. Con dificultades, renqueó hasta la puerta, donde un anciano achaparrado y moreno estaba fumándose una pipa negra de barro.

—¿Cómo está usted, señor Reuben Hayes? —dijo Holmes.

—¿Quiénes son y cómo se saben mi nombre tan al dedillo? —respondió el paisano con un destello de sospecha en sus ojos astutos.

—Bueno, está impreso sobre el tablón de encima de su cabeza. Es fácil reconocer al dueño de su casa. ¿Supongo que no tienen nada que se parezca a un carro en su cuadra?

—No, no tengo ningún carro.

—Casi no puedo ni poner el pie en el suelo.

—No lo ponga en el suelo.

—Pero no puedo caminar.

—Bueno, pues, entonces, vaya a la pata coja.

Los modales del señor Reuben Hayes estaban lejos de ser corteses, pero Holmes se lo tomó con admirable buen humor.

—Mire, buen hombre —le dijo—, me encuentro en un aprieto bastante engorroso para mí. No me importa cómo seguir con mi camino.

—Ni a mí tampoco —dijo el hosco posadero.

—El asunto es muy importante. Le ofrecería un soberano por utilizar una bicicleta.

El posadero aguzó los oídos.

—¿Adónde quiere ir?

—A Holdernesse Hall.

—Compadres del duque, ¿a que sí? —dijo el posadero inspeccionando nuestras ropas manchadas de barro con mirada irónica.

Holmes se rió campechanamente.

—Aun así, se alegrará de vernos.

—¿Por qué?

—Porque le llevamos noticias de su hijo desaparecido.

El posadero dio un violento respingo.

—¿Cómo? ¿Van tras su pista?

—Ha sido visto en Liverpool. Esperan encontrarlo en cualquier momento.

Nuevamente se produjo un rápido cambio en la recia cara sin afeitar. De repente, se comportó de manera cordial.

—Tengo menos razones que nadie para desearle bien alguno al duque —dijo—, porque una vez fui su cochero jefe, y muy mal que me trató. Me largó sin una carta de recomendación siquiera por las mentiras de un comerciante de maíz. Pero me alegra oír que el joven lord ha sido visto en Liverpool, y les ayudaré a llevar las noticias a la mansión.

—Gracias —dijo Holmes—. Comeremos algo primero. Luego puede traernos la bicicleta.

—No tengo bicicleta.

Holmes levantó el soberano.

—Le digo, amigo, que no tengo. Les dejaré dos caballos para que puedan llegar hasta la mansión.

—Eso está bien —dijo Holmes—, hablaremos de ello cuando hayamos comido algo.

Cuando nos dejó a solas en la cocina enlosada, fue sorprendente lo rápido que puso bien ese tobillo esguinzado. Estaba ya casi anocheciendo, y no habíamos probado bocado desde la mañana temprano, así que nos tomamos la comida con calma. Holmes estaba absorto en sus pensamientos, y se acercó una o dos veces a la ventana y miró con interés hacia fuera. Daba a un sórdido patio. En una de las esquinas había una forja, donde se encontraba trabajando un muchacho mugriento. Al otro lado estaba la cuadra. Holmes se había sentado de nuevo después de uno de esos paseos,

cuando, súbitamente, se levantó de un salto de su silla con una sonora exclamación.

—Cielo santo, Watson, ¡creo que ya lo tengo! —exclamó—. Sí, sí, tiene que ser así. Watson, ¿se acuerda de que hoy hemos visto algunas huellas de vaca?

—Sí, varias.

—¿Dónde?

—Vaya, pues por todas partes. Había en la ciénaga y también en el sendero, y también cerca de donde el pobre Heidegger halló la muerte.

—Exacto. Bien, ahora dígame, Watson, ¿cuántas vacas ha visto en el páramo?

—No recuerdo haber visto ninguna.

—Qué raro, Watson, que viéramos huellas a lo largo de todo nuestro camino, pero ni una vaca en todo el páramo. Pero que muy raro, ¿no le parece, Watson?

—Sí, es raro.

—Ahora, Watson, haga un esfuerzo, ¡vuelva la vista atrás! ¿Puede ver esas huellas en el sendero?

—Sí, puedo.

—¿Puede recordar que las huellas eran a veces de esta forma, Watson —colocó unas cuantas migas de pan de esta manera ::::— y a veces de esta otra —:.:.:.:.— y, en ocasiones, de esta —.’.’.’.—? ¿Logra acordarse?

—No, no logro acordarme.

—Pero yo sí. Podría jurarlo. No obstante, volveremos con tiempo y lo comprobaremos. ¡He estado más ciego que un topo al no haber sacado ninguna conclusión de ello!

—¿Y cuál es la conclusión?

—Únicamente que es una vaca muy notable aquella que puede ir al paso, al trote y al galope. ¡Por Dios, Watson, que no hay cerebro de posadero de provincias al que se le ocurra una artimaña así! No hay nadie a la vista, excepto el muchacho de la forja. Escabullámonos y veamos qué podemos encontrar.

Había dos caballos de pelo crespo y enmarañado en la cuadra desvencijada. Holmes levantó la pata trasera de uno de ellos y se rió en alto.

—Zapatos viejos, pero calzados de nuevo: herraduras viejas, pero clavos nuevos. Este caso promete ser un clásico. Crucemos el patio hacia la forja.

El muchacho siguió con su trabajo sin prestarnos atención. Vi cómo la mirada de Holmes pasaba rápidamente de izquierda a derecha por el montón de madera y de hierro que estaba tirado por el suelo. De repente, sin embargo, oímos pasos detrás de nosotros. Era el posadero, con sus pobladas cejas fruncidas sobre sus despiadados ojos y sus oscuros rasgos temblando de ira. Llevaba un palo corto con punta de metal en la mano, y se acercaba de una manera tan amenazadora que me alegré al notar mi revólver en el bolsillo.

—¡Espías del demonio! —exclamó el hombre—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Vaya, señor Reuben Hayes —dijo Holmes con frialdad—, alguien podría pensar que tiene miedo de que descubramos algo.

El hombre se dominó con un tremendo esfuerzo, y su adusta boca se relajó con una risa falsa que resultaba más amenazadora que su ceño fruncido.

—Les invito a que descubran lo que quieran en mi forja —dijo—. Pero, señor mío, es que no me hace gracia que la gente hurgue en mi casa sin preguntarme, así que, cuanto antes abonen lo que deben y se vayan, más contento estaré.

—Claro, señor Hayes, no queríamos molestarle —dijo Holmes—. Les hemos estado echando un ojo a sus caballos, pero creo que iré andando después de todo. No está lejos, creo.

—No hay más de dos millas hasta la puerta de la mansión. Por esa carretera de la izquierda.

Nos observó con mirada sombría hasta que abandonamos su establecimiento.

No fuimos muy lejos por esa carretera, porque Holmes se paró en el momento en que la curva impidió que nos viese el posadero.

—Esa posada: caliente, caliente, como dicen los niños —dijo—. Parece que nos enfriamos a cada paso que damos lejos de ella. No, no, no puedo irme.

—Estoy convencido —dije— de que este Reuben Hayes lo sabe todo sobre el asunto. Nunca he visto un maleante más obvio.

—¡Ah! Le ha dado esa sensación, ¿verdad? Están los caballos, está la forja. Sí, es un sitio interesante, este «Gallo de Pelea». Creo que le tendríamos que echar otro vistazo de una manera discreta.

Tras nosotros se extendía una ladera larga y pronunciada, salpicada de piedras de caliza grises. Habíamos abandonado la carretera, y estábamos subiendo la colina, cuando, al mirar en dirección a Holdernesse Hall, vi a un ciclista que venía a toda prisa.

—¡Agáchese, Watson! —exclamó Holmes con una mano pesada sobre mi hombro.

Apenas nos habíamos ocultado cuando un hombre pasó a toda velocidad a nuestro lado. En medio de una revuelta nube de polvo, vislumbré un rostro pálido y alterado: un rostro aterrorizado, con la boca abierta y los ojos mirando espantados al frente. Era como una extraña caricatura del atildado James Wilder, a quien habíamos conocido la noche anterior.

—¡El secretario del duque! —exclamó Holmes—. Vamos, Watson, veamos qué hace.

Corrimos escondiéndonos de roca en roca hasta que, en pocos instantes, llegamos a un punto desde el que podíamos ver la puerta delantera de la posada. La bicicleta de Wilder se encontraba apoyada contra la pared junto a la puerta. No había movimiento en la casa ni pudimos vislumbrar ningún rostro en las ventanas. El crepúsculo fue deslizándose lentamente mientras el sol se hundía tras las altas torres de Holdernesse Hall. Entonces, en la penumbra, vimos cómo se encendían los dos faroles laterales de una calesa en el patio de la cuadra de la posada, y poco después oímos el traqueteo de los cascos, mientras torcía hacia la carretera y se precipitaba a una velocidad frenética en dirección a Chesterfield.

—¿Qué le parece eso, Watson? —susurró Holmes.

—Parece una fuga.

—Un hombre solo en un coche de dos ruedas, hasta donde alcanzo a ver. Bueno, desde luego no es el señor James Wilder, porque aquí lo tenemos, en la puerta.

Un cuadrado rojo de luz aparecía en la oscuridad. En medio de este, se encontraba la negra silueta del secretario, con la cabeza hacia delante, mirando hacia la oscuridad. Resultaba evidente que estaba esperando a alguien. Entonces, por fin, se oyeron pasos en la carretera, por un momento se hizo visible una segunda silueta contra la luz, se cerró la puerta, y todo quedó a oscuras de nuevo. Cinco minutos más tarde se encendía una lámpara en una habitación de la primera planta.

—Parece que en el Gallo de Pelea se da un curioso tipo de clientes —dijo Holmes.

—El bar está al otro lado.

—Así es. Estos son lo que uno podría llamar visitas privadas. Ahora bien, ¿qué demonios estará haciendo el señor James Wilder en ese cubil a estas horas de la noche y quién es el socio que viene a verlo aquí? Venga, Watson, debemos arriesgarnos y tratar de investigar esto desde más cerca.

Bajamos ambos sigilosamente a la carretera y la cruzamos deslizándonos hasta la puerta de la posada. La bicicleta estaba apoyada todavía contra la pared. Holmes encendió una cerilla y la sujetó junto a la rueda trasera, y oí cómo se reía entre dientes cuando la luz incidió sobre un neumático Dunlop con un parche. Sobre nosotros estaba la ventana encendida.

—Tengo que echar un vistazo por esa ventana, Watson. Si dobla la espalda y se apoya contra la pared, creo que puedo arreglármelas.

Un momento después sus pies estaban encima de mis hombros. Pero apenas acababa de subir cuando estaba ya abajo de nuevo.

—Venga, amigo mío —dijo—, nuestro día de trabajo ha sido ya lo bastante largo. Creo que hemos obtenido todo lo que podíamos conseguir. Hay un buen paseo hasta el colegio y, cuanto antes nos pongamos a ello, mejor.

Apenas despegó los labios durante esa caminata agotadora por el páramo, pero tampoco entraría en el colegio cuando llegó, sino que se fue a la estación de Mackleton, desde donde podría enviar algunos telegramas. Avanzada la noche, oí cómo consolaba al doctor Huxtable, que estaba abatido por la muerte de su profesor, y más tarde aún entró en mi habitación tan despierto y enérgico como lo había estado al empezar la jornada.

—Todo marcha bien, amigo mío —dijo—. Le prometo que antes de mañana por la noche habremos solucionado el misterio.

A las once de la mañana del día siguiente, mi amigo y yo subíamos caminando por la célebre avenida de tejos de Holdernesse Hall. Nos invitaron a pasar por la impresionante entrada isabelina hacia el despacho de Su Excelencia. Allí nos encontramos con el señor James Wilder, comedido y cortés, pero con una sombra de ese pánico incontrolable de la noche anterior todavía acechante en su mirada furtiva y en sus facciones crispadas.

—¿Han venido a ver a Su Excelencia? Lo lamento, pero resulta que el duque no se encuentra muy bien. Le han afectado mucho las trágicas noticias. Ayer por la tarde recibimos un telegrama del doctor Huxtable que nos hablaba de su descubrimiento.

—Tengo que ver al duque, señor Wilder.

—Pero se encuentra en su dormitorio.

—Entonces, tendré que ir a su dormitorio.

—Creo que está en su cama.

—Iré a verlo allí.

La conducta fría e inflexible de Holmes le hizo ver al secretario que era inútil discutir con él.

—Muy bien, señor Holmes, le diré que está usted aquí.

Después de media hora de espera, apareció el prócer. Tenía el rostro más cadavérico que nunca, los hombros caídos, y me pareció que se había avejentado mucho con respecto a la mañana anterior. Nos saludó con imponente cortesía y se sentó tras su escritorio, con la barba roja cayendo en cascada sobre la mesa.

—¿Y bien, señor Holmes? —dijo.

Pero la mirada de mi amigo se mantenía fija en el secretario, que estaba de pie junto a la silla de su amo.

—Creo, Excelencia, que podría hablar con mayor libertad en ausencia del señor Wilder.

La tez del hombre se puso más pálida todavía y le lanzó a Holmes una mirada malintencionada.

—Como desee Su Excelencia…

—Sí, sí, será mejor que se vaya. Ahora, señor Holmes, ¿qué tiene que decirme?

Mi amigo esperó a que la puerta se hubiese cerrado tras el secretario en retirada.

—El caso es, Excelencia —dijo—, que, a mi colega, el doctor Watson, y a mí, el doctor Huxtable nos había asegurado que se había ofrecido una recompensa. Y me gustaría que me lo confirmara usted mismo.

—Por supuesto, señor Holmes.

—¿Se trataba, si se me informó correctamente, de una suma de cinco mil libras para cualquiera que le diera el paradero de su hijo?

—Exactamente.

—¿Y otras mil para el hombre que le diera el nombre de la persona o personas que lo mantienen secuestrado?

—Exactamente.

—¿En este último apartado se incluyen, sin duda, no solo aquellos que quizá lo raptaran, sino también aquellos que conspiran para mantenerlo de esta manera?

—Sí, sí —exclamó el duque con impaciencia—. Si hace bien su trabajo, señor Sherlock Holmes, no tendrá razones para quejarse por haber sido tratado con tacañería.

Mi amigo se frotó sus delgadas manos una contra la otra con un gesto de avaricia que fue una sorpresa para mí, que conocía sus gustos frugales.

—Creo ver el talonario de Su Excelencia encima de la mesa —dijo—. Le agradecería que me extendiera un cheque por seis mil libras. No estaría mal tampoco, quizá, que lo cruzara. Mi banco es el Capital & Counties, sucursal de Oxford Street.

Su Excelencia se enderezó muy severo en su silla, y miró impasible a mi amigo.

—¿Es un chiste, señor Holmes? No creo que sea cosa de broma.

—En absoluto, Su Excelencia. Nunca en mi vida he hablado más en serio.

—Entonces, ¿qué quiere decir?

—Quiero decir que me he ganado la recompensa. Sé dónde está su hijo, y algo, por lo menos, sé de aquellos que lo tienen retenido.

La barba del duque se había vuelto de un rojo más violento que nunca en comparación con su rostro, espantosamente blanco.

—¿Dónde está? —dijo entrecortadamente.

—Está, o estaba la pasada noche, en la posada del Gallo de Pelea, aproximadamente a dos millas de la puerta de sus jardines.

El duque se hundió en su silla.

—¿Y a quién acusa?

La respuesta de Sherlock Holmes fue sorprendente. Dio rápidamente un paso al frente y tocó al duque en el hombro.

—Le acuso a usted —dijo—. Y ahora, Excelencia, voy a incordiarle con ese cheque.

Nunca olvidaré el aspecto del duque cuando se puso en pie de un salto y manoteó al aire como quien cae en un abismo. Entonces, con un extraordinario esfuerzo de aristocrático autodominio, se sentó y hundió su rostro entre sus manos. Pasaron unos minutos antes de que hablara.

—¿Cuánto sabe? —preguntó por fin, sin levantar la cabeza.

—Los vi juntos ayer noche.

—¿Lo sabe alguien además de su amigo?

—No he hablado con nadie.

El duque cogió una pluma entre sus temblorosos dedos y abrió su talonario.

—Me atendré a la palabra dada, señor Holmes. Estoy a punto de rellenar su cheque, por poco grata que sea para mí la información que ha obtenido. Cuando se hizo esa oferta por primera vez, no tenía ni idea del giro que tomarían los acontecimientos. Pero usted y su amigo son hombres discretos, ¿verdad, señor Holmes?

—Me cuesta entender a Su Excelencia.

—Se lo diré sin rodeos, señor Holmes. Si únicamente ustedes dos están al tanto de este incidente, no hay motivo por el que deba salir de aquí. Creo que le debo un total de doce mil libras, ¿no es así?

Pero Holmes sonrió y negó con la cabeza.

—Me temo, Excelencia, que difícilmente se pueden arreglar las cosas de manera tan fácil. Hay que tener en cuenta la muerte del profesor del colegio.

—Pero James no sabe nada de ese asunto. No pueden hacerle responsable de ello. Fue obra de ese matón salvaje de quien tuvo la mala suerte de servirse.

—Debo adoptar, Excelencia, el punto de vista de que, cuando un hombre se embarca en un crimen, es moralmente culpable de cualquier otro crimen que se pueda derivar de él.

—Moralmente, señor Holmes, sin duda tiene usted razón. Pero desde luego no a ojos de la ley. Un hombre no puede ser condenado por un asesinato en el que no se halla presente, y que considera tan abominable y odioso como puede hacerlo usted. En el mismo momento en que se enteró, me hizo una confesión completa, tan lleno de horror y remordimiento estaba. No tardó ni una hora en romper por completo con el asesino. Oh, señor Holmes, debe salvarle: ¡debe salvarle! ¡Le digo que debe salvarle!

El duque había renunciado por completo a dominarse y andaba de un lado a otro de la habitación con el rostro convulso y los puños apretados agitándolos en el aire. Por fin, se controló y se sentó de nuevo tras su escritorio.

—Aprecio el que haya venido aquí antes de hablar con nadie —dijo—. Por lo menos, podemos consultarle hasta dónde podemos minimizar este espantoso escándalo.

—Exactamente —dijo Holmes—. Creo, Excelencia, que esto solo podrá ser si hay una absoluta franqueza entre nosotros. Estoy dispuesto a ayudar a Su Excelencia hasta donde yo alcance, pero con el fin de poder hacerlo debo comprender hasta el último detalle de este asunto. Deduzco por sus palabras que se refiere al señor James Wilder, y que él no es el asesino.

—No, el asesino ha huido.

Sherlock Holmes sonrió tímidamente.

—Su Excelencia difícilmente está al tanto de mi humilde reputación, o no se le pasaría por la cabeza que es tan fácil huir de mí. Se arrestó al señor Reuben Hayes en Chesterfield ayer a las once de la noche, después de que yo informara a las autoridades competentes. He recibido un telegrama antes de marcharme del colegio del jefe de la policía local.

El duque se recostó en su silla y se quedó mirando asombrado a mi amigo.

—Parece tener aptitudes que son casi inhumanas —dijo—. ¿Así que han atrapado a Reuben Hayes? Me alegra mucho oír eso si no repercute en el destino de James.

—¿Su secretario?

—No, señor, mi hijo.

Era el turno de que Holmes se quedara perplejo.

—Le confieso que es la primera noticia que tengo, Excelencia. He de rogarle que sea más explícito.

—No voy a ocultarle nada. Estamos de acuerdo en que una absoluta franqueza, por más dolorosa que pueda resultarme, es la mejor política en esta situación desesperada a la que la insensatez y envidia de James nos han sujeto. Cuando era muy joven, señor Holmes, amaba con ese amor que sucede solo una vez en la vida. Le propuse a la dama que nos casáramos, pero lo rechazó porque tal matrimonio hubiese podido echar a perder mi carrera. Si la dama hubiese vivido, seguramente no me hubiera casado con ninguna otra. Murió y dejó a este único hijo, a quien, por el amor que le tenía, he querido y cuidado. No podía reconocer la paternidad públicamente, pero le di la mejor educación posible, y, en cuanto llegó a la mayoría de edad, lo tuve siempre a mi lado. Se enteró de mi secreto, y ha abusado desde entonces del poder que tenía sobre mí y de su poder para provocar un escándalo, que me hubiese resultado abominable. Su presencia tuvo algo que ver con el infeliz desenlace de mi matrimonio. Sobre todo, desde el primer día odió a mi joven y legítimo heredero de un modo constante. Bien puede preguntarme por qué, en tales circunstancias, mantuve aun así a James bajo mi techo. Mi respuesta es que podía ver el rostro de su madre en él, y que por amor a ella no puse fin a mi largo sufrimiento. Y por todos sus graciosos gestos: no había ninguno que no lograra evocármela y traérmela a la memoria. No podía echarlo. Pero tenía tanto miedo de que le causara a Arthur —es decir, a lord Saltire— algún daño que lo envié por su seguridad al colegio del doctor Huxtable.

»James entró en contacto con ese tipo, Hayes, porque era arrendatario mío, y James actuaba en mi nombre. El tipo resultó ser un granuja desde el primer momento, pero por alguna extraña razón James se hizo íntimo amigo suyo. Siempre ha tenido inclinación por las malas compañías. Cuando

James decidió secuestrar a lord Saltire, se valió de los servicios de este hombre. Recuerda que escribí a Arthur ese último día. Pues bien, James abrió la carta y metió una nota en la que le pedía a Arthur que se reuniese con él en un bosque pequeño llamado Ragged Shaw que está cerca del colegio. Lo hizo en nombre de la duquesa y de esa manera consiguió que fuera el chico. Aquella noche James fue allí en bicicleta —le cuento lo que él mismo me confesó— y le dijo a Arthur, con quien se reunió en el bosque, que su madre deseaba verlo, que estaba esperándolo en el páramo, y que, si volvía al bosque a medianoche, se encontraría con un hombre a caballo que lo llevaría con ella. El pobre Arthur cayó en la trampa. Llegó a la cita y se encontró con el tal Hayes, que tenía un poni para él. Montó Arthur y se pusieron juntos en camino. Parece ser —aunque de esto no se enteró James hasta ayer— que fueron perseguidos, que Hayes golpeó al perseguidor con su palo, y que el hombre murió a causa de las heridas. Hayes llevó a Arthur a su mesón, el Gallo de Pelea, donde lo recluyó en la habitación de arriba, al cuidado de la señora Hayes, que es una mujer amable, pero totalmente bajo el control del bruto de su marido.

»Pues bien, señor Holmes, ese era el estado de la cuestión cuando le vi a usted hace dos días. No tenía más idea de lo sucedido que usted. Me preguntará cuál fue el motivo de que James cometiera un acto semejante. Mi respuesta es que el odio que le profesaba a mi heredero tenía mucho de irracional y fanático. Desde su punto de vista, debería haber sido él el heredero de todos mis bienes y estaba gravemente resentido con esas leyes de la sociedad que lo hacían imposible. Al mismo tiempo, había también un motivo concreto. Deseaba que rompiera el vínculo hereditario, y era de la opinión de que estaba en mis manos el hacerlo. Trataba de hacer un trato conmigo: devolverme a Arthur si rompía ese vínculo, y así hacer posible que le dejara mis bienes en mi testamento. Sabía perfectamente que nunca le pediría, por propia voluntad, ayuda a la policía contra él. Digo que me hubiese propuesto un trato así, pero, en realidad, no lo hizo, porque los acontecimientos se precipitaron de tal forma que no tuvo tiempo de poner en práctica sus planes.

»Lo que hizo fracasar su retorcida trama fue que descubriera usted el cadáver de ese hombre, Heidegger. El horror se apoderó de James al

conocer la noticia. Nos llegó ayer estando sentados ambos en este despacho. El doctor Huxtable había enviado un telegrama. James se sentía tan abrumadoramente apenado e inquieto que mis sospechas, que nunca había carecido de ellas del todo, se volvieran certezas, y lo acusé del delito. Lo confesó voluntariamente todo. Entonces, me suplicó que le guardara el secreto tres días más, con el fin de darle a su maldito cómplice una oportunidad de salvar su culpable vida. Cedí —como siempre he cedido— a sus ruegos, y James salió corriendo al instante hacia el Gallo de Pelea para advertir a Hayes y proporcionarle medios para huir. Yo no podía ir allí a plena luz del día sin dar lugar a comentarios, pero tan pronto como se hizo de noche, salí corriendo para ver a mi querido Arthur. Lo encontré a salvo y en buen estado, pero indeciblemente aterrorizado por el terrible crimen del que había sido testigo. En consideración a mi promesa, y muy en contra de mi voluntad, accedí a dejarlo allí tres días más a cargo de la señora Hayes, puesto que era evidente que era imposible informar a la policía de dónde estaba sin contarles también quién era el asesino, y no podía ver a ese asesino castigado sin llevar a la ruina a mi desdichado James. Me pidió franqueza, señor Holmes, y le he tomado la palabra, porque le he contado todo sin andarme con circunloquios y reservas. Ahora le toca a usted ser franco conmigo».

—Lo seré —dijo Holmes—. En primer lugar, Excelencia, me veo obligado a decirle que se encuentra en una situación muy grave a los ojos de la ley. Ha tolerado un crimen y ha ayudado en su huida a un asesino, porque no me cabe duda de que el dinero que cogió James Wilder para ayudar a su cómplice a fugarse procedía del bolsillo de Su Excelencia.

El duque asintió con la cabeza.

—De hecho, es un asunto muy serio. Pero todavía más condenable, a mi entender, Excelencia, es su actitud hacia su hijo menor. No se le ocurre otra cosa que dejarlo en ese cubil durante tres días más.

—Con la solemne promesa…

—¿Qué son las promesas para la gente así? No tiene ninguna garantía de que no lo rapten de nuevo. Para complacer a su hijo mayor, culpable, ha expuesto a su hijo menor, inocente, a un peligro inminente e innecesario. Fue una acción sin justificación alguna.

El orgulloso lord de Holdernesse no estaba acostumbrado a ser reprendido de esa manera en su propia mansión ducal. La sangre se le subió a la despejada frente, pero su conciencia lo hizo callar.

—Le ayudaré, pero solo con una condición. Y es que llame a un criado y me deje darle las órdenes que quiera.

Sin decir palabra, el duque apretó el timbre eléctrico. Entró un sirviente.

—Le alegrará oír —dijo Holmes— que han encontrado a su joven señor. El duque desea que el carruaje vaya enseguida a la posada del Gallo de Pelea para traer a lord Saltire a casa.

—Ahora —dijo Holmes cuando había desaparecido el exultante lacayo —, tras habernos asegurado el futuro, podemos permitirnos ser más indulgentes con el pasado. No tengo ningún cargo oficial, y no hay razón, siempre que se cumpla con los fines de la justicia, por la cual divulgue todo lo que sé. Respecto a Hayes, no digo nada. Le espera la horca y no haría nada para librarlo de ella. Lo que revele no puedo decirlo, pero no dudo de que Su Excelencia podría hacerle entender que le interesa callar. Desde el punto de vista de la policía, habrá secuestrado al chico para pedir un rescate. Si no lo descubren por sí mismos, no veo por qué razón debiera incitarlos a adoptar un punto de vista más amplio. No obstante, le advertiría a Su Excelencia que la incesante presencia del señor James Wilder en su hogar solo puede traerle desgracias.

—Lo comprendo, señor Holmes, y ya está decidido que se marchará de mi lado para siempre y se irá a buscar fortuna a Australia.

—En ese caso, Excelencia, dado que usted mismo ha afirmado que su presencia causaba en cierta medida la infelicidad de su vida matrimonial, le sugeriría que compensara como pudiera a la duquesa y que tratara de reanudar esas relaciones que quedaron interrumpidas de forma tan desdichada.

—Eso también lo he arreglado, señor Holmes. He escrito a la duquesa esta mañana.

—En ese caso —dijo Holmes mientras se ponía en pie—, creo que mi amigo y yo podemos felicitarnos por los diversos y felices resultados de nuestra breve visita al norte. Hay otro pequeño aspecto sobre el que deseo alguna aclaración. Este tal Hayes había herrado a sus caballos con

herraduras que imitaban las huellas de vaca. ¿Aprendió del señor Wilder una argucia tan extraordinaria?

El duque se quedó pensando un momento con una mirada de intensa sorpresa en la cara. Después, abrió una puerta y nos condujo a una vasta habitación acondicionada como museo. Nos acompañó a una vitrina en una esquina y señaló la inscripción.

> Estas herraduras —decía esta— fueron desenterradas en el foso de Holdernesse Hall. Se destinaban a los caballos, pero por debajo tenían forma de pezuña hendida de hierro con el fin de despistar a los perseguidores. Se cree que pertenecieron a alguno de los barones de Holdernesse que se dedicaba al saqueo en la Edad Media.

Holmes abrió la vitrina, y, tras humedecerse el dedo, lo pasó por la herradura. Esta dejó en su piel una fina película de lodo reciente.

—Gracias —dijo mientras cerraba de nuevo el cristal—. Este es el segundo objeto más interesante que he visto en el norte.

—¿Y el primero?

Holmes dobló su cheque y lo metió cuidadosamente en su libreta.

—Soy un hombre pobre —dijo mientras le daba afectuosas palmaditas a la libreta y la introducía en las profundidades de su bolsillo interior.

LA AVENTURA DE PETER EL NEGRO

Nunca he visto a mi amigo en mejor forma, ni mental ni físicamente, como en 1895. Su fama creciente había traído consigo una inmensa clientela, e incurriría en una indiscreción solo con insinuar la identidad de algunos de los ilustres clientes que cruzaban nuestro modesto umbral de Baker Street. Holmes, sin embargo, como todos los grandes artistas, vivía para su arte, y, excepto en el caso del duque de Holdernesse, raras veces lo he visto pedir una gran recompensa por sus inestimables servicios. Tan poco materialista era —o tan voluble— que con frecuencia les negaba su ayuda a los poderosos y adinerados cuando el problema no despertaba su simpatía, mientras le consagraba semanas de la más intensa atención a los asuntos de algún cliente modesto cuyo caso presentase esas extrañas y dramáticas cualidades que atraían su imaginación y desafiaban su ingenio.

En ese memorable año de 1895, había captado su atención una peculiar y anómala serie de casos que iban desde su célebre investigación de la repentina muerte del cardenal Tosca —cuyas pesquisas había llevado a cabo por expreso deseo de Su Santidad el Papa— hasta el arresto de Wilson, el infame amaestrador de canarios, que acabó con una plaga de estos en el East End de Londres. Justo después de estos dos célebres casos llegó la tragedia de Woodman’s Lee, y las oscuras circunstancias que rodearon la muerte del capitán Peter Carey. Ningún registro de los hechos del señor Sherlock Holmes quedaría completo si no incluyese algún informe de este asunto tan fuera de lo normal.

Durante la primera semana de julio, mi amigo se había ausentado tan a menudo y durante tanto tiempo de nuestro alojamiento que estuve seguro de que tenía algo entre manos. El hecho de que varios hombres de mala catadura vinieran allí por esa época y preguntaran por el capitán Basil me hizo comprender que Holmes estaba trabajando en algún lugar bajo uno de

los numerosos disfraces y nombres con que ocultaba su extraordinaria identidad. Tenía por lo menos cinco refugios en diferentes partes de Londres, donde podía cambiar de personalidad. No me contaba nada de sus gestiones y yo no tengo costumbre de obligar a nadie a contarme sus confidencias. El primer auténtico indicio que me dio de la dirección que estaban tomando sus investigaciones fue insólito. Había salido antes del desayuno y yo me había sentado a tomar el mío, cuando entró dando zancadas, con el sombrero en la cabeza y una gigantesca lanza de punta serrada bajo el brazo como si fuera un paraguas.

—¡Santo cielo, Holmes! —exclamé—. ¿No me irá a decir que se ha estado paseando por Londres con eso?

—He ido en coche al carnicero y he vuelto.

—¿El carnicero?

—Y vuelvo con un excelente apetito. Es indiscutible, mi querido Watson, el valor del ejercicio antes del desayuno. Pero apostaría algo a que no adivina la forma en la que me he estado ejercitando.

—No voy ni a intentarlo.

Se rió entre dientes mientras se servía el café.

—Si hubiese mirado en el almacén de Allardyce, hubiese visto un cerdo muerto colgando de un gancho del techo, y a un caballero en mangas de camisa apuñalándolo frenéticamente con esta arma. Yo era el caballero enérgico, y me he convencido a mí mismo de que por mucho que me esfuerce no puedo traspasar al cerdo de un único golpe. ¿A lo mejor quiere intentarlo usted?

—Por nada del mundo. Pero ¿por qué ha estado haciendo tal cosa?

—Porque me parece que tiene una relación indirecta con el misterio de Woodman’s Lee. Ah, Hopkins, tengo su telegrama de ayer noche, lo he estado esperando. Pase y únase a nosotros.

Nuestro visitante era un hombre sumamente despierto, de treinta años de edad, vestido con un discreto traje de tweed, pero mantenía el porte erguido de alguien acostumbrado a un uniforme oficial. Lo identifiqué enseguida como Stanley Hopkins, un joven inspector de policía en cuyo porvenir Holmes tenía grandes esperanzas, mientras que aquel a su vez le profesaba la admiración y el respeto de un discípulo por los métodos

científicos del célebre aficionado. Hopkins tenía una expresión sombría en el rostro y se sentó con aire de hondo abatimiento.

—No, señor, gracias. He desayunado antes de venir. He pasado la noche en la ciudad porque ayer debía presentar un informe.

—¿Y de qué tenía que informar?

—De un fracaso, señor, de un absoluto fracaso.

—¿No ha avanzado nada?

—Nada.

—¡Vaya! Tendré que echarle un vistazo al tema.

—Rezo porque lo haga, señor Holmes. Es mi primera gran oportunidad y ya no se me ocurre nada. Por Dios, ocúpese de ello usted mismo y écheme una mano.

—Vaya, vaya, pues da la casualidad de que ya he leído todas las pruebas disponibles, incluido el informe de la investigación, con cierta atención. Por cierto, ¿qué piensa de esa petaca de tabaco encontrada en la escena del crimen? ¿No tiene ahí una prueba?

Hopkins pareció sorprendido.

—Era la petaca de la víctima, señor. Tenía sus iniciales dentro. Y era de piel de foca…, y él un antiguo cazador de focas.

—Pero no tenía pipa.

—No, señor, no pudimos encontrar pipa alguna; de hecho, fumaba muy poco. Sin embargo, puede que llevara tabaco para sus amigos.

—Sin duda. Solo se lo menciono porque, si me hubiese encargado del caso, me hubiese inclinado por comenzar por ahí mi investigación. No obstante, mi amigo el doctor Watson no sabe nada del asunto y no me vendría mal tampoco escuchar el relato de los hechos una vez más. Denos solo unas cuantas pinceladas de los puntos esenciales.

Stanley Hopkins sacó un papel del bolsillo.

—Tengo unas pocas fechas que les darán una idea de la carrera del fallecido, el capitán Peter Carey. Nació en el cuarenta y cinco, tenía cincuenta años de edad. Era un ballenero y cazador de focas muy intrépido y exitoso. En 1883 capitaneaba el vapor *Sea Unicorn*, de Dundee. Hizo entonces varios viajes seguidos y, al año siguiente, 1884, se jubiló. Después estuvo viajando unos años, y por último compró un pequeña propiedad

llamada Woodman’s Lee, cerca de Forest Row, en Sussex. Allí vivió durante seis años, y allí murió hace hoy justo una semana.

»La vida de este hombre presenta algunos detalles muy singulares. En su día a día era un puritano riguroso…, un tipo triste y callado. Vivían en su casa su mujer, su hija, de veinte años, y dos sirvientas. Estas últimas cambiaban continuamente porque nunca había un ambiente muy acogedor, y algunas veces llegaba a sobrepasar todo lo soportable. El tipo se emborrachaba intermitentemente y, cuando le daba por ahí, era un auténtico desalmado. Era conocido por sacar de casa a su mujer y a su hija en mitad de la noche, y azotarlas en el jardín hasta que despertaban a todo el pueblo con sus gritos.

»Fue llamado a declarar una vez por una agresión salvaje al párroco, un anciano que lo había ido a visitar para reprenderlo por su conducta. En resumen, señor Holmes, tendría que buscar mucho antes de encontrar a un hombre más peligroso que Peter Carey, y he oído que tenía el mismo carácter cuando capitaneaba su barco. En el negocio era conocido como Peter el Negro, y se le dio ese nombre no solo por su rostro atezado y el color de su enorme barba, sino por su carácter tormentoso, que era el terror de todos los que lo frecuentaban. No necesito decir que era detestado y evitado por todos sus vecinos y que no he oído ni una sola palabra de pesar por su horrible final.

»Debe haber leído, señor Holmes, en el resumen de la investigación algo acerca del camarote de este hombre, pero tal vez su amigo no haya oído nada de ello. Se había construido él solo una caseta de madera —siempre la llamaba “el camarote”—, a unos cientos de yardas de su casa, y allí era donde dormía cada noche. Era una cabaña pequeña de una sola habitación, de dieciséis pies por diez. Llevaba siempre la llave en el bolsillo, se hacía la cama él mismo, la limpiaba, y no permitía que nadie pusiera un pie más allá del umbral. Hay unas ventanas pequeñas a cada lado, con unas cortinas echadas que nunca descorría. Una de esas ventanas daba hacia la carretera principal, y, cuando había luz en ella por la noche, los del pueblo solían señalársela unos a otros y preguntarse qué estaría haciendo Peter el Negro en ella. Esa es la ventana, señor Holmes, que nos

da uno de los pocos testimonios convincentes que aparecen en la investigación.

»Recordará que un albañil, Slater de nombre, que estaba caminando de vuelta de Foster Row alrededor de la una de la madrugada, dos días antes del asesinato, se paró cuando pasaba por sus tierras y miró el cuadrado de luz que todavía brillaba entre los árboles. Jura que era claramente visible la silueta de la cabeza de un hombre en la cortina, y que esa silueta sin duda alguna no era la de Peter Carey, a quien conoce bien. Era de un hombre con barba, pero la barba era corta y encrespada hacia delante con una forma muy diferente a la del capitán. Eso dice, pero había estado dos horas en el bar, y hay cierta distancia desde la carretera hasta la ventana. Además, esto se refiere al lunes y el crimen se cometió el miércoles.

»El martes, Peter Carey estaba de un humor de mil diablos, enajenado por la bebida y tan violento como una peligrosa bestia salvaje. Vagaba por la casa, y las mujeres corrían al otro extremo cuando oían que llegaba. Avanzada la tarde, se fue a su cabaña. Alrededor de las dos de la madrugada, su hija, que dormía con la ventana abierta, oyó un alarido espantoso procedente de allí, pero como no era algo fuera de lo común que chillara y gritara cuando estaba bebido, no hizo caso. Al levantarse a las siete, una de las doncellas se percató de que la puerta de la cabaña estaba abierta, pero le tenían tanto miedo a ese hombre que hasta el mediodía nadie se aventuró a bajar para ver lo que había sido de él. Mirando por la rendija de la puerta abierta, vieron algo que las hizo correr con el rostro lívido al pueblo. Una hora después, estaba yo en el lugar y me quedaba al cargo del caso.

»Bueno, como sabe, señor Holmes, soy de nervios bastante templados, pero le doy mi palabra de que me eché a temblar cuando metí la cabeza en esa caseta. Zumbaba como un armonio con las moscas y moscardones, y el suelo y las paredes eran como las de un matadero. La había llamado camarote, y desde luego que era un camarote, porque hubiese creído que estaba en un barco. Había una litera en una punta, un cofre de marinero, mapas y cartas de navegación, una imagen del *Sea Unicorn*, una hilera de cuadernos de bitácora en un estante, todo exactamente como se imagina uno que se encontraría en la habitación de un capitán. Y allí, en medio, estaba él

mismo, con el rostro retorcido como un alma condenada al tormento, y su gran barba encrespada hacia arriba con gesto agónico. Atravesando su ancho pecho, tenía clavado un arpón de acero, y estaba profundamente hundido en la madera de detrás. Lo habían pinchado como a un escarabajo en un corcho. Por supuesto, estaba completamente muerto, y llevaba así desde el momento en que dio el último alarido de agonía.

»Conozco sus métodos, señor, y los estuve aplicando. Antes de permitir que movieran nada, examiné lo más cuidadosamente posible la tierra del exterior, y también el suelo de la habitación. No había huellas».

—¿Quiere decir que no vio ninguna?

—Le aseguro, señor, que no había ninguna.

—Mi buen Hopkins, he investigado muchos crímenes, pero todavía no he visto ninguno que haya sido cometido por una criatura voladora. Siempre y cuando el criminal use dos piernas, siempre habrá alguna muesca, alguna abrasión, algo desplazado de forma insignificante que pueda ser detectado por el investigador científico. No resulta creíble que esa habitación salpicada de sangre no contuviera un rastro que hubiese podido ayudarnos. Sin embargo, según los informes de la investigación, ¿no es cierto que había algunos objetos que no dejó pasar por alto?

El joven inspector se sobresaltó al oír los comentarios irónicos de mi compañero.

—Fui un tonto al no recurrir a usted en el momento, señor Holmes. Sin embargo, ya no se puede remediar. Sí, había varios objetos en la habitación que requerían una especial atención. Uno era el arpón con el que se perpetraron los hechos. Lo habían arrancado de un armero de la pared. Otros dos permanecían allí, y había un hueco para el tercero. En el mango estaba grabado: «*S. S. Sea Unicorn*, Dundee». Eso parecía demostrar que el crimen había sido cometido en un momento de ira, y que el asesino había cogido la primera arma con la que se había topado. El que el crimen se hubiera perpetrado a las dos de la madrugada, y, sin embargo, Peter Carey estuviera completamente vestido, sugería que tenía una cita con el asesino, lo que queda confirmado por el hecho de que hubiese una botella de ron y dos vasos manchados sobre la mesa.

—Sí —dijo Holmes—, creo que ambas inferencias son admisibles. ¿Había otra bebida en la habitación aparte del ron?

—Sí, había un botellero que contenía coñac y whisky encima del cofre de marinero. No obstante, no tiene importancia para nosotros, puesto que las licoreras estaban llenas, y, por lo tanto, no se habían utilizado.

—A pesar de todo, su presencia tiene cierta importancia —dijo Holmes —. Sin embargo, oigamos algo más sobre los objetos que, según usted, parecen relevantes para el caso.

—Estaba esa petaca de tabaco encima de la mesa.

—¿En qué parte de la mesa?

—Estaba en el centro. Era de piel de foca sin curtir: la piel de pelo liso con una correa para atarla. Dentro se lee «P. C.» en la solapa. Había media onza de un potente tabaco de marinero en ella.

—¡Excelente! ¿Qué más?

Stanley Hopkins sacó de su bolsillo un cuaderno de tapas grisáceas. Por fuera estaba rugoso y desgastado; las hojas, por dentro, desvaídas. En la primera página tenía escritas las iniciales «J. H. N.» y la fecha «1883». Holmes lo puso encima de la mesa y lo examinó a su concienzuda manera, mientras Hopkins y yo mirábamos por encima de un hombro cada uno. En la segunda página habían escrito con letra de imprenta «C. P. R.», y luego venían varias hojas más con números. Otros encabezamientos son Argentina, Costa Rica, São Paulo, cada uno seguido por páginas de símbolos y cifras.

—¿Qué idea tiene acerca de esto? —preguntó Holmes.

—Parecen listas de valores bursátiles. Creo que «J. H. N.» son las iniciales de un corredor y es posible que «C. P. R.» fuera su cliente.

—Pruebe con Canadian Pacific Railway —dijo Holmes.

Stanley Hopkins soltó una palabrota entre dientes y se dio un golpe en el muslo con el puño.

—¡Pero qué tonto he sido! —exclamó—. Es lo que usted dice. Entonces, «J. H. N.» son las únicas iniciales que tenemos que resolver. Ya he examinado las listas antiguas de la Bolsa de Valores, y no he logrado encontrar a nadie en 1883, ni entre sus miembros ni entre los corredores externos, cuyas iniciales se correspondan. A pesar de todo, me da la

sensación de que es la pista más importante que tengo. Me reconocerá, señor Holmes, que hay una posibilidad de que esas iniciales sean las de la segunda persona que estuvo presente…, en otras palabras, del asesino. Defendería también que la introducción en el caso de un documento vinculado con numerosos títulos de gran valor nos proporciona, por primera vez, un indicio del motivo del crimen.

En la cara de Sherlock Holmes se podía ver que lo habían cogido completamente desprevenido con ese nuevo giro de los acontecimientos.

—Tengo que admitir ambos puntos —dijo—. Le confieso que este cuaderno, que no aparecía en el informe de investigación, modifica algunas opiniones que es posible que me hubiese formado. Había llegado a una teoría del crimen en la que no había lugar para esto. ¿Ha tratado de seguir el rastro de alguno de los valores mencionados aquí?

—Ahora mismo se están llevando a cabo pesquisas sobre ellos en las oficinas, pero me temo que el registro completo de los accionistas de estos negocios sudamericanos se encuentra en Sudamérica, y que transcurrirán algunas semanas antes de que podamos seguirle el rastro a las acciones.

Holmes había estado examinando la cubierta del cuaderno con su lupa.

—Creo que hay una mancha aquí, ¿no es así? —dijo.

—Sí, señor, es una mancha de sangre. Ya le he dicho que había recogido el cuaderno del suelo.

—¿La mancha de sangre se encontraba por arriba o por abajo?

—Por el lado de las tablas.

—Lo que prueba, por supuesto, que el libro se cayó después de que se hubiese cometido el crimen.

—Exactamente, señor Holmes. Valoré esa posibilidad, y deduje que el libro se le había caído al asesino con las prisas de la huida. Se encontraba cerca de la puerta.

—Supongo que no se ha encontrado ninguno de esos valores entre las propiedades del difunto.

—No, señor.

—¿Tiene alguna razón para sospechar que se tratara de un robo?

—No, señor. No parecía que hubiesen tocado nada.

—Vaya, desde luego es un caso muy interesante. Entonces, había un cuchillo, ¿no es así?

—Un cuchillo todavía en su funda. Se hallaba a los pies del fallecido. La señora Carey lo ha identificado como perteneciente a su marido.

Holmes se quedó ensimismado durante un rato.

—Bueno —dijo por fin—, supongo que tendré que ir y echar una ojeada.

Stanley Hopkins dio un grito de alegría.

—Gracias, señor. Me va a quitar un auténtico peso de encima.

Holmes negó con el dedo al inspector.

—Hubiese sido una tarea más fácil hace una semana —dijo—. Pero es posible que incluso ahora mi visita no sea completamente infructuosa. Watson, si dispone de tiempo, me alegraría mucho que me acompañara. Si puede ir llamando a un coche, Hopkins, estaremos listos para salir para Forest Row en un cuarto de hora.

Tras bajarnos en el pequeño apeadero de la estación, fuimos en coche unas millas a través de lo que quedaba de los extensos bosques que fueron una vez parte de esa gran arboleda que, durante tanto tiempo, mantuvo a raya a los invasores sajones: la impenetrable Weald, durante sesenta años, baluarte de Gran Bretaña. Habían sido despejados vastos parajes de aquella, porque es la sede de las primeras siderurgias de la región, y habían talado los árboles para fundir el mineral. Ahora los yacimientos más ricos del norte se habían llevado el negocio, y nada, salvo esos bosquecillos devastados y las enormes cicatrices en la tierra atestiguaban el trabajo pretérito. Aquí, en un claro sobre la verde ladera de una colina, había una casa de piedra baja y alargada, a la que se llegaba por un camino curvo que cruzaba el campo. Más cerca de la carretera y rodeada de arbustos por tres de sus lados, estaba la pequeña cabaña, con una ventana y la puerta orientadas en nuestra dirección. ¡Era la escena del crimen!

Stanley Hopkins nos condujo primero a la casa, donde nos presentó a una mujer ojerosa de pelo gris, la viuda del hombre asesinado, cuyo rostro demacrado y profundamente arrugado, con la mirada furtiva de terror en lo

más profundo de sus ojos enrojecidos, delataba los años de adversidad y maltrato que había sufrido. Con ella se encontraba su hija, una chica pálida de cabello rubio, cuyos ojos centelleaban desafiantes al mirarnos mientras nos contaba que estaba muy contenta de que su padre hubiese muerto y que bendecía la mano que había acabado con él. El hogar que había formado Peter Carey era deprimente, y, cuando nos vimos de nuevo al aire libre, nos sentimos aliviados. Entonces nos encaminamos por el sendero que los pasos del fallecido habían abierto por el campo.

La barraca era una vivienda muy simple, de paredes de madera, techo de tablillas, una ventana junto a la puerta y otra en el otro extremo. Stanley Hopkins sacó la llave del bolsillo y se había inclinado hacia la cerradura cuando se quedó quieto con una mirada de atención y sorpresa en el rostro.

—Alguien ha tratado de descerrajarla —dijo.

No cabía duda de ello. El enmaderado estaba cortado y se veían arañazos blancos cruzando la pintura, como si se hubiesen hecho en ese momento. Holmes había estado examinando la ventana.

—También han intentado forzarla. Quienquiera que sea no ha logrado entrar. Debe de haber sido un ladrón muy mediocre.

—Esto es rarísimo —dijo el inspector—. Juraría que estas marcas no estaban aquí ayer por la tarde.

—Algún curioso del pueblo, quizá —sugerí.

—Es muy improbable. Pocos de ellos se atreven a poner un pie en estas tierras, y mucho menos a intentar entrar a la fuerza en la cabaña. ¿Qué piensa de ello, señor Holmes?

—Creo que la suerte nos sonríe.

—¿Quiere decir que va a venir de nuevo esa persona?

—Es muy probable. Vino con la esperanza de encontrar la puerta abierta. Trató de entrar con la hoja de un cortaplumas muy pequeño. No pudo arreglárselas. ¿Qué cree que hará ahora?

—Venir otra vez por la noche con una herramienta más práctica.

—Eso diría yo. Será nuestra culpa si no estamos aquí para recibirlo. Entretanto, veamos el interior del camarote.

Habían borrado las huellas de la tragedia, pero los muebles en el interior de la pequeña habitación permanecían como habían estado la noche del

crimen. Durante dos horas, extremadamente concentrado, Holmes examinó cada objeto uno tras otro, pero en su rostro se adivinaba que la búsqueda no daba sus frutos. Solo se detuvo una vez en su paciente investigación.

—¿Ha quitado algo de este estante, Hopkins?

—No, no he movido nada.

—Han cogido algo. Hay menos polvo en esta esquina del estante que en el resto. Es posible que fuera un libro apoyado sobre este lado. Es posible que fuera una caja. Bueno, bueno, no puedo hacer nada más. Caminemos por estos hermosos bosques, Watson, y concedámosles unas horas a los pájaros y a las flores. Nos reuniremos con usted más tarde, Hopkins, y veremos si podemos conocer más de cerca al caballero que ha venido aquí de visita esta noche.

Eran pasadas las once cuando preparamos nuestra pequeña emboscada. Hopkins era partidario de dejar la puerta de la cabaña abierta, pero Holmes era de la opinión de que despertaría las sospechas del extraño. La cerradura era una absolutamente sencilla, y solo se necesitaba una buena hoja para hacerla saltar. Holmes sugirió también que esperásemos no dentro de la cabaña, sino fuera entre los arbustos que crecían alrededor de la ventana más alejada. De esta forma, lograríamos observar a nuestro hombre si encendía una luz, y ver qué se proponía en esa sigilosa visita nocturna.

Fue una guardia larga y meditabunda, y, sin embargo, provocó en nosotros algo de la emoción que debe de sentir un cazador cuando se encuentra junto a una charca y espera la llegada de la fiera sedienta. ¿Qué salvaje criatura era la que podía saltar sobre nosotros de la oscuridad? ¿Era un feroz tigre del crimen, que solo podía ser atrapado tras una lucha muy reñida contra centelleantes zarpas y colmillos, o resultaría ser algún chacal al acecho, peligroso solo para el débil y el indefenso?

Nos agazapamos entre los arbustos en absoluto silencio, a la espera de cualquier cosa que pudiera ocurrir. Al principio, los pasos de unos lugareños rezagados, o el ruido de unas voces procedentes del pueblo, aliviaron nuestra vigilancia, pero gradualmente estas interrupciones disminuyeron y se impuso a nuestro alrededor un absoluto silencio, exceptuando las campanadas de la remota iglesia, que nos indicaban el

avance de la noche, y por el susurro y el murmullo de una lluvia fina que caía entre las hojas que nos resguardaban.

Habían sonado las dos y media, y era esa hora tan oscura que precede al amanecer, cuando los tres nos sobresaltamos con un leve pero agudo chasquido que procedía de la puerta. Alguien había entrado al camino de acceso a la casa. Se hizo de nuevo un largo silencio, y había empezado a temerme que era una falsa alarma cuando se oyeron unos pasos sigilosos del otro lado de la cabaña, y un momento más tarde una estridencia y tintineo metálicos. El tipo estaba tratando de forzar la cerradura. Esta vez su habilidad fue mayor o su herramienta mejor, porque de repente hubo un ruido seco y un chirrido de goznes. Luego se encendió una cerilla, y, un momento después, llenaba el interior de la cabaña la luz constante de una vela. No le quitábamos ojo, a través de la cortina de gasa, a la escena de dentro.

El visitante nocturno era un hombre joven, delgado y enclenque, con un bigote negro que aumentaba la palidez mortal de su rostro. No podía tener mucho más de veinte años. Nunca he visto ser humano alguno que pareciese tan patéticamente asustado, porque sus dientes castañeteaban de manera visible y le temblaba todo el cuerpo. Iba vestido como un caballero, con una chaqueta Norfolk y pantalón bombacho, y una gorra en la cabeza. Observamos cómo miraba a su alrededor con ojos aterrados. Entonces, dejó el cabo de la vela encima de la mesa y desapareció de nuestra vista en uno de los rincones. Volvió con un gran libro, uno de los cuadernos de bitácora que estaban alineados en las baldas. Apoyándose sobre la mesa, pasó rápidamente las hojas de ese volumen hasta que dio con la entrada que estaba buscando. Entonces, con un gesto rabioso de su puño, cerró el libro, lo volvió a colocar en el rincón y apagó la luz. Apenas se había dado la vuelta para marcharse de la cabaña cuando la mano de Hopkins le agarró el cuello, y oí su gran grito de terror al comprender que lo habían atrapado. Se encendió de nuevo la vela, y ahí estaba nuestro lamentable prisionero encogiéndose y tiritando en las garras del detective. Cayó sobre el cofre marinero, y nos miró impotente a cada uno de nosotros.

—Y ahora diga, mi querido amigo —dijo Stanley Hopkins—, ¿quién es usted y qué está buscando aquí?

El tipo se calmó y nos miró a la cara en un esfuerzo por serenarse.

—Supongo que son detectives, ¿verdad? —dijo—. Imaginan que estoy relacionado con la muerte del capitán Peter Carey. Les aseguro que soy inocente.

—Eso habrá que verlo —dijo Hopkins—. Antes de nada, ¿cómo se llama?

—John Hopley Neligan.

Vi cómo Holmes y Hopkins intercambiaban una breve mirada.

—¿Qué está haciendo aquí?

—¿Puede quedar entre nosotros?

—No, desde luego que no.

—¿Por qué debería contárselo?

—Si no tiene una respuesta, es posible que le vaya mal en el juicio.

El joven dio un respingo.

—Bueno, pues se lo contaré —dijo—. ¿Por qué no iba a hacerlo? No soporto pensar que se resucita este viejo escándalo. ¿Han oído hablar de Dawson y Neligan?

Pude ver en el rostro de Hopkins que no, pero Holmes estaba profundamente interesado.

—Se refiere a los banqueros del West Country —dijo—. Quebraron dejando un millón en deudas, arruinaron a la mitad de las familias de Cornwall y Neligan desapareció.

—Exacto. Neligan era mi padre.

Por fin, sacábamos algo en claro, y, a pesar de ello, parecía haber una gran laguna entre un banquero fugado y el capitán Peter Carey pinchado contra la pared con uno de sus propios arpones. Todos escuchábamos atentamente las palabras del joven.

—Mi padre era el verdadero implicado. Dawson se había jubilado. Yo solo tenía diez años en aquel momento, pero era lo suficientemente mayor como para sentir vergüenza y horror por todo lo sucedido. Siempre se ha dicho que mi padre robó todos los títulos y huyó. No es cierto. Tenía la creencia de que, si le daban tiempo para liquidarlos, se pagaría bien y a cada acreedor la deuda íntegra. Salió en su pequeño yate hacia Noruega justo antes de que se emitiese su orden de arresto. Puedo recordar esa

última noche que se despidió de mi madre. Nos dejó una lista de los valores que se llevaba, y juró que volvería tras limpiar su buen nombre y que nadie de los que habían confiado en él sufriría por ello. Pues bien, nunca se volvió a oír una palabra de él. Ambos, el yate y él, se desvanecieron completamente. Mi madre y yo creíamos que, tanto uno como otro, con los valores que se había llevado consigo, estaban en el fondo del mar. Sin embargo, teníamos un amigo de confianza, que es un hombre de negocios, y fue él quien descubrió hace algún tiempo que algunos de los valores que mi padre llevaba consigo habían vuelto a aparecer en el mercado de Londres. Pueden imaginar nuestra sorpresa. Me he pasado meses tratando de seguirles la pista y, por fin, tras muchas incertidumbres y dificultades, descubrí que el vendedor original había sido el capitán Peter Carey, el propietario de esta cabaña.

»Lógicamente, hice algunas averiguaciones sobre él. Me enteré de que había estado al mando de un ballenero que debía regresar de los mares del Ártico en el mismo momento en que mi padre estaba cruzando hacia Noruega. El otoño de ese año fue tormentoso, y hubo una larga serie de tempestades del sur. Es muy posible que el yate de mi padre hubiese sido empujado hacia el norte por los vientos, y ahí tropezarse con el barco del capitán Peter Carey. Si ocurrió así, ¿qué había sido de mi padre? En cualquier caso, si podía probar mediante el testimonio de Peter Carey cómo habían llegado esos valores al mercado, sería una prueba de que mi padre no los había vendido y que no tenía como objetivo aprovecharse de ellos cuando se los llevó.

»Bajé a Sussex con la intención de ver al capitán, pero fue en ese momento cuando sucedió su horrible muerte. Leí en el informe de la investigación una descripción de su camarote, en la que se indicaba que conservaba en él los viejos cuadernos de bitácora de su navío. Se me ocurrió que si podía ver lo que sucedió en el mes de agosto de 1883 a bordo del *Sea Unicorn*, podría resolver el misterio del destino de mi padre. La pasada noche traté de obtener esos cuadernos, pero fui incapaz de abrir la puerta. Esta noche lo he intentado de nuevo, y con éxito, pero descubro que las páginas concernientes a ese mes han sido arrancadas del libro. Ha sido en ese momento en el que me he visto preso entre sus manos».

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo —dijo apartando la mirada.

—¿No tiene nada más que contarnos?

Titubeó.

—No, no hay nada más.

—¿No había estado aquí antes de la noche de ayer?

—No.

—Entonces, ¿cómo puede explicar esto? —exclamó Hopkins mientras levantaba el irrefutable cuaderno con las iniciales de nuestro prisionero en la primera hoja y la mancha de sangre en la tapa.

El infeliz se desmoronó. Hundió el rostro entre las manos y se puso a temblar de arriba abajo.

—¿De dónde lo ha sacado? —gimió—. No lo sabía. Pensaba que lo había perdido en el hotel.

—Ya basta —dijo Hopkins con dureza—. Cualquier otra cosa que tenga que decir la dirá ante un tribunal. Ahora bajará andando conmigo a la comisaría. Bueno, señor Holmes, les estoy muy agradecido a usted y a su amigo por haber venido aquí a ayudarme. Parece que al final su presencia no era necesaria y que hubiera llevado a feliz término el caso solo, pero, a pesar de todo, me siento en deuda con usted. Les han reservado unas habitaciones en el hotel Brambletye, así que podemos bajar todos juntos al pueblo.

—Bueno, Watson, ¿qué le parece? —preguntó Holmes cuando viajábamos de vuelta a la mañana siguiente.

—Por lo que veo no se ha quedado conforme.

—Oh, sí, mi querido Watson, me he quedado absolutamente conforme. Por otro lado, los métodos de Stanley Hopkins no me parecen recomendables. Me siento decepcionado con Stanley Hopkins. Hubiese esperado más de él. Uno siempre debería buscar una alternativa posible y estar precavido contra esta. Es la primera regla de la investigación criminal.

—¿Cuál es, entonces, la alternativa?

—La línea de investigación que he estado siguiendo yo mismo. Es posible que no nos lleve a nada. No puedo decirlo. Pero, al menos, continuaré con ella hasta el final.

A Holmes le esperaban varias cartas en Baker Street. Agarró una de ellas al vuelo, la abrió y soltó una risilla triunfal.

—Excelente, Watson. La alternativa avanza. ¿Tiene impresos de telegrama? Escriba solo un par de mensajes por mí: «Sumner, agente marítimo, Ratcliff Highway. Envíe tres hombres. A las diez de la mañana. Basil». Es mi nombre por esos lares. El otro es: «Inspector Stanley Hopkins, Lord Street 46, Brixton. Desayune aquí mañana a las nueve y media. Importante. Telegrafíe si puede venir. Sherlock Holmes». Mire, Watson, este caso lleva obsesionándome diez días. Por la presente, lo aparto de mi mente por completo. Confío en que mañana sea el último día que oigamos hablar de él.

El inspector Stanley Hudson apareció a la hora exacta, y nos sentamos a disfrutar de un excelente desayuno que había preparado la señora Hudson. El joven detective estaba pletórico por su éxito.

—¿De verdad cree que su solución es la correcta? —preguntó Holmes.

—No podría imaginarme un caso más redondo.

—No me parece concluyente.

—Me sorprende, señor Holmes. ¿Qué más se le podría pedir?

—¿Su explicación aclara todos los elementos?

—Indudablemente. He descubierto que el joven Neligan llegó al hotel Brambletye el mismo día del crimen. Llegó con el pretexto de jugar al golf. Su habitación estaba en la planta de abajo y podía salir cuando quisiera. Esa misma noche fue a Woodman’s Lee, vio a Peter Carey en la cabaña, se peleó con él y lo mató con el arpón. Entonces, horrorizado por lo que había hecho, huyó de la cabaña, pero se le cayó el cuaderno que había llevado consigo con el fin de interrogar a Peter Carey por varios valores. Posiblemente, observaron que algunos de ellos estaban señalados y otros —la gran mayoría— no. Los marcados han sido localizados en el mercado londinense, pero los demás se suponía que todavía estaban en posesión de Carey, y el joven Neligan, según su propio relato, estaba deseoso de recuperarlos para hacer lo correcto con los acreedores de su padre. Después de su huida, no se atrevió a acercarse a la cabaña de nuevo por algún tiempo, pero, al final, se obligó a hacerlo con el fin de obtener la información que necesitaba. ¿No resulta todo esto obvio y sencillo?

Holmes sonrió y negó con la cabeza.

—Me parece que solo hay un inconveniente, Hopkins, y es que es imposible de por sí. ¿Ha intentado traspasar un cuerpo con un arpón? ¿No? Vaya, vaya, señor mío, debería prestarles más atención a esos detalles. Mi amigo Watson podría decirle que me pasé toda una mañana tratando de hacerlo. No es cosa fácil, y requiere un brazo fuerte y acostumbrado. Pero ese golpe fue asestado con tal violencia que la punta del arpón se hundió hasta el fondo en la pared. ¿Imagina a este jovencito anémico capaz de un ataque tan espantoso? ¿Es él quien estuvo dándole al ron con agua con Peter el Negro a altas horas de la noche? ¿Era su silueta la que se vio por la ventana dos noches antes? No, no, Hopkins, es otra persona y más temible a la que debemos buscar.

La cara del detective se había puesto cada vez más larga durante el sermón de mi amigo. Sus esperanzas y ambiciones se estaban viniendo abajo. Pero no abandonaría su postura sin lucha.

—No puede negar que Neligan estaba presente esa noche, señor Holmes. El cuaderno lo prueba. Me imagino que tengo evidencias suficientes como para satisfacer a un jurado, aun cuando sea capaz de encontrar algún defecto en ellas. Además, señor Holmes, yo he dado con mi hombre. Esa persona tan aterradora suya, ¿dónde está?

—Me da la impresión de que está en la escalera —dijo con calma—. Creo, Watson, que haría bien en tener ese revólver a mano.

Se levantó y dejó un papel escrito encima de una mesa auxiliar.

—Ahora estamos listos —dijo.

Se acababa de oír cierta conversación un tanto brusca fuera, y ahora la señora Hudson abría la puerta para decir que había tres hombres que preguntaban por el capitán Basil.

—Hágalos pasar uno a uno —dijo Holmes.

El primero que entró era una manzana reineta de hombre, con carrillos sonrojados y patillas blancas y rizadas. Holmes se había sacado una carta del bolsillo.

—¿Nombre? —preguntó.

—James Lancaster.

—Lo siento, Lancaster, pero las literas están ya ocupadas. Aquí tiene medio soberano por las molestias. Entre por favor en esa habitación y espere ahí unos minutos.

El segundo hombre era un individuo alto y enjuto, con el pelo liso y mejillas cetrinas. Su nombre era Hugh Pattins. Recibió también su despido, su medio soberano y la orden de esperar.

El tercer solicitante era un hombre de aspecto fuera de lo común. Un rostro de fiero bulldog quedaba enmarcado por una maraña de pelo y barba, y unos ojos descarados y negros brillaban bajo unas cejas espesas, erizadas, prominentes. Saludó y se quedó de pie a la manera de los marineros, y luego le dio vueltas a su gorra entre las manos.

—¿Su nombre? —preguntó Holmes.

—Patrick Cairns.

—¿Arponero?

—Sí, señor. Veintiséis viajes.

—De Dundee, supongo.

—Sí, señor.

—¿Y listo para zarpar con un barco explorador?

—Sí, señor.

—¿Con qué paga?

—Ocho libras al mes.

—¿Podría zarpar de inmediato?

—En cuanto coja mis bártulos.

—¿Tiene sus papeles?

—Sí, señor.

Sacó un fajo de impresos desgastados y grasientos de su bolsillo. Holmes les echó una ojeada y se los devolvió.

—Es usted el hombre que andaba buscando —dijo—. Aquí en la mesa auxiliar está el contrato. Si lo firma, quedará todo cerrado.

El hombre de mar se tambaleó al cruzar la habitación y coger la pluma.

—¿Firmo aquí? —preguntó encorvado sobre la mesa.

Holmes se asomó por encima de su hombro y pasó ambas manos junto a su cuello.

—Con eso basta —dijo.

Oí un chasquido de acero y un bramido de toro enfurecido. Al momento siguiente, Holmes y el hombre de mar estaban rodando juntos por el suelo. Era un hombre de una fuerza tan enorme que, incluso con las esposas que Holmes había cerrado alrededor de sus muñecas de manera tan hábil, hubiese vencido rápidamente a mi amigo si Hopkins y yo no nos hubiésemos apresurado a ayudarlo. Solo cuando presioné el frío cañón del revólver contra su sien, comprendió por fin que era inútil resistirse. Atamos sus tobillos con una cuerda y nos levantamos sin aliento del forcejeo.

—Lo lamento mucho, Hopkins —dijo Sherlock Holmes—, me temo que los huevos revueltos se han quedado fríos. Sin embargo, disfrutará del resto de su desayuno más a gusto, supongo, cuando piense que le ha puesto a su caso un broche final.

Stanley Hopkins se había quedado sin habla del asombro.

—No sé qué decir, señor Holmes —se le escapó por fin, con la cara muy enrojecida—. Me parece que me he puesto en ridículo desde el principio. Ahora entiendo lo que nunca debería haber olvidado, que yo soy el alumno y usted, el maestro. Incluso ahora mismo veo lo que ha hecho, pero no sé cómo lo ha hecho o lo que significa.

—Bueno, bueno —dijo Holmes de buen humor—. Todos aprendemos con la experiencia, y su lección esta vez es que nunca debería perder de vista la alternativa. Estaba tan concentrado en el joven Neligan que no podía pensar ni un momento en Patrick Cairns, el auténtico asesino de Peter Carey.

La voz ronca del hombre de mar interrumpió nuestra conversación.

—Mire, jefe —dijo—, no me quejo de ser maltratado de esta manera, pero querría que llamara a las cosas por su nombre. Dice que asesiné a Peter Carey; yo, que maté a Peter Carey, anda que no hay diferencia. Puede que no se crea lo que digo. Puede que piense que les estoy largando un cuento.

—En absoluto —dijo Holmes—. Oigamos lo que tiene que decir.

—Se cuenta en un tris, y, por Dios, que cada palabra que diré es la pura verdad. Conocía a Peter el Negro y, en cuanto me sacó su cuchillo, lo atravesé con un arpón sin perder un segundo, porque sabía que era su vida o la mía. Así es como se murió. Puede llamarlo asesinato. De todas formas,

me iba a morir pronto, ya fuera con una soga al cuello o con el cuchillo de Peter el Negro en el corazón.

—¿Cómo llegó allí? —preguntó Holmes.

—Se lo contaré desde el principio. Déjeme solo que me incorpore un poco para que pueda hablar con calma. Pasó en el ochenta y tres…, en agosto de ese año. Peter Carey era capitán del *Sea Unicorn* y yo el segundo arponero. Nos alejábamos del casquete polar de camino a casa, con viento de proa y una semana de tempestades del sur, cuando rescatamos a una pequeña embarcación a la que había arrastrado el viento hacia el norte. Solo había un hombre en ella…, un marinero sin experiencia. La tripulación había creído que se iba a ir a pique y se habían ido todos para Noruega en el bote salvavidas. Supongo que terminaron ahogándose. El caso es que trajimos a bordo a ese tipo, y el patrón y él charlaron varias veces largo y tendido en el camarote. Todo el equipaje que se había llevado con él era una caja de hojalata. Hasta donde yo sé, nunca se mencionó su nombre, y la segunda noche desapareció como si nunca hubiese estado allí. Se dijo que se había tirado por la borda o que se había caído por ella con el temporal que estábamos teniendo. Solo un hombre sabía lo que le había pasado, y ese era yo, porque vi con mis propios ojos cómo el patrón lo levantaba por los talones y lo pasaba por encima de la barandilla en el segundo turno de guardia de una noche cerrada, dos días antes de avistar los faros de Shetland.

»Pues bien, me guardé lo que sabía para mí y esperé a ver lo que resultaba de aquello. Cuando volvimos a Escocia, se tapó fácilmente y nadie hizo preguntas. Un extraño muerto por accidente no era un asunto que le interesara a nadie. Poco después, Peter Carey abandonó el mar, y pasaron muchos años antes de que pudiera descubrir dónde estaba. Supuse que lo había hecho por lo que había en esa caja de hojalata, y que ahora podría permitirse pagarme bien por mantener la boca cerrada.

»Me enteré de dónde vivía por un marinero que se lo había encontrado en Londres, y fui allí para presionarlo. La primera noche fue bastante razonable, y estaba dispuesto a darme lo que necesitara para librarme del mar de por vida. Teníamos que concretarlo todo dos noches más tarde. Cuando llegué, me lo encontré más que medio borracho y de un humor de

mil demonios. Nos sentamos y bebimos y contamos historias de los viejos tiempos, pero, cuanto más bebía él, menos me gustaba la expresión de su cara. Me percaté de ese arpón de la pared, y pensé que posiblemente lo necesitara antes de que acabáramos la noche. Entonces, por fin, estalló, escupiéndome y maldiciéndome, con una mirada de asesino y un cuchillo enorme en la mano. No tuvo tiempo de sacarlo de la funda antes de que le hubiese atravesado con el arpón. ¡Cielo santo! Menudo alarido que dio, ¡y su cara no me deja dormir! Me quedé allí, con su sangre salpicando a mi alrededor, y esperé un momento, pero todo estaba en silencio, así que me armé de valor una vez más. Miré a mi alrededor, y allí estaba la caja de hojalata en una balda. En cualquier caso, tenía tanto derecho a ella como Peter Carey, así que la cogí y me marché de la cabaña. Me dejé como un tonto la petaca del tabaco encima de la mesa.

»Ahora les contaré la parte más extraña de toda la historia. Acababa de salir fuera de la cabaña cuando oí llegar a alguien, y me escondí entre los arbustos. Apareció un hombre acercándose sigilosamente, entró en la cabaña, soltó un grito como si hubiese visto un fantasma y salió corriendo por piernas lo más rápido que podía hasta que lo perdí de vista. Quién era o qué quería está más allá de lo que les puedo decir. Por mi parte, caminé diez millas, cogí un tren en Tunbridge Wells y así llegué a Londres, y no se enteró nadie de nada.

»Pues bien, cuando me puse a examinar la caja, descubrí que no había dinero en ella, y nada salvo papeles que no me atrevería a vender. Ya no podía apretar a Peter el Negro y estaba varado en Londres sin un chelín. Solo me quedaba mi oficio. Vi esos anuncios sobre arponeros y pagas altas, así que fui a los agentes marítimos, y ellos me enviaron aquí. Eso es todo lo que sé, y le vuelvo a decir que, si bien maté a Peter el Negro, la policía debería darme las gracias, porque les he ahorrado lo que vale una soga de cáñamo».

—Una exposición de los hechos muy clara —dijo Holmes, levantándose y encendiendo su pipa—. Creo, Hopkins, que no debería perder ni un minuto en conducir a su prisionero a un lugar seguro. Esta habitación no está bien acondicionada para hacer de celda, y el señor Patrick Cairns ocupa una parte demasiado grande de nuestra alfombra.

—Señor Holmes —dijo Hopkins—. No sé cómo expresarle mi gratitud. Ni siquiera ahora comprendo cómo ha hallado esta solución.

—Simplemente teniendo la buena suerte de seguir la pista correcta desde el principio. Es muy posible que, si hubiese sabido algo acerca de este cuaderno, también me hubiese andado por las ramas, como le pasó a usted. Pero todo lo que conocía del caso apuntaba en una única dirección. La fuerza asombrosa, la habilidad en el uso del arpón, el ron con agua, la petaca de piel de foca con el tabaco basto: todo esto apuntaba a un hombre de mar, y a uno que había sido ballenero. Estaba convencido de que las iniciales «P. C.» en la petaca eran una coincidencia, y no las de Peter Carey, puesto que raras veces fumaba, y no se encontró pipa alguna en su camarote. Recuerda que le pregunté si había whisky y coñac en el camarote. Dijo que había. ¿Cuánta gente de tierra firme hay que beba ron cuando pueden tomar esas otras bebidas? Sí, estaba seguro de que era un hombre de mar.

—¿Y cómo lo encontró?

—Señor mío, el problema se había vuelto muy sencillo. Si era un hombre de mar, solo podía ser uno que hubiese estado con él en el *Sea Unicorn*. Hasta donde pude alcanzar, no había navegado en otro barco. Me pasé tres días mandando telegramas a Dundee, y al final averigüé los nombres de la tripulación del *Sea Unicorn* en 1883. Cuando encontré a Patrick Cairns entre los arponeros, mi búsqueda llegó a su fin. Deduje que el tipo estaba probablemente en Londres y que desearía abandonar el país por un tiempo. Por lo tanto, me pasé unos días en el East End, me inventé una expedición al Ártico, ofrecí unas condiciones tentadoras para los arponeros que sirvieran a las órdenes del capitán Basil… ¡y ya puede ver el resultado!

—¡Increíble! —exclamó Hopkins—. ¡Increíble!

—Tiene que conseguir que pongan al joven Neligan en libertad tan pronto como sea posible —dijo Holmes—. Le confieso que creo que le debe una disculpa. Deben devolverle la caja de hojalata, pero, por supuesto, los valores que vendió Peter Carey se han perdido para siempre. Aquí está el coche, Hopkins, y ya puede llevarse a su hombre. Si me necesita para el

juicio, podrá encontrarnos a Watson y a mí en algún lugar de Noruega… Ya le enviaré los detalles.

LA AVENTURA DE CHARLES AUGUSTUS MILVERTON

Los incidentes de los que hablaré tuvieron lugar hace años, y, a pesar de todo, aludo a ellos indeciso. Durante mucho tiempo, incluso con la mayor reserva y discreción, hubiese sido imposible hacer públicos los hechos, pero ahora la principal interesada se encuentra fuera del alcance de las leyes humanas, y, con las debidas omisiones, se puede contar la historia de tal manera que no perjudique a nadie. Esta deja constancia de una experiencia absolutamente singular tanto en la carrera del señor Sherlock Holmes como en la mía. El lector tendrá que disculparme si obvio la fecha o cualquier otro hecho mediante el cual pudiera rastrear el suceso real.

Habíamos salido Holmes y yo para dar uno de nuestros paseos vespertinos, y habíamos regresado cerca de las seis de una noche fría y helada de invierno. Cuando aumentó la luz de la lámpara, cayó en la cuenta de una tarjeta que había sobre la mesa. Le echó un vistazo y luego, con una exclamación de repulsa, la tiró al suelo. Yo la recogí y leí:

> CHARLES AUGUSTUS MILVERTON
> Appledore Towers
> Hampstead

—¿Quién es? —pregunté.

—El peor hombre de Londres —respondió Holmes sentándose y estirando las piernas delante del fuego—. ¿Hay algo en la parte de atrás de la tarjeta?

Le di la vuelta.

—«Pasaré a las 6.30, C. A. M.» —leí.

—¡Vaya! Está a punto de llegar. Watson, ¿a usted no le dan ganas de sacudirse la ropa y dar un respingo hacia atrás cuando se encuentra delante

de las serpientes del zoo y ve a esas criaturas escurridizas, resbaladizas, venenosas con su mirada asesina y sus caras crueles y aplastadas? Pues bien, esa es la impresión que me causa Milverton. He tenido que vérmelas con cincuenta asesinos en mi carrera, pero ni el peor de ellos me ha causado tanta repugnancia como la que siento por ese tipo. Y, a pesar de todo, no puedo librarme de tratar con él: de hecho, viene aquí a invitación mía.

—Pero ¿quién es?

—Ahora mismo se lo digo, Watson. Es el rey de los chantajistas. Que Dios se apiade del hombre, y todavía más de la mujer, cuyo secreto y reputación llega a las manos de Milverton. Con una sonrisa y un corazón de mármol, los exprimirá y exprimirá hasta que los deje secos. El tipo es un genio a su modo, y hubiese dejado huella en un oficio más respetable. Su método es el siguiente: permite que se difunda que está dispuesto a pagar sumas muy elevadas por cartas comprometedoras para personas de dinero o de categoría. Recibe estos artículos no solo de ayudas de cámara y doncellas desleales, sino a menudo de elegantes rufianes que se han ganado la confianza y cariño de mujeres ingenuas. No es tacaño negociando. Sé, por casualidad, que le pagó setecientas libras a un lacayo por una nota de dos líneas de extensión y que el resultado fue la ruina de una noble familia. Todo lo que se puede vender acaba en Milverton, y hay cientos de personas en esta gran ciudad que se ponen lívidos al oír su nombre. Nadie sabe por dónde puede llegar su zarpazo, porque es demasiado rico y demasiado astuto como para trabajar por necesidad. Se guarda una carta durante años con el fin de jugarla en el momento en que la apuesta está en su momento más jugoso. Le he dicho que es el peor hombre de Londres, y le preguntaría a usted cómo puede compararse al rufián que a sangre caliente le da un porrazo a su colega con este hombre, que de manera metódica y tomándose todo el tiempo del mundo, tortura el alma y desquicia los nervios con el fin de aumentar su ya abultados bolsillos.

Pocas veces había oído a mi amigo hablar con tanta intensidad de sentimiento.

—Pero, seguramente —dije—, este tipo se encuentre al alcance de la ley.

—En teoría, sin duda, pero no en la práctica. ¿Qué gana una mujer, por ejemplo, con que sea encarcelado unos meses si inmediatamente después sigue su ruina? Sus víctimas no se atreven a devolver el golpe. Si, en algún momento, chantajeara a una persona inocente, entonces, lo tendríamos de verdad, pero es tan taimado como el demonio. No, no, tenemos que encontrar otra manera de combatirlo.

—¿Y por qué viene aquí?

—Porque una ilustre clienta ha puesto su lamentable caso en mis manos. Es lady Eva Brackwell, la joven presentada en sociedad más guapa de la pasada temporada. Ha de casarse en quince días con el conde de Dovercourt. Este desalmado tiene varias cartas imprudentes que le escribió a un joven terrateniente de provincias que no tiene un céntimo. Y aunque no son más que eso, cartas imprudentes, bastarían para romper el compromiso. Milverton le enviará las cartas al conde a menos que se le pague una importante suma. Me han encargado que me reúna con él y… llegar al mejor acuerdo posible.

En ese momento, se oyó un traqueteo y ruido de cascos abajo, en la calle. Al mirar hacia allí vi un majestuoso carruaje tirado por un par de caballos, cuyos faroles resplandecían en las lustrosas ancas de los nobles alazanes. Abrió la puerta un lacayo, y bajó un hombre bajo y robusto con un abrigo de piel de astracán. Un minuto más tarde estaba en nuestra habitación.

Charles Augustus Milverton era un hombre de unos cincuenta años, con una cabeza grande e intelectual, un rostro redondo, rollizo y lampiño, una sonrisa que parecía congelada, y dos ojos grises y agudos que brillaban intensamente tras las grandes gafas de montura de oro. Había algo de la benevolencia del señor Pickwick en su aspecto, estropeada solo por la falsedad de su sonrisa inalterable y por el duro brillo de sus ojos penetrantes e inquietos. Su voz era tan suave y agradable como su semblante, mientras avanzaba con una manita rolliza extendida, susurrando que lamentaba no habernos encontrado en su primera visita. Holmes ignoró la mano tendida y lo miró con rostro pétreo. La sonrisa de Milverton se hizo más amplia, se encogió de hombros, se quitó el abrigo, lo dejó doblado muy meticulosamente encima del respaldo de una silla y luego tomó asiento.

—¿Y este caballero? —dijo señalándome con un gesto—. ¿Es discreto? ¿Es íntegro?

—El doctor Watson es mi socio y amigo.

—Muy bien, señor Holmes. Solo pongo reparos en interés de su cliente. El asunto es demasiado delicado…

—El doctor Watson ya está al tanto.

—Entonces, podemos continuar con el negocio. Dice que actúa en nombre de lady Eva. ¿Le ha autorizado para aceptar mis condiciones?

—¿Cuáles son sus condiciones?

—Siete mil libras.

—¿Y cuál es la alternativa?

—Señor mío, me resulta penoso hablar sobre ello, pero, si no se paga el dinero el día 14, con toda certeza no habrá matrimonio el 18.

Su insufrible sonrisa parecía más presuntuosa que nunca.

Holmes se quedó pensando un momento.

—Me parece —dijo por fin— que da por sentadas muchas cosas. Estoy familiarizado, por supuesto, con el contenido de esas cartas. Mi cliente hará, no le quepa duda, lo que le aconseje. Le recomendaré que le cuente a su futuro marido toda la historia y que confíe en su generosidad.

Milverton se rió entre dientes.

—Es evidente que no conoce al conde —dijo.

Por la perpleja mirada que apareció en el rostro de Holmes pude ver claramente que sí lo conocía.

—¿Qué hay de malo en esas cartas? —preguntó.

—Son alegres…, muy alegres —respondió Milverton—. La dama era una corresponsal encantadora. Pero puedo asegurarle que el conde de Dovercourt no conseguiría apreciarlas. Sin embargo, puesto que piensa de otra forma, dejémoslo ahí. Es estrictamente un asunto de negocios. Si cree que lo más conveniente para su cliente es que esas cartas estén en manos del conde, entonces sería una auténtica insensatez pagar una suma tan importante para recuperarlas.

Se levantó y cogió su abrigo de astracán.

Holmes estaba gris de ira y humillación.

—Espere un poco —dijo—. Va demasiado rápido. Desde luego, haremos todos los esfuerzos posibles para evitar un escándalo con un asunto tan delicado.

Milverton se dejó caer de nuevo en su silla.

—Estaba seguro de que lo vería desde esa perspectiva —murmuró.

—Por otro lado —prosiguió Holmes—, lady Eva no es una mujer rica. Le aseguro que dos mil libras agotarían sus recursos y que la suma que menciona está completamente fuera de su alcance. Le ruego, por tanto, que modere sus exigencias y que devuelva las cartas al precio que le indico, que es, se lo aseguro, el mayor que puede obtener.

La sonrisa de Milverton creció y sus ojos brillaron divertidos.

—Soy consciente de que es cierto lo que dice de los recursos de la dama —dijo—. Por otro lado, tiene que admitir que el matrimonio de una dama es una ocasión muy propicia para que sus parientes y amigos hagan un pequeño esfuerzo por ella. Quizá duden sobre qué regalo de bodas es el apropiado. Déjeme asegurarles que ese montón de cartas le daría más alegría que todos los candelabros y platillos para la mantequilla de Londres juntos.

—Es imposible —dijo Holmes.

—Madre mía, madre mía, ¡qué desafortunada! —exclamó Milverton sacando una abultada cartera del bolsillo—. No puedo evitar pensar que se aconseja mal a las damas cuando se les dice que no hagan esfuerzos. ¡Mire, por ejemplo! —Alzó una notita con un escudo de armas en el sobre—. Esto pertenece a… Bueno, quizá no sea adecuado decir el nombre antes de mañana por la mañana. Pero, entonces, estará en manos del marido de esta dama. Y todo porque no va a encontrar una miserable suma que podría conseguir convirtiendo sus diamantes en bisutería. ¡Da tanta pena! Holmes, ¿recuerda el repentino final del compromiso entre la ilustre señorita Miles y el coronel Dorking? Tan solo dos días antes de la boda, apareció un párrafo en el *Morning Post* que decía que todo había acabado. ¿Y por qué? Resulta casi increíble, pero la ridícula suma de mil doscientas libras hubiese resuelto toda la cuestión. ¿No es lamentable? Y aquí lo tengo a usted, un hombre juicioso, preocupado por unas libras, cuando se halla en juego el futuro y el honor de su clienta. Me sorprende, señor Holmes.

—Le estoy diciendo la verdad —replicó Holmes—. No puede conseguir ese dinero. Seguramente, sea mejor para usted aceptar la cuantiosa suma que le ofrezco que arruinarle el porvenir a esta mujer, de lo que no puede sacar ningún beneficio.

—En eso comete un error, señor Holmes. Revelarlo me beneficiaría indirectamente de manera considerable. Tengo diez u ocho casos parecidos madurándose. Si corriese la voz de que le he dado un severo escarmiento a lady Eva, estarían todos mucho más abiertos a entrar en razón. ¿Entiende mi perspectiva?

Holmes se levantó de un salto de su silla.

—¡Póngase detrás de él, Watson! ¡No lo deje salir! Ahora, señor, veamos el contenido de esa cartera.

Milverton se había deslizado, rápido como una rata, a un lado de la habitación y estaba con la espalda contra la pared.

—Señor Holmes, señor Holmes —dijo, abriendo la pechera de su abrigo y enseñándoles la culata de un gran revólver que sobresalía del bolsillo interior—. Esperaba que hiciera algo más original. Esto se ha hecho tantas veces, y ¿qué se ha sacado en claro de ello? Le aseguro que estoy armado hasta los dientes y que estoy absolutamente dispuesto a utilizar mis armas, puesto que sé que la ley está de mi lado. Además, su hipótesis de que llevaría las cartas aquí en una cartera es completamente errónea. No haría nada tan estúpido. Y ahora, caballeros, tengo una o dos pequeñas entrevistas esta noche y hay un largo camino hasta Hampstead.

Dio un paso al frente, cogió su abrigo, puso la mano en el revólver y se volvió hacia la puerta. Yo agarré una silla, pero Holmes negó con la cabeza y la volví a dejar en el suelo. Con una inclinación, una sonrisa y un destello en los ojos, Milverton salió de la habitación, y unos breves momentos después oímos el portazo de la puerta del carruaje y el traqueteo de las ruedas al alejarse de allí.

Holmes se sentó inmóvil junto al fuego, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de sus pantalones, la barbilla hundida contra su pecho, los ojos fijos en las ascuas incandescentes. Durante media hora, permaneció quieto y en silencio. Luego, con la expresión de un hombre que ha tomado una decisión, se puso en pie de un salto y entró en su dormitorio.

Un poco más tarde, un joven obrero desenfadado con perilla y paso arrogante, encendió su pipa de barro a la luz de la lámpara antes de bajar a la calle.

—Tardaré un rato en volver, Watson.

Y, tras decir aquello, se desvaneció en la noche. Comprendí que había comenzado su campaña contra Charles August Milverton, pero poco me imaginaba la extraña forma que estaba destinada a adoptar esa campaña.

Durante unos días, Holmes estuvo yendo y viniendo a todas horas con ese atuendo, pero aparte de un comentario sobre que pasaba el tiempo en Hampstead y que no lo hacía en vano, no supe nada de lo que estaba haciendo. Por fin, sin embargo, una noche inclemente, tempestuosa, en que el viento ululaba y golpeaba contra las ventanas, volvió de su última expedición y, tras quitarse el disfraz, se sentó delante del fuego y se rió de buena gana para sí mismo como de costumbre.

—Usted no diría que soy de los que se casan, ¿verdad, Watson?

—¡Ya lo creo que no!

—Pues le interesará saber que me he comprometido.

—¡Mi querido amigo! Le feli…

—Con la criada de Milverton.

—¡Dios mío, Holmes!

—Quiero información, Watson.

—¿No estará yendo demasiado lejos?

—Es un paso completamente necesario. Soy un fontanero con un negocio al alza, de nombre Escott. He estado saliendo con ella todas las noches, y hablando largo y tendido. Dios mío, ¡menudas charlas! Sin embargo, tengo todo lo que quiero. Conozco la casa de Milverton como la palma de mi mano.

—Pero, Holmes, ¿y la chica qué?

Se encogió de hombros.

—No se puede evitar, mi querido Watson. Hay que jugar las cartas lo mejor que se puede cuando se tiene una apuesta así encima de la mesa. No obstante, me alegra decir que tengo a un odiado rival que seguro que me quitará la novia en cuanto me dé la vuelta. ¡Qué noche más maravillosa!

—¿Le gusta este tiempo?

—Viene bien para mis planes. Watson, tengo intención de desvalijar la casa de Milverton esta noche.

Contuve el aliento, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo ante esas palabras, que fueron proferidas en un tono de firme resolución. Como el destello de un relámpago en la noche revela en un instante cada detalle de un amplio paisaje, así, de un vistazo, me pareció ver cada posible resultado de un acto semejante: el ser descubierto, el ser capturado, la ilustre carrera de mi amigo terminada en un fracaso y una deshonra irreparables, mi propio amigo huyendo a merced del detestable Milverton…

—Por amor de Dios, Holmes, piense en lo que va a hacer —exclamé.

—Mi querido amigo, he barajado todas las posibilidades. Nunca actúo de manera precipitada ni seguiría un derrotero tan arduo y, de hecho, tan peligroso si hubiese otro posible. Examinemos el asunto clara y sinceramente. Supongo que admitirá que el acto es moralmente justificable, aunque delictivo en teoría. Desvalijar una casa no es más que cogerle la cartera por la fuerza…, un acto al que usted estaba dispuesto a ayudarme.

Le estuve dando vueltas en la cabeza.

—Sí —dije—. Es moralmente justificable en la medida en que nuestro propósito es no coger nada excepto lo que es utilizado con fines ilegales.

—Exacto. Puesto que es moralmente justificable, solo he de pensar en la cuestión del riesgo personal. Creo yo que un caballero no debe poner mucho el acento en esto cuando hay una dama desesperadamente necesitada de su ayuda.

—Quedará en una posición muy equívoca.

—Bueno, eso es parte del riesgo. No hay otra manera de recuperar esas cartas. La desdichada no tiene el dinero, y no hay nadie de los suyos en quien pueda confiar. Mañana es el último día de gracia, y, a menos que podamos coger las cartas esta noche, ese bellaco cumplirá con su palabra y la llevará a la ruina. Por lo tanto, debo abandonar a mi cliente a su suerte o jugar esta última carta. Entre nosotros, Watson, ese tal Milverton y yo tenemos un reto deportivo entre manos. Como vio, fue el mejor en el primer encuentro, pero mi amor propio y mi reputación me apremian a luchar hasta el final.

—Bueno, no me gusta, pero supongo que no queda más remedio —dije —. ¿Cuándo empezamos?

—Usted no viene.

—Entonces, usted no va —dije—. Le doy mi palabra de honor —y no la he roto en toda mi vida— de que cojo un coche directo a la comisaría y le delato a menos que comparta esta aventura conmigo.

—No puede ayudarme.

—¿Cómo lo sabe? No puede saber qué puede pasar. De todas formas, he tomado una decisión. Hay otras personas además de usted que tienen su amor propio e, incluso, su reputación.

Holmes me había parecido molesto, pero luego desfrunció el ceño y me dio una palmada en el hombro.

—Bueno, bueno, mi querido amigo, así sea. Hemos compartido el mismo piso durante años, y tendría gracia que terminásemos compartiendo la misma celda. ¿Sabe, Watson? No me importa confesarle que siempre he pensado de mí mismo que podría haber sido un criminal extremadamente eficaz. Esta es mi oportunidad para demostrarlo. ¡Vea esto!

Sacó un cuidado estuche de cuero de un cajón, y, al abrirlo, me mostró varios instrumentos resplandecientes.

—Es un equipo de robo actualizado y de primera, con palanqueta chapada en níquel, un cortacristales con punta de diamante, ganzúas adaptables y todos los últimos progresos que requiere el avance de la civilización. Aquí ve, también, mi linterna sorda. Todo en regla. ¿Tiene un par de zapatos silenciosos?

—Tengo unas zapatillas de tenis con suela de goma.

—Excelente. ¿Y una máscara?

—Puedo hacer dos de seda negra.

—Por lo que veo, tiene una fuerte tendencia natural para esta clase de cosas. Muy bien, haga las máscaras. Tomaremos una cena rápida antes de empezar. Son las nueve y media. A las once iremos hasta Church Row. Hay un cuarto de hora caminando desde allí hasta Appledore Towers. Nos pondremos a la faena antes de medianoche. Milverton duerme profundamente y se acuesta puntualmente a las diez y media. Con un poco

de suerte, estaremos de vuelta para las dos, con las cartas de lady Eva en el bolsillo.

Holmes y yo nos pusimos nuestra ropa de etiqueta, para parecer dos aficionados al teatro de vuelta a casa. En Oxford Street cogimos un coche que nos condujo a una dirección en Hampstead. Ahí pagamos el trayecto, y, con nuestros chaquetones abotonados hasta el cuello, porque hacía un frío glacial y el viento parecía que nos traspasaba, caminamos junto al seto.

—Este es un asunto que requiere mucho tacto —dijo Holmes—. Esos documentos están guardados en una caja fuerte del despacho del tipo, y el despacho es la antecámara de su alcoba. Por otra parte, como todos estos hombres robustos y bajitos a los que les van bien las cosas, duerme extraordinariamente bien. Agatha, mi prometida, dice que corre un chiste entre los sirvientes sobre lo difícil que es despertar al señor. Tiene un secretario consagrado a sus asuntos que no se mueve en todo el día del despacho. Por eso estamos yendo de noche. Además, tiene una bestia por perro que vaga por el jardín. Quedé con Agatha tarde las dos últimas noches y encierra con llave al animal para darme vía libre. Esta es la casa, la grande con sus propios jardines. Por la puerta…, ahora para la derecha entre los laureles. Podemos ponernos las máscaras aquí, creo. Ya ve, no hay ni un atisbo de luz en ninguna de las ventanas, y todo marcha de maravilla.

Con nuestros embozos de seda negra, que nos transformaban en dos de las figuras más truculentas de Londres, nos acercamos sigilosamente a la casa silenciosa y sombría. A un lado de esta, se extendía una terraza embaldosada con varias ventanas y dos puertas en ella.

—Ese es su dormitorio —susurró Holmes—. Esta puerta da directamente al despacho. Es la que mejor nos hubiese venido, pero está cerrada a cal y canto, y haríamos demasiado ruido para entrar. Venga por aquí. Hay un invernadero que da a la sala de estar.

Por allí estaba cerrado, pero Holmes cortó un disco de cristal y giró la llave desde dentro. Un momento después, había cerrado la puerta detrás de nosotros, y nos habíamos convertido en dos malhechores a ojos de la ley. El aire denso y cálido del invernáculo y la fragancia intensa y sofocante de las plantas exóticas se nos agarró a la garganta. Cogió mi mano en la oscuridad y me llevó rápidamente por entre hileras de arbustos que nos rozaban la

cara. Holmes tenía una singular aptitud, cuidadosamente ejercitada, para ver en la oscuridad. Con mi mano todavía en la suya, abrió una puerta, y tuve la vaga impresión de que habíamos entrado en una amplia habitación en la que se habían fumado un cigarro no mucho antes. Caminó a tientas entre los muebles, abrió otra puerta y la cerró tras nosotros. Al extender la mano, rocé varios abrigos que colgaban de la pared y comprendí que estaba en un pasillo. Lo atravesamos, y Holmes abrió muy despacio una puerta a mano derecha. Algo salió corriendo hacia nosotros y se me puso el corazón en un puño, aunque casi me eché a reír cuando me di cuenta de que era el gato. Había un fuego encendido en esta nueva habitación, y el aire volvía a estar cargado de humo de tabaco. Holmes entró de puntillas, me esperó para que lo siguiera, y luego cerró muy despacio la puerta. Estábamos en el despacho de Milverton, y un portier al otro lado nos indicaba la entrada a su dormitorio.

Había un buen fuego que iluminaba la habitación. Cerca de la puerta vi el reflejo de un interruptor de luz eléctrica, pero no hacía falta encenderla, incluso si hubiese sido seguro. A un lado de la chimenea había una pesada cortina, que cubría el ventanal que habíamos visto desde fuera. Al otro lado estaba la puerta que se comunicaba con la terraza. En el centro se encontraba un escritorio con una silla giratoria de brillante cuero rojo. Enfrente había una librería enorme, con un busto de mármol de Atenea en lo alto. En la esquina entre la librería y la pared estaba la caja fuerte alta y verde, que hacía reverberar la luz de la chimenea con los tiradores de latón pulido de su parte delantera. Holmes cruzó sigilosamente la habitación y la estudió. Entonces se deslizó hasta la puerta del dormitorio y permaneció allí con la cabeza inclinada escuchando atentamente. No llegaba ningún ruido de dentro. Entretanto, se me ocurrió que sería prudente asegurar nuestra retirada por la puerta al exterior, así que la examiné. Para mi sorpresa, ¡no estaba cerrada ni a cal ni a canto! Toqué a Holmes en el brazo, y volvió su máscara en esa dirección. Lo vi sobresaltarse, y era evidente que estaba tan sorprendido como yo.

—Esto no me gusta —susurró tras acercar sus labios hasta mi oído—. No entiendo nada. De todas formas, no tenemos tiempo que perder.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí, quédese junto a la puerta. Si oye que viene alguien, eche el cerrojo, y podremos escapar mientras llega. Si vienen por el otro lado, podemos salir por la puerta en caso de haber terminado el trabajo, o escondernos detrás de las cortinas de esa ventana si no. ¿Me sigue?

Asentí y permanecí junto a la puerta. Se me había pasado la impresión inicial de miedo, y ahora me dejaba llevar por un entusiasmo más desbordante de lo que había sentido nunca cuando éramos defensores de la ley en lugar de sus adversarios. Al elevado propósito de nuestra misión, a la conciencia de que era desinteresada y caballeresca, al carácter ruin de nuestro oponente, a todo eso se le añadía el interés deportivo de la aventura. Lejos de sentirme culpable, estaba alegre y exultante por el peligro. Con una sensación de admiración, miraba cómo Holmes desplegaba su estuche de instrumental y elegía la herramienta con la serena y científica precisión de un cirujano que ejecuta una operación delicada. Yo sabía que abrir cajas fuertes era una afición particular que tenía él, y entendía la alegría que le daba enfrentarse con ese monstruo verde y dorado, el dragón que tenía entre sus fauces la reputación de muchas hermosas damas. Tras doblarse las mangas de su chaqueta —había puesto su abrigo en una silla—, Holmes sacó dos brocas, una palanqueta y varias ganzúas. Yo estaba en la puerta central mirando hacia las otras dos, preparado para una emergencia, aunque, en realidad, mis planes acerca de qué debería hacer en caso de ser interrumpidos eran algo imprecisos. Durante una hora Holmes trabajó con mucho empeño, dejando una herramienta, cogiendo otra, manejando cada una de ellas con la fuerza y delicadeza de un mecánico cualificado. Por fin, oí un chasquido, se abrió la gran puerta verde y vislumbré dentro de ella varios fajos de papeles, todos atados, sellados y clasificados. Holmes extrajo uno, pero era difícil leer a la luz trémula del fuego, y sacó su pequeña linterna sorda, porque era demasiado peligroso, con Milverton en el cuarto de al lado, encender la luz eléctrica. De repente, lo vi parado, escuchando atentamente, y luego, en un momento, había cerrado la puerta de la caja fuerte, recogido su abrigo, metido las herramientas en sus bolsillos y se había precipitado detrás de la cortina de la ventana, indicándome que hiciera lo mismo.

Solo cuando me había reunido allí con él, oí lo que había alertado a sus sentidos, más despiertos que los míos. Había ruido en alguna parte dentro de la casa. Se oyó un portazo a lo lejos. Luego un murmullo confuso, mate, rompió en el ruido sordo y cadencioso de unos pasos graves que se acercaban velozmente. Estaban en el pasillo que daba a la habitación. Se detuvieron en la puerta. La puerta se abrió. Hubo un agudo chasquido al encenderse la luz. La puerta se cerró de nuevo, y nos llegó a la nariz el hedor acre de un potente cigarro. Luego los pasos continuaron yendo de acá para allá, de acá para allá, a pocas yardas de nosotros. Al final se oyó cómo crujía una silla, y cesaron los pasos. Luego se oyó chasquear una llave en una cerradura y el crujido de unos papeles.

Hasta ese momento no me había atrevido a mirar fuera, pero ahora entreabrí despacio la abertura de las cortinas y miré a través de ella. Por la presión del hombro de Holmes contra el mío, supe que estaba, como yo, al acecho. Directamente enfrente de nosotros, y casi a nuestro alcance, estaba la espalda ancha y encorvada de Milverton. Era evidente que habíamos errado en lo referente a sus horarios, que nunca había estado en su dormitorio, sino que había estado en vela en algún salón destinado al tabaco o al billar en el ala más alejada de la casa, cuyas ventanas no habíamos visto. Su enorme cabeza entrecana, con su reluciente calva, estaba en el primer término inmediato de nuestra visión. Se estaba reclinando más en la silla de cuero rojo, con las piernas extendidas y un largo cigarro negro que sobresalía oblicuo de su boca. Llevaba puesta una chaqueta holgada de estilo militar, de color burdeos, con cuello de terciopelo negro. En su mano sostenía un extenso documento legal, que estaba leyendo apáticamente, mientras hacía anillos de humo con los labios al mismo tiempo. No había indicios de que fuera a marcharse muy pronto, dadas la calma de su comportamiento y la comodidad de su postura.

Sentí que la mano de Holmes se acercaba sigilosamente a la mía y que me la apretaba para serenarme, como si me dijera que tenía controlada la situación y que estaba tranquilo. Yo no tenía claro si había visto lo que solo era evidente desde mi posición, que la puerta de la caja fuerte no estaba perfectamente cerrada, y que Milverton podía verlo en cualquier momento. Pensé para mí que, si el hombre lo descubría, yo saldría de un salto, le

echaría mi chaquetón por encima de la cabeza, lo sujetaría de esa manera y le dejaría el resto a Holmes. Pero Milverton ni tan siquiera levantó la mirada. Los papeles de su mano le interesaban de manera indolente, y pasaba página tras página mientras seguía la argumentación del abogado. Al menos, pensé, cuando se haya terminado el documento y el cigarro, se irá a su habitación, pero antes de que hubiese alcanzado el final de ninguno de los dos, se produjo un notable giro que desvió nuestros pensamientos hacia otros derroteros.

Había observado que Milverton había mirado su reloj varias veces, y que una de estas se había levantado y sentado de nuevo con un gesto de impaciencia. Y, a pesar de todo, la idea de que pudiera tener una cita a una hora tan insólita nunca se me pasó por la cabeza hasta que llegó a mis oídos un débil sonido desde la terraza de fuera. Milverton dejó caer los papeles sobre la mesa y se enderezó en su asiento. Se repitió el sonido, y luego se oyó un leve golpeteo en la puerta. Milverton se levantó y la abrió.

—Bien —dijo secamente—, llega casi media hora tarde.

Así que esa era la explicación de la puerta sin cerrar y la noche en vela de Milverton. Se oía el leve roce de un vestido de mujer. Había cerrado el resquicio entre las cortinas cuando el rostro de Milverton se había vuelto en dirección a nosotros, pero ahora me arriesgué a abrirlas de nuevo con mucho cuidado. Había regresado a su silla, con el cigarro que sobresalía oblicuo e insolente de la comisura de sus labios. Enfrente de él, bajo el foco de la luz eléctrica, había una mujer alta, esbelta, morena, con un velo sobre la cara y una capa cerrada en torno a su barbilla. Su respiración se aceleró agitada, y cada ápice de la elegante figura se estremecía por una intensa emoción.

—Bueno —dijo Milverton—, me ha hecho perder un buen rato de descanso nocturno, querida. Espero que resulte provechoso. No podía venir en otro momento…, ¿verdad?

La mujer negó con la cabeza.

—Bueno, si no ha podido, pues no ha podido. Si la condesa ha sido una jefa dura con usted, ahora tiene la oportunidad de ponerse a su altura. Pobre chica, pero ¿qué manera de temblar es esta? ¡Eso es! ¡Recobre la compostura! Ahora, pasemos al negocio.

Cogió una nota del cajón de su escritorio.

—Dice que tiene cinco cartas comprometedoras para la condesa d'Albert. Usted quiere venderlas. Yo quiero comprarlas. Hasta aquí bien. Solo queda poner un precio. Por supuesto, querría inspeccionar las cartas. Si de verdad son buenos ejemplares… Cielo santo, ¿es usted?

Sin decir una palabra, la mujer se levantó el velo y dejó que cayera la capa de su barbilla. El rostro que se enfrentaba a Milverton era moreno, atractivo, de facciones marcadas, un rostro de nariz aquilina, cejas pronunciadas y oscuras que ensombrecían unos ojos duros y brillantes, y una boca de labios rectos y finos en la que se dibujaba una peligrosa sonrisa.

—Soy yo —dijo—, la mujer a la que le ha arruinado la vida.

Milverton se rió, pero había un temblor de miedo en su voz.

—Fue usted pero que muy obstinada —dijo—. ¿Por qué me hizo llegar a tales extremos? Le aseguro que no le haría daño a una mosca por propia voluntad, pero todo hombre tiene su oficio, ¿qué puedo hacer yo? Ajusté el precio a sus medios. No quiso pagar.

—Así que le envió las cartas a mi marido y a él, el caballero más noble que haya existido nunca, un hombre al que nunca le he llegado ni a la suela de los zapatos, a él se le rompió su generoso corazón y murió. ¿Recuerda la última noche? ¿Cuando crucé esa puerta y le rogué y supliqué piedad, y se rió en mi cara como está tratando de reírse ahora? Solo que ahora con ese corazón de cobarde que tiene no puede evitar que le tiemblen los labios. Sí, creyó que no me volvería a ver nunca más, pero fue la noche que me mostró cómo podía reunirme con usted cara a cara y a solas. Bueno, Charles Milverton, ¿tiene algo que decir?

—Ni se le pase por la cabeza que puede intimidarme —dijo poniéndose en pie—. Solo tengo que alzar la voz para llamar a mis criados y que la arresten. Pero seré comprensivo con su lógica indignación. Abandone la habitación enseguida como ha venido y no diré nada.

La mujer se quedó con la mano metida en su pecho y la misma sonrisa letal en sus finos labios.

—No arruinará más vidas como arruinó la mía. No destrozará más corazones como destrozó el mío. Voy a liberar al mundo de algo venenoso.

¡Toma eso, perro, y eso! ¡… y eso! ¡… y eso!

Había sacado un revólver pequeño y brillante, y vació el cargador, bala tras bala, en el cuerpo de Milverton, con la boca del cañón a dos pies de la pechera de su camisa. Él retrocedió y luego se cayó boca abajo encima de la mesa, tosiendo convulsivamente y arañando la madera entre los papeles. Entonces, otra vez de pie, se tambaleó, recibió otro disparo y rodó por el suelo.

—Ha acabado conmigo —exclamó y se quedó quieto.

La mujer lo miró atentamente y le clavó el tacón en la cara boca arriba. Lo volvió a mirar, pero no hizo sonido o movimiento alguno. Oí un claro roce, el aire nocturno se metió de golpe en la caldeada habitación y la vengadora se marchó.

Que interviniésemos no hubiese podido salvar a ese hombre de su destino, pero, como la mujer descargaba bala tras bala en el cuerpo contraído de Milverton, estuve a punto de saltar, hasta que sentí cómo me agarraba la mano fría y fuerte de Holmes la muñeca. Comprendí la razón de ese apretón firme y disuasivo: que no era asunto nuestro, que se le había hecho justicia a un bellaco, que teníamos nuestros propios deberes y nuestros propios fines que no debíamos perder de vista. Pero, en cuanto la mujer salió corriendo de la habitación, Holmes, a paso veloz y silencioso, estaba ya en la otra puerta. Giró la llave en la cerradura. Al mismo tiempo, oímos voces en la casa y el ruido de unos pies que se apresuraban. Los disparos del revólver habían despertado al servicio. Con absoluta frialdad, Holmes se deslizó hasta la caja fuerte, se llenó los brazos con montones de cartas y las echó todas al fuego. Lo hizo una y otra vez, hasta que la caja quedó vacía. Alguien giró la manilla y dio golpes al otro lado de la puerta. Holmes miró rápidamente a su alrededor. La carta que había sido el heraldo de la muerte para Milverton se encontraba, toda salpicada de sangre, encima de la mesa. Holmes la lanzó entre los papeles en llamas. Entonces sacó la llave de la puerta al exterior, pasó por ella tras de mí y cerró por fuera.

—Por aquí, Watson —dijo—, podemos escalar la tapia del jardín por este lado.

No podía creerme que se hubiese propagado la alarma de manera tan rápida. Al mirar atrás, la enorme casa resplandecía con todas las luces

encendidas. La puerta de la entrada estaba abierta, y bajaban corriendo unas formas humanas por el camino de acceso a la casa. Todo el jardín estaba lleno de gente, un tipo voceó cuando salimos de la terraza, y nos siguieron muy de cerca. Holmes parecía conocerse el jardín a la perfección y se abrió paso velozmente por una arboleda de árboles pequeños, yo pegado a sus talones, y el resuello del primero de nuestros perseguidores a nuestras espaldas. Una tapia de seis pies nos cortaba el paso, pero saltó hasta arriba y la superó. Cuando hice lo mismo, sentí cómo la mano del hombre de detrás trataba de agarrarme el tobillo, pero le di una patada para soltarme y pasé por encima de un remate sembrado de cristales. Caí de cara entre unos arbustos, pero Holmes me levantó en un momento, y salimos corriendo a través de la enorme extensión de Hampstead Heath. Habíamos corrido dos millas, supongo, antes de que Holmes, por fin, se detuviera y escuchara con atención. Solo había un absoluto silencio detrás de nosotros. Les habíamos dado esquinazo a nuestros perseguidores y estábamos a salvo.

Habíamos desayunado y estábamos fumando nuestra pipa matutina el día siguiente a la singular experiencia de la que he dejado constancia cuando el señor Lestrade, de Scotland Yard, muy solemne y formal, se presentó en nuestro humilde salón.

—Buenos días, señor Holmes —dijo—, buenos días. ¿Le importaría que le pregunte si se encuentra muy ocupado en este mismo momento?

—No tanto como para no escucharle.

—He pensado que, tal vez, si no tuviera nada en concreto entre manos, podría ayudarnos en un caso muy singular que sucedió ayer mismo por la noche en Hampstead.

—¡Madre mía! —dijo Holmes—. ¿Qué ha pasado?

—Un asesinato…, un asesinato muy dramático y singular. Sé lo brillante que es usted para estas cosas, y vería como un gran favor si pudiera acercarse a Appledore Towers y darnos alguno de sus provechosos consejos. No es un crimen ordinario. Habíamos puesto los ojos en el tal señor Milverton desde hacía algún tiempo, y, entre nosotros, era algo bellaco. Era conocido por conservar documentos que utilizaba para

chantajear a la gente. Todos esos documentos han sido quemados por los asesinos. Puesto que no se llevaron ningún artículo de valor, es probable que los criminales fueran personas de buena posición, cuyo único objetivo fuera impedir un escándalo.

—¡Criminales! —dijo Holmes—. ¡En plural!

—Sí, había dos. Por muy poco no fueron cogidos in fraganti. Tenemos las huellas de sus zapatos, tenemos su descripción: diez a uno que los encontramos. El primero de ellos era muy ágil, pero al segundo lo atrapó el ayudante del jardinero y solo escapó tras un forcejeo. Era de estatura media, de constitución fuerte…, mandíbula cuadrada, ancho de cuello, bigote, una máscara sobre los ojos.

—Eso es bastante impreciso —dijo Sherlock Holmes—. Vaya, ¡que podría ser la descripción de Watson!

—Pues es verdad —dijo el inspector, con una gran sonrisa—, podría ser la descripción de Watson.

—Bueno, me temo que no puedo ayudarle, Lestrade —dijo Holmes—. Lo cierto es que conocía a ese tal Milverton, que lo consideraba uno de los hombres más peligrosos de Londres, y que creo que hay ciertos crímenes que no están al alcance de la ley y, que, por tanto, hasta cierto punto, la venganza privada está justificada. No, es inútil hablar de ello. Ya lo he decidido. Mis simpatías se encuentran antes con los criminales que con la víctima, y no puedo encargarme de este caso.

Holmes no me había dicho ni una palabra sobre la tragedia de la que habíamos sido testigos, pero observé que estuvo toda la mañana muy pensativo, y me dio la sensación, por su mirada perdida y su comportamiento distraído, de un hombre que se empeña en hacer memoria. Estábamos en mitad de la comida cuando, de repente, se puso en pie de un salto.

—Cielos, Watson, ¡lo tengo! —exclamó—. ¡Coja su sombrero! ¡Venga conmigo!

Corrió a toda velocidad Baker Street abajo y por Oxford Street, hasta que casi habíamos llegado a Regent Circus. Aquí, a mano izquierda, había

un escaparate lleno de fotografías de las celebridades y bellezas del momento. La mirada de Holmes se detuvo en una de ellas, y, al seguir sus ojos, vi el retrato de una dama regia y sublime con vestido de corte, con una gran diadema de diamantes en su noble cabeza. Contemplé esa nariz de delicada curva, las cejas marcadas, la boca recta y la fuerte barbilla debajo. Entonces se me cortó la respiración al leer el título inmemorial del insigne noble y hombre de Estado de quien había sido mujer. Mis ojos se encontraron con los de Holmes, y se puso un dedo sobre los labios mientras le dábamos la espalda al escaparate.

LA AVENTURA DE LOS SEIS NAPOLEONES

No era algo excepcional que el señor Lestrade, de Scotland Yard, se pasase a vernos por la tarde, y sus visitas eran bien recibidas por Sherlock Holmes, ya que le permitían mantenerse al corriente de todo lo que sucedía en la central de la policía. A cambio de las noticias que Lestrade le llevaba, Holmes se mostraba siempre dispuesto a escuchar con atención los detalles de algún caso del que se estuviese encargando, y, de vez en cuando, podía, sin intervenir activamente, darle alguna pista o sugerencia que extrajese de entre sus vastos conocimientos y experiencias.

Esa tarde en concreto, Lestrade había estado hablando del tiempo y de la prensa. Luego se quedó en silencio, dando caladas a su cigarro concentrado. Holmes lo miró fijamente.

—¿Se trae algo especial entre manos? —preguntó.

—Oh, no, señor Holmes, nada que se salga demasiado de lo común.

—Entonces, háble me de ello.

Lestrade se rió.

—Bueno, señor Holmes, es inútil negarle que le estoy dando vueltas a algo. Sin embargo, es un asunto tan ridículo que dudaba si molestarle con eso. Por otra parte, aunque sea banal, es, sin duda alguna, extraño, y sé que le gusta todo lo que se salga de lo común. Pero, a mi entender, entra más en el campo del doctor Watson que en el nuestro.

—¿El de la enfermedad? —dije.

—El de la locura, en todo caso. ¡Y una locura bien extraña! ¿A que ni se le hubiese pasado por la cabeza que haya alguien vivo todavía hoy que odie tanto a Napoleón I como para romper cualquier imagen suya que tenga delante de los ojos?

Holmes se arrellanó en su sillón.

—No es asunto de mi competencia —dijo.

—Exacto. Eso es lo que yo decía. Pero, por otra parte, cuando un hombre allana una casa con el fin de romper imágenes que no son de su propiedad, el asunto sale del ámbito del médico para pasar al del policía.

Holmes se enderezó en su asiento.

—¡Allanamiento! Eso es más interesante. Háble me de los detalles.

Lestrade sacó su libreta oficial y repasó sus páginas para recordarlos.

—El primer caso denunciado sucedió hace cuatro días —dijo—. Pasó en la tienda de Morse Hudson, que tiene un local en Kennington Road en el que se venden cuadros y esculturas. El ayudante había ido al almacén un momento cuando oyó un ruido estrepitoso, y, al entrar corriendo allí, se encontró hecho trizas un busto de escayola de Napoleón que estaba con varias obras más sobre el mostrador. Se precipitó a la calle, pero, aunque varios transeúntes afirmaron haber visto a un hombre saliendo de la tienda a la carrera, ni pudo ver a nadie ni tuvo manera de identificar al granuja. Parecía haber sido uno de esos actos absurdos de gamberrismo que ocurren de vez en cuando, y se denunció al agente de ronda como tal. La pieza de escayola no valía más que unos chelines y todo el asunto resultaba demasiado pueril como para dedicarle una investigación a aquello.

»Sin embargo, el segundo caso fue más grave y también más peculiar. Ocurrió ayer por la noche.

»En Kennington Road, y a apenas cien yardas de la tienda de Morse Hudson, vive un médico de familia famoso, el doctor Barnicot, que tiene una de las clientelas más extensas al sur del Támesis. Su residencia y principal consultorio está en Kennington Road, pero tiene una consulta y dispensario auxiliar en Lower Brixton Road, a dos millas de allí. El tal doctor Barnicot es un admirador entusiasta de Napoleón y su casa está llena de libros, cuadros y reliquias del emperador francés. Hace poco, le compró a Morse Hudson dos réplicas de escayola de la célebre cabeza de Napoleón realizada por el escultor francés Devine. Una de ellas se hallaba en el vestíbulo de su casa en Kennington Road, y la otra, en la repisa de la chimenea de la consulta de Lower Brixton. Pues bien, cuando el doctor Barnicot llegó allí esta mañana, se quedó estupefacto al descubrir que habían allanado su casa durante la noche, pero que no le habían quitado nada salvo la cabeza de escayola del vestíbulo. La habían llevado afuera y

la habían estrellado violentamente contra la tapia del jardín, al pie de la cual se encontraron sus añicos».

Holmes se frotó las manos.

—Desde luego, esto es muy original —dijo.

—Pensé que le gustaría. Pero todavía no he llegado al final. El doctor Barnicot tenía que estar en el dispensario a las doce de la mañana, y puede imaginarse su sorpresa cuando, al llegar allí, descubrió que habían abierto la ventana durante la noche, y que los fragmentos rotos de su segundo busto estaban esparcidos por la habitación. Lo habían hecho pedazos donde estaba. En ninguno de los dos casos había indicios que pudieran darnos una pista relacionada con el criminal o lunático que le había hecho esa jugarreta. Ahora, señor Holmes, tiene todos los hechos.

—Son peculiares, por no decir grotescos —dijo Holmes—. ¿Puedo preguntarle si los dos bustos hechos pedazos en las dependencias del doctor Barnicot eran réplicas exactas de la que destruyeron en la tienda de Morse Hudson?

—Extraídas del mismo molde.

—Tal hecho contradice la teoría de que el tipo que los rompe se mueve por un odio a Napoleón en general. Teniendo en cuenta los varios cientos de estatuas del gran emperador que deben de existir en Londres, es demasiado suponer que sea una coincidencia el que un iconoclasta sin criterio comenzara por casualidad por tres ejemplares del mismo busto.

—Bueno, yo pensé lo mismo que usted —dijo Lestrade—. Por otra parte, el tal Morse Hudson es el proveedor de los bustos en esa parte de Londres, y los tres son los únicos que había tenido en su tienda durante años. Así que, aunque, como usted dice, haya varios cientos de estatuas en Londres, es muy probable que esas tres fuesen las únicas en ese distrito. Por lo tanto, un fanático del barrio hubiese empezado por ellos. ¿Qué le parece a usted, Watson?

—No hay límites para las posibilidades de la monomanía —respondí—. Tenemos la condición que los psicólogos franceses modernos han bautizado como la *idée fixe*[7], que puede ser trivial en sí misma y estar asociada a una cordura total en todos los demás aspectos. Un hombre que haya leído extensamente acerca de Napoleón, o que tal vez haya heredado algún

agravio familiar de la Gran Guerra, es muy posible que concibiera una *idée fixe* semejante, y bajo su influencia ser capaz de cualquier atrocidad estrafalaria.

—Eso no me vale, mi querido Watson —dijo Holmes negando con la cabeza—, porque ninguna *idée fixe* del mundo le hubiese permitido a su interesante monomaniaco descubrir dónde se encontraban esos bustos.

—Bueno, ¿y cómo lo explica usted?

—No es mi intención hacerlo. Solo quería advertirles de que hay un cierto método en el extravagante proceder del caballero. Por ejemplo, en el vestíbulo del doctor Barnicot, donde un ruido posiblemente hubiese despertado a la familia, se sacó el busto afuera antes de romperlo, mientras que en el dispensario, donde había menos riesgo de alarma, lo hicieron pedazos en el sitio. El asunto parece trivial hasta lo ridículo; sin embargo, no me aventuraría a decir que nada es banal cuando pienso que algunos de mis casos más clásicos han tenido inicios de lo menos prometedores. Recordará, Watson, cómo el terrible suceso de la familia Abernetty llamó mi atención por lo profundo que se había hundido el perejil en la mantequilla durante un día de calor. No puedo permitirme, por lo tanto, sonreírme ante sus tres bustos rotos, Lestrade, y le estaré muy agradecido si me informa de cualquier cambio en esta cadena de acontecimientos tan peculiar.

El cambio que había pedido mi amigo llegó de una manera más rápida e infinitamente más trágica de lo que hubiese podido imaginar. Me estaba vistiendo todavía en mi dormitorio a la mañana siguiente cuando oí que llamaban a la puerta y entraba Holmes con un telegrama en la mano. Lo leyó en alto:

> Venga de inmediato a Pitt Street 131, Kensington.
>
> LESTRADE

—¿Para qué será? —pregunté.

—No lo sé…, quizá no sea nada. Pero sospecho que es la continuación de la historia de las esculturas. En ese caso, nuestro amigo, el iconoclasta,

ha comenzado sus actividades en otro barrio de Londres. Hay café encima de la mesa, Watson, y tengo un coche en la puerta.

En media hora habíamos llegado a Pitt Street, un pequeño remanso de paz justo al lado de una de las arterias más animadas de la vida londinense. El número 131 era una de las viviendas de una hilera de casas todas de fachada plana, respetables y muy poco románticas. Al acercarnos, nos encontramos la verja de enfrente de la casa deformada por una multitud curiosa. Holmes silbó.

—¡Santo Dios! Como poco ha habido un intento de asesinato. Solo eso haría detener a un mensajero de Londres. Se trata de un acto violento como indican los hombros caídos y el cuello estirado de ese tipo. ¿Qué es esto, Watson? Los escalones de arriba fregados y los otros secos. Bastantes huellas, en cualquier caso. Vaya, vaya, ahí está Lestrade en la ventana de la fachada, y pronto lo sabremos todo sobre esto.

El oficial nos recibió con el rostro muy serio y nos condujo al salón, en donde un anciano sumamente desaliñado y alterado, vestido con una bata de franela, iba de un lado a otro de la habitación. Nos lo presentaron como el dueño de la casa: el señor Horace Harker, del Sindicato Central de Prensa.

—Otra vez el caso del busto de Napoleón —dijo Lestrade—. Parecía interesado ayer noche en ello, señor Holmes, así que pensé que tal vez le alegrara estar presente ahora que el asunto ha dado un giro mucho más grave.

—¿Qué clase de giro?

—Asesinato. Señor Harker, ¿les contaría a estos caballeros qué sucedió exactamente?

El hombre de la bata se volvió hacia nosotros con expresión de gran tristeza.

—Qué cosa tan extraña —dijo— que me haya pasado toda la vida recogiendo las noticias de otros, y ahora que me ha pasado a mí una noticia real me siento tan confuso y desconcertado que no puedo hilvanar dos palabras seguidas. Si hubiese venido aquí como periodista, me hubiese entrevistado a mí mismo y tenido dos columnas para cada periódico de la tarde. En mi estado actual, estoy revelándole una valiosa información una y otra vez a una sarta de personas diferentes, y no puedo utilizarla para mí. A

pesar de todo, he oído hablar de usted, señor Sherlock Holmes, y, con que encontrara una explicación para este asunto tan raro, me compensaría la molestia de contarle la historia.

Holmes se sentó y escuchó.

—Todo parece estar relacionado con ese busto de Napoleón que compré para esta misma habitación hace más o menos cuatro meses. Me lo vendieron barato en Harding Brothers, a dos portales de la estación de High Street. Una buena parte de mi trabajo periodístico lo hago de noche, y a menudo me quedo escribiendo hasta la mañana temprano. Eso es lo que hice hoy. Estaba sentando en mi estudio, que está en el piso de arriba en la parte trasera de la casa, a las tres de la madrugada, cuando me pareció oír ruidos en el piso de abajo. Me puse a escuchar, pero no se repitieron, y llegué a la conclusión de que procedían del exterior. Entonces, de repente, aproximadamente cinco minutos más tarde, se oyó un chillido más que horrible…, el ruido más espantoso, señor Holmes, que haya oído nunca. Resonará en mis oídos mientras viva. Me quedé sentado, helado de terror durante unos minutos. Luego cogí el atizador y fui abajo. Cuando entré en esta habitación, me encontré la ventana abierta de par en par, y me di cuenta enseguida de que el busto había desaparecido de la repisa de la chimenea. Por qué un ladrón se llevaría tal cosa supera mi entendimiento, porque no era más que una réplica de escayola y no tenía valor real alguno.

»Puede ver usted mismo que cualquiera que saliera por esa ventana abierta podía alcanzar el umbral de la puerta principal dando una zancada larga. Eso era claramente lo que el ladrón había hecho, así que me di la vuelta para abrir la puerta. Al salir a la oscuridad, estuve a punto de caerme encima de un hombre muerto que yacía allí. Volví corriendo por una luz, y allí estaba el pobre hombre: un buen tajo en la garganta y todo el suelo bañado en sangre. Yacía de espaldas, con las rodillas dobladas, y la boca espantosamente abierta. Esa imagen me perseguirá noche y día. Solo me dio tiempo a soplar en mi silbato de la policía y luego me debí de desmayar, porque no recuerdo nada más hasta que vi al policía inclinado sobre mí en el vestíbulo».

—Bien, ¿y quién era el hombre asesinado? —preguntó Holmes.

—No hay nada que lo identifique —respondió Lestrade—. Ya verá el cuerpo en el depósito, pero no hemos sacado nada en claro hasta ahora. Es un hombre alto, moreno, muy fornido, de no más de treinta años. Está pobremente vestido, pero, pese a ello, no parece un obrero. Encontramos una navaja de mango de asta tirada en el charco de sangre que había a su lado. Si fue el arma con el que se cometió el crimen o si pertenecía al difunto, eso no lo sé. No hay nombres en su ropa ni nada en los bolsillos, excepto una manzana, un poco de cuerda, un mapa de Londres de un chelín y una fotografía. Aquí la tiene.

Era una instantánea tomada con una cámara pequeña. Mostraba a un hombre despierto de rasgos simiescos marcados con cejas espesas, y una singular protuberancia en la parte inferior de la cara como el hocico de un babuino.

—¿Y qué ha sucedido con el busto? —preguntó Holmes después de un estudio minucioso del retrato.

—Nos estaban informando sobre él justo antes de que llegaran ustedes. Lo han encontrado en el jardín delantero de una casa vacía en Campden House Road. Estaba roto en pedazos. Iba a ir ahora para verlo. ¿Vienen?

—Por supuesto. Solo tengo que echar un vistazo —examinó la alfombra y la ventana—. O el tipo tenía unas piernas muy largas, o era un hombre muy ágil —dijo—. Con el foso que da al sótano debajo, no es una hazaña nada desdeñable alcanzar el alféizar y abrir la ventana. Salir es, en comparación, sencillo. ¿Va a venir con nosotros a ver los restos de su busto, señor Harker?

El abatido periodista se había sentado a un escritorio.

—Tengo que intentar sacar algo en claro de todo esto —dijo—, aunque no me cabe duda de que las primeras ediciones de los periódicos vespertinos habrán salido ya con todos los detalles. ¡Menuda suerte tengo! ¿Se acuerdan de cuando se hundió la tribuna de Doncaster? Pues bien, yo era el único periodista en la tribuna, y mi periódico fue el único que no informó de ello, porque estaba demasiado alterado como para escribirlo. Y ahora voy a llegar demasiado tarde con un asesinato cometido en el umbral de mi propia casa.

Cuando estábamos dejando la habitación, oímos cómo su pluma corría de manera estridente sobre el folio.

El lugar donde se encontraron los fragmentos del busto estaba solo a unos cientos de yardas de allí. Por primera vez nuestras miradas recorrieron esa efigie del gran emperador que parecía despertar un odio tan destructivo y desesperado en la mente del desconocido. Se encontraba desperdigado en trozos menudos sobre la hierba. Holmes recogió varios de ellos y los examinó cuidadosamente. Yo estaba convencido, por el ensimismamiento de su rostro y la resolución de sus movimientos, de que, por fin, tenía una pista.

—¿Y bien? —preguntó Lestrade.

Holmes se encogió de hombros.

—Todavía nos queda un largo camino por recorrer —respondió—. Sin embargo…, sin embargo…, bueno, tenemos algunos hechos sugerentes a partir de los que podemos actuar. Poseer este busto trivial es más valioso a ojos de este extraño criminal que una vida humana. Ese es el primer punto. Luego tenemos el peculiar hecho de que no lo rompió en la casa ni justo en el exterior de la casa, si romperlo es su único propósito.

—Andaba nervioso y con prisas por el encuentro con ese otro tipo. Apenas sabía lo que estaba haciendo.

—Bueno, eso es bastante probable. Pero me gustaría llamar su atención muy en particular sobre la posición de esta casa con respecto al jardín en el que se destruyó el busto.

Lestrade miró a su alrededor.

—Era una casa deshabitada, y por eso sabía que no lo molestarían en el jardín.

—Sí, pero hay otra casa deshabitada más allá calle arriba por la que debió pasar antes de llegar a esta. ¿Por qué no lo rompió allí, dado que es evidente que cada yarda más que lo transportaba hacía que aumentara el riesgo de toparse con alguien?

—Me rindo.

Holmes señaló con el dedo la farola que había sobre nuestras cabezas.

—Aquí podía ver lo que hacía y allí no. Esa fue la razón.

—¡Cielo santo, pues es verdad! —dijo el detective—. Ahora que lo pienso, rompió uno de los bustos del doctor Barnicot no lejos de una lámpara roja. Y bien, señor Holmes, ¿qué debemos hacer a partir de ese hecho?

—Recordarlo…, tenerlo archivado. Tal vez suceda algo más adelante que tenga relación con él. ¿Qué medidas propone que adoptemos ahora, Lestrade?

—La manera más práctica de solucionarlo, a mi entender, es identificar al difunto. No debería costarnos. Cuando hayamos descubierto quién es y quiénes son sus socios, deberíamos tener un buen punto de partida para enterarnos de qué estaba haciendo en Pitt Street la pasada noche, y quién era la persona que se encontró con él y lo mató en el umbral del señor Horace Harker. ¿No cree?

—Sin duda, no obstante, no es exactamente la manera en que abordaría el caso.

—¿Y qué haría usted entonces?

—¡Ah, no debe dejar que le influya de ninguna manera! Le sugiero que continúe con su línea de investigación y yo con la mía. Podemos cotejar notas más tarde, y unas complementarán a las otras.

—Muy bien —dijo Lestrade.

—Si regresa a Pitt Street, es posible que vea al señor Horace Harker. Cuéntele de mi parte que he llegado a una conclusión, y que definitivamente un lunático peligroso y homicida con delirios napoleónicos estuvo en su casa esta noche. Será útil para su artículo.

Lestrade se lo quedó mirando.

—¿No creerá eso de verdad?

Holmes sonrió.

—¿No? Bueno, quizá no. Pero estoy seguro de que le interesará al señor Horace Harker y a los suscriptores del Sindicato Central de Prensa. Ahora, Watson, creo que vamos a descubrir que nos queda un largo día y bastante complicado de trabajo por delante. Le agradecería, Lestrade, si le pareciera conveniente, que nos viésemos en Baker Street esta tarde a las seis. Hasta entonces, me gustaría quedarme con esa fotografía hallada en el bolsillo del difunto. Posiblemente tenga que pedirle que me acompañe y ayude en una

pequeña expedición que tendremos que emprender esta noche, si mi razonamiento resultara ser correcto. Hasta entonces, ¡adiós y buena suerte!

Sherlock Holmes y yo caminamos juntos hacia High Street, y allí nos detuvimos en la tienda de Harding Brothers, donde se había adquirido el busto. Un joven dependiente nos informó de que el señor Harding estaría ausente hasta pasado el mediodía, y que él mismo era un recién llegado que no podía proporcionarnos ninguna información. En el rostro de Holmes se traslució su decepción y enfado.

—Bueno, bueno, no podemos esperar salirnos siempre con la nuestra, Watson —dijo por fin—. Debemos volver por la tarde si el señor Harding no está aquí hasta entonces. Estoy, como sin duda ha sospechado, tratando de rastrear esos bustos hasta su origen, con el fin de descubrir si no hay nada singular que pueda ser responsable de su asombroso destino. Encaminémonos a la tienda del señor Morse Hudson, en Kennington Road, y veamos si él puede aclarar el problema.

Una hora de coche nos llevó hasta el establecimiento del marchante de retratos. Era un hombre bajo y rechoncho con la cara roja y un talante irascible.

—Sí, señor. En mi propio mostrador, señor —dijo—. Que paguemos impuestos para no se sabe qué, cuando cualquier sinvergüenza puede entrar y romper las propiedades de uno. Sí, señor, fui yo quien le vendió al doctor Barnicot sus dos esculturas. ¡Una vergüenza, señor mío! Una conspiración nihilista, se lo digo yo. Nadie aparte de un anarquista andaría rompiendo esculturas por ahí. Unos rojos y unos republicanos, eso es lo que son. ¿Quién me proporcionó las esculturas? No veo qué tiene que ver esto con lo que ha ocurrido. Bueno, pues si de verdad quiere saberlo, me las proporcionaron en Gelder & Co., en Church Street, Stepney. Es una casa muy conocida y llevan veinte años en el negocio. ¿Cuántos tenía? Tres: dos y una, tres; dos del doctor Barnicot y una hecha añicos a plena luz del día en mi propio mostrador. ¿Que si conozco al de la fotografía? No, no lo conozco. Espere, sí, sí lo conozco. Vaya, es Beppo. Es un italiano que trabaja a destajo y echaba una mano en la tienda. Sabía esculpir un poco, dorar y enmarcar, y hacía apaños. El tipo me dejó la semana pasada y no he vuelto a saber nada de él desde entonces. No, no sé de dónde venía ni

adónde iba. No tuve problemas con él mientras estuvo aquí. Se había ido dos días antes de que hicieran añicos el busto.

—Bueno, eso es todo lo que podíamos esperar obtener, siendo razonables, de Morse Hudson —dijo Holmes cuando salíamos de la tienda —. Tenemos al tal Beppo como denominador común, tanto en Kennington como en Kensington, así que vale la pena un paseo en coche de diez millas. Ahora, Watson, dirijámonos a Gelder & Co., en Stepney, la fuente y origen de los bustos. Me sorprendería que allí no pudiésemos conseguir algo que nos ayude.

Cruzamos rápida y sucesivamente los límites del Londres elegante, el Londres hotelero, el Londres teatral, el Londres literario, el Londres comercial y, por último, el Londres náutico, hasta llegar a una ciudad ribereña de cien mil almas donde las casas de vecindad se sofocan y echan el humo de los marginados de Europa. Aquí, en una amplia avenida, antaño barrio de comerciantes acaudalados de la ciudad, nos encontramos con la fábrica de esculturas que andábamos buscando. Fuera había un patio considerable lleno de enormes piedras sin labrar. Dentro había una gran sala en la que cincuenta obreros estaban esculpiendo o moldeando. El encargado, un alemán rubio y corpulento, nos recibió atentamente, y dio respuestas claras a las preguntas de Holmes. Una consulta a sus libros reveló que se habían sacado cientos de escayolas de la copia de mármol de la cabeza de Napoleón, obra de Devine, pero que las tres que se le habían enviado a Morse Hudson un año, más o menos, antes, eran la mitad de un lote de seis, que las otras tres se habían enviado a Harding Brothers, de Kensington. No había razón alguna por la que esas seis hubieran de ser diferentes de las otras escayolas. No se le ocurría ningún posible motivo por el que nadie deseara destruirlas —de hecho, le hizo gracia la idea—. Su precio al por mayor era de seis chelines, pero el minorista se sacaría doce o más. La réplica se obtenía de dos moldes, uno para cada lado de la cara, y luego esos dos perfiles de yeso blanco se unían para completar el busto. Solían realizar ese trabajo obreros italianos en la sala en la que estábamos. Cuando terminaban los bustos, los ponían encima de una mesa en el pasillo para que se secaran, y luego los almacenaban. Eso era todo lo que podía contarnos.

Pero, al enseñarle la fotografía, esta le produjo un notable efecto al encargado. Se puso rojo de ira, y frunció las cejas sobre sus teutónicos ojos azules.

—¡Qué granuja! —exclamó—. Sí, claro que lo conozco, y muy bien. Esta casa siempre ha sido respetable, y la única vez que hemos tenido aquí a la policía fue a causa de este tipo. Ha pasado más de un año ya. Apuñaló a otro italiano en la calle, y luego se vino a la fábrica con la policía en los talones, y lo atraparon aquí. Se llamaba Beppo… Nunca supe el apellido. Me lo tengo merecido por contratar a un hombre con una cara así. Pero era un buen trabajador, uno de los mejores.

—¿Qué fue de él?

—El hombre sobrevivió y a él le cayó un año. Seguro que está ya fuera, pero no se ha atrevido a asomar la nariz por aquí. Tenemos a un primo suyo trabajando con nosotros. Supongo que podría decirles dónde está.

—No, no —exclamó Holmes—, ni una palabra al primo… Ni una palabra, se lo ruego. Es un asunto muy importante, y cuanto más avanzo en él, más parece crecer en importancia. Cuando ha consultado en su libro de contabilidad la venta de esas réplicas, he reparado en que la fecha era el 3 de junio del pasado año. ¿Podría decirme la fecha en que arrestaron a Beppo?

—Se lo podría decir más o menos gracias a la lista de pagos —respondió el encargado—. Sí —siguió diciendo después de haber pasado unas páginas—, le pagamos por última vez el 20 de mayo.

—Gracias —dijo Holmes—. No creo que tenga necesidad de abusar de su tiempo y paciencia en el futuro.

Con unas últimas palabras de advertencia para que no dijera nada acerca de nuestras pesquisas, pusimos rumbo al oeste otra vez.

No fue sino muy avanzada la tarde cuando pudimos tomar un rápido almuerzo en un restaurante. Un cartel de un puesto de periódicos anunciaba en la entrada: «Atrocidad en Kensington. Asesinato a manos de un loco», y el contenido del periódico indicaba que habían publicado su relación de los hechos después de todo. Ocupaba dos columnas con una interpretación sensacionalista y florida de todo el incidente. Holmes apoyó el rotativo en

la vinagrera y lo leyó mientras comíamos. Se rió por lo bajo una o dos veces.

—Esto está pero que muy bien, Watson —dijo—. Escuche: «Es un alivio saber que no hay diferencia de opiniones en este caso, puesto que el señor Lestrade, uno de los más miembros con más experiencia del cuerpo de policía, y el señor Sherlock Holmes, el célebre especialista que lo asesora, han llegado a la conclusión de que la grotesca secuencia de acontecimientos, que han acabado de manera tan trágica, tiene su origen en la locura antes que en el crimen premeditado. Ninguna explicación excepto la aberración mental puede esclarecer todos los hechos».

»La Prensa, Watson, es una institución muy valiosa si se sabe utilizar. Y ahora, si ha terminado ya, volvamos sobre la pista de Kensington y veamos qué tiene que decir sobre el asunto el encargado de Harding Brothers».

El fundador de ese gran emporio resultó ser un tipo bajito, brusco y tajante, muy listo y atildado, con las ideas claras y la lengua suelta.

—Sí, señor, ya he leído la noticia en los periódicos de la tarde. El señor Horace Harker es cliente nuestro. Le proporcionamos el busto hace algunos meses. Pedimos tres bustos de esa clase a Gelder & Co., en Stepney. Los vendimos todos. ¿A quién? Supongo que podría decírselo fácilmente si consulto nuestro libro de ventas. Sí, aquí tenemos los registros. Uno al señor Harker, ve, y otro al señor Josiah Brown, de Laburnum Lodge, Laburnum Vale, Chiswick, y otro al señor Sandeford, de Lower Grove Road, Reading. No, no he visto esta cara que aparece en la fotografía. Costaría olvidarla, ¿no cree usted? Porque pocas veces he visto a alguien más feo. ¿Que si tengo algún italiano en plantilla? Sí, señor, hay varios entre nuestros obreros y limpiadores. No me sorprendería que le hubiesen echado una ojeada al libro de ventas si hubieran querido. No hay ninguna razón en especial para vigilar ese libro. Vaya, vaya, es un asunto muy extraño, y espero que me lo haga saber si saca algo en claro de sus averiguaciones.

Holmes había tomado varias notas durante la declaración del señor Harding, y pude constatar que estaba plenamente satisfecho por el giro que estaban dando los acontecimientos. No hizo ningún comentario, sin embargo, excepto que, aunque nos diéramos prisa, llegaríamos tarde a

nuestra cita con Lestrade. Efectivamente, cuando llegamos a Baker Street, el detective estaba ya allí, y nos lo encontramos caminando de un lado a otro con impaciencia febril. La gravedad de su rostro indicaba que ese día no había estado trabajando en vano.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Ha tenido suerte, señor Holmes?

—Hemos tenido un día muy atareado, y no desaprovechado del todo —explicó mi amigo—. Hemos visto a ambos minoristas y también a los fabricantes al por mayor. Ahora puedo trazar el rastro de cada uno de los bustos desde el principio.

—¡Los bustos! —exclamó Lestrade—. Bueno, bueno, usted tiene sus métodos, señor Sherlock Holmes, y no soy quien para decir ni una palabra contra ellos, pero creo que he tenido un día de trabajo más fructífero que el suyo. He identificado al difunto.

—No me diga.

—Y he descubierto el móvil del crimen.

—¡Maravilloso!

—Tenemos un inspector especializado en Saffron Hill y el barrio italiano. Pues bien, el difunto llevaba cierta imagen católica al cuello, y eso, junto con su color de piel, me hizo pensar que era del sur. El inspector Hill lo reconoció en el mismo momento en que le echó un vistazo al cadáver. Se llama Pietro Venucci, de Nápoles, y es uno de los mayores asesinos de Londres. Está relacionado con la mafia, que, como sabe, es una sociedad política secreta que impone sus normas mediante el asesinato. Ya ve cómo empieza a aclararse el asunto. El otro tipo es, probablemente, también italiano y miembro de la mafia. Ha roto las reglas de alguna manera. Ponen a Pietro tras su pista. Probablemente, la fotografía que encontramos en su bolsillo es del hombre en cuestión, para no acuchillar a la persona equivocada. Persigue al tipo, lo ve entrar en la casa, lo espera fuera y, en la refriega, es herido de muerte. ¿Qué le parece, señor Sherlock Holmes?

Holmes aplaudió en señal de aprobación.

—¡Excelente, Lestrade, excelente! —exclamó—. Pero no he conseguido seguir su explicación de la destrucción de los bustos.

—¡Los bustos! ¿Es que no puede quitarse esos bustos de la cabeza? Después de todo, no significan nada; hurto menor, seis meses como mucho.

Es el asesinato lo que estamos investigando, y le digo que he reunido en mi mano todos los hilos de la trama.

—¿Y cuál es el siguiente paso?

—Pues uno muy sencillo. Iré con Hill al barrio italiano, encontraré al tipo de la fotografía que tenemos y lo arrestaremos acusado de asesinato. ¿Vendrá con nosotros?

—Creo que no. Supongo que podemos alcanzar nuestro objetivo de una manera más sencilla. No puedo decirlo a ciencia cierta, porque todo depende…, bueno, depende de un factor que está completamente fuera de nuestro control. De hecho, las apuestas están exactamente en dos contra uno. Pero tengo una gran esperanza en que, si viene con nosotros esta noche, le podré ayudar a atraparlo.

—¿En el barrio italiano?

—No, supongo que lo encontraremos en Chiswick con mayor probabilidad. Si viene conmigo a Chiswick esta noche, Lestrade, le prometo ir al barrio italiano con usted mañana, y que no se perderá nada al retrasarlo. Y ahora, creo que nos vendrán bien a todos unas horas de sueño, porque no tengo intención de salir antes de las once de la noche y es improbable que estemos de vuelta antes del amanecer. Cenará con nosotros, Lestrade, y luego le invitamos al sofá hasta que sea la hora de irnos. Entretanto, Watson, me gustaría que llamara pidiendo un mensajero, porque tengo que enviar una carta urgente y es importante que salga enseguida.

Holmes se pasó la tarde hurgando en los archivos de los periódicos viejos que atestaban uno de nuestros trasteros. Cuando por fin bajó, había un brillo de victoria en sus ojos, pero no nos dijo nada a ninguno de los dos acerca del resultado de sus pesquisas. Por mi parte, había seguido paso a paso la estrategia con la que había trazado los diferentes rastros de este complicado caso y, aunque todavía no lograba ver la meta que íbamos a alcanzar, comprendí claramente que Holmes esperaba que ese grotesco criminal tratara de hacerse con los dos bustos que quedaban, uno de los cuales, recordaba yo, estaba en Chiswick. Sin duda, el propósito de nuestro viaje era sorprenderlo en pleno acto, y no podía por menos que admirar la astucia con que mi amigo había introducido una pista falsa en el periódico de la tarde con el fin de que el tipo tuviera la idea de que podía continuar

con su plan impunemente. No me sorprendió cuando Holmes me sugirió que llevara mi revólver conmigo. Él, por su parte, había cogido una pesada fusta que era su arma favorita.

A las once nos esperaba un coche en la puerta, y nos condujo a un lugar al otro lado de Hammersmith Bridge. Ahí se le mandó al cochero que esperara. Un breve paseo nos llevó a una calle apartada con agradables casas a los lados, todas con jardín propio. A la luz de una farola leímos «Laburnum Villa» en una de las jambas de la entrada. Era evidente que sus habitantes se habían ido ya a dormir porque toda la casa estaba a oscuras, excepto por un montante de abanico encima de la puerta del vestíbulo, que proyectaba un único círculo difuso en el camino del jardín. La valla de madera que separaba los jardines de la calle arrojaba una densa sombra por la parte de dentro, y ahí fue donde nos agazapamos.

—Me temo que tenemos una larga espera por delante —susurró Holmes —. Podemos dar gracias de que no esté lloviendo. Creo que no deberíamos arriesgarnos ni a fumar para pasar el rato. Pero, a pesar de todo, hay dos posibilidades contra una de vernos recompensados por nuestras molestias.

Resultó, sin embargo, que nuestra guarda no fue tan larga como nos había hecho temer Holmes, y que acabó de una manera muy repentina y peculiar. En un momento, sin el más mínimo ruido que nos avisara de su llegada, se abrió la puerta de entrada, y una figura ágil y oscura, tan rápida y ligera como un simio, subió corriendo por el camino del jardín. La vimos pasar fugazmente por la luz procedente del montante y desaparecer en la densa sombra de la casa. Se produjo una larga pausa, durante la cual contuvimos el aliento, y luego llegó a nuestros oídos un chirrido muy leve. Había abierto la ventana. Cesó el ruido y se hizo de nuevo un largo silencio. El tipo se había introducido en la casa. Vimos el destello repentino de una linterna sorda dentro de la habitación. Era evidente que no estaba allí lo que buscaba, porque vimos de nuevo el destello a través de otra persiana, y luego de otra más.

—Pongámonos junto a la ventana abierta. Le echaremos el guante cuando salga escalando por ella —susurró Lestrade.

Pero antes de que pudiéramos movernos, el tipo surgió de la casa. Cuando pasaba por el círculo de luz vacilante, vimos que transportaba

consigo algo blanco bajo el brazo. Miró a hurtadillas a su alrededor. Lo tranquilizó el silencio de la calle desierta. Dándonos la espalda, depositó en el suelo su carga, y un momento después se oía el ruido de un golpe seco, seguido del estrépito de algo que se rompe. Aquel hombre estaba tan absorto en lo que estaba haciendo que ni siquiera oyó nuestros pasos al acercarnos por el césped. Saltando como un tigre, Holmes lo tiró al suelo boca abajo, y, un momento después, Lestrade y yo lo agarrábamos cada uno de una muñeca y cerrábamos las esposas en torno a ellas. Cuando le dimos la vuelta, vi una cara desagradable y cetrina, que temblaba de ira mientras nos miraba fijamente, y reconocí en el hombre al que teníamos sujeto al de la fotografía.

Pero no era a nuestro prisionero a lo que prestaba atención Holmes. Acuclillado en el umbral, se dedicaba a examinar con mucho detenimiento eso que el hombre había extraído de la casa. Era un busto de Napoleón como el que habíamos visto esa misma mañana y estaba roto en pedazos similares. Con cuidado, Holmes llevaba cada trozo separadamente a la luz, pero no se diferenciaban en ningún aspecto de cualquier otro añico de yeso. Acababa de completar su examen cuando se encendieron las luces del vestíbulo, se abrió la puerta, y el propietario de la casa, un hombre alegre y voluminoso en mangas de camisa, hizo su aparición.

—El señor Josiah Brown, supongo —dijo Holmes.

—Sí, señor, y usted, sin duda, es el señor Sherlock Holmes. Me llegó la nota que me envió por mensajero urgente e hice exactamente lo que me dijo. Cerramos todas las puertas por dentro y esperamos a que pasara todo. Bueno, pues me alegro mucho de verle y de que hayan cogido al granuja. Espero, caballeros, que entren y tomen algún tentempié.

Sin embargo, Lestrade estaba deseoso de llevar a su hombre a un lugar seguro, así que, en pocos minutos, hicimos llamar a nuestro coche e íbamos los cuatro de camino a Londres. Nuestro preso no diría ni una palabra, pero nos miraba desde la sombra de su pelo enmarañado, y una de las veces en que mi mano parecía a su alcance trató de mordérmela como un lobo hambriento. Permanecimos durante el suficiente tiempo en la comisaría como para enterarnos de que, tras registrar sus ropas, solo se le habían

encontrado unos pocos chelines y una gran navaja, cuyo mango tenía abundantes rastros de sangre reciente.

—Eso está muy bien —dijo Lestrade cuando nos íbamos—. Hill conoce a toda esta gente, y nos dirá su nombre. Ya verá cómo mi teoría de la mafia resulta correcta. Pero esté seguro de que le estoy sumamente agradecido, señor Holmes, por la manera tan competente en que ha dado con él. Todavía no lo comprendo bien del todo.

—Me temo que se ha hecho demasiado tarde para andarse con explicaciones —dijo Holmes—. Además, quedan por rematar uno o dos detalles, y este es uno de esos casos que más vale pulir hasta el final. Si se pasa otra vez mañana por mi estudio a las seis, creo que seré capaz de mostrarle cómo ni siquiera ahora ha captado todo el significado de este asunto, que presenta algunas facetas que lo convierten en un caso completamente original en la historia del crimen. Si alguna vez le consiento escribir de nuevo la crónica de mis pequeños problemas, Watson, vaticino que animará sus páginas con un relato de la peculiar aventura de los bustos napoleónicos.

Cuando nos volvimos a encontrar a la tarde siguiente, Lestrade traía consigo mucha información relativa a nuestro prisionero. Su nombre, por lo visto, era Beppo, de apellido desconocido. Era un maleante muy conocido en la colonia italiana. Hacía tiempo había sido un escultor habilidoso y se ganaba la vida honestamente, pero algo lo había llevado por el mal camino y ya había estado dos veces en prisión: una por hurto y otra, como nosotros ya sabíamos, por apuñalar a un compatriota. Hablaba inglés a la perfección. Los motivos por los que destrozaba los bustos seguían siendo desconocidos, y se negaba a responder a cualquier pregunta sobre el tema, pero la policía había descubierto que era muy posible que hubiese hecho esos mismos bustos con sus propias manos, dado que lo habían contratado para esa clase de trabajo en la empresa Gelder & Co. Toda esta información, mucha de la cual ya conocíamos, Holmes la escuchó educada y atentamente, pero yo, que lo conocía tan bien, podía ver con claridad que tenía la cabeza en otro lado, y percibí una mezcla de expectación e inquietud tras la máscara que

solía adoptar. Por fin, dio un respingo en su asiento y le brillaron los ojos. Había sonado el timbre. Un minuto después se oyeron pasos subiendo la escalera, e hizo pasar a un hombre mayor, con el rostro enrojecido y patillas entrecanas. En su mano derecha llevaba una bolsa de viaje pasada de moda que depositó encima de la mesa.

—¿Está aquí el señor Sherlock Holmes?

Mi amigo inclinó la cabeza y sonrió.

—El señor Sandeford, de Reading, supongo —dijo.

—Sí, señor, me temo que llego un poco tarde, pero los trenes son una nulidad. Me escribió acerca de un busto que me pertenece.

—Exactamente.

—Tengo su carta aquí. Decía: «Desearía tener una copia del Napoleón de Devine, y estoy dispuesto a pagarle diez libras puesto que uno de ellos le pertenece». ¿No es así?

—Cierto.

—Me sorprendió mucho su carta, porque no podía ni imaginarme cómo sabía que era propietario de una cosa así.

—Claro que se sorprendió, pero la explicación es muy sencilla. El señor Harding, de Harding Brothers, nos dijo que le había vendido su última copia, y me dio su dirección.

—Ah, es eso, ¿no? ¿Le contó lo que había pagado por él?

—No, no me lo contó.

—Bueno, aunque no sea rico, soy un hombre honrado. Solo le di quince chelines por el busto, y creo que debería saberlo antes de que le acepte las diez libras.

—Desde luego, sus escrúpulos le honran, señor Sandeford. Pero he mencionado ese precio, así que pienso atenerme a él.

—Bueno, es muy generoso por su parte, señor Holmes. He traído el busto conmigo, como me pidió que hiciera. ¡Aquí lo tiene!

Abrió su bolsa y vimos, por fin, sobre nuestra mesa un ejemplar intacto de ese busto que ya habíamos visto más de una vez en pedazos.

Holmes sacó un papel de su bolsillo y dejó un cheque de diez libras sobre la mesa.

—Haga el favor de firmar ese papel, señor Sandeford, en presencia de estos testigos. Únicamente dice que me traspasa todo posible derecho que haya tenido sobre el busto. Soy un hombre meticuloso, como ve, y nunca se sabe qué giro pueden dar los acontecimientos en el futuro. Gracias, señor Sandeford; aquí está su dinero, le deseo que pase muy buena tarde.

Cuando nuestro visitante había desaparecido, los movimientos de Sherlock Holmes llamaron nuestra atención. Empezó sacando un mantel blanco limpio de un cajón y lo extendió encima de la mesa. Entonces colocó su busto recién adquirido en el centro del mantel. Por último, cogió su fusta y le dio un golpe seco a Napoleón en la coronilla. La figura se rompió en pedazos, y Holmes se abalanzó ávidamente hacia los añicos que quedaban. Un momento después, con un gran grito de triunfo, alzó uno de los trozos, en el que había incrustado un objeto redondo y oscuro como una ciruela en un pudin.

—¡Caballeros! —exclamó—, déjenme presentarles la célebre perla negra de los Borgia.

Lestrade y yo nos quedamos en silencio por un momento, y entonces, en un arrebato espontáneo, rompimos ambos a aplaudir como ante la crisis bien resuelta de una obra de teatro. Las mejillas pálidas de Holmes se sonrojaron de repente, y se inclinó hacia nosotros como el experto dramaturgo que recibe un homenaje de su auditorio. Era en tales momentos en los que, por un instante, dejaba de ser una máquina de razonar, y lo traicionaba su humana afición por la admiración y el aplauso. La misma naturaleza extraordinariamente altiva y reservada que rehuía de la celebridad pública era capaz de emocionarse profundamente ante el asombro y elogio de un amigo.

—Pues sí, caballeros —dijo—, esta es la perla más famosa que existe hoy en el mundo, y gracias a mi buena suerte, mediante una serie de razonamientos inductivos, he seguido su pista desde la habitación del príncipe de Colonna, en el hotel Dacre, en donde se perdió, hasta el interior del último de los seis bustos de Napoleón que fueron manufacturados por Gelder & Co., en Stepney. Recordará, Lestrade, el revuelo que causó la desaparición de esta valiosa joya y los esfuerzos en vano de la policía de Londres por recuperarla. A mí mismo se me consultó sobre el caso, pero fui

incapaz de esclarecerlo. La sospecha recaía en la doncella de la princesa, que era italiana, y que se probó que tenía un hermano en Londres, pero no logramos encontrar ninguna relación entre ellos. El nombre de la doncella era Lucretia Venucci, y a mí no me cabe duda de que el tal Pietro que asesinaron hace dos noches era el hermano. Estuve buscando las fechas en los archivos antiguos de los periódicos y descubrí que la desaparición de la perla sucedió exactamente dos días antes del arresto de Beppo por cierto crimen violento, un hecho que tuvo lugar en la fábrica de Gelder & Co., en el mismo momento en que se estaban haciendo nuestros bustos. Ahora pueden ver claramente la secuencia de los acontecimientos, aunque la ven, por supuesto, en el orden inverso al que se presentaron ante mí. Beppo tenía la perla en su poder. Tal vez se la había robado a Pietro, tal vez había sido cómplice de Pietro, tal vez había sido el intermediario entre Pietro y su hermana. Para nosotros no tiene importancia cuál es la solución correcta.

»Lo principal es que tenía la perla y, en ese momento, cuando la llevaba consigo, estaba siendo perseguido por la policía. Se dirigió a la fábrica en la que trabajaba, consciente de que no tenía más que unos minutos para ocultar este trofeo de enorme valor, pues, de lo contrario, la encontrarían cuando lo registraran. Había seis réplicas de escayola de Napoleón secándose en el pasillo. Una de ellas todavía estaba blanda. En un instante, Beppo, un obrero habilidoso, hizo un pequeño agujero en el yeso húmedo, metió en él la perla y con unos pocos retoques tapó la abertura de nuevo. Era un escondite digno de admiración. Nadie hubiese podido encontrarla. Pero Beppo fue condenado a un año de cárcel, y, entretanto, sus seis bustos se dispersaron por Londres. No podía saber cuál contenía su tesoro. Solo rompiéndolos podía verlo. Ni siquiera agitándolos le dirían nada, porque, como el yeso estaba húmedo, era probable que la perla se hubiera adherido a él —como de hecho ocurrió—. Beppo no perdió la esperanza, y llevó a cabo su búsqueda con ingenio y perseverancia considerables. Mediante un primo que trabaja con Gelder se enteró de los minoristas que habían comprado los bustos. Se las arregló para conseguir un empleo con Morse Hudson y, de esa manera, localizó a tres de ellos. La perla no estaba en ninguno de ellos. Luego con la ayuda de cierto trabajador italiano, logró enterarse de dónde habían ido a parar los otros tres bustos. El primero

estaba en casa de Harker. Allí lo siguió su cómplice, que lo hacía responsable de la pérdida de la perla, y en la refriega que siguió a su encuentro, Beppo lo apuñaló».

—Si era su cómplice, ¿para qué llevaría su fotografía? —pregunté.

—Como medio para seguir su pista si deseaba preguntar por él a un tercero. Ese es el motivo más obvio. Pues bien, después del asesinato, consideré que Beppo, probablemente, aceleraría sus siguientes pasos en lugar de diferirlos. Tendría miedo de que la policía hubiese desentrañado su secreto, así que se apresuró antes de que le llevaran ventaja. Por supuesto, no podía afirmar que no había encontrado la perla en el busto de Harker. Ni siquiera había concluido a ciencia cierta que se trataba de la perla, pero me parecía evidente que estaba buscando algo, puesto que cargaba con el busto dejando atrás otras casas con el fin de romperlo en el jardín que tenía una farola iluminándolo. Dado que el busto de Harker era uno de los tres que quedaban, las posibilidades eran exactamente las que les dije, dos contra una a que la perla estuviera en él. Quedaban dos bustos, y era obvio que iría por el de Londres en primer lugar. Advertí a los habitantes de la casa, a fin de evitar una segunda tragedia, y fuimos allí para obtener un resultado excelente. Para entonces, por supuesto, tenía claro que estábamos tras la pista de la perla de los Borgia. El nombre del hombre asesinado relacionaba un hecho con otro. Solo quedaba un único busto —el de Reading— y la perla debía estar allí. Se lo he comprado en presencia suya al propietario… y aquí lo tienen.

Nos quedamos en silencio durante un momento.

—Vaya —dijo Lestrade—, le he visto encargarse de un buen número de casos, señor Holmes, pero no sé si alguna vez he presenciado uno mejor resuelto que este. En Scotland Yard no estamos celosos de usted. No, señor, sino orgullosos, y, si viene mañana hasta allí, no habrá hombre, del inspector más veterano al agente más novato, al que no le alegrará estrecharle la mano.

—¡Gracias! —dijo Holmes—. ¡Gracias!

Y cuando se dio la vuelta me pareció que estaba más cerca que nunca de sucumbir a las reacciones humanas más emocionales de lo que nunca lo

había visto. Un momento después, volvía a ser el pensador frío y práctico de siempre.

—Guarde la perla en la caja fuerte, Watson —dijo—, y saque los documentos del caso de la falsificación de Conk-Singleton. Adiós, Lestrade. Si se le cruza algún problemilla en su camino, estaré encantado, en la medida de mis posibilidades, de darle uno o dos consejos relativos a su solución.

LA AVENTURA DE LOS TRES ESTUDIANTES

En el año noventa y cinco se produjo una suma de acontecimientos, en la que no es necesario entrar, que motivó que el señor Sherlock Holmes y yo pasáramos unas semanas en una de nuestras grandes ciudades universitarias, y durante esa época nos sucedió la pequeña —pero instructiva— experiencia que me dispongo a relatar. Obviamente, algunos detalles que le facilitarían al lector identificar con exactitud la universidad o al criminal serían imprudentes y ofensivos. Un escándalo tan penoso podemos permitirnos que sea olvidado. Con la debida discreción, el incidente en sí mismo, sin embargo, puede ser descrito, puesto que sirve para ilustrar algunas de aquellas cualidades por las que mi amigo resultaba extraordinario. Trataré de evitar en mi exposición términos tales que pudieran ser utilizados para acotar los acontecimientos a algún lugar en particular o dar una pista respecto a las personas interesadas.

En esa época nos albergábamos en una pensión cerca de una librería en donde Sherlock Holmes se dedicaba a ciertas búsquedas laboriosas sobre los primeros fueros ingleses —búsquedas que condujeron a resultados tan llamativos que podrían ser el tema de uno de mis futuras historias—. Ahí fue donde una noche recibimos una visita de un conocido, el señor Hilton Soames, tutor y auxiliar en el College of St. Luke’s. El señor Soames era un hombre alto y enjuto de una naturaleza inquieta y excitable. Siempre lo había tenido por alguien de comportamiento intranquilo, pero en esta ocasión en particular se hallaba en tal estado de incontenible agitación que estaba claro que había acaecido algo muy infrecuente.

—Confío, señor Holmes, en que podrá dedicarme unas horas de su valioso tiempo. Hemos sufrido un incidente muy penoso en St. Luke’s, y, de hecho, si no fuera por la feliz casualidad de su estancia en la ciudad, no hubiera sabido qué hacer.

—Ahora mismo estoy muy ocupado, y desearía que no me distraigan —respondió mi amigo—. Preferiría con mucho que solicitara la ayuda de la policía.

—No, no, señor mío, tal opción es completamente imposible. Cuando se pone uno en manos de la ley, ya no se puede detener, y este es precisamente uno de esos casos en que, por la reputación de la universidad, es absolutamente indispensable evitar el escándalo. Su discreción es tan bien conocida como sus aptitudes, y usted es el único hombre en el mundo que puede ayudarme. Se lo ruego, señor Holmes, haga lo que pueda.

El talante de mi amigo no había mejorado porque se le hubiese privado de los agradables alrededores de Baker Street. Sin sus álbumes de recortes, sus productos químicos y su hogareño desorden, se encontraba a disgusto. Se encogió de hombros con un asentimiento descortés, mientras nuestro visitante, con palabras apresuradas y ademanes nerviosos, inició atropelladamente su historia.

—He de explicarle, señor Holmes, que mañana es el primer día del examen para la beca Fortescue. Soy uno de los examinadores. Soy profesor de griego, y la primera de las pruebas consiste en un extenso pasaje de traducción del griego que el candidato no haya visto. Este pasaje se imprime en el papel del examen, y, por supuesto, sería una inmensa ventaja si el candidato pudiera prepararlo con antelación. Por ese motivo, se toman grandes precauciones para mantener el examen en secreto.

»Hoy, aproximadamente a las tres en punto, llegaron las pruebas de ese examen enviadas por los impresores. El ejercicio consiste en medio capítulo de Tucídides. Tuve que repasarlo minuciosamente para que no hubiera ningún error en absoluto en el texto. A las cuatro y media todavía no había terminado mi tarea. Sin embargo, le había prometido a un amigo tomarme el té en su estudio, así que dejé las pruebas de imprenta sobre mi escritorio. Estuve ausente bastante más de una hora.

»Sabe usted, señor Holmes, que las puertas de nuestro colegio mayor son de dos hojas: la de dentro forrada de fieltro verde y la de fuera de pesado roble visto. Cuando me acerqué a mi puerta exterior, me quedé asombrado al ver una llave en ella. Por un momento, me imaginé que había dejado la mía allí, pero, al notarla en mi bolsillo, me di cuenta de que estaba

todo bien. El único duplicado que existía, hasta donde yo sé, era ese, que pertenecía a mi sirviente, Bannister, un hombre que se ha ocupado de mis aposentos durante diez años, y cuya honestidad está absolutamente por encima de toda sospecha. Confirmé que la llave era en realidad la suya, que había entrado en mi habitación para preguntarme si quería el té y que había dejado sin darse cuenta la llave en la puerta al salir. Su visita a mi habitación debió de suceder a los pocos minutos de marcharme. Su descuido con la llave no hubiera supuesto mucho en cualquier otra ocasión, pero en un día como el de hoy precisamente ha tenido una consecuencia de lo más lamentable.

»En el momento en que miré hacia mi mesa, fui consciente de que alguien había estado revolviendo en mis papeles. Las pruebas estaban en tres tiras largas. Las había dejado todas juntas. Ahora, descubría que una de ellas estaba tirada en el suelo, una en la consola cercana a la ventana y la tercera donde la había dejado».

Holmes se inmutó por primera vez.

—La primera página, en el suelo; la segunda, en la ventana; la tercera donde la dejó —dijo.

—Exacto, señor Holmes. Me sorprende usted. ¿Cómo es posible que supiera eso?

—Le ruego que continúe con su interesantísima exposición.

—Por un momento, me imaginé que Bannister se había tomado la imperdonable libertad de inspeccionar mis papeles. Sin embargo, lo negó, con suma gravedad, y estoy convencido de que estaba diciendo la verdad. La alternativa era que alguien al pasar hubiera visto la llave en la puerta, hubiese sabido que me hallaba fuera y hubiera entrado para mirar en los papeles. Hay una amplia suma en juego, porque el importe de la beca es muy cuantioso, y un hombre sin escrúpulos bien podía haber corrido el riesgo con el fin de obtener ventaja sobre sus compañeros.

»Bannister estaba muy consternado por el incidente. Estuvo a punto de desmayarse cuando descubrimos que habían estado manoseando los papeles. Le di un poco de coñac y lo dejé desplomándose en la silla mientras realizaba un examen más minucioso de la habitación. Pronto vi que el intruso había dejado otras huellas de su presencia además de los

papeles arrugados. En la mesa de la ventana había varias virutas de un lápiz al que había sacado punta. También había tirada una punta rota de grafito. Evidentemente, el granuja había copiado el ejercicio con muchas prisas, se le había roto el lápiz y se había visto obligado a afilarlo de nuevo».

—¡Excelente! —dijo Holmes, que había recobrado su buen humor mientras su atención quedaba más cautivada por el caso—. Le ha sonreído la suerte.

—Eso no es todo. Tengo una mesa de estudio nueva con una delgada capa de cuero rojo. Estoy dispuesto a jurar, al igual que Bannister, que estaba lisa e impoluta. Ahora descubría un corte limpio en ella de más o menos tres pulgadas de largo: no un mero arañazo, sino un auténtico corte. No solo eso, sino que encima de la mesa, descubrí una bolita de masilla, o barro, con motas de algo semejante al serrín en ella. Estoy convencido de que estos rastros los dejó el hombre que rebuscó entre los papeles. No había huellas ni otra prueba en lo referente a su identidad. Me sentía perdido, cuando de repente se me ocurrió una buena idea: que estaba usted en la ciudad, y me vine a verlo directamente para poner el asunto en sus manos. ¡Ayúdeme, señor Holmes! Ya ve mi dilema. O bien encuentro a ese hombre, o si no el examen se debe posponer hasta que se preparen nuevos ejercicios, y puesto que esto no puede realizarse sin una explicación seguida de un feo escándalo, quedaría en entredicho la reputación no solo del colegio, sino de la universidad. Por encima de todas las cosas, desearía resolver el asunto de manera reservada y discreta.

—Estaré encantado de investigarlo y de darle el consejo que pueda —dijo Holmes levantándose y poniéndose el abrigo—. El caso no carece por completo de interés. ¿Había visitado alguien su habitación después de que le llegaran los ejercicios?

—Sí, el joven Daulat Ras, un estudiante indio que vive en la misma escalera, vino a preguntarme algunos detalles sobre el examen.

—¿Se presenta a la convocatoria?

—Sí.

—¿Y los ejercicios estaban encima de su mesa?

—Que yo sepa, estaban enrollados.

—Pero ¿podían ser reconocidos como pruebas de imprenta?

—Es posible.

—¿Nadie más en su habitación?

—No.

—¿Sabía alguien que esas pruebas estarían allí?

—Nadie excepto el impresor.

—¿Lo sabía el tal Bannister?

—No, de ninguna manera. Nadie lo sabía.

—¿Dónde está Bannister ahora?

—Estaba muy afectado, el pobre hombre. Lo dejé desmoronado en la silla, de tanta prisa que tenía por venir hasta usted.

—¿Dejó la puerta abierta?

—Guardé bajo llave los papeles primero.

—Entonces, eso significa, señor Soames, que a menos que el estudiante indio reconociera el rollo como pruebas de imprenta, el hombre que las estuvo revolviendo, se topó con ellas de manera accidental sin saber que estaban allí.

—Eso me parece a mí.

Holmes puso una sonrisa enigmática.

—Bueno —dijo—, vamos allá. No es uno de sus casos, Watson: es mental, no físico. Muy bien, venga si quiere. Ahora, señor Soames…, ¡estamos a su disposición!

La sala de estar de nuestro cliente daba, a través de una ventana con celosía larga y baja, al vetusto patio cubierto de liquen del antiguo colegio. Una puerta de arco gótico conducía a una escalera de piedra desgastada. En la planta baja estaba la habitación del tutor. Encima había tres estudiantes, uno por piso. Ya anochecía cuando llegamos a la escena del misterio. Holmes se detuvo y miró seriamente la ventana. Entonces, se acercó y, de puntillas, estirando el cuello, miró dentro de la habitación.

—Ha tenido que entrar por la puerta. No hay otra abertura salvo la del cristal —dijo nuestro docto guía.

—¡Vaya! —replicó Holmes, y sonrió de una manera singular mientras miraba a nuestro acompañante—. Bueno, si no hay nada que podamos

obtener de aquí, más vale que vayamos adentro.

El profesor abrió con llave la puerta de fuera y nos invitó a pasar a su habitación. Permanecimos en la entrada mientras Holmes realizaba un examen de la alfombra.

—Me temo que aquí no hay huellas —dijo—. No cabría esperar casi ninguna en un día tan seco. Su sirviente parece haberse recuperado bastante. Lo dejó en una silla, dijo. ¿En qué silla?

—En la de allí, junto a la ventana.

—Ya veo. Cerca de esta mesa pequeña. Ya pueden entrar. He terminado con la alfombra. Estudiemos primero la mesa pequeña. Por supuesto, está bastante claro lo que ha pasado. El tipo entró y cogió los papeles, hoja a hoja de la mesa del centro. Los llevó a la mesa de la ventana, porque desde allí podía ver si venía por el patio, y así podía escaparse.

—A decir verdad, no pudo —dijo Soames—, porque entré por la puerta lateral.

—¡Ah, eso es bueno! Bien, en cualquier caso, lo tenía en mente. Déjeme ver los tres trozos. No hay huellas digitales…, ¡no! Bueno, llevó este primero y lo copió. ¿Cuánto tardaría en hacerlo, utilizando cada posible contracción? Un cuarto de hora, no menos. Luego lo tiró al suelo y cogió el siguiente. Estaba en medio de ello cuando su regreso motivó que se marchara a toda prisa…, a toda prisa, dado que no tuvo tiempo de volver a colocar los papeles que le dirían que había estado aquí. ¿No oyó pasos apresurándose por la escalera mientras entraba por la puerta exterior?

—No, creo que no.

—Bien, escribió de manera tan frenética que rompió su lápiz, y tuvo, como observó usted, que sacarle punta de nuevo. Esto es interesante, Watson. El lápiz no era uno ordinario. Era de un tamaño mayor del habitual, de mina blanda; por fuera era de color azul oscuro, el nombre del fabricante estaba impreso en letras plateadas, y el trozo que quedaba es solo de una pulgada y media de largo más o menos. Busque un lápiz así, señor Soames, y tendrá a su hombre. Si añado que posee una navaja ancha y muy desafilada, habrá obtenido una ayuda adicional.

El señor Soames estaba un poco abrumado a causa de este torrente de información.

—Puedo seguirle en los otros puntos —dijo—, pero, de verdad, este asunto de la largura…

Holmes le tendió un pedacito con las letras NN y un espacio de madera en blanco detrás.

—¿Lo ve?

—No, me temo que ni siquiera ahora…

—Watson, siempre me he mostrado injusto con usted. Hay más personas como usted. ¿Qué podría ser esto de NN? Es el final de una palabra. Son conscientes de que Johann Faber es la marca de fabricante más común. ¿No es evidente que lo que queda del lápiz es lo que normalmente sigue al Johann? —inclinó la mesa pequeña bajo la luz eléctrica—. Esperaba que, si el papel en el que escribió era fino, hubiese dejado alguna marca sobre esta superficie pulida. No, no veo nada. No creo que haya nada más que podamos sacar de aquí. Ahora pasemos a la mesa del centro. Esta bolita es, supongo, la masa negra y pastosa de la que hablaba. A grandes rasgos de forma piramidal y ahuecada, por lo que veo. Como dice, parece tener partículas de serrín en ella. Vaya, esto es muy interesante. Y el corte…, una auténtica cuchillada, ya veo. Comienza con un fino arañazo y termina con una raja dentada. Le estoy muy agradecido por llamar mi atención sobre este caso, señor Soames. ¿Adónde lleva esta puerta?

—A mi dormitorio.

—¿Ha estado en él desde su aventura?

—No, salí directo a buscarle.

—Me gustaría echarle un vistazo. ¡Qué habitación más encantadora y más clásica! Quizá pudieran esperar un minuto hasta que haya examinado el suelo. No, no veo nada. ¿Qué pasa con esta cortina? Cuelga su ropa detrás. Si alguien se vio obligado a esconderse en esta habitación, debió hacerlo ahí, puesto que la cama es demasiado baja y el armario no es lo bastante profundo. No hay nadie ahí, supongo.

Mientras Holmes descorría la cortina, me di cuenta, por cierta leve rigidez y actitud vigilante, que estaba preparado para una emergencia. A decir verdad, la cortina descorrida no desveló nada salvo tres o cuatro trajes que colgaban de una cuerda de tender. Holmes le dio la espalda y se inclinó de repente hacia el suelo.

—¡Bueno, bueno! Pero ¿qué es esto? —dijo.

Era una pequeña pirámide de un material negro semejante a la masilla, exactamente como la de encima de la mesa del estudio. Holmes la tuvo en su palma abierta iluminándola con la luz eléctrica.

—Su visitante parece haber dejado restos en su dormitorio al igual que en su sala de estar, señor Soames.

—¿Qué podría querer de aquí?

—Creo que está bastante claro. Usted volvió por un camino inesperado, así que no reparó en usted hasta que no estuvo en la misma puerta. ¿Qué podía hacer? Recogió todo lo que podía traicionarlo y se metió precipitadamente en su dormitorio para esconderse en él.

—Dios mío, señor Holmes, ¿quiere decir que en todo el tiempo que me pasé hablando con Bannister en esta habitación hubiésemos tenido al tipo atrapado de haberlo sabido?

—Así lo entiendo yo.

—Seguramente haya otra posibilidad, señor Holmes. No sé si ha visto la ventana de mi dormitorio.

—Con celosía, bastidor de plomo, tres hojas separadas, una batiente de bisagra y lo suficientemente ancha como para que pase un hombre.

—Exacto. Y da a un rincón del patio para que no quede a la vista del todo. El tipo pudo haber entrado por allí, dejar rastro al cruzar por el dormitorio y, finalmente, como se encontró la puerta abierta, escapar por allí.

Holmes negó con la cabeza de manera impaciente.

—Seamos prácticos —protestó—. Creí entenderle que hay tres estudiantes que usan esa escalera y que tienen costumbre de pasar por su puerta.

—Sí, eso es.

—Y que todos se presentan a este examen.

—Sí.

—¿Tiene alguna razón para sospechar de alguno de ellos más que de los otros?

Soames dudó.

—Es una pregunta muy delicada de responder —dijo—. No quiero sembrar sospechas cuando no hay pruebas.

—Oigamos las sospechas. Yo buscaré las pruebas.

—Les explicaré, entonces, en pocas palabras, el carácter de los tres hombres que viven en estas habitaciones. El de más abajo es Gilchrist, un alumno y atleta excelente, juega en el equipo de rugby y en el de críquet de la universidad, y obtuvo el galardón azul[8] en carrera de vallas y en salto de longitud. Es un tipo excelente y todo un hombre. Su padre era el tristemente célebre sir Jabez Gilchrist, que se arruinó en el hipódromo. Dejó a mi alumno en la pobreza, pero es diligente y aplicado. Lo hará bien.

»En el segundo piso vive Daulat Ras, el indio. Es un tipo callado e inescrutable, como la mayoría de los indios. Trabaja bien, aunque el griego es lo que lleva más flojo. Es constante y metódico.

»El piso de arriba pertenece a Miles McLaren. Es un tipo brillante cuando decide trabajar…, una de las mentes más brillantes de la universidad, pero es rebelde, disoluto y amoral. Estuvo a punto de ser expulsado por un escándalo de juego en su primer año. Ha estado holgazaneando todo este curso, y debe de estar esperando aterrorizado el examen».

—Entonces, ¿es de él de quien sospecha?

—No me atrevería a tanto. Pero de los tres resultaría tal vez el menos improbable.

—Exacto. Ahora, señor Soames, echemos un vistazo a su sirviente, Bannister.

Era un tipo bajo, de cara pálida, bien afeitado y pelo canoso, de unos cincuenta años. Todavía sufría por esta repentina perturbación de la tranquila rutina de su vida. Su cara rolliza estaba crispada por el nerviosismo y no lograba dejar quietos los dedos.

—Estamos investigando este lamentable asunto, Bannister —le comentó su jefe.

—Sí, señor.

—Tengo entendido —dijo Holmes— que dejó su llave en la puerta.

—Sí, señor.

—¿No resulta muy extraño que lo hiciera el mismo día en que estaban esos papeles dentro?

—Resultó muy desafortunado, señor. Pero ya me había sucedido lo mismo en otras ocasiones.

—¿Cuándo entró en la habitación?

—Serían las cuatro y media. A esa hora se toma el té el señor Soames.

—¿Cuánto tiempo permaneció en ella?

—Cuando vi que no estaba, me retiré enseguida.

—¿Miró estos papeles de encima de la mesa?

—No, señor; por supuesto que no.

—¿Cómo llegó a olvidar la llave en la puerta?

—Tenía la bandeja del té en la mano. Pensé en volver después por la llave. Y luego se me olvidó.

—¿La puerta exterior tiene cerrojo?

—No, señor.

—Entonces, ¿estuvo abierta todo el tiempo?

—Sí, señor.

—¿Hubiese podido huir alguien de la habitación?

—Sí, señor.

—Cuando el señor Soames regresó y lo llamó, ¿estaba usted muy alterado?

—Sí, señor. Nunca me había pasado tal cosa en los muchos años de servicio que llevo aquí. Estuve a punto de desmayarme, señor.

—Eso tengo entendido. ¿Dónde estaba cuando comenzó a sentirse mal?

—¿Dónde estaba, señor? Pues, aquí, cerca de la puerta.

—Qué raro, porque se sentó en esa silla de más allá, cerca de la esquina. ¿Por qué no lo hizo en estas otras sillas?

—No lo sé, señor. Me daba igual dónde sentarme.

—La verdad, señor Holmes, no creo que fuera muy consciente de ello. Tenía muy mal aspecto…, casi cadavérico.

—¿Permaneció aquí cuando se marchó su jefe?

—Solo un minuto o así. Entonces, cerré la puerta y me fui a mi habitación.

—¿De quién sospecha?

—Oh, no lo sabría decir, señor. No creo que haya ningún caballero en esta universidad que sea capaz de sacar provecho de semejante acto. No, señor, no lo creo.

—Gracias, eso bastará —dijo Holmes—. Ah, una última cosa. ¿Le ha mencionado a alguno de los tres caballeros a quienes sirve que ha ocurrido algo?

—No, señor, ni una palabra.

—Muy bien. Ahora, señor Soames, daremos un paseo por el patio interior, si no tiene inconveniente.

Tres cuadrados amarillos de luz brillaban por encima de nosotros en la creciente oscuridad.

—Sus tres pájaros están en sus nidos —dijo Holmes mirando hacia arriba—. ¡Bueno, bueno! Pero ¿qué es esto? Uno de ellos parece estar bastante inquieto.

Era el indio, cuya oscura silueta aparecía de repente contra la cortina. Caminaba con rapidez de un lado a otro del cuarto.

—Quisiera echarles un vistazo a cada uno de ellos —dijo Holmes—. ¿Es posible?

—Nada más fácil —respondió Soames—. Este conjunto de habitaciones es el más antiguo del colegio, y no es infrecuente que los visitantes pasen por ellos. Acompáñenme y los guiaré personalmente.

—Nada de nombres, ¡por favor! —dijo Holmes mientras llamábamos a la puerta de Gilchrist.

Abrió un tipo alto, rubio, esbelto, y nos invitó a pasar cuando comprendió nuestras intenciones. Había dentro algunos elementos verdaderamente curiosos de arquitectura doméstica del medievo. Holmes estaba tan encantado con uno de ellos que insistió en dibujarlo en su cuaderno, rompió su lápiz, tuvo que pedirle prestado uno a nuestro anfitrión, y, por último, una navaja para sacarle punta al suyo. El mismo curioso accidente le sucedió en la habitación del indio, un tipo silencioso, bajo, de nariz aquilina, que nos observaba con recelo y que se alegró de manera evidente cuando los estudios arquitectónicos de Holmes llegaron a su fin. No logré ver que en ningún caso Holmes hallara la pista que estaba buscando. Solo en el tercero, nuestra visita resultaría infructuosa. La puerta

exterior no se abrió al tocar en ella, y de detrás de ella no salió nada más enjundioso que un alud de improperios.

—Me da igual quiénes sean. ¡Váyanse al diablo! —se oyó bramar a la enfadada voz—. Mañana es el examen, y no quiero que me distraiga nadie.

—Menudo maleducado —dijo nuestro guía, enrojeciendo de ira mientras nos retirábamos escaleras abajo.

—Por supuesto, no se ha dado cuenta de que era yo quien estaba llamando, pero, a pesar de todo, su comportamiento es muy descortés y, de hecho, dadas las circunstancias, bastante sospechoso.

La respuesta de Holmes no dejó de ser curiosa.

—¿Puede decirme su altura exacta? —preguntó.

—Pues, la verdad, señor Holmes, no me arriesgaría a tanto. Es más alto que el indio, pero no como Gilchrist. Supongo que rondará los cinco pies y seis pulgadas.

—Eso es muy importante —dijo Holmes—. Y ahora, señor Soames, le deseo buenas noches.

Nuestro guía alzó la voz presa del asombro y la consternación, y dijo quejándose:

—Pero ¡cielo santo, señor Holmes, no irá a dejarme de esta forma tan brusca! No parece darse cuenta de mi posición. Mañana es el examen. Debo tomar una medida definitiva esta noche. No puedo permitir que mantengan el examen si han copiado uno de los ejercicios. Hay que enfrentarse a esta situación.

—Lo que tiene que hacer es dejarla como está. Me pasaré mañana por la mañana temprano y charlaremos sobre el tema. Es posible que entonces me halle en situación de indicarle algún plan de acción. Mientras tanto, no haga ningún cambio…, ninguno en absoluto.

—Muy bien, señor Holmes.

—Puede quedarse completamente tranquilo. Sin ninguna duda, encontraremos alguna salida a sus dificultades. Me llevaré conmigo la masilla negra, también los residuos de lápiz. Adiós.

Cuando salimos a la oscuridad del patio interior, miramos arriba de nuevo, hacia las ventanas. El indio seguía caminando por su habitación. Los otros eran invisibles.

—Bueno, Watson, ¿qué le parece todo esto? —le preguntó Holmes al llegar a la calle principal—. Vaya jueguecito de salón…, una especie de truco de trilero con tres cartas, ¿no? Tiene tres hombres. Tiene que ser uno de ellos. Escoja uno. ¿Cuál elige?

—El malhablado del último piso. Es el que tiene los peores antecedentes. Y, a pesar de todo, ese indio está hecho un zorro. ¿Por qué si no caminaría de acá para allá sin parar por su habitación?

—Eso no significa nada. Mucha gente lo hace cuando están intentando aprenderse algo de memoria.

—Nos miraba de forma extraña.

—Así lo haría usted si un tropel de desconocidos entrasen cuando se estuviera preparando para un examen que tiene al día siguiente y cada momento contase. No, no veo nada extraño en ello. Lápices, también, y navajas…, todo era satisfactorio. Pero ese tipo me ha dejado desconcertado.

—¿Quién?

—Pues Bannister, el sirviente. ¿Qué pinta en este asunto?

—Me ha dado la impresión de ser un hombre absolutamente honesto.

—A mí también. Eso es lo desconcertante. ¿Por qué un hombre absolutamente honesto…? Vaya, vaya, aquí tenemos una papelería grande. Empezaremos con nuestras averiguaciones aquí.

Solo había cuatro papelerías de alguna consideración en la ciudad, y, en cada una de ellas, Holmes sacaba sus pedacitos y ofrecía pagar un buen precio por uno como ese. Todos estuvieron de acuerdo en que se podía encargar uno, pero que no era un tamaño corriente de lápiz y que raras veces tenían en el almacén. Mi amigo no pareció venirse abajo por su fracaso, sino que se encogió de hombros con una resignación algo cómica.

—Nada bueno, mi querido Watson. Esta, la mejor y única pista definitiva, no conduce a nada. Aunque, de hecho, me caben pocas dudas de que podemos plantear un caso convincente sin ella. ¡Dios mío! Mi querido amigo, son casi las nueve, y la patrona murmuró algo de unos guisantes a las siete y media. Que con su incesante tabaco, Watson, y sus comidas a deshoras, ya le anticipo yo que le va a decir que se marche y que tendré que compartir su ruina…; no antes, sin embargo, de que hayamos resuelto el

problema del tutor nervioso, el sirviente descuidado y los tres estudiantes resueltos.

Holmes no hizo más alusiones al asunto ese día, aunque estuvo sentado sumido en sus pensamientos durante mucho tiempo después de nuestra cena tardía. A las ocho de la mañana entró en mi habitación justo en el momento en que terminaba de asearme.

—Bueno, Watson —dijo—, ya es hora de que nos acerquemos a St. Luke's. ¿Puede ir sin desayunar?

—Claro.

—Soames estará hecho un terrible manojo de nervios hasta que podamos decirle algo concluyente.

—¿Tiene algo concluyente que contarle?

—Eso creo.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—Sí, mi querido Watson, he resuelto el misterio.

—Pero ¿qué prueba nueva ha conseguido?

—¡Ajá! No me he tirado de la cama a la intempestiva hora de las seis de la mañana para nada. Le he dedicado dos horas de duro trabajo y me he recorrido como poco cinco millas con algo que enseñarle. ¡Mire esto!

Le tendió la mano. En la palma tres pequeñas pirámides de masilla negra y pastosa.

—Pero bueno, Holmes, ¡ayer solo tenía dos!

—Y una más esta mañana. Es un argumento razonable que de dondequiera que provenga la número tres es también el origen de las número uno y dos. ¿Eh, Watson? Bueno, acompáñeme y saquemos al amigo Soames de su sinvivir.

El desgraciado tutor se encontraba, desde luego, en un estado de deplorable nerviosismo cuando nos encontramos con él en sus aposentos. En pocas horas comenzaría el examen, y todavía se hallaba ante el dilema de hacer públicos los hechos o de permitir que el culpable se presentara a la

cuantiosa beca. Apenas podía quedarse quieto, de tan desasosegado como estaba. Corrió hacia Holmes con las dos ansiosas manos extendidas.

—¡Gracias al cielo que ha venido! Me temía que lo hubiese dado por imposible. ¿Qué he de hacer? ¿Sigue adelante el examen?

—Sí, desde luego que sigue adelante.

—Pero ¿y ese granuja?

—No va a presentarse.

—¿Sabe quién es?

—Eso creo. Si este asunto no ha de hacerse público, debemos concedernos algunas prerrogativas y tomar una determinación por nosotros mismos en un pequeño consejo de guerra de carácter privado. ¡Usted allí, se lo ruego, Soames! Watson, ¡usted aquí! Me pondré en el sillón de en medio. Creo que ahora resultamos lo bastante imponentes como para infundir terror en un corazón culpable. ¡Por favor, toquen la campanilla!

Entró Bannister, y retrocedió con sorpresa y temor evidentes ante nuestro aspecto judicial.

—Sea tan amable de cerrar la puerta —dijo Holmes—. Ahora, Bannister, ¿haría el favor de contarnos la verdad sobre el incidente de ayer?

El hombre empalideció de golpe.

—Se lo he contado todo, señor.

—¿Nada más que añadir?

—Nada en absoluto, señor.

—Bueno, entonces, debo hacerle algunas preguntas. Cuando ayer se sentó en esa silla, ¿lo hizo para esconder algún objeto que le hubiese enseñado quien hubiese estado en la habitación?

El rostro de Bannister estaba cadavérico.

—No, señor, desde luego que no.

—Es solo una pregunta —dijo Holmes en tono afable—. Admito abiertamente que soy incapaz de probarlo. Aunque parece bastante probable, puesto que en el momento en que el señor Soames se dio la vuelta, usted liberó al hombre que estaba oculto en ese dormitorio.

Bannister se humedeció los secos labios con la lengua.

—No había nadie, señor.

—Ah, es una pena, Bannister. Hasta ahora había dicho la verdad, pero ahora sé que ha mentido.

El rostro del hombre adoptó un semblante de hosco desafío.

—No había nadie, señor.

—¡Venga, vamos, Bannister!

—No, señor, no había nadie.

—En ese caso, no puede darnos más información. ¿Haría el favor de quedarse en la habitación? Quédese allá, junto a la puerta del dormitorio. Ahora, Soames, voy a pedirle que tenga la enorme amabilidad de subir a la habitación del joven Gilchrist y pedirle que baje aquí.

Un momento después, regresó el tutor, trayendo con él al estudiante. Era un hombre imponente, alto, ágil y flexible, de paso ligero y un rostro agradable y sincero. Sus ojos azules nos miraron preocupados a cada uno de nosotros, y, por fin, se quedaron fijos, con una expresión de consternación absoluta, en Bannister, que se encontraba en el rincón más alejado.

—Cierre la puerta —dijo Holmes—. Ahora, señor Gilchrist, aquí nos encontramos a solas, y nadie debe saber nunca ni una palabra de lo que pase entre nosotros. Podemos ser totalmente francos el uno con el otro. Queremos saber, señor Gilchrist, cómo usted, un hombre honrado, ha llegado a cometer un acto semejante al de ayer.

El desafortunado joven se tambaleó hacia atrás y le echó una mirada llena de terror y reproche a Bannister.

—No, no, señor Gilchrist, señor, no he dicho en ningún momento una palabra…, ¡ni una palabra! —exclamó el sirviente.

—No, pero lo acaba de hacer —dijo Holmes—. Ahora, señor, será consciente de que, tras las palabras de Bannister, su posición es desesperada y que su única oportunidad reside en una confesión sincera.

Por un momento el señor Gilchrist, con una mano levantada, trató de dominar el temblor de sus facciones. Al siguiente, se había arrojado al suelo, junto a la mesa, de rodillas y, ocultando su rostro entre las manos, rompió a llorar de manera vehemente.

—Vamos, vamos —dijo Holmes amablemente—, errar es humano, y por lo menos nadie puede acusarle de ser un despiadado criminal. Tal vez le resultara más sencillo si yo le contara al señor Soames qué ocurrió, y usted

me corrigiera en lo que me equivocase. ¿Lo hago así? Bien, bien, no se esfuerce por contestar. Escuche y verá que no soy injusto con usted.

»Desde el momento, señor Soames, en que me dijo que nadie, ni siquiera Bannister, podía haber contado con que los ejercicios estuvieran en su habitación, el caso comenzó a adoptar una forma definida en mi mente. El impresor podía ser descartado, por supuesto. Podía examinar los ejercicios en su propia oficina. Tampoco consideré que fuera el indio. Si las pruebas de imprenta estaban enrolladas, no era posible que supiera lo que eran. Por otro lado, parecía una coincidencia inimaginable que un hombre se atreviera a entrar en la habitación y que, casualmente, ese mismo día estuvieran los ejercicios encima de la mesa. Lo descarté. El hombre que entró sabía que los ejercicios estaban allí. ¿Cómo lo supo?

»Cuando me acerqué a su habitación, examiné la ventana. Me hizo gracia cuando supuso que estaba valorando la posibilidad de que alguien, a plena luz del día, a la vista de esas habitaciones de enfrente, hubiese entrado forzándola. Tal idea era absurda. Estaba calculando lo alto que tendría que ser un hombre para ver al pasar qué papeles había en la mesa del centro. Yo mido seis pies de alto y podía, con esfuerzo. Nadie más bajo hubiese tenido oportunidad de hacerlo. Ya ve que tenía razones para pensar que, si uno de sus tres estudiantes era un hombre de una altura desacostumbrada, era, de los tres, al que más valía la pena vigilar.

»Entré y compartí con usted lo que sabía con respecto a los indicios de la consola. No podía hacer nada con la mesa del centro, hasta que en su descripción de Gilchrist mencionó que hacía salto de longitud. Entonces, se me hizo claro todo en un momento, y solo necesitaba algunas pruebas para confirmarlo, que obtuve rápidamente.

»Esto fue lo que pasó. Este joven le había dedicado la tarde a las pistas de atletismo, donde había estado practicando el salto. Regresó con sus zapatillas de saltar, que están provistas, como sabe, de varios tacos afilados. Al pasar por su ventana, vio, gracias a su gran altura, esas pruebas de imprenta encima de su mesa y supuso lo que eran. No hubiese sucedido nada malo de no haber visto, al pasar por su puerta, la llave dejada allí por un descuido de su sirviente. Un impulso repentino se apoderó de él de entrar y ver si eran realmente las pruebas de imprenta. Una proeza peligrosa

no era, puesto que siempre podía fingir que sencillamente se había pasado para hacerle una pregunta.

»Pues bien, cuando vio que eran realmente las pruebas de imprenta, fue entonces cuando cedió a la tentación. Dejó sus zapatillas sobre la mesa. ¿Qué fue lo que dejó sobre la silla de cerca de la ventana?».

—Unos guantes —dijo el joven.

Holmes le dedicó una mirada triunfal a Bannister.

—Dejó sus guantes encima de la silla y cogió las pruebas, hoja a hoja, para copiarlas. Pensó que el tutor tendría que regresar por la puerta principal y que lo vería. Como sabemos, volvió por la puerta lateral. De repente, lo oyó en la misma puerta. No había forma de escapar. Se olvidó los guantes, pero cogió las zapatillas y se metió corriendo en la habitación. Ven que el arañazo de la mesa es leve en un extremo, pero que se hace más profundo en dirección al dormitorio. Eso en sí es bastante para indicarnos que habían tirado de la zapatilla en ese sentido y que el culpable se había refugiado allí. La tierra que rodeaba el taco se quedó encima de la mesa, y se desprendió una segunda muestra de ella y cayó en el dormitorio. Puedo añadir que me di un paseo hasta las pistas de atletismo esta mañana, vi que se utiliza esa arcilla negra tan persistente en el foso de salto de longitud y traje conmigo un ejemplo, junto con algo del fino polvillo o serrín que se esparce por encima para prevenir los resbalones de los atletas. ¿He dicho la verdad, señor Gilchrist?

El estudiante se había levantado.

—Sí, señor, es verdad —dijo.

—Santo cielo, ¿no tiene nada que añadir? —exclamó Soames.

—Sí, señor, tengo algo que añadir, pero me ha dejado apabullado la conmoción de que me hayan desenmascarado de forma tan deshonrosa. Tengo una carta aquí, señor Soames, que le he escrito esta madrugada en mitad de una noche de insomnio. Ha sido antes de que supiera que mi yerro había sido descubierto. Aquí está, señor. Verá que decía: «He decidido no ir al examen. Me han ofrecido un cargo en la policía de Rodesia y me marcho a Sudáfrica de inmediato».

—Desde luego, me alegra oír que no iba a tratar de aprovecharse de su ventaja desleal —dijo Soames—. Pero ¿por qué ese cambio de intenciones?

Gilchrist señaló a Bannister.

—Ese es el hombre que me ha hecho recapacitar y me ha llevado por el buen camino —dijo.

—¡Vamos, Bannister! —dijo Holmes—. Le habrá quedado claro por lo que he dicho que solo usted podía dejar salir a este joven, dado que usted había permanecido en la habitación, y tuvo que cerrar con llave cuando salió. Lo de escapar por la ventana resultaba increíble. ¿No puede aclarar el último punto en este misterio y contarnos las razones de sus actos?

—Era bastante sencillo, señor, de haberlo sabido, pero ni con toda su inteligencia le hubiese sido posible saberlo. Hubo un tiempo, señor, en que fui mayordomo del buen sir Jabez Gilchrist, el padre de este joven caballero. Cuando se arruinó, llegué a la universidad como sirviente, pero nunca olvidé a mi buen patrón por haberse venido a menos. Cuidé de su hijo lo mejor que pude por los viejos tiempos. Pues bien, señor, cuando ayer entré en esta habitación, cuando se había dado la alarma, la primerísima cosa que vi fueron los guantes color canela tirados en esa silla. Conocía bien aquellos guantes y comprendí lo que significaban. Si el señor Soames los veía, todo habría terminado. Me dejé caer en esa silla y no me movió nada de allí hasta que el señor Soames fue a buscarle a usted. Entonces, salió mi pobre y joven señor, con quien había jugado a trotar en mis rodillas, y me lo confesó todo. ¿No le parece natural, señor, que lo salvara y no le parece natural también que tratara de hablar con él como hubiese hecho su difunto padre, y le hiciera entender que no podía sacar partido de un acto semejante? ¿Podría culparme por ello?

—Lo cierto es que no —respondió Holmes, de manera cordial, poniéndose en pie de un salto—. Bueno, Soames, creo que hemos aclarado su problemilla, y nos espera el desayuno en casa. ¡Vamos, Watson! En cuanto a usted, señor, confío en que le espere un brillante porvenir en Rodesia. Ha caído bajo por una vez. Háganos ver en el futuro lo alto que puede llegar.

LA AVENTURA DE LOS QUEVEDOS DE ORO

Cuando miro los tres gruesos volúmenes manuscritos que contienen nuestro trabajo del año 1894, confieso que me resulta muy difícil seleccionar, de entre material tan abundante, los casos que son más interesantes por sí mismos y, al mismo tiempo, más propicios a mostrar esas singulares aptitudes por las cuales era célebre mi amigo. Al pasar las páginas, veo mis notas sobre esa historia repugnante de la sanguijuela roja y la terrible muerte de Crosby, el banquero. También encuentro aquí un informe de la tragedia Addleton y del insólito contenido del antiguo túmulo británico. El célebre caso de la herencia Smith-Mortimer entra también dentro de este período, al igual que la batida y arresto de Huret, el asesino del bulevar —una hazaña que le valió a Holmes una carta de agradecimiento firmada por el mismísimo presidente de Francia y la Orden de la Legión de Honor—. Cada uno de estos casos podrían proporcionar un relato, pero, en general, soy de la opinión de que ninguno de ellos reúne tantos y peregrinos puntos de interés como el episodio de Yoxley Old Place, que engloba no solo la lamentable muerte del joven Willoughby Smith, sino también los ulteriores acontecimientos que esclarecieron de forma tan curiosa los motivos del crimen.

Era una noche borrascosa, tempestuosa, hacia finales de noviembre. Holmes y yo estábamos sentados juntos sin decir una palabra en toda la tarde; él, concentrado con una potente lupa en descifrar los restos del texto original de un palimpsesto; yo, sumido en un tratado nuevo de cirugía. Fuera, el viento bramaba por Baker Street mientras la lluvia azotaba las ventanas. Resultaba extraño encontrarse allí, en el seno de la ciudad, con diez millas de albañilería humana a nuestro alrededor, y sentir la garra de hierro de la naturaleza, siendo conscientes de que, para las inmensas fuerzas de los elementos, Londres no era más que las madrigueras de topos que

salpican el campo. Caminé hacia la ventana y miré por ella a la calle desierta. Esporádicos faros brillaban en la superficie de la calzada enlodada y la acera reluciente. Un coche solitario chapoteaba a su paso desde el final de Oxford Street.

—Bueno, Watson, menos mal que esta noche no tenemos que salir —dijo Holmes, dejando a un lado su lupa y enrollando el palimpsesto—. Ya he hecho bastante por hoy. Es un trabajo fatigoso para la vista. Hasta donde puedo discernir es algo tan poco apasionante como las cuentas de un monasterio en la segunda mitad del siglo XV. ¡Vaya, vaya! Pero ¿qué tenemos aquí?

Entre el aullido del viento, se habían oído los cascos de un caballo al piafar y el largo chirrido de una rueda al raspar contra el bordillo. El coche que había visto había frenado en nuestra puerta.

—¿Qué querrán? —exclamé mientras se apeaba un hombre.

—¿Querer? Pues a nosotros. Y nosotros, mi pobre Watson, queremos abrigos y bufandas y chanclos, y toda la ayuda que el hombre haya inventado para combatir el mal tiempo. Pero ¡no se mueva, un momento! ¡El coche se ha vuelto a ir! Todavía hay esperanza. Le hubiese hecho esperar si hubiese querido que fuéramos con él. Baje corriendo, mi querido amigo, y abra la puerta, porque toda la gente honrada hace tiempo que se ha ido a la cama.

Cuando la luz de la lámpara del vestíbulo iluminó a nuestro visitante de medianoche, no me costó reconocerlo. Era el joven Stanley Hopkins, un detective prometedor en cuyo porvenir Holmes había mostrado varias veces un interés implícito.

—¿Está en casa? —preguntó con impaciencia.

—Suba, señor mío —dijo la voz de Holmes desde arriba—. Espero que no tenga planes para nosotros en una noche como esta.

El detective subió la escalera, y nuestra lámpara centelleó por su brillante impermeable. Le ayudé a quitárselo mientras Holmes atizaba los troncos de la chimenea para avivar la llama.

—Y ahora, mi querido Hopkins, arrímese y caliéntese los pies —dijo—. Aquí tiene un cigarro, y el doctor tiene una receta que se compone de agua caliente y limón que es un buen remedio para una noche como esta. Debe

de ser algo importante lo que lo ha sacado a la calle con semejante temporal.

—Sí lo es, señor Holmes. He tenido una tarde animada, se lo aseguro. ¿Ha visto algo del caso de Yoxley en las últimas ediciones?

—Hoy no he visto nada posterior al siglo XV.

—Bueno, solo había un párrafo y completamente erróneo, así que no se ha perdido nada. No me he dormido en los laureles. Ha sido en Kent, a siete millas de Chatham y a tres de las vías del tren. Me mandaron un telegrama a las tres y cuarto, llegué a Yoxley Old Place a las cinco, lleve a cabo mi investigación, he vuelto a Charing Cross en el último tren, y de allí me he dirigido directamente hacia aquí en un coche.

—Lo que significa, supongo, que no tiene claro su caso.

—Significa que no le encuentro ni pies ni cabeza. Hasta donde alcanzo, es el asunto más enmarañado del que me he hecho cargo nunca, y, sin embargo, al principio parecía tan sencillo que no podía equivocarme. No hay un móvil, señor Holmes. Eso es lo que me preocupa…, que no doy con un móvil. Tenemos a un hombre muerto, eso es innegable, pero, hasta donde sé, no hay motivo en este mundo por el que nadie le hubiese deseado mal alguno.

Holmes encendió su cigarro y se reclinó en su asiento.

—Oigamos lo sucedido —dijo.

—Tengo los hechos bastante claros —dijo Stanley Hopkins—. Todo lo que quiero ahora es saber qué significan. La historia, hasta donde tengo entendido, es la que sigue. Hace algunos años, esa casa de campo, Yoxley Old Place, fue adquirida por un anciano que responde al nombre de profesor Coram. Era un hombre enfermizo que se pasaba la mitad del tiempo guardando cama, y la otra mitad paseando su cojera alrededor de la casa con un bastón o empujado en una silla de ruedas por sus tierras por el jardinero. Era muy apreciado por los pocos vecinos que lo visitaban, y allí tenía reputación de ser un hombre muy instruido. Su servicio solía estar formado por un ama de llaves de avanzada edad, la señora Marker, y una doncella, Susan Tarlton. Ambas habían estado con él desde su llegada y parecen unas mujeres de muy buen fondo. El profesor estaba escribiendo un libro erudito, y vio necesario, hace más o menos un año, contratar a un

secretario. Los dos primeros con los que probó no le resultaron satisfactorios, pero el tercero, el señor Willoughby Smith, un hombre muy joven recién salido de la universidad, pareció tener justo lo que su jefe estaba buscando. Su trabajo consistía en escribir toda la mañana al dictado del profesor, y, normalmente, se pasaba la tarde rebuscando referencias y pasajes relacionados con el trabajo del día siguiente. No hay nada contra el tal Willoughby Smith ni de niño en Uppingham ni de joven en Cambridge. He visto sus informes, y, desde el primer día, fue un tipo honrado, discreto y trabajador, sin punto débil alguno. Y, a pesar de todo ello, es el chico que ha hallado la muerte esta mañana en el despacho del profesor en unas circunstancias que indican claramente un asesinato.

El viento rugía y aullaba en las ventanas. Holmes y yo nos acercamos más a la lumbre mientras el joven inspector avanzaba lentamente y punto por punto en su peculiar narración de los hechos.

—Si tuvieran que buscarlo en toda Inglaterra —dijo—, no creo que encontraran un hogar más apartado y ajeno a la influencia del exterior. Podrían pasar semanas sin que ninguno de ellos cruzara la puerta del jardín. El profesor estaba enfrascado en su trabajo y no existía sino para ello. El joven Smith no conocía a nadie en el vecindario, y vivía de manera muy parecida a la de su jefe. Las dos mujeres no tenían nada que las sacara de la casa. Mortimer, el jardinero, el que empuja la silla de ruedas, es un militar retirado…, un veterano de Crimea de muy buen fondo. No vive en la casa, sino en una casita de campo de tres habitaciones al otro lado del jardín. Esas son las únicas personas que encontraría en los límites de Yoxley Old Place. Por otra parte, la puerta del jardín se encuentra a cien yardas de la carretera principal de Londres a Chatham. Se abre con un pestillo y no hay nada que impida que cualquiera entre por ella.

»Ahora voy a comentarles el testimonio de Susan Tarlton, que es la única persona que puede decir algo concreto sobre el asunto. Era por la mañana, entre las once y las doce. En ese momento estaba atareada colgando unas cortinas en el dormitorio del piso de arriba que da a la calle. El profesor Coram todavía estaba en la cama, porque, cuando hace mal tiempo, raras veces se levanta antes de mediodía. El ama de llaves estaba distraída con alguna tarea en la parte trasera de la casa. Willoughby Smith

había estado en su dormitorio, que utilizaba como sala de estar, pero la doncella oyó que, en ese momento, cruzaba el pasillo y bajaba al despacho, que estaba exactamente debajo de ella. No lo vio, pero dice que su paso rápido y firme era inconfundible. No oyó que se cerrara la puerta del despacho, pero un minuto más o menos más tarde resonó un grito en la habitación de debajo. Era un alarido salvaje, gutural, tan anormal y extraño que lo podía haber proferido tanto un hombre como una mujer. En ese mismo momento, hubo un ruido sordo y pesado, que hizo temblar la vieja casa, y luego un absoluto silencio. La doncella se quedó paralizada un instante, y luego, tras recobrar el ánimo, corrió escaleras abajo. La puerta del despacho estaba cerrada, y la abrió. Dentro, el joven Willoughby Smith estaba tendido en el suelo. Al principio, no logró ver ninguna herida, pero, cuando trató de levantarlo, vio que la sangre manaba de la parte inferior de su cuello. Estaba perforado con una herida muy pequeña, pero también muy profunda, que le había seccionado la carótida. El instrumento con que se había infligido la herida yacía sobre la alfombra junto a él. Era uno de esos pequeños abrecartas para el lacre que se encuentran en los bufetes de estilo antiguo, con un puño de marfil y una hoja rígida. Formaba parte de los accesorios del propio escritorio del profesor.

»Al principio, la doncella pensó que el joven Smith ya estaba muerto, pero, al verter un poco de agua de la jarra por su frente, abrió los ojos un momento. “El profesor… —murmuró—, ha sido ella”. La doncella está dispuesta a jurar que esas fueron exactamente sus palabras. Trató desesperadamente de decir algo más y levantó su mano derecha al aire. Luego cayó muerto.

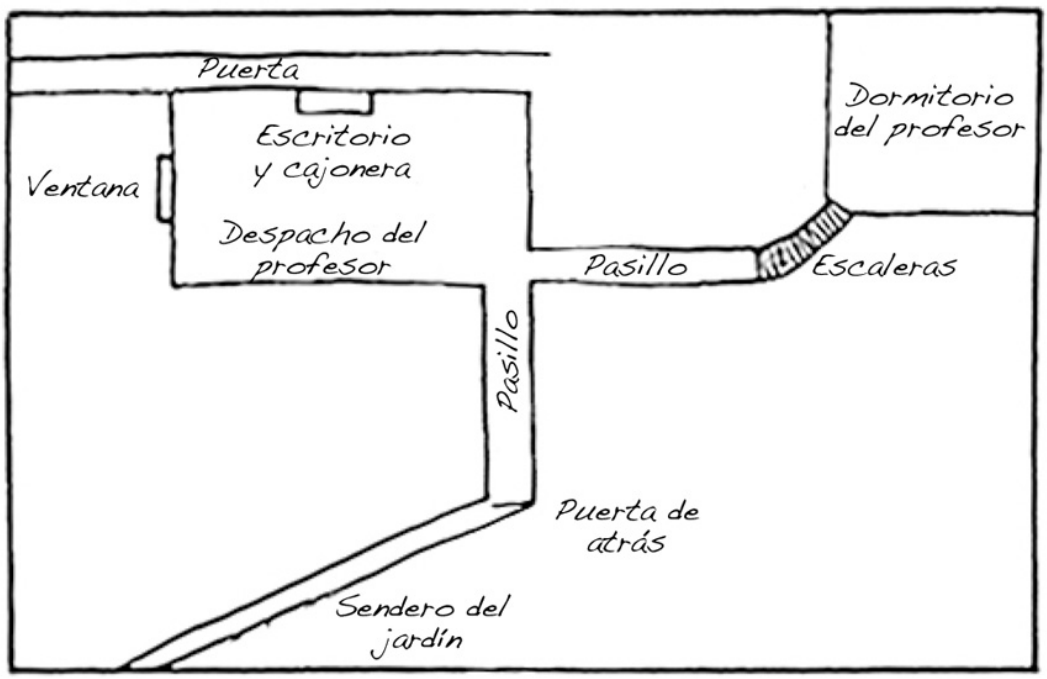
»Entretanto, el ama de llaves también había llegado al lugar, pero era demasiado tarde para oír las últimas palabras del joven. Dejando a Susan con el cuerpo, corrió a la habitación del profesor. Se encontraba incorporado en la cama tremendamente alterado, porque había oído lo suficiente como para convencerse de que había ocurrido algo terrible. La señora Marker está dispuesta a jurar que el profesor llevaba todavía su ropa de dormir, y que, de hecho, le resultaba imposible vestirse sin la ayuda de Mortimer, que tenía orden de ir a las doce en punto. El profesor declara que oyó el grito distante, pero que no sabe nada más. No puede explicar las

últimas palabras del joven, “El profesor…, ha sido ella”, pero se imagina que son resultado del delirio. Cree que el tal Willoughby Smith no tenía ningún enemigo sobre la faz de la tierra, y no sabe de ningún motivo para el crimen. Su primera decisión fue mandar a Mortimer, el jardinero, a buscar a la policía local. Un poco más tarde, el jefe de policía hizo que me llamaran a mí. No habían tocado nada antes de mi llegada, y se dieron órdenes estrictas de que no andara nadie por los senderos que conducen a la casa. Era una magnífica oportunidad de poner en práctica sus teorías, señor Holmes. La verdad es que no faltaba nada».

—Excepto el señor Sherlock Holmes —dijo mi compañero con una sonrisa algo sarcástica—. Muy bien, oigamos ahora qué clase de trabajo ha llevado a cabo.

—Debo pedirle primero, señor Holmes, que le eche un vistazo a este croquis, que le dará una idea aproximada de la situación del despacho del profesor y de diversos puntos del caso. Lo ayudará para seguir mi investigación.

Desplegó el croquis, que reproduzco aquí, y se lo dejó a Holmes sobre las rodillas. Me levanté, y, de pie detrás de Holmes, lo estudié por encima de su hombro.



—Es solo un bosquejo, por supuesto, y solo recoge los puntos que me parecen esenciales. Todo lo demás lo verá usted por sí mismo más adelante. Ahora, en primer lugar, suponiendo que el asesino se introdujera en la casa, ¿cómo entró? Sin lugar a dudas, por el sendero del jardín y la puerta de atrás, desde la cual hay un acceso directo al estudio. Otro camino hubiese sido extremadamente complicado. La huida debió realizarse por esa vía, puesto que, de las otras dos salidas de la habitación, una fue bloqueada por Susan al correr esta al piso de abajo, y la otra conducía directamente al dormitorio del profesor. Por lo tanto, enseguida centré mi atención en el sendero del jardín, que estaba empapado con la lluvia reciente y, con toda certeza, habría alguna huella.

»Mi examen me sugirió que estaba tratando con un criminal cuidadoso y avezado. No se pudieron encontrar huellas en el sendero. Sin embargo, no cabía la menor duda de que alguien había pasado por la franja de césped que bordea el sendero y que lo había hecho con el fin de evitar dejar rastro. No logré encontrar nada semejante a una impresión definida, pero habían pisado el césped y había pasado alguien indiscutiblemente. Solo podía haber sido el asesino, puesto que ni el jardinero ni las dos mujeres habían estado allí esa mañana y había empezado a llover durante la noche».

—Un momento —dijo Holmes—. ¿Adónde conduce ese sendero?

—A la carretera.

—¿Qué distancia hay?

—Unas cien yardas más o menos.

—¿No hubiese podido obtener las huellas en el punto en que el sendero cruza la puerta del jardín?

—Por desgracia, el sendero está cubierto de baldosas en ese punto.

—Bien, ¿y en la misma carretera?

—No, estaba toda pisoteada y hecha un lodazal.

—¡Vaya, vaya! Bueno, entonces, esas huellas del césped, ¿iban o venían?

—Es imposible decirlo. No había ningún contorno.

—¿Pie grande o pequeño?

—No sabría distinguirlo.

Holmes soltó una exclamación de impaciencia.

—Ha estado cayendo agua a raudales y soplando un huracán desde entonces —dijo—. Sería más difícil de interpretar ahora que ese palimpsesto. Caramba, ya no se puede hacer nada. ¿Qué hizo, Hopkins, después de darse cuenta de que no estaba seguro de nada?

—Creo que estaba seguro de muchas cosas, señor Holmes. Sabía que alguien había entrado cautelosamente en la casa desde el exterior. A continuación examiné el pasillo. Está revestido con estera de palma y no habíamos obtenido huella de ninguna clase. Esto me llevó al propio despacho. Es una habitación con pocos muebles. El objeto más relevante es un espacioso bufete con una cajonera fija. Esta cajonera consta de dos columnas de cajones con un pequeño armario central entre ellas. Los cajones estaban abiertos; el armario, cerrado. Los cajones, por lo visto, siempre estaban abiertos, y no se guardaba nada de valor en ellos. Había algunos papeles importantes en el armario, pero no había indicios de que hubiese sido forzado, y el profesor afirma que no echa nada en falta. Estoy seguro de que no se ha cometido ningún robo.

»Llego ya al cuerpo del joven. Se encontró cerca de la cajonera, y justo a su izquierda, como se señala en ese boceto. La puñalada se produjo en el lado derecho del cuello y de atrás hacia delante, por lo que es casi imposible que se la hubiese podido infligir a sí mismo».

—A menos que se cayera sobre el abrecartas —dijo Holmes.

—Exacto. Se me pasó por la cabeza. Pero encontramos el abrecartas a unos palmos del cuerpo, así que parece imposible. Además, por supuesto, tenemos las últimas palabras del fallecido. Y, por último, hay una prueba muy importante que se encontró agarrada por la mano derecha del difunto.

Stanley Hopkins sacó de su bolsillo un pequeño paquete de papel. Lo desdobló y descubrió unos quevedos de oro, con los dos cabos de un cordón de seda negra colgando de ellos.

—Willoughby Smith tenía una vista excelente —añadió—. No cabe duda de que se lo quitó de la cara o de encima al asesino.

Sherlock Holmes tomó los lentes en la mano y los examinó con sumo detenimiento e interés. Se los llevó a la nariz, intentó leer con ellos, fue a la ventana y miró a la calle, los observó con mayor minuciosidad a la luz de la lámpara, y, por último, riéndose entre dientes, se sentó a la mesa y escribió

unas líneas en una hoja de papel, que deslizó hacia donde estaba Stanley Hopkins.

—Esto es lo mejor que puedo hacer por usted —dijo—. Quizá le resulte de alguna ayuda.

El asombrado detective leyó la nota en alto. Decía lo siguiente:

> Se busca mujer de buenos modales, vestida con ropa elegante. Tiene una nariz notablemente ancha, con ojos bastante juntos a cada lado de esta. Tiene el ceño fruncido, mirada de miope y probablemente hombros caídos. Hay indicios de que ha recurrido a un oculista al menos en dos ocasiones en los últimos meses. Como sus gafas tienen una considerable graduación y los oculistas no son muy numerosos, no debería ser difícil dar con ella.

Holmes se sonrió ante el asombro de Hopkins, que también debió reflejarse en mi rostro.

—Por supuesto, mis deducciones son la simplicidad en sí misma —dijo —. Sería difícil mencionar algún objeto que proporcione un filón de inferencias más puro que un par de lentes, y en particular uno tan excepcional como este. Que pertenecen a una mujer lo infiero de su diseño delicado, y también, como es obvio, de las últimas palabras del agonizante. En lo que se refiere a ser una persona de buena educación y bien vestida, tienen, como pueden ver, una bella montura de oro macizo, y resulta inconcebible que alguien que lleva unos lentes así se descuide en los demás aspectos. Verán que el puente es demasiado grande para la nariz de ambos, lo que indica que la nariz de la dama es muy ancha por su base. Este tipo de nariz suele ser corta y basta, pero hay suficientes excepciones como para impedirme ser dogmático o insistir en ese punto de mi descripción. Mi propia cara es estrecha y, sin embargo, veo que no puedo poner mis ojos en el centro, ni cerca del centro, de estos quevedos. Por lo tanto, los ojos de la dama están muy cerca de la nariz. Observará, Watson, que los cristales son cóncavos y de una graduación poco común. Una dama cuya vista ha sido tan sumamente reducida toda su vida seguro que tiene las características físicas de ese tipo de vista, que se pueden ver en la frente, los párpados y los hombros.

—Sí —dije yo—, puedo seguir cada uno de sus argumentos. A pesar de ello, le confieso, que no soy capaz de entender cómo ha llegado a las dos visitas al oculista.

Holmes se puso los lentes en la mano.

—Puede observar —dijo— que las plaquetas están revestidas con pequeñas tiras de corcho para suavizar la presión sobre la nariz. Una de ellas está descolorida y levemente desgastada, mientras que la otra está nueva. Es evidente que se le cayó una y la reemplazaron. Diría que la más antigua no ha estado ahí más de unos pocos meses. Son exactamente iguales, así que deduzco que la dama volvió al mismo establecimiento por la segunda.

—¡Cielo santo, es increíble! —exclamó Hopkins, en un arrebato de admiración—. ¡Pensar que he tenido todas esas pruebas en mi mano y que ni las imaginaba! Sin embargo, tenía planeado pasarme por todos los oculistas de Londres.

—Por supuesto. Entretanto, ¿tiene algo más que contarnos sobre el caso?

—Nada, señor Holmes. Creo que ahora sabe tanto como yo…, probablemente más. Hemos estado preguntando si alguien había visto a algún desconocido en las carreteras de los alrededores o en la estación del tren. Nadie sabe nada. Lo que me confunde es la completa falta de toda motivación en el crimen. Nadie ha sugerido ni la sombra de un móvil.

—¡Ah! No estoy en situación de poder ayudarle con eso. Pero supongo que querrá que vayamos con usted mañana.

—Si no es mucho pedir, señor Holmes. Hay un tren de Charing Cross a Chatham a las seis de la mañana y estaríamos en Yoxley Old Place entre las ocho y las nueve.

—Entonces, cogeremos ese. Desde luego, su caso presenta algunos aspectos de gran interés, y estaré encantado de investigarlo. Bueno, es cerca de la una, y lo mejor sería que durmiéramos algunas horas. Me imagino que puede arreglárselas perfectamente con el sofá de enfrente de la chimenea. Encenderé mi hornillo y le daré una taza de café antes de ponernos en marcha.

Al día siguiente, el vendaval se había calmado, pero hacía una mañana gélida cuando salimos de viaje. Vimos el frío sol de invierno saliendo por

los sombríos marjales del Támesis y los largos y lúgubres tramos del río que siempre relacionaré con la persecución del isleño de las Andamán en los primeros días de nuestra carrera. Tras un largo y agotador viaje, nos apeamos en una pequeña estación a unas millas de Chatham. Mientras enganchaban un caballo a la calesa en la posada local, picamos rápidamente algo de desayuno, y de esa manera estuvimos preparados para el asunto cuando por fin llegamos a Yoxley Old Place. Un agente se reunió con nosotros en la puerta del jardín.

—Y bien, Wilson, ¿alguna novedad?

—No, señor… ninguna.

—¿Noticias acerca de algún desconocido?

—No, señor. Abajo, en la estación, están seguros de que ayer no vino ni se fue ningún desconocido.

—¿Ha preguntado en las posadas y las pensiones?

—Sí, señor, no hay nadie del que podamos sospechar.

—Bueno, solo hay un paseo prudencial hasta Chatham. Cualquiera podría quedarse allí, coger un tren sin ser visto. Este es el sendero del jardín del que les hablé, señor Holmes. Le doy mi palabra de que ayer no había huellas.

—¿A qué lado del sendero estaban las huellas del césped?

—A este lado. En esta estrecha franja de césped entre el sendero y el arriate de flores. Ahora no se pueden ver, pero en ese momento eran claras.

—Sí, sí, alguien había pasado por ahí —dijo Holmes inclinándose sobre la franja de césped—. Nuestra dama debió de pisar con cuidado, dado que en un lado hubiese dejado huellas en el sendero, y en el otro, incluso más claras en la tierra blanda del arriate, ¿no cree?

—Sí, señor, debe de tener mucho aplomo.

En ese instante detecté en el rostro de Holmes una mirada pensativa.

—¿Dice que tuvo que volver por este camino?

—Sí, señor, no hay otro.

—¿Por ese trozo de césped?

—Seguro, señor Holmes.

—¡Vaya! Una hazaña muy notable…, muy notable. Bueno, creo que hemos acabado con el sendero. Prosigamos. Esta puerta del jardín suele

quedarse abierta, supongo. Entonces, nuestra visitante no tuvo que hacer nada más que entrar. No tenía en mente la idea del asesinato, o hubiese estado provista de alguna clase de arma en lugar de coger ese abrecartas del escritorio. Avanzó por este pasillo, sin dejar rastro en la estera de palma. Entonces se encontró en el despacho. ¿Cuánto rato pasó allí? No tenemos medios para saberlo.

—No más de unos pocos minutos, señor. Me olvidé de decirle que la señora Marker, el ama de llaves, había estado limpiándolo no hacía mucho rato…, alrededor de un cuarto de hora antes, dice.

—Bien, eso nos da un límite de tiempo. Nuestra dama se introduce en esta habitación y ¿qué es lo que hace? Examina el bufete. ¿Para qué? No para coger algo de los cajones. Si hubiese habido algo que mereciera la pena robar, seguramente hubiesen estado cerrados con llave. No, era por algo de la cajonera de madera. ¡Un momento! ¿Qué es ese arañazo en la parte delantera? Deme luz con una cerilla, Watson. ¿Por qué no me ha contado esto, Hopkins?

La marca que estaba examinando empezaba encima de la moldura de latón a la derecha del ojo de la cerradura, y seguía unas cuatro pulgadas arañando el barniz de la superficie.

—Reparé en ello, señor Holmes. Pero siempre hay arañazos alrededor de una cerradura.

—Este es reciente, bastante reciente. Mire cómo brilla el latón en el corte. Un arañazo antiguo tendría el mismo color que la superficie. Mírelo con mi lupa. También hay barniz a cada lado del surco como si fuera tierra. ¿Está la señora Marker aquí?

Entró en la habitación una anciana de expresión triste.

—¿Le quitó el polvo a estos cajones ayer por la mañana?

—Sí, señor.

—¿Se dio cuenta de este arañazo?

—No, señor, no me di cuenta.

—Estoy seguro de que no, porque una bayeta hubiese quitado estos restos de barniz. ¿Quién tiene la llave de esta cajonera?

—La lleva el profesor en la cadena de su reloj.

—¿Es una llave normal?

—No, señor, es una llave Chubb.

—Muy bien, señora Marker, puede irse. Ahora estamos avanzando algo. Nuestra dama se introduce en la habitación, se acerca a la cajonera, y la abre o intenta hacerlo. Mientras está enfrascada en eso, el joven Willoughby Smith entra en la habitación. Con las prisas por sacar la llave, hace este arañazo en la puerta. Él la agarra, y ella, echando mano del objeto más cercano, que da la casualidad de que es este abrecartas, lo golpea para que la suelte. El impacto es letal. Él cae y ella huye, con el objeto por el que ha venido o sin él. ¿Está aquí Susan, la doncella? ¿Hubiese podido marcharse alguien por esa puerta después de que oyera usted el grito, Susan?

—No, señor, es imposible. Antes de bajar por la escalera, hubiese visto a alguien en el pasillo. Además, nunca abrieron la puerta, porque lo hubiese oído.

—No hay más que decir de esa salida. Entonces, no hay duda de que la dama salió por donde vino. Tengo entendido que este otro pasillo solo conduce a la habitación del profesor. ¿No hay salida por allí?

—No, señor.

—Vayamos abajo y conozcamos al profesor. ¡Pero Hopkins! Esto es muy importante, muy importante, de hecho. El pasillo del profesor también está cubierto con una estera de palma.

—Vaya, señor, ¿y eso es importante?

—¿No ve ninguna relación con el caso? Bueno, bueno, no insistiré en ello. Sin duda estoy equivocado. Y, no obstante, me parece sugerente. Venga conmigo y preséntemе.

Cruzamos el pasillo, que era de la misma longitud que el que conducía al jardín. Al final, había un breve tramo de escaleras que daban a una puerta. Nuestro guía llamó, y luego nos hizo pasar al dormitorio del profesor.

Era un cuarto enorme, con las paredes llenas de incontables volúmenes que se habían desbordado de los anaqueles y yacían en pilas por los rincones, o se amontonaban aquí y allá al pie de las estanterías. La cama estaba en el centro de la habitación, y en ella, recostado sobre unas almohadas, se encontraba el propietario de la casa. Pocas veces he visto a una persona de un aspecto más extraordinario. Volvió hacia nosotros un

rostro demacrado y aquilino, con penetrantes ojos oscuros que acechaban en unas cuencas hundidas bajo unas cejas pobladas y prominentes. Su cabello y su barba eran blancas, salvo por unas curiosas manchas amarillas que tenía esta última alrededor de la boca. Brillaba un cigarrillo en la maraña de pelo blanco, y el aire de la habitación hedía a humo de tabaco rancio. Cuando le tendió la mano a Holmes, advertí que esta también estaba manchada de amarillo por la nicotina.

—¿Es usted fumador, señor Holmes? —dijo en un inglés muy esmerado con un curioso acento que resultaba algo redicho—. Le ruego que coja un cigarrillo. ¿Y usted, caballero? Se los recomiendo porque me los ha preparado especialmente para mí Ionides de Alejandría. Me envía mil cada vez, y lamento decir que tengo que hacer un nuevo pedido cada quince días. Malo, señor, muy malo, pero a un anciano le quedan pocos placeres. El tabaco y mi trabajo…, eso es todo lo que me queda.

Holmes había encendido un cigarrillo, y echaba rápidos vistazos por toda la habitación.

—El tabaco y mi trabajo, pero ahora solo el tabaco —exclamó en anciano—. ¡Ay, qué fatídica interrupción! ¿Quién hubiese podido prever una catástrofe tan terrible? ¡Un joven tan admirable! Le aseguro que, tras unos pocos meses de práctica, era un excelente ayudante. ¿Qué le parece a usted este asunto, señor Holmes?

—Todavía tengo mis dudas.

—Le estaría extremadamente agradecido si pudiera iluminar todo esto que tan oscuro nos resulta los demás. Para un pobre ratón de biblioteca enfermizo como yo un golpe así es aterrador. Parece como si hubiese perdido la facultad de pensar. Pero usted es un hombre de acción…, un hombre de mundo. Forma parte del día a día de su vida. Puede mantener la sensatez en cada emergencia. Somos verdaderamente afortunados de tenerlo con nosotros.

Holmes estaba caminando de un lado a otro de la habitación mientras hablaba el viejo profesor. Noté que estaba fumando con extraordinaria rapidez. Era evidente que compartía la afición por los cigarrillos alejandrinos frescos con nuestro anfitrión.

—Sí, señor, es un golpe demoledor —dijo el anciano—. Ese es mi *magnum opus*: el montón de papeles en la mesa auxiliar de allí. Es mi análisis de los documentos encontrados en los monasterios coptos de Siria y Egipto, un trabajo que socavará los fundamentos mismos de la religión revelada. Con mi debilitada salud, no sé si seré capaz de completarlo algún día ahora que han apartado a mi ayudante de mi lado. ¡Cielos, señor Holmes, pero si fuma usted incluso más aprisa que yo!

Holmes se sonrió.

—Entiendo de tabaco —dijo cogiendo otro cigarrillo de la caja, el cuarto, y encendiéndolo con la colilla del que acababa de terminar—. No le molestaré con un interrogatorio interminable, profesor Coram, dado que deduzco que se encontraba en la cama en el momento del crimen y no podía saber nada de él. Solo quisiera preguntarle una cosa. ¿Qué cree que ese pobre hombre quería decir con sus últimas palabras, «El profesor…, ha sido ella»?

El profesor negó con la cabeza.

—Susan es una chica de pueblo —dijo—, y ya conoce la asombrosa estupidez de esa clase de gente. Me figuro que el pobre hombre murmuró algunas palabras incoherentes fruto del delirio y que las tergiversó hasta dar con ese mensaje sin sentido.

—Ya veo. ¿No ha pensado en una explicación para esta tragedia?

—Posiblemente haya sido un accidente, posiblemente, pero que quede entre nosotros, un suicidio. Los jóvenes ocultan sus problemas… Alguna aventura amorosa, tal vez, de la que no teníamos noticia. Es una hipótesis más probable que el asesinato.

—Pero ¿y los lentes?

—¡Ah! Yo solo soy un estudioso…, un hombre de ideas. No consigo explicarme las cosas prácticas de la vida. Pero, con todo, ambos sabemos, amigo mío, que las prendas de amor pueden adoptar extrañas formas. No faltaba más, coja otro cigarrillo. Es un placer ver a alguien que los aprecia tanto. Un abanico, un guante, unas gafas… ¿quién sabe qué objeto puede llevar consigo un hombre como prueba o señal cuando pone fin a su vida? Este caballero habla de pisadas en el césped, pero, después de todo, es fácil equivocarse en ese punto. Con respecto al abrecartas, quizá se desprendiera

del desdichado al caer. Es posible que diga una chiquillada, pero a mí me parece que Willoughby Smith halló la muerte por su propia mano.

A Holmes pareció impresionarle la teoría así propuesta, y siguió caminando de un lado a otro durante algún tiempo, sumido en sus pensamientos y fumando un cigarrillo tras otro.

—Dígame, profesor Coram —dijo, por fin—, ¿qué hay en el armario de la cajonera?

—Nada de utilidad para un ladrón. Documentos familiares, cartas de mi pobre esposa, títulos con los que me han honrado algunas universidades. Aquí está la llave. Puede verlo usted mismo.

Holmes cogió la llave y la miró un momento, luego se la devolvió.

—No, creo que no me ayudaría mucho —dijo—. Preferiría salir a pasear tranquilamente a su jardín y darle vueltas al asunto. Hay que considerar la teoría del suicidio que acaba de proponer. Debo disculparme por haberle importunado, profesor Coram, y le prometo que no le interrumpiremos hasta después de la hora de comer. Volveremos a las dos en punto y le informaremos de cualquier cosa que haya sucedido entretanto.

Holmes parecía extrañamente distraído, y paseamos en silencio de un lado a otro del sendero del jardín durante un buen rato.

—¿Tiene una pista? —pregunté por fin.

—Depende de esos cigarrillos que me he fumado —dijo—. Es posible que me equivoque por completo. Los cigarrillos me lo dirán.

—Mi querido Holmes —exclamé—, ¿cómo demonios…?

—Bueno, bueno, tal vez lo vea por sí mismo. Si no es así, no se habrá hecho mal alguno. Por supuesto, siempre podemos recurrir a la pista de las ópticas, pero me gusta coger atajos cuando puedo. Ah, ¡aquí está la buena señora Marker! Disfrutemos de cinco minutos de una instructiva charla con ella.

Quizá haya señalado antes que Holmes tenía, cuando lo deseaba, una manera excepcional de congraciarse con las mujeres y que se ganaba su confianza con mucha facilidad. En la mitad del tiempo que había dicho, se había hecho con la buena fe del ama de llaves y charlaba con ella como si la hubiese conocido de años atrás.

—Sí, señor Holmes, y usted que lo diga. Fuma que es una barbaridad. Todo el día y a veces toda la noche, señor. He visto esa habitación por la mañana… Vaya, señor, que se habría pensado que era la niebla de Londres. Pobre joven Smith, también era fumador, pero no tan incorregible como el profesor. Para su salud…, bueno, yo no sé si es mejor o peor que fume.

—¡Ah! —dijo Holmes—. Pero quita el apetito.

—Pues no lo sé, señor.

—Supongo que el profesor apenas come nada.

—Bueno, yo diría que depende del día.

—Apostaría a que no se tomó el desayuno esta mañana y que no se va a atrever con la comida después de todos los cigarrillos que lo he visto fumar.

—Pues ahí se equivoca, señor, porque resulta que se ha tomado un desayuno excepcionalmente abundante esta mañana. No me acuerdo de si lo he visto desayunar mejor, y ha pedido un buen plato de chuletas para la comida. Yo misma me he quedado sorprendida, porque, desde que ayer entré en la habitación y vi al joven señor Smith tirado en el suelo, no he podido soportar ni ver la comida. Bueno, tiene que haber de todo en la viña del Señor, y el profesor no ha dejado que eso le quite el apetito.

Deambulamos toda la mañana por el jardín. Stanley Hopkins había ido al pueblo para comprobar unos rumores sobre una mujer desconocida a la que habían visto unos niños en la carretera de Chatham la mañana anterior. A mi amigo, por su parte, parecía haberle abandonado toda su energía habitual. Nunca lo había visto encargarse de un caso de una manera tan desganada. Ni siquiera las noticias que Hopkins nos traía de regreso habían suscitado ninguna muestra de interés en él. El joven inspector había encontrado a los niños y, sin lugar a dudas, habían visto a una mujer que se correspondía punto por punto con la descripción de Holmes y que llevaba unos anteojos o unas gafas puestas. Prestó más atención cuando Susan, que nos servía la comida, nos informó de que creía que el señor Smith había salido a dar un paseo el día anterior por la mañana y que había vuelto solo media hora antes de que sucediera la tragedia. Yo, por mi parte, no supe ver la relevancia de este incidente, pero advertí claramente cómo Holmes lo relacionaba con la trama general que se había imaginado en su cabeza. De repente, se levantó de un salto de su silla y miró su reloj.

—Las dos en punto, caballeros —dijo—. Debemos levantarnos y zanjar el asunto con nuestro amigo el profesor.

El anciano acababa de terminar de comer, y, desde luego, su plato vacío era una prueba del buen apetito que le atribuía su ama de llaves. Ciertamente, cuando volvió su melena blanca y sus ojos centelleantes hacia nosotros, me pareció un ser sobrecogedor. El sempiterno cigarrillo se consumía en su boca. Lo habían vestido y estaba sentado en un sillón junto al fuego.

—Y bien, señor Holmes, ¿ha resuelto ya este misterio?

Empujó la gran lata de cigarrillos, que estaba en una mesa junto a él, en dirección a mi compañero. Holmes estiró la mano en el mismo momento, y, entre uno y otro, volcaron la caja al suelo. Durante un par de minutos, nos dedicamos todos a rescatar de rodillas los cigarrillos extraviados en sitios inconcebibles. Cuando volvimos a estar en pie, noté que a Holmes le brillaban los ojos y que tenía las mejillas sonrojadas. Esos estandartes solo los había visto ondear en los momentos críticos.

—Sí —dije—, lo he resuelto.

Stanley Hopkins y yo lo miramos asombrados. Una especie de sonrisa de desprecio alteró los rasgos demacrados del anciano profesor.

—¡No me diga! ¿En el jardín?

—No, aquí.

—¡Aquí! ¿Cuándo?

—En este momento.

—Sin duda, está bromeando, señor Sherlock Holmes. Me veo obligado a decirle que es un asunto demasiado serio como para ser tratado de semejante manera.

—He forjado y probado cada eslabón de mi cadena, profesor Coram, y estoy seguro de que es sólida. Todavía no soy capaz de decirle cuáles son sus motivos o qué papel representa usted en este extraño asunto. En pocos minutos, probablemente lo oiré de su propia boca. Entretanto, reconstruiré lo que ha pasado en su honor, para que pueda saber la información de la que todavía carezco.

»Ayer entró una dama en su despacho. Vino con la intención de apoderarse de ciertos documentos que se encontraban en su cajonera. Tenía

una llave de su propiedad. He tenido oportunidad de examinar la suya y no he hallado ese leve descoloramiento que hubiese causado el arañazo hecho en el barniz. Usted no era, por tanto, su cómplice, y ella vino, hasta donde logro interpretar las pruebas, sin que usted supiera que iba a robarle».

El profesor expulsó una nube de humo por la boca.

—Esto es muy instructivo e interesante —dijo—. ¿No tiene nada que añadir? Seguramente, dado que ha seguido la pista de esa dama hasta tan lejos, pueda decir también qué ha sido de ella.

—Trataré de hacerlo. Primero, la agarró su secretario, y ella lo apuñaló con el fin de escapar. Me inclino a considerar que ese desastre fue un desgraciado accidente, porque estoy convencido de que la dama no tenía intención de infligir una herida tan grave. Un asesino no viene desarmado. Horrorizada por lo que había hecho, salió corriendo enloquecida del escenario de la tragedia. Desgraciadamente para ella, había perdido sus gafas en la pelea, y, como era extremadamente corta de vista, sin ellas estaba por completo indefensa. Bajó corriendo un pasillo, que se imaginaba que era aquel por el que había venido —ambos suelos estaban revestidos con esteras de palma— y solo cuando era demasiado tarde comprendió que se había metido por el pasillo equivocado y que le habían cortado la retirada. ¿Qué podía hacer? No podía volver atrás. No podía quedarse donde estaba. Tenía que continuar. Continuó. Subió una escalera, empujó una puerta abierta, y se vio en su habitación.

El anciano se quedó con la boca abierta mirando espantado a Holmes. En su expresión se distinguían el asombro y el miedo. Luego, con un esfuerzo, se encogió de hombros y rompió a reír con una carcajada poco sincera.

—Todo eso está muy bien, señor Holmes —dijo—. Pero hay un pequeño defecto en su magnífica teoría. Yo mismo estaba en mi habitación y no la abandoné en todo el día.

—Soy consciente, profesor Coram.

—Y ¿quiere usted decir que pude estar acostado en esta cama y no ser consciente de que una mujer había entrado en mi habitación?

—Nunca he dicho eso. Usted fue consciente de ello. Habló con ella. La reconoció. La ayudó a huir.

El profesor rompió de nuevo a reír con una estridente carcajada. Se había puesto en pie y los ojos le brillaban como dos ascuas.

—¡Usted está loco! —gritó—. No está diciendo más que insensateces. ¿Ayudarla a huir? ¿Y dónde está ahora?

—Está ahí —dijo Holmes, y señaló con el dedo hacia una estantería alta en la esquina de la habitación.

Vi cómo el anciano levantaba los brazos, cómo cruzaba por su adusto rostro una convulsión terrible y cómo se hundía de nuevo en su sillón. En ese mismo momento, la estantería a la que había señalado Holmes, se abrió hacia afuera gracias a una bisagra y una mujer salió precipitadamente a la habitación.

—¡Tiene razón! —exclamó, con un curioso acento extranjero—. ¡Tiene razón! ¡Estoy aquí!

Se había puesto perdida de polvo y estaba cubierta de telarañas que procedían de las paredes de su escondite. Tenía también el rostro tiznado pero, ni en el mejor de sus momentos, hubiese pasado por atractiva, porque tenía exactamente las características físicas que había adivinado Holmes, con una barbilla terca y pronunciada por añadidura. Debido a su ceguera natural y debido al paso de la oscuridad a la luz, estaba aturdida, pestañeando a su alrededor para ver dónde estábamos y quiénes éramos. Sin embargo, a pesar de todos esos inconvenientes, había cierta nobleza en el comportamiento de la mujer, una valentía en el mentón desafiante y en la cabeza altiva que obligaba a tener cierto respeto y admiración por ella. Stanley Hopkins había puesto su mano sobre el brazo de ella y la declaraba arrestada, pero ella lo apartó suavemente, con una dignidad dominante que lo obligó a obedecerla. El anciano se reclinó en su sillón, con el rostro crispado, y se quedó mirándola con ojos pensativos.

—Sí, señor, estoy arrestada —dijo—. Desde donde me encontraba he podido oírlo todo, y sé que se han enterado de la verdad. Lo confieso todo. Fui yo quien mató al joven. Pero, tiene razón, usted, el que decía que había sido un accidente. Ni siquiera sabía que era un abrecartas lo que tenía en mi mano, porque, en mi desesperación, cogí lo primero que había en la mesa y lo golpeé para que me dejara ir. Esa es la verdad.

—Señora —dijo Holmes—, estoy seguro de que es verdad. Me temo que no está en su mejor momento.

De repente, tenía un color espantoso, más pálido aún bajo las oscuras manchas de polvo que había en su rostro. Se sentó a un lado de la cama; luego, prosiguió:

—Estaré poco tiempo aquí —dijo—, pero quisiera que supiesen toda la verdad. Soy la esposa de este hombre. No es inglés. Es ruso. Su nombre no se lo voy a decir.

Por primera vez, el anciano se conmovió.

—¡Dios te bendiga, Anna! —exclamó—. ¡Dios te bendiga!

Ella lanzó una mirada de profundísimo desdén en dirección al anciano y le dijo:

—¿Por qué te aferrarás con tanta fuerza a esa vida miserable tuya? Le hace daño a muchos y ningún bien a nadie…, ni siquiera a ti mismo. Sin embargo, no es cosa mía hacer que se rompa el frágil hilo de tu vida antes de lo designado por Dios. Ya tengo bastante sobre mi alma desde que crucé el umbral de esta casa maldita. Pero debo hablar o será demasiado tarde.

»Les he dicho, caballeros, que soy la esposa de este hombre. Él tenía cincuenta y yo era una insensata chica de veinte años cuando nos casamos. Fue en una ciudad de Rusia, en una universidad…, no daré el nombre del lugar».

—¡Dios te bendiga, Anna! —murmuró el anciano de nuevo.

—Éramos reformistas…, revolucionarios…, nihilistas, ya saben. Él y yo y muchos más. Entonces, vino una época de altercados, mataron a un oficial de policía, arrestaron a muchos, carecían de pruebas, y, con el fin de salvar su propia vida y ganar una gran recompensa, mi marido traicionó a su propia esposa y a sus compañeros. Sí, nos arrestaron a todos por su confesión. A algunos de nosotros nos mandaron a la horca y a otros a Siberia. Yo estaba entre estos últimos, pero mi condena no era de por vida. Mi marido vino a Inglaterra con sus ganancias ilícitas y ha vivido con discreción desde entonces, porque sabía que, si la Hermandad se enteraba de donde estaba, no pasaría una semana antes de que se hiciera justicia.

El anciano alargó una mano temblorosa y cogió un cigarrillo.

—Estoy en tus manos, Anna —dijo—. Siempre has sido buena conmigo.

—Todavía no les he contado el colmo de su vileza —dijo ella—. Entre nuestros camaradas de la Hermandad, había uno que era mi amigo del alma. Era noble, desinteresado, cariñoso —todo lo que mi marido no era—. Odiaba la violencia. Todos éramos culpables —si hay culpa en ello—, pero él no. Escribió una y otra vez para disuadirnos de seguir por un camino así. Esas cartas lo hubiesen salvado. Al igual que mi diario, en el que día a día había registrado mis sentimientos hacia él y el punto de vista que cada uno de nosotros habíamos adoptado. Mi marido encontró y guardó ambas cosas: diario y cartas. Los escondió y juró todo lo jurable en contra de la vida del joven. En eso fracasó, pero enviaron a Alexis preso a Siberia, donde ahora, en este mismo momento, trabaja en una mina de sal. Piensa en ello, tú, desgraciado, tú, desgraciado…, ahora, ahora, en este mismo momento, Alexis, un hombre cuyo nombre no te mereces ni pronunciar, trabaja y vive como un esclavo, y, a pesar de todo, tengo tu vida en mis manos y te dejo marchar.

—Siempre has sido una mujer muy noble, Anna —dijo el anciano, dando una calada a su cigarrillo.

Ella se había levantado, pero se dejó caer de nuevo con un breve grito de dolor.

—Debo terminar —dijo—. Cuando acabó mi condena, decidí obtener el diario y las cartas que le proporcionarían la libertad a mi amigo si se los enviaba al gobierno ruso. Sabía que mi marido había venido a Inglaterra. Tras meses de búsqueda, descubrí dónde estaba. Sabía que todavía tenía el diario, porque, cuando estaba en Siberia, una vez recibí una carta suya en la que me reprochaba y copiaba algunos pasajes de sus páginas. Pero estaba segura de que, con ese carácter vengativo que tiene, nunca me lo daría por voluntad propia. Debía obtenerlo por mí misma. Con este fin contraté a un detective de una empresa privada que entró en la casa de mi marido como secretario —fue tu segundo secretario, Sergius, el que te dejó con tantas prisas—. Descubrió que esos papeles estaban guardados en el armario e hizo un molde de la llave. No iría más lejos. Me facilitó un plano de la casa y me dijo que por la mañana el despacho estaba siempre vacío porque el

secretario trabajaba aquí. Así que, por último, me armé de todo el valor posible y vine a conseguir los papeles por mí misma. Y lo logré, pero ¡a qué precio!

»Acababa de coger los papeles y estaba ya cerrando el armario cuando el joven me agarró. Lo había visto ya esa mañana. Se había cruzado conmigo en la carretera y le había pedido que me dijera dónde vivía el profesor Coram, porque no sabía que era empleado suyo».

—¡Eso es! ¡Eso es! —dijo Holmes—. El secretario volvió y le habló a su jefe de la mujer con la que se había cruzado. Entonces, con su último aliento, trató de enviarle un mensaje: que ha sido ella…, la mujer de la que acababan de estar hablando.

—Debe dejarme continuar —dijo ella, con un tono imperativo y el rostro contraído por el dolor—. Cuando cayó, salí precipitadamente de la habitación, elegí la puerta errónea y me vi en la habitación de mi marido. Me dijo que me entregaría. Le hice ver que, si lo hacía, su vida estaría en mis manos. Que si él me entregaba a la policía, yo podía entregarle a la Hermandad. No lo decía porque quisiera vivir, sino porque deseaba cumplir con mi objetivo. Él sabía que haría lo que le estaba diciendo…, que su destino estaba ligado al mío. Por esa razón, y por ninguna otra, me protegió. Me metió en ese escondrijo oscuro, un vestigio de otra época, que solo conocía él. Comió en su propia habitación, y así pudo darme parte de su comida. Acordamos que, cuando la policía se hubiese marchado de la casa, me escabulliría por la noche y no volvería nunca más. Pero, de alguna manera, usted ha descubierto nuestros planes —sacó de la pechera del vestido un paquete pequeño—. Estas son mis últimas palabras —dijo—, aquí está el paquete que salvará a Alexis. Se lo confío a su honor y a su amor por la justicia. ¡Cójalo! Entréguelo en la embajada rusa. Ahora, he cumplido con mi deber y…

—¡Deténganla! —gritó Holmes, que había saltado al otro lado de la habitación y le había arrancado de la mano un pequeño frasco.

—¡Demasiado tarde! —dijo, arrellanándose en la cama—. ¡Demasiado tarde! Me he tomado el veneno antes de salir de mi escondrijo. ¡Todo me da vueltas! ¡Me voy! Se lo encomiendo, señor, recuerde el paquete.

—Un caso sencillo, y, a pesar de ello, en muchos sentidos, muy instructivo —señaló Holmes, cuando viajábamos de vuelta a la ciudad—. Desde el principio, todo giraba en torno a los quevedos. Pero, si no hubiera sido por la casualidad de que el joven agonizante le arrebatara las gafas, no estoy seguro de que hubiésemos podido dar con nuestra solución alguna vez. Tenía claro por la graduación de las gafas que la portadora debía de ser muy corta de vista y encontrarse indefensa cuando carecía de ellas. Cuando me pidió que creyera que había caminado por una estrecha franja de césped sin dar ni un solo paso en falso, subrayé, como quizá recuerde, que era una hazaña digna de mención. Para mí mismo llegué a la conclusión de que era una hazaña imposible, excepto en el improbable caso de que tuviera un segundo par de gafas. Me vi obligado, por tanto, a considerar seriamente la hipótesis de que se había quedado dentro de la casa. Al advertir la semejanza entre los dos pasillos, me quedó claro que era posible que ella se hubiese equivocado entre ambos con mucha facilidad, y que, en ese caso, era evidente que había tenido que entrar en la habitación del profesor. Por tanto, estaba completamente alerta a cualquier cosa que corroborara esa suposición, y examiné la habitación minuciosamente en busca de algo con forma de escondite. La alfombra parecía de una pieza y sujeta con firmeza al suelo, así que descarté la idea de una trampilla. Era muy probable que hubiese un recoveco detrás de los libros. Como saben, tales artimañas eran frecuentes en las estanterías antiguas. Reparé en que los libros estaban amontonados en el suelo y en otros lugares, pero que se había dejado despejada una estantería. Luego, esa podía ser la puerta. No lograba ver marcas para guiarme, pero la alfombra era de un color parduzco, que se prestaba muy bien a ser examinada. Por tanto, me fumé un gran número de aquellos excelentes cigarrillos, y dejé caer la ceniza por toda la zona que había delante de la estantería sospechosa. Fue un truco sencillo, pero sumamente efectivo. Entonces, bajamos y confirmé, en su presencia, Watson, sin que se diera cuenta del sentido de mis comentarios, que el consumo de comida por parte del profesor Coram había aumentado…, tal y como uno esperaría cuando se está surtiendo de ella a una segunda persona.

Así que subimos otra vez a la habitación, cuando, al tirar la caja de cigarrillos, obtuve una excelente vista del suelo y pude ver con bastante claridad, por las huellas sobre la ceniza de cigarrillo, que la prisionera había salido en nuestra ausencia de su refugio. Bueno, Hopkins, ya estamos en Charing Cross, y le doy mi enhorabuena por haber llevado a buen término su caso. Irá a la jefatura de policía, sin duda. Creo, Watson, que usted y yo vamos a dar un paseo en coche juntos hasta la embajada rusa.

LA AVENTURA DEL TRES CUARTOS DESAPARECIDO

Estábamos bastante acostumbrados a recibir telegramas raros en Baker Street, pero me viene a la memoria uno en especial que nos llegó una mañana gris de febrero hará siete u ocho años y dejó desconcertado a Sherlock Holmes durante un cuarto de hora. Iba dirigido a él y decía así:

> Por favor, espéreme. Terrible desgracia. Tres cuartos ala derecha desparecido. Indispensable mañana.
>
> OVERTON

—Matasellos de Strand y despachado a las diez y treinta y seis —dijo Holmes, mientras lo leía una y otra vez—. Evidentemente, el señor Overton se encontraba alterado en un grado sumo cuando lo envió, y, por consiguiente, un tanto disperso. Bueno, bueno, estará aquí, diría yo, en menos que hojee el *Times*, y entonces tendremos todas las respuestas. Incluso el problema más insignificante sería bien recibido en estos días sin nada que hacer.

En efecto, habíamos pasado unos días muy tediosos, y había aprendido a temer esos períodos de inactividad, porque sabía por experiencia que el cerebro de mi compañero era tan anormalmente activo que era peligroso dejarlo sin información con la que trabajar. Durante años, había ido alejándolo paulatinamente de aquella afición a las drogas que una vez amenazara con acabar con su admirable carrera. Ahora sabía que, en circunstancias normales, ya no perdía la cabeza por ese estímulo artificial, pero era muy consciente de que el adicto no estaba muerto, sino aletargado, y sabía que tenía el sueño ligero y se despertaba fácilmente cuando, durante esos períodos de ociosidad, veía la mirada ojerosa en el rostro ascético de Holmes y la melancolía en sus ojos hundidos e inescrutables. Por lo tanto,

bendecí al tal señor Overton, quienquiera que fuese, puesto que había llegado a romper con su enigmático mensaje esa peligrosa calma que hacía peligrar más a mi amigo que todas las tormentas de su tempestuosa vida.

Como esperábamos, al telegrama pronto le siguió su remitente, y la tarjeta del señor Cyril Overton, del Trinity College, Cambridge, anunciaba la llegada de un joven enorme, cien kilos de puro músculo y hueso, que ocupaba la entrada con sus anchos hombros y nos miraba a ambos con una cara atractiva y ojeras de ansiedad.

—¿El señor de Sherlock Holmes?

Mi compañero lo saludó con la cabeza.

—He estado en Scotland Yard, señor Holmes. He visto al inspector Stanley Hopkins. Me ha aconsejado que viniera a verle. Dice que el caso, hasta donde él alcanza a ver, entra más dentro de su terreno que en el de la policía normal.

—Le ruego que se siente y me cuente de qué se trata.

—Es horrible, señor Holmes, ¡simplemente horrible! Me pregunto cómo no se me ha puesto todo el pelo blanco. Godfrey Staunton…, ha oído hablar de él, claro. Él es simple y llanamente el centro en torno al cual gira todo el equipo. Preferiría prescindir de dos de la delantera y tener a Godfrey para mi línea de tres cuartos. Ya sea pasando, placando o driblando, no hay quien lo iguale, y luego, que tiene cabeza y mantiene al equipo en posición. ¿Qué tengo que hacer? Eso es lo que le pregunto, señor Holmes. Está Moorhouse, el primer reserva, pero ha estado entrenando como apertura, y siempre va derecho a la melé en lugar de quedarse fuera en la línea de *touch*. Es un buen pateador, es verdad, pero, aparte de eso, no tiene criterio, y no esprinta aunque lo maten. Así que Morton o Johnson, los aperturas del Oxford, podrían corretear alegremente a su alrededor. Stevenson es lo bastante rápido, pero no podría lanzar desde la línea de veinticinco, y no vale la pena un tres cuartos que no puede ni patear ni lanzar para que se pasee por ahí solo. No, señor Holmes, estamos perdidos a menos que me ayude a encontrar a Godfrey Staunton.

Mi amigo había estado escuchando divertido y sorprendido su largo discurso, que había prorrumpido con fuerza y seriedad extraordinarias, y en el que cada punto había sido subrayado con una palmada de la mano

nervuda en la rodilla del orador. Cuando nuestro visitante se quedó en silencio, Holmes estiró la mano y bajó la letra «s» de su archivo. Por una vez, ahondó sin éxito en esa mina de información diversa.

—Aquí tenemos a Arthur H. Staunton, el joven falsificador en alza —dijo—, y a Henry Staunton, a quien ayudé a ahorcar, pero Godfrey Staunton es un nombre desconocido para mí.

Fue el turno de que nuestro visitante lo mirara con sorpresa.

—Vaya, señor Holmes, creía que estaba bien informado —dijo—. Supongo que, si nunca ha oído nombrar a Godfrey Staunton tampoco sabe quién es Cyril Overton.

Holmes negó con la cabeza y aire divertido.

—¡Madre mía! —exclamó el atleta—. ¡Que fui el primer reserva en el Inglaterra contra Gales, y he capitaneado el equipo de rugby de la universidad todo el año! ¡Pero eso no es nada! No creo que haya un alma en Inglaterra que no conozca a Godfrey Staunton, un tres cuartos incomparable, en el Cambridge, en el Blackheath, y cinco veces internacional. ¡Dios del cielo! Señor Holmes, pero usted, ¿dónde se mete que no se entera de nada?

Holmes se rió ante el inocente asombro del joven gigante.

—Usted vive en un mundo diferente al mío, señor Overton, en uno más agradable y más sano. Las ramificaciones del mío se extienden por varios sectores de la sociedad, pero nunca, me alegra decir, por el del deporte aficionado, que es lo mejor y más saludable de Inglaterra. Sin embargo, su inesperada visita de esta mañana me demuestra que, incluso en ese mundo de aire fresco y juego limpio, tenga tal vez trabajo que hacer. Así que, ahora, señor, le ruego que tome asiento y me cuente despacio y con calma exactamente lo sucedido, y cómo desearía que le ayudara.

El rostro del joven Overton adoptó el aire inquieto de las personas que están más habituadas a utilizar sus músculos que su cerebro, pero, poco a poco, con muchas reiteraciones y momentos confusos, que puedo omitir de su relato, compartió con nosotros su curiosa historia.

—Ha pasado lo siguiente, señor Holmes. Como he dicho, soy el capitán del equipo de rugby de la universidad de Cambridge, y Godfrey Stauton es mi mejor hombre. Mañana jugamos contra Oxford. Ayer llegamos todos y

nos instalamos en una pensión en Bentley. A las diez, fui a dar una vuelta para ver si todos los mochuelos estaban en su olivo, porque soy partidario de un estricto entrenamiento y de dormir abundantemente para mantener al equipo en forma. Crucé un par de palabras con Godfrey antes de que se fuera a la cama. Me pareció que estaba pálido y nervioso. Le pregunté qué pasaba. Me dijo que nada, que solo le dolía un poco la cabeza. Le di las buenas noches y lo dejé allí. Me dice el portero que media hora después un hombre brusco con barba vino con una nota para Godfrey. No se había ido a la cama y recibió la nota en su habitación. Godfrey la leyó y se desmoronó en una silla como si lo hubieran noqueado. El portero estaba tan asustado que estaba a punto de ir a buscarme, pero Godfrey lo retuvo, se tomó un vaso de agua y recobró la calma. Entonces se fue al piso de abajo, le dijo unas pocas palabras al hombre que estaba esperándolo en el vestíbulo, y se fueron juntos ambos. Lo último que el portero supo de ellos fue que iban casi corriendo calle abajo en dirección a Strand. Esta mañana la habitación de Godfrey estaba vacía, no había dormido en su cama, y sus cosas estaban justo donde las había visto la noche anterior. Había salido con ese desconocido cuando recibió la nota y no se ha tenido noticia suya desde entonces. No creo que vaya a volver. Godfrey era un deportista de pura cepa, y no hubiese abandonado el entrenamiento y abandonado a su capitán si no tuviera algún motivo muy poderoso para hacerlo. No, siento como si se hubiera ido para siempre y no lo fuéramos a ver nunca más.

Sherlock Holmes escuchó con suma atención ese peculiar relato.

—¿Qué hizo usted? —preguntó.

—Mandé un telegrama a Cambridge para enterarme de si habían sabido algo de él. Me han contestado ya. Nadie lo ha visto por allí.

—¿Podría haber regresado a Cambridge?

—Sí, hay un tren a última hora…, a las once y cuarto.

—Pero, hasta donde ha logrado averiguar, no lo cogió.

—No, no lo han visto.

—¿Qué hizo después?

—Mandé un telegrama a lord Mount-James.

—¿Por qué a lord Mount-James?

—Godfrey es huérfano y lord Mount-James es su pariente más cercano…, su tío, creo.

—No me diga… Eso le da una nueva perspectiva al asunto. Lord Mount-James es uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

—Eso le he oído decir a Godfrey.

—¿Y su amigo es allegado suyo?

—Sí, es su heredero, y el viejo tiene casi los ochenta… y la gota a reventar, además. Se dice que puede entizar el taco de billar con los nudillos. No le ha dado a Godfrey ni un chelín en su vida, porque es un tacaño de cuidado, pero seguro que lo hereda todo.

—¿Sabe algo de lord Mount-James?

—No.

—¿Por qué razón hubiese podido ir a ver a lord Mount-James?

—Bueno, algo le preocupaba ayer por la noche, y, si tenía que ver con un asunto de dinero, es posible que pensara en su pariente más cercano, que tiene mucho, aunque, por lo que sé, no hubiese tenido mucha suerte en sacarle nada. Godfrey no le tenía mucho apego al anciano. No hubiera ido si lo hubiese podido evitar.

—Bueno, eso lo podemos averiguar pronto. Pero si su amigo fue a ver a su pariente, lord Mount-James, entonces tendría que explicarse la visita de ese tipo brusco a una hora tan intempestiva y lo alterado que lo dejó su llegada.

Cyril Overton se apretó la cabeza con las manos.

—No entiendo nada —dijo.

—Bueno, bueno, tengo un día bastante despejado, me encantaría investigar este asunto —dijo Holmes—. Le recomendaría encarecidamente que prepare su partido sin contar con ese joven. Como usted dice, debe de haber tenido una necesidad imperiosa que lo ha hecho marcharse a toda prisa, y es probable que la misma necesidad lo haya retenido allí. Demos un paseo hasta esa pensión, y veamos si el portero puede aclararnos algo del asunto.

Sherlock Holmes era un maestro consumado en el arte de tranquilizar a un testigo humilde y muy pronto, en la intimidad de la habitación vacía de Godfrey Staunton, había obtenido todo lo que el portero tenía que decir. El

visitante de la noche anterior no era un caballero, ni un obrero. Era simple y llanamente lo que el portero describió con un «tipo del montón», un hombre de unos cincuenta años, de barba entrecana, rostro pálido, vestido discretamente. Le pareció que también estaba alterado. El portero había notado que le temblaba la mano cuando le tendió la nota a Godfrey Staunton. Este último había hundido la nota en su bolsillo. Staunton no le había estrechado la mano en el vestíbulo. Habían intercambiado unas pocas frases, de las cuales el portero solo distinguió una palabra «tiempo». Entonces se habían dado prisa en irse de la manera descrita. Eran exactamente las diez y media según el reloj del vestíbulo.

—Veamos —dijo Holmes, sentándose a su vez en la cama de Staunton —, usted es el portero durante el día, ¿no es así?

—Sí, señor, me voy de mi puesto a las once.

—El portero de la noche no vio nada, supongo.

—No, señor, llegaron tarde unos que venían del teatro. Nadie más.

—¿Estuvo en su puesto ayer durante todo el día?

—Sí, señor.

—¿Recogió algún mensaje para el señor Staunton?

—Sí, señor, un telegrama.

—¡Ah! Eso es interesante. ¿Qué hora era?

—Alrededor de las seis.

—¿Dónde estaba el señor Staunton cuando lo recibió?

—Aquí, en su habitación.

—¿Estaba usted presente cuando lo abrió?

—Sí, señor, me esperé para ver si contestaba.

—Bien, ¿y lo hizo?

—Sí, señor. Escribió una respuesta.

—¿La llevó usted?

—No, la llevó él mismo.

—Pero, ¿la escribió en su presencia?

—Sí, señor. Yo estaba de pie junto a la puerta, y él me daba la espalda sentado a esa mesa. Cuando la escribió, dijo: «Eso es todo, amigo, la llevaré yo mismo».

—¿Con qué la escribió?

—Con una pluma, señor.

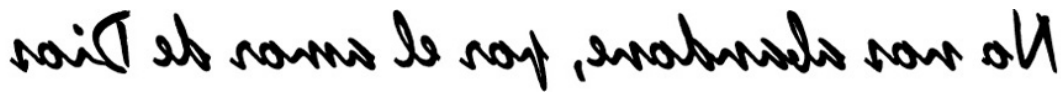
—¿En un impreso telegráfico de esos que hay sobre la mesa?

—Sí, señor, el de encima del todo.

Holmes se levantó. Cogió los impresos, los puso encima de la ventana y examinó minuciosamente el que estaba en primer lugar.

—Es una pena que no escribiera a lápiz —dijo, dejándolo en su sitio y encogiéndose de hombros decepcionado—. Como sin duda habrá notado a menudo, Watson, en el papel suele quedar huella de lo escrito…, un hecho que ha roto muchos matrimonios felices. Sin embargo, aquí no logro encontrar marcas. A pesar de todo, me alegra advertir que la escribió con una pluma de punta gruesa, y no me cabe apenas duda de que encontraremos alguna huella en este taco de papel secante. Ah, sí, ¡seguro que es esto!

Arrancó una tira de papel secante y volvió hacia nosotros el siguiente jeroglífico:

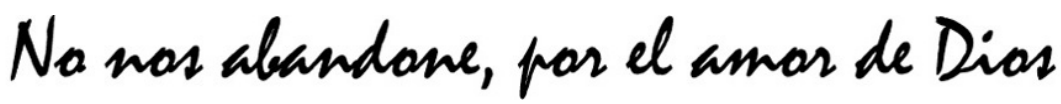


Cyril Overton estaba muy excitado, y exclamó:

—¡Póngalo frente a un espejo!

—Eso es innecesario —dijo Holmes—. El papel es fino, y el dorso nos dará el mensaje. Aquí lo tenemos.

Le dio la vuelta y leímos:



—Así que ese es el final del telegrama que Godfrey Staunton envió pocas horas antes de su desaparición. Hay por lo menos seis palabras del mensaje que se nos escapan, pero lo que queda, «No nos abandone, por el amor de Dios», prueba que su joven amigo vio cómo le acechaba un temible peligro, del que alguien más podía protegerlo. «Nos», ¡fíjense! Había otra persona involucrada. ¿De quién se podía tratar sino del barbudo de cara pálida que parecía también tan nervioso? ¿Cuál es, entonces, la

relación entre Godfrey Staunton y el barbudo? ¿Y quién es el tercero al que ambos buscan como ayuda contra un peligro apremiante? Nuestras pesquisas se han acotado ahora a eso.

—Solo tenemos que descubrir a quién se dirigía el telegrama —sugerí.

—Exacto, mi querido Watson. Su observación, aunque profunda, ya se me había pasado por la cabeza. Pero supongo que habrá pensado ya que, si entra en una oficina de correos y solicita ver el resguardo de un mensaje de otra persona, quizá se encuentre cierta renuencia por parte de los funcionarios en complacerle. ¡Hay demasiado papeleo para estas cosas! Sin embargo, no dudo de que, con un poco de delicadeza y tacto, quizá alcancemos nuestro fin. Mientras tanto, me gustaría escudriñar en su presencia, señor Overton, estos papeles dejados encima de la mesa.

Había numerosas cartas, facturas y anotaciones que Holmes fue pasando y examinando con dedos ágiles y nerviosos y ojos rápidos y penetrantes.

—Aquí no hay nada —dijo, por fin—. Por cierto, me imagino que su amigo era un joven con buena salud…, ¿sabe si le pasaba algo?

—Tiene una salud de hierro.

—¿Alguna vez ha estado enfermo?

—Ni un día. Una vez estuvo de reposo por una patada en la espinilla, y otra se hizo daño en la rótula, pero no fue nada.

—Quizá no sea tan fuerte como cree. Me atrevería a pensar que es posible que tuviera alguna dolencia secreta. Con su consentimiento, me guardaré uno o dos de estos papeles en el bolsillo, por si están relacionados con nuestras futuras pesquisas.

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó una voz quejumbrosa.

Alzamos la mirada y descubrimos a un viejecito excéntrico que temblaba y se agitaba en la puerta. Llevaba un traje negro y raído, con una chistera de ala ancha y una corbata blanca y algo suelta: la impresión general que daba era la de ser un cura de pueblo o la de acompañamiento en un entierro. Sin embargo, a pesar de su apariencia andrajosa e incluso ridícula, su voz era un chirrido tan agudo y sus maneras tenían una vehemencia tan repentina que se ganó nuestra atención.

—¿Quién es usted, señor, y con qué derecho toca los papeles de un caballero? —preguntó.

—Soy detective privado y estoy tratando de explicar su desaparición.

—Ah, ¿conque detective? ¿Y quién se lo ha ordenado? Diga.

—A este caballero, amigo del señor Staunton, le recomendaron mis servicios en Scotland Yard.

—¿Quién es usted, señor?

—Me llamo Cyril Overton.

—Entonces, es usted quien me envió el telegrama. Soy lord Mount-James. He venido tan pronto como le ha dado la gana traerme al ómnibus de Bayswater. ¿Así que ha contratado a un detective?

—Sí, señor.

—¿Y está dispuesto a pagarlo usted?

—No me cabe duda, señor, de que mi amigo Godfrey, cuando lo encontremos, estará dispuesto a hacerlo.

—Pero ¿y si no lo encuentran nunca? ¿Eh? Entonces, ¿qué?

—En ese caso, sin duda, su familia…

—¡De eso nada, señor! —gritó el hombrecillo—. No acuda a mí para pedirme ni un penique…, ¡ni un penique! ¿Lo ha entendido, señor detective? Soy toda la familia que tiene ese joven, y le digo que no me hago cargo. Si tiene esperanza de ello, se debe al hecho de que nunca me gasto dinero, y no me propongo empezar a hacerlo ahora. Con respecto a esos papeles con los que se ha estado tomando tantas libertades, le diría que, en el caso de que hubiera cualquier cosa de algún valor entre ellos, tendrá que rendir cuentas por cómo los utilice.

—Muy bien, señor —dijo Sherlock Holmes—. ¿Puedo preguntarle, entretanto, si tiene usted alguna teoría que justifique la desaparición del joven?

—No, señor, no la tengo. Es lo bastante grande y lo bastante mayorcito como para cuidar de sí mismo, y, si es tan estúpido como para perderse, me niego completamente a aceptar la responsabilidad de ir en su busca.

—Entiendo muy bien su postura —dijo Holmes, con un brillo travieso en sus ojos—. Quizá no entienda muy bien la mía. Se sabe que Godfrey Staunton es un hombre pobre. Si ha sido secuestrado, no ha podido ser por algo que poseyera él. La fama de su fortuna traspasa nuestras fronteras, lord Mount-James, y es perfectamente posible que una banda de ladrones haya

retenido a su sobrino con el fin de obtener de él alguna información acerca de su casa, sus costumbres y sus riquezas.

El rostro de nuestro antipático visitante se puso tan blanco como su corbata.

—¡Cielo santo, señor, menuda idea! ¡No se me había ocurrido una idea así! ¡Menudos granujas sin escrúpulos hay por el mundo! Pero Godfrey es un buen chico…, un chico leal. No hay nada que pudiera persuadirlo de vender a su tío. Mandaré que transporten los lingotes al banco esta tarde. Mientras tanto, ¡no escatime esfuerzos, señor detective! Le ruego que no deje piedra sin remover para traerlo de vuelta a salvo. Con respecto al dinero, bueno, puede pedirme hasta un billete de cinco, incluso de diez libras, no más.

Ni siquiera en ese estado de arrepentimiento, el noble tacaño pudo darnos información alguna que nos ayudara, porque sabía poco de la vida privada de su sobrino. Nuestra única pista se encontraba en el telegrama truncado, y, con una copia de este en la mano, Holmes se puso en camino para encontrar el segundo eslabón de su cadena. Se había quitado de encima a lord Mount-James, y Overton había ido a reunirse con los otros miembros de su equipo para hablar de la desgracia que les había sucedido.

Había una oficina de telégrafos a poca distancia de la pensión. Nos detuvimos antes de entrar.

—Merece la pena intentarlo, Watson —dijo Holmes—. Por supuesto, con una orden podríamos pedir ver los resguardos, pero todavía no hemos llegado a ese punto. No creo que se acuerden de las caras en un sitio con tanto ajetreo. Probemos suerte.

—Perdone que la moleste —le dijo, de la manera más afable que le era posible, a una mujer joven de la ventanilla—, ha habido algún error con el telegrama que envié ayer. No he obtenido respuesta, y mucho me temo que he debido olvidarme de poner mi nombre al final. ¿Podría decirme si ha sido así?

La mujer joven sacó un fajo de resguardos.

—¿A qué hora fue? —preguntó.

—Poco después de las seis.

—¿A quién se dirigía?

Holmes puso el índice sobre sus labios y se quedó mirándome.

—Las últimas palabras eran «por el amor de Dios» —susurró reservadamente—. Estoy muy inquieto por no haber obtenido respuesta.

La mujer joven separó uno de los impresos.

—Es este. No hay nombre —dijo, alisándolo sobre el mostrador.

—Entonces, es eso, claro, lo que justifica que no me hayan respondido —dijo Holmes—. Madre mía, desde luego, ¡menuda estupidez por mi parte! Buenos días, señorita, y muchas gracias por quitarme esa preocupación.

Cuando nos encontramos en la calle de nuevo, se reía por lo bajo y se frotaba las manos.

—¿Y bien? —pregunté.

—Estamos avanzando, mi querido Watson, estamos avanzando. Tenía siete argucias pensadas para echarle una ojeada a ese telegrama, pero ni se me pasaba por la cabeza que tendríamos éxito con la primera.

—¿Y qué ha conseguido?

—Un punto de partida para nuestra investigación —levantó la mano hacia un coche—. A King's Cross Station —dijo.

—Entonces, ¿nos vamos de viaje?

—Sí, creo que debemos ir juntos a Cambridge. Me parece que todos los indicios apuntan en esa dirección.

—Dígame —le pregunté, mientras traqueteábamos por Gray's Inn Road —, ¿tiene ya alguna sospecha acerca de la causa de la desaparición? No creo tener en la memoria, de entre todos nuestros casos, uno cuyos motivos sean más oscuros. ¿No supondrá realmente que lo han secuestrado con el fin de obtener información acerca de su adinerado tío?

—Le confieso, mi querido Watson, que esa no me resulta una explicación muy probable. Sin embargo, de repente pensé que sería la única que, con mayor probabilidad, le interesaría a ese anciano tan sumamente desagradable.

—Desde luego que lo hizo. Pero ¿qué alternativas propone?

—Podría mencionar varias. Debe admitir que es curioso y sugerente que este incidente haya sucedido en la víspera de ese partido tan importante y que esté involucrado el único hombre cuya presencia parece esencial para el éxito de los suyos. Puede tratarse, por supuesto, de una coincidencia, pero

es interesante. En el deporte no profesional no se hacen apuestas abiertamente, pero, entre el público, se realizan muchas de tapadillo, y es posible que a alguien le resultara rentable hacerse con un jugador como los granujas del hipódromo se hacen con un caballo de carreras. Ahí tiene una explicación. Una segunda muy obvia es que ese joven es, ciertamente, el heredero de una gran fortuna, por muy modestos que puedan ser sus medios en el presente, y no es imposible que se haya urdido una trama para retenerlo y obtener un rescate.

—Esas teorías no tienen presente el telegrama.

—Muy cierto, Watson. El telegrama sigue siendo lo único sólido con que podemos contar, y no debemos permitir que nuestra atención se desvíe de ello. Ahora mismo nos encaminamos a Cambridge para aclarar el propósito de ese telegrama. En este momento, avanzamos a oscuras por el camino de nuestra investigación, pero me sorprendería mucho si antes de esta tarde no lo hemos esclarecido o realizado un avance considerable por él.

Ya había oscurecido cuando llegamos a la vetusta ciudad universitaria. Holmes cogió un coche en la estación y ordenó al cochero que nos condujera a la casa del doctor Leslie Armstrong. Pocos minutos después, se había detenido en una gran mansión en la calle más concurrida. Nos permitieron entrar, y, después de una larga espera, nos dejaron pasar, por fin, a la consulta, donde nos encontramos al doctor sentado detrás de su mesa.

Dice mucho de hasta qué punto había perdido el contacto con mi profesión el que el nombre de Leslie Armstrong me resultara desconocido. Hoy soy consciente de que no es únicamente una de las eminencias de la facultad de medicina de la universidad, sino un pensador de reputación europea en más de una rama de la ciencia. No obstante, incluso sin conocer su brillante carrera, uno no podía dejar de sentirse impresionado con solo echarle una mirada a ese hombre: el rostro de facciones rectas y sólidas, los ojos pensativos bajo las cejas espesas y la mandíbula inflexible hecha de granito. Un hombre de mucho carácter, un hombre de mente despierta, adusto, austero, reservado, imponente: esa fue la impresión que me dio el

doctor Leslie Armstrong. Se quedó con la tarjeta de mi amigo en la mano y alzó la mirada con una expresión no muy alegre en su arisco rostro.

—He oído hablar de usted, señor Sherlock Holmes, y estoy al tanto de su profesión, la cual no apruebo en absoluto.

—En eso, doctor, sepa que está de acuerdo con todos los criminales del país —dijo mi amigo tranquilamente.

—En tanto sus esfuerzos se encaucen en la supresión del crimen, señor, deben ser apoyados por todo miembro razonable de la comunidad, aunque no me cabe duda de que la maquinaria estatal es lo bastante amplia para ese propósito. Lo que resulta más criticable de su vocación es que se entromete en los secretos de los individuos particulares, que saca a relucir asuntos familiares que están mejor ocultos y que, por cierto, hace perder el tiempo a hombres que están más ocupados que usted. En este mismo momento, por ejemplo, debería estar escribiendo un tratado en lugar de conversar con usted.

—Sin duda, doctor. No obstante, quizá la conversación resulte más importante que el tratado. Por cierto, le puedo decir que estamos haciendo lo contrario de lo que muy merecidamente condena y que estamos tratando de evitar cualquier clase de escándalo público relacionado con asuntos privados, que es precisamente lo que sucede una vez que el caso se halla en manos de los funcionarios de policía. Puede considerarme una avanzadilla que precede a las fuerzas regulares del país. He venido a preguntarle acerca del señor Godfrey Staunton.

—¿Qué pasa con él?

—Lo conoce, ¿verdad?

—Es íntimo amigo mío.

—¿Está al corriente de que ha desaparecido?

—¡Ah, no me diga! —no se produjo ningún cambio en los duros rasgos del doctor.

—Dejó su hotel la pasada noche. No se ha vuelto a saber de él.

—Volverá, sin duda.

—Mañana es el partido de rugby de la universidad.

—No siento ninguna simpatía por esos juegos infantiles. Me interesa profundamente la suerte de ese joven, puesto que lo conozco y le tengo

aprecio. El partido de rugby no entra dentro de mis intereses en absoluto.

—Apelo a su simpatía por él, entonces, para que me ayude en mi investigación de lo sucedido con el señor Staunton. ¿Sabe dónde está?

—Por supuesto que no.

—¿No lo ha visto desde ayer?

—No, no lo he visto.

—¿Estaba sano el señor Staunton?

—Completamente.

—¿Lo ha visto enfermo alguna vez?

—Nunca.

Holmes le puso en la cara al doctor una hoja de papel.

—Entonces, tal vez nos explique este recibo de treinta guineas, pagado por el señor Godfrey Staunton el pasado mes al doctor Leslie Armstrong de Cambridge. Lo cogí de entre los papeles de encima de su escritorio.

El doctor se puso rojo de furia.

—No veo que exista una razón por la cual debiera darle una explicación, señor Holmes.

Holmes volvió a colocar el recibo en su libreta.

—Si prefiere dar explicaciones en público, eso sucederá más tarde o más temprano —dijo—. Ya le he dicho que puedo echar tierra sobre cosas que otros estarán obligados a hacer público, y, de verdad, sería más sensato que confiase completamente en mí.

—No sé nada.

—¿Tuvo noticias del señor Staunton estando este en Londres?

—Desde luego que no.

—Ay, Dios, ay, Dios, ¡qué mal está el correo! —suspiró Holmes desalentado—. Ayer por la noche a las seis quince se despachó un telegrama muy urgente desde Londres. Era de Godfrey Staunton para usted. Un telegrama que está relacionado, indiscutiblemente, con su desaparición… y, sin embargo, no le ha llegado. Es totalmente inaceptable. Por supuesto, voy a ir a la oficina de aquí y voy a presentar una queja.

El doctor Leslie Armstrong se puso en pie de un salto detrás de su escritorio con su moreno rostro rojo de ira.

—Lamento pedirle que salga de mi casa, señor —dijo—. Puede decirle a su cliente, lord Mount-James, que no quiero tener nada que ver ni con él ni con sus intermediarios. No, señor, ¡ni una palabra más! —tocó la campanilla encolerizadamente—. John, ¡muéstrales a estos caballeros la salida!

Un mayordomo ampuloso nos condujo a la puerta con mucha seriedad, y nos vimos en la calle. Holmes rompió a reír.

—Desde luego, el doctor Leslie Armstrong es un hombre con fuerza y carácter —dijo—. No he visto un hombre que, si desviara su talento por ese camino, fuera más apropiado para llenar el vacío dejado por el ilustre Moriarty. Y ahora, mi pobre Watson, aquí estamos, varados y sin amigos en esta ciudad inhóspita, que no podemos dejar sin abandonar nuestro caso. Esta pequeña posada justo enfrente de la casa de Armstrong se adapta especialmente a nuestras necesidades. Si alquilara una de las habitaciones a la calle y comprara lo necesario para la noche, quizá tuviera tiempo de hacer algunas pesquisas.

Sin embargo, esas pesquisas acabaron alargándose más de lo que Holmes se había imaginado, puesto que no regresó a la posada hasta cerca de las nueve. Estaba pálido y desanimado, cubierto de polvo, y muerto de hambre y de cansancio. Tenía lista sobre la mesa una cena fría, y, cuando dio cuenta de ella y encendió su pipa, estuvo preparado para adoptar esa actitud algo cómica y de total filosofía que le era propia cuando se le torcían las cosas. El ruido de unas ruedas de carruaje hizo que se levantara y echase una mirada por la ventana. Delante de la puerta del doctor había una berlina con un par de rucios bajo una farola de gas.

—Ha estado fuera tres horas —dijo Holmes—, salió a las seis y media, y ya está aquí de nuevo. Eso nos da un radio de diez o doce millas, y lo hace una o, en ocasiones, dos veces al día.

—Nada infrecuente para un médico que ejerza.

—Pero Armstrong no es realmente un médico que ejerza. Es profesor y especialista, pero no le interesa la práctica porque lo distrae de sus publicaciones. Entonces, ¿por qué hace esos largos viajes, que deben ser sumamente fastidiosos para él, y a quién visita?

—Su cochero…

—Mi querido Watson, ¿acaso duda de que fue en el primero en el que centré mis esfuerzos? No sé si se debe a su propia perversidad innata o a ser incitado por su jefe, pero fue lo bastante maleducado como para azuzar a un perro contra mí. No obstante, ni al perro ni al hombre les gustó la pinta de mi bastón y la cosa quedó en nada. Nuestra relación se puso tirante después de eso, y seguir investigando estaba fuera de lugar. Todo de lo que me enteré lo obtuve de un simpático indígena en el patio de nuestra propia posada. Ha sido él quien me ha hablado de las costumbres del doctor y de su viaje diario. En ese instante, para subrayar sus palabras, el carruaje volvió a la puerta.

—¿No podría seguirlo?

—¡Excelente, Watson! Esta tarde está usted muy perspicaz. Esa idea se me pasó por la cabeza. Hay, como es posible que haya advertido, una tienda de bicicletas cerca de nuestra posada. Corrí a meterme en ella, alquilé una bicicleta y fui capaz de ponerme en marcha antes de que el carruaje estuviera lo bastante lejos de mi vista. Le di alcance rápidamente, y, entonces, manteniendo una prudente distancia de unas cien yardas más o menos, seguí sus luces hasta que estuvimos lejos de la ciudad. Llevábamos un buen rato en la carretera de la región cuando sucedió un incidente un poco bochornoso. El carruaje se detuvo, el doctor se apeó, volvió caminando con rapidez hacia donde yo también me había parado, y me dijo de una manera magnífica y sarcástica que se temía que la carretera era demasiado estrecha, y que esperaba que su carruaje no le estuviera impidiendo el paso a mi bicicleta. No lo hubiera podido decir de forma más admirable. Adelanté de inmediato al carruaje, y, tomando la carretera principal, continué durante unas millas y, entonces, me detuve en un lugar adecuado para ver si pasaba el carruaje. Sin embargo, no hubo señal de él, y se hizo así evidente que había doblado por una de las muchas carreteras secundarias que había observado. Pedaleé de vuelta, pero, de nuevo, no vi el carruaje en absoluto, y ahora, como puede ver, ha regresado más tarde que yo. Por supuesto, al principio no tenía ninguna razón en particular para relacionar esos viajes con la desaparición de Godfrey Staunton, y solo estaba dispuesto a investigarlos por un motivo general, que todo lo concerniente con el doctor Armstrong nos interesa en este momento, pero,

ahora que he descubierto que tiene tantísimo cuidado en que nadie pueda seguirlo en esas excursiones, el asunto me parece más importante, y no me quedaré tranquilo hasta que lo hayamos aclarado.

—Podemos seguirlo mañana.

—¿Podemos? No es tan sencillo como usted piensa. No está familiarizado con el paisaje de Cambridgeshire, ¿verdad? No se presta al escondite. Toda la región por la que he pasado esta noche es un terreno tan llano y tan despejado como la palma de su mano, y el hombre al que estamos siguiendo no es tonto, como ha demostrado muy claramente hoy. Le he mandado un telegrama a Overton para que nos haga saber cualquier novedad londinense a esta dirección, y, mientras tanto, solo podemos centrar nuestra atención en el doctor Armstrong, cuyo nombre la servicial joven dama de la oficina me permitió leer en el resguardo del mensaje urgente de Staunton. Él sabe dónde está el joven…, eso podría jurarlo, y si lo sabe, entonces, será nuestra culpa si no podemos arreglárnoslas para saberlo nosotros también. De momento, hay que admitir que tiene los triunfos en la mano, y, como usted sabe, Watson, no tengo costumbre de dejar la partida en ese estado.

Y, no obstante, el día siguiente no nos hizo estar más cerca de la solución al misterio. Le entregaron una nota después del desayuno, que Holmes me pasó con una sonrisa.

> Señor:
>
> Le puedo asegurar que está perdiendo su tiempo al acechar mis movimientos. Tengo, como descubrió usted ayer noche, una ventana en la parte trasera de mi berlina, pero, si lo que desea es darse un paseo de veinte millas que le conduzca de nuevo al lugar de partida, solo tiene que seguirme. Mientras tanto, me gustaría comunicarle que, espiándome, no puede ayudar de ninguna manera al señor Godfrey Staunton, y estoy convencido de que el mejor favor que puede hacerle a ese caballero es regresar de inmediato a Londres para informar a su cliente de que ha sido incapaz de dar con él. En Cambridge, desde luego, está perdiendo usted el tiempo.
>
> Atentamente,
>
> LESLIE ARMSTRONG

—Un contrincante directo y honesto, el doctor —dijo Holmes—. Bueno, bueno, excita mi curiosidad, y tengo que enterarme de mucho más antes de dejarlo ir.

—Ahora mismo su carruaje está en la puerta —dije—. Ahí lo tenemos, montándose en él. Lo he visto echar una ojeada hacia nuestra ventana como si él también nos viera. Supongo que debería probar suerte con la bicicleta.

—No, no, ¡mi querido Watson! Con todo mi respeto por su perspicacia natural, no creo que esté usted a la altura del eminente doctor. Creo que es posible que pueda alcanzar nuestro objetivo con algunas averiguaciones independientes por mi cuenta. Me temo que tengo que dejar que se las arregle solo, dado que el aspecto de dos desconocidos investigando en una apacible campiña es posible que suscite más rumores de los que me gustarían. Sin duda, descubrirá alguna distracción entretenida en esta venerable ciudad, y espero traerle de vuelta un informe más favorable antes de esta tarde.

Sin embargo, de nuevo mi amigo estaba condenado a decepcionarse. Volvió por la noche, agotado y sin éxito.

—Hoy ha sido un día perdido, Watson. Como tenía la dirección aproximada a la que iba el doctor, me he pasado el día visitando todos los pueblos a ese lado de Cambridge, y comparando notas con los dueños de los bares y otras agencias de noticias locales. He abarcado cierta extensión: Chesterton, Histon, Waterbeach y Oakington, he explorado cada uno de ellos y cada uno de ellos ha resultado decepcionante. Es difícil que pasaran por alto la aparición diaria de una berlina de dos caballos en semejantes remansos de tranquilidad. El doctor ha vuelto a marcar. ¿Hay algún telegrama para mí?

—Sí, lo abrí. Aquí lo tiene:

> Pregúntele a Jeremy Dixon, del Trinity College, por Pompey.

—Yo no lo entiendo.

—Oh, está bastante claro. Es de nuestro Overton, y es la respuesta a una pregunta que le hice. Ahora mismo voy a enviarle una nota al señor Jeremy Dixon, y no me cabe duda de que así cambiará nuestra suerte. Por cierto, ¿se sabe algo del partido?

—Sí, el periódico local de la tarde tiene un resumen excelente en su última edición. El Oxford ganó por un gol y dos ensayos. Las últimas frases de la narración dicen: «La derrota de los azul celeste puede atribuirse

completamente a la desafortunada ausencia del genio internacional, Godfrey Staunton, cuya falta fue acusada en cada instante del partido. La falta de unidad en la línea de tres cuartos y su debilidad tanto en ataque como en defensa neutralizaron ampliamente los esfuerzos de unos delanteros fuertes e incansables».

—Entonces, las premoniciones de nuestro amigo Overton estaban justificadas —dijo Holmes—. Personalmente, estoy de acuerdo con el doctor Armstrong y el rugby no entra dentro de mis intereses. Esta noche, pronto a la cama, Watson, que preveo que mañana va a ser un día ajetreado.

Me horrorizó el primer vislumbre que tuve de Holmes a la mañana siguiente, porque estaba sentado junto al fuego con su pequeña jeringuilla hipodérmica en la mano. Yo relacionaba ese instrumento con la única debilidad de su carácter y me temí lo peor cuando la vi reluciendo en su mano. Él se rió ante mi rostro de consternación y la dejó encima de la mesa.

—No, no, mi querido amigo, no hay motivo de alarma. En esta ocasión no es el instrumento del mal, sino que va a resultar la llave que nos conducirá al final de nuestro misterio. En esta jeringuilla cifro todas mis esperanzas. Acabo de regresar de un pequeño reconocimiento y todo parece favorable. Tómese un buen desayuno, Watson, porque hoy me propongo ir tras el rastro del doctor Armstrong, y una vez empecemos, no voy a parar ni a descansar para comer hasta que lo haga meterse en su madriguera.

—En ese caso —dije—, hubiese sido mejor llevarnos el desayuno para el camino, porque va a salir pronto. Su carruaje está en la puerta.

—Da igual. Deje que se vaya. Muy listo sería si va a donde no pueda seguirlo. Cuando haya terminado, venga abajo conmigo, y le presentaré a un detective que es un especialista muy eminente en la tarea que tenemos ante nosotros.

Cuando llegamos al piso de abajo, seguí a Holmes al patio de la cuadra, donde abrió la puerta de una caseta y sacó a un perro rechoncho, de color blanco y canela, de orejas caídas, una especie de cruce entre un sabueso y un raposero.

—Permítame presentarle a Pompey —dijo—. Pompey es el orgullo de los rastreadores del lugar, no es que vuele, como indica su constitución, pero sigue incondicionalmente el rastro. Bueno, Pompey, tal vez no seas el más rápido, pero supongo que lo serás demasiado para un par de caballeros londinenses de mediana edad, así que me tomaré la libertad de atarte esta correa de cuero a tu collar. Ahora, chico, vamos ya, y enséñanos qué sabes hacer.

Lo llevó a la puerta del médico. El perro husmeó por allí un momento, y luego, con un agudo gañido de excitación, empezó a bajar la calle, tirando de su correa en su empeño por ir más rápido. En media hora, estábamos lejos de la ciudad y nos apresurábamos por una carretera regional.

—¿Qué ha hecho, Holmes? —le pregunté.

—Un ardid trillado y antiguo, pero útil de vez en cuando. Esta mañana me he metido en el patio del doctor y he disparado con todo el anís de mi jeringuilla en su rueda trasera. Un rastreador seguiría el anís de aquí a Escocia, y nuestro amigo Armstrong tendría que cruzar el río Cam para librarse de Pompey. Ay, ¡taimado granuja! Así fue como me dio esquinazo la otra noche.

El perro se había desviado de repente de la carretera principal para meterse en un camino lleno de hierba. Media milla más allá, este desembocaba en una carretera ancha, y el rastro torcía bruscamente a la derecha en dirección a la ciudad que acabábamos de abandonar. La carretera trazaba una curva al sur de la ciudad y continuaba en el sentido contrario del que habíamos salido.

—Entonces, ¿todo este rodeo ha sido en nuestro honor? —dijo Holmes —. No me extraña que mis pesquisas en aquellos pueblos no condujeran a nada. Ya se ve que el doctor ha jugado a este juego como si importara algo, y me gustaría saber la razón para un engaño tan elaborado. Este de nuestra derecha debería ser el pueblo de Trumpington. Y, ¡por Dios!, aquí tenemos el coche doblando la esquina. Rápido, Watson, rápido, ¡o estamos acabados!

Saltó por una puerta a una propiedad, arrastrando al reticente Pompey tras él. Apenas nos habíamos puesto a cubierto bajo el seto cuando la berlina pasó traqueteando por allí. Atisbé al doctor Armstrong en ella, con los hombros caídos, la cabeza hundida entre las manos, la viva imagen de la

pena. Pude comprobar por el rostro más serio ahora de mi compañero que él también lo había visto.

—Me temo que nuestra búsqueda tiene algún final aciago —dijo—. No podemos tardar en saberlo. ¡Vamos, Pompey! Ah, ¡es en la casa de campo!

No había duda de que habíamos llegado al final de nuestro viaje. Pompey brincaba de acá para allá y gañía impaciente a la puerta en donde las huellas de las ruedas de la berlina todavía eran visibles. Un sendero llevaba a la solitaria casa. Holmes ató al perro a la valla, y nos apresuramos en ir. Mi amigo llamó a una puerta pequeña y tosca, y llamó de nuevo sin respuesta. Sin embargo, la casa no estaba vacía, porque oíamos un ruido sordo…, una especie de gemido constante de tristeza y desesperación que era indescriptiblemente melancólico. Holmes se paró indeciso, y, entonces, miró atrás, hacia la carretera que acabábamos de cruzar. Venía una berlina por ella, y no había confusión alguna acerca de los rucios.

—¡Madre mía! ¡Que vuelve el doctor! —exclamó Holmes—. Ya no cabe duda. Tenemos que ver qué significa esto antes de que llegue.

Abrió la puerta y entró en el vestíbulo. El gemido constante aumentó su volumen hasta convertirse en un largo y profundo llanto de angustia. Venía de arriba. Holmes se precipitó hacia allí y yo lo seguí. Empujó una puerta medio cerrada y ambos nos quedamos paralizados ante lo que vimos.

Una mujer, joven y guapa, yacía muerta sobre la cama. Su rostro sereno y pálido, con unos ojos azules, apagados y completamente abiertos, miraba hacia el techo entre una maraña de cabello dorado. Al pie de la cama, medio sentado, medio arrodillado, con el rostro hundido en las ropas, había un joven, cuya silueta temblaba por los sollozos. Tan absorto estaba en su amargo dolor, que no alzó la mirada hasta que la mano de Holmes se posó sobre su hombro.

—¿Es usted el señor Godfrey Staunton?

—Sí, sí, soy yo…, pero llegan demasiado tarde. Está muerta.

Aquel hombre estaba tan aturdido que no podía llegar a pensar que fuéramos otra cosa salvo médicos que hubiesen enviado en su ayuda. Holmes estaba tratando de decir unas pocas palabras de consuelo, y de explicar la alarma que había desatado entre sus amigos con su repentina

desaparición, cuando se oyeron unos pasos subiendo la escalera, y allí estaba el rostro duro, severo, inquisitivo del doctor Armstrong en la puerta.

—Así pues, caballeros —dijo—, han logrado su objetivo, y, ciertamente, han elegido un momento especialmente inapropiado para entrometerse. No pelearía en presencia de un difunto, pero puedo asegurarles que, si fuera más joven, su monstruoso comportamiento no quedaría impune.

—Discúlpeme, doctor Armstrong, pero creo que ha habido algún que otro malentendido —dijo mi amigo dignamente—. Si no le importara bajar con nosotros, tal vez pudiéramos aclararnos los unos a los otros este penoso asunto.

Un momento después, el adusto doctor y nosotros mismos estábamos en el salón de abajo.

—¿Y bien, señor? —dijo.

—Deseo que entienda, en primer lugar, que no me ha contratado lord Mount-James y que mis simpatías en este asunto se hallan en el extremo opuesto de las de ese noble caballero. Cuando se pierde un hombre, es mi deber determinar su paradero, pero, una vez hecho eso, el caso se cierra en lo que a mí concierne. Mientras no se haya cometido ningún crimen, siempre prefiero echar tierra sobre los escándalos que darles publicidad. Si, como imagino, no se ha incumplido la ley, puede contar absolutamente con mi discreción y mi cooperación para mantener los hechos lejos de los periódicos.

El doctor Armstrong dio un rápido paso hacia delante y le estrechó la mano a Holmes.

—Es usted un buen tipo —dijo—. Le había juzgado mal. Gracias a Dios que mis remordimientos por haber dejado completamente solo a Staunton en este aprieto me han hecho dar la vuelta con mi coche, y así he podido conocerle. Sabiendo tanto como sabe, la situación es muy fácil de explicar. Hace un año, Godfrey Staunton se alojó en Londres durante un tiempo y se enamoró perdidamente de la hija de la posadera, y se casó con ella. Era tan buena como guapa y tan inteligente como buena. Ningún hombre se hubiera avergonzado de tener una esposa así. Pero Godfrey era el heredero de ese noble anciano y malhumorado, y estaba bastante seguro de que la noticia de

su matrimonio hubiese sido el final de su herencia. Yo conocía bien al muchacho, y le quería por sus muchas y magníficas cualidades. Hice todo lo que pude para ayudarlo a que las cosas siguieran como estaban. Hicimos cuanto pudimos por esconder el asunto, porque, una vez que se difunde un rumor así, no pasa mucho tiempo antes de que todo el mundo se entere. Gracias a esta casa solitaria y a su propia discreción, Godfrey lo había logrado hasta ahora. Nadie conocía su secreto excepto yo y un sirviente muy leal que, en este momento, está yendo por ayuda a Trumpington. Pero, al final, sufrieron un golpe terrible, la peligrosa enfermedad de su esposa. Se trataba de una tuberculosis de las más agresivas. El pobre chico estaba casi loco de pena, y, sin embargo, tenía que ir a Londres para jugar ese partido, porque no podía librarse de ello sin alguna explicación que hubiese puesto en peligro su secreto. Traté de darle ánimos con un telegrama, y me envió uno en respuesta en el que me imploraba que hiciera todo lo que estuviera en mi mano. Ese fue el telegrama que pareció usted, de alguna inexplicable manera, haber visto. No le dije hasta qué punto se encontraba en peligro porque sabía que no podía hacer nada aquí, pero le transmití la verdad al padre de la chica, y él, de manera muy poco juiciosa, informó a Godfrey. El resultado de ello fue que vino directamente en un estado que rozaba la enajenación, y se quedó en ese mismo estado, arrodillado a los pies de la cama, hasta que esta mañana la muerte ha terminado con su sufrimiento. Eso es todo, señor Holmes, y estoy seguro de que puedo confiar en su discreción y en la de su amigo.

Holmes le dio un apretón de manos al doctor.

—Vamos, Watson —dijo y salimos de aquella casa llena de dolor a la pálida luz de aquel día de invierno.

LA AVENTURA DE ABBEY GRANGE

Una mañana gélida y destemplada del invierno de 1897, alguien me despertó zarandeándome el hombro de manera harta impaciente. Era Holmes. La vela que llevaba en la mano brillaba sobre su rostro ansioso, que se inclinaba hacia mí, y con una sola mirada supe de sobra que algo iba mal.

—Vamos, Watson, ¡vamos! —exclamó—. Comienza el juego. ¡Ni una palabra! ¡Cámbiese y vamos!

Diez minutos más tarde estábamos los dos subidos en un coche de alquiler y traqueteábamos por las silenciosas calles de camino a la estación de Charing Cross. Despuntaban los primeros y tenues rayos del amanecer invernal, y pudimos ver vagamente mientras pasábamos, la figura esporádica de algún obrero madrugador, borrosa e imprecisa entre la bruma opalescente habitual de Londres. Holmes se envolvía silenciosamente en su pesado abrigo, y yo me alegraba de hacer exactamente lo mismo, porque el aire era glacial y ninguno de los dos había desayunado.

Hasta que no llegamos a la estación, nos tomamos un té caliente y nos sentamos en nuestros asientos del tren de Kentish, no se nos quitó suficientemente el frío: a él para hablar y a mí para escuchar. Holmes sacó una nota del bolsillo de su abrigo y la leyó en voz alta:

> *Abbey Grange, Marsham, Kent, 3.30 de la madrugada*
>
> Querido señor Holmes:
>
> Me encantaría que me prestara su ayuda de inmediato en lo que promete ser un caso muy singular. Es algo que entra dentro de su especialidad. Dejaré libre a la dama, pero me cuidaré de que todo lo demás se mantenga exactamente como lo he encontrado, pero le ruego que no pierda ni un instante, porque es complicado dejar a sir Eustace ahí.
>
> Sinceramente suyo,
>
> STANLEY HOPKINS

—Hopkins ha solicitado mis servicios siete veces, y, en cada una de esas ocasiones, su petición ha quedado completamente justificada —dijo Holmes—. Creo que todos sus casos han encontrado sitio en su colección, y, debo admitir, Watson, que tiene cierta capacidad de selección que expía las muchas cosas que desapruebo de sus relatos. Su nefasta costumbre de mirarlo todo desde el punto de vista de la narración, en lugar de verlo como un ejercicio científico, ha arruinado lo que quizá tuvieran de instructivas e incluso clásicas una serie de demostraciones. Pasa por alto un trabajo de suma sutileza y finura para entretenerse en detalles sensacionalistas que tal vez entusiasmen al lector, pero que posiblemente no logren enseñarle nada.

—¿Por qué no los escribe usted mismo? —le dije con algo de rencor.

—Lo haré, mi querido Watson, lo haré. Ahora mismo estoy, como sabe, bastante ocupado, pero tengo intención de consagrar mi vejez a la redacción de un libro de texto que abarcará todo el arte de la investigación en un solo volumen. Nuestro presente caso parece ser de asesinato.

—Entonces, ¿cree que el tal sir Eustace está muerto?

—Yo diría que sí. La escritura de Hopkins muestra una considerable inquietud y no es un hombre impresionable. Sí, infiero que ha habido violencia y que han dejado el cadáver para que lo inspeccionemos. Un mero suicidio no le habría llevado a mandarme la nota. En lo referente a la liberación de la dama, se podría pensar que la han encerrado en su habitación durante la tragedia. Nos vamos a mover en la alta sociedad, Watson, papel crujiente, con «E. B.» como iniciales, escudo de armas, dirección pintoresca. Creo que el amigo Hopkins estará a la altura de su reputación y que tendremos una mañana interesante. El crimen se cometió antes de las doce de la noche.

—Pero ¿cómo puede saberlo?

—Inspeccionando el horario de los trenes y calculando el tiempo. Tuvieron que llamar a la policía local, esta tuvo que comunicarse con Scotland Yard, Hopkins tuvo que ir para allá, y él, a su vez, tuvo que mandarme la nota a mí. Todo eso lleva una buena noche de trabajo. Bueno, pues ya hemos llegado a la estación de Chislehurst y pronto resolveremos nuestras dudas.

Un camino de un par de millas a través de angostas carreteras comarcales nos condujo ante la puerta de unos jardines que nos abrió un anciano guarda, cuyo rostro ojeroso daba cuenta de algún tremendo desastre. La avenida atravesaba unos nobles jardines, entre hileras de añosos olmos, y terminaba en una casa baja y extensa, con pilares en la fachada a la manera de Palladio[9]. Era evidente que la parte central era muy antigua y estaba cubierta de hiedra, pero las grandes ventanas indicaban que se habían llevado a cabo cambios en los últimos tiempos, y un ala de la casa parecía completamente nueva. La silueta juvenil y el rostro despierto e impaciente del inspector Stanley Hopkins nos esperaban en la puerta abierta de la entrada.

—Me alegra mucho que haya venido, señor Holmes. ¡Y que lo haya hecho usted también, doctor Watson! Pero, en realidad, si echase el tiempo atrás, no les hubiese molestado, porque, en cuanto la dama ha vuelto en sí, nos ha dado una versión tan clara del asunto que no nos ha dejado mucho por hacer. ¿Se acuerdan de aquella banda de ladrones de Lewisham?

—¿Quiénes? ¿Los tres Randall?

—Exacto, el padre y los dos hijos. Han sido ellos. Sin duda. Hicieron un trabajo en Sydenham hace quince días, y los han visto y descrito aquí. Menuda sangre fría tienen para dar otro golpe tan pronto y tan cerca, pero son ellos, no cabe ninguna duda. Esta vez acabarán en la horca.

—Entonces, ¿ha muerto sir Eustace?

—Sí, lo han golpeado con su propio atizador.

—Sir Eustace Brackenstall, me ha dicho el cochero.

—Eso es: uno de los hombres más ricos de Kent. Lady Brackenstall se encuentra en la sala de estar. Pobre señora, acaba de pasar por una experiencia espantosa. Parecía medio muerta cuando la vi al llegar. Creo que debería verla a ella y escuchar su versión de los hechos. Luego examinaremos juntos el comedor.

Lady Brackenstall no era una persona común. Pocas veces habré visto un porte tan elegante, una presencia tan femenina y un rostro tan hermoso. Era rubia, de cabello dorado, ojos azules, y, sin duda, hubiese tenido el color impecable que acompaña a ese tipo de piel, si no hubiese sufrido esa reciente experiencia que la había dejado macilenta y ojerosa. Su dolor era

tanto físico como mental, puesto que tenía encima de uno de los ojos un feo chichón color ciruela, que su doncella, una mujer alta y austera, estaba lavando diligentemente con agua y vinagre. La dama se recostaba exhausta en un sofá, pero su mirada viva y observadora cuando entramos en la habitación, y la expresión alerta de sus hermosos rasgos, indicaba que ni su inteligencia ni su valor habían variado por la terrible experiencia. Se cubría con una bata amplia de color azul y plateado, pero había encima del sofá un vestido de noche de lentejuelas negro junto a ella.

—Ya le he dicho todo lo que ha pasado, señor Hopkins —dijo, agotada —, ¿no podría repetirlo por mí? Bueno, si cree que es necesario, le contaré a estos caballeros lo sucedido. ¿Han estado ya en el comedor?

—Pensé que harían mejor en oír primero la historia de labios de su señoría.

—Espero que pueda solucionarlo pronto. Me parece horrible pensar que yace todavía allí.

Se estremeció y hundió el rostro entre sus manos. Al hacerlo, las mangas holgadas de la bata descubrieron sus antebrazos. A Holmes se le escapó una exclamación:

—¡Tiene más heridas, señora! ¿Qué es esto?

Dos manchas de un rojo intenso destacaban en uno de los brazos blancos y redondeados. Se cubrió apresuradamente.

—No es nada. No tiene relación con el espantoso asunto de esta noche. Si tienen la amabilidad de sentarse usted y su amigo, les contaré todo lo que pueda.

»Soy la esposa de sir Eustace Brackenstall. He estado casada con él cerca de un año. Supongo que es inútil tratar de ocultarles que no hemos tenido un matrimonio feliz. Me temo que todos nuestros vecinos así se lo dirían, aun cuando intentase negarlo. Es posible que la culpa haya sido en parte mía. Me educaron en el ambiente más libre y menos convencional del sur de Australia, y esta vida inglesa, con sus formalidades y sus miramientos, no casa conmigo. Pero la razón principal se encuentra en un hecho que es notoriamente conocido y que no es otro que sir Eustace era un borracho empedernido. Estar con un hombre así durante una hora es desagradable. ¿Puede imaginarse lo que significa para una mujer sensible y

llena de vida estar atada a él día y noche? Es un sacrilegio, un crimen, una vileza mantener que un matrimonio así es vinculante. Afirmo que estas monstruosas leyes suyas traerán consigo una maldición sobre este país… Dios no dejará que dure crueldad semejante».

Durante un momento, se incorporó con las mejillas encendidas y la mirada ardiente bajo la horrible marca sobre su ceja. Entonces, la mano fuerte y reconfortante de la austera doncella llevó su cabeza de nuevo al sofá, y la cólera salvaje se extinguió con un sollozo vehemente. Por fin, continuó:

—Les contaré qué pasó anoche. Quizá sepan ya que en esta casa todos los sirvientes duermen en el ala reformada. Esta parte central la utilizamos como vivienda nuestra, con la cocina detrás y nuestro dormitorio encima. Mi doncella, Theresa, duerme encima de mi habitación. No hay nadie más, y ningún ruido podría alertar a los que están en el ala más alejada. Eso lo debían de saber bien los ladrones o no hubiesen actuado como lo hicieron.

»Sir Eustace se retiró alrededor de las diez y media. Los sirvientes ya se habían ido a sus aposentos. Solo estaba despierta mi doncella, y se había quedado en su habitación en el piso de arriba de la casa hasta que necesité de sus servicios. Permanecí en esta habitación hasta pasadas las once, absorta en un libro. Entonces di una vuelta para ver si todo estaba bien antes de irme a mi dormitorio. Tenía costumbre de hacerlo yo misma, porque, como he explicado ya, no siempre me podía fiar de sir Eustace. Fui a la cocina, a la despensa del mayordomo, a la armería, a la sala del billar, al salón y, por último, al comedor. Mientras me acercaba a la ventana, que está cubierta con gruesas cortinas, sentí de repente el viento soplando en mi rostro y reparé en que estaba abierta. Eché la cortina a un lado y me vi cara a cara con un anciano de anchas espaldas que acababa de entrar en la habitación. La ventana es, en realidad, una gran puerta vidriera que nos sirve de salida al jardín. Llevaba el candelero de mi dormitorio en la mano, y, gracias a su luz, vi detrás de ese hombre a dos más que estaban entrando en ese preciso momento. Retrocedí, pero el tipo se abalanzó sobre mí en un instante. Primero me agarró de la muñeca y luego por la garganta. Abrí la boca para gritar, pero me dio un golpe brutal con el puño en el ojo, y me caí desmayada al suelo. Debí quedarme inconsciente durante unos minutos,

porque, cuando volví en mí, descubrí que habían arrancado el tirador de la campanilla y me habían atado con fuerza a la silla de roble que estaba en la cabecera de la mesa del comedor. Me habían sujetado con tanta fuerza que no me podía mover, y un pañuelo entorno a mi boca me impedía articular sonido alguno. En ese momento, entró mi desafortunado marido en la habitación. Evidentemente, había oído algún ruido sospechoso y venía preparado para una escena como la que se encontró. Iba en mangas de camisa, con su garrote de endrino favorito en la mano. Se precipitó contra uno de los ladrones, pero otro, el anciano, se agachó, cogió el atizador de la chimenea y le dio un horrible golpe al pasar. Cayó sin un gemido siquiera y no se volvió a mover. Me desvanecí una vez más, pero, como antes, debieron de ser solo unos minutos los que permanecí inconsciente. Cuando abrí los ojos, descubrí que habían reunido la plata del aparador y que habían sacado una botella de vino que había allí guardada. Todos tenían un vaso en la mano. Ya les he contado, o quizá no, que uno era un anciano con barba, y los otros, unos chicos imberbes. Quizá fuesen un padre con sus dos hijos. Estaban susurrándose algo entre ellos. Entonces vinieron hacia mí y se aseguraron de que todavía estaba bien atada. Por último, salieron cerrando la ventana tras de sí. Pasó más de un cuarto de hora antes de tener la boca libre. Cuando la tuve, mis gritos atrajeron a la doncella en mi ayuda. Pronto llegaron los otros sirvientes asustados, y mandamos llamar a la policía local, que se comunicó de manera inmediata con Londres. Eso es, en realidad, todo lo que puedo contarles, caballeros, y confío en que no será necesario repasar esta historia tan dolorosa de nuevo».

—¿Alguna pregunta, señor Holmes? —preguntó Hopkins.

—No abusaré más ni del tiempo ni de la paciencia de lady Brackenstall —dijo Holmes—. Antes de inspeccionar el comedor, me gustaría oír cómo lo vivió usted —miró a la doncella.

—Vi a los hombres antes incluso de que entraran en la casa —dijo—. Como estaba sentada junto a la ventana de mi dormitorio, vi a tres hombres a la luz de la luna más allá de la puerta de la caseta del guarda, pero no le di más importancia en ese momento. Más de una hora después, oí el grito de mi señora, y bajé corriendo para encontrarla, pobrecilla, justo como ha dicho, y a él en el suelo con la sangre y los sesos desparramados por el

suelo. Aquello era bastante como para sacar de quicio a una mujer, allí atada, y con su propio vestido salpicado, pero ella nunca ha perdido el valor, ni lo hizo cuando era la señorita Mary Fraser de Adelaida, ni ahora que es lady Brackenstall de Abbey Grange. Ya le han preguntado bastante, caballeros, y ahora se va a subir a su habitación, con su vieja Theresa, a descansar todo lo que necesita.

Con ternura maternal, la demacrada mujer rodeó con el brazo a su señora y la condujo a su habitación.

—Ha estado con ella toda la vida —dijo Hopkins—. La crió cuando era un bebé y vino con ella a Inglaterra cuando dejó por primera vez Australia hace dieciocho meses. Se llama Theresa Wright y es la clase de doncella que uno no encuentra hoy en día. Por aquí, señor Holmes, haga el favor.

Del rostro de Holmes se había desvanecido todo su acuciante interés, y supe que, con el misterio, se había ido todo el encanto del caso. Todavía quedaba un arresto por realizar, pero ¿quiénes eran esos canallas comunes para que se manchara las manos con ellos? Un erudito especialista en casos complejos que descubriera que lo han llamado por un sarampión experimentaría algo del enfado que leí en los ojos de mi amigo. Sin embargo, el escenario del comedor de Abbey Grange era lo bastante extraño como para atraer su atención y reavivar su menguante interés.

Era un salón muy amplio de techo alto, tallado en roble, artesonado de la misma madera, y una magnífica colección de cabezas de ciervo y armas antiguas en las paredes. En el extremo contrario a la puerta se encontraba la puerta vidriera de la que nos habían hablado antes. Tres ventanas más pequeñas en la pared de la derecha llenaban la sala con la luz fría del invierno. A la izquierda había una chimenea grande y profunda, con una maciza y salediza repisa de roble. Junto a la chimenea había una pesada silla de roble también, con brazos y travesaños en la base. Entrando y saliendo por los huecos de la madera, habían trabado un cordón escarlata, que estaba amarrado a cada travesaño de abajo. Al soltar a la dama, le habían aflojado el cordón, pero los nudos que la sujetaban seguían allí. Esos detalles solo llamaron nuestra atención más tarde, porque estábamos completamente absortos en el terrible objeto que yacía sobre la alfombra de piel de tigre frente a la chimenea.

Era el cuerpo de un hombre alto, fuerte, de unos cuarenta años de edad. Estaba tumbado sobre la espalda, con el rostro boca arriba, y sus dientes blancos asomaban con una mueca por su barba corta y negra. Tenía las manos apretadas por encima de la cabeza agarrando un pesado bastón de endrino. Sus facciones oscuras, atractivas, aguileñas seguían retorcidas en un espasmo de odio y rencor, que le había dado a su rostro sin vida una espantosa expresión demoníaca. Era evidente que se encontraba en su cama cuando saltó la alarma, porque llevaba una cursi camisa de noche llena de bordados y de sus pantalones salían unos pies desnudos. Su cabeza tenía una herida horrible, y toda la habitación daba testimonio de la salvaje ferocidad del golpe que lo había derribado al suelo. Junto a él yacía el pesado atizador, doblado por el impacto. Holmes examinó ambos y el indescriptible desastre que había causado.

—Debe de ser un hombre muy fuerte, el viejo de los Randall —subrayó Holmes.

—Sí —dijo Hopkins—. Tengo algunos antecedentes del amigo, y es un tipo duro.

—No debería costarle atraparlo.

—Ni lo más mínimo. Lo estuvimos buscando, y algunos pensaron que se había marchado a América. Ahora que sabemos que la banda está aquí, no se me ocurre ningún modo de que logren escapar. Ya hemos informado en cada puerto de mar, y se ofrecerá una recompensa antes de esta tarde. Lo que me tiene inquieto es cómo se les ha ocurrido hacer una cosa tan absurda, cuando sabían que la dama podría describirlos y que íbamos a reconocer su descripción al instante.

—Exacto. Lo esperable sería que hubiesen silenciado a lady Brackenstall también.

—Puede ser que no se dieran cuenta —sugerí— de que había vuelto en sí del desmayo.

—Es bastante probable. Como parecía inconsciente, no le quitaron la vida. ¿Y qué hay de este pobre hombre, Hopkins? Me parece haber oído algunas historias algo raras sobre él.

—Era un buen hombre cuando estaba sobrio, pero un absoluto desalmado cuando estaba borracho, o, mejor dicho, cuando estaba medio

borracho, porque, en realidad, raras veces tocaba fondo. Parecía tener al diablo en el cuerpo en esas ocasiones y era capaz de cualquier cosa. Por lo que he oído, a pesar de su dinero y su título, estuvo a punto de cruzarse en nuestro camino una o dos veces. Hubo un escándalo: empapó a un perro en petróleo y le prendió fuego (el perro de la dama, para empeorar el asunto), y solo se libró del altercado a duras penas. Más tarde, le tiró una licorera a esa doncella, Theresa Wright, y se montó un buen revuelo. En general, y, entre nosotros, esta casa va a ser más feliz con su pérdida. ¿Qué está mirando ahora?

Holmes se había puesto de rodillas para inspeccionar con gran atención los nudos del cordón con el que habían retenido a la dama. Entonces escudriñó minuciosamente el cabo roto y deshilachado por donde se había partido cuando lo arrancó el ladrón.

—Cuando tiraron de la campana, debió de sonar con fuerza en la cocina —subrayó.

—Nadie pudo oírla. La cocina está justo en la parte de atrás de la casa.

—¿Cómo sabía el ladrón que nadie la oiría? ¿Cómo se arriesgó a arrancar un tirador de esa manera tan temeraria?

—Exactamente, señor Holmes, exactamente. Se hace la misma pregunta a la que le he estado dando vueltas una y otra vez. No cabe duda de que ese tipo debía conocer la casa y sus costumbres. Debía dar completamente por sentado que los sirvientes estarían todos en la cama a esa hora relativamente temprana, y que no le era posible oír a ninguno el sonido de la campana de la cocina. Por tanto, debía de tener una estrecha colaboración con alguno de los sirvientes. Eso resulta muy evidente. Pero hay ocho sirvientes y todos parecen buenas personas.

—En las mismas circunstancias —dijo Holmes—, sospecharíamos de aquella persona a la que el señor le tiró una licorera. Y, sin embargo, eso implicaría haber traicionado a una dama a la que esa mujer parece muy leal. Bueno, bueno, ese punto no es tan importante, y, cuando tenga a Randall, probablemente no le resultará difícil descubrir a su cómplice. La historia de la dama, desde luego, parece corroborarse, si es que necesita corroboración, con cada detalle que tenemos ante nosotros —caminó hacia la puerta vidriera y la abrió de par en par—. Aquí no hay huellas, pero la tierra está

dura como el hielo y no cabría esperarlas. Veo que esas velas sobre la repisa de la chimenea han estado encendidas.

—Sí, fue gracias a su luz y a la del candelero aquel del dormitorio de la dama por las cuales los ladrones veían por dónde se andaban.

—Y ¿qué se llevaron?

—Bueno, pues no se llevaron mucho: nada más que una docena de objetos de plata del aparador. Lady Brackenstall cree que ellos mismos estaban tan trastornados por la muerte de sir Eustace que no desvalijaron la casa como hubiesen hecho en otra situación.

—Sin duda, muy cierto. Y, no obstante, se bebieron un poco de vino, según tengo entendido.

—Para quitarse los nervios.

—Eso. Supongo que no se habrán tocado esos tres vasos que hay encima del aparador.

—Sí, y la botella permanece tal y como la dejaron.

—Echémosle un vistazo. ¡Vaya, vaya! ¿Qué es esto?

Las tres copas estaban juntas, las tres manchadas de vino, y una de ellas tenía dentro algunos posos. La botella estaba cerca, llena hasta los dos tercios, y, junto a ella, había tirado un tapón de corcho largo y muy manchado. Su aspecto y el polvo sobre la botella indicaban que habían disfrutado de una añada nada ordinaria.

En el comportamiento de Holmes sobrevino un cambio. Había perdido esa expresión apática de antes, y, de nuevo, vi despertarse un brillo de interés en sus ojos agudos y hundidos. Levantó el corcho y lo inspeccionó cuidadosamente.

—¿Cómo la descorcharon? —preguntó.

Hopkins señaló un cajón medio abierto. En él había algunos manteles y un sacacorchos grande.

—¿Lady Brackenstall comentó qué sacacorchos utilizaron?

—No, recuerde que estaba inconsciente cuando se abrió la botella.

—En efecto. A decir verdad, no utilizaron este sacacorchos. Esta botella fue abierta con un abridor de bolsillo, que probablemente formaba parte de una navaja y de no más de una pulgada y media de largo. Si examina el extremo superior del tapón, advertirá que metieron el sacacorchos tres veces

antes de extraerlo. No lo traspasaron en ninguna ocasión. Este largo sacacorchos lo hubiese traspasado y sacado de un único tirón. Cuando atrape a ese tipo, ya verá cómo tiene una de esas navajas de múltiples usos encima.

—¡Fantástico! —dijo Hopkins.

—Pero me desconciertan estas copas, lo confieso. Lady Brackenstall vio seguro cómo bebían los tres hombres, ¿no es así?

—Sí, fue muy clara al respecto.

—Entonces, no hay nada más qué hablar. ¿Qué más podríamos decir? Y, no obstante, debe admitir que estas tres copas son muy extrañas, Hopkins. ¡Cómo que no ve nada extraño! Bueno, pues dejémoslo estar. Tal vez, cuando un hombre tiene conocimientos y capacidades tan especializados como me sucede a mí, tienda a buscar una explicación complicada cuando tiene una más sencilla al alcance de la mano. Por supuesto, debe de haber sido una mera casualidad esto de las copas. Bueno, pues, que tenga una buena mañana, Hopkins. No veo cómo le puedo ser de utilidad, y parece tener su caso muy claro. Hágamelo saber cuando arresten a Randall, y cualquier otro acontecimiento que suceda. Confío en que pronto le felicitaré por la resolución del caso. Vamos, Watson, supongo que podemos hacer cosas más provechosas en casa.

En nuestro viaje de regreso, pude ver por la expresión de Holmes que estaba muy desconcertado por algo que había advertido. De cuando en cuando, haciendo un esfuerzo, se quitaba de la cabeza esa impresión y hablaba como si el asunto estuviese claro, pero en breve las dudas volvían a apoderarse de él, y sus cejas fruncidas y ojos ensimismados mostraban que sus pensamientos habían regresado una vez más al gran comedor de Abbey Grange, en el que se había representado esa tragedia a medianoche. Por fin, con un arrebato repentino, justo cuando nuestro tren salía lentamente de una estación de las afueras, saltó al andén y me arrastró tras él.

—Discúlpeme, mi querido amigo —dijo, mientras contemplábamos cómo los vagones traseros de nuestro tren desaparecían al doblar una curva —. Siento hacerle víctima de lo que puede parecer una mera ocurrencia, pero, por mi vida, Watson, sencillamente no puedo dejar este caso en estas condiciones. Todos mis instintos protestan contra ello. Es un error…, todo

es un error…, le juro que es un error. Y, sin embargo, la historia de la dama es perfecta, la corroboración de la doncella es suficiente, los detalles son bastante exactos. ¿Qué tengo contra todo eso? Tres copas de vino, eso es todo. Pero, si no lo hubiese dado todo por sentado, si hubiese examinado todo con el cuidado que hubiese debido tener, me hubiese enfrentado al caso desprejuiciadamente y no hubiese tenido una historia preestablecida que nublara mi mente, ¿no hubiese descubierto algo más determinante en lo que basarme? Naturalmente que sí. Sentémonos en este banco, Watson, hasta que llegue un tren a Chislehurst, y permítame presentarle los indicios, pero antes le imploro, en primer lugar, que renuncie a la idea de que algo de lo que la doncella o su señora hayan dicho sea necesariamente verdad. No debemos permitir que la encantadora personalidad de la dama nuble nuestro juicio.

»Seguramente haya detalles en su historia que, si los observamos con sangre fría, despierten nuestras sospechas. Esos ladrones se llevaron un considerable botín en Sydenham hace quince días. Algún artículo sobre ellos y sobre su aspecto apareció en los periódicos, y, por supuesto, a nadie que deseara inventarse una historia se le ocurriría una en la que han tomado parte unos ladrones imaginarios. En realidad, unos ladrones que han dado un buen golpe, por lo general, están demasiado contentos disfrutando de las ganancias en paz y tranquilidad como para embarcarse en otra aventura arriesgada. Por otra parte, es extraño que unos ladrones actúen a un hora tan temprana, es extraño que unos ladrones golpeen a una dama para evitar que grite, puesto que cualquiera se imaginaría que es la forma más segura de que suelte un grito, es extraño que cometan un asesinato cuando son suficientes como para doblegar a un hombre, es extraño que se conformen con robar cuatro cosas cuando hay muchas más a su alcance y, por último, diría que es muy extraño que unos hombres así dejen una botella medio vacía. ¿Qué le parecen todas estas extrañezas, Watson?».

—Su efecto acumulativo es, desde luego, considerable. Y, sin embargo, cada una de ellas es muy posible por sí misma. Lo más extraño de todo, así me lo parece a mí, es que ataran a la dama en la silla.

—Pues no lo tengo muy claro, Watson, porque es evidente que debieron matarla o sujetarla de tal manera que no pudiera informar inmediatamente

de su huida. Pero, sea como sea, le he demostrado que la historia de la dama es algo improbable, ¿no cree? Y ahora, para colmo, tenemos el incidente de las copas de vino.

—¿Qué pasa con las copas de vino?

—¿Las tiene en mente?

—Las recuerdo con claridad.

—Se nos ha dicho que bebieron tres hombres de ellas. ¿Le parece a usted probable?

—¿Por qué no? Había vino en cada copa.

—Exactamente. Pero solo había posos en una de las copas. Debe de haberse dado cuenta de ese hecho. ¿Qué le sugiere?

—Lo más probable es que la última copa que llenaran contuviera los posos.

—En absoluto. La botella estaba llena de sedimento, y es inconcebible que las dos primeras copas no tuvieran nada y que la tercera estuviera repleta. Hay dos explicaciones posibles, y solo dos. Una es que, después de que llenaran la segunda copa, agitaran violentamente la botella, y que, de esta manera, cayeran los posos en la tercera copa. Eso no parece probable. No, no, estoy seguro de que estoy en lo cierto.

—Entonces, ¿qué es lo que supone usted?

—Que se utilizaron solo dos copas y que se vertieron los posos de ambas en la tercera copa, con el fin de dar la falsa impresión de que habían estado allí tres personas. De ese modo, todo el sedimento quedaría dentro de la última copa, ¿verdad? Sí, estoy convencido de que es así. Pero, si he dado con la verdadera explicación de este pequeño fenómeno, entonces, en un instante, el caso pasa de lo común a lo sumamente extraordinario, porque eso solo puede significar que lady Brackenstall y su doncella nos han mentido deliberadamente, que ni una palabra de su historia es creíble, que tienen una razón muy poderosa para encubrir al auténtico criminal y que debemos explicar nuestro caso por nosotros mismos, sin ayuda alguna por su parte. Esa es la misión que se nos presenta ahora, Watson, y aquí está el tren de Chislehurst.

El servicio de Abbey Grange se quedó muy sorprendido ante nuestro regreso, pero Sherlock Holmes, al descubrir que Stanley Hopkins se había

ido a informar a la jefatura, tomó posesión del comedor, cerró la puerta por dentro, y se consagró durante dos horas a una de esas inspecciones detalladas y laboriosas que conformaban los sólidos cimientos sobre los que se erigían sus brillantes edificios deductivos. Sentado en un rincón, como un estudiante fascinado que observa la demostración de su maestro, seguí cada paso de esa singular investigación. La ventana, las cortinas, la alfombra, la silla, la cuerda…, cada cosa en su momento fue examinada a conciencia y debidamente sopesada. Habían levantado el cuerpo del desafortunado barón, pero todo seguía estando como lo habíamos visto por la mañana. Entonces, para mi sorpresa, Holmes se subió encima de la pesada repisa de la chimenea. Bastante por encima de su cabeza colgaban las pocas pulgadas de cordón rojo que seguían unidas al cable. Durante un buen rato, se quedó mirando hacia allá arriba, y luego, en un intento de alcanzarlo, apoyó la rodilla en una ménsula de la pared. Esto permitió que su mano llegara a unas pulgadas del extremo roto de la cuerda, pero no fue tanto esto lo que atrajo su atención como la propia ménsula. Por último, saltó al suelo con una exclamación de satisfacción.

—Todo correcto, Watson —dijo—. Tenemos nuestro caso…, uno de los más notables de nuestra colección. Pero, madre mía, qué necio he sido y qué cerca he estado de cometer el error de mi vida. Ahora, creo que, salvo por unos pocos eslabones, mi cadena de razonamientos está casi completa.

—¿Tiene a sus hombres?

—Hombre, Watson, hombre. Uno solo, pero una persona temible. Fuerte como un león… Es testigo el golpe que ha doblado ese atizador. Seis pies y tres pulgadas de alto, ágil como una ardilla, de dedos mañosos y, por último, extraordinariamente despierto, porque toda esa ingeniosa historia es de su cosecha. Sí, Watson, hemos dado con la obra de un individuo notable. Y, sin embargo, ese tirador nos ha dado una pista que no nos debería haber dejado dudar.

—¿Dónde está la pista?

—Bueno, si tuviera que tirar de la cuerda de una campana, Watson, ¿por dónde esperaría romperla? Seguramente por el punto en el que se une al cable. ¿Por qué se rompería a tres pulgadas del techo como ha hecho esta?

—¿Porque está deshilachada?

—Exactamente. Esta parte, como podemos ver, está deshilachada. Fue lo suficientemente astuto como para hacerlo con su cuchillo. Pero la otra parte, no está deshilachada. No lograría observarlo desde aquí, pero, si subiera a la repisa, vería que es un corte limpio sin resto deshilachado alguno. Puede reconstruir lo sucedido. El hombre necesitaba la cuerda. No podía arrancarla por miedo a dar la alarma con la campana. ¿Qué hizo? Saltó sobre la repisa, no podía llegar bien, puso su rodilla en la ménsula —puede ver la huella en el polvo— y, de esta manera, coge su navaja para alcanzar el cordón. No he podido llegar al lugar exacto por tres pulgadas como poco, de lo que infiero que es, por lo menos, tres pulgadas más alto que yo. ¡Mire esa marca en el asiento de la silla de roble! ¿Qué es?

—Sangre.

—Indiscutiblemente, es sangre. Solo con esto queda invalidada la historia de la dama. Si hubiese estado sentada en la silla cuando se cometió el crimen, ¿cómo llegó ahí ese resto? No, no, tomó asiento después de la muerte de su marido. Apuesto a que el vestido negro muestra un resto de sangre que se corresponderá con este. Todavía no hemos encontrado nuestro Waterloo, Watson, pero esto es nuestro Marengo, pues comienza con una derrota y termina con una victoria. Ahora me gustaría tener unas palabras con la doncella, Theresa. Debemos ser precavidos durante un rato si queremos obtener la información deseada.

Era una persona interesante, esa austera niñera australiana. Taciturna, desconfiada, descortés, se tomó algún tiempo antes de que los agradables modales y la sincera tolerancia de Holmes hacia todo lo que decía la hicieran distenderse con una amabilidad pareja. No trataba de disimular que odiaba a su último jefe.

—Sí, señor, es verdad que tiró a darme una licorera. Oí cómo insultaba a mi señora y le dije que no se atrevería a hablarle así si hubiese estado el hermano de lady Brackenstall. Entonces me tiró eso. Y ya me hubiese podido tirar una docena si con eso hubiese dejado en paz a mi pichona. Siempre estaba maltratándola, y ella era demasiado orgullosa como para quejarse. Ni siquiera a mí va a contarme todo lo que le ha hecho. Nunca me habló de esas marcas de su brazo que vieron esta mañana, pero sé muy bien que son picotazos de un alfiler de sombrero. El muy traidor… Dios me

perdone por hablar así de él, ahora que ha muerto, pero, si ha habido un ser desalmado en este mundo, tenía su nombre. Era todo un encanto al principio de conocerlo, hace solo dieciocho meses, y las dos nos sentimos como si hubiesen pasado dieciocho años. Acababa de llegar a Londres. Sí, era su primer viaje…, nunca había estado fuera de casa antes. La conquistó con su título, su dinero y sus engañosos modales de Londres. Si cometió un error, ya ha pagado por ello como la que más. ¿En qué mes lo conocimos? Bueno, le digo que fue justo después de llegar. Llegamos en junio, y era julio. Estaban casados en enero del año pasado. Sí, ha bajado a la sala de estar de nuevo, y no dudo de que los recibirá, pero no debe pedirle demasiado, porque ha pasado más de lo humanamente soportable.

Lady Brackenstall estaba recostada en el mismo sofá, pero parecía más animada que antes. La doncella entró con nosotros y empezó una vez más a curarle el cardenal que tenía encima de la ceja.

—Espero —dijo la dama— que no hayan venido a interrogarme otra vez.

—No —respondió Holmes con su tono más amable—, no le causaré ninguna molestia innecesaria, lady Brackenstall, y todo lo que deseo es hacerle las cosas fáciles, porque estoy convencido de que es usted una mujer que ha sufrido mucho. Si me trata como a un amigo y confía en mí, tal vez descubra que no se equivoca.

—¿Qué quiere de mí?

—Que me cuente la verdad.

—¡Señor Holmes!

—No, no, lady Brackenstall, es inútil. Quizá sepa algo de la humilde reputación que poseo. Me la jugaría toda a que su historia es un puro cuento.

La señora y la doncella se quedaron mirando a Holmes pálidas y con una mirada de terror.

—¡Menudo tipo más insolente es usted! —exclamó Theresa—. ¿Quiere decir que mi señora ha dicho una mentira?

Holmes se levantó de su asiento.

—¿No tiene nada que contarme?

—Se lo he contado todo.

—Piénselo una vez más, lady Brackenstall. ¿No sería mejor ser sincera?

Por un instante se vio un titubeo en su bello rostro. Y, entonces, algún nuevo y poderoso pensamiento hizo que adoptara una máscara.

—Le he contado todo lo que sé.

Holmes cogió su sombrero y se encogió de hombros.

—Lo siento —dijo.

Y sin decir una palabra más, abandonamos la habitación y la casa. Había un estanque en el jardín, y hacia este se encaminó mi amigo. Tenía una capa de hielo, pero había quedado un hueco para disfrute de un cisne solitario. Holmes lo miró fijamente y luego pasamos por la puerta de la caseta. Allí garabateó una breve nota para Stanley Hopkins y se la dejó al guarda.

—Tal vez sea un acierto o tal vez un error, pero hay que hacer algo por el amigo Hopkins, aunque sea para justificar esta segunda visita —dijo—. Todavía no le voy a hacer partícipe de todo lo que pienso. Creo que nuestro nuevo teatro de operaciones tiene que ser la oficina de la línea marítima de Adelaida-Southampton, que se encuentra al final de Pall Mall, si recuerdo bien. Hay una segunda línea de barcos de vapor que conectan el sur de Australia con Inglaterra, pero iremos primero por el pez más grande.

Una tarjeta de Holmes entregada al encargado nos aseguró una atención inmediata, y no tardó mucho en conseguir la información que necesitábamos. En junio de 1895 solo uno de sus barcos había llegado a uno de nuestros puertos. El *Rock of Gibraltar*, su mejor barco y el más grande. Una consulta a la lista de pasajeros reveló que la señorita Fraser, de Adelaida, con su doncella, habían viajado en él. El barco se encaminaba ahora rumbo a Australia y estaba en algún lugar al sur del canal de Suez. Sus oficiales seguían siendo los mismos que en el 95, con una excepción. El primer oficial, el señor Jack Croker, había ascendido a capitán y había tomado el mando de su nuevo barco, el *Bass Rock*, que zarpaba en dos días de Southampton. Vivía en Sydenham, pero probablemente se pasaría por allí esa mañana para recibir instrucciones. Si queríamos, podíamos esperarlo.

No, el señor Holmes no deseaba verlo, pero estaría encantado de saber más de su historial de navegación y su carácter.

Su historial era impecable. No había ningún oficial en la flota que lo igualase. En lo referente a su carácter, era digno de confianza de servicio, pero lejos de la cubierta de su barco era un tipo imprevisible, ansioso, impetuoso, nervioso, pero fiel, honesto y de buen corazón. Ese fue el meollo de la información con que Holmes abandonó la oficina de la compañía de Adelaida-Southampton. De allí, nos dimos un paseo a Scotland Yard, pero, en lugar de entrar, se quedó en el coche con el ceño fruncido, sumido en sus pensamientos. Al final, dio la dirección de la oficina de telégrafos de Charing Cross, envió un mensaje, y, luego, por fin, nos volvimos a Baker Street.

—No, no he podido hacerlo, Watson —dijo al entrar en nuestro estudio —. En cuanto se dé la orden, nada en el mundo podría salvarlo. Un par de veces en mi carrera, he creído que causaba más daño al descubrir al criminal del que hubiese podido hacer con su crimen. He aprendido a ser precavido, y preferiría burlar la ley de Inglaterra antes que la de mi propia conciencia. Sepamos más antes de actuar.

Antes de anochecer, tuvimos la visita del inspector Stanley Hopkins. Las cosas no le estaban yendo muy bien.

—Creo que es usted un mago, señor Holmes. De verdad, a veces pienso que tiene poderes que no son humanos. Y ahora cuente, ¿cómo demonios podía saber que la plata robada estaba en el fondo de ese estanque?

—No lo sabía.

—Pero me dijo que lo inspeccionara.

—Entonces, ¿la tiene?

—Sí, la tengo.

—Me alegro mucho de haberle ayudado.

—Pero es que no me ha ayudado. Ha vuelto el caso mucho más difícil. ¿Qué clase de ladrones son estos que roban plata y luego la tiran al primer estanque que ven?

—Desde luego, es un comportamiento bastante excéntrico. A mí, simplemente, se me ocurrió la idea de que, si la plata hubiese sido cogida por personas que no la querían, que solamente la cogiesen como pretexto, entonces, naturalmente, estarían deseosos de deshacerse de ella.

—Pero ¿cómo se le pasó esa idea por la cabeza?

—Bueno, pensé que era posible. Cuando salieron por la puerta vidriera, allí estaba el estanque, con un tentador agujerito en el hielo, justo delante de sus narices. ¿Podían encontrar un escondite mejor que ese?

—Ah, un escondite…, ¡eso está mejor! —exclamó Stanley Hopkins—. Sí, sí, ¡ahora lo entiendo todo! Era temprano, había gente por las carreteras, les dio miedo que los vieran con la plata, así que la hundieron en el estanque, con intención de volver por ella cuando no hubiese nadie a la vista. Excelente, señor Holmes…, eso es mejor que su idea de un pretexto.

—Efectivamente, tiene una teoría admirable. Es cierto que mis propias ideas eran disparatadas, pero debe admitir que ha descubierto la plata gracias a ellas.

—Sí, señor, sí. Ha sido todo obra suya. Pero he sufrido un contratiempo.

—¿Un contratiempo?

—Sí, señor Holmes. Han arrestado a la banda de los Randall esta mañana en Nueva York.

—¡Madre mía, Hopkins! Desde luego, eso se opone bastante a su teoría de que cometieron el asesinato de Kent la pasada noche.

—Es letal para mi teoría, señor Holmes, absolutamente letal. Sin embargo, hay otras bandas de tres criminales además de los Randall, o tal vez sea una banda nueva de la que no tenga noticia la policía.

—En efecto, es perfectamente posible. Pero ¿cómo? ¿Se marcha?

—Sí, señor Holmes, no descansaré hasta que no llegue al final de este asunto. ¿Supongo que no tendrá alguna pista que darme?

—Le he dado una.

—¿Cuál?

—Vaya, le he sugerido lo del pretexto.

—Pero ¿por qué, señor Holmes, por qué?

—Ah, esa es la cuestión, naturalmente. Pero le recomiendo que tenga esa idea en mente. Es posible que descubra que hay algo en ella. ¿No se queda a cenar? Bueno, pues, hasta otro día, y háganos saber cómo va el asunto.

Habíamos acabado de cenar y la mesa ya estaba recogida antes de que Holmes aludiese de nuevo al asunto. Había encendido su pipa y tenía los

pies enfundados en sus zapatillas junto al alegre fuego de la chimenea. De repente, miró su reloj.

—Espero novedades, Watson.

—¿Cuándo?

—Ahora…, dentro de unos minutos. Supongo que pensará que me he portado bastante mal con Stanley Hopkins hace un rato.

—Confío en su juicio.

—Una respuesta muy sensata, Watson. Debe verlo de esta forma: lo que yo sé es oficioso, lo que él sabe es oficial. Yo tengo el derecho a tener una opinión personal, pero él no. Tiene el deber de comunicarlo todo, o traiciona su cargo. En caso de duda, no lo pondría en una posición tan comprometida, así que me he reservado mi información hasta que tenga claro el asunto en mi cabeza.

—Pero ¿cuándo será eso?

—Ha llegado el momento. Va a estar presente en la última escena de una obra dramática breve y curiosa.

Se oyó ruido en la escalera, y nuestra puerta se abrió para dar paso a uno de los especímenes de varón más logrados que nunca habían pasado por ella. Era un joven muy alto, de bigote dorado, ojos azules, con una piel que habían tostado los soles del trópico y un paso ligero que indicaba que el enorme armazón era tan ágil como fuerte. Cerró la puerta tras él, y luego se quedó de pie con los puños cerrados y el pecho agitado, que reprimía alguna emoción incontenible.

—Siéntese, capitán Croker. ¿Tiene mi telegrama?

Nuestro visitante se hundió en un sillón y nos miró a uno y a otro con mirada inquisitiva.

—Tengo su telegrama y he venido a la hora que me ha dicho. Me he enterado de que han estado en la oficina. No hay manera de librarse de usted. Oigamos lo peor. ¿Qué va a hacer conmigo? ¿Arrestarme? ¡Hable de una vez, hombre! No puede quedarse ahí sentado y jugar conmigo como el gato con el ratón.

—Dele un cigarro —dijo Holmes—. Hínquele el diente a eso, capitán Croker, y no pierda los nervios. No me quedaría aquí sentado fumando con usted si pensara que es usted un vulgar delincuente, puede estar seguro de

ello. Sea sincero conmigo, y tal vez podamos hacer algo bueno. Juéguemela, y le machaco.

—¿Qué desea que haga?

—Que me cuente la verdad de todo lo que pasó en Abbey Grange la pasada noche: la verdad, téngalo presente, sin añadir ni quitar nada. Sé ya mucho, así que, si se desvía una pulgada del camino, soplo este silbato de la policía desde la ventana y el asunto se me escapa de las manos para siempre.

El marinero se lo pensó un momento. Entonces, se dio un manotazo en la pierna con su enorme mano quemada por el sol.

—Me voy a arriesgar —exclamó—. Creo que es un hombre de palabra, un hombre decente, y le voy a contar toda la historia. Pero antes le diré una cosa. En lo que me atañe, no me arrepiento de nada y no tengo ningún miedo, y volvería a hacerlo todo y estaría orgulloso de ello. Condenado animal, si tuviera tantas vidas como los gatos, me pagaría con cada una de ellas. Pero está la dama, Mary —Mary Fraser—, porque nunca la volveré a llamar por ese apellido maldito. Cuando me paro a pensar que puedo traerle problemas, yo, que daría mi vida solo por ver una sonrisa en su querido rostro, se me revuelve el alma. Y, con todo…, con todo…, ¿qué menos podía hacer? Les contaré mi historia, caballeros, y luego les preguntaré de hombre a hombre si podía hacer menos que eso.

»Tengo que remontarme un poco en el tiempo. Parece que lo saben todo, así que espero que sepan que la conocí cuando era pasajera y yo primer oficial del *Rock of Gibraltar*. Desde el primer día en que la conocí, fue la única mujer en el mundo para mí. A cada día de ese viaje me enamoraba más de ella, y muchas veces desde entonces me he arrodillado en la oscuridad, durante la guardia de la noche, para contemplar y besar la cubierta de ese barco porque sabía que sus queridos pies la habían pisado. Nunca me prometió nada. Me trataba con tanta franqueza como puede haber entre un hombre y una mujer. No tengo queja alguna. Por mi parte, no había más que amor, y, por la suya, nada más que camaradería y amistad. Cuando nos separamos, era una mujer libre, pero yo no he vuelto a ser libre nunca más.

»La siguiente vez que volví de alta mar, me enteré de su matrimonio. Bueno, ¿y por qué no iba a casarse con quien quisiera? Un título y dinero…, ¿quién podría llevarlo con mayor dignidad que ella? Había nacido para todo lo bello y refinado. No me lamenté por su matrimonio. No era un cerdo egoísta. Lo único que hice fue alegrarme por la buena suerte que había tenido y por que no se hubiese echado a perder por un marinero sin blanca. Así amaba yo a Mary Fraser.

»Bueno, pues nunca pensé que fuera a verla otra vez, pero me ascendieron en el último viaje, y todavía no habían botado el nuevo barco, así que tuve que esperar un par de meses con mi tripulación en Sydenham. Un día, paseando por el campo, me encontré con Theresa Wright, su doncella de siempre. Me contó cosas sobre ella, sobre él, sobre todo lo que pasaba. Les juro, caballeros, que estuve a punto de volverme loco. Ese cerdo borracho, ¡que se atreviera a levantarle la mano a una mujer a la que no le llegaba ni a la altura de los zapatos! Vi a Theresa otra vez. Luego, vi a la propia Mary… y me volví a ver con ella. Luego no quiso que nos volviéramos a ver. Pero el otro día me enteré de que tenía que zarpar de viaje en una semana y decidí que la vería una vez antes de marcharme. Theresa siempre ha estado de mi parte porque quiere a Mary y odiaba a ese miserable casi tanto como yo. Por ella me enteré de las costumbres de la casa. Mary solía quedarse a leer en una habitación pequeña de abajo. Y allí me acerqué sigilosamente la pasada noche y rasqué en la ventana. Al principio no quería abrirme, pero sé que, en el fondo, ahora me quiere, y no podía dejarme a la intemperie en una noche tan fría. Me susurró que diese la vuelta por el ventanal de delante y me lo encontré abierto para dejarme entrar en el comedor. Volví a oír de sus labios cosas que me hicieron hervir la sangre y volví a maldecir a esa mala bestia que maltrataba a la mujer que amaba. Pues bien, caballeros, estaba con ella justo al lado de la puerta vidriera, de la manera más inocente del mundo, Dios es testigo, cuando ese tipo entró corriendo como un loco en el comedor, la insultó con la palabra más vil que un hombre puede decirle a una mujer y le volvió la cara con el bastón que llevaba en la mano. Yo había saltado por el atizador, y peleamos limpiamente. Miren aquí en mi brazo donde me dio el primer golpe. Entonces, llegó mi turno y le abrí la cabeza como una calabaza podrida. ¿Se

creen que lo sentí? ¡Pues no! Era su vida o la mía, pero más allá de eso, era su vida o la de ella, porque ¿cómo podía dejarla en poder de ese loco? Así fue como lo maté. ¿Que hice mal? Bueno, pues entonces, ¿qué hubiesen hecho cualquiera de los dos, caballeros, si hubiesen estado en mi lugar?

»Había gritado cuando la golpeó, y eso hizo que la vieja Theresa bajara de su habitación. Había una botella de vino en el aparador, y la abrí y vertí un poco en los labios de Mary, porque estaba medio muerta de la conmoción. Entonces, eché un trago yo también. Theresa mantuvo la sangre fría como el hielo y fue idea suya tanto como mía. Debíamos aparentar que había sido cosa de unos ladrones. Theresa le repitió una y otra vez nuestra historia a su señora, mientras yo trepaba y cortaba la cuerda de la campanilla. Entonces, la amarré a la silla y deshilaché el cabo de la cuerda para hacerlo más natural, o si no alguien se preguntaría para qué demonios un ladrón hubiese podido subirse allí para cortarla. Después, reuní unas cuantas bandejas y teteras de plata, para seguir con la historia del robo, y las dejé allí a las dos con la orden de dar la alarma al cuarto de hora de irme. Tiré la plata en el estanque y me largué para Sydenham, con la sensación de que por una vez en mi vida había empleado la noche en hacer algo bueno de verdad. Y esa es la verdad y toda la verdad, señor Holmes, aunque me cueste el cuello».

Holmes llevaba un rato fumando en silencio. Entonces, cruzó la habitación y le estrechó la mano al visitante.

—Le creo —dijo—. Sé que cada palabra que ha dicho es verdad porque no ha contado casi nada que yo no supiera. Nadie, salvo un acróbata o un marinero, hubiese podido coger ese tirador desde la repisa, y nadie, salvo un marinero, hubiese podido hacer los nudos con los que estaba atada la cuerda a la silla. La dama solo había tenido relación con marineros una vez, y fue en su viaje, y era alguien de su propio estilo, por el empeño que puso en encubrirlo y en demostrarle así que lo amaba. Ya ve qué fácil me ha sido dar con usted una vez que empecé a seguir la pista correcta.

—Creí que la policía nunca podría adivinar nuestra treta.

—Y la policía no lo hizo, ni lo hará, o así lo creo yo. Ahora, atienda, capitán Croker, este es un asunto muy serio, aunque estoy dispuesto a admitir que no hizo más que responder a la provocación más extrema que

un hombre puede sufrir. No estoy seguro de que se declarase legítimo su acto como defensa propia. Sin embargo, eso debe decidirlo un jurado británico. Entretanto, le comprendo tan bien a usted y lo sucedido, que, si decide desaparecer en las próximas veinticuatro horas, le prometo que nadie le pondrá ninguna traba.

—¿Y saldrá todo a la luz después?

—Desde luego, saldrá a la luz.

El marinero se puso rojo de ira.

—Pero ¿usted se cree que esa es propuesta que se le pueda hacer a un hombre? Conozco la ley lo suficiente como para saber que arrestarían a Mary por cómplice del crimen. ¿Se piensa que dejaría que diera la cara sola mientras yo me escabullo? No, señor, que se ensañen conmigo si pueden, pero, por el amor de Dios, señor Holmes, encuentre alguna manera de mantener a mi pobre Mary lejos de los tribunales.

Por segunda vez, Holmes le tendió la mano al marinero.

—Solo estaba probándole, y siempre me suena sincero. Bueno, es una gran responsabilidad la que adquiero con esto, pero le he dado a Hopkins una pista excelente, y, si no es capaz de aprovecharla, no puedo hacer más. Mire, capitán Croker, haremos esto de la forma debida. Usted es el acusado. Watson, usted es el jurado británico, y nunca he conocido a un hombre tan sumamente apropiado para representarlo. Yo soy el juez. Ahora, señor del jurado, ha oído el testimonio. ¿Encuentra al acusado culpable o no culpable?

—No culpable, señoría —dije.

—*Vox populi, vox Dei*. Le declaro absuelto, capitán Croker. Siempre que la policía no acuse a nadie injustamente, está a salvo de mí. Vuelva con la dama dentro de un año, y tal vez su futuro y el de usted justifiquen la sentencia que hemos dictado esta noche.

LA AVENTURA DE LA SEGUNDA MANCHA

Tenía la intención de que *La aventura de Abbey Grange* fuera la última de esas hazañas de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, que pusiese a disposición del público. Esta decisión no se debía a falta de material alguno, puesto que poseo notas de cientos de casos a los que no he aludido nunca, ni tampoco a un interés menguante de mis lectores hacia la curiosa personalidad y métodos únicos de este hombre tan notable. El auténtico motivo radicaba en la reticencia que el señor Holmes había mostrado ante la continua publicación de sus experiencias. Mientras se encontraba profesionalmente en activo, las crónicas de sus éxitos tenían cierto valor práctico para él, pero, desde que se ha retirado de manera definitiva de Londres y se ha consagrado al estudio de la apicultura en Sussex Downs, la celebridad se le ha vuelto odiosa, y ha urgido de forma tajante a que, en lo relativo a este tema, se cumplan sus deseos punto por punto. Solo al recordarle que había dado mi palabra de que *La aventura de la segunda mancha* sería publicada cuando fuera oportuno, y al señalarle que lo más adecuado era que esta larga serie de episodios culminara con el caso internacional más importante que le hubiesen confiado nunca, logré, por fin, obtener su consentimiento de que un relato del incidente, mantenido en riguroso secreto, saliera a la luz pública. Si, al contar la historia, parezco algo impreciso en lo referente a ciertos detalles, les será fácil comprender a los lectores que hay un muy buen motivo para mis reticencias.

Así pues, la mañana de un martes de otoño de un año, del que no precisaré ni siquiera la década, nos vimos con dos visitantes de fama europea entre las paredes de nuestra humilde morada de Baker Street. Uno, austero y autoritario, de mirada perspicaz y gesto altivo, no era otro que el ilustre lord

Bellinger, dos veces primer ministro de Gran Bretaña. El otro, moreno, de facciones marcadas y elegante, apenas de mediana edad, y dotado de las más excelsas cualidades físicas y mentales, era el muy honorable Trelawney Hope, ministro de Asuntos Europeos, y el hombre de estado más prometedor del país. Estaban sentados uno junto al otro en nuestro sofá lleno de papeles, y resultaba obvio, por sus rostros exhaustos y ansiosos, que aquello que les había llevado allí era un asunto apremiante y de suma importancia. Las finas manos de venas azules del primer ministro agarraban con firmeza el puño de marfil de su paraguas, y su rostro pálido y severo nos miraba a Holmes y a mí sombríamente. El ministro europeo se tiraba del bigote con nerviosismo y jugueteaba con los cierres de la cadena de su reloj.

—Cuando he descubierto la pérdida, señor Holmes, que ha sido a las ocho de esta mañana, informé de inmediato al primer ministro. Hemos venido ambos a verle a sugerencia suya.

—¿Han informado a la policía?

—No, señor —dijo el primer ministro, con ese estilo parco y contundente por el que era famoso—. Ni lo hemos hecho, ni es posible hacerlo. Informar a la policía significa, a la postre, informar al público. Eso es lo que deseamos evitar muy en particular.

—Y ¿por qué, señor?

—Porque el documento en cuestión es de una importancia tan inmensa que su publicación podría conducir con suma facilidad —casi diría con toda probabilidad— a complicaciones en Europa de la mayor repercusión. No exagero si digo que la paz o la guerra pueden depender de que se publique. Si no se puede recuperar totalmente en secreto, no importa que sea recuperado en absoluto, porque el objetivo por el que se lo han llevado es que su contenido sea conocido públicamente.

—Ya entiendo. Ahora, señor Hope, le agradecería que me contase exactamente las circunstancias en que desapareció ese documento.

—Eso se puede explicar en muy pocas palabras, señor Holmes. La carta —porque es una carta de un poderoso hombre extranjero— se recibió hace seis días. Era de tal importancia que nunca la he dejado en mi caja fuerte, sino que la he llevado cada noche a mi casa en Whitehall Terrace y la he

guardado bajo llave en mi dormitorio en una valija diplomática. Allí estaba la pasada noche. De eso estoy seguro. De hecho, abrí la valija mientras me estaba vistiendo para la cena y vi el documento allí dentro. Esta mañana ya no estaba. La valija había estado junto al espejo en mi tocador toda la noche. Al igual que mi mujer, tengo el sueño ligero. Ambos estamos dispuestos a jurar que no pudo entrar nadie en la habitación durante la noche. Y, a pesar de ello, reitero que el papel no estaba.

—¿A qué hora cenó?

—Siete y media.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que se fueron a la cama?

—Mi mujer había ido al teatro. La esperé levantado. Fuimos a nuestra habitación antes de las once y media.

—Entonces, ¿la valija estuvo sin vigilar durante cuatro horas?

—Nadie tiene permiso para entrar nunca en esa habitación, excepto la criada por la mañana y mi ayuda de cámara o la doncella de mi esposa el resto del día. Ambos son leales sirvientes que llevan cierto tiempo con nosotros. Además, a ninguno de los dos les hubiese sido posible saber que había algo más valioso en la valija que los papeles de costumbre del ministerio.

—¿Quién sabía algo de la existencia de esa carta?

—Nadie en la casa.

—¿Tal vez su esposa?

—No, señor. No le había dicho nada a mi esposa hasta que no eché de menos la carta.

El primer ministro asintió con la cabeza.

—Desde hace mucho sé, señor, de su gran sentido de Estado —afirmó —. Estoy convencido de que, en caso de darse un secreto de esta trascendencia, le otorgaría una relevancia mayor que a los vínculos familiares más estrechos.

El ministro de Asuntos Europeos inclinó la cabeza.

—No me hace sino justicia al pensarlo, señor. Hasta esta mañana, nunca le había insinuado ni una palabra del asunto a mi esposa.

—¿Es posible que se lo imaginara?

—No, señor Holmes, no podía imaginarse nada…, ni nadie hubiese podido imaginárselo.

—¿Ha perdido algún documento antes?

—No, señor Holmes.

—¿Quiénes conocen en Inglaterra la existencia de esa carta?

—Ayer se informó a todos los miembros del Consejo de Ministros, pero al secreto que preside cada sesión del consejo se le añadió una advertencia solemne proferida por el primer ministro. ¡Dios santo! ¡Cuando pienso que unas horas después, iba a ser yo mismo quien la perdiera!

Un ataque de desesperación deformó su atractivo rostro, y se mesó los cabellos. Durante un momento, pudimos entrever al hombre sin máscaras: impulsivo, apasionado, profundamente sensible. Pero enseguida fue reemplazado por el aristócrata, y recobró su tono apacible:

—Además de los miembros del consejo, había dos, o puede que tres, funcionarios del ministerio que supieran de la carta. En Inglaterra, nadie más, señor Holmes, se lo aseguro.

—Pero ¿y en el extranjero?

—Creo que en el extranjero no la ha visto nadie excepto el hombre que la escribió. Estoy muy convencido de que sus ministros…, de que no se han utilizados los canales oficiales de costumbre.

Holmes meditó durante un instante.

—Ahora, señor, debo preguntarle más en concreto qué es ese documento y por qué tendría su desaparición unas consecuencias tan trascendentales.

Ambos hombres de estado intercambiaron una breve mirada, y las pobladas cejas del primer ministro se fruncieron.

—Señor Holmes, el sobre es largo, fino y de color azul. Tiene un sello de lacre estampado con un león rampante. Está dirigida con trazo amplio y enérgico a…

—Me temo, señores —dijo Holmes—, que por muy interesantes y esenciales que sean esos detalles, mis preguntas se dirigen más a la raíz del asunto. ¿Qué contenía la carta?

—Eso es un secreto de Estado de importancia crucial, me temo que no puedo decírselo, ni veo que sea necesario que lo haga. Si con la ayuda de

esas aptitudes que se dice que posee puede encontrar un sobre como el que le he descrito, con su contenido, le habrá hecho un gran servicio a su país y será merecedor de la recompensa que esté en nuestro poder ofrecerle.

Sherlock Holmes se levantó con una sonrisa.

—Son dos de los hombres más ocupados del país —les dijo—, y, a mi humilde nivel, yo también tengo muchos asuntos que atender. Lamento sumamente no poder ayudarles en este caso; continuar con esta entrevista sería una pérdida de tiempo.

El primer ministro se puso en pie de un salto con un breve y feroz destello en los ojos hundidos ante el cual se amilanaba todo un Consejo de Ministros.

—No tengo costumbre, caballero… —comenzó, pero dominó su ira y volvió a tomar asiento.

Durante un minuto o más, nos quedamos todos sentados en silencio. Entonces, el viejo estadista se encogió de hombros.

—Tenemos que aceptar sus términos, señor Holmes. No cabe duda de que tiene razón y que no tiene sentido por nuestra parte esperar que actúe sin concederle nuestra entera confianza.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —dijo el hombre de estado más joven.

—Así que se lo contaré y pondré mi confianza enteramente en su honor y en el de su colega, el doctor Watson. Puedo apelar también a su patriotismo, porque no podría imaginar una desgracia más grande para el país que la que se produciría si se hiciera público este asunto.

—Puede confiar sin miedo en nosotros.

—La carta, pues, es de cierto gobernante extranjero que se ha alterado por algunos recientes acontecimientos coloniales relacionados con este país. La escribió apresuradamente y bajo su entera responsabilidad. La investigación ha revelado que sus ministros no sabían nada del asunto. Por otra parte, está formulada de una manera tan desafortunada, y ciertas frases en ella tienen un carácter tan provocador, que es indiscutible que su publicación conduciría a un estado de opinión peligrosísimo en este país. Causaría tal trastorno, señor, que osaría decir que, en una semana de la publicación de esa carta, este país se vería implicado en una gran guerra.

Holmes escribió un nombre en un trozo de papel y se lo tendió al primer ministro.

—Exacto. Fue él. Y es esta carta —esta carta que bien puede significar el despilfarro de miles de millones y las vidas de cientos de miles de hombres— la que se ha perdido de tan incomprensible manera.

—¿Han informado al remitente?

—Sí, señor Holmes, se le ha despachado un telegrama encriptado.

—Tal vez desee la publicación de la carta.

—No, señor, tenemos poderosas razones para creer que ha comprendido ya que ha actuado de una forma indiscreta y precipitada. Sería un golpe más duro para él y para su país que para nosotros el que esta carta saliera a la luz.

—Si eso es así, ¿quién tiene interés en que la carta salga a la luz? ¿Por qué querría nadie robarla o publicarla?

—Aquí me hace entrar, señor Holmes, en el terreno de la alta política internacional. Pero no le costará deducir el motivo si reflexiona un poco en la situación europea. Toda Europa es un campamento armado. Existen dos alianzas igualadas en potencia militar. Gran Bretaña mantiene la balanza en equilibrio. Si llevaran a Inglaterra a una guerra contra una de las confederaciones, esto aseguraría la supremacía de la otra confederación, ya se sumase o no a la guerra. ¿Me estoy explicando?

—Meridianamente. Entonces, ¿a los enemigos de este gobernante les interesa conseguir y publicar esa carta con el fin de crear una ruptura entre el país de este y el nuestro?

—Sí, señor.

—Y ¿a quién enviarían este documento si cayera en manos enemigas?

—A cualquiera de las grandes cancillerías de Europa. Es probable que, en este mismo momento, se dirija hacia allí tan rápido como el vapor que pueda llevarla.

El señor Trelawney Hope dejó caer la cabeza sobre el pecho y dejó escapar un suspiro. El primer ministro le puso bondadosamente la mano en el hombro.

—Ha sido mala suerte, mi querido amigo. Nadie puede culparle de nada. No hay ninguna precaución que no haya tomado. Ahora, señor

Holmes, se encuentra en plena posesión de los hechos. ¿Qué recomienda que hagamos?

Holmes negó con la cabeza entristecido.

—¿Cree usted, señor, que, a menos que se recupere ese documento habrá una guerra?

—Creo que es muy probable.

—Entonces, señor, prepárese para la guerra.

—Eso es difícil de aceptar, señor Holmes.

—Considere los hechos, señor. Es inconcebible que se la llevaran después de las once y media de la noche, pues, por lo que he entendido, el señor Hope y su esposa se encontraban ambos en la habitación desde esa hora hasta que se descubrió la pérdida. Luego, la cogieron ayer por la noche entre las siete y media y las once y media, probablemente más hacia la primera hora, dado que, evidentemente, quienquiera que se la llevara sabía que se hallaba allí y la hubiese querido obtener lo antes posible. Ahora bien, señor, si se llevaron a esa hora un documento de esa importancia, ¿dónde puede estar? Nadie tiene razón alguna para guardarla. La han enviado rápidamente a aquellos que lo requieran. ¿Qué posibilidades tenemos ahora de adelantarnos o de ir tras su pista siquiera? Está más allá de nuestro alcance.

El primer ministro se levantó del sofá.

—Lo que dice es absolutamente lógico, señor Holmes. Me parece que, de hecho, el asunto ya no está en nuestras manos.

—Supongamos, por poner un ejemplo, que hubieran robado el documento la doncella o el ayuda de cámara…

—Ambos nos han servido lealmente durante años.

—Le he creído entender que su habitación se encuentra en el segundo piso, que no hay entrada desde el exterior y que nadie hubiese podido acercarse desde el interior sin ser visto. Luego, debió cogerlo alguien de la casa. ¿A quién se la llevó el ladrón? A uno de los varios espías internacionales y agentes secretos cuyos nombres me son medianamente familiares. Hay tres que se pueden considerar los más destacados de su profesión. Empezaré mis pesquisas por ahí e investigaré si se encuentran

todos en sus puestos. Si falta uno —sobre todo si ha desaparecido tras la pasada noche—, tendremos algún indicio de adónde ha ido el documento.

—Y ¿por qué iba a faltar? —preguntó el ministro de Asuntos Europeos —. Es muy probable que haya llevado la carta a una embajada en Londres.

—No lo creo. Esos agentes trabajan de forma independiente, y sus relaciones con las embajadas son a menudo tensas.

El primer ministro asintió con la cabeza.

—Creo que está en lo cierto, señor Holmes. Un trofeo tan valioso lo entregaría en mano a la comandancia. Considero que su planteamiento es excelente. Mientras tanto, Hope, no podemos desatender todos nuestros otros deberes a causa de esta calamidad. Si hubiera cualquier novedad durante el día, nos comunicaríamos con usted, y no dude en hacernos saber el resultado de sus propias investigaciones.

Los dos hombres de estado se despidieron inclinando la cabeza y salieron muy serios de la habitación.

Cuando nuestros ilustres visitantes se habían marchado, Holmes encendió su pipa en silencio y se quedó sentado un rato sumido en sus pensamientos. Yo había abierto el periódico de la mañana y me hallaba inmerso en un crimen estremecedor que había ocurrido en Londres la noche anterior, cuando mi amigo soltó una exclamación, se puso en pie de un salto y dejó la pipa encima de la repisa de la chimenea.

—Sí —dijo—, no hay mejor manera de plantearlo. La situación es desesperada, pero no irremediable. Incluso ahora, si pudiera estar seguro de quién de ellos la ha robado, sería posible que todavía no se hubiera desprendido de ella. Después de todo, con estos tipos todo es una cuestión de dinero, y tengo el apoyo del Tesoro británico. Si está a la venta, la compraré…, aunque signifique un penique más de impuestos. Entra dentro de lo concebible que el tipo la retuviera para ver qué oferta hacen los de este bando antes de probar suerte con el otro. Solo hay tres tipos capaces de jugar a algo tan temerario: tenemos a Oberstein, La Rothiere y Eduardo Lucas. Iré a verlos a todos ellos.

Le eché un vistazo a mi periódico.

—¿Habla del tal Eduardo Lucas de Godolphin Street?

—Sí.

—No va a verlo.

—Y ¿por qué no?

—Lo asesinaron ayer por la noche en su casa.

Mi amigo me había asombrado tantas veces en el transcurso de nuestras aventuras que me regocijó advertir que lo había dejado absolutamente pasmado. Se me quedó mirando atónito, y entonces me arrancó el periódico de las manos. Este era el párrafo que había comenzado a leer cuando se levantó de su silla:

ASESINATO EN WESTMINSTER

La pasada noche se cometió un crimen de misteriosa naturaleza en el 16 de Godolphin Street, una de las vías vetustas y recoletas de casas dieciochescas que se encuentran entre el río y la abadía, casi a la sombra de la gran torre del Parlamento. Durante varios años, esta pequeña pero distinguida mansión ha sido la residencia del señor Eduardo Lucas, célebre en los círculos sociales tanto por su trato agradable como por su merecida reputación de ser uno de los mejores tenores aficionados del país. El señor Lucas era un hombre soltero, de treinta y cuatro años de edad, y a su servicio se encuentran una anciana ama de llaves, la señora Pringle, y su ayuda de cámara, Mitton. La primera se acuesta temprano y duerme en el último piso de la casa. El ayuda de cámara había salido por la tarde para visitar a un amigo en Hammersmith. Desde las diez, el señor Lucas dispuso de la casa para él solo. Todavía no se sabe lo sucedido en ese tiempo, pero, a las doce menos cuarto, el agente de policía Barrett, que pasaba por Godolphin Street, advirtió que la puerta del número 16 se encontraba entreabierta. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Al ver luz en la habitación delantera, avanzó por el pasillo y volvió a llamar, y tampoco hubo respuesta. Entonces, empujó la puerta y entró. La habitación se hallaba en un estado caótico, habían corrido todos los muebles a un lado, y había una silla tirada sobre su respaldo en el centro. Junto a esa silla, y aferrado todavía a una de sus patas, yacía el desgraciado inquilino de la casa. Lo habían apuñalado en el corazón y debió de morir de inmediato. El cuchillo con que se había perpetrado el crimen era una daga curva de origen indio, tomada de una panoplia de armas orientales que decoraba una de las paredes. No parece que el motivo del crimen haya sido el robo, porque ni siquiera se intentaron llevar nada del valioso contenido de la habitación. El señor Eduardo Lucas era tan célebre y popular que su violento y misterioso fallecimiento despertará un hondo interés y una enorme consternación en su amplio círculo de amigos.

—Y bien, Watson, ¿qué le parece a usted? —preguntó Holmes tras una larga pausa.

—Que es una coincidencia sorprendente.

—¡Una coincidencia! Tenemos aquí a uno de los tres hombres que habíamos citado como posibles personajes de este drama y que muere violentamente a las mismas horas en que sabemos que se representó. Las probabilidades en contra de que sea una coincidencia son abrumadoras. No hay números suficientes para expresarla. No, mi querido Watson, ambos

acontecimientos están relacionados…, tienen que estar relacionados. Nos toca encontrar esa relación.

—Pero ahora la policía debe saberlo todo.

—En absoluto. Saben todo lo que han visto en Godolphin Street. No saben —ni sabrán— nada de Whitehall Terrace. Solo nosotros conocemos ambos incidentes y podemos rastrear el vínculo entre ellos. De todos modos, hay un elemento obvio que hubiese dirigido mis sospechas hacia Lucas. Godolphin Street, en Westminster, esta solo a unos minutos andando desde Whitehall Terrace. Los otros agentes secretos que he citado viven en los límites del West End. Por lo tanto, era más fácil para Lucas que para los demás establecer contacto o recibir un mensaje del servicio del ministro de Asuntos Europeos… Es una nimiedad que, sin embargo, cuando los incidentes se concentran en pocas horas, puede resultar esencial. ¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí?

La señora Hudson había traído la tarjeta de una dama en su bandeja. Holmes le echó una ojeada, levantó las cejas y me la tendió.

—Ruéguele a lady Hilda Trelawney Hope que haga el favor de entrar —le dijo.

Poco después, nuestro humilde domicilio, que ya había sido honrado esa mañana, fue aún más distinguido por la entrada de la mujer más encantadora de Londres. Había oído hablar a menudo de la belleza de la menor de las hijas del duque de Belminster, pero ninguna descripción ni ninguna desvaída fotografía me había preparado para el encanto delicado y sutil y el deslumbrante brillo de aquella persona bellísima. Y, sin embargo, cuando la vimos aquella mañana de otoño, no fue su belleza lo primero que impresionó al observador. Tenía una tez preciosa, pero estaba pálida por la emoción; los ojos le brillaban, pero con un brillo febril; la delicada boca estaba fruncida y tensa en un intento por dominarse. Era el terror, no la belleza, lo primero que saltaba a la vista cuando nuestra bella visitante se quedó de pie enmarcada por un instante en la puerta.

—¿Ha estado aquí mi marido, señor Holmes?

—Sí, señora, ha estado aquí.

—Señor Holmes, le suplico que no le diga que he venido.

Holmes inclinó la cabeza con frialdad y le indicó a la dama un asiento.

—Su señoría me pone en una posición muy delicada. Le ruego que se siente y me diga qué desea, pero me temo que no puedo hacerle ninguna promesa categórica.

Cruzó la habitación y se sentó de espaldas a la ventana. Era una presencia majestuosa: alta, elegante e intensamente femenina.

—Señor Holmes —le dijo mientras juntaba y separaba sus manos enguantadas de blanco—, le voy a hablar con franqueza, con la esperanza de que eso le lleve a hablar a usted también de la misma manera. Mi marido y yo compartimos todos nuestros secretos excepto en un tema. La política. En ese, es una tumba. No me cuenta nada. Ahora bien, soy consciente de que ayer por la noche sucedió un hecho lamentable en nuestra casa. Sé que ha desaparecido un documento. Pero, como es un asunto político, mi marido se niega a confiar en mí. Ahora es esencial…, esencial le digo…, que lo comprenda plenamente. Usted es la única persona, la única excepto los políticos, que conoce los hechos. Le ruego, por tanto, señor Holmes, que me cuente pormenorizadamente lo que ha ocurrido y cuáles serán sus consecuencias. Cuéntemelo todo, señor Holmes. No guarde silencio por respeto a los intereses de su cliente, porque le aseguro que, si él lo comprendiera, le sería más útil compartirlo conmigo. ¿Qué era ese papel que ha sido robado?

—Señora, lo cierto es que lo que me pide es imposible.

Gimió y hundió el rostro entre sus manos.

—Debe comprender que sea así, señora. Si su marido considera apropiado ocultarle este asunto, ¿quién soy yo, que me he enterado de los hechos al amparo del secreto profesional, para contarle lo que no le ha revelado él? No es justo que me pida eso. Es a él a quien se lo tiene que pedir.

—Se lo he pedido. Recurro a usted como último recurso. Pero, sin contarme nada concreto, señor Holmes, podría hacerme un gran favor si me iluminara sobre un único aspecto.

—¿Cuál, señora?

—¿Es probable que se resienta la carrera política de mi marido por este incidente?

—Bueno, señora, a menos que se encarrile, desde luego es posible que tenga un efecto lamentable.

—¡Ah! —respiró profundamente como alguien que ha despejado sus dudas—. Una pregunta más, señor Holmes. Por una expresión que mi marido ha dejado escapar con la conmoción inicial del desastre, he comprendido que se podrían originar consecuencias públicas terribles de la pérdida de ese documento.

—Si así lo dijo, desde luego, no se lo negaré.

—¿Qué carácter tendrían?

—No, señora, ya me está preguntando otra vez más de lo que puedo responderle.

—Entonces, no le robaré más tiempo. No le culpo, señor Holmes, por haberse negado a hablar de manera más abierta, y usted, por su parte, estoy segura de que no pensará mal de mí porque desee, incluso contra su propia voluntad, compartir sus preocupaciones con mi esposo. De nuevo, debo rogarle que no le diga nada de mi visita.

Se volvió para mirarnos desde la puerta, y obtuve una última imagen de ese rostro bello y atormentado, de ojos azorados y boca tensa. Luego se marchó.

—Le toca, Watson, el bello sexo es su especialidad —dijo Holmes con una sonrisa cuando el menguante roce de su falda culminó con un portazo en la puerta de entrada—. ¿A qué juega la hermosa dama? ¿Qué es lo que quiere en realidad?

—Lo que afirma es evidente, y su ansiedad, muy natural, creo yo.

—No sé, no sé. Piense en su apariencia, Watson: su comportamiento, su nerviosismo contenido, su agitación, su empeño en hacer preguntas. Recuerde que procede de una casta que no muestra la más mínima emoción.

—Desde luego, estaba muy alterada.

—Recuerde también la extraña vehemencia con la que nos ha asegurado que era mejor para su marido que ella lo supiera todo. ¿Qué quería decir con eso? Y tiene que haberse dado cuenta, Watson, de cómo se las ha ingeniado para tener la luz a su espalda. No quería que pudiéramos interpretar sus gestos.

—Sí, ha elegido la única silla de toda la habitación.

—Y, con todo, las razones de las mujeres son tan inescrutables… Recuerda a la mujer de Margate de quien sospeché por la misma razón. No se había empolvado la nariz: esa resultó la solución correcta. ¿Cómo se puede construir algo sobre tales arenas movedizas? Sus actos más triviales pueden significarlo todo, o su conducta más fuera de lo común pueden depender de una horquilla o de un rizador. Que pase un buen día, Watson.

—¿Se va?

—Sí, voy a pasar la mañana en Godolphin Street con nuestros amigos funcionarios de la ley. En Eduardo Lucas reside la solución de nuestro problema, aunque debo admitir que no tengo ni idea de qué manera puede hacerlo. Es un error descomunal elaborar una teoría antes de conocer los hechos. Quédese de guardia, mi buen Watson, y reciba a cualquier nueva visita. Me reuniré con usted para comer si me es posible.

Durante todo aquel día y el siguiente y al otro, Holmes se encontraba de un humor que sus amigos hubiesen dicho taciturno y los demás malhumorado. Venía y se iba de casa a la carrera, fumaba sin parar, tocaba fragmentos sueltos en su violín, se sumía en sus meditaciones, devoraba bocadillos a horas intempestivas y contestaba a duras penas a las preguntas sin importancia que yo le hacía. Me parecía evidente que algo no iba bien con él o con su misión. No me diría nada del caso, y me enteré por los periódicos de los detalles de la investigación y del arresto con la subsiguiente puesta en libertad de John Mitton, el ayuda de cámara del fallecido. El jurado del juez de instrucción pronunció el veredicto obvio «homicidio premeditado», pero las partes seguían siendo tan desconocidas como antes. No se sugería motivo alguno. La habitación se encontraba llena de objetos valiosos, no se habían llevado nada. No habían manipulado los documentos del difunto. Fueron examinados a conciencia, e indicaron que era un estudioso aplicado de la política internacional, un infatigable chismoso, un notable lingüista y un incansable escritor de cartas. Era confidente de destacados políticos de varios países. Pero no se descubrió nada extraordinario entre los documentos que llenaban sus cajones. En cuanto a sus relaciones con las mujeres, parecían haber sido promiscuas, aunque superficiales. Mantenía trato con muchas de ellas, pero pocas eran amigas, y no había ninguna de la que estuviese enamorado. Llevaba una

vida ordenada, tenía un comportamiento inofensivo. Su muerte era un absoluto misterio, y probablemente seguiría siéndolo.

En cuanto al arresto de John Mitton, el ayuda de cámara, fue un acto de desesperación para no quedarse mano sobre mano. Pero no se pudo sustanciar un proceso contra él. Había estado visitando a unos amigos en Hammersmith esa noche. La coartada era perfecta. Es cierto que salió de casa a una hora en la que hubiese llegado a Westminster antes del momento en que se descubrió el crimen, pero su propia explicación de que había hecho parte del camino andando pareció bastante probable considerando que hacía una noche excelente. De hecho, había llegado a las doce, y parecía estar abrumado por la inesperada tragedia. Siempre había tenido una buena relación con su jefe. Se encontraron varias de las posesiones del difunto —una cajita de navajas concretamente— en los cajones del ayuda de cámara, pero explicó que habían sido obsequios del difunto, y la ama de llaves pudo corroborar la historia. Mitton había sido durante tres años empleado de Lucas. Era destacable que Lucas no se lo hubiera llevado con él nunca al continente. Algunas veces había estado en París tres meses seguidos, pero había dejado a Mitton al frente de la casa de Godolphin Street. En cuanto al ama de llaves, no había oído nada la noche del crimen. Si su jefe había tenido visita, la había recibido él mismo.

Así que, durante tres mañanas, el misterio siguió siéndolo, hasta donde alcancé a saber por los periódicos. Si Holmes sabía más, guardaba silencio, pero, como me había dicho que el inspector Lestrade le había confiado los detalles del caso, sabía que se mantenía al corriente de todas las novedades. Al cuarto día apareció un largo telegrama de París que parecía resolver todo el asunto.

> La policía parisina acaba de hacer un descubrimiento [decía el Daily Telegraph] que desvela lo sucedido en torno al trágico destino del señor Eduardo Lucas, que halló violentamente la muerte el pasado lunes por la noche en Godolphin Street, Westminster. Nuestros lectores recordarán que se encontró al fallecido caballero apuñalado en su habitación y que se habían tenido sospechas de su ayuda de cámara, pero que su coartada las había echado por tierra. Ayer, los criados de una dama, conocida como madame Henri Fournaye, residente de un pequeño chalé de la rue Austerlitz, denunciaron ante las autoridades que se había vuelto loca. Un examen evidenció que era cierto que había desarrollado una manía de un tipo peligroso y permanente. Al investigarlo, la policía había descubierto que madame Henri Fournaye acababa de volver de un viaje a Londres el pasado martes, y hay pruebas que la relacionan con el crimen de Westminster. Una comparación de sus fotografías ha probado de manera concluyente que monsieur Henri

Fournaye y Eduardo Lucas eran en realidad la misma persona, y que el fallecido había tenido por alguna razón una doble vida en Londres y París. Madame Fournaye, de origen criollo, es de una naturaleza sumamente nerviosa, y había sufrido en el pasado ataques de celos que la habían llevado a la histeria. Se conjetura que en uno de ellos cometiese el horrible crimen que ha causado tanto revuelo en Londres. Todavía no se han trazado sus movimientos del lunes por la noche, pero no cabe duda de que una mujer que responde a su descripción llamó mucho la atención en la estación de Charing Cross el martes por la mañana por su aire trastornado y la violencia de sus gestos. Es probable, por tanto, que, o bien cometiera el crimen enloquecida, o que, como efecto inmediato, este le provocara a la desdichada que perdiera el juicio. En este momento, es incapaz de contar nada referente al pasado, y los médicos no tienen esperanza en que recupere la razón. Hay testimonios de que se vio a una mujer, que quizá fuera madame Fournaye, durante varias horas la noche del lunes vigilando la casa de Godolphin Street.

—¿Qué opina de esto, Holmes? —le había leído la crónica en voz alta mientras terminaba de desayunar.

—Mi querido Watson —dijo cuando se levantó de la mesa y comenzó a ir y venir por la habitación—, es usted muy sufrido, pero, si no le he contado nada en los tres últimos días, es porque no hay nada que contar. Ahora mismo estas noticias de París no nos ayudan mucho.

—Sin duda alguna son concluyentes en lo referente a la muerte de ese hombre.

—La muerte de ese hombre es un mero incidente, un episodio trivial, en comparación con nuestra verdadera tarea, que es rastrear ese documento y evitar una catástrofe europea. Solo ha pasado una cosa importante en los últimos tres días y es que no ha pasado nada. Recibo informes casi cada hora del gobierno, y están seguros de que no hay en ningún lugar de Europa señal alguna de altercados. Ahora bien, si esa carta anduviera por ahí… No, no puede andar por ahí… Pero si no anda por ahí, ¿dónde puede estar? ¿Quién la tiene? ¿Por qué la oculta? Esa es la pregunta que me golpea en el cerebro como un martillo. ¿Fue, en definitiva, una coincidencia que Lucas hallase la muerte la noche en que desapareció la carta? ¿Estuvo en sus manos alguna vez la carta? Si fue así, ¿por qué no se encuentra entre sus papeles? ¿Se la llevó consigo la loca de su mujer? Si es así, ¿está en su casa de París? ¿Cómo podría ir a buscarla sin despertar las sospechas de la policía francesa? Estamos ante un caso, mi querido Watson, en que la policía es tan peligrosa para nosotros como los criminales. Todos están en nuestra contra; sin embargo, los intereses en juego son enormes. Si lograse concluirlo con éxito, representaría sin lugar a dudas la apoteosis de mi

carrera. Ah, ¡aquí está mi último parte del frente! —Le echó una mirada a toda prisa a la nota que le habían entregado—. ¡Vaya, vaya! Parece que Lestrade ha descubierto algo interesante. Póngase el sombrero, Watson, y vamos a dar un paseo juntos hasta Westminster.

Era mi primera visita a la escena del crimen, una casa alta, sombría, espiritada, que resultaba altiva, ceremoniosa y sólida como el siglo que la vio nacer. Con sus facciones de bulldog, Lestrade nos miraba asomado a la ventana de la fachada, y nos saludó efusivamente después de que un agente corpulento nos abriera la puerta y nos permitiera pasar. La habitación en la que nos hicieron entrar era aquella en la que se había cometido el crimen, pero ya no quedaba ni rastro de él, excepto una fea e irregular mancha en la alfombra. Esa alfombra era un pequeño cuadrado de droguete en el centro de la habitación, rodeado de una amplia extensión de un bonito suelo de madera a la antigua con tablas cuadradas muy pulidas. Encima de la chimenea había una panoplia de armas, una de las cuales había sido utilizada esa trágica noche. Junto a la ventana había un escritorio suntuoso, y cada detalle del estudio, las pinturas, las alfombras, las colgaduras, todo apuntaba a un gusto que era lujoso en el límite con lo amanerado.

—¿Han leído lo de París? —dijo Lestrade.

Holmes asintió.

—Parece que esta vez nuestros amigos franceses han estado atinados. No hay duda de que tienen razón. Llamó a la puerta —una visita sorpresa, supongo, porque separaba sus vidas mediante compartimentos estancos—, él la hizo entrar, no podía dejarla en la calle. Le dijo cómo le había seguido la pista, se lo reprochó todo, una cosa llevó a la otra, y, entonces, con esa daga que estaba a mano, se terminó aquello pronto. Aunque no sucedió enseguida, porque arrastraron todas estas sillas allí, y tenía una en la mano como si tratara de mantenerla apartada con ella. Lo hemos tenido todo tan claro como si lo hubiésemos visto.

Holmes enarcó las cejas.

—¿Y a pesar de ello me ha mandado llamar?

—Ah, sí, ese otro asunto —no es más que una nimiedad, pero es la clase de cosas que le interesan—. Es tan extraño, ¿sabe? Y quizá hasta le parezca

extravagante. No tiene nada que ver con la cuestión principal…, no puede tenerlo, a primera vista.

—Bien, ¿y qué es?

—Bueno, ya sabe, después de un crimen de esta clase, tenemos mucho cuidado de dejar las cosas como están. No se ha movido nada. Un agente aquí al cargo día y noche… Esta mañana, cuando enterraban al difunto y acababa la investigación —en lo referente a esta habitación al menos—, pensamos en ordenar un poco esto. Esta alfombra. Como ve, no está sujeta al suelo, solo puesta encima. Tuvimos ocasión de levantarla. Encontramos…

—¿Sí? Encontraron…

A Holmes se le tensó el rostro por la ansiedad.

—Bueno, estoy seguro de que no adivinaría ni en cien años lo que encontramos. ¿Ve esa mancha en la alfombra? Bueno, pues, debería haberla traspasado al empaparla, ¿no?

—Desde luego, debería haberlo hecho.

—Bueno, pues le sorprenderá oír que no hay ninguna mancha en este entarimado blanco que se corresponda con ella.

—¡Ninguna mancha! Pero debería…

—Sí, eso diría uno. Pero el hecho es que no hay.

Cogió la esquina de la alfombra con la mano y, dándole la vuelta, nos mostró que era tal y como él decía.

—Pero la parte de abajo está tan manchada como la de encima. Debería haber dejado una huella.

Lestrade se rió entre dientes encantado de haber dejado perplejo al célebre experto.

—Y ahora le mostraré la explicación. Hay una segunda mancha, pero no se corresponde con la primera. Véalo usted mismo —mientras hablaba, le daba la vuelta a otra parte de la alfombra, y allí, en efecto, había un reguero escarlata sobre el revestimiento cuadrado blanco del anticuado suelo—. ¿Qué le parece esto, señor Holmes?

—Vaya, es bastante sencillo. Las dos manchas se correspondían, pero giraron la alfombra. Como era cuadrada y no estaba sujeta, lo hicieron con facilidad.

—El cuerpo de policía no le necesita, señor Holmes, para que le diga que debieron girar la alfombra. Eso está bastante claro, porque las manchas coinciden una sobre la otra… si coloca la alfombra encima de esta manera. Pero lo que quiero saber es quién la movió y por qué.

Pude ver por el rostro rígido de Holmes que, en su interior, se estremecía de inquietud.

—Oiga, Lestrade —le dijo—, ¿ha estado ese agente del pasillo a cargo del lugar todo el tiempo?

—Sí, así ha sido.

—Bueno, siga mi consejo. Interróguele a fondo. No lo haga delante de nosotros. Le esperaremos aquí. Lléveselo a la habitación de atrás. Es más probable que obtenga su confesión a solas. Pregúntele cómo se ha atrevido a permitir que pasase alguien y dejarlo solo en esta habitación. No le pregunte si lo hizo. Delo por hecho. Dígale que sabe que aquí ha estado alguien. Presiónelo. Dígale que una confesión completa es la única posibilidad de perdón. Haga exactamente lo que le he dicho.

—¡Por Dios que, si lo sabe, se lo voy a sacar! —exclamó Lestrade.

Se precipitó al vestíbulo y, poco después, se oyó su voz amenazadora procedente de la habitación de atrás.

—Ahora, Watson, ¡ahora! —exclamó Holmes impaciente y frenético.

Toda la fuerza demoniaca oculta bajo esa desgana prorrumpió en un paroxismo de energía. Arrancó la alfombra del suelo, y, en un momento, estaba en el suelo a cuatro patas arañando todos los cuadrados de madera que había debajo. Uno se volvió de lado cuando metió las uñas en el borde. Giró sobre sí como la tapa de una caja. Debajo se abrió una pequeña cavidad negra. Holmes hundió su impaciente mano en ella, y la sacó con un amargo gruñido de enfado y decepción. Estaba vacía.

—Rápido, Watson, ¡rápido! ¡Dejémoslo todo como estaba!

Volvimos a colocar la tapa de madera, y no acabábamos sino de tirar de la alfombra de droguete para ponerla en su sitio cuando se oyó la voz de Lestrade en el pasillo. Se encontró a Holmes apoyado lánguidamente en la repisa de la chimenea, resignado y paciente, tratando de disimular sus incontenibles bostezos.

—Siento haberle hecho esperar, señor Holmes. Ya veo que le aburre mortalmente todo el asunto. Bueno, pues ha confesado, desde luego. Entre, MacPherson. Que estos caballeros se enteren de su imperdonable comportamiento.

El agente corpulento, muy acalorado y arrepentido, entró silenciosamente en la habitación.

—Fue sin mala intención, señor, se lo aseguro. La joven llamó a la puerta la pasada noche…, se había equivocado de casa, sí. Y, entonces, nos pusimos a hablar. Se está muy solo aquí de servicio todo el día.

—Y bien, ¿qué pasó entonces?

—Quiso ver dónde se había cometido el crimen…, se había enterado leyendo el periódico, eso dijo. Era una mujer joven muy respetable y hablaba muy bien, señor, y no vi mal alguno en dejarla echar un vistazo. Cuando vio esa mancha en la alfombra, cayó al suelo desmayada y se quedó como muerta. Corrí a la parte de atrás y traje un poco de agua, pero no logré que volviera en sí. Entonces, fui aquí a la vuelta, al Ivy Plant, por un poco de coñac, y, para cuando había vuelto con él, la joven se había recuperado y se había ido… Puede que se avergonzara de sí misma y no se atreviera ni a mirarme a la cara.

—¿Y lo de mover esa alfombra?

—Bueno, señor, estaba un poco arrugada, claro, cuando llegué. Ya sabe, se había caído encima, y estaba en un suelo pulido sin nada que la mantuviera en su sitio. Luego la dejé bien estirada.

—Que le sirva de lección, agente MacPherson: a mí no se me puede engañar —dijo Lestrade muy digno—. Sin duda, pensaba que nunca se descubriría su incumplimiento del deber, y, sin embargo, un mero vistazo a esa alfombra me ha bastado para convencerme de que había dejado pasar a alguien en la habitación. Tiene suerte, amigo mío, de que no falte nada, o se iba a enterar usted. Lamento haberle hecho llamar por un asunto tan insignificante, señor Holmes, pero pensé que le interesaría el detalle de la segunda mancha sin coincidencia con la primera.

—Desde luego, era muy interesante. Agente, ¿esa mujer ha estado solo una vez aquí?

—Sí, señor, solo una.

—¿Quién era?

—No sé su nombre. Venía a responder a un anuncio de mecanógrafa y se había equivocado de número… Una mujer joven muy agradable y elegante, señor.

—¿Alta? ¿Atractiva?

—Sí, señor, una mujer joven muy hecha y derecha. Supongo que se podría decir que era atractiva. Puede que algunos hasta dijeran que era muy atractiva. «Venga, agente, ¡déjeme echar un ojo!», me dijo. Se puso muy zalamera, me engatusaba, se podría decir, y pensé que no le hacía mal a nadie solo por dejarla que asomara la cabeza en la habitación.

—¿Cómo iba vestida?

—Discreta, señor…, un abrigo largo hasta los pies.

—¿A qué hora fue?

—Justo al anochecer. Se estaban encendiendo las farolas cuando volvía con el coñac.

—Muy bien —dijo Holmes—. Venga, Watson, creo que tenemos que hacer cosas más importantes en otro sitio.

Cuando abandonamos la casa, Lestrade se quedó en la habitación de la fachada, mientras el compungido agente nos abría la puerta para permitirnos salir. Holmes se volvió en el escalón de la entrada y le enseñó algo que tenía en la mano. El agente lo miró atentamente.

—¡Por Dios bendito, señor! —exclamó con cara de asombro.

Holmes puso un dedo sobre sus labios, volvió a meterse la mano en el bolsillo de la camisa y se echó a reír cuando torcimos para bajar la calle.

—¡Magnífico! —dijo—. Vamos, amigo Watson, va a dar comienzo el último acto. Le tranquilizará saber que no habrá guerra, que el muy honorable Trelawney Hope no sufrirá ningún revés en su brillante carrera, que el indiscreto gobernante no será castigado por su indiscreción, que el primer ministro no tendrá que lidiar con ninguna complicación europea y que, con un poco de tacto y mano izquierda por nuestra parte, nadie saldrá perdiendo por lo que podría haber acabado siendo un incidente muy desagradable.

Ese hombre extraordinario me llenó de admiración.

—¡Lo ha resuelto! —exclamé.

—No del todo, Watson. Hay muchos aspectos que siguen estando tan oscuros como antes. Pero tenemos tanto que será culpa nuestra si no aclaramos el resto. Iremos directos a Whitehall Terrace y llevaremos este asunto hasta el final.

Cuando llegamos a la residencia del ministro de Asuntos Europeos, Holmes preguntó por lady Hilda Trelawney Hope. Nos condujeron a la sala de estar.

—¡Señor Holmes! —dijo la dama, y su rostro estaba rojo de indignación—. Desde luego, esto me parece muy miserable y muy mezquino por su parte. Deseaba, como ya le expliqué, que mantuviera mi visita en secreto, para que mi marido no pensara que me entrometía en sus asuntos. Y, no obstante, me compromete al venir aquí y así dar a entender que tenemos algún negocio que discutir.

—Por desgracia, señora, no me quedaba otra alternativa. Me han encargado que recupere ese documento tan sumamente importante. Debo pedirle, por tanto, señora, que sea tan amable de dejarlo en mis manos.

La dama se puso en pie de un salto, perdiendo el color de su precioso rostro en un instante. Se le vidriaron los ojos…, se tambaleó, creí que iba a desmayarse. Entonces, con un gran esfuerzo, se recuperó de la conmoción, y un asombro e indignación absolutos apartaron cualquier otra expresión de su semblante.

—Me… me insulta, señor Holmes.

—Vamos, vamos, señora, es inútil. Entregue la carta.

Ella se precipitó hacia la campanilla.

—El mayordomo les mostrará la salida.

—No la toque, lady Hilda. Si lo hace, entonces, todos mis sinceros esfuerzos para evitar un escándalo se verán frustrados. Entregue la carta y todo se arreglará. Si colabora conmigo, puedo solucionar cualquier cosa. Si no lo hace, tendré que delatarla.

Se quedó en pie a modo de majestuoso desafío: tenía un porte señorial, con los ojos clavados en él como si pudiera leer en su misma alma. Su mano estaba en la campanilla, pero se había abstenido de tirar de ella.

—Está intentando asustarme. No es propio de hombres, señor Holmes, venir aquí e intimidar a una mujer. Dice que sabe algo. ¿Qué es lo que sabe?

—Le ruego que se siente, señora. Ahí se hará daño si se cae al suelo. No hablaré hasta que se siente. Gracias.

—Le doy cinco minutos, señor Holmes.

—Con uno me basta, lady Hilda. Estoy al tanto de que visitó a Eduardo Lucas, de que le dio ese documento, de su ingenioso regreso a la habitación ayer por la noche y de la manera en que cogió la carta del escondite bajo la alfombra.

Se lo quedó mirando con el rostro ceniciento y tragó dos veces saliva antes de poder hablar.

—Usted está loco, señor Holmes…, ¡está loco! —exclamó por fin.

Holmes sacó un pequeño trozo de cartón de su bolsillo. Era el rostro de una mujer recortado de un retrato.

—Lo llevaba conmigo porque pensaba que podía ser de utilidad —dijo —. El policía la ha reconocido.

La dama soltó un grito ahogado y dejó caer la cabeza en el respaldo de la silla.

—Vamos, lady Hilda. Tiene la carta. El asunto todavía se puede remediar. No deseo en ningún modo causarle problemas. Mi deber termina cuando le haya devuelto la carta perdida a su marido. Haga caso de mi consejo y sea sincera conmigo. Es su única oportunidad.

Su valor era admirable. Ni siquiera entonces admitió su derrota.

—Le vuelvo a decir, señor Holmes, que está usted delirando.

Holmes se levantó de su asiento.

—Lo siento por usted, lady Hilda. He hecho todo lo que he podido. Ya veo que en vano.

Holmes tiró de la campanilla. Entró el mayordomo.

—¿Está el señor Trelawney Hope en casa?

—Estará en casa, señor, a la una menos cuarto.

Holmes le echó un vistazo a su reloj.

—Queda un cuarto de hora —dijo—. Muy bien, esperaré.

Apenas había cerrado la puerta el mayordomo al salir cuando lady Hilda se puso de rodillas a los pies de Holmes, tendiéndole las manos, con su precioso rostro vuelto hacia él e inundado en lágrimas.

—¡Ay, tenga piedad, señor Holmes! ¡Tenga piedad! —le imploró trastornada—. ¡Por el amor de Dios, no se lo cuente! ¡Lo quiero tanto! No querría enturbiar su vida y sé que esto le rompería su noble corazón.

Holmes levantó a la dama.

—¡Le agradezco, señora, que haya entrado en razón aunque sea en el último momento! No hay ni un momento que perder. ¿Dónde está la carta?

Cruzó corriendo la habitación hacia un escritorio, lo abrió con la llave y sacó un sobre azul alargado.

—Aquí está, señor Holmes. ¡Ojalá nunca lo hubiese visto!

—¿Cómo podemos devolverlo? —murmuró Holmes—. Rápido, rápido, ¡se nos tiene que ocurrir una manera! ¿Dónde está la valija?

—En su dormitorio todavía.

—¡Menudo golpe de suerte! Rápido, señora, ¡tráigala aquí!

Un momento después aparecía con una cartera roja en la mano.

—¿Cómo la abrió la otra vez? ¿Tiene un duplicado de la llave? Sí, claro que lo tiene. ¡Ábrala!

Lady Hilda se había sacado del pecho una llave pequeña. La cartera se abrió de golpe. Estaba repleta de papeles. Holmes entremezcló el sobre azul con ellos, entre las hojas de algún otro documento. Cerraron la valija, echaron la llave y la volvieron a llevar al dormitorio.

—Ahora estamos preparados para cuando llegue —dijo Holmes—, todavía nos quedan diez minutos. Me arriesgo mucho al encubrirla, lady Hilda. A cambio, va a emplear este rato en contarme con sinceridad qué hay detrás de este extraordinario asunto realmente.

—Señor Holmes, voy a contárselo todo —exclamó la dama—. Ay, señor Holmes, antes me cortaría la mano derecha que hacerle daño ni por un segundo. No hay mujer en todo Londres que quiera a su marido como yo lo quiero, pero, a pesar de todo, si se entera de lo que he hecho —de lo que me han forzado a hacer—, nunca me perdonaría. Porque tiene un concepto tan alto de su honor que no podría ni olvidar ni perdonar una falta ajena. ¡Ayúdeme, señor Holmes! ¡Mi felicidad, su felicidad, nuestras propias vidas están en juego!

—¡Hable rápido, señora, que el tiempo apremia!

—Había una carta mía, señor Holmes, una carta indiscreta escrita antes de mi matrimonio…, una carta atolondrada, una carta de una chica enamorada e impulsiva. No hice ningún mal, y, sin embargo, él pensaría que es una vergüenza. Si hubiese leído esa carta, su confianza en mí hubiese quedado hecha añicos. Han pasado años desde que la escribí. Había creído que todo el asunto era agua pasada. Pero, entonces, me enteré por ese hombre, Lucas, de que había llegado a sus manos y de que se la entregaría a mi marido. Le supliqué piedad. Me dijo que me devolvería mi carta si le llevaba cierto documento que se encontraba en la valija de mi marido. Tenía algún espía en el ministerio que le había hablado de su existencia. Me aseguró que no le acarrearía ningún mal a mi marido. ¡Póngase en mi lugar, señor Holmes! ¿Qué podía hacer yo?

—Contarle a su marido el secreto.

—No podía, señor Holmes, ¡no podía! Por un lado, se me presentaba una vida destrozada; por el otro, por terrible que pareciera robarle un papel a mi marido, no era más que un asunto de política del que no podía barruntar las consecuencias, mientras que en lo que se refería a su amor y a su confianza las tenía muy claras. ¡Lo hice, señor Holmes! Me hice un molde de su llave. Fue ese hombre, Lucas, quien me proporcionó un duplicado. Abrí su valija, cogí el documento y lo llevé a Godolphin Street.

—¿Qué pasó allí, señora?

—Golpeé la puerta según la señal convenida. La abrió Lucas. Lo seguí a su habitación, dejé la puerta del vestíbulo entornada tras de mí, porque me daba miedo estar a solas con ese hombre. Recuerdo que había una mujer fuera cuando entré. Cerramos nuestro negocio enseguida. Él tenía mi carta encima de su escritorio, yo le tendí el documento. Me dio la carta. En ese momento, se oyó un ruido en la puerta. Sonaron pasos en el pasillo. Lucas levantó la alfombra rápidamente, introduciendo el documento en algún escondrijo y lo volvió a cubrir.

»Lo que pasó después es como un sueño terrorífico. Tengo el recuerdo de un rostro oscuro y frenético, de la voz de una mujer que gritaba en francés: “Mi espera no ha sido en vano. ¡Por fin, por fin te he descubierto con ella!”. Hubo una pelea feroz. Lo vi con una silla en la mano, un cuchillo brillaba en la de ella. Huí de esa escena terrible, salí corriendo de la

casa, y solo al día siguiente me enteré por el periódico del horrible resultado. Esa noche fui feliz, porque tenía mi carta, y todavía no había visto lo que depararía el futuro.

»Fue por la mañana cuando me di cuenta de que no había hecho más que cambiar un problema por otro. La angustia de mi marido por la pérdida de su documento me partió el corazón. Apenas pude contenerme, allí, en ese momento, de arrodillarme a sus pies y contarle lo que había hecho. Pero eso hubiese significado también una confesión de mi pasado. Fui a usted esa mañana para comprender toda la magnitud de mi delito. Desde el mismo momento en que lo entendí, en mi mente no hubo más pensamiento que devolverle el documento a mi marido. Debía de estar todavía donde Lucas lo había dejado, porque lo había escondido antes de que esa terrible mujer entrase en la habitación. Si no hubiese sido por su llegada, no hubiese sabido dónde tenía su escondite. ¿Cómo logré entrar en la habitación? Durante dos días, estuve vigilando el lugar, pero nunca se dejaban la puerta abierta. La pasada noche hice un último intento. De lo que hice y de cómo lo conseguí, ya se han enterado. Me traje el documento conmigo, y pensaba destruirlo porque no se me ocurría ninguna otra forma de devolverlo sin confesárselo a mi marido. Cielos, ¡oigo sus pasos en la escalera!».

El ministro de Asuntos Europeos irrumpió alterado en la habitación.

—¿Alguna novedad, señor Holmes, alguna novedad? —exclamó.

—Tengo cierta esperanza.

—Ah, ¡gracias a Dios! —se le iluminó el rostro—. El primer ministro va a comer conmigo. ¿Podemos compartir con él nuestra esperanza? Aunque tiene los nervios de acero, sé que apenas ha dormido desde que ocurrió esta desgracia. Jacobs, ¿le importaría rogarle al primer ministro que suba? Con respecto a ti, cariño, me temo que es un tema de política. Nos reuniremos contigo en el salón en pocos minutos.

El primer ministro se contenía, pero supe por el brillo de sus ojos y la crispación de sus huesudas manos que compartía el nerviosismo de su joven colega.

—¿Tengo entendido que tiene algo de lo que informar, señor Holmes?

—Por eliminación meramente, de momento —respondió mi amigo—. He investigado en todos los lugares en los que pudiera estar y estoy seguro

de que no hay peligro de que la intercepten.

—Pero eso no basta, señor Holmes. No podemos vivir siempre con semejante volcán bajo nuestros pies. Debemos tener algo seguro.

—Tengo esperanza de lograrlo. Esa es la razón por la que estoy aquí. Cuanto más pienso en el asunto, más convencido estoy de que la carta nunca ha salido de esta casa.

—¡Señor Holmes!

—Si hubiese salido, sin duda la hubieran hecho pública ya.

—Pero ¿por qué se la iba a llevar nadie con el fin de guardarla en su casa?

—No estoy convencido de que se la llevara nadie.

—Entonces, ¿cómo pudo salir de la valija?

—No estoy convencido de que saliera de la valija en ningún momento.

—Señor Holmes, no es momento para bromas. Le aseguro que salió de la valija.

—¿Ha examinado la valija desde el martes por la mañana?

—No, no era necesario.

—Me imagino que puede haberla pasado por alto.

—Le digo que es imposible.

—Pero yo no estoy tan convencido. He conocido casos semejantes. Supongo que hay más papeles en ella. Pues bien, puede haberse traspapelado con ellos.

—Estaba encima.

—Alguien puede haberse tropezado con la valija y que se hayan entremezclado.

—No, no, lo había sacado todo.

—Sin duda, se puede averiguar fácilmente —dijo el primer ministro—. Hagamos que traigan la valija.

El ministro tocó la campanilla.

—Jacobs, tráigame mi valija. Esto es una absurda pérdida de tiempo; no obstante, si no hay otra manera de convencerle, así lo haremos. Gracias, Jackobs, colóquela aquí. Siempre tengo la llave en la cadena de mi reloj. Aquí están los papeles, como ve. Carta de lord Merrow, informe de sir Charles Hardy, memorándum de Belgrado, anotaciones sobre los impuestos

rusogermanos a los cereales, carta de Madrid, nota de lord Flowers…, ¡por Dios bendito! Pero ¿qué es esto? ¡Lord Bellinger! ¡Lord Bellinger!

El primer ministro le arrebató el sobre azul de la mano.

—Sí, es este… y la carta está intacta. Hope, le felicito.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué peso me quita de encima! Pero esto es inconcebible…, imposible. Señor Holmes, es usted un mago, ¡un hechicero! ¿Cómo sabía que estaba ahí?

—Porque no podía estar en ningún otro sitio.

—¡No me puedo creer lo que ven mis ojos! —corrió exaltado hacia la puerta—. ¿Dónde está mi esposa? Tengo que decirle que ya ha pasado todo. ¡Hilda! ¡Hilda! —Su voz se perdió en la escalera.

El primer ministro miró a Holmes con una mirada risueña.

—Vamos, señor mío —dijo—. Aquí hay más de lo que se ve. ¿Cómo ha vuelto la carta a la valija?

Con una sonrisa en los labios, Holmes apartó la mirada del intenso escrutinio de esos ojos fascinantes.

—Nosotros también tenemos nuestros secretos diplomáticos —dijo y, cogiendo su sombrero, se dirigió hacia la puerta.

Su último saludo

PREFACIO

Los amigos del señor Sherlock Holmes se alegrarán al saber que sigue vivo y con buena salud, aunque algo desmejorado por algún que otro ataque esporádico de reumatismo. Lleva viviendo muchos años en una pequeña granja en la región de Downs, a cinco millas de Eastbourne, donde reparte su tiempo entre la filosofía y la agricultura. A lo largo de este período de descanso, ha rechazado espléndidas ofertas para encargarse de diferentes casos, ya que decidió que su retiro era permanente. Sin embargo, la inminencia de la guerra con Alemania provocó que pusiera a disposición del Gobierno su singular equilibrio entre la actividad intelectual y la práctica, con históricos resultados que se relatan en «Su último saludo». Se han añadido a «Su último saludo» varias experiencias anteriores, que tenía guardadas desde hacía mucho en mi archivo.

JOHN H. WATSON, M. D.

LA AVENTURA DE WISTERIA LODGE

1

La peculiar experiencia del señor John Scott Eccles

Descubro por las anotaciones de mi cuaderno que era un día deprimente y ventoso de finales de marzo en el año 1892. Holmes había recibido un telegrama cuando nos sentábamos a comer, y había garabateado una respuesta. No hizo ningún comentario, pero siguió dándole vueltas en la cabeza, porque después se quedó de pie ante la chimenea con rostro pensativo, fumando su pipa, y echándole de vez en cuando una ojeada al mensaje. De repente, se volvió hacia mí con un brillo de malicia en los ojos.

—Supongo, Watson, que debemos considerarle un hombre de letras —dijo—. ¿Cómo definiría la palabra «grotesco»?

—Extraño… singular —sugerí.

Descartó mi definición negando con la cabeza.

—Hay algo más en esa palabra —dijo—, algo subyacente que evoca lo trágico y lo terrible. Si hace memoria de alguno de esos relatos con los que castigó a su sufrido público, reconocerá cuán frecuentemente lo grotesco se ha extendido hasta lo criminal. Piense en ese pequeño caso de los pelirrojos. Al principio resultaba bastante grotesco, sin embargo, acabó siendo una desesperada tentativa de robo. O ese otro caso completamente grotesco de las cinco semillas de naranja, que nos condujo directamente a una conspiración asesina. Esa palabra me hace poner en alerta.

—¿La han escrito ahí? —le pregunté.

Leyó el telegrama en alto:

> Acabo de tener una experiencia absolutamente increíble y grotesca. ¿Puedo hacerle una consulta?
>
> SCOTT ECCLES,
>
> Oficina de Correos, Charing Cross

—¿Hombre o mujer? —pregunté.

—Ah, hombre, por supuesto Ninguna mujer hubiese enviado un telegrama a franquear en destino. Hubiese venido aquí.

—¿Le va a recibir?

—Mi querido Watson, ya sabe lo aburrido que he estado desde que encerramos al coronel Carruthers. Mi mente es como un motor de carreras, se rompe en pedazos cuando no está realizando el trabajo para el que lo han construido. La vida resulta vulgar; los periódicos, estériles; la audacia y el romanticismo parecen haberse terminado para siempre en el mundo del crimen. ¿Cómo me puede preguntar, entonces, si estoy dispuesto a investigar un nuevo problema, por muy trivial que pueda resultar? Pero aquí tenemos, a menos que me equivoque, a nuestro cliente.

Se oyeron unos pasos acompasados subiendo por las escaleras, y, poco después, un hombre corpulento, alto, de patillas canas, solemne y respetable entró en la habitación. Se leía la historia de su vida en la seriedad de sus rasgos y en sus pomposos modales. De sus polainas cortas a sus gafas de montura de oro, era conservador, practicante, ciudadano ejemplar, clásico y convencional hasta el extremo. Pero alguna experiencia sorprendente había trastornado su aplomo natural y dejado su huella en el pelo encrespado, las mejillas encendidas y acaloradas, y el comportamiento alterado y nervioso. Fue directo al grano.

—He tenido una experiencia sumamente peculiar y desagradable, señor Holmes —comenzó—. Nunca en mi vida me he visto en una situación así. Es absolutamente vergonzoso… ultrajante en grado sumo. Debo porfiar hasta obtener alguna explicación —dijo jadeando y resoplando con enfado.

—Le ruego que se siente, señor Scott Eccles —intervino Holmes con tono tranquilizador—. ¿Puedo preguntarle, en primer lugar, por qué ha venido a verme a mí?

—Bueno, señor, no tiene trazas de ser un asunto que le concierna a la policía, pero, a pesar de ello, cuando haya oído los hechos, tendrá que convenir en que no podía dejarlo como estaba. Los detectives privados son una clase de personas por las que no tengo ninguna simpatía, en absoluto, no obstante, como tenía referencias suyas…

—Entiendo. Pero, en segundo lugar, ¿por qué no ha venido de inmediato?

—¿A qué se refiere?

Holmes comprobó su reloj.

—Son las dos y cuarto —dijo—. Envió el telegrama alrededor de la una. Pero nadie que le echase un vistazo a su aseo y a su atuendo dejaría de advertir que sus preocupaciones se remontan a esta mañana al levantarse.

Nuestro cliente se alisó el pelo y posó la mano por la barbilla sin afeitar.

—Está en lo cierto, señor Holmes. No me he dedicado ni un momento a pensar en mi aseo. Estaba deseoso de salir de una casa así, nada más. Y he estado yendo de acá para allá haciendo mis averiguaciones antes de venir a verle. Fui a la inmobiliaria, ¿sabe? Me dijeron que se había pagado correctamente el alquiler del señor García y que en Wisteria Lodge estaba todo en orden.

—Vamos, vamos, señor mío —dijo Holmes riéndose—. Es usted como mi amigo el doctor Watson, que tiene la mala costumbre de empezar a contar sus historias por el final. Por favor, ponga en orden sus pensamientos y hágame saber, en la debida secuencia, exactamente cuáles son esos acontecimientos que le han llevado a buscar, despeinado y desaliñado, con calzado de etiqueta y chaleco mal abotonado, consejo y ayuda.

Nuestro cliente bajó la mirada con rostro compungido hacia su apariencia poco convencional.

—Sé que tengo muy mal aspecto, señor Holmes, y no recuerdo que tal cosa me haya pasado antes. Pero le voy a contar todo este extraño asunto y, cuando lo haya hecho, convendrá, estoy seguro, en que es suficiente como para disculparme.

Pero su relato quedó cortado de raíz. Se oyó ajetreo afuera, y la señora Hudson abrió la puerta para dejar pasar a dos individuos fornidos con aspecto de autoridad, uno de los cuales nos era bien conocido, el inspector

Gregson de Scotland Yard, un oficial enérgico, audaz, y, dentro de sus limitaciones, eficiente. Le dio un apretón de manos a Holmes y nos presentó a su colega el inspector Baynes, del cuerpo de policía de Surrey.

—Estamos cazando juntos, señor Holmes, y nuestra pista nos ha traído a esta dirección. —Volvió su mirada de bulldog hacia nuestro visitante—. ¿Es usted el señor John Scott Eccles, de Popham House, Lee?

—Sí.

—Le llevamos siguiendo toda la mañana.

—Han dado con él gracias al telegrama, sin duda —dijo Holmes.

—Exacto, señor Holmes. Hemos encontrado su rastro en la oficina de correos de Charing Cross y hemos venido aquí.

—Pero ¿por qué me siguen? ¿Qué quieren?

—Queremos que preste declaración, señor Scott Eccles, con relación a los acontecimientos que condujeron ayer noche a la muerte al señor Aloysius García, de Wisteria Lodge, cerca de Esher.

Nuestro cliente se enderezó con ojos desorbitados y se le fue todo ápice de color de su asombrado rostro.

—¿Muerto? ¿Ha dicho que ha muerto?

—Sí, señor, está muerto.

—Pero ¿cómo? ¿Un accidente?

—Asesinato, si es que el asesinato existe, claro.

—¡Dios del cielo! Pero ¡eso es horrible! ¿No estarán insinuando… no estarán insinuando que soy sospechoso?

—Se ha encontrado una carta suya en el bolsillo del fallecido, y en ella consta que había planeado pasar la pasada noche en su casa.

—Así lo hice.

—Ah, lo hizo, ¿verdad?

Sacó una libreta.

—Aguarde un instante, Gregson —dijo Sherlock Holmes—. Todo lo que usted quiere es una simple declaración, ¿no es así?

—Es mi deber advertir al señor Scott Eccles que podría ser usada en su contra.

—El señor Eccles estaba a punto de contarnos todo cuando han entrado en la habitación. Creo, Watson, que un coñac con soda no le haría daño.

Ahora, señor, le sugiero que no preste atención a estos nuevos miembros del público, y que prosiga con su relato exactamente como lo hubiese hecho en el caso de que nunca lo hubiesen interrumpido.

Nuestro visitante se bebió de un trago el coñac y le volvió el color a la cara. Tras una mirada indecisa a la libreta del inspector, se enfrascó enseguida en su extraordinaria declaración.

—Soy soltero —dijo—, y, como tengo tendencia a ser sociable, cultivo un gran número de amistades. Entre estas se encuentra la familia de un cervecero jubilado llamado Melville, que vive en Albermale Mansion, Kensington. Compartiendo su mesa, conocí hace unas semanas a un tipo joven que se apellidaba García. Era, creí entender, de ascendencia española y estaba relacionado de alguna manera con la embajada. Hablaba inglés a la perfección, tenía un comportamiento agradable, y era un hombre tan bien parecido como no había visto en mi vida.

»Este joven y yo acabamos entablando toda una amistad. Parecía haber captado su interés desde el principio, y, a los dos días de conocernos, vino a verme a Lee. Una cosa llevó a la otra, y acabó invitándome a pasar unos días en su casa, en Wisteria Lodge, entre Esher y Oxshott. Ayer por la tarde, fui a Esher para cumplir con este compromiso.

»Me había descrito a su servicio antes de ir allí. Vivía con un sirviente leal, un compatriota suyo, que atendía todas sus necesidades. Ese tipo sabía hablar inglés y llevaba la casa por él. Además, tenía un cocinero, me dijo, un mestizo a quien se había traído de sus viajes, que podía servirnos una cena excelente. Recuerdo que comentó que iba a encontrarme con un hogar extravagante para el corazón de Surrey, y que estuve de acuerdo con él; aunque ha resultado ser mucho más extravagante de lo que yo pensaba.

»Fui en coche hasta allí… cerca de dos millas al término sur de Esher. La casa era de buen tamaño, retirada de la carretera, con un camino de acceso en curva que estaba flanqueado de arbustos de hoja perenne. Era un edificio viejo y ruinoso en un estado exagerado de deterioro. Cuando el coche se detuvo en el camino lleno de hierba enfrente de la puerta manchada y estropeada por la lluvia, dudé de mi sensatez al visitar a un hombre a quien conocía de forma tan superficial. Sin embargo, abrió la puerta él mismo, y me dio la bienvenida con grandes muestras de

cordialidad. Me puso en manos del sirviente, un individuo moreno y melancólico, que me condujo, llevándome la maleta, a mi habitación. Todo el lugar era deprimente. Cenamos a solas, y, aunque mi anfitrión hizo lo que pudo porque fuera entretenida, sus pensamientos parecían ir por otros derroteros una y otra vez, y hablaba de manera tan distraída y descabellada que apenas podía entenderle. Tamborileaba incesantemente con los dedos en la mesa, se mordía las uñas, y mostraba otras señales de impaciencia e intranquilidad. La cena en sí no fue ni bien servida ni bien cocinada, y la triste presencia del taciturno sirviente no ayudó a animarnos. Le aseguro que, en el transcurso de la velada, deseé muchas veces conseguir inventarme alguna excusa que me llevara de vuelta a Lee.

»Me viene una cosa a la memoria que es posible que tenga relevancia con respecto al asunto que ustedes dos, caballeros, están investigando. No pensé en ello en ese momento. Cuando ya estábamos terminando la cena, el sirviente le entregó una nota. Advertí que, después de que mi anfitrión la hubiese leído, parecía todavía más despistado y extraño que antes. Desistió de todo simulacro de conversación y se quedó sentado, fumándose un cigarrillo tras otro, absorto en sus pensamientos, pero no hizo ningún comentario con relación al contenido. Alrededor de las once, me alegró poder irme a la cama. Poco después, con la habitación ya a oscuras, García se asomó a mi puerta y me preguntó si había llamado. Le dijo que no. Se disculpó por haberme molestado tan tarde, que era cerca de la una. Me adormilé después de eso y no me desperté en toda la noche.

»Y ahora llega la parte sorprendente de mi relato. Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, ya era completamente de día. Le eché un vistazo a mi reloj y eran cerca de las nueve. Había pedido expresamente que me llamaran a las ocho, así que estaba estupefacto por ese descuido. Me puse de pie de un salto y llamé al sirviente. No hubo respuesta. Llamé una y otra vez con el mismo resultado. Entonces, llegué a la conclusión de que la campana no funcionaba. Me puse atropelladamente la ropa y corrí escaleras abajo, sumamente malhumorado, para pedir agua caliente. Pueden imaginarse mi sorpresa cuando descubrí que no había nadie. Llamé a gritos en el vestíbulo. No hubo respuesta. Entonces, corrí de habitación en habitación. Estaban todas desiertas. Mi anfitrión me había indicado cuál era

su dormitorio la noche anterior, así que llamé a la puerta. Nadie contestó. Giré la manilla y entré. La habitación estaba vacía, y no había dormido nadie en la cama. Se había ido con los demás. El anfitrión extranjero, el lacayo extranjero, el cocinero extranjero, ¡todos habían desaparecido durante la noche! Así acabó mi visita a Wisteria Lodge».

Sherlock Holmes estaba frotándose las manos y riéndose entre dientes mientras añadía ese chocante incidente a su colección de extraños episodios.

—Su experiencia es, hasta donde sé, absolutamente única —dijo—. ¿Puedo preguntarle, señor, qué hizo entonces?

—Estaba furioso. Lo primero que pensé fue que había sido víctima de alguna tomadura de pelo. Empaqueté mis cosas, cerré de un portazo la puerta de la entrada al salir, y partí hacia Esher, con mi bolsa en la mano. Hice una visita a Allan Brothers', la principal inmobiliaria del pueblo, y descubrí que la casa había sido alquilada a esa firma. Llegué a la conclusión de que aquella forma de proceder difícilmente podía tener como finalidad dejarme en ridículo, y que el objetivo principal debía de ser librarse del alquiler. Nos acercamos a finales de marzo, así que hay que pagar en breve el trimestre. Pero esta teoría no resultó válida. El agente inmobiliario me agradeció mi advertencia, pero me dijo que habían pagado el alquiler por adelantado. Entonces, me volví a la ciudad e hice una visita a la embajada española. Allí no sabían quién era. Después de eso, me fui a ver a Melville, en cuya casa conocí a García, y descubrí que, en realidad, él sabía incluso menos que yo. Por último, cuando obtuve su respuesta a mi telegrama, vine a verle, porque tengo entendido que es usted una persona que da buenos consejos en caso de dificultad. Y ahora, señor inspector, por lo que ha dicho al entrar en esta habitación, creo que tomará usted las riendas de esta historia, y que ha sucedido una tragedia. Puedo prometerles que cada palabra que he dicho es verdad, y que, al margen de lo que les he contado, no sé absolutamente nada acerca del destino de ese hombre. Lo único que deseo es ayudar a la policía en todo lo posible.

—Estoy seguro, señor Scott Eccles… estoy seguro de ello —dijo el inspector Gregson en un tono muy amable—. Cada cosa que ha dicho concuerda de forma sustancial con los hechos tal y como han llegado a

nuestro conocimiento. Por ejemplo, que llegó una nota durante la cena. ¿Tuvo oportunidad de ver qué fue de ella?

—Sí. García hizo una bola con ella y la lanzó a la chimenea.

—¿Qué me dice a eso, señor Baynes?

El detective de provincias era un hombre rechoncho, jadeante, colorado, cuyo rostro solo quedaba redimido de la zafiedad por dos ojos extraordinariamente brillantes, casi ocultos tras los pesados pliegues de la mejilla y la ceja. Con una sonrisa pánfila, sacó un trozo de papel doblado y descolorido de su bolsillo.

—Había unos morillos con parrilla, señor Holmes, pero lanzó alto. Saqué esto sin quemar de atrás.

Holmes sonrió agradecido.

—Debe de haber examinado la casa muy concienzudamente para encontrar una mera bolita de papel.

—Lo hice, señor Holmes. Así soy yo. ¿La leo, señor Gregson?

El londinense asintió.

—La nota está escrita en papel verjurado color crema corriente, sin filigrana. Tamaño cuartilla. Está cortado de dos tijeretazos con unas tijeras de hojas cortas. Ha sido doblado tres veces y sellado con lacre morado, puesto a toda prisa y presionado con algún objeto ovalado y plano. Está dirigida al señor García, a Wisteria Lodge. Dice así:

> Nuestros propios colores, verde y blanco. Verde, abierto; blanco, cerrado. Escalera principal, primer pasillo, séptima a la derecha, puerta de servicio.
>
> Buena suerte.
>
> D.

»Es letra de mujer, escrita con una pluma de punta fina, pero la dirección está escrita con otra pluma o por otra persona. Es más gruesa y enérgica, como se puede apreciar.

—Una nota muy poco común —agregó Holmes echándole una ojeada por encima—. Debo felicitarle, señor Baynes, por los detalles que ha advertido en su análisis. Quizá puedan añadirse unos pocos elementos triviales más. El sello ovalado es indiscutiblemente un gemelo plano de camisa… ¿qué otra cosa tiene una forma así? Las tijeras son unas tijeras de

uñas curvas. Aunque sean muy pequeños los dos cortes, puede verse con claridad la misma leve curva en cada uno.

El detective de provincias se rió por lo bajo.

—Pensaba que le había extraído todo el jugo, pero ya veo que había un poco más —dijo—. Me veo obligado a reconocer que no saco nada en claro de la nota salvo que fue escrita a mano, y que una mujer, para no variar, estaba detrás de ella.

El señor Scott Eccles no había dejado de removerse en su asiento durante esa conversación.

—Me alegro de que encontrara la nota, puesto que corrobora mi historia —intervino—. Pero les ruego que recuerden que todavía no he oído qué le ha ocurrido al señor García, ni lo que ha sido de su servicio.

—En lo referente a García —dijo Gregson—, es fácil de responder. Fue hallado muerto esta mañana en Oxshott Common, aproximadamente a una milla de su casa. Tenía la cabeza hecha puré a fuerza de pesados golpes con un saco de arena o un instrumento similar, la machacaron más que hirieron. Es un paraje solitario, y no hay ninguna casa en un cuarto de milla del lugar. Al parecer fue atacado por detrás, y su agresor siguió golpeándole mucho tiempo después de que estuviera muerto. Fue una agresión con mucha saña. No hay huellas ni pista alguna de los criminales.

—¿Un hurto?

—No, no hay tales indicios.

—Me resulta muy penoso… y terrible —dijo el señor Scott Eccles con voz quejumbrosa—, pero esto es extraordinariamente complicado para mí. No tengo nada que ver con que mi anfitrión hiciera una excursión nocturna ni con que hallara un final tan triste. ¿Cómo me he visto mezclado en el caso?

—Muy sencillo, señor —respondió el inspector Baynes—. El único documento que llevaba encima el fallecido era una carta suya en la que decía que estaría con él la noche de su muerte. El sobre de esa carta fue lo que nos dio el nombre del difunto y su dirección. Esta mañana después de las nueve, llegamos a su casa y no le encontramos ni a usted ni a nadie más dentro de ella. Le mandé un telegrama al señor Gregson para que le echara

el guante en Londres mientras yo inspeccionaba Wisteria Lodge. Luego vine a la ciudad, me reuní con el señor Gregson, y aquí estamos.

—Ahora creo —dijo Gregson, levantándose— que hubiésemos hecho mejor en tratar este asunto de forma oficial. Va a pasarse con nosotros por la comisaría, señor Scott Eccles, y nos dejará su declaración por escrito.

—Por supuesto que iré, enseguida. Pero contrato sus servicios, señor Holmes. No quiero que repare en gastos ni en esfuerzos hasta que obtenga la verdad.

Mi amigo se volvió hacia el inspector de provincias.

—Supongo que no tendrá ninguna objeción en que colabore con usted, señor Baynes.

—Me siento muy honrado, señor, se lo aseguro.

—Parece haber trabajado con mucha rapidez y seriedad en todo lo que ha hecho. ¿Hay alguna pista, si puede saberse, en relación a la hora exacta en que ese hombre halló la muerte?

—Había estado allí desde la una de la noche. Llovió cerca de esa hora, y, sin lugar a dudas, su muerte sucedió antes de la lluvia.

—¡Pero eso es absolutamente imposible, señor Baynes! —exclamó nuestro cliente—. Su voz es inconfundible. Podría jurar que fue él quien se dirigió a mí en mi dormitorio a esa misma hora.

—Singular, pero de ningún modo imposible —dijo Holmes sonriéndose.

—¿Tiene una pista? —preguntó Gregson.

—A primera vista, el caso no es muy complicado, aunque, desde luego, presenta algunas características novedosas e interesantes. Se necesita un conocimiento más profundo de los hechos antes de que me arriesgue a dar una opinión concluyente y definitiva. Por cierto, señor Baynes, ¿ha encontrado algo notable además de esta nota al inspeccionar la casa?

El detective miró a mi amigo de forma peculiar.

—Había —dijo— una o dos cosas muy notables. Quizá, cuando haya terminado en la comisaría, le apetezca aparecer por allí y darme su opinión.

—Quedo a su servicio —dijo Sherlock Holmes, tocando la campanilla —. Acompañe a estos caballeros a la salida, señora Hudson, y sea tan amable de enviar al chico con este telegrama. Debe abonar una respuesta de cinco chelines.

Nos quedamos sentados durante un tiempo en silencio después de que nuestros visitantes se hubiesen marchado. Holmes fumaba muy serio, con las cejas fruncidas sobre sus inteligentes ojos y la cabeza hacia delante con ese gesto de impaciencia que era característico en él.

—Y bien, Watson —preguntó, volviéndose de repente hacia mí—, ¿qué le parece?

—No saco nada en claro de este misterio de Scott Eccles.

—Pero ¿y el crimen?

—Bueno, considerando la desaparición de los compañeros de ese hombre, diría que el asesinato les atañía de alguna manera y huyeron de la justicia.

—Desde luego, ese es un punto de vista válido. Sin embargo, a primera vista, debe admitir que es muy extraño que sus dos sirvientes hubiesen conspirado contra él y lo hubiesen atacado la única noche que tenía un invitado. Lo tenían a su merced cualquier otra noche de la semana.

—Entonces ¿por qué huyeron?

—En efecto. ¿Por qué huyeron? Ese es un hecho muy importante. Otro hecho muy importante es la peculiar experiencia de nuestro cliente, Scott Eccles. Ahora, mi querido Watson, ¿supera los límites del ingenio humano el proporcionar una explicación que cubra ambos hechos? Si hubiese una que también incluyera la misteriosa nota con su muy curiosa fraseología, entonces, merecería la pena aceptarla como hipótesis temporal. Si los hechos nuevos que lleguemos a conocer se adaptan al planteamiento, entonces es posible que nuestra hipótesis se convierta poco a poco en una solución.

—Pero ¿cuál es nuestra hipótesis?

Holmes se recostó en su asiento con los ojos medio cerrados.

—Debe admitir, mi querido Watson, que la idea de una broma es imposible. Se estaban gestando graves acontecimientos, como indica la secuencia de ellos, y llevar engatusado a Scott Eccles a Wisteria Lodge tenía alguna conexión con ellos.

—Pero ¿cuál es la posible conexión?

—Vayamos por partes. Hay, a juzgar por las apariencias, algo forzado en esa extraña y repentina amistad entre Scott Eccles y el joven español.

Fue el segundo el que forzó el ritmo de la relación. Pasó a ver a Eccles a la otra punta de Londres justo al día siguiente de conocerlo, y mantuvo un estrecho contacto con él hasta que llegó a Esher. Ahora bien, ¿qué quería de Eccles? ¿Qué podía aportarle Eccles? No veo ningún interés en él. No es especialmente inteligente… no es probablemente un hombre que congeniara con un latino perspicaz. Entonces, ¿por qué, entonces, fue escogido de entre todas las demás personas a quien García conocía como la persona más apropiada para su propósito? ¿Tiene alguna cualidad destacada? Yo creo que la tiene. Es el paradigma perfecto de la respetabilidad británica, y el hombre perfecto como testigo para impresionar a otro británico. Ya ha visto con sus propios ojos que ni a un inspector ni al otro se les ha pasado por la cabeza cuestionar su declaración, por extraordinaria que fuera.

—Pero ¿qué debía presenciar?

—Nada, tal y como resultaron las cosas, y todo si hubiesen pasado de otra manera. Así es como interpreto el asunto.

—Ya veo, hubiese podido proporcionar una coartada.

—Exacto, mi querido Watson; hubiese podido proporcionar una coartada. Supongamos que los sirvientes de Wisteria Lodge eran cómplices en alguna trama. La tentativa, cualquiera que esta fuese, tenía que acabar, diremos, antes de la una en punto. Manipulando de alguna manera los relojes, es muy posible que hubiesen mandado a dormir a Scott Eccles antes de lo que pensaba. De este modo, es probable que, cuando García se desvió de su camino y le dijo que era la una, en realidad, no eran más de las doce. Si García hubiese hecho lo que quiera que tuviese que hacer y hubiese vuelto a la hora mencionada, es evidente que hubiese tenido una convincente respuesta ante cualquier acusación. Aquí estaba este irreprochable caballero inglés dispuesto a jurar ante cualquier tribunal que el acusado estaba en la casa todo el tiempo. Era un seguro por si todo iba mal.

—Sí, sí, ya veo. Pero ¿qué pasa con la desaparición de los demás?

—Aunque no tengo todos los hechos, no creo que haya ninguna dificultad insalvable. De todas formas, es un error argumentar antes de

reunir los datos. Se encuentra la forma de darles la vuelta para que encajen en las teorías de uno.

—¿Y el mensaje?

—¿Cómo era? «Nuestros propios colores, verde y blanco». Parece una carrera. «Verde, abierto; blanco, cerrado». Eso es claramente una señal. «Escalera principal, primer pasillo, séptima a la derecha, puerta de servicio». Es una cita secreta. Quizá descubramos a un marido celoso en el fondo de todo esto. Está claro que es una hazaña peligrosa. No hubiese dicho «Buena suerte» si no hubiese sido así. La «D»… debería llevarnos a algún sitio.

—El tipo era español. Quizá sea de Dolores, un nombre de mujer común en España.

—Bien, Watson, muy bien… pero del todo inaceptable. Un español le hubiese escrito a un compatriota en su lengua. El que escribe la nota es, sin duda, inglés. Bueno, solo podemos armarnos de paciencia hasta que ese excelente inspector regrese por nosotros. Mientras tanto, podemos agradecerle a nuestra buena suerte que nos haya rescatado por unas breves horas de las insoportables penalidades de la ociosidad.

Llegó una respuesta al telegrama de Holmes antes de que nuestro oficial de Surrey hubiese regresado. Holmes lo leyó y estaba a punto de meterlo en su libreta cuando vio de soslayo mi rostro expectante. Me lo tendió riéndose.

—Nos movemos en círculos elevados —dijo.

El telegrama era una lista de nombres y direcciones:

> Lord Harringby, The Dingle; sir George Folliott, Oxshott Towers; señor Hynes Hynes, J. P., Purdley Place; señor James Baker Williams, Forton Old Hall; señor Henderson, High Gable; reverendo Joshua Stone, Nether Walsling.

—Esta es una manera muy obvia de restringir nuestro campo de operaciones —dijo Holmes—. Sin duda, Baynes, con su metódica mente, ya ha adoptado algún plan similar.

—No lo entiendo del todo.

—Bueno, mi querido amigo, hemos llegado a la conclusión de que el mensaje recibido por García durante la cena lo citaba a una reunión o un

encuentro secreto. Ahora bien, si la interpretación obvia es la correcta, y, con el fin de mantener el encuentro hay que subir por una escalera principal y buscar la séptima puerta en un pasillo, queda claro que se trata de un edificio muy grande. Es igualmente seguro que no puede estar a más de una milla o dos de Oxshott, puesto que García estaba caminando en esa dirección y esperaba, de acuerdo con mi interpretación de los hechos, regresar a Wisteria Lodge a tiempo para obtener una coartada, que solo hubiese sido válida hasta la una. Como el número de mansiones cercanas a Oxshott debe de ser limitado, opté por el método de remitirme a los agentes inmobiliarios mencionados por Scott Eccles y conseguir una lista. Aquí las tenemos en este telegrama, y el otro cabo de nuestra enmarañada madeja debe encontrarse entre ellas.

Cerca de las seis de la tarde nos encontrábamos en el bonito pueblo de Surrey de Esher, con el inspector Baynes como acompañante.

Holmes y yo habíamos cogido lo necesario para la noche, y habíamos encontrado unas habitaciones acogedoras en el Bull. Finalmente, nos habíamos puesto en camino en compañía del detective para nuestra visita a Wisteria Lodge. Era una tarde fría y oscura de marzo, con un viento cortante y una lluvia fina que nos golpeaba en la cara, una ambientación adecuada para el ejido agreste por el que pasaba nuestra carretera y el trágico destino al que nos conducía.

2

El Tigre de San Pedro

Un frío y melancólico paseo de un par de millas nos llevó ante un portón grande de madera que llevaba a una sombría avenida de castaños. El camino de acceso, tétrico y lleno de curvas, nos condujo a una casa baja, oscura, negra como el carbón contra el cielo color pizarra. Desde la ventana

de la fachada que había encima de la puerta a la izquierda, se atisbaba el parpadeo de una luz tenue.

—Hay un agente en la propiedad —dijo Baynes—. Llamaré a la ventana.

Cruzó el césped y golpeó con la mano en el cristal. A través del cristal empañado vi borrosamente a un hombre poniéndose de pie de un salto de una silla junto al fuego, y oí un grito agudo de dentro de la habitación. Un momento después, un policía lívido, jadeante, había abierto la puerta, con la vela vacilante en su temblorosa mano.

—¿Qué sucede, Walters? —preguntó Baynes bruscamente.

El hombre se enjugó la frente con su pañuelo y dio un largo suspiro de alivio.

—Me alegro de que haya venido, señor. Ha sido una tarde muy larga, y creo que mis nervios no son ya los de antes.

—¿Sus nervios, Walters? Nunca hubiese pensado que tenía nervios.

—Bueno, señor, es esta casa apartada y silenciosa, además de la cosa rara de la cocina. Así que, cuando ha golpeado en la ventana, creí que había vuelto.

—¿Que había vuelto qué?

—El diablo, señor. Hasta donde yo alcanzo a saber estaba en la ventana.

—¿Qué estaba en la ventana y cuándo?

—Hace alrededor de dos horas. Acababa de oscurecer. Estaba sentado leyendo en la silla. No sé qué me hizo levantar la vista, pero encontré un rostro mirando hacia dentro a través del panel más bajo. Dios, señor, ¡qué cara tenía! Voy a tener pesadillas con ella.

—Calle, calle, Walters. Esa no es forma de hablar para un agente de policía.

—Lo sé, señor, pero me afectó, señor, y es inútil negarlo. No era negro, señor, ni blanco, ni de ningún color que conozca, más bien como una especie de sombra espeluznante de arcilla con una gota de leche. Y luego, el tamaño: era dos veces usted, señor. Y su aspecto… los enormes ojos fijos y desorbitados, y con una hilera de dientes blancos como de bestia hambrienta. Le digo, señor, que no podía ni mover un dedo, ni recobrar el

aliento, hasta que desapareció de repente. Corrí afuera y luego a través de los arbustos, pero gracias a Dios no había nadie allí.

—Si no supiera que es usted un buen policía, Walters, le pondría una sanción por esto. Como si fuera el mismo diablo, un agente de servicio nunca debería agradecer a Dios que no le haya echado el guante. Supongo que todo esto no es más que una visión y un ataque de nervios.

—Eso, por lo menos, es muy fácil de determinar —dijo Holmes, encendiendo su pequeña linterna de bolsillo—. Sí —informó, después de una breve inspección del césped—, un cuarenta y siete de pie, diría yo. Si su altura es proporcional a su pie, ciertamente debe haber sido un gigante.

—¿Qué ha sido de él?

—Parece que se ha abierto camino a través de los arbustos y se ha dirigido a la carretera.

—Bien —dijo el inspector con el rostro grave y pensativo—, quienquiera que haya sido, quisiera lo que quisiese, por el momento se ha ido, y tenemos cosas más inmediatas que atender. Ahora, señor Holmes, con su permiso, le mostraré la casa.

Las diversas habitaciones y salas de estar no revelaron nada tras un registro cuidadoso. Al parecer, los inquilinos habían llevado poco o nada con ellos, y todo el mobiliario, hasta en sus más mínimos detalles, había sido adquirido con la casa. Habían dejado atrás una gran cantidad de ropa con el sello de Marx & Co., de High Holborn. Ya se habían hecho pesquisas telegráficas que indicaban que Marx no sabía nada de su cliente excepto que era un buen pagador. Había baratijas, algunas pipas, unas pocas novelas, dos de ellas en español, un anticuado revólver de cartucho, y una guitarra entre sus efectos personales.

—Aquí no hay nada relevante —dijo Baynes, yendo impetuosamente, vela en mano, de habitación en habitación—. Pero, ahora, señor Holmes, le invito a que preste atención a la cocina.

Era una habitación sombría, de techo alto, en la parte trasera de la casa, con un catre de paja en una esquina, que, en apariencia, le servía de cama al cocinero. Sobre la mesa había amontonados platos a medio comer y bandejas sucias, los restos de la cena de la noche anterior.

—Mire esto —dijo Baynes—. ¿Qué le parece?

Sostuvo la vela en alto ante un objeto extraordinario que había al fondo del aparador. Estaba tan arrugado, encogido y atrofiado que era difícil decir qué podía ser. No se podía afirmar más que era negro y coriáceo y que tenía alguna semejanza con una figura humana de diminuto tamaño. Al principio, cuando la examiné, creí que era un bebé negro momificado, y luego me pareció un mono muy retorcido y viejo. Al final, me quedé con la duda de si era animal o humano. Tenía una doble hilera de conchas blancas atada a media altura.

—Muy interesante… ¡muy interesante, de hecho! —dijo Holmes mirando con atención esa siniestra reliquia—. ¿Algo más?

En silencio, Baynes nos guió por el camino al fregadero y lo iluminó con la vela. Los miembros y el cuerpo de algún pájaro grande y blanco, hecho pedazos salvajemente sin quitarle las plumas, estaban esparcidos por todas partes. Holmes señaló la papada de la cabeza cercenada.

—Un gallo blanco —dijo—. ¡Muy interesante! Es un caso muy curioso.

Pero el señor Baynes se había guardado su pieza más siniestra para el final. De debajo del fregadero sacó un cubo de cinc que contenía abundante sangre. Luego cogió de la mesa una bandeja con todo de trozos pequeños de huesos chamuscados amontonados.

—Han matado y quemado algo. Hemos rastrillado todo esto de la chimenea. Esta mañana teníamos a un médico con nosotros. Dice que no son humanos.

Holmes sonrió y se frotó las manos.

—Debo felicitarle, inspector, por encargarse de un caso tan peculiar e instructivo. Sus capacidades, sin ánimo de ofender, parecen superiores a sus oportunidades.

Se vio un destello de placer en los pequeños ojos del inspector Baynes.

—Está en lo cierto, señor Holmes. En provincias estamos estancados. Un caso de esta clase le da a un hombre una oportunidad, y espero aprovecharla. ¿Qué le parecen estos huesos?

—Yo diría que de cordero o de niño.

—¿Y el gallo blanco?

—Es curioso, señor Baynes, muy curioso. Casi diría que único.

—Sí, señor, ha debido haber gente muy extraña con muy extrañas costumbres en esta casa. Una de ellas ha muerto. ¿Lo siguieron sus compañeros y lo mataron? Si lo hicieron, los capturaremos, ya hemos alertado a todos los puertos. Sin embargo, creo que no es esa la solución. Sí, señor, opino de manera muy diferente.

—Entonces, ¿tiene una teoría?

—Y trabajaré en ella solo, señor Holmes. Lo hago únicamente por mi propio reconocimiento. Usted ya tiene un nombre, pero el mío todavía me lo tengo que ganar. Me alegraría poder decir después que lo resolví sin su ayuda.

Holmes se rió encantado.

—Bueno, bueno, inspector —dijo—. Siga su camino y yo seguiré el mío. Mis resultados estarán siempre completamente a su disposición si quiere hacer uso de ellos. Creo que he visto todo lo que deseaba de esta casa, y será mejor que emplee el tiempo de manera más provechosa en otra parte. ¡*Au revoir* y buena suerte!

Podría decir por numerosos y sutiles indicios, que quizá hubiesen pasado por alto a otro, que Holmes tenía ya una pista nueva. Aunque pareciese tan impasible como siempre para el observador ocasional, había una leve impaciencia y síntomas de tensión en sus ojos brillantes y sus modales bruscos que me aseguraban que la caza continuaba. Según su costumbre, no me dijo nada, y, según la mía, no le hice preguntas. Me bastaba con participar en la partida y prestar mi humilde ayuda en la captura sin distraer a ese cerebro absorto con interrupciones innecesarias. Todo me llegaría a su debido tiempo.

Estaba esperando algo, por tanto… pero, para mi profunda decepción, estaba esperando en vano. Se sucedieron los días, y parecía que mi amigo no avanzaba. Se pasó una mañana en la ciudad, y me enteré, por casualidad, que había estado visitando el British Museum. Salvo por esa excursión, se pasaba los días dando largos y, con frecuencia, solitarios paseos, o charlando con numerosos cotillas de pueblo cuyo trato había cultivado.

—Le aseguro, Watson, que una semana en el campo no tiene precio —comentó—. Es muy agradable ver los primeros brotes verdes en los setos y los amentos en los avellanos otra vez. Con una escarda, una caja de latón, y

un libro de botánica elemental, se presentan días muy instructivos por delante.

Él mismo rondaba por ahí con ese equipo, pero al final siempre volvía con una pobre muestra de plantas de esas tardes.

De vez en cuando, en nuestras caminatas, nos cruzábamos con el inspector Baynes. Su cara rellena y colorada se adornaba con una sonrisa y sus pequeños ojos brillaban cuando saludaba a mi compañero. Decía poco del caso, pero de ello deducíamos que él tampoco estaba descontento con el curso de los acontecimientos. Debo admitir, sin embargo, que me quedé algo sorprendido cuando, aproximadamente cinco días después del crimen, abrí mi periódico por la mañana para encontrarme en grandes titulares:

EL MISTERIO DE OXSHOTT
RESUELTO
ARRESTO DEL PRESUNTO ASESINO

Holmes dio un salto de su silla como si le hubiesen dado un aguijonazo cuando leí los titulares.

—¡Dios del cielo! —exclamó—. No querrá decir que Baynes lo ha atrapado, ¿verdad?

—Al parecer, sí —dije mientras leía la siguiente crónica:

> Se ha producido un gran entusiasmo en Esher y el distrito circundante al saberse, a altas horas de la pasada noche, que se había realizado un arresto en relación con el asesinato de Oxshott. Hace unos días el señor García, residente en Wisteria Lodge, fue hallado muerto en Oxshott Common. Su cuerpo mostraba huellas de extrema violencia, y esa misma noche, su sirviente y su cocinero huyeron, lo que pareció demostrar su participación en el crimen. Se sugirió, aunque nunca fue probado, que el difunto caballero podía haber tenido objetos de valor en la casa, y que su sustracción fue el motivo del crimen. El inspector Baynes, quien se encuentra a cargo del caso, efectuó todos los esfuerzos necesarios para descubrir el escondite de los fugitivos, y tenía una buena razón para creer que no habían ido lejos, sino que estaban al acecho en algún refugio preparado previamente. Desde el principio, sin embargo, estaba claro que con el tiempo serían hallados, puesto que el cocinero, según el testimonio de un par de comerciantes que le habían visto fugazmente por una ventana, era un hombre de un aspecto muy singular; un mulato feísimo y gigantesco, con rostro amarillento de marcadas facciones negroides. Ese hombre había sido visto después del crimen, por el agente Walters, que lo había identificado y perseguido esa misma tarde, cuando tuvo la temeridad de volver a visitar Wisteria Lodge. El inspector Baynes, considerando que tal visita debía tener algún propósito a la vista y que era probable, por tanto, que se repitiera, abandonó la casa, aunque preparó una emboscada en los matorrales. El sospechoso cayó en la trampa y fue capturado la pasada noche después de un forcejeo en el que el agente Downing fue salvajemente mordido por el sospechoso. Tenemos

entendido que, cuando el prisionero sea llevado ante los jueces, la policía solicitará que sea encarcelado de nuevo. Se esperan lograr grandes avances de su captura.

—Definitivamente debemos ir a ver a Baynes de inmediato —exclamó Holmes, cogiendo su sombrero—. Lo alcanzaremos justo antes de que salga.

Bajamos corriendo la calle del pueblo y descubrimos, tal como esperábamos, que el inspector acababa de dejar su alojamiento.

—¿Ha visto el periódico, señor Holmes? —preguntó tendiéndonos uno.

—Sí, Baynes, lo acabo de ver. Le ruego que no se lo tome como un atrevimiento por mi parte si le digo que se ande con ojo.

—¿Andarme con ojo, señor Holmes?

—He analizado el caso con cierta atención, y no estoy convencido de que vaya por buen camino. No quisiera que se comprometiera demasiado a menos que esté seguro.

—Es muy amable, señor Holmes.

—Le aseguro que lo digo por su bien.

Por un momento me pareció ver como un leve parpadeo en uno de los diminutos ojos del señor Baynes.

—Convenimos en trabajar cada uno por su lado, señor Holmes. Eso es lo que estoy haciendo.

—Ah, muy bien —dijo Holmes—. No me culpe.

—No, señor, creo que tiene buenas intenciones. Pero todos tenemos nuestros propios métodos, señor Holmes. Usted tiene los suyos, y quizá yo tenga el mío.

—No hablemos más sobre esto.

—Siempre compartiré mis avances gustoso. Este tipo es un completo salvaje, tan fuerte como un caballo de tiro y tan feroz como el diablo. Estuvo a punto de arrancarle el pulgar a Downing de un mordisco antes de que pudiera reducirlo. Apenas habla una palabra de inglés, y no podemos sacar nada en claro de él más que gruñidos.

—¿Y cree que eso es una prueba de que asesinó a su último señor?

—No he dicho eso, señor Holmes, no he dicho eso. Todos tenemos nuestras rarezas. Pruebe con las suyas, y yo lo haré con las mías. Ese es el acuerdo.

Holmes se encogió de hombros cuando nos alejamos juntos.

—No consigo entenderlo. Parece que va directo a la ruina. Bueno, como dijo, cada uno debemos probar con nuestro propio camino y ver adónde nos lleva. Pero hay algo en el inspector Baynes que no entiendo del todo.

Cuando estuvimos de vuelta en nuestra habitación del Bull, Sherlock Holmes me dijo:

—Siéntese en esa silla, Watson. Quiero que esté al corriente de la situación, ya que quizá necesite su ayuda esta noche. Permítame presentarle la evolución del caso hasta donde he podido comprender por el momento. Así como en sus aspectos principales ha sido sencillo, ha presentado dificultades sorprendentes en relación al arresto. Hay lagunas en ese aspecto que todavía tenemos que llenar.

»Retomemos la nota que le entregaron a García la tarde de su muerte y dejemos a un lado esa idea de Baynes de que los sirvientes de García estaban involucrados en el asunto. Su hipótesis no es factible puesto que fue el propio García quien había dispuesto la presencia de Scott Eccles, y solo podía haberlo hecho con el objetivo de procurarse una coartada. Fue García, por tanto, quien tenía un plan entre manos, un plan aparentemente criminal, la noche en que lo asesinaron. Digo “criminal” porque solo un hombre que planea un crimen se prepara una coartada. Entonces, ¿quién es más probable que le haya arrebatado la vida? Seguramente la persona contra la que iba dirigido el plan criminal. Hasta aquí me parece que pisamos terreno seguro.

»Ahora podemos ver una razón para la desaparición de los sirvientes de García. Eran todos cómplices del mismo crimen desconocido. Si tenía éxito, cuando García volviese, cualquier posible sospecha podía ser descartada mediante el testimonio del inglés, y ellos saldrían indemnes. Pero la tentativa era peligrosa, y, si García no regresaba a cierta hora, era probable que hubiese perdido su propia vida. Convinieron, por tanto, que en tal caso sus dos subordinados tenían que dirigirse a algún punto prefijado desde donde pudieran mantenerse a salvo de la investigación y encontrarse después en situación de renovar su intento. Eso explicaría por completo los hechos, ¿no es así?».

Toda aquella maraña inexplicable se desenredaba ante mí al tiempo que me preguntaba, como siempre, cómo no me había resultado obvio antes.

—Pero ¿por qué volvería uno de los sirvientes?

—Podemos suponer que, en la confusión de la huida, había dejado atrás algo de lo que no soportaba separarse. Eso explicaría su pertinacia, ¿no es así?

—De acuerdo, ¿y cuál es el siguiente paso?

—El siguiente paso es la nota recibida por García en la cena. Evidencia que había un cómplice al otro lado. Ahora bien, ¿dónde estaba el otro lado? Ya le he demostrado que solo podía tratarse de alguna mansión, y que el número de mansiones en esta zona es limitado. Mis primeros días en este pueblo estuvieron consagrados a una serie de paseos durante los cuales, en los intervalos entre mis investigaciones botánicas, realicé un reconocimiento de todas las mansiones e indagué acerca de la historia familiar de sus ocupantes. Una mansión, solo una, captó mi atención; la célebre casa solariega jacobina de High Gable, a una milla del extremo más alejado de Oxshott, y a menos de media milla del escenario de la tragedia. Las otras mansiones pertenecían a gente prosaica y respetable que guarda mucho las distancias con toda novelería. Pero el señor Henderson, de High Gable, era, según me dijeron, un hombre curioso a quien quizá le ocurriesen curiosas aventuras. Por lo tanto, centré mi atención en él y en sus sirvientes.

»Una pandilla peculiar, Watson… y el propio Henderson es el más peculiar de todos ellos. Me las apañé para verlo con un pretexto creíble, pero me pareció leer en sus ojos oscuros, hundidos, siniestros, que era perfectamente consciente del motivo de mi visita. Es un hombre de unos cincuenta años, fuerte, enérgico, con el cabello gris acero, grandes cejas negras pronunciadas, ágil como un gamo y aires de emperador… un hombre feroz, autoritario, con el alma al rojo vivo tras su rostro apergaminado. Es también extranjero o ha vivido mucho tiempo en los trópicos, porque está amarillo y decrépito, aunque es correoso como un látigo. Su amigo y secretario, el señor Lucas, lo es, sin lugar a dudas; es de color chocolate, taimado, cortés, y felino, con una forma de hablar de venenosa dulzura. Ya ve, Watson, nos hemos topado con dos pandillas de

extranjeros, una en Wisteria Lodge y otra en High Gable, así que nuestras lagunas se están empezando a solventar.

»Estos dos hombres, amigos íntimos y confidentes, son el centro de la casa, pero hay otra persona que para nuestro objetivo inmediato es posible que sea incluso más importante. Henderson tiene dos hijas… dos niñas de once y trece años. Su institutriz es una tal señorita Burnet, una inglesa de unos cuarenta años, más o menos. También hay un sirviente de confianza. Este pequeño grupo es como una auténtica familia, dado que viajan a todas partes juntos, y Henderson es un gran viajero, siempre de aquí para allá. Justamente, hace solo unas semanas que ha vuelto, tras un año de ausencia, a High Gable. Debo añadir que es enormemente rico, y que puede satisfacer fácilmente todos sus caprichos. Por lo demás, su casa está llena de mayordomos, lacayos, doncellas, y la plantilla sobrealimentada e infrautilizada habitual en las mansiones de campo inglesas.

»De mucho de esto me he enterado en parte por el cotilleo local y en parte por mi propia observación. No hay mejor instrumento que los sirvientes despedidos aún quejosos de sus amos, y tuve la suerte de dar con uno. Lo llamo suerte, pero no se me hubiese presentado la oportunidad si no la hubiera estado buscando. Como comenta Baynes, todos tenemos nuestros métodos. Fue mi método lo que me permitió dar con John Warner, el anterior jardinero de High Gable, echado en un ataque de mal genio por su arrogante jefe. Él, a su vez, tenía amigos entre los sirvientes de la casa, conectados todavía por su miedo y aversión hacia su señor. Así obtuve mi llave a los secretos de la mansión.

»¡Gente curiosa, Watson! No pretendo estar al tanto de todo, pero te aseguro gente muy curiosa. Es una casa con dos alas; los sirvientes viven en un lado, y la familia en otro. No hay relación entre ambos salvo por el propio sirviente de Henderson, que sirve las comidas de la familia. Todo es llevado a cierta puerta, que constituye la única vía de acceso. La institutriz y las niñas apenas salen, y como mucho van al jardín. Henderson nunca pasea solo en ninguna ocasión. Su secretario moreno es como su sombra. Corre el rumor entre los sirvientes de que su señor le tiene un miedo terrible a algo. Warner dice que le vendió su alma al diablo por dinero y aguarda a que su acreedor aparezca y reclame lo que es suyo. De dónde vienen, o quiénes

son, eso no lo sabe nadie. Son muy violentos. Henderson ha azotado ya dos veces a alguien con su látigo para perros, y solo su amplio bolsillo y una cuantiosa compensación lo han mantenido lejos de los tribunales.

»Dicho esto, Watson, consideremos la situación de nuevo. Podemos asumir que la carta provino de esta extraña casa y que tenía como finalidad incitar a García a llevar a cabo alguna acción que ya estuviera planeada. ¿Quién escribió la nota? Fue alguien dentro del reducto, y fue una mujer. ¿Quién, entonces, sino la señorita Burnet, la institutriz? Todo nuestro razonamiento parece apuntar en esa dirección. Al menos, podemos asumirlo como hipótesis y ver qué consecuencias implica. Puedo añadir que la edad y el carácter de la señorita Burnet descartan mi primera idea de que pudiera haber un interés amoroso en nuestra historia.

»Si fue ella quien escribió la nota, era, presumiblemente, amiga y cómplice de García. Entonces, ¿qué se podía esperar que hiciera ella si se enteraba de su muerte? Si lo descubrían en alguna acción reprobable, ella sería una tumba. Con todo, en su corazón guardaría rencor y odio a aquellos que lo habían matado y, presumiblemente, nos ayudaría, en la medida de sus posibilidades, a vengarse de ellos. ¿Tendríamos que entablar contacto con ella, por tanto, y tratar de utilizarla? Esa fue mi primera idea. Pero ahora llegamos a un hecho siniestro. No se había visto a la señorita Burnet desde la noche del asesinato. En la tarde de ese día se esfumó completamente. ¿Está viva? ¿Tal vez halló su fin la misma noche en que lo hizo el amigo al que había convocado? ¿O no es más que una prisionera? Ahí tenemos el elemento que todavía tenemos que dilucidar.

»Percibirá la dificultad de la situación, Watson. No hay nada que nos permita pedir una orden de arresto. Todo nuestro planteamiento parecería absurdo si lo presentáramos ante un juez. La desaparición de la mujer no nos vale para nada, puesto que en esa extraordinaria casa cualquier miembro podría parecer invisible durante una semana. Y, a pesar de todo, su vida podría estar en peligro en este mismo momento. Todo lo que puedo hacer es vigilar la casa y dejar a mi espía, Warner, de guardia ante la verja. No podemos permitir que continúe tal situación. Si la ley no puede hacer nada, tendremos que correr nosotros mismos el riesgo».

—¿Qué sugiere?

—Sé que está en su habitación. Se puede acceder a ella desde el tejado de un cobertizo. Lo que sugiero es que vayamos usted y yo esta noche y veamos si podemos irrumpir en el mismo corazón del misterio.

No era, debo confesar, una perspectiva muy seductora. La vieja casa con su atmósfera de asesinato, los habitantes peculiares y temibles, los peligros desconocidos que habría que enfrentar al entrar en ella, y el hecho de que nos pusiéramos en una situación comprometida legalmente, todo ello se unía para mitigar mi entusiasmo. Pero había algo en la fría lógica de Holmes que hacía imposible amilanarse ante cualquier aventura que recomendara. Uno sabía que así, y solo así, se podía encontrar una solución. Le estreché la mano en silencio, y la suerte estaba echada.

Sin embargo, nuestra investigación no estaba destinada a tener un final tan arriesgado. Eran cerca de las cinco y las sombras de la tarde de marzo empezaban a alargarse, cuando un pueblerino alterado entró corriendo en nuestra habitación.

—Se han ido, señor Holmes. Se han ido en el último tren. La dama se ha escapado, y la tengo abajo en un coche.

—¡Magnífico, Warner! —exclamó Holmes, poniéndose en pie de un salto—. Watson, las lagunas se van a solventar rápidamente.

En el coche había una mujer, casi sin conocimiento por agotamiento nervioso. En su rostro aquilino y demacrado se veían las huellas de alguna tragedia reciente. Su cabeza colgaba lánguidamente sobre su pecho, pero cuando la levantó y volvió su apagada mirada hacia nosotros, vi que sus pupilas eran motas negras en el centro de un gran iris gris. La habían drogado con opio.

—Estaba vigilando la verja, tal como me había aconsejado, señor Holmes —dijo nuestro emisario, el jardinero despedido—. Cuando el carruaje salió, lo seguí hacia la estación. Ella iba caminando como dormida, pero cuando trataron de meterla en el tren, volvió en sí y se resistió. La empujaron al carruaje y luchó por salir de nuevo. Entonces, intervine, la metí en un coche de alquiler, y aquí estamos. No me olvidaré de la cara que vi en la ventana del carruaje cuando me la llevé. Voy a tener una vida muy corta si se sale con la suya… ese iracundo diablo amarillo de ojos negros.

La llevamos arriba, la tumbamos en el sofá, y un par de tazas de café muy cargado despejaron pronto su cerebro de la neblina de la droga. Holmes había llamado a Baynes, y le había explicado rápidamente la situación.

—Vaya, señor, ha conseguido el mismo testigo que andaba buscando —dijo el inspector cordialmente mientras le estrechaba la mano a mi amigo—. Seguía la misma pista que usted desde el principio.

—¡Cómo! ¿Iba tras Henderson?

—Ya ve, señor Holmes, cuando se arrastraba por los arbustos de High Gable, yo estaba encima de uno de los árboles de la plantación y lo vi ahí abajo. Era justo que consiguiera a su testigo primero.

—Entonces ¿por qué arrestó al mulato?

Baynes se rió por lo bajo.

—Estaba seguro de que Henderson, como se llama a sí mismo, se suponía sospechoso, y que seguiría escondido y no haría ningún movimiento mientras pensase que estaba en peligro. Arresté al hombre que no era para hacerle creer que no teníamos los ojos puestos en él. Sabía que, a partir de ese momento, probablemente trataría de esfumarse y nos daría la oportunidad de coger a la señorita Burnet.

Holmes puso su mano sobre el hombro del inspector.

—Va a ascender a lo más alto de su profesión. Tiene instinto e intuición —le dijo.

Baynes se ruborizó encantado ante esas palabras.

—He tenido a un hombre de paisano esperando en la estación toda la semana. Adondequiera que los habitantes de High Gable vayan, los tendremos vigilados. Pero debió de serle difícil quedarse al margen cuando la señorita Burnet se escapó. Sin embargo, su hombre la rescató, y todo ha terminado bien. No podemos arrestarlos sin su testimonio, eso está claro, así que, cuanto antes le tomemos declaración, mejor.

—Se va poniendo mejor por minutos —dijo Holmes, mirando a la institutriz—. Pero, dígame, Baynes, ¿quién es este tal Henderson?

—Henderson —respondió el inspector— es don Murillo, antes llamado el Tigre de San Pedro.

¡El Tigre de San Pedro! Toda la historia de ese hombre me vino a la memoria de golpe. Se había ganado la reputación de ser el tirano más indecente y sanguinario que hubiese gobernado país alguno con pretensiones de ser civilizado. Su fuerza, intrepidez y métodos drásticos, le permitieron imponer sus detestables vicios a una gente acobardada durante diez o doce años. Su nombre era el terror de toda América Central. Finalmente, hubo un levantamiento general contra él. Pero era tan astuto como cruel, y, ante el primer rumor de los problemas que se avecinaban, transportó en secreto sus tesoros a bordo de un barco que estaba tripulado por partidarios fieles. Al día siguiente los insurgentes se encontraron con que habían asaltado un palacio vacío. El dictador, sus dos hijas, su secretario, y su fortuna habían escapado de ellos. Desde ese momento, se había evaporado del mundo, y su identidad había sido objeto de frecuentes comentarios en la prensa europea.

—Sí, señor, don Murillo, el Tigre de San Pedro —dijo Baynes—. Si lo busca, verá que los colores de San Pedro son el verde y el blanco, los mismos de la nota, señor Holmes. Se llamó a sí mismo Henderson, y desandando su rastro descubrí que había estado en París, Roma, Madrid y en un primer momento en Barcelona, adonde llegó su barco en el 86. Mientras tanto habían estado buscándole todo el tiempo para vengarse, pero hasta hace poco no habían logrado averiguar dónde estaba.

—Fue hace un año —dijo la señorita Burnet, que se había enderezado en su asiento y estaba ya siguiendo atentamente la conversación—. Ya habían atentado contra su vida una vez, pero algún espíritu malvado lo había protegido. Y ahora, de nuevo, es un hombre noble y caballeroso como García quien ha caído, mientras el monstruo se va ileso. Pero vendrá otro, y otro más, hasta que un día se haga justicia, eso es tan cierto como que mañana saldrá el sol.

Apretaba sus finos puños, y su rostro consumido empalidecía con la pasión de su odio.

—Pero ¿qué tiene que ver usted con esto, señorita Burnet? —preguntó Holmes—. ¿Cómo es posible que una dama inglesa participe en un asunto tan sangriento?

—Participo porque no hay otra manera en el mundo de obtener justicia. ¿Qué hace la policía de Inglaterra por los ríos de sangre derramados hace años en San Pedro, o por el tesoro que robó ese hombre? Para ustedes son crímenes cometidos en otro planeta. Pero algunos lo tenemos presente. Hemos aprendido la verdad con pesar y sufrimiento. Para nosotros no hay un demonio en el infierno como Juan Murillo, ni paz en nuestras vidas mientras sus víctimas clamen venganza.

—Sin duda —dijo Holmes—, ese hombre es como usted dice. He oído que era abominable. Pero ¿en qué le afecta a usted?

—Se lo contaré todo. La política de este malvado fue asesinar, con uno u otro pretexto, a cada hombre que se mostrase tan prometedor como para llegar a ser con el tiempo un peligroso rival. Mi marido, Victor Durando, era el embajador de San Pedro en Londres. Nos conocimos y nos casamos aquí. Hombre más noble no ha vivido en este mundo. Desgraciadamente, Murillo se enteró de su excelencia, le ordenó regresar con alguna excusa, y le pegó un tiro. Por una corazonada acerca de su destino, se había negado a llevarme con él. Se confiscó su patrimonio, y me dejaron en la miseria y con el corazón roto.

»Entonces, sobrevino la caída del tirano. Se escapó como acaba de describir usted. Pero todos aquellos cuyas vidas arruinó, cuyas personas más cercanas y queridas sufrieron la tortura y la muerte en sus manos, no iban a dejar que el asunto quedase así. Se unieron en una sociedad que no se disolverá hasta que el trabajo esté hecho. Después de que descubriéramos que el transformado Henderson era el déspota caído, mi parte era entrar a su servicio y mantener informados a los otros de sus movimientos. Eso logré hacerlo obteniendo el puesto de institutriz en su familia. No se imaginaba que la mujer que se sentaba enfrente de él en cada comida era la mujer a cuyo marido había adelantado su hora. Le sonreía, cumplía mi deber con sus niñas, y aguardaba mi momento. Se llevó a cabo un atentado en París y fracasó. Viajamos rápidamente de acá para allá por Europa para desembarazarnos de sus perseguidores y por fin regresó a su casa, que había alquilado en su primera llegada a Inglaterra.

»Pero también aquí le estaban esperando los ministros de la justicia. Al saber que regresaría aquí, García, que es el hijo del anterior máximo

dignatario de San Pedro, le estaba esperando con dos compañeros leales de origen humilde, los tres movidos por la venganza. Poco podía hacer durante el día, puesto que Murillo adoptaba todas las precauciones posibles y nunca salía sin su sombra, Lucas, o López, como era conocido en sus días de grandeza. Por la noche, sin embargo, dormía solo, y el vengador podría alcanzarlo. Cierta noche, que había sido acordada de antemano, envié mis instrucciones finales a mi amigo, porque el objetivo siempre estaba en alerta y cambiaba continuamente de habitación. Yo tenía que asegurarme de que las puertas estuvieran abiertas, y disponer una luz verde o blanca en una ventana que daba al camino de acceso para avisar si todo era seguro o si era mejor posponer el atentado.

»Pero todo nos salió mal. De alguna manera, había levantado las sospechas de López, el secretario. Se me acercó sigilosamente por la espalda y se abalanzó sobre mí justo cuando acababa de terminar la nota. Él y su jefe me arrastraron a mi habitación y me encerraron en ella como a una traidora convicta. Me hubiesen clavado sus cuchillos allí mismo, en ese momento, si hubiesen sabido cómo librarse de las consecuencias de ello. Por fin, después de mucho debatir, llegaron a la conclusión de que asesinarme era demasiado peligroso. Sin embargo, sí decidieron deshacerse de García. Me amordazaron, y Murillo me retorció el brazo hasta que le di la dirección. Juro que hubiese podido arrancármelo si hubiese deducido qué le supondría a García. López envió la nota que había escrito, la selló con su gemelo, y la despachó por medio del sirviente, José. Cómo lo asesinaron, no lo sé, lo que sí sé es que murió a manos del propio Murillo, porque López se quedó para vigilarme. Creo que debió de esperarlo entre los arbustos de aulaga a través de los cuales pasa el sendero y lo mató cuando pasaba. Al principio, eran de la opinión de dejarlo entrar en la casa y asesinarlo como a un ladrón in fraganti; pero se convencieron de que si se veían mezclados en una investigación, su propia identidad sería revelada al público enseguida y estarían expuestos a más ataques. Con la muerte de García, la persecución quizá cesara, puesto que una muerte así disuadiría a otros por miedo.

»Ahora bien, todo les hubiera salido bien si no hubiese sido porque yo conocía lo que habían hecho. No me cabe duda de que hubo momentos en

que mi vida pendió de un hilo. Estaba confinada en mi habitación, aterrorizada por las más terribles amenazas, cruelmente maltratada para quebrantar mi espíritu, vean esta cuchillada en mi hombro y los moratones de una punta a otra de los brazos, en una ocasión me metieron una mordaza en la boca para evitar que gritase por la ventana. Este encarcelamiento cruel prosiguió durante cinco días, con apenas el suficiente alimento como para seguir con vida. Esta tarde me llevaron una buena comida, pero, al poco de terminar, supe que me habían drogado. Como en una especie de sueño, recuerdo haber sido medio guiada, medio arrastrada al carruaje; en el mismo estado, me transportaron al tren. Solo entonces, cuando las ruedas estaban casi en movimiento, me di cuenta de repente de que mi libertad estaba en mis propias manos. Salté afuera, trataron de llevarme de vuelta a rastras, y si no hubiese sido por la ayuda de este buen hombre, que me llevó hasta el coche, nunca me hubiera escapado. Ahora, gracias a Dios, estoy fuera de su alcance para siempre».

Todos habíamos escuchado atentamente esta peculiar declaración. Fue Holmes quien rompió el silencio.

—Nuestras dificultades no han acabado —comentó, negando con la cabeza—. Nuestra tarea policial concluye, pero comienza nuestra tarea legal.

—Exacto —dije—. Un abogado convincente podría tratar de presentarlo como un acto de legítima defensa. Quizá haya cien crímenes como antecedente, pero solo este es el que puede ser juzgado.

—Vamos, vamos —dijo Baynes jovialmente—, tengan una opinión de la ley más positiva. La legítima defensa es una cosa. Atraer a un hombre a sangre fría con el fin de asesinarlo es otra, sea cual sea el peligro que pueda temer de él. No, no, todos nos veremos reivindicados cuando veamos a los inquilinos de High Gable en el próximo curso judicial de Guildford.

Forma ya parte de la historia que hubo de transcurrir todavía un tiempo antes de que el Tigre de San Pedro recibiera su merecido. Taimados y audaces, él y su compañero despistaron a su perseguidor entrando en un albergue de Edmonton Street y saliendo por la puerta de atrás a Curzon

Square. Desde ese día, no volvieron a ser vistos en Inglaterra. Cerca de seis meses después, el marqués de Montalva y el signor Rulli, su secretario, fueron asesinados en sus habitaciones del hotel Escorial de Madrid. Se atribuyó el crimen a un atentado nihilista, y no se arrestó nunca a los asesinos. El inspector Baynes nos hizo una visita en Baker Street con una descripción impresa del oscuro rostro del secretario, y de las facciones autoritarias, los ojos negros y magnéticos, y las cejas encrespadas de su señor. No dudábamos de que, aunque tarde, se había hecho justicia por fin.

—Un caso caótico, mi querido Watson —dijo Holmes mientras fumábamos una pipa vespertina—. No le será posible presentarlo de esa manera compacta que tanto le gusta. Abarca dos continentes, afecta a dos grupos de personas misteriosas, y se complica aún más por la sumamente respetable presencia de nuestro amigo, Scott Eccles, cuya inclusión en el asunto me indica que el difunto García tenía una mente intrigante y un instinto muy desarrollado de autoconservación. Resulta notable que solo por el hecho de que, de entre una auténtica maraña de posibilidades, nosotros, con nuestro meritorio colaborador, el inspector, nos hayamos aferrado a las esenciales y así hayamos sido guidados por el tortuoso y sinuoso camino. ¿Hay algún aspecto que no le haya quedado muy claro?

—¿La finalidad del regreso del cocinero mulato?

—Creo que la extraña criatura de la cocina puede explicarla. El hombre era un salvaje primitivo de lo más recóndito de San Pedro, y eso era su fetiche. Cuando su compañero y él se disponían a huir a algún refugio prefijado, ya ocupado, sin duda, por un aliado, el compañero lo convenció de que dejara un accesorio tan comprometedor. Pero el corazón del mulato estaba con él, y lo llevó allí al día siguiente, cuando, al hacer un reconocimiento por la ventana, se encontró con Walters, el policía, en la propiedad. Esperó tres días más, y, entonces, su piedad, o su superstición, lo condujo a intentarlo de nuevo. El inspector Baynes, que, con su astucia de costumbre, había desdeñado el incidente ante mí, en realidad había reconocido su importancia y le tendió la trampa en la que cayó el pobre hombre. ¿Algún detalle más, Watson?

—¿El pájaro desgarrado, el cubo de sangre, los huesos chamuscados, todo el misterio de esa cocina espeluznante?

Holmes se sonrió mientras consultaba una entrada de su libreta.

—Me pasé una mañana en el British Museum estudiando ese y otros elementos. Aquí está la cita de *Vuduismo y las religiones negroides* de Eckermann:

> El verdadero devoto del vudú no acomete nada de importancia sin ciertos sacrificios que se llevan a cabo para obtener el favor de sus dioses impuros. En casos extremos, estos ritos adoptan la forma de sacrificios humanos seguidos de canibalismo. Las víctimas más habituales son un gallo blanco, al que despedazan vivo, o una cabra negra, a la que degüellan y queman.

»Así que ya ve que su salvaje amigo era muy ortodoxo en sus rituales. Es grotesco, Watson —añadió Holmes, mientras cerraba lentamente su libreta—, pero, como he tenido ocasión de comentar, no hay más que un paso de lo grotesco a lo terrible».

LA AVENTURA DE LA CAJA DE CARTÓN

Al escoger unos cuantos casos representativos que ilustren las excepcionales cualidades intelectuales de mi amigo, Sherlock Holmes, he tratado, hasta donde me ha sido posible, de seleccionar aquellos que sean lo menos sensacionalistas posible, a la que vez que ofrecen una muestra clara de sus aptitudes. Por desgracia, es imposible separar del todo lo sensacionalista de lo criminal, y un cronista se encuentra ante el dilema de sacrificar detalles que son esenciales para su exposición, y dar así una impresión falsa del problema, o utilizar asuntos que la suerte, y no la elección, le proporciona. Tras este breve prefacio, expondré mis notas de lo que resultó ser una secuencia de acontecimientos extraña y especialmente terrible.

Era un cegador y caluroso día de agosto. Baker Street parecía un horno, y el fulgor de la luz solar en el enladrillado amarillo de la casa de enfrente hacía daño a los ojos. Costaba creer que esas fueran las mismas paredes que descollaban de forma tan sombría a través de las nieblas del invierno. Teníamos las persianas medio bajadas, y Holmes estaba ovillado en el sofá, leyendo y releyendo una carta que había recibido con el correo de la mañana. En cuanto a mí, mi período de servicio en India me había adiestrado para resistir el calor mejor que el frío, y un termómetro a treinta y dos grados no era una adversidad.

El periódico matutino no tenía interés; el Parlamento estaba de vacaciones, todo el mundo se había marchado de la ciudad, y yo soñaba con los árboles de New Forest o la playa de guijarros de Southsea. Una cuenta bancaria agotada había hecho que aplazase mis vacaciones, y, en cuanto a mi compañero, nada en el campo ni en el mar presentaba el más leve atractivo para él. Le encantaba estar justo en el centro de cinco millones de personas, tendiendo sus filamentos por ellos, receptivo a cada pequeño

rumor o sospecha de crimen sin resolver. El gusto por la naturaleza no se encontraba entre sus muchas cualidades, y solo cambiaba de paisaje cuando apartaba su mente del malhechor de la ciudad para rastrear a su mellizo del campo.

Tras comprobar que Holmes estaba demasiado absorto como para conversar, tiré a un lado el árido periódico, y, recostándome en mi asiento, me quedé en Babia. De repente, la voz de mi compañero irrumpió en mis pensamientos:

—Tiene razón, Watson —dijo—. Es cierto que parece una forma muy absurda de resolver un conflicto.

—¡Muy ridícula! —exclamé, y, entonces, súbitamente, al advertir que se había hecho eco del pensamiento más profundo de mi mente, me enderecé en mi asiento y lo miré con profundo asombro.

—¿Qué es esto, Holmes? —exclamé—. Esto va más allá de lo que hubiese podido imaginar.

Él se rió de buena gana ante mi confusión.

—Recuerda —dijo— que hace poco tiempo, cuando le leí el pasaje de uno de los apuntes de Poe en el que un razonador estricto sigue los pensamientos tácitos de su compañero, se inclinaba a tratar el asunto como un mero *tour de force* del autor. Al comentarle que tengo por costumbre hacer constantemente lo mismo, expresó su incredulidad.

—¡No, hombre, no!

—Quizá no con su boca, mi querido Watson, pero desde luego sí con sus cejas. Así que, cuando vi que arrojaba al suelo su periódico y empezaba un hilo de pensamientos, me alegré mucho de tener la oportunidad de leer sus gestos, e interrumpirlo al final, como prueba de que me había compenetrado con usted.

Pero yo seguía lejos de estar conforme.

—En el ejemplo que me leyó —le dije—, el razonador sacaba sus conclusiones de las acciones del hombre al que observaba. Si recuerdo bien, daba un traspié en un montón de piedras, miraba hacia las estrellas, etcétera. Pero yo he estado sentado tranquilamente en mi asiento, ¿qué pistas puedo haberle dado?

—Es injusto consigo mismo. Las facciones le son dadas al hombre como medio para expresar sus emociones, las suyas le sirven lealmente.

—¿Quiere decir que ha seguido el hilo de mis pensamientos mediante mis facciones?

—Mediante sus facciones y, en particular, sus ojos. ¿Recuerda cómo comenzó su ensoñación?

—No, no puedo.

—Se lo explicaré. Después de arrojar al suelo su periódico, que fue la acción que atrajo mi atención, estuvo sentado durante medio minuto con aspecto ausente. Entonces, sus ojos se quedaron fijos en el retrato, recientemente enmarcado, del general Gordon, y vi por la alteración de su rostro que había comenzado un hilo de pensamientos. Pero no le llevó muy lejos. Sus ojos se dirigieron de repente al otro lado, hacia el retrato sin enmarcar de Henry Ward Beecher, que se encuentra encima de sus libros. Después, fijó su atención en un punto un poco más elevado y, por supuesto, lo que significaba era obvio. Estaba pensando que, si se enmarcara la imagen, cubriría justo ese espacio vacío y que armonizaría con el retrato de Gordon de allí.

—¡Me ha seguido de maravilla! —exclamé.

—De momento, no podía andar desencaminado. Pero ahora sus pensamientos regresaron a Beecher, y lo miró detenidamente como si estuviera estudiando su carácter en sus facciones. Entonces, sus ojos dejaron de pestañear, pero usted siguió mirando al otro lado de la habitación, y tenía el rostro pensativo. Estaba recordando los episodios de la carrera de Beecher. Yo era consciente de que terminaría pensando en la misión que emprendió en nombre del Norte en tiempos de la guerra civil, porque recuerdo cómo expresó su irrefrenable indignación por la manera en que fue recibido por nuestra gente más alborotada. Lo sentía con tanta vehemencia que sabía que no podía pensar en Beecher sin pensar en eso también. Cuando, un momento después, vi que sus ojos se apartaban del retrato, sospeché que su mente se encaminaba ahora hacia la guerra civil, y, cuando vi que sus labios se apretaban, sus ojos centelleaban, y sus manos se crispaban, estuve seguro de que estaba pensando en la caballerosidad que habían mostrado ambos bandos en esa contienda heroica. Pero, entonces,

una vez más, su rostro se puso más triste, y negó con la cabeza. Se estaba mortificando por la tristeza y el horror y la inutilidad de la pérdida de vidas. Su mano se acercó sigilosamente a su antigua herida y se insinuó una sonrisa en sus labios que me indicó que este método ridículo de resolver los asuntos internacionales se le había impuesto en su mente. En este punto estuve de acuerdo con usted en que era absurdo y me alegré de descubrir que todas mis deducciones habían sido correctas.

—¡Absolutamente! —exclamé—. Y ahora que me lo ha explicado, confieso que estoy tan sorprendido como antes.

—Era muy superficial, mi querido Watson, se lo aseguro. No me hubiera inmiscuido en su mente si no hubiese mostrado cierta incredulidad el otro día. Pero tengo en mis manos un pequeño problema que puede resultar ser más difícil de solucionar que mi pequeño intento de leer el pensamiento. ¿Ha visto en el periódico un breve párrafo que se refería al singular contenido de un paquete enviado por correo a la señorita Cushing, de Cross Street, Croydon?

—No, no lo he visto.

—¡Ah! Se le ha debido escapar. Tíremelo. Aquí está, debajo de la sección de economía. Tenga la amabilidad de leerlo en alto.

Recogí el periódico que me había lanzado y leí el párrafo indicado. Llevaba por título «Un paquete macabro».

> La señorita Susan Cushing, residente en Cross Street, Croydon, ha sido víctima de lo que debe ser considerado como una broma especialmente repulsiva, a menos que resulte haber algún significado más siniestro para el incidente. Ayer por la tarde, a las dos en punto, el cartero le entregó en mano un paquete pequeño, envuelto en papel marrón. Dentro había una caja de cartón que estaba llena de sal gruesa. Al vaciarla, la señorita Cushing quedó horrorizada al descubrir en ella dos orejas humanas, que, en apariencia, habían sido amputadas recientemente. La caja había sido enviada por paquete postal desde Belfast la mañana anterior, sin ninguna indicación acerca del remitente. El asunto es más misterioso por cuanto la señorita Cushing, que es una dama soltera de unos cincuenta años, ha llevado una vida muy retirada, y tiene tan pocos conocidos o corresponsales que le parece extraño recibir algo a través del correo. Hace algunos años, sin embargo, cuando residía en Penge, les alquiló unas habitaciones de su casa a tres jóvenes estudiantes de medicina, a quienes se vio obligada a echar a causa de sus costumbres ruidosas e intempestivas. La policía cree que esa atrocidad puede haber sido perpetrada por esos jóvenes, quienes estarían resentidos con ella y esperaban aterrorizarla enviándole esas reliquias de las salas de disección. Se le concede alguna probabilidad a la teoría dado que uno de esos estudiantes procedía del norte de Irlanda y, según creía la señorita Cushing, de Belfast. Entretanto, se está investigando el caso activamente, pues el señor Lestrade, uno de los más inteligentes detectives de nuestra policía, se está encargando del caso.

—Eso en cuanto al *Daily Chronicle* —dijo Holmes mientras terminaba de leer—. Ahora vamos con nuestro amigo Lestrade. He recibido una nota suya esta mañana en la que dice:

> Creo que este caso entra dentro de su campo. Estamos seguros de que vamos a aclararlo, pero hemos encontrado dificultades para obtener una base sobre la que trabajar. Por supuesto, ya hemos mandado un telegrama a la oficina de correos de Belfast, pero se entregaron un extenso número de paquetes ese día, y no tienen medios para identificar ese en particular ni para recuperar al remitente. La caja es de media pulgada de tabaco aromático y no nos ayuda de ninguna manera. La teoría del estudiante de medicina me sigue pareciendo la más factible, aunque, si dispusiera de algunas horas, me alegraría verle por aquí. Estaré todo el día en la casa o en la comisaría.

—¿Qué me dice, Watson? ¿Puede superar el calor y venir a Croydon conmigo por si se da la improbable posibilidad de conseguir un caso para sus anales?

—Estaba deseando tener algo que hacer.

—Lo tendrá entonces. Pida nuestras botas y diga que nos consigan un coche. Volveré en un momento, cuando me haya quitado la bata y llenado mi cigarrera.

Cayó un chaparrón cuando estábamos en el tren, y el calor era mucho menos agobiante en Croydon que en la ciudad. Holmes le había remitido un telegrama a Lestrade, así que este, tan larguirucho, tan elegante y con tanto aire a hurón como siempre, estaba esperándonos en la estación. Un paseo de cinco minutos nos llevó hasta Cross Street, donde residía la señorita Cushing.

Era una calle muy larga con casas de ladrillo de dos plantas, limpia y remilgada, con escalones de piedra blanqueada y grupitos de mujeres con delantal chismorreando en las puertas. Hacia la mitad de la calle, Lestrade se detuvo y llamó a una puerta, que abrió una pequeña criada. La señorita Cushing estaba sentada en la sala de estar, adonde nos hicieron pasar. Era una mujer de rostro sereno, con ojos grandes y dulces, y cabello entrecano que se le abombaba hacia abajo a la altura de las sienes. Tenía sobre el regazo un trabajado antimacasar y había una cesta de sedas de colores encima de un taburete junto a ella.

—Esas cosas horripilantes están en el cobertizo —dijo al entrar Lestrade—. Me gustaría que se las llevara de aquí cuanto antes mejor.

—Así lo haré, señorita Cushing. Solo las mantenía aquí hasta que mi amigo, el señor Sherlock Holmes, las hubiese visto en su presencia.

—¿Por qué en mi presencia, señor?

—Por si deseaba hacerle alguna pregunta.

—¿Qué utilidad tiene hacerme preguntas cuando le digo que no sé nada en absoluto de esto?

—En efecto, señora —dijo Holmes tranquilizándola—, no me cabe duda de que ya la han molestado más que de sobra con este asunto.

—Ya lo creo que sí, señor. Soy una mujer tranquila y vivo una vida retirada. Para mí es algo nuevo ver mi nombre en los periódicos y encontrarme a la policía en mi casa. No quiero tener esas cosas aquí, señor Lestrade. Si desea verlas, tendrá que ir al cobertizo.

Era una cabaña pequeña en el estrecho jardín que estaba detrás de la casa. Lestrade entró y sacó una caja de cartón amarilla, con un trozo de papel marrón y algo de cuerda. Había un banco al final del camino y nos sentamos todos mientras Holmes examinó, uno por uno, los artículos que Lestrade le había tendido.

—La cuerda es extremadamente interesante —comentó alzándola hacia la luz y olfateándola—. ¿Qué le parece esta cuerda, Lestrade?

—Ha sido embreada.

—Justamente. Es un trozo de bramante embreado. Usted, sin duda, se ha dado cuenta también de que la señorita Cushing ha cortado la cuerda con unas tijeras, como se puede ver por los extremos deshilachados. Tiene su importancia.

—No logro ver qué importancia tiene —dijo Lestrade.

—La importancia reside en el hecho de que se ha dejado intacto el nudo, un nudo de una naturaleza singular.

—Está anudada con mucho esmero. Ya había tomado nota de ese aspecto —dijo Lestrade muy ufano.

—Eso en cuanto a la cuerda, pues —dijo Holmes sonriendo—, ahora vamos al envoltorio de la caja. Papel marrón, con un olor inconfundible a café. ¿No lo había notado? Creo que es evidente. La dirección está escrita en caracteres bastante desmañados: «Señorita S. Cushing, Cross Street, Croydon». Con una pluma de punta ancha, probablemente una J, y con tinta

de muy mala calidad. La palabra «Croydon» al principio ha sido escrita con una «i», que ha sido cambiada por una «y». Con todo podemos deducir que el paquete lo mandó un hombre, la escritura es inequívocamente masculina, de escasa educación y poco familiarizado con la ciudad de Croydon. ¡Por ahora todo bien! La caja es amarilla, de tabaco aromático, de media libra, sin nada distintivo excepto dos huellas dactilares en la esquina inferior izquierda. Está llena de sal gruesa del tipo utilizado para conservar cueros y otros propósitos comerciales menos refinados. E incrustada en ella se encuentran estos adjuntos tan particulares.

Sacó las dos orejas mientras hablaba, y, colocando una tabla sobre sus rodillas, las examinó minuciosamente, mientras Lestrade y yo, inclinados hacia delante cada uno a un lado, mirábamos a ratos esos vestigios espeluznantes y a ratos al rostro pensativo y entusiasmado de nuestro compañero. Al final los devolvió a la caja de nuevo y se sentó durante un rato meditando profundamente.

—Por supuesto, ha advertido —dijo por fin— que las orejas no forman un par.

—Sí, me había dado cuenta. Pero, si esto fuese la broma de ciertos estudiantes desde la sala de disecciones, les resultaría sencillo enviar dos orejas desparejadas como un par.

—Exacto. Pero esto no es una broma.

—¿Está seguro?

—Esa conjetura está contundentemente en contra de las pruebas. A los cuerpos, en las salas de disección, les inyectan un fluido conservante. Estas orejas no revisten señales de ello. Están frescas, además. Acaban de ser cortadas con un instrumento desafilado, lo que difícilmente sucedería si lo hubiese hecho un estudiante. Por otra parte, el carbólico o el alcohol reforzado serían los conservantes que le vendrían a la mente a un médico, pero no la sal gruesa. Le reitero que aquí no hay broma que valga, estamos investigando un crimen y grave.

Un vago escalofrío me recorrió el cuerpo mientras escuchaba las palabras de mi compañero y veía la adusta gravedad que endurecía sus facciones. Este descarnado preámbulo parecía ser la antesala de algún

horror extraño e inexplicable en la sombra. Sin embargo, Lestrade movió la cabeza como alguien que solo está convencido a medias.

—Hay inconvenientes en la teoría de la burla, sin duda —dijo—, pero más motivos contundentes hay contra la otra. Sabemos que esta mujer ha llevado una vida muy tranquila y respetable en Penge, y ahora aquí, durante los últimos veinte años. Apenas ha salido de su casa un día entero durante ese período. ¿Por qué demonios, entonces, le enviaría criminal alguno las pruebas de su delito, especialmente cuando parece, a menos que sea una actriz sumamente consumada, entender tan poquísimo del asunto como nosotros?

—Ese es el problema que tenemos que resolver —respondió Holmes—, y por mi parte, lo abordaré bajo el supuesto de que mi razonamiento es correcto, y que se ha cometido un doble asesinato. Una de estas orejas es de una mujer, pequeña, de formas delicadas, y con agujero para pendiente. La otra es de un hombre, bronceada, descolorada, y también con agujero para pendiente. Estas dos personas están, presuntamente, muertas, o hubiésemos sabido de ellos antes. Hoy es viernes. El paquete fue mandado por correo el jueves por la mañana. Por tanto, la tragedia ocurrió el miércoles o el jueves, o antes. Si ambas personas fueron asesinadas, ¿quién, sino su asesino, hubiese enviado este símbolo de su tarea a la señorita Cushing? Podemos asumir que el remitente del paquete es el hombre que buscamos. Debe haber algún motivo poderoso para enviarle a la señorita Cushing este paquete. Por tanto, ¿qué motivo? ¡Debe de haber sido indicarle que se había cometido el crimen! O para hacerle daño tal vez. Pero en ese caso sabe quién es. ¿Lo sabe? Lo dudo. Si lo supiera, ¿por qué llamar a la policía? Podía haber enterrado las orejas, y nadie se hubiese dado cuenta. Eso es lo que hubiese hecho si hubiese querido proteger al criminal. Pero, si no deseara proteger al criminal, daría su nombre. Aquí tenemos un enredo que tenemos que desembrollar.

Había estado hablando en voz alta y rápidamente, con la mirada perdida hacia la valla del jardín, y entonces, de repente se puso en pie de un salto y se encaminó hacia la casa.

—Tengo algunas preguntas que hacerle a la señorita Cushing —dijo.

—En tal caso, los dejaré aquí —dijo Lestrade—, porque tengo otro asuntillo entre manos. Creo que no tengo nada más que sacarle a la señorita Cushing. Me encontrarán en la comisaría.

—Nos asomaremos de camino al tren —respondió Holmes.

Poco después estábamos de vuelta en la sala de estar, donde la impasible dama seguía trabajando duro en su antimacasar. Se lo puso en el regazo cuando entrábamos y nos miró con sus francos y penetrantes ojos azules.

—Estoy convencida, señor —dijo—, de que ha habido una equivocación en este asunto, y de que el paquete no estaba destinado a mí en absoluto. Se lo he dicho varias veces al caballero de Scotland Yard, pero él simplemente se ha reído de mí en mi cara. No tengo ningún enemigo en este mundo, hasta donde yo sé, así que ¿por qué iba nadie a burlarse de mí así?

—Estoy empezando a pensar lo mismo, señorita Cushing —dijo Holmes, tomando asiento a su lado—. Creo que es más que probable…

Se quedó callado, y yo sorprendido, intentando ver lo que estaba mirando con singular atención en el perfil de la dama. Por un momento se pudo leer en su rostro entusiasmado tanto sorpresa como satisfacción aunque, cuando ella echó un vistazo alrededor buscando la causa de su silencio, él había vuelto a su reserva de siempre. Me quedé observando atentamente su pelo entrecano sin gracia, su elegante cofia, sus pendientes dorados, sus facciones serenas, pero no logré ver nada que pudiera justificar la obvia emoción de mi compañero.

—Hay una o dos preguntas que…

—Ay, ¡estoy harta de preguntas! —exclamó la señorita Cushing con impaciencia.

—Tiene dos hermanas, creo.

—¿Cómo ha podido enterarse de eso?

—Observé en el mismo momento en que entré en este cuarto que tenía un retrato de grupo de tres damas encima de la repisa de la chimenea, una de las cuales es sin lugar a dudas usted, mientras que las otras se parecen tan sumamente a usted que no cabía duda alguna del parentesco.

—Sí, está totalmente en lo cierto. Esas son mis hermanas, Sarah y Mary.

—Y aquí al alcance de mi mano hay otra fotografía, hecha en Liverpool, de su hermana pequeña, en compañía de un hombre que parece ser un sobrecargo de uniforme. Observo que no estaba casada por entonces.

—Es usted muy bueno observando.

—Ese es mi oficio.

—Pues bien, está totalmente en lo cierto. Aunque se casó con el señor Browner pocos días después. Él estaba en la ruta de Sudamérica cuando se la hicieron, pero le tenía tanto cariño que no podía soportar dejarla durante tanto tiempo, y entró en los barcos de Liverpool y Londres.

—Ah, ¿en el *Conqueror* tal vez?

—No, en el *May Day*, o así era la última vez que supe de él. Jim vino a verme aquí una vez. Eso fue antes de que rompiera su promesa de mantenerse sobrio; después siempre empinaba el codo cuando estaba en tierra, y con poco que bebiera se volvía rematadamente loco. ¡Cuando cogía un vaso acababa mal el día! Primero me tiró al suelo, luego se peleó con Sarah, y ahora que Mary ha dejado de escribirme no sé cómo les van las cosas.

Era evidente que la señorita Cushing estaba hablando de un tema que la afectaba profundamente. Como muchas personas que llevan una vida solitaria, al principio se mostraba tímida, pero luego acababa siendo sumamente comunicativa. Nos contó muchos detalles sobre su cuñado el sobrecargo, y luego, divagando sobre el tema de sus anteriores huéspedes, los estudiantes de medicina, nos soltó una larga relación de sus crímenes, y sus nombres y los de sus hospitales. Holmes escuchó todo atentamente, haciendo alguna pregunta entre medias de vez en cuando.

—En relación a su segunda hermana, Sarah —dijo Sherlock Holmes—. Me sorprende, dado que son ambas solteras, que no lleven la casa juntas.

—¡Ah, es que no sabe el genio que tiene Sarah o no se sorprendería tanto! Lo intenté cuando me vine a Croydon, y duró hasta hace cerca de dos meses, cuando tuvimos que separarnos. No quiero hablar mal de mi propia hermana, pero siempre ha sido una entrometida y una exigente esta Sarah.

—Dice que se peleó con sus familiares de Liverpool.

—Sí, y eso que una vez fueron sus mejores amigos. Vaya, que se fue allí a vivir para estar cerca de ellos. Y en cambio ahora se queda sin reproches

cuando habla de Jim Browner. En los últimos seis meses que estuvo aquí, no hablaba de otra cosa más que de su alcoholismo y sus malos modos. La había cogido malmetiendo, sospecho yo, y le había cantado las cuarenta, y de ahí venía todo.

—Gracias, señorita Cushing —dijo Holmes levantándose y haciendo una inclinación—. Si no recuerdo mal, ha dicho que su hermana Sarah vive en New Street, Wallington, ¿verdad? Adiós, y siento mucho que la hayamos molestado con un caso con el que, como usted dice, no tiene en absoluto nada que ver.

Pasaba un coche cuando salimos, y Holmes levantó la mano.

—¿A cuánto queda Wallington? —preguntó.

—A tan solo a una milla más o menos, señor.

—Muy bien. Suba rápido, Watson. El hierro candente hay que batirlo de repente. Aunque el caso es sencillo, hay uno o dos detalles muy instructivos en relación a él. Pare un momento en la oficina de telégrafos cuando pase, cochero.

Holmes mandó un breve telegrama y durante el resto de la carrera se recostó en el respaldo, con el sombrero inclinado sobre la nariz para protegerse la cara del sol. Nos detuvimos delante de una casa que no era muy diferente de la que acabábamos de abandonar, y mi compañero le ordenó al cochero que esperara. Ya tenía la mano en el aldabón cuando se abrió la puerta y un joven caballero muy serio y vestido de negro, con un sombrero muy reluciente, apareció en el rellano de la entrada.

—¿Está la señorita Cushing en casa? —preguntó Holmes.

—La señorita Sarah Cushing está extremadamente enferma —dijo—. Lleva desde ayer sufriendo dolores cerebrales de gran intensidad. Como su consejero en temas médicos, no puedo permitirle que vea a nadie. Les recomendaría que vengan a verla dentro de diez días.

Se puso sus guantes, cerró la puerta, y se fue resueltamente calle abajo.

—Bueno, pues si no se puede, no se puede —dijo Holmes muy animado.

—Quizá no pudiera o no le hubiera contado mucho.

—No deseaba que me contara nada. Solo quería verla. Sin embargo, creo que tengo todo lo que quiero. Llévenos a algún hotel decente, cochero,

donde podamos tomar algo de comer, y después iremos a la comisaría a ver a nuestro amigo Lestrade.

Pasamos una agradable comida juntos durante la cual Holmes no habló de otra cosa más que de violines, y relató con gran júbilo cómo había adquirido su propio Stradivarius, que valía al menos quinientas guineas, en un intermediario judío de Tottenham Court Road por cincuenta y cinco chelines. Esto le llevó a Paganini, y nos quedamos una hora más con una botella de burdeos mientras me contaba anécdota tras anécdota de ese hombre fuera de lo común. Ya estaba muy avanzada la tarde, y la luz ardiente se había suavizado en una luz dorada cuando llegamos a la comisaría. Lestrade nos estaba esperando en la puerta.

—Un telegrama para usted, señor Holmes —dijo.

—¡Ajá! ¡Es la respuesta!

Rasgó el sobre, lo hojeó, y se lo metió estrujado en el bolsillo.

—De acuerdo.

—¿Ha descubierto algo?

—¡Lo he descubierto todo!

—¡Cómo! —Lestrade se quedó mirándolo sorprendido—. Está de broma.

—No he estado más serio en mi vida. Se ha cometido un crimen escalofriante, y creo que ahora he desvelado cada uno de sus detalles.

—¿Y el criminal?

Holmes garabateó unas palabras en el dorso de una de sus tarjetas de visita y se la tiró a Lestrade.

—Ese es el nombre —dijo—. No puede arrestarlo hasta mañana por la noche como muy pronto. Preferiría que no mencionase mi nombre en absoluto en relación con este caso, pues he decidido que me asocien solo con aquellos crímenes que presenten alguna dificultad en ser resueltos. Vámonos, Watson.

Salimos caminando a grandes zancadas hacia la estación, mientras Lestrade seguía mirando con cara de alegría la tarjeta que Holmes le había lanzado.

—El caso —dijo Sherlock Holmes, mientras fumábamos esa noche en nuestro domicilio de Baker Street— es uno en el que, como en las investigaciones que ha titulado *Estudio en escarlata* y *El signo de los cuatro*, nos hemos visto obligados a razonar hacia atrás, de los efectos a las causas. He escrito a Lestrade para pedirle que nos proporcione los detalles de los que ahora carecemos, y que solo obtendremos después de que haya atrapado a su hombre. Se puede confiar sin miedo en que lo haga, porque, aunque está absolutamente desprovisto de razón, es tan obstinado como un bulldog una vez comprende lo que tiene que hacer. Y es justamente esa obstinación lo que le ha llevado a lo más alto de Scotland Yard.

—Entonces ¿su caso no está completo? —le pregunté.

—Está completo en lo esencial. Sabemos quién es el autor del repulsivo asunto, aunque una de las víctimas todavía se nos escape. Por supuesto, usted ha extraído sus propias conclusiones.

—Supongo que el tal Jim Browner, el sobrecargo del barco de Liverpool, es el hombre del que sospecha.

—¡En efecto! Es más que una sospecha.

—Pero a pesar de ello, no logro ver nada excepto indicios muy vagos.

—En cambio, para mi mente nada podría estar más claro. Déjeme repasar los principales detalles. Nos acercamos al caso, como recordará, sin prejuicio alguno, lo que siempre resulta una ventaja. No habíamos formulado ninguna teoría. Estábamos allí simplemente para observar y para obtener deducciones de nuestras observaciones. ¿Qué vimos primero? A una dama muy serena y respetable, que parecía libre de secreto alguno, y un retrato que me indicó que tenía dos hermanas pequeñas. Al instante, me cruzó por la mente, como un fogonazo, la idea de que, posiblemente, la caja hubiese tenido un significado para una de ellas. Dejé la idea a un lado a la espera de que pudiésemos refutarla o confirmarla cuando nos viniera bien. Entonces, fuimos al jardín, como recordará, y vimos el contenido tan peculiar de la pequeña caja amarilla.

»La cuerda era del tipo que utilizan los veleros a bordo de los barcos, y, enseguida, se hizo perceptible un olorcillo a mar en nuestra investigación.

Cuando vi que el nudo era uno de los populares entre los marineros, que habían enviado el paquete por correo desde una ciudad con puerto, y que la oreja masculina tenía un agujero de pendiente, lo que es mucho más común entre los marineros que entre los hombres de tierra firme, estuve bastante seguro de que todos los actores de la tragedia había que encontrarlos entre nuestros estamentos marítimos.

»Cuando examiné la dirección del paquete, observé que era para la señorita S. Cushing. Ahora bien, la hermana mayor sería la señorita Cushing, y, aunque su inicial era una ese, podía pertenecer a una de las otras también. En ese caso, hubiésemos debido empezar nuestra investigación sobre nuevas bases. Por tanto, entré en la casa con la intención de aclarar este aspecto. Estaba a punto de decirle a la señorita Cushing que estaba convencido de que se había cometido un error cuando, es posible que se acuerde, dejé de hablar de repente. El hecho era que acababa de ver algo que me llenó de sorpresa y, al mismo tiempo, estrechaba el ámbito de nuestra investigación inmensamente.

»Como hombre de medicina, es usted consciente, Watson, de que no hay parte del cuerpo que varíe tanto como la oreja humana. Las orejas son todas distintas las unas de las otras. En el *Anthropological Journal* del pasado año, encontrará dos breves tratados escritos por mí sobre el tema. Por lo tanto, había examinado las orejas de la caja con ojos expertos y había tomado nota de sus peculiaridades anatómicas. Imagine mi sorpresa, entonces, cuando al mirar a la señorita Cushing, advierto que su oreja se corresponde exactamente con la oreja femenina que acababa de analizar. El asunto iba más allá de la mera coincidencia. Tenían el mismo acortamiento del pabellón, la misma curva ancha en el lóbulo superior, la misma circunvolución del cartílago interno. En todo lo esencial, era la misma oreja.

»Por supuesto, vi enseguida la enorme importancia de esa observación. Era evidente que la víctima tenía parentesco de sangre con ella, y, probablemente, en un grado muy cercano. Comencé a hablar con la señora sobre su familia, y recordará que, de inmediato, nos dio ciertos detalles extremadamente valiosos.

»En primer lugar, el nombre de su hermana era Sarah, y su dirección había sido la misma hasta hacía poco, así que era bastante obvio cómo se había producido el error y para quién tenía significado el paquete. Luego supimos de este sobrecargo, casado con la tercera hermana, y nos enteramos de que había sido tan íntimo en tiempos de la señorita Sarah, que esta, incluso, se había ido a Liverpool para estar cerca de los Browner, pero que luego una pelea los había desavenido. Esta pelea había puesto fin a toda comunicación durante unos meses, así que, si Browner hubiese tenido motivos para despachar un paquete a la señorita Sarah, sin lugar a dudas, lo hubiese hecho a su antigua dirección.

»Y así el asunto había comenzado a desenredarse por sí mismo de maravilla. Nos habíamos enterado de la existencia de ese sobrecargo, un hombre impulsivo; muy apasionado, recordará que dejó lo que debía de ser un destino muy superior con el fin de estar más cerca de su esposa; propenso, además, a episodios ocasionales en que abusaba del alcohol. Teníamos motivos para creer que su esposa había sido asesinada, y que un hombre, probablemente un marinero, había sido asesinado al mismo tiempo. Enseguida aparecen los celos, por supuesto, como el motivo del crimen. ¿Y por qué se enviarían esas pruebas del asesinato a la señorita Sarah Cushing? Probablemente porque durante su residencia en Liverpool había tenido algo que ver con los acontecimientos que condujeron a la tragedia. Advertirá que esta línea de barcos hace escala en Belfast, Dublín y Waterford; así que, suponiendo que Browner hubiese cometido los hechos y se hubiese embarcado de inmediato en el vapor, el *May Day*, Belfast hubiese sido el primer lugar en el que poder mandar por correo su terrible paquete.

»En ese momento era posible, obviamente, una segunda solución, y, aunque pensaba que era extremadamente improbable, estaba resuelto a dilucidarlo antes de avanzar. Un amante rechazado podía haber asesinado al señor y la señora Browner, y la oreja masculina hubiese podido pertenecer al marido. Había muchas objeciones y muy serias a esta teoría, pero era plausible. Por tanto, le mandé un telegrama a mi amigo Algar, del cuerpo de policía de Liverpool, y le pedí que averiguara si la señora Browner estaba

en casa, y si el señor Browner había zarpado con el *May Day*. Luego seguimos hasta Wallington para visitar a la señorita Sarah.

»En primer lugar, tenía curiosidad por ver hasta qué punto la oreja familiar se había repetido en ella. Además, claro, podía darnos mucha información importante, pero no tenía yo todas conmigo de que quisiera. Debía de haberse enterado del asunto el día anterior, porque la noticia había corrido por todo Croydon, y solo ella podía haber entendido a quién se dirigía el paquete. Si hubiese deseado ayudar a la justicia, seguramente se hubiese puesto en contacto con la policía. Sin embargo, era nuestro deber, a todas luces, verla, así que fuimos. Descubrimos que las noticias de la llegada del paquete, porque su enfermedad data de ese momento, tenían tanto efecto sobre ella como para provocarle una fiebre cerebral. Estaba más claro que nunca que había entendido completamente su significado, pero estaba igual de claro que tendríamos que esperar algún tiempo para que colaborase de algún modo.

»Sin embargo, en realidad, no dependíamos de su ayuda. Nuestras respuestas nos estaban esperando en la comisaría, adonde le habíamos indicado a Algar que las dirigiera. Nada podía ser más concluyente. La casa del señor Browner había estado cerrada durante más de tres días, y los vecinos opinaban que ella se había ido al sur a ver a sus familiares. Se había confirmado en las agencias marítimas que el sobrecargo Browner se había marchado a bordo del *May Day*, y calculo que llegará al Támesis mañana por la noche. Cuando llegue, se topará con el obtuso, aunque diligente, Lestrade, y no me cabe duda de que completará todos nuestros detalles».

Las expectativas de Sherlock Holmes no quedaron frustradas. Dos días después, recibió un sobre abultado que contenía una breve nota del detective, y un documento mecanografiado que comprendía varios folios.

—Lestrade lo ha atrapado —dijo Holmes levantando la mirada hacia mí —. Quizá le interesaría oír lo que dice:

> Estimado señor Holmes:
>
> Conforme al plan que habíamos establecido con el fin de probar nuestras teorías [el plural es bastante sutil, ¿no, Watson?], fui al Albert Dock ayer a las seis de la tarde, y abordé el barco de vapor *May Day*, perteneciente a la compañía de barcos de vapor de Liverpool, Dublín y

Londres. Al preguntar en él, descubrí que había a bordo un sobrecargo de nombre James Browner y que había actuado durante el viaje de una forma tan extraña que el capitán se había visto obligado a relevarlo de sus funciones. Al bajar a su litera, lo encontré sentado encima de un cofre con la cabeza entre las manos balanceándose adelante y atrás. Es un sujeto grande y fuerte, bien afeitado, y muy moreno —alguien del estilo de Aldrige, aquel que nos ayudó en el caso de la lavandería fraudulenta—. Se puso en pie de un salto cuando oyó mi oficio, y ya tenía mi silbato en los labios para llamar a una pareja de la policía del río, que estaba a la vuelta de la esquina, cuando perdió todo su ímpetu, y me tendió las manos con bastante serenidad para las esposas. Lo trajimos a los calabozos con su cofre, porque pensábamos que podía haber algo incriminatorio, pero, a excepción de un cuchillo grande y afilado como tienen muchos marineros, no conseguimos nada. Sin embargo, descubrimos que no necesitaremos más pruebas, porque, al ser conducido a la comisaría ante el inspector, pidió hacer una declaración, que, por supuesto, fue tomada por escrito por nuestro taquígrafo. Teníamos tres copias mecanografiadas, una de las cuales le adjunto. Ha resultado ser, como siempre supe, un caso extremadamente simple, pero le agradezco que me ayudara en mi investigación.

Saludos cordiales.

Atentamente,

G. LESTRADE

—¡Vaya! Es cierto que la investigación era muy sencilla —señaló Holmes—, aunque no creo que lo pensara cuando nos llamó por primera vez. Sin embargo, veamos lo que Jim Browner tiene que decir. Esta es su declaración tal como la realizó ante el inspector Montgomery en la comisaría de policía de Shadwell, y tiene la ventaja de ser literal.

¿Tengo algo que decir? Sí, tengo mucho que decir. Tengo que descargar la conciencia. Pueden colgarme, o pueden dejarme en paz. Me importa un comino lo que hagan. Ya les digo que no pego ojo desde que lo hice, y no creo que lo haga de nuevo hasta que lo supere todo despierto. Algunas veces es el rostro de él, pero la mayoría de las veces es el de ella. Nunca pasa un momento sin uno u otro ante los ojos. Él me mira con el ceño fruncido y como de reproche, pero ella muestra una especie de sorpresa en la cara. Ay, la pobrecilla, seguro que se sorprendió cuando vio la muerte en unos ojos en los que antes raras veces veía otra cosa aparte de amor.

Fue culpa de Sarah, ¡y ojalá que la maldición de un hombre destrozado la lleve a la ruina y le pudra la sangre de las venas! No es que yo quiera exculparme. Sé que volví a beber como el animal que era. Pero me hubiese perdonado, se me hubiese pegado como una cuerda a una polea si esa mujer nunca hubiese puesto el pie en nuestra casa. Porque Sarah Cushing me quería, esa es la raíz del asunto, me quiso hasta que todo su amor se volvió un odio venenoso cuando supo que pensaba más en la pisada de mi mujer en el barro que en todo su cuerpo y alma.

Había tres hermanas en total. La mayor era una buena mujer, la segunda era un demonio, y la tercera era un ángel. Sarah tenía treinta y tres, y Mary veintinueve cuando me casé. Éramos felices nosotros solos cuando nos fuimos vivir juntos, y en todo Liverpool no había mejor mujer que mi Mary. Y, entonces, invitamos al norte a Sarah una semana, y la semana se convirtió en un mes, y una cosa llevó a la otra, hasta que acabó viviendo con nosotros.

Yo me mantenía abstemio en esa época, y estábamos apartando un poco de dinero, y todo nos iba de fábula. Dios, ¿quién demonios se hubiera pensado que podía llegar a esto? ¿Quién se lo hubiese imaginado?

Yo solía estar en casa los fines de semana, y algunas veces, si el barco se demoraba por un cargamento, podía tener una semana entera de golpe, y, de este modo, veía mucho a mi cuñada, Sarah. Era una mujer alta y delgada, morena, y lista y apasionada, con una manera orgullosa de llevar la cabeza, y un centelleo en los ojos como la chispa de un pedernal. Sin embargo, cuando mi Mary estaba allí, nunca me paraba a pensar en ella ni una vez, y eso lo juro como espero que Dios se apiade de mí.

Algunas veces me había parecido que le gustaba estar a solas conmigo, o que me engatusaba para dar un paseo con ella, aunque nunca había pensado que fuese nada. Pero una tarde se me abrieron los ojos. Había llegado de improviso del barco y me encontré que mi esposa estaba fuera, y solo estaba en casa Sarah. «¿Dónde está Mary? —le pregunté—. Ah, se ha ido a pagar unas facturas». Yo estaba impaciente y recorría la habitación de un lado a otro. «¿Es que no puedes ser feliz cinco minutos sin Mary, Jim? —me dijo—. Me parece de muy mala educación por tu parte que no puedas disfrutar de mi compañía ni siquiera un rato tan pequeño». «Tienes razón, chica», dije yo, tendiéndole la mano amablemente, pero, en un instante, la tenía entre ambas manos, y ardían como si tuvieran fiebre. La miré a los ojos y me di cuenta de todo. No necesitó hablar ni yo tampoco. Fruncí el ceño y aparté mi mano. Entonces, por unos instantes se quedó a mi lado en silencio, y luego levantó la mano y me dio una palmada en el hombro. «¡Tranquilo, Jim, hombre!», me dijo, con una especie de risa burlona, y salió a todo correr de la habitación.

Pues bien, desde ese momento, Sarah me odió con todo su corazón y con toda su alma, y es una mujer que sabe odiar, ¡y mucho! Fui un tonto al dejar que siguiese viviendo con nosotros, un auténtico idiota, pero nunca le dije ni una palabra a Mary, porque sabía que le haría daño. Las cosas siguieron como antes, pero, después de un tiempo, empecé a darme cuenta de que Mary había cambiado un poco. Siempre había sido muy confiada y muy inocente, y en cambio ahora estaba extraña y suspicaz, quería saber dónde había estado y qué había estado haciendo, y de quién eran mis cartas, y qué tenía en mis bolsillos, y mil disparates así. Día tras día se volvía más extraña y más irritable, y teníamos incesantes broncas por nada. A mí todo eso me tenía perplejo. En esa época Sarah me evitaba, a la vez que ella y Mary se volvieron inseparables, ni más ni menos. Ahora puedo ver cómo estaba maquinando e intrigando, envenenando la mente de mi esposa contra mí, pero yo estaba tan ciego como un topo y no lo vi en ese momento. Entonces, rompí mi abstinencia y empecé a beber otra vez; creo que no lo hubiese hecho si Mary hubiese sido la misma de siempre. Así le di una razón para estar enfadada conmigo, y la distancia entre nosotros empezó a ser más y más grande. Y, entonces, irrumpió el tal Alec Fairbairn, y las cosas se pusieron mil veces más negras.

Al principio venía a mi casa para ver a Sarah, pero pronto también para vernos a nosotros, porque era un hombre encantador, y hacía amigos adondequiera que fuera. Era un tipo elegante y engreído, inteligente y de pelo rizado, que había visto medio mundo y podía hablar de lo que había visto. No negaré que era buena compañía y que tenía unos modales exquisitos para ser un marinero, así que creo que debió de haber un tiempo en que supo más de la popa que del castillo de proa. Durante un mes estuvo entrando y saliendo de mi casa, y ni una vez se me pasó por la cabeza qué daño podían hacernos esos modales delicados y marrulleros. Y, entonces, algo me hizo sospechar, y desde ese día perdí la paz para siempre.

Fue solo una nimiedad, ¡y tanto que lo fue! Había entrado en el salón de improviso, y, cuando cruzaba la puerta, vi un brillo de alegría en la cara de mi mujer. Pero, cuando vio quién era, desapareció, y apartó la mirada con un gesto de decepción. Eso me bastó. No había otra

persona salvo Alec Fairbairn cuyos pasos hubiese podido confundir con los míos. Si hubiese podido verlo entonces, lo hubiese matado, porque siempre me he puesto como un demente cuando me viene el mal genio. Mary vio el brillo del demonio en mis ojos, y se precipitó a agarrarme. «No, Jim, ¡no!», me dijo. «¿Dónde está Sarah?», pregunté. «En la cocina», respondió. «Sarah —le dije al entrar—, el tal Fairbairn no va a poner un pie en mi casa nunca más». «¿Por qué no?», dijo. «Porque lo ordeno yo». «¡Ah! —respondió—, pues si mis amigos no son bien recibidos en esta casa, entonces yo tampoco lo soy». «Tú puedes hacer lo que quieras —le dije—, pero como vuelva a ver la cara de Fairbairn por aquí otra vez, te mando una de sus orejas de recuerdo». Estaba aterrada por la cara que tenía, creo, porque no respondió ni una palabra, y esa misma tarde se marchó de mi casa.

Pues bien, ahora ya no sé si esa mujer lo hizo por pura maldad, o si pensaba que podía volverme contra mi mujer alentándola a portarse mal conmigo. En cualquier caso, alquiló una casa justo a dos calles de distancia y daba alojamiento a marineros. Fairbairn solía quedarse allí, y Mary se pasaba para tomar el té con su hermana y con él. Con qué frecuencia no lo sé, pero la seguí un día, y, cuando forcé la puerta, Fairbairn se escapó saltando la tapia del jardín de la parte de atrás, como el canalla cobarde que era. Le juré a mi mujer que la mataría si la descubría en su compañía otra vez, y me la llevé de vuelta conmigo, sollozando y temblando, y tan pálida como la cera. Ya no había ni rastro de amor entre nosotros. Podía ver que me odiaba y me temía, y cuando al pensar en eso sentía la necesidad de beber, entonces también me despreciaba.

Así las cosas, Sarah se dio cuenta de que no podía ganarse la vida en Liverpool, de modo que volvió, tengo entendido, a vivir con su hermana en Croydon, y las cosas fueron tirando igual que siempre en casa. Pero, entonces, llegó esta semana y con ella todo el sufrimiento y la perdición.

Sucedió como se lo voy a contar. Nos habíamos ido en el *May Day* en una travesía de ida y vuelta de siete días, pero se había soltado un tonel y una madera del barco, así que habíamos tenido que regresar a puerto durante doce horas. Me marché del barco y me vine a casa, pensando qué sorpresa le daría a mi mujer, y esperando que, tal vez, se alegrase de verme tan pronto. Eso pensaba cuando doblé mi calle, y, en ese momento, pasó un coche a mi lado, y allí estaba, sentada al lado de Fairbairn, los dos charlando y riéndose, sin pararse ni un momento a pensar en mí mientras me quedaba mirándolos desde la acera.

Le digo, y le doy mi palabra de ello, que, desde ese momento, no fui dueño de mí mismo, y todo es como un sueño borroso cuando echo la vista atrás. Había estado bebiendo mucho últimamente, y ambas cosas juntas me volvieron el cerebro del revés. Ahora tengo algo que me palpita en la cabeza, como el martillo de un estibador, pero esa mañana me parecía tener todo el Niágara zumbándome y resonándome en los oídos.

Pues bien, eché a correr, y perseguí el coche. Tenía un pesado bastón de roble en la mano, y le digo que me puse rojo de ira desde el principio, aunque, mientras corría, también me di maña y me quedé atrás para verlos sin ser visto. Se detuvieron enseguida en la estación del tren. Había un buen montón de gente en la ventanilla, así que me arrimé a ellos sin que me vieran. Cogieron billetes para New Brighton. Así lo hice yo, pero cogí para tres vagones por detrás de ellos. Cuando llegamos, se pasearon por el Parade, y no estuve nunca a más de cien yardas. Por fin, les vi alquilar un bote y salir de paseo, porque era un día de mucho calor, y pensarían que haría más fresco en el agua.

Fue sencillamente como si hubiesen ido a mi encuentro. Había un poco de bruma, y no se podía ver a más de unos cientos de yardas. Yo también alquilé un bote para mí, y remé tras ellos. Podía ver borrosamente el contorno de su embarcación, pero estaban yendo casi tan rápido como yo, y debían de estar a una milla larga de la playa antes de que los alcanzara. La bruma era como una cortina alrededor de nosotros, y nosotros estábamos en medio de ella. Dios mío,

¿olvidaré alguna vez sus rostros cuando vieron quién estaba en el bote que se les acercaba? Ella dio un grito. Él me maldijo como un loco y me asestó un golpe con un remo, porque debía de haber visto la muerte en mis ojos. Acerqué el bote y conseguí darle con mi bastón, que le aplastó la cabeza como un huevo. Hubiese tenido piedad de ella, quizá, a pesar de toda mi locura, pero se abrazó a él, llorando por él, y llamándolo «Alec». Volví a golpear, y se quedó tendida junto a él. Yo, en esos momentos, era como una bestia salvaje cuando prueba la sangre. Si Sarah hubiese estado allí, juro por Dios que se hubiese unido a ellos. Saqué mi cuchillo, y, bueno, ¡ya está! Ya he dicho bastante. Me dio una especie de alegría salvaje cuando pensé cómo se sentiría Sarah cuando las tuviera como símbolo de lo que su entremetimiento había causado. Después até los cuerpos al bote, desfondé una tabla, y me quedé al lado hasta que se hubieron hundido. Sabía perfectamente que el propietario pensaría que habrían perdido el rumbo en la bruma, y que se habrían ido a la deriva mar adentro. Me limpié, regresé a tierra, y me fui a mi barco sin que nadie tuviera sospecha alguna de lo que había pasado. Esa noche hice el paquete para Sarah Cushing, y al día siguiente, lo enviaba desde Belfast.

Aquí tienen toda la verdad. Pueden colgarme, o hacer lo que les parezca conmigo, pero no pueden castigarme, porque ya he sido castigado. No puedo cerrar los ojos sin ver esas dos caras mirándome fijamente… mirándome como me miraban cuando mi bote se abrió paso por la bruma. Los maté rápidamente, y ellos me están matando despacio, y, si me sucede una noche más, estaré loco o muerto antes del amanecer. No me pondrá solo en una celda, ¿verdad, señor? Por piedad, no lo haga, puede que un día sea tratado como me trata usted ahora.

—¿Qué sentido tiene esto, Watson? —dijo Holmes solemnemente mientras dejaba caer el papel—. ¿Qué objeto cumple este círculo de sufrimiento y violencia y miedo? Debe tender a algún fin, o, si no, nuestro universo está gobernado por el azar, lo que sería impensable. Pero ¿a qué fin? Ahí está el gran problema permanente y eterno al que la razón humana está tan lejos de dar respuesta como siempre.

LA AVENTURA DEL CÍRCULO ROJO

1

—Pues bien, señora Warren, no logro ver una causa concreta para su inquietud, ni entiendo por qué yo, teniendo en cuenta que mi tiempo es para mí valioso, debería intervenir en el asunto. Tengo otras muchas cosas que reclaman mi atención.

Así le habló Sherlock Holmes, y se volvió hacia el gran álbum de recortes en el que estaba ordenando y catalogando parte de su reciente material.

Pero la casera tenía la perseverancia y también la astucia de su sexo. Se mantuvo firme.

—Usted solucionó un caso para un huésped mío el año pasado —dijo —, el señor Fairdale Hobbs.

—Ah, sí… un asunto sencillo.

—Después de eso nunca dejaba de hablar de usted… de su amabilidad, señor, y de la manera en que había esclarecido lo que parecía oscuro. Recordé sus palabras cuando me entraron las dudas y me vi perdida. Sé que podría esclarecerlo con que lo deseara.

A Holmes se le podía abordar por el lado de la adulación, y, también, para hacerle justicia, por el lado de la amabilidad. Ambas fuerzas hicieron que depusiera su pincel de pegamento con un suspiro de resignación y que arrastrara hacia atrás su silla.

—Bueno, bueno, señora Warren, oigámoslo. No le molesta el tabaco, supongo. Gracias. Watson… ¡las cerillas! Está usted inquieta, según he entendido, porque su nuevo huésped se queda en sus habitaciones y no

puede verlo. Por Dios, señora Warren, si yo fuera su huésped, con frecuencia no me vería usted durante semanas seguidas.

—Sin duda, señor mío; pero esto es diferente. Me aterra, señor Holmes. No puedo dormir por miedo. Tengo que oír sus pasos inquietos moviéndose de acá para allá desde la mañana temprano hasta avanzada la noche, y, a pesar de ello, nunca lo he ni entrevisto… es más de lo que puedo soportar. Mi marido acaba tan nervioso como yo, pero sale a trabajar todos los días, mientras que yo no descanso de ello en todo el día. ¿Por qué se está escondiendo? ¿Qué ha hecho? Salvo por la chica, estoy completamente sola en casa con él, y es más de lo que mis nervios pueden soportar.

Holmes se inclinó hacia delante y puso sus largos y delgados dedos sobre el hombro de la mujer. Tenía un poder casi hipnótico para tranquilizar cuando lo deseaba. La mirada aterrorizada se desvaneció de sus ojos, y sus facciones crispadas se relajaron hasta volver a la normalidad. Se sentó en la silla que le había indicado.

—Si lo acepto, debo entender cada detalle —le dijo—. Tómese tiempo para reflexionar. El detalle más pequeño puede ser el más esencial. ¿Dice que ese hombre llegó hace diez días y que le pagó por una quincena de casa y comida?

—Me preguntó por mis condiciones. Le dije que cincuenta chelines a la semana. En el piso de arriba de la casa, hay una sala de estar pequeña y un dormitorio, todo amueblado.

—¿Y bien?

—Me dijo: «Le pagaré cinco libras a la semana si acepta mis propias condiciones». Soy pobre, señor, y el señor Warren gana poco, y el dinero supone mucho para mí. Sacó un billete de diez libras, y me lo tendió en ese mismo momento. «Puede tener otro igual cada quincena durante mucho tiempo si acepta las condiciones», dijo. «Si no, no tendré nada más que ver con usted».

—¿Cuáles eran las condiciones?

—Bueno, señor, quería tener una llave de la casa. En eso no había problema. Los huéspedes las tienen con frecuencia. También debíamos dejarlo completamente a su aire y, nunca, bajo ninguna excusa, molestarlo.

—Nada del otro mundo, ¿no cree?

—No, dentro de lo razonable. Pero esto está fuera de todo lo razonable. Ha estado allí durante diez días, y ni el señor Warren, ni yo, ni la chica lo ha visto. Podemos oír esos pasos inquietos yendo y viniendo, yendo y viniendo, mañana, tarde y noche; y salvo esa primera noche nunca ha salido de la casa.

—Ah, ¿salió la primera noche entonces?

—Sí, señor, y regresó muy tarde… cuando ya estábamos todos en la cama. Me contó después de que hubiera alquilado las habitaciones que así lo haría y me pidió que no atrancara la puerta. Lo oí subir por la escalera pasada la medianoche.

—¿Y la comida?

—Nos dio instrucciones precisas de que siempre deberíamos dejar, cuando llamara, su comida sobre una silla, delante de su puerta. Luego llama de nuevo cuando ha terminado, y nos lo llevamos abajo cogiéndolo de la misma silla. Si quiere algo más, lo escribe con letra de imprenta en un trozo de papel y lo deja allí.

—¿Lo escribe con letra de imprenta?

—Sí, señor, lo escribe con letra de imprenta con un lápiz. Solo la palabra, nada más. Tengo aquí uno que he traído para mostrárselo: «Jabón». O este otro: «Cerilla». Este es uno que dejó la primera mañana: «Daily Gazette», le paso ese periódico con el desayuno cada mañana.

—Madre mía, Watson —dijo Holmes, mirando con gran curiosidad los trozos de papel que le había tendido la casera—, desde luego, esto es un poco atípico. La reclusión puedo entenderla, pero ¿por qué la letra de imprenta? La letra de imprenta es laboriosa. ¿Por qué no escribir de forma normal? ¿Qué nos sugiere esto, Watson?

—Que desea ocultar su letra.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le importa a él que su casera tenga una palabra de su mano? Sin embargo, puede ser lo que usted dice. Por otra parte, ¿por qué mensajes tan lacónicos?

—No logro imaginarlo.

—Abre una agradable perspectiva a la especulación lógica. Las palabras están escritas con un lápiz de punta gruesa, color violáceo y modelo infrecuente. Advertirá que el papel fue arrancado por este lado después de

haber escrito las letras de imprenta, así que falta parte de la jota de «jabón». Llamativo, Watson, ¿no cree?

—¿Por precaución?

—Exacto. Evidentemente, había alguna marca, alguna huella dactilar, algo que pudiera dar una pista de la identidad de la persona. Sigamos, señora Warren, dice que el hombre era de estatura media, moreno y con barba. ¿Qué edad tendría?

—Jovencito, señor… no más de treinta.

—Bien, ¿puede darme alguna indicación más?

—Tiene un buen inglés, señor, pero, a pesar de ello, por su acento pensé que era extranjero.

—¿E iba bien vestido?

—De manera muy elegante, señor. Como un caballero. Ropa oscura, nada en particular.

—¿No dio su nombre?

—No, señor.

—¿Y no ha recibido cartas ni visitas?

—Ninguna de las dos cosas.

—Pero seguramente usted o la chica entran en su habitación por la mañana.

—No, señor, se encarga él de todo.

—¡Madre mía! Eso, desde luego, es raro. ¿Qué hay de su equipaje?

—Trajo una maleta grande y marrón: nada más.

—Bueno, no parece que tengamos mucha información. Dice que no ha salido nada de esa habitación… ¿absolutamente nada?

La casera sacó un sobre de su bolso, lo vació encima de la mesa y salieron dos cerillas quemadas y una colilla.

—Estaba en su cenicero esta mañana. Lo he traído porque había oído que puede deducir grandes cosas de las pequeñas.

Holmes se encogió de hombros.

—Aquí no hay nada —dijo—. Las cerillas, por supuesto, han sido utilizadas para encender cigarrillos. Eso es obvio por lo corto del extremo quemado. Se consume media cerilla al encender una pipa o un cigarro.

Pero… ¡madre mía! Esta colilla de cigarrillo sí que es singular. Dice que el caballero tiene barba y bigote, ¿verdad?

—Sí, señor.

—No lo entiendo. Yo diría que solo un hombre bien afeitado hubiese podido fumarse esto. Vaya, Watson, incluso su discreto bigote se hubiese chamuscado un poco.

—¿Una boquilla? —sugerí.

—No, no, el extremo está aplastado. Supongo que no podría haber dos personas en sus habitaciones, señora Warren.

—No, señor. Come tan poco que a menudo me maravillo que pueda tenerse en pie.

—Bueno, creo que debemos esperar a que haya más elementos. Después de todo, no tiene nada de lo que quejarse. Le ha pagado el alquiler, y no es un huésped problemático, aunque, desde luego, es un tipo insólito. Le paga bien, y, si decide permanecer oculto, no es del todo asunto suyo. No tenemos ningún motivo para pensar que hay culpabilidad alguna en ello. He aceptado el caso, y no voy a perderlo de vista. Infórmeme si sucede algo nuevo, y solicite mi ayuda si fuera necesario.

Cuando la casera ya nos había dejado, comentó:

—Desde luego, hay ciertos aspectos interesantes en este caso, Watson. Es posible, por supuesto, que sea una excentricidad personal sin importancia, ahora bien, es posible que sea algo mucho más profundo de lo que se muestra en la superficie. Lo primero que se me ocurre es la posibilidad obvia de que la persona que está ahora en las habitaciones sea otra completamente diferente de aquella que las contrató.

—¿Por qué piensa así?

—Bueno, aparte de esta colilla, ¿no es llamativo que la única ocasión en que el huésped ha salido sea inmediatamente después de alquilar las habitaciones? Volvió, él o algún otro, cuando todos los testigos se habían quitado de en medio. Por otra parte, el hombre que alquiló las habitaciones habla bien inglés. Este otro, sin embargo, escribe en letras de imprenta «cerilla» cuando debería escribir «cerillas». Me imagino que extrajo esa palabra de un diccionario, que le facilitó el nombre, pero no el plural. Es posible que el estilo lacónico sea para ocultar la ausencia de conocimientos

de inglés. Sí, Watson, hay buenas razones para sospechar que ha habido un reemplazo de huéspedes.

—Pero ¿con qué fin?

—¡Ah! Ahí reside nuestro problema. Hay una línea de investigación bastante obvia —Bajó el gran cuaderno en el que, día tras día, archivaba las columnas de consejos sentimentales de diversos periódicos londinenses—. ¡Madre mía! —dijo, pasando las páginas—. ¡Menudo coro de quejidos, gritos y gimoteos! ¡Menudo batiburrillo de casos excepcionales! Y a la vez, seguramente, ¡el coto de caza más valioso que se haya proporcionado nunca a un estudiante de lo insólito! Esta persona está sola y no se puede acceder a ella sin una fisura en ese absoluto secreto que desea. ¿Cómo puede llegarle alguna noticia o algún mensaje sin hacerlo? Obviamente mediante un anuncio en un periódico. No parece haber otra manera, y, afortunadamente, solo necesitamos preocuparnos de un periódico. Aquí tenemos los fragmentos del *Daily Gazette* de la última quincena. «Dama con una boa negra en el Prince's Skating Club»… eso lo podemos obviar. «Seguramente Jimmy no le romperá el corazón a su madre»… eso parece irrelevante. «Si la dama que se desmayó en el autobús de Brixton»… no es ella quien me interesa. «Todos los días mi corazón anhela…» Gimoteos, Watson, ¡puros gimoteos! Ah, esto es más probable. Escuche esto: «Sé paciente. Encontraremos un medio más seguro para comunicarnos. Mientras, esta columna. G». Esto es de dos días después de que llegara el huésped de Warren. Parece verosímil, ¿no cree? El tipo misterioso sería capaz de entender inglés, incluso aunque no pudiera escribirlo en letras de imprenta. Veamos si podemos retomar la pista de nuevo. Sí, aquí está… tres días más tarde. «Arreglando cosas. Paciencia y prudencia. Las nubes pasarán. G.». Después de esto, nada durante una semana. Entonces, viene algo mucho más concreto: «El camino está despejado. Si veo una oportunidad mensaje por señales recuerda código convenido: uno A, dos B, etc. Tendrás noticias pronto. G». Esto corresponde al periódico de ayer, y no hay nada en el de hoy. Todo esto podemos relacionarlo con el huésped de la señora Warren. Si esperamos un poco, Watson, no me cabe duda de que el caso se nos volverá más inteligible.

Así resultó, pues por la mañana me encontré a mi amigo de pie en la alfombrilla de la chimenea dándole la espalda al fuego y con una sonrisa de absoluta satisfacción en su rostro.

—¿Qué le parece esto, Watson? —exclamó, recogiendo el periódico de la mesa—. «Edificio alto rojo con adornos de piedra blanca. Tercera planta. Segunda ventana a la izquierda. Después de la puesta de sol. G.». Esto es bastante concreto. Creo que después del desayuno debemos realizar un pequeño reconocimiento por el vecindario de la señora Warren. ¡Ah, señora Warren! ¿Qué novedades nos trae esta mañana?

Nuestra clienta había irrumpido en la sala de estar con una enérgica determinación que nos sugirió algún acontecimiento nuevo y trascendental.

—¡Es un caso para la policía, señor Holmes! —exclamó—. ¡No quiero saberme nada más! Va a hacer las maletas y a marcharse de ahí. Hubiese subido directa a decírselo, pero pensé que, después de todo, era justo oír su opinión primero. Estoy al límite de mi paciencia, y encima han molido a golpes a mi marido…

—¿Han molido a golpes al señor Warren?

—Tratado violentamente, al menos.

—Pero ¿quién lo ha tratado violentamente?

—¡Eso es lo que yo quiero saber! Fue esta mañana, señor. El señor Warren se encarga de controlar el horario de los trabajadores en Morton & Waylight’s, en Tottenham Court Road. Debía salir de casa antes de las siete. Pues bien, esta mañana no había ni dado diez pasos calle abajo cuando le llegaron dos hombres por detrás, le echaron un abrigo por encima de la cabeza, y lo metieron a empujones en un coche que estaba junto al bordillo. Cuando se repuso, descubrió que estaba en Hampstead Heath, así que cogió un ómnibus a casa, y allí lo he dejado, echado en el sofá, mientras me venía directamente a contarles lo que había pasado.

—Muy interesante —dijo Holmes—. ¿Vio la apariencia de esos hombres… les oyó hablar?

—No, está completamente aturdido. Solo sabe que lo alzaron del suelo y que lo bajaron de nuevo como por arte de magia. Había al menos dos dentro, quizá tres.

—¿Y usted relaciona este ataque con su huésped?

—Bueno, hemos vivido allí durante quince años y nunca nos ha sucedido nada semejante. Ya me he cansado de él. El dinero no lo es todo. Lo voy a sacar de mi casa ante de que acabe el día.

—Espere un poco, señora Warren. No se precipite. Empiezo a creer que este caso tal vez sea mucho más importante de lo que parecía a primera vista. Ahora está claro que algún peligro amenaza a su huésped. Igualmente está claro que sus enemigos, que estaban esperándolo al acecho cerca de su puerta, lo han confundido con su marido por la escasa luz de la mañana y la niebla. Al darse cuenta de su error, lo soltaron. Lo que le hubiesen hecho si no hubiese sido un error, solo podemos suponerlo.

—Bien, ¿y qué debo hacer, señor Holmes?

—Tengo muchas ganas de ver a ese huésped suyo, señora Warren.

—No veo cómo vamos a arreglarlo, a menos que eche la puerta abajo. Siempre oigo cómo abre con llave cuando bajo por la escalera después de dejarle la bandeja.

—Tiene que recogerla. Sin duda podríamos escondernos y verlo en ese momento.

La casera se quedó pensando un momento.

—Bueno, señor, está el trastero enfrente. Podríamos colocar un espejo, tal vez, y si se quedaran detrás de la puerta…

—¡Magnífico! —dijo Holmes—. ¿A qué hora come?

—Alrededor de la una, señor.

—Entonces, el doctor Watson y yo iremos con tiempo. Adiós, por el momento, señora Warren.

A las doce y media nos encontrábamos en los escalones de la entrada de la casa de la señora Warren: un edificio alto, estrecho, de ladrillo amarillo en Great Orme Street, una vía pública no muy ancha al noreste del British Museum. Al estar como estaba cerca de la esquina, disfrutaba de una vista a Howe Street, una calle de casas más pretenciosas. Holmes señaló con una risita a una de ellas, un edificio de pisos residenciales que destacaba tanto que no se podía pasar por alto.

—¡Mire, Watson! —dijo—. «Edificio alto rojo con adornos de piedra blanca». Ahí tenemos la fuente de las señales. Conocemos el lugar, y conocemos el código, así que, sin duda alguna, nuestra tarea debería

resultar sencilla. Allí, en esa ventana, hay un cartel de «se alquila». Evidentemente, es un piso vacío al que ha tenido acceso el cómplice. Y bien, señora Warren, ¿ahora qué?

—Lo tengo todo listo para ustedes. Si suben ambos y dejan sus botas en el rellano, los meteré allí ahora.

Había preparado un escondite excelente. El espejo estaba colocado de tal manera que, sentados en la oscuridad, podíamos ver con mucha claridad la puerta de enfrente. Apenas nos habíamos acomodado y se había marchado la señora Warren, cuando un tintineo distante anunció que nuestro misterioso vecino había llamado. La casera apareció con la bandeja de inmediato, la colocó sobre una silla junto a la puerta cerrada, y, entonces, dando pesados pasos, volvió a irse. Acuclillándonos juntos en el ángulo de la puerta, nos quedamos mirando fijamente al espejo. De repente, mientras los pasos de la casera se iban extinguiendo, se oyó el chirrido de una llave que daba vueltas, la manilla giró, y dos manos delgadas salieron rápidamente y levantaron la bandeja de la silla. Un momento después, la volvió a dejar atropelladamente, y vislumbré un rostro moreno, bonito y horrorizado mirando hacia la estrecha apertura del trastero. Entonces, la puerta se cerró violentamente, la llave dio vueltas una vez más, y todo se quedó en silencio. Holmes le pegó un tirón a mi manga, y bajamos con sigilo las escaleras.

—Volveremos aquí por la tarde —le dijo a la expectante casera—. Creo, Watson, que podemos discutir este asunto mejor en nuestro propio domicilio.

Ya hundido en su sillón, me dijo:

—Mi conjetura, como ha visto, ha resultado ser correcta. Ha habido un reemplazo de huéspedes. Lo que no había previsto es que nos topásemos con una mujer, y no una mujer cualquiera, Watson.

—Nos ha visto.

—Bueno, ha visto algo que la ha alarmado. Eso seguro. La secuencia aproximada de los hechos está bastante clara, ¿verdad? Una pareja busca refugio en Londres por un peligro temible e inminente. De la magnitud de ese peligro nos habla la severidad de sus precauciones. El hombre, que tenía alguna tarea que debía realizar, deseaba dejar a la mujer en absoluta

seguridad mientras lo hacía. No era un problema fácil, pero lo resolvió de una manera original, y tan eficazmente que ni siquiera la casera que le suministra el alimento tiene conocimiento de su presencia. Los mensajes en letra de imprenta, como ahora resulta evidente, debían impedir que se descubriera por su escritura que era una mujer. El hombre no puede acercarse a la mujer, o guiaría a sus enemigos hasta ella. Dado que no puede comunicarse con ella directamente, recurre a la columna de consejos sentimentales de un periódico. Hasta aquí todo está claro.

—Pero ¿cuál es el origen de todo esto?

—Ah, sí, Watson… ¡sumamente práctico, como siempre! ¿Cuál es el origen de todo esto? El extravagante problema de la señora Warren crece y asume un aspecto más siniestro a medida que avanzamos. Lo que podemos decir es que no es una aventura amorosa ordinaria. Ya lo ha visto en el rostro de la mujer ante el indicio del peligro. También nos hemos enterado del ataque al patrón, que, sin lugar a dudas, estaba destinado al huésped. Estas alarmas, y la necesidad desesperada de secreto, indican que el asunto es de vida o muerte. El ataque al señor Warren demuestra, además, que los enemigos, quienesquiera que sean, no son conscientes del reemplazo del huésped masculino por el femenino. Es muy curioso y complicado, Watson.

—¿Por qué sigue en el caso? ¿Qué puede ganar con esto?

—Buena pregunta. Es el arte por el arte, Watson. Supongo que cuando se doctoró se vio a sí mismo estudiando casos sin pensar en los honorarios.

—Para mi educación, Holmes.

—La educación nunca termina, Watson. Es una serie de lecciones con la mayor de todas al final. Este es un caso instructivo. No hay ni dinero ni reputación en ello, y, a pesar de todo, uno desearía arreglarlo. Cuando se haga de noche, nos deberíamos encontrar en una fase avanzada de nuestra investigación.

Cuando regresamos al domicilio de la señora Warren, la penumbra de una tarde invernal de Londres se había condensado en una cortina gris, una monotonía inerte rota únicamente por los cuadrados del amarillo bien definido de las ventanas y los borrosos halos de las farolas de gas. Mientras la escudriñábamos desde la sala de estar a oscuras de la casa de huéspedes,

una luz más tenue brilló intermitentemente en lo alto a través de la oscuridad.

—Alguien se está moviendo en esa habitación —susurró Holmes, con el rostro demacrado y ansioso cerca del cristal de la ventana—. Sí, puedo ver su silueta. ¡Allí está otra vez! Tiene una vela en la mano. Ahora está escudriñando al otro lado. Quiere estar seguro de que está atenta. Está empezando a hacer señas con las luces. Coja el mensaje usted también, Watson, para que podamos comprobar uno con otro. Un único destello… eso es «A», por supuesto. Sigue. ¿Cuántos ha contado? Veinte. Yo también. Eso significaría «T». «AT…» eso es bastante comprensible. Otra «T». Seguramente es el comienzo de una segunda palabra. Vamos… «TENTA». Ha parado. ¿Será eso todo, Watson? «ATTENTA» no tiene sentido. Ni se entiende mejor como tres palabras, «AT», «TEN», «TA», a menos que «T. A.» sean las iniciales de una persona. ¡Ahí va otra vez! ¿Qué es esto? «ATTE…» vaya, es el mismo mensaje una vez más. Curioso, Watson, muy curioso. ¡Ahora apaga una vez más! «AT…» vaya, está repitiéndolo por tercera vez. ¡«ATTENTA» tres veces! ¿Con qué frecuencia lo repetirá? No, eso parece haber acabado. Se ha apartado de la ventana. ¿Qué le parece, Watson?

—Un mensaje cifrado, Holmes.

Mi compañero soltó una repentina risita al comprenderlo.

—Y no cifrado de manera muy críptica, Watson —dijo—. Vaya, vaya, por supuesto, ¡es italiano! La «A» significa que se dirige a una mujer. «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado!». ¿Qué le parece, Watson?

—Creo que ha dado con ello.

—No cabe duda. Es un mensaje muy urgente, repetido tres veces para enfatizarlo. Pero ¿cuidado de qué? Espere un momento, está yendo a la ventana de nuevo.

Volvimos a ver la figura borrosa de un hombre agachado y el centelleo de la pequeña llama a través de la ventana mientras se renovaban las señales. Pasaron más rápido que antes… tan rápido que era difícil seguirlas.

—«PERICOLO»… *pericolo*… eh, ¿qué es eso, Watson? Peligro, ¿verdad? Sí, por Dios, es una señal de peligro. ¡Ahí va de nuevo! «PERI». Vaya, pero qué demonios…

La luz se había apagado repentinamente, la ventana de luz trémula había desaparecido en la oscuridad, y en el tercer piso se formaba una banda oscura alrededor del alto edificio, que tenía un tercio de sus ventanas batientes iluminadas. La última exclamación de aviso había sido repentinamente interrumpida. ¿Cómo y por quién? El mismo pensamiento nos vino al instante a ambos. Holmes se levantó de un salto desde donde se agazapaba junto a la ventana.

—Esto es grave, Watson —exclamó—. ¡Hay algo perverso en marcha! ¿Por qué pararía un mensaje así de esa manera? Debería informar a Scotland Yard de este asunto… Sin embargo, es demasiado urgente como para dejarlo así.

—¿Voy a llamar a la policía?

—Debemos definir la situación con un poco más de claridad. Es posible que se preste a una interpretación más inocente. Vamos, Watson, crucemos nosotros mismos y veamos qué más podemos sacar en claro.

2

Mientras bajábamos rápidamente por Howe Street a pie, eché la mirada atrás, hacia el edificio que acabábamos de dejar. Allí, borrosamente perfilada en la ventana de arriba, pude ver la sombra de una cabeza, una cabeza de mujer, que miraba tensa, rígida, afuera, hacia la noche, aguardando sin aliento la reanudación de ese mensaje interrumpido. En la puerta de entrada de los pisos de Howe Street, un hombre con corbata y abrigo estaba apoyado contra la verja. Se sobresaltó cuando la luz del vestíbulo iluminó nuestros rostros.

—¡Holmes! —exclamó.

—¡Pero si es usted, Gregson! —le dijo mi compañero mientras le estrechaba la mano al detective de Scotland Yard—. Los viajes acaban reencontrando a los enamorados[10]. ¿Qué le trae por aquí?

—Las mismas razones que le traen a usted, espero —dijo Gregson—. Cómo ha llegado hasta aquí, ni se me pasa por la cabeza.

—Diferentes hilos que llevan al mismo enredo. He estado tomando nota de las señales.

—¿Señales?

—Sí, desde esa ventana. Se interrumpieron a la mitad. Nos acercábamos para ver la razón. Pero, dado que está en buenas manos con usted, no veo motivo para continuar con este asunto.

—¡Espere un poco! —exclamó Gregson con impaciencia—. Le diré la verdad, señor Holmes: no he estado nunca en un caso en que no me sintiese más seguro por tenerlo a usted a mi lado. Estos pisos solo tienen una salida, así que lo tenemos.

—¿Quién es?

—Bueno, bueno, le llevamos ventaja por una vez, señor Holmes. Eso debe concedérnoslo.

Dio un golpe bruscamente en el suelo con su bastón, cuando un cochero, con su látigo en la mano, saltó de un carruaje de cuatro ruedas que estaba en el extremo más alejado de la calle.

—¿Me permite presentarle al señor Sherlock Holmes? —le dijo al cochero—. Este es el señor Leverton de la agencia de detectives americana Pinkerton.

—¿El héroe del misterio de la cueva de Long Island? —dijo Holmes—. Encantado de conocerle, señor.

El americano, un joven discreto y formal, con un rostro bien afeitado, de rasgos marcados, se ruborizó con el cumplido.

—Ahora estoy siguiendo la pista de mi vida, señor Holmes —dijo—. Si pudiese atrapar a Gorgiano…

—¡Cómo! ¿Gorgiano? ¿Del Círculo Rojo?

—Ah, también tiene fama en Europa, ¿verdad? Bueno, nos hemos empapado con todo lo referente a él en América. Sabemos que se encuentra tras cincuenta asesinatos, sin embargo, no tenemos nada concreto que podamos achacarle. Seguí sus huellas desde Nueva York, y le he seguido de cerca durante una semana en Londres, aguardando alguna excusa para echarle el guante. El señor Gregson y yo lo localizamos por fin en esta gran casa de vecinos, y solo hay una única puerta, así que no puede zafarse de

nosotros. Han salido tres personas desde que entró, pero juraría que no era ninguna de ellas.

—El señor Holmes me ha hablado de unas señales —dijo Gregson—. Supongo que, como siempre, sabe mucho más que nosotros.

En pocas y claras palabras, Holmes les explicó la situación como se nos había presentado. El americano chocó el puño contra la mano con enfado.

—¡Nos ha descubierto! —exclamó.

—¿Por qué lo cree?

—Bueno, eso parece, ¿no? Ahí lo tenemos, enviando mensajes a un cómplice… Hay varios de su banda en Londres. Entonces, repentinamente, justo cuando, por lo que dicen, les estaba avisando de que había un peligro, se para en seco. ¿Qué podía significar eso salvo que, desde su ventana, nos había vislumbrado de repente en la calle, o, de alguna manera, había llegado a entender lo inminente del peligro, y que debía actuar de inmediato si quería evitarlo? ¿Qué sugiere, señor Holmes?

—Que subamos enseguida y lo veamos por nosotros mismos.

—Pero no tenemos orden de arresto.

—Está en un edificio desocupado en circunstancias sospechosas —dijo Gregson—. Eso es aceptable por el momento. Cuando lo tengamos, ya veremos si Nueva York no puede ayudarnos a mantenerlo retenido. Asumiré la responsabilidad de arrestarlo ahora.

Puede que nuestros detectives de la policía yerren en asuntos de inteligencia, pero nunca en los se requieren valor. Gregson subió por la escalera para arrestar a ese asesino desesperado de la misma manera formal y discreta con que lo hubiese hecho por los escalones de Scotland Yard. El hombre de Pinkerton había tratado de pasarle por un lado a empujones, pero Gregson le había echado atrás de un codazo. Los peligros de Londres eran el privilegio del cuerpo de policía londinense.

La puerta del piso que había a mano izquierda en el tercer descansillo se encontraba entreabierta. Gregson la empujó para abrirla. Dentro todo estaba en absoluto silencio y oscuridad. Encendí una cerilla y con ella la linterna del detective. Cuando el parpadeo de la linterna se estabilizó en una llama, todos soltamos un ahogado grito de asombro. En las tablas de pino del suelo sin alfombra, apareció un rastro de sangre fresca. Los pasos rojos apuntaban

hacia nosotros y procedían de una habitación del interior, cuya puerta se encontraba cerrada. Gregson la abrió por la fuerza y sostuvo su resplandeciente lámpara delante de él, mientras todos escudriñábamos ansiosos hacia allí por encima de sus hombros.

En medio de la habitación vacía se hallaba la figura crispada de un hombre enorme, con un rostro bien afeitado y moreno, retorcido de forma grotesca y espantosa, y con la cabeza rodeada por un pálido halo carmesí de sangre; yacía dentro un amplio círculo húmedo sobre la clara tarima. Tenía las rodillas dobladas, las manos en un espasmo de agonía, y del centro de su garganta ancha, atezada, vuelta hacia el techo, sobresalía el mango blanco de un cuchillo con la hoja completamente hundida en su cuerpo. Como era gigantesco, el hombre debía de haber caído al suelo derribado como un buey tras esa cuchillada espantosa. Junto a su mano derecha, había un impresionante puñal de mango de cuerno y doble filo, y cerca de este, un guante negro de cuero.

—¡Por Dios bendito! ¡Es el mismísimo Negro Gorgiano! —exclamó el detective americano—. Esta vez, alguien se nos ha adelantado.

—Aquí en la ventana está la vela, señor Holmes —dijo Gregson—. Vaya, pero ¿qué está haciendo?

Holmes había cruzado rápidamente la habitación, había encendido la vela, y estaba asomándola a la ventana y retirándola repetidas veces. Entonces, miró atentamente la oscuridad, apagó la vela de un soplo, y la tiró al suelo.

—Creo sinceramente que eso nos será de ayuda —dijo.

Se acercó y permaneció sumido en sus pensamientos mientras los dos profesionales examinaban el cuerpo.

—Dice que esas tres personas salieron del piso mientras esperaban abajo —dijo, por fin—. ¿Los han visto de cerca?

—Sí, lo hice.

—¿Había entre ellos un tipo de alrededor de los treinta, barba negra, moreno, de estatura media?

—Sí, fue el último que pasó a mi lado.

—Ese es nuestro hombre, creo. Puedo darle su descripción, y tenemos un excelente dibujo de su huella del pie. Eso debería bastarles.

—No mucho, señor Holmes, si pensamos en los millones de huellas que hay en Londres.

—Puede que no. Por eso pensé que lo mejor era convocar a esta dama en su ayuda.

Todos nos volvimos a esas palabras. Allí, enmarcada en el vano de la entrada, había una mujer alta y guapa: el misterioso huésped de Bloomsbury. Avanzó lentamente, con el rostro pálido y tenso por una terrible aprensión, con los ojos desorbitados, con la mirada aterrada clavada en el cuerpo moreno del suelo.

—¡Lo han matado! —murmuró—. Oh, *Dio mio,* ¡lo han matado!

Entonces, oí cómo tomaba aire profunda y repentinamente, y saltaba con un grito de alegría. Bailó dando vueltas y vueltas por la habitación, aplaudiendo con las manos, con sus ojos oscuros centelleando de feliz asombro, y saliendo de sus labios mil bonitas exclamaciones italianas. Era horrible y sorprendente ver a una mujer tan trastornada de alegría ante semejante visión. De repente, se detuvo y nos miró a todos con una mirada inquisitiva.

—¡Ustedes…! ustedes son policías, ¿no? Han matado a Giuseppe Gorgiano. ¿No es así?

—Somos policías, señora.

Miró a su alrededor hacia las sombras de la habitación.

—Pero, y entonces, ¿dónde está Gennaro? —preguntó—. Es mi marido, Gennaro Lucca. Yo soy Emilia Lucca, y venimos de Nueva York. ¿Dónde está Gennaro? Me estaba llamando hace un momento desde esta ventana, y he corrido todo lo que he podido.

—Era yo quien la llamaba —dijo Holmes.

—¡Usted! ¿Cómo pudo llamarme?

—Su código no es difícil, señora. Su presencia aquí era deseable. Sabía que solo tenía que hacer los destellos de *vieni* y que vendría sin lugar a dudas.

La guapa italiana miró estupefacta a mi compañero.

—No comprendo cómo sabe esas cosas —dijo—. Giuseppe Gorgiano… ¿cómo ha…?

Se quedó callada, y, de repente, su rostro se iluminó de orgullo y felicidad.

—¡Ya veo! ¡Mi Gennaro! Mi maravilloso y guapo Gennaro me ha protegido de todo mal, lo hizo él, ¡mató al monstruo con sus fuertes manos! Ah, Gennaro, ¡qué extraordinario eres! ¿Qué mujer se merece a un hombre así?

—Bueno, señora Lucca —dijo el prosaico Gregson, poniendo su mano en la manga de la dama con la misma emoción con que detiene a un vándalo de Notting Hill—, todavía no tengo muy claro quién es usted ni qué es usted, pero ha dicho suficiente para que resulte evidente que la necesitaremos en Scotland Yard.

—Un momento, Gregson —dijo Holmes—. Me da la impresión de que puede que esta dama esté ansiosa por darnos tanta información como podamos obtener. ¿Comprende, señora, que su marido será arrestado y juzgado por la muerte del hombre que yace ante nosotros? Lo que diga puede ser usado como prueba. Sin embargo, si cree que ha actuado por motivos que no son condenables, y que él desearía que los conociéramos, entonces, la mejor manera de serle de utilidad es contándonos toda la historia.

—Ahora que Gorgiano ha muerto no tenemos miedo de nada —dijo la dama—. Era un demonio y un monstruo, y no puede haber juez en el mundo que castigue a mi marido por haberlo matado.

—En ese caso —dijo Holmes—, sugiero que cerremos esta puerta, dejemos las cosas como nos las hemos encontrado, vayamos con esta dama a sus habitaciones, y nos formemos una opinión tras oír lo que tiene que decirnos.

Media hora más tarde, nos hallábamos sentados, los cuatro, en la pequeña sala de estar de la signora Lucca, escuchando el singular relato de esos acontecimientos siniestros, cuyo final habíamos tenido oportunidad de presenciar. Hablaba en un inglés rápido y fluido, pero muy poco ortodoxo, que corregiré en beneficio de la claridad.

—Nací en Posilippo, cerca de Nápoles —dijo—, y mi padre fue Augusto Barelli, el abogado más importante de esa región, e incluso llegó a ser diputado. Gennaro era empleado de mi padre, y me enamoré de él, como le pasaría a cualquier mujer. No tenía ni dinero ni buena posición, nada excepto su belleza y su energía, así que mi padre prohibió el matrimonio. Nos fugamos juntos, nos casaron en Bari, y vendí mis joyas para obtener el dinero que nos llevaría a América. Eso fue hace cuatro años, y hemos estado siempre en Nueva York desde entonces.

»Al principio, la fortuna nos fue muy favorable. Gennaro le hizo un favor a un caballero italiano… lo salvó de unos canallas en ese sitio llamado Bowery, y se ganó así un poderoso amigo. Se llamaba Tito Castalotte, y era el socio mayoritario de la gran firma Castalotte y Zamba, la principal empresa importadora de fruta de Nueva York. El signor Zamba está impedido, y nuestro nuevo amigo, Castalotte, tenía todo el poder dentro de la sociedad, que daba empleo a más de trescientos hombres. Le dio trabajo a mi marido, le convirtió en jefe de un departamento, y le demostró su buena voluntad de todas las formas posibles. El signor Castalotte era soltero, y creo que tenía a Gennaro por un hijo, y ambos, mi marido y yo, le queríamos como si fuera nuestro padre. Habíamos alquilado y amueblado una casita en Brooklyn, y todo nuestro futuro parecía asegurado cuando apareció esa nube negra, que pronto hubo de cubrir nuestro horizonte.

»Una noche, cuando Gennaro regresó de su trabajo, se trajo consigo a un paisano. Se llamaba Gorgiano, y había venido también de Posilippo. Era un hombre enorme, como pueden atestiguar por el tamaño de su cadáver. No solo tenía el cuerpo de un gigante, sino que todo en él era grotesco, desmesurado y aterrador. Su voz era como un trueno en nuestra casita. Apenas había habitación para el remolino de sus grandes brazos cuando hablaba. Sus pensamientos, sus emociones, sus arrebatos, todo era exagerado y monstruoso. Hablaba, o más bien bramaba, con tal energía que los demás no podían sino quedarse sentados y escuchar, intimidados con el impetuoso torrente de palabras. Sus ojos centelleaban hacia una y te dejaban a su merced. Era un hombre temible y formidable. ¡Gracias a Dios que está muerto!

»Volvió a casa una y otra vez. Sin embargo, yo era consciente de que Gennaro no se sentía más feliz que yo en su presencia. Mi pobre marido se quedaba sentado, pálido y apático, mientras escuchaba el interminable desvarío sobre política y cuestiones sociales que constituía la conversación de nuestro visitante. Gennaro no decía nada, pero yo, que lo conocía tan bien, podía ver en su rostro cierta emoción que no había visto nunca antes. Al principio pensé que era desagrado. Y luego, poco a poco, comprendí que era algo más que desagrado. Era miedo: un miedo profundo, secreto, humillante, que lo empequeñecía. La noche en que descifré esa emoción, lo abracé y le rogué por el amor que me tenía a mí y a todo lo que le era querido que no me ocultara nada y que me contara por qué ese hombre enorme le hacía sombra de esa manera.

»Me lo contó, y se me heló el corazón mientras le escuchaba. Mi pobre Gennaro, en sus días de locuras y arrebatos, cuando todo el mundo parecía estar contra él y se había desquiciado por las injusticias de la vida, se había unido a una sociedad napolitana, el Círculo Rojo, que estaba relacionada con los antiguos carbonarios. Los juramentos y secretos de esa hermandad eran espeluznantes, y una vez entrabas no había escapatoria posible. Cuando huimos a América, Gennaro pensó que se había librado de todo aquello para siempre. Cuál fue su espanto una tarde al encontrarse en la calle al mismo hombre que lo había iniciado a él en Nápoles, el gigante Gorgiano, un hombre que se había ganado el nombre de “la Muerte” en el sur de Italia, porque tenía las manos manchadas de sangre hasta el brazo. Había venido a Nueva York para evitar a la policía italiana, y había implantado una filial de su horrible empresa en su nuevo hogar. Todo esto me lo contaba Gennaro mientras me mostraba una citación que había recibido ese mismo día, con un círculo rojo dibujado en el encabezamiento, donde decía que se mantendría una reunión en cierta fecha, y que se requería y ordenaba su presencia.

»Eso era bastante malo, pero lo peor estaba por venir. Me había dado cuenta hacía un tiempo que, cuando Gorgiano venía a vernos por las tardes, y lo hacía a menudo, se quedaba mucho hablando conmigo; e incluso cuando sus palabras eran para mi marido, aquellos ojos suyos, terribles, penetrantes, de bestia feroz, me miraban a mí. Una noche salió a la luz su

secreto. Había despertado en él algo que él llamaba “amor”… el amor de una bestia… de un salvaje. Gennaro todavía no había vuelto cuando llegó él. Se metió por la fuerza en casa, me agarró entre sus fuertes brazos, me abrazó con la fuerza de un oso, me cubrió de besos, y me imploró que me marchara con él de allí. Estaba forcejeando y gritando cuando Gennaro entró y lo atacó. Dejó a Gennaro sin sentido y huyó de la casa para no volver. A cambio, esa noche nos ganamos un enemigo mortal.

»Al cabo de unos días tuvo lugar la reunión. La cara de Gennaro al volver ya me dejó claro que había sucedido algo horrible. Era peor de lo que hubiésemos podido imaginar. Los fondos de la sociedad se obtenían de chantajear a italianos ricos y de amenazarlos con violencia en el caso de que se negaran a pagar. Resultó que habían abordado a Castalotte, nuestro querido amigo y benefactor. Se había negado a ceder a las amenazas, y había dado aviso a la policía. Se había decidido que darían ejemplo con él para impedir que se rebelaran más víctimas. En el encuentro se convino que los volarían a él y a su casa con dinamita. Se decidió al azar quién llevaría a cabo el asesinato. Gennaro vio cómo el cruel rostro de nuestro enemigo le sonreía mientras metía la mano en la bolsa. Sin duda, estaba amañado de alguna manera, porque fue el disco fatal con el círculo rojo en él, la orden de asesinato, lo que había sobre su palma al abrirla. Debía matar a su mejor amigo o nos expondría a mí y a sí mismo a la venganza de sus camaradas. Esta diabólica organización castiga a aquellos que temen u odian causando daño no solo a ellos, sino a aquellos que aman, y saber esto aterrorizaba a mi pobre Gennaro día y noche. Estaba a punto de volverse loco de aprensión.

»Estuvimos abrazados el uno al otro toda la noche, dándonos fuerza mutuamente para los problemas que se presentaban ante nosotros. Se había fijado el atentado para la tarde siguiente. Cerca de mediodía mi marido y yo estábamos de camino a Londres, pero no antes de que hubiésemos advertido encarecidamente a nuestro benefactor de ese peligro, y le hubiésemos dejado también tanta información a la policía como para proteger su vida en el futuro.

»Lo demás, caballeros, ya lo saben ustedes mismos. Estábamos seguros de que nuestros enemigos nos perseguirían como si fueran nuestras mismas

sombras. Gorgiano tenía sus propios motivos para vengarse, pero, aunque no los tuviera, ya sabíamos lo despiadado, artero e infatigable que podía llegar a ser. Tanto Italia como América estaban llenas de historias de sus macabras habilidades. Si alguna vez tuvo deseos de usarlas, fue entonces. Mi amado se valió de los pocos días de ventaja que nuestra partida nos había proporcionado para preparar un refugio para mí, de tal manera que ningún posible peligro pudiera alcanzarme. Por su parte, deseaba estar libre para poder comunicarse tanto con la policía americana como con la italiana. Yo misma no sé dónde vivía, ni cómo. Me enteraba de todo a través de los anuncios de un periódico. Sin embargo, una vez, mientras miraba por mi ventana, vi a dos italianos que vigilaban la casa, y comprendí que, de alguna manera, Gorgiano había encontrado nuestro escondite. Por fin, Gennaro me contó, a través del periódico, que me haría señas desde cierta ventana de enfrente, pero cuando las señales llegaron, no eran nada más que advertencias, y de pronto pararon. Ahora parece muy claro que sabía que Gorgiano le pisaba los talones, y que, ¡gracias a Dios!, estaba preparado cuando llegó. Y ahora, caballeros, me gustaría preguntarles si debemos tener miedo de la policía, o si algún juez en el mundo condenaría a mi Gennaro por lo que ha hecho.

—Pues bien, señor Gregson —dijo el americano mirando al oficial—, no sé cuál será el punto de vista británico, pero supongo que en Nueva York el marido de esta dama va a recibir más de una muestra de agradecimiento.

—Tendrá que venir conmigo y ver al jefe —respondió Gregson—. Si lo que dice queda corroborado, no creo que ni ella ni su marido tengan mucho que temer. Pero, a lo que no le encuentro ni pies ni cabeza, señor Holmes, es a cómo demonios se ha visto usted mezclado en el asunto.

—Por aprender, Gregson, por aprender. Por seguir buscando el conocimiento en la vieja universidad. Bueno, Watson, tiene un ejemplo más de lo trágico y lo grotesco que añadir a su colección. Por cierto, aún no son las ocho, ¡y hay velada de Wagner en el Covent Garden! Si nos damos prisa, podemos llegar al segundo acto.

LA AVENTURA DE LOS PLANOS DEL BRUCE-PARTINGTON

Durante la tercera semana de noviembre de 1895, una densa niebla amarilla se asentó en Londres. Del lunes al jueves, creo que ni siquiera se podía ver, desde nuestras ventanas de Baker Street, la silueta de las casas de enfrente. El primer día, Holmes se lo había pasado indexando las entradas de su enorme libro de referencias. El segundo y el tercero se había dedicado pacientemente a un tema que había convertido en un pasatiempo desde hacía poco: la música de la Edad Media. Pero cuando, por cuarta vez, después de levantarnos tras el desayuno, vimos el remolino grasiento de un marrón mortecino, que pasaba a la deriva por delante de nosotros y que se condensaba en gotas aceitosas en los cristales de la ventana, la naturaleza impaciente e inquieta de mi camarada no pudo soportar esa monótona existencia por más tiempo. Se paseaba de un lado para otro de nuestra sala de estar nerviosamente, intentando controlar toda la energía contenida, mordiéndose las uñas, dando golpecitos a los muebles, y exasperándose con la inactividad.

—¿Algo interesante en el periódico, Watson? —dijo.

Era consciente de que por algo interesante Holmes quería decir algún crimen de interés. Había noticias de una revolución, de una posible guerra, y de un inminente cambio de gobierno, pero esas cosas no estaban entre las preferencias de mi compañero. No logré ver nada registrado con forma de crimen que no fuera común y trivial. Holmes refunfuñó y retomó sus nerviosas idas y venidas.

—El crimen de Londres es, desde luego, un tipo aburrido —dijo con la voz quejumbrosa del deportista al que le ha fallado el contrincante.

—Mire por esta ventana, Watson. Vea cómo las figuras se ciernen, se ven borrosamente, y luego se confunden de nuevo con el banco de nubes. El ladrón o el asesino podrían vagar por Londres en un día así como lo hace el tigre en la selva, sin ser visto hasta que se abalanza sobre su víctima, y entonces, obviamente, solo lo ve esta.

—Ha habido abundantes hurtos —dije.

Holmes resopló con desdén.

—Este escenario magnífico y sombrío está preparado para algo más respetable que eso —dijo—. Es una suerte para esta sociedad que no sea yo un criminal.

—¡Pues sí, la verdad! —dije sinceramente.

—Suponga que fuese Brooks o Woodhouse, o cualquiera de los cincuenta hombres que tienen una buena razón para quitarme la vida, ¿cuánto tiempo podría sobrevivir a mi propia persecución? Una cita, un encuentro fingido, y acabaría todo. Menos mal que no tienen días de niebla en los países latinos… los países del asesinato. ¡Cielo santo! Por fin viene algo para romper con nuestra letal monotonía.

Era la doncella con un telegrama. Holmes lo abrió impaciente y estalló en una carcajada.

—¡Bueno, bueno! ¿Qué pasará? —dijo—. Mi hermano, Mycroft, se va a pasar por aquí.

—¿Por qué lo dice?

—¿Que por qué lo digo? Es como si se tropezase con un tranvía al bajar por un camino de pueblo. Mycroft tiene sus raíles y corre por ellos. Su alojamiento en Pall Mall, el club Diógenes, Whitehall… ese es su trayecto. Una vez, y solo una, ha estado aquí. ¿Qué suceso habrá sido capaz de descarrilarlo?

—¿No lo explica?

Holmes me tendió el telegrama de su hermano.

> Debo verte por Cadogan West. Llego de inmediato.
>
> MYCROFT

—¿Cadogan West? Me suena el nombre.

—No me viene nada a la memoria. Pero ¡qué extraño es que Mycroft se salga de su rutina de esta forma! Quizá se salga también de su órbita un planeta. Por cierto, ¿usted sabe qué es Mycroft?

Tenía algún vago recuerdo de una explicación de la época de la *Aventura del intérprete griego*.

—Me dijo que tenía cierto pequeño despacho dependiente del Gobierno británico.

Holmes se rió entre dientes.

—No lo conocía lo bastante bien en aquel momento. Uno tiene que ser discreto cuando habla de importantes asuntos de estado. Tiene razón al pensar que está bajo jurisdicción del Gobierno británico. También la tendría si dijera que, de vez en cuando, es el Gobierno británico.

—¡Qué me dice, Holmes!

—Sabía que le sorprendería. Mycroft cobra cuatrocientas cincuenta libras al año, sigue siendo un subordinado, no tiene ambiciones de ninguna clase, no obtendrá ni una condecoración ni ningún título, pero aun así es el hombre más indispensable del país.

—Pero ¿cómo?

—Bueno, su puesto es excepcional. Se lo ha creado él mismo. Nunca ha habido algo semejante antes, ni lo habrá en el futuro. Posee el cerebro más ordenado y metódico, con la mayor capacidad existente para almacenar datos, que tenga cualquier hombre con vida. Las mismas grandes aptitudes que yo he encaminado hacia la investigación criminal las ha utilizado él para esta tarea en concreto. Las conclusiones de cada ministerio pasan por él, y él es la casa de cambio central, el banco que calcula el balance. Todos los demás hombres son especialistas, pero su especialidad es la omnisciencia. Supongamos que un ministro necesita información relacionada con un aspecto que implica a la Armada, India, Canadá y la cuestión del bimetalismo; podría obtener los consejos por separado de diferentes ministerios sobre cada uno, pero solo Mycroft puede hacer que converjan todos ellos, y decir de forma instantánea cómo afectaría cada factor al otro. Comenzaron utilizándolo como un atajo, una ventaja; ahora se ha hecho a sí mismo esencial. En ese gran cerebro suyo todo lo habido y por haber tiene su lugar asignado y puede ser extraído en un instante. Una y

otra vez su palabra ha decidido la política nacional. Vive para ella. No piensa en nada más, excepto cuando, como ejercicio intelectual, se relaja al pasarme de visita y le pido que me asesore acerca de uno de mis pequeños problemas. Pero Júpiter va a bajar hoy de las alturas. ¿Qué demonios puede significar? ¿Quién es Cadogan West y qué significa para Mycroft?

—¡Lo tengo! —exclamé, y me zambullí en el montón de papeles que había sobre el sofá—. Sí, sí, aquí está, ¡efectivamente! Cadogan West era el joven a quien encontraron muerto en el metro el martes por la mañana.

Holmes se puso firme en su asiento, con la pipa a medio camino de sus labios.

—Esto debe de ser grave, Watson. Una muerte que haya ocasionado que mi hermano cambie sus costumbres no puede ser una muerte corriente. ¿Qué diablos puede tener él que ver con esto? El caso era anodino por lo que recuerdo. Al parecer, el joven se había caído del tren y se había matado. No le habían atracado, y no había ningún motivo concreto para sospechar un acto violento. ¿No es así?

—Ha habido una investigación oficial —dije— y han salido a la luz muchos datos nuevos. Considerándolo con más atención, desde luego diría que es un caso curioso.

—A juzgar por su efecto en mi hermano, pensaría que debe de ser uno fuera de lo común. —Se arrellanó en su sillón—. Ahora, Watson, vayamos a los hechos.

—El nombre del tipo era Arthur Cadogan West. Tenía veintisiete años, soltero, y empleado en el arsenal de Woolwich.

—Funcionario del Gobierno. ¡Ahí está la relación con mi hermano!

—Se marchó de Woolwich repentinamente el lunes por la noche. Fue visto por última vez por su prometida, la señorita Violet Westbury, a quien dejó bruscamente en la niebla alrededor de las 7.30 de esa tarde. No se produjo ninguna pelea entre ellos y no conoce el motivo para que actuara así. La siguiente cosa que se sabe de él es que su cadáver fue descubierto por un ferroviario llamado Mason, justo a la salida de Aldgate Station en la red de metro de Londres.

—¿Cuándo?

—El cuerpo se encontró a las seis de la mañana del martes. Yacía atravesado sobre los raíles, en la vía de la izquierda mirando al este, cerca de la estación, donde el carril sale del túnel por el que va. La cabeza estaba completamente aplastada; una herida que podía haber sido causada perfectamente por una caída desde el tren. El cuerpo solo pudo haber llegado a la vía de esa manera. Si lo hubiesen bajado desde alguna calle cercana, hubiese debido pasar por las barreras de la estación, donde siempre hay un cobrador. Este punto parece claro.

—Muy bien. El caso está bastante bien definido. El hombre, vivo o muerto, o cayó o lo tiraron desde un tren. Me parece muy claro. Siga.

—Los trenes que pasan junto al lugar en que se encontró el cuerpo son los que van de oeste a este; algunos son estrictamente metropolitanos, otros proceden de Willesden y de empalmes de la periferia. Se puede afirmar a ciencia cierta que este joven, cuando halló la muerte, estaba viajando en esa dirección a alguna hora avanzada de la noche, pero en qué punto entró en el tren es imposible afirmarlo.

—Su billete, por supuesto, lo indicaría.

—No había ningún billete en sus bolsillos.

—¡Ningún billete! Madre mía, Watson, eso sí que es realmente peculiar. Según mi experiencia, no es posible llegar al andén de un tren metropolitano sin presentar el billete. Es de suponer, entonces, que el joven tenía uno. ¿Se lo quitaron para encubrir la estación de la que venía? Es posible. ¿O se le cayó en el vagón? Eso también es posible. Pero este elemento tiene su interés. Entiendo que no hay signos de atraco.

—Al parecer, no. Aquí hay una lista de sus pertenencias. Tenía dos libras con quince en el bolsillo. Y una chequera de la sucursal de Woolwich del Capital & Counties Bank. Gracias a eso se esclareció su identidad. Había también dos entradas para el palco de platea del teatro de Woolwich, con fecha de esa misma tarde. También un legajo pequeño de documentos técnicos.

Holmes dejó escapar una exclamación satisfecho.

—¡Ahí lo tenemos por fin, Watson! Gobierno británico: arsenal de Woolwich: documentos técnicos: mi hermano Mycroft. La secuencia está completa. Y ahí viene, si no me equivoco, para contárnoslo él mismo.

Un momento después, la doncella hizo pasar a la habitación a la silueta alta y corpulenta de Mycroft Holmes. Fornido y robusto, su figura sugería torpeza física; encima de ese inmanejable marco reposaba una cabeza de frente majestuosa; de ojos gris acero, hundidos, pero muy despiertos; de labios tan firmes, y de expresión tan matizada, que, tras la primera mirada, uno se olvidaba de la zafiedad del cuerpo y solo recordaba la mente dominante.

Pisándole los talones, llegaba nuestro viejo amigo Lestrade de Scotland Yard… delgado y austero. La seriedad de ambos rostros presagiaba alguna misión grave. El detective nos dio la mano sin mediar una palabra. Mycroft Holmes se quitó con dificultad el abrigo y se dejó caer en una silla.

—Un asunto muy molesto, Sherlock —dijo—. Me desagrada sumamente alterar mis costumbres, pero los que mandan no aceptarían una negativa. En el presente estado de Siam, es muy inoportuno que esté fuera de la oficina. Sin embargo, tenemos una crisis real. Nunca he visto al primer ministro tan contrariado. En cuanto al Almirantazgo… hierve de actividad como una colmena tirada al suelo. ¿Has estudiado el caso?

—Lo acabamos de hacer. ¿Cuáles son los documentos técnicos?

—Ah, ¡ahí está todo! Afortunadamente, no ha salido a la luz. La prensa estaría frenética si lo hubiese hecho. Los documentos que este miserable joven tenía en su bolsillo eran los planos del submarino Bruce-Partington.

Mycroft Holmes hablaba con una solemnidad que mostraba su percepción de la importancia del tema. Su hermano y yo nos quedamos expectantes.

—Habrás oído hablar de ello, ¿verdad? Creía que todo el mundo lo había hecho.

—Solo el nombre.

—Su importancia no es exagerada. Ha sido el secreto gubernamental mejor guardado. Puedo decirte que la guerra naval se vuelve un juego de niños en el radio de acción de un Bruce-Partington. Hace dos años se desvió secretamente una suma muy considerable de los presupuestos que se invirtió en la adquisición del monopolio de la invención. Se han hecho todos los esfuerzos posibles para mantener el secreto. Los planos, que son extremadamente abstrusos y constan de aproximadamente treinta patentes

distintas, cada una esencial para el funcionamiento del conjunto, están guardados en una complicada caja fuerte en una oficina secreta anexa al arsenal, con puertas y ventanas a prueba de robo. No hay circunstancias concebibles por las que sacar los planos de la oficina. Hasta el principal constructor de la Armada se veía obligado a ir ex profeso a la oficina de Woolwich si deseaba consultarlos. Y, a pesar de todo, nos los encontramos ahí, en el bolsillo de un auxiliar, en el corazón de Londres. Desde el punto de vista oficial, es, sencillamente, espantoso.

—Pero ¿los habéis recuperado?

—No, Sherlock, ¡no! Ese es el problema. No los tenemos. Se llevaron diez documentos de Woolwich. Había siete en el bolsillo de Cadogan West. Los tres más necesarios se han esfumado… los han robado, han desaparecido. Tienes que dejarlo todo, Sherlock. No importan nada tus insignificantes rompecabezas habituales de juzgado municipal. Es un asunto de importancia internacional lo que tienes que resolver. ¿Por qué cogió Cadogan West los documentos? ¿Dónde están los que faltan? ¿Cómo murió? ¿Cómo llegó su cuerpo donde lo encontraron? ¿Cómo se puede reparar el daño? Encuentra la respuesta para todas estas preguntas, y le habrás hecho un gran servicio a tu patria.

—¿Por qué no lo resuelves tú, Mycroft? Eres tan perspicaz como yo.

—Es posible, Sherlock. Sin embargo, la cuestión consiste en conseguir detalles. Dame tus detalles, y, desde un sillón, te ofreceré a cambio una excelente opinión de experto. Pero correr de acá para allá, interrogar a guardavías y tirarme al suelo con una lupa en el ojo… no es mi especialidad. No, eres el único hombre que puede aclarar el asunto. Si te apetece ver tu nombre en la próxima lista de condecorados…

Mi amigo sonrió y negó con la cabeza.

—Juego porque me gusta jugar —dijo—. El problema presenta, ciertamente, algunos aspectos interesantes, y me gustaría investigarlo. Dame algunos datos más, por favor.

—He anotado los imprescindibles en esta hoja de papel, junto con unas pocas direcciones que te resultarán de ayuda. El auténtico custodio oficial de los documentos es el célebre experto del Gobierno sir James Walter, cuyas condecoraciones y títulos menores llenan dos líneas de un libro de

referencia. Le han salido canas sirviendo al país, es un caballero, uno de los invitados preferidos de las casas más eminentes, y, por encima de todo, un hombre cuyo patriotismo queda fuera de toda sospecha. Es una de las dos personas que tienen una llave de la caja fuerte. Puedo añadir, sin lugar a dudas, que los documentos se encontraban en la oficina durante las horas laborales del lunes, y que sir James se marchó a Londres alrededor de las tres, llevándose su llave con él. Pasó toda la tarde en casa del almirante Sinclair, en Barclay Square, cuando sucedió el incidente.

—¿Se ha comprobado ese hecho?

—Sí, su hermano, el coronel Valentine Walter, ha atestiguado su salida de Woolwich, y el almirante Sinclair su llegada a Londres; así que sir James ya no es un factor directo en el problema.

—¿Quién era el otro hombre con llave?

—El superior de Cadogan y delineante, el señor Sidney Johnson. Es un hombre de cuarenta años, casado, con cinco hijos. Es un hombre callado e irascible, pero tiene, en conjunto, un expediente impecable en la administración pública. Es impopular entre sus colegas, pero es un trabajador infatigable. A tenor de su propio informe, corroborado únicamente por la palabra de su esposa, estuvo en su casa toda la tarde del lunes después de las horas de oficina, y su llave nunca abandonó la cadena de reloj de donde colgaba.

—Háblanos de Cadogan West.

—Ha servido al país durante diez años y ha hecho un buen trabajo. Tiene fama de ser un hombre impulsivo y arrogante, pero franco y honrado. No tenemos nada contra él. Era el subordinado de Sidney Johnson en la oficina. Sus responsabilidades implicaban un contacto diario y directo con los planos. Nadie más tenía ese manejo de ellos.

—¿Quién guardó bajo llave los planos esa noche?

—El señor Sidney Johnson, el superior.

—Bien, sin duda está perfectamente claro quién se los llevó. De hecho, se encontraron en poder de ese funcionario auxiliar, Cadogan West. Eso parece el final del asunto, ¿no?

—Sí, Sherlock, y, a pesar de todo, deja mucho sin explicar. En primer lugar, ¿por qué los cogería?

—Supongo que son valiosos.

—Podría haber sacado varios miles por ellos muy fácilmente.

—¿Puedes sugerir algún motivo posible para llevarse los documentos a Londres salvo para venderlos?

—No, no puedo.

—Entonces, debemos asumirlo como nuestra hipótesis de trabajo. El joven West se llevó los documentos. Ahora bien, esto solo podía hacerse teniendo una ganzúa…

—Varias ganzúas. Tenía que abrir el edificio y la sala.

—Tenía, pues, varias ganzúas. Se llevó los documentos a Londres para vender el secreto con la intención, no cabe duda, de tener los planos de vuelta en la caja a la mañana siguiente, antes de que los echaran en falta. Aunque, en Londres, en el curso de esa traición, encontró su fin.

—¿Cómo?

—Supongamos que estaba viajando de vuelta a Woolwich cuando fue asesinado y arrojado fuera del compartimento.

—Aldgate, donde se halló el cuerpo, está bastante más allá de la estación de London Bridge, que sería su camino hacia Woolwich.

—Pueden suponerse muchas circunstancias por las que se pasaría London Bridge. Por ejemplo, había alguien en el vagón con quien estaba manteniendo una conversación absorbente; esta entrevista condujo a una escena violenta en la que perdería la vida. Es posible que intentase abandonar el vagón, cayese a las vías, y hallara así su final. El otro cerró la puerta. Había una densa niebla y no se pudo ver nada.

—Con nuestro conocimiento actual, no se puede dar una explicación mejor. No obstante, Sherlock, ten en cuenta todo lo que dejas sin explicar. Supongamos, como hipótesis, que el joven Cadogan West había decidido transportar estos documentos a Londres. Naturalmente, se hubiese citado con el espía extranjero y para ello hubiese mantenido libre su tarde. En lugar de eso, se compró dos billetes para el teatro, acompañó a su prometida hasta medio camino de allí, y, entonces, de repente, desapareció.

—Una argucia —dijo Lestrade, que había estado escuchando con cierta impaciencia la conversación.

—Una muy peculiar. Esa es la objeción número uno. Objeción número dos. Supongamos que llega a Londres y ve al espía extranjero. Tiene que llevar de regreso los documentos antes de la mañana o la sustracción sería descubierta. Se llevó diez. Solo hay siete en su bolsillo. ¿Qué pasó con los otros tres? Desde luego, no se separaría de ellos por propia voluntad. Pero, aun así, ¿dónde está el precio de su traición? Uno se hubiese esperado encontrar una suma de dinero considerable en su bolsillo.

—A mí me parece perfectamente claro —dijo Lestrade—. No tengo duda alguna con respecto a lo sucedido. Se llevó los documentos para venderlos. Vio al agente. No lograron ponerse de acuerdo con el precio. Se puso en marcha para casa otra vez, pero el agente lo siguió con él. En el tren, el agente lo asesinó, cogió los papeles imprescindibles, y arrojó su cuerpo desde el vagón. Eso lo aclararía todo, ¿no es cierto?

—¿Por qué no tenía billete?

—El billete hubiese indicado qué estación era la más cercana a la casa del agente. Por tanto, lo cogió del bolsillo del hombre asesinado.

—Bien, Lestrade, muy bien —dijo Holmes—. Su teoría se tiene en pie. Pero, si esto es cierto, entonces el caso llega a su fin. Por una parte, el traidor está muerto. Por otra, es de suponer que los planos del submarino Bruce-Partington estén ya en el continente. ¿Qué más podemos hacer?

—Actuar, Sherlock… ¡actuar! —exclamó Mycroft poniéndose en pie de un salto—. Todo mi instinto se revela contra esta explicación. ¡Utiliza tus aptitudes! ¡Acércate a la escena del crimen! ¡Ve a ver a la gente afectada! ¡No dejes piedra sin remover! En toda tu carrera, no has tenido nunca una oportunidad tan importante de servir a tu país.

—¡Está bien, está bien! —dijo Holmes encogiéndose de hombros—. ¡Vamos, Watson! Y usted, Lestrade, ¿podría honrarnos con su compañía por una hora o dos? Comenzaremos nuestra investigación visitando Aldgate Station. Adiós, Mycroft. Te haré llegar un informe antes de la tarde, aunque te advierto de antemano que poco puedes esperar.

Una hora más tarde, Holmes, Lestrade y yo estábamos en la vía férrea del metro en el lugar en que salía del túnel, justo antes de Aldgate Station. Un

amable y anciano caballero de rostro enrojecido representaba a la compañía de ferrocarril.

—Este es el sitio donde yacía el cuerpo del joven —dijo indicando una mancha de alrededor de tres pies desde los raíles—. No pudo haber caído desde arriba, porque estas, como ven, son paredes ciegas. Por tanto, solo pudo haber llegado de un tren, y ese tren, hasta donde hemos podido averiguar, debió de pasar alrededor de la medianoche del lunes.

—¿Se examinaron los vagones en busca de algún signo de violencia?

—No había tales signos, y no se encontró ningún billete.

—¿Ningún registro de una puerta hallada abierta?

—Ninguno.

—Hemos obtenido cierto testimonio novedoso esta mañana —dijo Lestrade—. Un pasajero que pasaba por Aldgate en un tren metropolitano ordinario alrededor de las 11.40 de la noche del lunes ha declarado que oyó un golpe seco y pesado, como de un cuerpo al chocar con la vía, justo antes de que el tren alcanzara la estación. Sin embargo, había una densa niebla y no se podía ver nada. No informó de ello en ese momento. Vaya, ¿qué es lo que pasa con el señor Holmes?

Mi amigo se había quedado quieto con una expresión de intensa concentración en el rostro mientras miraba fijamente a las vías del ferrocarril en el punto en que se curvaban al salir del túnel. Aldgate es un empalme y había una red de cambios de agujas. En estos se clavaban sus ojos impacientes e inquisitivos, y vi en su rostro analítico y despierto esa tirantez de los labios, ese temblor de las ventanas de la nariz, y esa concentración en las cejas densas y encrespadas que me era tan familiar.

—Cambios de agujas —murmuraba—, los cambios de agujas.

—¿Qué pasa con ellos? ¿Qué quiere decir?

—Supongo que no hay un gran número de cambios de agujas en una combinación como esta.

—No, hay muy pocos.

—Y una curva, además. Cambios de aguja, y una curva. ¡Dios mío! Si no fuera más que eso.

—¿Qué hay, señor Holmes? ¿Tiene una pista?

—Una idea… un indicio, nada más. Pero el caso se pone más interesante. Excepcional, absolutamente excepcional, y, a pesar de ello, ¿por qué no? No veo ningún rastro de hemorragia en las vías.

—Apenas había sangre.

—Pero tengo entendido que era una herida considerable.

—El hueso estaba aplastado, pero no había una gran herida externa.

—Y, sin embargo, uno se hubiese esperado alguna hemorragia. ¿Me sería posible inspeccionar el tren que llevaba al pasajero que oyó el golpe seco?

—Me temo que no, señor Holmes. El tren ha sido dividido antes de que llegaran, y los vagones redistribuidos.

—Puedo asegurarle, señor Holmes —dijo Lestrade—, que se ha examinado cuidadosamente cada vagón. Me encargué de ello personalmente.

Una de las debilidades más obvias de mi amigo era impacientarse con inteligencias menos despiertas que la suya.

—Es muy probable —dijo, apartando la mirada—. Lo que sucede es que no son los vagones lo que deseo inspeccionar. Watson, aquí hemos hecho todo lo que hemos podido. No necesitamos molestarle más, señor Lestrade. Creo que ahora nuestras investigaciones nos llevan a Woolwich.

En London Bridge, Holmes le escribió a su hermano un telegrama que me tendió antes de enviarlo. Decía así:

> Se ve alguna luz en la oscuridad, pero es posible que se extinga. Mientras, por favor, manda por mensajero, para cuando regresemos a Baker Street, una lista completa de espías extranjeros o agentes internacionales que se sepa seguro que están en Inglaterra, con sus señas completas.
>
> SHERLOCK

—Eso debería servirnos de ayuda, Watson —comentó mientras tomábamos asiento en el tren de Woolwich—. Definitivamente, estamos en deuda con Mycroft por habernos dado a conocer este caso: promete ser verdaderamente excepcional.

En su rostro impaciente seguía distinguiéndose esa vehemencia que me indicaba que alguna circunstancia nueva y llamativa había iniciado un hilo de pensamiento estimulante. Si se mira a un perro con las orejas colgando y el rabo caído cuando está repantigado en las perreras, y se compara con el

mismo sabueso cuando, con los ojos brillantes y los músculos en tensión, corre tras un potente rastro de zorro, se comprenderá el cambio de este Holmes con respecto al de la mañana. Era un hombre diferente a la figura decaída e indolente que, en bata de color pardo, había vagado nerviosamente, solo unas pocas horas antes, en la habitación cercada por la niebla.

—Hay material aquí. Hay dónde actuar —dijo—. Soy un auténtico zopenco, por no haber comprendido sus posibilidades.

—Pues yo, incluso ahora, estoy a oscuras.

—Respecto al final, yo también lo estoy, pero me aferro a una idea que puede llevarnos lejos. El hombre halló la muerte en otra parte, y su cuerpo estaba en el techo de un vagón.

—¡En el techo!

—Excepcional, ¿no cree? Considere los hechos. ¿Es una coincidencia que se encontrara justo en el mismo lugar donde el tren cabecea y se bambolea al pasar sobre los cambios de aguja? ¿No es ese el lugar donde se podría esperar que cayera un objeto situado encima del techo? Los cambios de aguja no afectarían a ningún objeto dentro del tren. O el cuerpo cayó del techo o ha sucedido una coincidencia muy poco común. Y ahora reflexione en la cuestión de la sangre. Si estoy en lo cierto, no había signos de hemorragia en la vía puesto que el cuerpo se habría desangrado en otra parte. Cada hecho es sugerente por sí mismo. Juntos tienen una fuerza acumulativa.

—¡Y lo del billete también! —exclamé.

—Exacto. No podíamos explicar la ausencia de billete. Esto lo explicaría. Todo encaja.

—Pero suponiendo que fuese así, seguimos tan lejos como al principio de desenmarañar el misterio de su muerte. En realidad, no se vuelve más sencillo, sino más extraño.

—Quizá —dijo Holmes pensativo—, quizá.

Volvió a sumirse en un ensimismamiento silencioso, que duró hasta que el tren, que paraba en todas las estaciones, se aproximó por fin a Woolwich Station. Allí llamó a un coche y se sacó el papel de Mycroft del bolsillo.

—Tenemos una buena ronda de visitas vespertinas por hacer —dijo—. Creo que sir James Walter reclama nuestra atención en primer lugar.

La casa del célebre oficial era una magnífica mansión en el campo con verdes pastos que bajaban hasta el Támesis. Un mayordomo nos abrió cuando llamamos.

—¡Sir James, señor! —dijo con gesto solemne—. Sir James ha fallecido esta mañana.

—¡Cielo santo! —exclamó Holmes sorprendido—. ¿Cómo ha fallecido?

—Quizá desee pasar, señor, y ver a su hermano, el coronel Valentine.

—Sí, será lo mejor.

Nos hizo pasar a una sala de estar poco iluminada donde, poco después, se reunió con nosotros un hombre muy alto, apuesto, de barba clara, de cincuenta años: el hermano menor del científico muerto. Ojos enloquecidos, mejillas manchadas, y cabello despeinado, todo sugería el golpe repentino que había recibido la casa. Apenas lograba articular palabra al hablar de ello.

—Ha sido ese escándalo terrible —decía—. Mi hermano, sir James, era un hombre muy susceptible en lo relacionado con el honor, y no ha logrado sobrevivir a un asunto como este. Le ha roto el corazón. Estaba siempre tan orgulloso de la eficacia de su sección, eso fue un golpe demoledor.

—Teníamos la esperanza de que nos pudiera proporcionar algunas pistas que nos hubiesen ayudado a esclarecer el asunto.

—Les aseguro que todo esto era tan misterioso para él como lo es para ustedes y para todos nosotros. Ya había puesto en conocimiento de la policía todo lo que sabía. Por supuesto, no tenía duda de que Cadogan West era culpable. Pero todo lo demás era inconcebible.

—¿No puede ofrecernos un nuevo enfoque sobre el caso?

—Yo no sé nada aparte de lo que he leído u oído. No tengo el más mínimo deseo de resultar grosero, pero, como comprenderá, señor Holmes, estamos muy afectados en este momento, y debo pedirle que se dé prisa en terminar esta entrevista.

Cuando estuvimos de nuevo en el coche mi amigo me dijo:

—Esto sí que es una novedad inesperada. ¡Me pregunto si fue muerte natural o si el pobre hombre se dio muerte a sí mismo! Si es lo último,

¿podemos tomarlo como un síntoma de remordimiento por faltar a su deber? Debemos dejar esa pregunta para el futuro. Ahora hablaremos con los Cadogan West.

Una casa pequeña, aunque bien cuidada, en las afueras de la ciudad daba cobijo a la desconsolada madre. La anciana señora se hallaba demasiado aturdida por la pena como para sernos de alguna utilidad, pero, junto a ella, se encontraba una joven dama que se nos presentó como la señorita Violet Westbury, la prometida del difunto, y la última en verlo en esa noche fatídica.

—No consigo explicármelo, señor Holmes —nos decía—. No he dormido desde la tragedia, pienso, pienso y pienso día y noche en cuál puede ser el auténtico sentido de todo esto. Arthur era el hombre más resuelto, más caballeroso y más patriota de la tierra. Se hubiese amputado la mano derecha antes de vender un secreto de estado cuya custodia le hubiesen confiado. Es absurdo, imposible, descabellado para cualquiera que lo conociera.

—Pero ¿y los hechos, señorita Westbury?

—Sí, sí, admito que no puedo explicarlos.

—¿Le faltaba dinero?

—No, sus necesidades eran muy sencillas y su sueldo sustancioso. Había ahorrado unos cientos de libras e íbamos a casarnos en Año Nuevo.

—¿Ningún síntoma de alteración mental? Vamos, señorita Westbury, sea completamente sincera con nosotros.

La mirada despierta de mi compañero había percibido algún cambio en su comportamiento. Se ruborizó y vaciló.

—Sí —respondió por fin—, tuve la sensación de que tenía algo en mente.

—¿Durante mucho tiempo?

—Solo durante la última semana más o menos. Estaba pensativo y preocupado. Una vez le insistí sobre ello. Admitió que algo pasaba, y que estaba relacionado con su trabajo para el Estado. «Es demasiado peligroso para mí hablar sobre ello, incluso contigo», dijo. No pude sacarle nada más.

Holmes parecía muy serio.

—Siga, señorita Westbury. Aunque parezca que lo perjudica, siga. No podemos decir adónde nos puede llevar esto.

—De verdad, no tengo nada más que contarles. Un par de veces me pareció que estaba a punto de contarme algo. Me estuvo hablando una tarde de la importancia del secreto, y creo recordar que decía que no cabía duda de que los espías extranjeros pagarían generosamente para conseguirlo.

El rostro de mi amigo se puso todavía más serio.

—¿Algo más?

—Decía que éramos negligentes en esas materias… que se sería fácil para un traidor coger los planos.

—¿Hizo tales comentarios hace poco?

—Sí, hace bastante poco.

—Ahora háblenos de la última noche.

—Estábamos yendo al teatro. La niebla era tan densa que no se podía ir en coche. Fuimos andando, y nuestro camino nos llevó cerca de la oficina. De repente, salió corriendo hacia la niebla.

—¿Sin decir nada?

—Soltó una exclamación, eso fue todo. Estuve esperando, pero no volvió. Finalmente, me fui andando a casa. A la mañana siguiente, después de que abriera la oficina, vinieron a preguntarme. Alrededor de las doce, oímos las espantosas noticias. Ay, señor Holmes, ojalá pudiera salvar su honor, aunque solo fuera eso. Significaba mucho para él.

Holmes negó con la cabeza con tristeza.

—Vamos, Watson —dijo—, nuestros caminos nos llevan a otra parte. Nuestra siguiente parada debe ser la oficina de donde se llevaron los documentos.

—Ya lo tenía bastante mal este joven antes, pero lo que estamos averiguando se lo está poniendo peor —comentó mientras el coche salía con dificultad—. Su inminente matrimonio ofrece un motivo para el crimen. Por supuesto, quería dinero. Tenía la idea en la cabeza, puesto que habló sobre ello. Estuvo a punto de hacer a la chica cómplice de traición contándole sus planes. Es todo muy malo.

—Pero, Holmes, ¿no vale nada lo que dicen de su carácter? Y, por otro lado, ¿por qué abandonaría a la chica en la calle y saldría corriendo para

perpetrar una fechoría?

—¡Exacto! Ciertamente existen objeciones. Pero tienen que enfrentarse a argumentos formidables.

El señor Sidney Johnson, el superior de Cadogan, se reunió con nosotros en la oficina y nos recibió con ese respeto que la tarjeta de mi compañero siempre impone. Era un hombre delgado, brusco y con gafas, de mediana edad, mejillas macilentas y manos que se crispaban por la tensión nerviosa a la que había estado sometido.

—Es malo, señor Holmes, ¡muy malo! ¿Se ha enterado de la muerte sir James Walter?

—Acabamos de venir de su casa.

—Esto es un caos. El jefe, muerto; Cadogan West, muerto; nuestros documentos, robados. Y pensar que, cuando cerramos nuestra puerta el lunes por la tarde, éramos una oficina tan eficiente como cualquiera del Gobierno. ¡Dios mío! ¡Me da pánico pensar en ello! ¡Y de todos los hombres ha sido West el que ha hecho algo semejante!

—¿Está seguro de su culpabilidad, entonces?

—No veo otra posibilidad. Y, a pesar de todo, hubiese confiado en él como en mí mismo.

—¿A qué hora se cerró la oficina el lunes?

—A las cinco.

—¿Cerró usted?

—Siempre soy el último en salir.

—¿Dónde estaban los planos?

—En esa caja fuerte. Los puse allí yo mismo.

—¿No tiene un vigilante el edificio?

—Lo hay, pero tiene otros departamentos que atender también. Es un veterano, un hombre de la máxima confianza. No vio nada esa tarde. Claro que la niebla era muy densa.

—Suponga que Cadogan West desease introducirse en el edificio fuera de las horas de trabajo. Necesitaría tres llaves antes de poder llegar hasta los documentos, ¿no es así?

—Sí, así es. La llave de la puerta exterior, la llave del despacho, y la llave de la caja.

—¿Solo sir James Walter y usted tenían esas llaves?

—Yo no tenía llaves de las puertas: solo de la caja.

—¿Era sir James un hombre de costumbres regulares?

—Sí, creo que sí. Sé, en lo que respecta a esas tres llaves, que las guardaba en el mismo llavero. Las he visto en él con frecuencia.

—¿Y ese llavero le acompañaba a Londres?

—Eso decía.

—¿Y usted nunca dejó de estar en posesión de su llave?

—Nunca.

—Entonces, West, si es el culpable, debía haber tenido un duplicado. Y, sin embargo, no se encontró nada junto a su cuerpo. Otro detalle: si un empleado de esta oficina deseara vender los planos, ¿no le resultaría más sencillo copiarlos él mismo que llevarse los originales, como, de hecho, se hizo?

—Se requeriría un conocimiento técnico considerable para copiar los planos de manera eficaz.

—Y me imagino que o sir James, o usted, o West tenían ese conocimiento técnico.

—Sin duda lo teníamos, pero le ruego que no trate de enredarme en este asunto, señor Holmes. ¿Qué utilidad tiene que especulemos de esta manera cuando los planos originales se encontraron en poder de West?

—Porque es ciertamente peculiar que corriera el riesgo de llevarse los originales si podía hacer copias de forma segura, lo que le hubiese servido igualmente.

—Peculiar, sin duda… y, sin embargo, lo hizo.

—Cada avance en este caso nos conduce a otro hecho inexplicable. Ahora mismo hay tres documentos que siguen desaparecidos. Son, según tengo entendido, los fundamentales.

—Sí, así es.

—¿Quiere decir que cualquiera que posea esos tres documentos, y sin los siete restantes, podría construir un submarino Bruce-Partington?

—Informé a tal efecto al Almirantazgo. No obstante, hoy he estado estudiando los diseños otra vez y no estoy tan seguro de ello. Las válvulas dobles con las ranuras autoajustables automáticas están dibujadas en uno de

los documentos que han sido devueltos. A menos que los extranjeros las hubiesen inventado ellos mismos, no podrían fabricar la embarcación. Por supuesto, podrían superar pronto esa dificultad.

—Pero ¿los tres diseños que faltan son los más importantes?

—Indiscutiblemente.

—Con su permiso creo que ahora voy a darme una vuelta por el recinto. No recuerdo ninguna otra pregunta que le quisiera hacer.

Inspeccionó la cerradura de la caja fuerte, la puerta de la habitación, y, por último, las contraventanas de hierro de la ventana. Solo cuando estuvimos investigando en el césped de afuera, se despertó poderosamente su curiosidad. Había un arbusto de laurel al pie de la ventana, y varias de las ramas tenían indicios de haberse roto o torcido. Las inspeccionó minuciosamente con su lupa, y luego ciertas huellas leves e imprecisas en la tierra de debajo. Por último, le pidió al funcionario en jefe que cerrara las contraventanas de hierro, y me hizo observar que apenas se unían en el centro, y que hubiese sido posible para cualquiera ver desde fuera qué estaba ocurriendo dentro de la habitación.

—Los tres días de retraso han echado a perder las pistas. Pueden significar algo o nada. Bueno, Watson, no creo que Woolwich pueda sernos de más ayuda. Hemos recogido una parca cosecha. Veamos si podemos hacer las cosas mejor en Londres.

Todavía añadimos una gavilla más a nuestra siega antes de abandonar la estación de Woolwich. El empleado de la taquilla pudo decirnos con certeza que vio a Cadogan West —a quien conocía muy bien de vista— la noche del lunes, y que iba a Londres en el de las ocho y cuarto a London Bridge. Estaba solo y adquirió un billete de ida de tercera clase. En ese momento, el taquillero se quedó impresionado por su comportamiento nervioso y alterado. Tan tembloroso estaba que apenas podía recoger el cambio, y el empleado lo ayudó a hacerlo. Una consulta del horario nos desveló que el de las ocho y cuarto era el primer tren que le fue posible coger a West tras haber dejado a la dama cerca de las siete y media.

—Reconstruyamos los hechos, Watson —dijo Holmes tras media hora de silencio—. No recuerdo que, de entre todas nuestras investigaciones juntos, hayamos tenido alguna vez un caso que sea más difícil de abordar.

Cada nuevo avance que hacemos solo revela una nueva dificultad detrás. Y, sin embargo, hemos hecho, desde luego, algunos progresos significativos.

»Los resultados de nuestras pesquisas en Woolwich han perjudicado en conjunto al joven Cadogan West, pero las pistas de la ventana se prestarían a una hipótesis más favorable. Supongamos, por ejemplo, que un agente extranjero hubiese contactado con él. Podría haberlo hecho con tales precauciones que le hubiesen disuadido de hablar de ello, y, sin embargo, le hubiese afectado hasta el punto de mostrarse nervioso con su prometida. Muy bien. Ahora supongamos que, cuando se dirigió al teatro con la joven dama, de repente, en la niebla, vio fugazmente a ese mismo agente yendo en dirección a la oficina. Es un hombre impulsivo, de decisiones rápidas. Dejó todo a un lado ante su deber. Siguió al tipo, alcanzó la ventana, vio la sustracción de los documentos, y persiguió al ladrón. Con esta hipótesis, superamos la objeción de que nadie se llevaría unos originales cuando puede hacer copias. Este intruso tiene que coger los originales. Hasta aquí parece lógico.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Ahora llegamos a las dificultades. Uno pensaría que, en tales circunstancias, el primer acto del joven Cadogan West sería echar el guante al canalla y dar la alarma. ¿Por qué no lo hizo? ¿Podría haber sido un empleado de más rango quien cogiera los documentos? Eso explicaría la conducta de West. ¿O puede que su superior le hubiera dado esquinazo en la niebla, y West saliera disparado enseguida para Londres para llegar el primero a su destino, suponiendo que sabía a dónde se dirigía? La necesidad debió de ser muy apremiante, puesto que dejó a su chica en medio de la niebla y no hizo ningún esfuerzo para comunicarse con ella. Aquí desaparece nuestro rastro, y se abre un enorme vacío entre ambas hipótesis y el cuerpo de West, con siete documentos en el bolsillo, en el techo de un tren metropolitano. Mi instinto me dicta trabajar ahora desde el otro extremo. Si Mycroft nos ha proporcionado la lista de direcciones, es posible que seamos capaces de decidir quién es nuestro hombre y seguir dos rastros en lugar de uno.

Como esperábamos, nos aguardaba una nota en Baker Street. Un mensajero del Gobierno la había traído con gran celeridad. Holmes le echó un vistazo y me la pasó:

> Hay numerosos de poca monta, pero pocos que se quisieran encargar de un asunto tan grande. Los únicos hombres que vale la pena considerar son: Adolph Meyer, en Great George Street 13, Westminster; Louis La Rothière, en Campden Mansions, Notting Hill; y Hugo Oberstein, en Caulfield Gardens 13, Kensington. Se sabe que este último estuvo en la ciudad el lunes, y ahora se informa de que se ha marchado. Alegra oír que has visto alguna luz. El consejo de ministros aguarda tu informe final con suma preocupación. Han llegado reiteradas protestas de la más alta instancia. Tienes toda la fuerza del Estado detrás de ti si la necesitaras.
>
> MYCROFT

—Me temo —me dijo Holmes sonriendo— que ni todos los caballos ni todos los hombres de la reina son de utilidad en este asunto.

Había desplegado su gran mapa de Londres y se había inclinado sobre él con impaciencia.

—Bien, bien —dijo al rato satisfecho—, las cosas, por fin, se ponen un poco a nuestro favor. Vaya, Watson, creo honestamente que vamos a lograrlo después de todo. —Me dio una palmada en el hombro con un repentino ataque de risa—. Ahora voy a salir. Es solo un reconocimiento. No haría nada serio sin mi leal colega y biógrafo a mano. Quédese aquí, lo más probable es que vuelva a verme en una o dos horas. Pero si se le hace pesada la espera, coja papel y pluma, y empiece su relato de cómo salvamos el Estado.

Sentí que crecía una llama de entusiasmo en mí, reflejo de la suya, porque sabía bien que no se desviaría tan lejos de su circunspección de costumbre a menos que hubiese una buena razón para la euforia. Esperé toda esa larga tarde de noviembre, lleno de impaciencia por su vuelta. Por fin, poco después de las nueve, llegó un mensajero con una nota:

> Estoy cenando en el restaurante Goldini, en Gloucester Road, Kensington. Por favor, venga enseguida y reúnase conmigo aquí. Traiga con usted una palanqueta, una linterna sorda, un cincel y un revólver.
>
> S. H.

Bonitas herramientas eran para ser transportadas por un respetable ciudadano a través de las calles oscuras y cubiertas de niebla. Conseguí guardarlas todas en mi abrigo sin que se notaran mucho y me fui directo a la dirección indicada. Allí estaba mi amigo sentado en una pequeña mesa redonda cerca de la puerta del estrafalario restaurante italiano.

—¿Ha comido algo? Entonces, tómese conmigo un café con curasao. Pruebe uno de los cigarros del dueño. Son menos detestables de lo que uno pudiera esperar. ¿Tiene los utensilios?

—Aquí están, en mi abrigo.

—Excelente. Déjeme hacerle un breve esquema de lo que he hecho, junto con algunos apuntes de lo que estamos a punto de ejecutar. Ahora mismo debe de serle evidente, Watson, que el cuerpo de este joven lo habían colocado en el techo del tren. Eso estaba claro desde el momento en que determiné que fue desde allí, y no desde un vagón, desde donde había caído.

—¿No podría haberse caído de un puente?

—Diría que es imposible. Si inspecciona los techos, se dará cuenta de que son ligeramente abombados, y que no hay barandilla que los bordee. Por tanto, podemos decir a ciencia cierta que colocaron al joven Cadogan West encima.

—¿Cómo pudieron colocarlo allí?

—Esa es la pregunta que teníamos que responder. Solo hay una forma posible. Usted sabe que el metro sale de los túneles en ciertos puntos de West End. Tenía un vago recuerdo de que, cuando he viajado en él, en algunos puntos he visto tramos abiertos por encima de mi cabeza. Ahora bien, imagine que un tren se detuviera bajo un tramo de ventilación, ¿habría alguna dificultad en situar el cuerpo encima del techo?

—Parece muy improbable.

—Debemos echar mano del viejo axioma de que, cuando todas las demás contingencias fallan, cualquiera que quede, aunque improbable, debe ser cierta. Aquí todas las demás contingencias han fallado. Cuando descubrí que el principal agente internacional, que acababa de marcharse de Londres, vivía en una zona de casas que lindaban con el metro, me alegró tanto como se sorprendió usted ante mi repentina frivolidad.

—Ah, era por eso, ¿verdad?

—Sí, era por eso. El señor Hugo Oberstein, con residencia en Caulfield Gardens 13, se había convertido en mi objetivo. Empecé mis operaciones en Gloucester Road Station, donde un empleado muy amable me acompañó a lo largo de las vías y me permitió cerciorarme no solo de que las ventanas de la escalera de servicio de Caulfield Gardens daban a la vía, sino del hecho incluso más esencial de que, debido a la intersección de una de las vías férreas más anchas, los trenes del metro se quedan parados con frecuencia durante unos minutos en ese mismo punto.

—¡Fantástico, Holmes! ¡Ha dado con ello!

—No del todo… no del todo, Watson. Progresamos, pero la meta queda lejos. Bueno, tras haber visto la parte de atrás de Caulfield Gardens, visité la parte de delante y me cercioré de que el pájaro había dejado el nido de verdad. Es una casa enorme, sin amueblar, hasta donde pude inspeccionar, en las habitaciones de arriba. Oberstein vivía aquí con un único ayuda de cámara, que sería, probablemente, un cómplice de su entera confianza. Debemos conjeturar que Oberstein se ha ido al continente para deshacerse de su botín, pero no con idea de huir, puesto que no tiene motivos para temer una orden de arresto. Tampoco se le pasaría nunca por la cabeza que pudiera recibir una visita de aficionados. Sin embargo, eso es precisamente lo que estamos a punto de hacer.

—¿No podríamos obtener una orden y hacerlo de forma legal?

—Difícilmente con estas pruebas.

—¿Y qué podemos encontrarnos?

—No podemos decir qué correspondencia puede haber.

—No me gusta, Holmes.

—Mi querido amigo, usted se quedará vigilando en la calle. Yo haré la parte criminal. No es momento de andarse con nimiedades. Piense en la nota de Mycroft, en el Almirantazgo, el consejo de ministros, en la eminente y alterada persona que espera noticias. Debemos ir.

Mi respuesta fue levantarme de la mesa de un salto.

—Tiene razón, Holmes. Debemos ir.

Se puso en pie y me estrechó la mano.

—Sabía que no se arrugaría —me dijo.

Por un momento, vi algo en sus ojos que se asemejaba más al afecto de lo que nunca había visto en él. Acto seguido, volvió a su yo avasallador y práctico una vez más.

—Hay casi media milla, pero no tenemos prisa. Demos un paseo —me dijo—. No deje caer los instrumentos, se lo ruego. Que lo arresten por tener apariencia sospechosa sería una complicación de lo más lamentable.

Caulfield Gardens era una de esas vías con casas de fachada plana, con pilares y pórtico, que son un producto tan propio de la época victoriana media del West End de Londres. En el número de al lado, parecía haber una fiesta de niños, por el murmullo alegre de voces juveniles y el estrépito de un piano que resonaba a través de la noche. La niebla seguía cerniéndose y encubriéndonos con su bondadosa sombra. Holmes había encendido su linterna y la proyectaba sobre la sólida puerta.

—Este es un inconveniente serio —dijo—. Por supuesto, está cerrada con pestillo y también con llave. Haríamos mejor en ir por el patio. Hay un pasaje abovedado allá abajo por si acaso un policía con demasiado celo se inmiscuyera. Écheme una mano, Watson, y luego se la echaré yo.

Poco más tarde, estábamos ambos en el patio. Apenas habíamos llegado a las sombras más densas cuando oímos los pasos de un policía en la niebla de arriba. Cuando su paso tranquilo se extinguió, Holmes se puso a trabajar en la puerta de abajo. Vi cómo se encorvaba y se afanaba hasta que, con un chasquido metálico, la abrió de golpe. Entramos de un salto en el pasillo a oscuras, cerrando la puerta del patio tras nosotros. Holmes me precedió por la escalera curva sin enmoquetar. Su pequeño abanico de luz amarilla brillaba en una ventana baja.

—Ya estamos, Watson… debe de ser esta.

La abrió de par en par, y, al hacerlo, se oyó un ruido bajo y estridente que se convirtió progresivamente en un potente estruendo cuando un tren pasó velozmente a nuestro lado en la oscuridad. Holmes barrió con su luz el alféizar de la ventana. Estaba cubierto de una gruesa capa de hollín de las locomotoras que pasaban, pero la superficie negra estaba difuminada y rozada en algunos sitios.

—Se puede ver dónde apoyaron el cuerpo. ¡Y observe, Watson! ¿Qué es esto? No cabe duda de que es una huella de sangre. —Estaba señalando

hacia las manchas que había a lo largo de la madera de la ventana—. Aquí en la piedra de la escalera también hay. La evidencia es total. Quedémonos hasta que pare un tren.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. El siguiente tren retumbaba desde el túnel como antes, pero disminuyó la velocidad a cielo abierto, y, entonces, con un chirrido de frenos, se paró inmediatamente debajo de nosotros. No había ni cuatro pies desde el antepecho de la ventana al techo de los vagones. Holmes cerró suavemente la ventana.

—Hasta aquí tenemos justificación —dijo—. ¿Qué le parece, Watson?

—Una obra maestra. Nunca ha llegado tan alto.

—Ahí no puedo estar de acuerdo con usted. Desde el momento en que concebí la idea del cuerpo sobre el techo, que, sin duda, no era muy complicada, todo lo demás era inevitable. Si no fuera por los graves intereses implicados en el asunto, hasta ese punto carecería de importancia. Todavía tenemos ante nosotros algunas dificultades. Pero tal vez podamos encontrar algo aquí que nos sea de ayuda.

Ascendimos por la escalera de la cocina y entramos en el ala de habitaciones del primer piso. La primera era un comedor, sobriamente amueblado, que no contenía nada de interés. La segunda era un dormitorio, donde tampoco había nada. La habitación que quedaba parecía más prometedora, y mi compañero se puso cómodo para una inspección sistemática. Estaba llena de papeles y libros por todas partes, y era evidente que se utilizaba como despacho. Rápida y metódicamente, Holmes volcó el contenido de un cajón tras otro y de un armario tras otro, pero ningún destello de éxito llegó a iluminar la severidad de su rostro. Y, pasada una hora, no había llegado más lejos que cuando empezó.

—El perro artero ha borrado sus huellas —dijo—. No ha dejado nada que lo incrimine. La correspondencia peligrosa la ha destruido o se la ha llevado. Esta es nuestra última oportunidad.

Había una pequeña caja de latón que se encontraba encima del escritorio. Holmes la abrió haciendo palanca con su cincel. Dentro había varios rollos de papel cubiertos con cifras y cálculos, sin nota alguna que indicase a qué se referían. La aparición constante de palabras como «presión del agua» y «presión por pulgada cuadrada» sugerían una posible

relación con un submarino. Holmes las echó todas a un lado con impaciencia. Solo quedaba un sobre con algunos trocitos de periódico dentro. Los sacó agitándolo encima de la mesa y, enseguida, vi en su rostro entusiasmado que sus esperanzas habían aumentado.

—¿Qué es esto, Watson? ¿Eh? ¿Qué es esto? El archivo de una serie de mensajes en los anuncios de un periódico. La sección de consejos sentimentales del *Daily Telegraph* en papel impreso. En la esquina superior derecha de la página. Sin fechas… pero los mensajes se ordenan por sí mismos. Este debe de ser el primero:

> Esperaba saber antes. Condiciones acordadas. Escriba todo a la dirección dada en tarjeta.
>
> PIERROT

—El siguiente es este:

> Demasiado complicado para describirlo. Debo tener informe completo. Le aguarda algo cuando entregue mercancía.
>
> PIERROT

—Luego viene:

> Urge asunto. Debo retirar oferta a menos que complete transacción. Concierte reunión por carta. Confirmaré por anuncio.
>
> PIERROT

—Y por último:

> Lunes noche pasadas las nueve. Dos golpes. Solo nosotros. No sea tan suspicaz. Pago en metálico cuando entregue.
>
> PIERROT

—¡Un registro bastante completo, Watson! ¡Ojalá pudiéramos atrapar al hombre al otro lado!

Se sentó absorto, tamborileando con los dedos en la mesa. Por fin, se levantó de un salto.

—Bueno, quizá no sea tan difícil después de todo. No hay nada más por hacer aquí, Watson. Creo que tendríamos que acercarnos a las oficinas del *Daily Telegraph*, y así concluir un buen día de trabajo.

Al día siguiente, Mycroft Holmes y Lestrade se personaron en casa tras citarlos allí después del desayuno y Sherlock Holmes les relató nuestros actos del día anterior. Al terminar, el profesional negaba con la cabeza por nuestro allanamiento confesado.

—Nosotros no podemos hacer estas cosas en el cuerpo, señor Holmes —dijo—. Con razón obtiene resultados que nos sobrepasan. Pero uno de estos días irá demasiado lejos, y se verán usted y su amigo en un aprieto.

—Por Inglaterra, belleza y hogar… ¿no, Watson? Mártires en el altar de nuestro país. ¿Qué te parece a ti, Mycroft?

—¡Excelente, Sherlock! ¡Digno de admiración! Pero ¿cómo lo vas a utilizar?

Holmes cogió el *Daily Telegraph* de encima de la mesa.

—¿Has visto el anuncio de Pierrot de hoy?

—¿Cómo? ¿Otro?

—Sí, aquí está.

> Esta noche. Misma hora. Mismo sitio. Dos golpes. Extremadamente importante. Su propia seguridad en ello.
>
> PIERROT

—¡Cielo santo! —exclamó Lestrade—. ¡Si contesta a eso, lo atraparemos!

—Esa fue mi idea cuando lo puse. Creo que, si a ambos les pareciera conveniente acompañarnos alrededor de las ocho a Caulfield Gardens, sería posible hallarnos más cerca de una solución.

Una de las características más notables de Sherlock Holmes era su capacidad para desviar su mente de la acción y encaminar todos sus pensamientos a cosas más livianas una vez que se había convencido de que ya no podía sacar ningún provecho de seguir trabajando. Recuerdo que, durante todo ese día memorable, estuvo absorto en un tratado que había emprendido sobre los motetes polifónicos de Lassus. Yo, por mi parte, no

compartía en absoluto esa capacidad para despreocuparme, y el día se me hizo larguísimo. La enorme importancia nacional del problema, la expectación en las altas esferas, la naturaleza directa del experimento que estábamos ensayando… todo eso se entremezclaba en mi interior causándome desasosiego. Para mí fue un alivio cuando, por fin, después de una cena ligera, nos pusimos en marcha. Lestrade y Mycroft se reunieron con nosotros tras citarnos en el exterior de Gloucester Road Station. Aunque la puerta del patio de la casa de Oberstein había quedado abierta la noche anterior, fue necesario que yo entrara y abriera la puerta del vestíbulo, dado que Mycroft Holmes se negó en redondo e indignado a trepar por la verja. Hacia las nueve estábamos todos sentados en el despacho esperando pacientemente a nuestro hombre.

Pasó una hora y otra más. Cuando dieron las once, el tañido rítmico del gran reloj de la iglesia parecía doblar por nuestras esperanzas. Lestrade y Mycroft se agitaban en sus asientos y miraban cada dos por tres sus relojes. Holmes seguía sentado en silencio y dueño de sí, con los párpados medio cerrados, pero con todos los sentidos en alerta. De repente, enderezó la cabeza con un brusco movimiento.

—Está llegando —dijo.

Hubo unos pasos sigilosos al otro lado de la puerta. Había vuelto. Oímos cómo alguien andaba arrastrando los pies afuera, y luego dos golpes breves y nítidos con la aldaba. Holmes se levantó y nos indicó que permaneciéramos sentados. La luz de gas en el vestíbulo era un mero punto de luz. Abrió la puerta a la calle, y entonces, al pasar una oscura figura junto a él, cerró y echó la llave. «¡Por aquí!», oímos que decía, y, poco después, teníamos a nuestro hombre delante de nosotros. Holmes lo seguía de cerca, y, cuando el hombre se dio la vuelta con un grito de sorpresa y alarma, lo agarró por el cuello y lo empujó de vuelta a la habitación. Antes de que nuestro prisionero hubiese recobrado el equilibrio, la puerta estaba cerrada y Holmes apoyaba la espalda en ella. El desconocido miró a su alrededor furioso, estupefacto, y cayó sin conocimiento al suelo. Con el impacto, su sombrero de ala ancha salió despedido de su cabeza, su pañuelo resbaló descubriendo sus labios, y allí estaban la barba clara y larga y las facciones finas, delicadas y atractivas del coronel Valentine Walter.

Holmes silbó de sorpresa.

—Esta vez puede poner por escrito que soy un zopenco, Watson —me dijo—. Este no era el pájaro que andaba buscando.

—¿Quién es? —preguntó Mycroft con ansiedad.

—El hermano menor del difunto sir James Walter, el jefe de la sección del submarino. Sí, sí, ya veo la jugada. Está volviendo en sí. Creo que harían mejor en dejarme a mí este interrogatorio.

Llevamos el cuerpo inconsciente al sofá. Mientras nuestro prisionero se incorporaba, miraba a su alrededor con rostro aterrado, y se pasaba la mano por la frente, como alguien que no puede creer lo que ven sus ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó—. He venido aquí a visitar al señor Oberstein.

—Lo sabemos todo, coronel Walter —dijo Holmes—. Aunque escapa a mi entendimiento cómo un caballero inglés ha podido comportarse de semejante forma. Estamos al corriente de toda su correspondencia y relación con Oberstein, así como también de las circunstancias ligadas a la muerte del joven Cadogan. Déjeme recomendarle que se gane al menos la escasa honra del arrepentimiento y la confesión, puesto que todavía quedan algunos detalles de los que solo podemos enterarnos por sus labios.

El hombre gimoteó y hundió su rostro entre las manos. Esperamos, pero guardó silencio.

—Le puedo asegurar —dijo Holmes— que ya sabemos todo lo esencial: que andaba escaso de dinero, que hizo un molde de las llaves que guardaba su hermano, y que entabló correspondencia con Oberstein, quien respondía a sus cartas por medio de la sección de anuncios del *Daily Telegraph*. También estamos al tanto de que hizo una visita a la oficina aprovechando la niebla del lunes por la noche, pero que lo descubrió y siguió el joven Cadogan West, quien, presumiblemente, tenía algún motivo previo para sospechar de usted. Vio el allanamiento, pero no dio la alarma, puesto que cabía la posibilidad de que estuviera llevándole a su hermano los papeles. Dando la espalda a todos sus asuntos privados, como el buen ciudadano que era, le siguió de cerca en la niebla y le pisó los talones hasta que alcanzó esta misma casa. En ese momento, intervino y, entonces, coronel Walter, añadió a la traición el crimen, aún más espeluznante, de asesinato.

—¡Yo no lo hice! ¡Yo no lo hice! ¡Juro ante Dios que yo no lo hice! —exclamó nuestro miserable prisionero.

—Cuéntenos, en tal caso, cómo Cadogan West halló su muerte antes de que lo colocara encima del techo de un vagón de ferrocarril.

—Lo haré. Les juro que lo haré. Soy culpable de todo lo demás. Lo confieso. Pasó justo como dice. Una deuda bursátil que había que pagar. Necesitaba urgentemente el dinero. Oberstein me ofreció quinientas libras. Tenía que librarme de la ruina. Pero, en lo que se refiere al asesinato, soy tan inocente como cualquiera de ustedes.

—¿Qué pasó entonces?

—Él sospechaba de antes y me siguió tal como ha contado usted. No lo sospeché hasta que estuve en la misma puerta. Había una densa niebla, y no se podía ver a tres yardas. Había dado los dos golpes y Oberstein había abierto la puerta. El joven se precipitó hacia nosotros y exigió saber qué íbamos a hacer con los papeles. Oberstein tenía una porra corta. Siempre la llevaba consigo. Cuando West se abrió paso a la fuerza detrás de nosotros hasta dentro de la casa, Oberstein le golpeó en la cabeza. El golpe fue letal. Estuvo muerto en cinco minutos. Yacía allí, en el vestíbulo, y nosotros estábamos desquiciados sin saber qué hacer. Entonces, él tuvo esa idea de los trenes que se detenían bajo su ventana de la parte de atrás. Pero primero examinó los papeles que le había llevado. Dijo que tres de ellos eran imprescindibles, y que debía quedarse con ellos. «No puede quedárselos», le dije, «habrá un escándalo espantoso si no los devolvemos». «Debo quedármelos», replicó, «porque son tan técnicos que es imposible hacer copias en poco tiempo». «Entonces, tendrán que estar de regreso todos juntos esta noche», le respondí. Estuvo pensando un momento, y, entonces, expuso su solución. «Me quedaré los tres», dijo, «y los otros se los meteremos a este joven en el bolsillo. Cuando lo encuentren, seguro que le cargan con todo el asunto». No se me ocurría otra salida, así que hicimos lo que sugería. Esperamos media hora en la ventana antes de que parara un tren. La niebla era tan densa que no se podía ver nada, y no nos costó bajar el cuerpo de West al techo del tren. Ese fue el final del asunto hasta donde estoy implicado.

—¿Y su hermano?

—Nunca me dijo nada, pero me había sorprendido una vez con sus llaves, y creo que sospechaba de mí. Vi en sus ojos que sospechaba de mí. Como saben, nunca volvió a levantar cabeza.

La habitación se quedó en silencio. Lo rompió Mycroft Holmes.

—¿No puede enmendarlo de alguna manera? Aliviaría su conciencia, y, posiblemente, su castigo.

—¿Cómo?

—¿Dónde está Oberstein con los documentos?

—No lo sé.

—¿No le dio ninguna dirección?

—Dijo que le escribiera al Hôtel du Louvre de París, que le acabarían llegando con el tiempo.

—En ese caso, todavía está en su mano enmendarse —le dijo Sherlock Holmes.

—Haré cualquier cosa. No le deseo nada bueno a ese tipo. Ha sido mi perdición y mi ruina.

—Aquí tiene papel y pluma. Siéntese en el escritorio y escriba lo que le dicte. Dirija el sobre a la dirección que le dio. Eso es. Ahora la carta:

> Estimado señor:
>
> Con respecto a nuestra transacción, sin duda habrá advertido ya que falta un detalle imprescindible. Tengo un calco que lo completará. Esto, no obstante, me ha supuesto una dificultad adicional, y por lo tanto debo pedirle un adelanto adicional de quinientas libras. No confío en el correo, ni acepto más que oro o billetes. Me reuniría con usted en el extranjero, pero suscitaría comentarios si abandonara el país en este momento. Por tanto, espero reunirme con usted en el salón para fumadores del Charing Cross Hotel el sábado a mediodía. Recuerde que solo aceptaré dinero inglés u oro.

—Eso servirá a la perfección. Me sorprendería mucho si eso no atrae a nuestro hombre.

¡Y lo hizo! Forma ya parte de la historia —de esa historia secreta de una nación que a menudo es mucho más cercana e interesante que sus crónicas públicas— que Oberstein, ansioso por completar el golpe maestro de su vida, picó el anzuelo y fue encerrado de por vida en una prisión británica.

En su baúl se encontraron los inestimables planos del Bruce-Partington, que había puesto a subasta en todos los centros navales de Europa.

El coronel Walter murió en prisión al final del segundo año de su condena. En cuanto a Holmes, regresó con fuerzas renovadas a su tratado sobre los motetes polifónicos de Lassus, que, desde entonces, ha sido impreso en edición privada, y dicen los expertos que es la última palabra sobre el tema. Unas semanas después, me enteré por casualidad de que mi amigo había pasado un día en Windsor, de donde volvió con un alfiler de corbata de esmeralda especialmente exquisito. Cuando le pregunté si se lo había comprado, me respondió que era un obsequio de cierta majestuosa dama en interés de la cual había tenido la buena suerte de realizar un pequeño encargo. No dijo más, pero me imagino que acertaría el nombre de esa augusta dama, y no me cabe duda de que el alfiler de esmeralda le traerá a la memoria a mi amigo la aventura de los planos del Bruce-Partington para siempre.

LA AVENTURA DEL DETECTIVE MORIBUNDO

La señora Hudson, la casera de Sherlock Holmes, era una mujer infinitamente tolerante. No solo le invadían a todas horas la primera planta hordas de personajes raros y, con frecuencia, indeseables, sino que su excepcional inquilino mostraba una excentricidad y una anormalidad en su vida que debían de haber puesto a prueba seriamente su paciencia. Su increíble desorden, su pasión por la música a horas intempestivas, sus esporádicas prácticas con el revólver dentro de casa, sus excéntricos y a menudo fétidos experimentos científicos, y la atmósfera de peligro y violencia que le envolvía lo convertían en el huésped más nefasto de Londres. Pero, por otra parte, la pagaba con la generosidad de un príncipe. No tengo ninguna duda de que se podría haber adquirido toda la casa por el precio con que Holmes pagó por sus habitaciones en los años en que compartimos domicilio.

La casera sentía una profunda veneración por él y nunca osaba inmiscuirse en sus asuntos, por muy extravagante que pudiera parecer su manera de comportarse. Además, le tenía cariño porque mostraba una delicadeza y amabilidad notables en su trato con las mujeres. Tenía mala opinión y desconfiaba de ellas, pero siempre fue un enemigo caballeroso. Sabiendo hasta qué punto su aprecio por él era sincero, escuché con seriedad su historia cuando vino a mi domicilio durante el segundo año de mi matrimonio y me describió el triste estado al que mi pobre amigo había quedado reducido.

—Está muriéndose, doctor Watson —aseguró—. Ha ido empeorando estos tres últimos días, y dudo que pase de hoy. No me deja que le lleve un médico. Esta mañana, cuando he visto que le asomaban los huesos de la

cara y que se le salían los ojos brillantes de las cuencas, no he podido aguantarlo más. «Con su permiso o sin él, señor Holmes, voy a ir por un médico ahora mismo», le he dicho. «Que sea Watson, entonces», me ha respondido. Yo no me demoraría mucho en ir a verlo, señor, o puede que no lo vea con vida.

Me quedé alarmado porque no sabía nada de su enfermedad. No hace falta decir que corrí por mi abrigo y mi sombrero. Mientras volvíamos en un coche hacia allí, le pedí detalles.

—Hay poco que pueda decirle, señor Watson. Había estado trabajando en un caso en Rotherhithe, en un callejón cerca del río, y se trajo de vuelta esa enfermedad con él. Se metió en la cama el miércoles por la tarde y no se ha movido desde entonces. Durante estos tres días no ha probado ni comida ni bebida alguna.

—¡Dios santo! ¿Cómo es que no ha llamado a un médico?

—No quiso, señor. Ya sabe lo tiránico que es. No me atreví a desobedecerle. Pero no le queda mucho en este mundo, como verá usted mismo en cuanto le eche un vistazo.

Era, en efecto, una visión penosa. A la luz tenue de un día de niebla de noviembre, la habitación del enfermo resultaba tétrica, pero fue el rostro esquelético y desfigurado que me clavaba la mirada desde la cama lo que me heló el corazón. Sus ojos tenían el brillo propio de la fiebre, había un rubor hético en las mejillas, y se le agarraban costras negras a los labios; las manos entecas sufrían una y otra vez espasmos sobre la colcha; tenía la voz ronca y convulsa. Estaba tumbado apáticamente cuando entré en la habitación, pero, al verme, pasó un destello de reconocimiento por sus ojos.

—Pues sí, Watson, parece que hemos pasado unos días malos —dijo con voz débil, aunque con un resto de su desenfado habitual.

—¡Mi querido amigo! —exclamé acercándome a él.

—¡Atrás! ¡Aléjese de mí! —dijo con el tono rudo y autoritario que solo le había conocido en los momentos críticos—. Si se acerca a mí, Watson, le ordenaré que salga de la casa.

—Pero ¿por qué?

—Porque es lo que deseo. ¿Es que eso no basta?

Sí, la señora Hudson tenía razón. Estaba más tiránico que nunca. Era lamentable, sin embargo, verlo así, exánime.

—Solo pretendía ayudar —le expliqué.

—¡Perfecto! Mejor me ayudará haciendo lo que le digo.

—Por supuesto, Holmes.

Suavizó su rostro austero.

—¿No estará enfadado? —preguntó respirando trabajosamente.

Pobre diablo, ¿cómo podía enfadarme cuando lo tenía en semejante lance ante los ojos?

—Es por su bien, Watson —gruñó.

—¿Por mi bien?

—Sé lo que me pasa. Es una enfermedad culi de Sumatra… una que los holandeses conocen mucho mejor que nosotros, aunque por ello no hayan avanzado mucho hasta la fecha. Solo hay una cosa segura. Es mortal de necesidad y es terriblemente contagiosa.

Hablaba ahora con una energía febril; las manos se le crispaban y temblaban mientras me hacía señas de que me apartara.

—Se contagia por el contacto, Watson… eso es, por el contacto. Guarde las distancias y todo irá bien.

—¡Cielo santo, Holmes! ¿Se cree que semejante razón tiene algún peso para mí en este momento? Si no me refrenaría a en el caso de un desconocido, ¿supone, acaso, que lo haría con un amigo de hace tantos años?

Me aproximé de nuevo, pero me frenó con una mirada de cólera.

—Si se queda ahí, hablaré. Si no, debe abandonar la habitación.

Tengo un respeto tan profundo por las extraordinarias aptitudes de Holmes que siempre me he amoldado a sus deseos, incluso cuando menos los he entendido. Sin embargo, en esos momentos se sublevaba todo mi instinto profesional. Que diera órdenes en cualquier otra parte; en el cuarto de un enfermo, al menos, era yo quien las daba.

—Holmes —le dije—, no está en sus cabales. Un hombre enfermo no es más que un niño, y así le voy a tratar. Tanto si le gusta como si no, voy a reconocer sus síntomas y a tratarle en consecuencia.

Me fulminó con una mirada deletérea.

—Si tengo que tener un médico tanto si quiero como si no, por lo menos déjeme que sea uno en quien confíe —me soltó.

—Entonces ¿no confía en mí?

—En su amistad, por supuesto. Pero los hechos son los hechos, Watson, y, después de todo, usted solo es un médico de cabecera con una experiencia muy limitada y calificaciones mediocres. Me resulta doloroso tener que decir estas cosas, pero no me deja opción.

Me hirió profundamente.

—Un comentario así es impropio de usted, Holmes. Lo que me indica muy claramente su estado nervioso. Aun así, si no confía en mí, no le impondré mis atenciones. Déjeme traer a sir Jasper Meek o a Penrose Fisher, o a cualquiera de los mejores médicos de Londres. Pero alguien debe verle, y se acabó. Si se cree que voy a quedarme aquí para verle morir sin ayudarle o sin traerle a alguien que lo haga, se ha equivocado de hombre.

—Tiene buenas intenciones, Watson —dijo el enfermo entre sollozando y gimiendo—. ¿Tengo que probarle su propia ignorancia? ¿Qué sabe usted, si puede saberse, de la fiebre Tapanuli? ¿Qué sabe usted de la gangrena negra de Formosa?

—Nunca he oído nada de ninguna de las dos.

—Hay muchas enfermedades, muchas posibilidades patológicas extrañas en Oriente, Watson. —Se detenía después de cada frase para recuperar sus débiles fuerzas—. He aprendido mucho durante ciertas investigaciones recientes de carácter médico-criminal. Fue en el curso de estas cuando contraje esta afección. No puede hacer nada.

—Posiblemente no. Sin embargo, resulta que sé que el doctor Ainstree, la mayor autoridad viva sobre enfermedades tropicales, se encuentra ahora mismo en Londres. Sus protestas son inútiles, Holmes, voy a ir, en este mismo momento, a mandar que lo llamen —dicho esto, me volví resueltamente hacia la puerta.

¡Nunca me han causado semejante sobresalto! En un instante, saltando como un tigre, el moribundo me cerró el paso. Oí el reconocible chasquido de una llave al girar. Un momento después, había regresado tambaleándose a su cama, agotado y jadeando tras el formidable fogonazo de energía.

—No va a quitarme la llave por la fuerza, Watson; le he encerrado, amigo. Aquí está, y aquí se quedará hasta que cambie de opinión. Usted gana, le seguiré el juego. —Todo esto entrecortadamente, con espantosos intentos de respirar entremedias—. Solo tiene en mente mi propio bien. Lo sé muy bien, claro que sí. Va a salirse con la suya, pero deme tiempo para recobrar fuerzas. Ahora no, Watson, ahora no. Son las cuatro. Puede irse a las seis.

—Esto es una locura, Holmes.

—Solo dos horas, Watson. Le prometo que se irá a las seis. ¿Accede a esperar?

—Parece que no me queda elección.

—Ninguna en absoluto, Watson. Gracias, no necesito que me ayude a colocar las sábanas. Le ruego que guarde las distancias. Ahora, Watson, hay otra condición que le quisiera poner. Buscará la ayuda, no del hombre que ha mencionado, sino de uno de mi elección.

—Como quiera.

—Las primeras dos palabras juiciosas que ha pronunciado desde que ha entrado en la habitación, Watson. Encontrará algunos libros allí encima. Estoy algo agotado; me imagino que así se siente una batería cuando descarga su electricidad en un material aislante. A las seis, Watson, retomaremos nuestra conversación.

Pero quiso el destino que la retomáramos mucho antes de esa hora, y en circunstancias que me causaron un sobresalto poco menor que el ocasionado por su salto hasta la puerta. Me había quedado mirando unos minutos la silenciosa figura de la casa. La ropa de cama le cubría casi el rostro y parecía estar dormido. Entonces, incapaz de ponerme a leer tranquilamente, caminé despacio por la habitación, examinando los retratos de célebres criminales con los que estaban adornadas las paredes. Por fin, en mi ocioso deambular, llegué a la repisa de la chimenea. Sobre esta, había esparcido un montón de pipas, petacas de tabaco, jeringuillas, navajas, cartuchos de revólver y otros restos. Entre ellos, había una cajita blanca y negra de marfil con una tapa deslizante. Era un objeto pequeño y delicado, y al alargar la mano para examinarlo más de cerca…

Dio un grito tan espeluznante… un alarido que se podía haber oído desde la calle. Se me puso la piel de gallina y se me erizó el pelo con ese chillido tan horrible. Al volverme, vi fugazmente un rostro tembloroso y unos ojos frenéticos. Me quedé paralizado, con la cajita en la mano.

—¡Suelte eso! ¡Suéltelo ahora mismo, Watson… ahora mismo, he dicho! —Acomodó de nuevo la cabeza en la almohada y dejó escapar un suspiro de alivio cuando volví a colocar la caja encima de esa repisa—. Detesto que toquen mis cosas, Watson. Sabe cuánto lo detesto. Me está haciendo perder la paciencia. Usted, todo un médico… se basta y se sobra para llevar a un paciente al manicomio. ¡Siéntese y déjeme descansar, hombre!

El incidente me dejó en la memoria una impresión muy desagradable. La alteración violenta y sin motivo, seguida de esta brusca manera de hablar, tan alejada de su cordialidad de costumbre, me evidenció lo abismal que era el trastorno de su psique. De todas las ruinas, la de una mente noble es la más lamentable. Me senté abatido y en silencio hasta que pasó el tiempo fijado. Parecía haber estado atento al reloj tanto como yo, porque, cuando eran apenas las seis, empezó a hablar con la misma exaltación febril de antes.

—Y ahora, Watson —dijo—, ¿tiene algo de cambio en el bolsillo?

—Sí.

—¿Monedas de plata?

—Suficientes.

—¿Cuántas medias coronas?

—Cinco.

—¡Demasiado pocas! ¡Demasiado pocas! ¡Qué cosa tan lamentable, Watson! No importa, las que sean, métaselas en el bolsillo del reloj. Y el resto del dinero en el bolsillo izquierdo. Gracias. Así tendrá mucho más equilibrio.

Eso ya era una soberana locura. Estaba tiritando y emitió de nuevo un sonido entre una tos y un sollozo.

—Enciéndame, por favor, la lámpara de gas, Watson, pero preste mucha atención, que no pase ni por un momento de la mitad. Le ruego que preste mucha atención, Watson. Gracias, así está perfecto. No, no hace falta echar

la persiana. Ahora, tenga la amabilidad de colocar algunas cartas y papeles sobre esta mesa, a mi alcance. Gracias. Ahora algunas de ese montón de la chimenea. ¡Perfecto, Watson! Hay unas pinzas para el azúcar allí. Haga el favor de levantar la cajita de marfil con su ayuda. Colóquela aquí, entre los papeles. ¡Bien! Ahora ya puede irse y pedirle al señor Culverton Smith, que vive en Lower Burke Street 13, que venga.

A decir verdad, mis ganas de ir a buscar a un médico habían menguado bastante, porque el pobre Holmes estaba delirando de una manera tan obvia que parecía peligroso dejarlo así. Sin embargo, él estaba tan ansioso por consultar a la persona mencionada como se había obstinado antes en negarse.

—Nunca me han hablado de él —dije.

—Es posible que no, mi buen Watson. Le sorprenderá saber que el hombre más versado en este mundo sobre esta enfermedad no es un médico, sino un agricultor. El señor Culverton Smith es un conocido habitante de Sumatra que se encuentra en estos momentos de visita en Londres. Un brote de la enfermedad en su plantación, que se encuentra lejos de toda asistencia médica, le llevó a estudiarla por sí mismo, con ciertos resultados de bastante trascendencia. Es una persona muy metódica, y no quería que saliera antes de las seis porque estoy completamente seguro de que no lo encontraría en su despacho. Si pudiera convencerle para que viniera aquí y nos hiciera partícipes de su experiencia inigualable con esta enfermedad, de la investigación que ha sido su pasatiempo preferido, no me cabe duda de que podría ayudarme.

Proporciono los comentarios de Holmes como algo unitario y de corrido, y no aspiro a mostrar cómo se veían interrumpidos por la respiración entrecortada y esos espasmos de las manos que reflejaban el dolor que estaba soportando. Su aspecto había cambiado a peor en las pocas horas que había estado con él. Aquellas manchas héticas se habían acentuado más, los ojos refulgían con más fuerza en las cuencas más oscuras, y sobre la frente brillaba un sudor frío. Seguía manteniendo, a pesar de todo, su manera de hablar atenta y desenfadada. Estaría al mando hasta el último aliento.

—Cuéntele con exactitud cómo me ha dejado —dijo—. Transmítale su impresión tal y como la recuerde… un moribundo… un hombre moribundo y delirante. De hecho, no logro imaginarme por qué todo el lecho oceánico no es una masa compacta de ostras, ¡parecen unas criaturas tan prolíficas! Ah, ¡estoy divagando! ¡Es extraño cómo el cerebro rige el cerebro! ¿Qué le estaba diciendo, Watson?

—Mis instrucciones para el señor Culverton Smith.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Mi vida depende de ello. Suplíquele, Watson. Él y yo no nos terminamos de entender. Su sobrino, Watson… había sospechado que le había jugado una mala pasada, y dejé que se percatara. El chico murió de manera horrible. Está resentido conmigo desde entonces. Ablándelo, Watson. Ruéguele, implórele, tráigalo aquí cueste lo que cueste. Él puede salvarme, ¡y solo él!

—Lo traeré en un coche, aunque tenga que meterlo a rastras.

—No haga nada semejante. Convénzale para que venga. Y luego regrese antes que él. Ponga alguna excusa para no venir con él. No se olvide, Watson. No me falle. Nunca me ha fallado. Sin duda hay enemigos naturales que frenan el incremento de las ostras. Usted y yo ya hemos hecho nuestra parte. ¿Se verá el mundo invadido de esas criaturas? No, no, ¡sería terrible! Transmítale todo lo que recuerde.

Me fui de allí con la imagen de ese intelecto excepcional desvariando como un niño tonto metida en la cabeza. Me había tendido la llave, y se me ocurrió felizmente quedármela para que no se encerrara por dentro. La señora Hudson estaba esperándome, temblando y llorando, en el pasillo. Detrás de mí, mientras salía del piso, oí la voz débil y aguda de Holmes en algún cántico delirante. Abajo, cuando estaba silbando para conseguir un coche, se me acercó un hombre de entre la niebla.

—Caballero, ¿cómo se encuentra el señor Holmes? —me preguntó.

Era un viejo conocido, el inspector Morton, de Scotland Yard; iba de paisano, con un traje de lana.

—Está muy enfermo —respondí.

Me miró de una manera muy peculiar. Si no hubiese sido demasiado cruel por su parte, hubiese pensado que el resplandor del montante de la entrada hacía visible cierto júbilo en su rostro.

—Algún rumor había oído —me dijo.

Había parado el coche, y me despedí.

Lower Burke Street resultó ser una hilera de casas elegantes que había en el límite impreciso entre Notting Hill y Kensington. Aquella en concreto ante la que se detuvo mi cochero tenía un aire de respetabilidad afectada y petulante con sus verjas de hierro a la antigua, sus puertas de doble hoja macizas, y sus molduras brillantes de latón. Todo ello armonizaba con el solemne mayordomo que apareció enmarcado por el resplandor rosado de una luz eléctrica tintada que tenía detrás.

—¡Sí, el señor Culverton Smith está en casa, doctor Watson! Muy bien, señor, le subiré su tarjeta.

Mi humilde nombre y mi título no parecieron impresionar al señor Culverton Smith. Por la puerta entreabierta oí una voz aguda, engreída, penetrante.

—¿Quién es este? ¿Qué quiere? Madre mía, Staples, ¿cuántas veces le he dicho que no me molesten en mis horas de estudio?

Se sucedió un manso murmullo con la explicación apaciguadora del mayordomo.

—Muy bien, pero no voy a recibirle, Staples. No puedo interrumpir mi trabajo así como así. No estoy en casa. Cuéntele eso. Dígale que venga por la mañana si de verdad tiene que verme.

De nuevo, el manso rumor.

—Bueno, bueno, dele ese mensaje. Puede venir por la mañana, o puede quedarse ahí fuera. No se me debe interrumpir mientras trabajo.

Pensé en Holmes, revolviéndose enfermo en su cama y quizá contando los minutos que tardaba en llevarle alguna ayuda. No tenía tiempo para andarme con ceremonias. Su vida dependía de mi rapidez. Antes de que el mayordomo hubiese ofrecido sus disculpas, lo había apartado para pasar y estaba en la habitación.

Con un estridente grito de cólera, un hombre se levantó de un sillón reclinable que había junto al fuego. Vi una enorme cara amarilla, basta y grasienta, con una papada pesada y una mirada gris, hosca y amenazante que se me clavaba bajo unas cejas rubias y encrespadas. Una cabeza calva y abultada llevaba ladeada con coquetería una pequeña gorra de terciopelo a

un lado de su curva rosada. El cráneo era de una enorme capacidad, y, a pesar de ello, al mirar hacia abajo, vi, para mi sorpresa, que el cuerpo del hombre era pequeño y esmirriado, con los hombros y la espalda retorcidos como las personas que padecen raquitismo en la infancia.

—¿Qué es esto? —exclamó con una voz aguda y chillona—. ¿Qué significa esta intromisión? ¿No le han dado el mensaje de que le vería mañana por la mañana?

—Lo siento —dije—, pero el asunto no puede esperar. El señor Sherlock Holmes…

La mención del nombre de mi amigo tuvo un efecto singular en el hombrecillo. La mirada de cólera se esfumó de su rostro. Sus facciones se pusieron tensas y en alerta.

—¿Viene de estar con Holmes? —preguntó.

—Acabo de dejarle.

—¿Qué pasa con Holmes? ¿Cómo está?

—Está mortalmente enfermo. Esa es la razón por la que he venido.

El hombre me señaló una silla, y volvió a sentarse en la suya. Al hacerlo, vislumbré su rostro en el espejo sobre la repisa de la chimenea. Hubiese jurado que asomaba una sonrisa taimada y execrable. Sin embargo, me convencí a mí mismo de que aquello que había sorprendido debía de haber sido alguna contracción nerviosa, porque se volvió hacia mí al momento con rostro de auténtica preocupación.

—Lamento oír eso —dijo—. Solo conozco al señor Holmes de algunos negocios que ha habido entre nosotros, pero siento mucho respeto por su talento y su manera de ser. Él es un diletante del crimen, como yo de la enfermedad. Para él, los sinvergüenzas; para mí, el microbio. Ahí tiene mis cárceles —prosiguió mientras señalaba una hilera de botellas y frascos que había encima de una mesa auxiliar—. En esos cultivos de gelatina pasan el tiempo algunos de los peores delincuentes del planeta.

—Esos conocimientos tan especiales constituyen la razón por la que el señor Holmes desea verle. Tiene un alto concepto de usted y pensaba que era la única persona de Londres que podía ayudarle.

El hombrecillo se sobresaltó y la vistosa gorra se le resbaló al suelo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué pensaría el señor Holmes que puedo ayudarle en ese aprieto?

—Por su conocimiento de las enfermedades orientales.

—Pero ¿por qué piensa que esa enfermedad que ha contraído es oriental?

—Porque, en el transcurso de cierta investigación, estuvo trabajando con marineros chinos allí en los muelles.

El señor Culverton sonrió cordialmente y recogió su gorrita.

—Ah, es eso… ¿verdad? —dijo—. Confío en que el asunto no sea tan grave como se imagina. ¿Cuánto tiempo ha estado enfermo?

—Cerca de tres días.

—¿Está delirando?

—De vez en cuando.

—¡Vaya, vaya! Parece serio. Me parecería inhumano no responder a su petición. Me resulta muy molesto que interrumpan mi trabajo, doctor Watson, pero, sin duda este es un caso excepcional. Iré con usted de inmediato.

En ese momento recordé la orden de Holmes.

—Tengo otra cita —le dije.

—Muy bien. Iré solo. Tengo escrita la dirección del señor Holmes. Puede confiar en que estaré allí en media hora como mucho.

Sentía una gran pesadumbre cuando volví a entrar en el dormitorio de Holmes. Por lo que sabía, podía haber pasado lo peor en mi ausencia. Para mi grandísimo alivio, había mejorado mucho entretanto. Tenía el mismo aspecto cadavérico de antes, pero había desparecido todo rastro de delirio y hablaba con voz débil, es cierto, pero incluso con más sobriedad y lucidez que de costumbre.

—Y bien, Watson, ¿ha estado con él?

—Sí, viene para acá.

—¡Magnífico, Watson! ¡Magnífico! Es el mejor mensajero del mundo.

—Pretendía volver conmigo.

—Así nunca funcionaría, Watson. Así sería obviamente imposible. ¿Le preguntó qué síntomas padecía?

—Le conté lo de los chinos de East End.

—¡Perfecto! Bien, Watson, ha hecho todo lo que un buen amigo podía hacer. Ya puede desaparecer de escena.

—Tengo que esperar para oír su opinión, Holmes.

—Claro que sí. Sin embargo tengo razones para suponer que esa opinión sería mucho más sincera y valiosa si se imagina que estamos solos. Justo aquí, detrás de mi cabecero, hay una habitación, Watson.

—Pero ¡Holmes!

—Me temo que no hay alternativa, Watson. El cuarto no es un escondite en sí mismo, lo que está bien, porque así es menos probable que despierte sospechas. Póngase justo ahí, Watson, creo que puede hacerlo. —De repente, se enderezó con una adusta concentración en su rostro demacrado —. Esas son sus ruedas, Watson. Rápido, hombre, ¡si me tiene algo de aprecio! Y no se mueva, pase lo que pase… pase lo que pase, ¿me oye? ¡No hable! ¡No se mueva! Sea todo oídos.

Entonces, al instante, ese súbito arrebato de fuerza desapareció, su manera de hablar autoritaria y decidida se convirtió en el bisbiseo alicaído y vacilante de un hombre que desvaría a ratos.

Desde el escondrijo al que me había apremiado que fuera de forma tan atropellada, oí el ruido de pasos en la escalera, y cómo se abría y se cerraba la puerta del dormitorio. Entonces, para mi sorpresa, sobrevino un largo silencio, roto únicamente por el pesado resuello y los jadeos del enfermo. Podía imaginarme que nuestra visita estaba a su cabecero y que miraba al paciente. Ese extraño sosiego se rompió por fin.

—¡Holmes! —gritó—. ¡Holmes! —En el tono insistente de alguien que despierta a una persona dormida—. ¿Puede oírme, Holmes?

Se oyó el roce de las sábanas, como si hubiese zarandeado al enfermo por los hombros.

—¿Es usted, señor Smith? —susurró Holmes—. No tenía ya casi esperanzas de que viniese.

El otro se rió.

—Me imagino que no —dijo—. Y, a pesar de eso, aquí me tiene. Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, Holmes… ¡harás que se avergüence!

—Es muy bueno por su parte… muy noble. Valoro mucho sus conocimientos, me parecen únicos.

Nuestro visitante se rió disimuladamente.

—Lo sé. Afortunadamente, es usted la única persona en Londres que lo hace. ¿Sabe qué le pasa?

—Lo mismo —dijo Holmes.

—¡Ah! ¿Reconoce los síntomas?

—Demasiado bien.

—Bueno, no debería sorprenderme, Holmes. No debería sorprenderme que fueran los mismos. Mala perspectiva si lo son. El pobre Victor murió al cuarto día… un tipo joven, fuerte y sano. Era ciertamente, como dijo usted, muy sorprendente que hubiese contraído una enfermedad asiática poco común en el corazón de Londres… Una enfermedad, además, que había estudiado yo de manera muy detallada. Una coincidencia extraordinaria, Holmes. Muy inteligente al darse cuenta, pero muy desconsiderado por su parte sugerir que había una relación de causa y efecto.

—Sabía que lo hizo usted.

—Oh, lo sabía, ¿no? Bueno, pues, de todas formas, no pudo probarlo. ¿Y qué le parece haber hecho correr rumores de ese tipo sobre mí para luego venirme con halagos para que le ayude cuando está en aprietos? ¿A qué está jugando…? ¿Qué?

Oí el carraspeo, la respiración dificultosa del enfermo.

—¡Deme el agua! —dijo sin aliento.

—Le queda muy poquito para el final, amigo mío, pero no quiero que se vaya hasta que no tengamos unas palabras usted y yo. Por eso le doy agua. Ahí tiene, ¡no la derrame por todas partes! Eso es. ¿Puede entender lo que digo?

Holmes gimoteó.

—Haga lo que pueda por mí. Lo pasado, pasado está —susurró—. Me quitaré esas palabras de la cabeza… se lo juro. Usted solo cúreme y lo olvidaré todo.

—¿Olvidar el qué?

—Bueno, lo de la muerte de Victor Savage. Acaba poco menos de admitir que lo hizo usted. Lo olvidaré.

—Puede olvidarlo o recordarlo, eso como quiera usted. No le veo yo en el estrado. En realidad, le veo más en una caja, mi buen Holmes, se lo

aseguro. No me importa en absoluto que sepa cómo murió mi sobrino. No estamos hablando de él, sino de usted.

—Cierto, cierto.

—El tipo que vino a por mí, se me ha olvidado el nombre, me dijo que lo contrajo entre los marineros de East End.

—Si no, no me lo explico.

—Está usted muy orgulloso de su mollera, ¿verdad? Se cree usted muy listo, ¿a que sí? Pues esta vez ha dado con un tipo que es más listo que usted. Ahora vuelva la vista atrás, Holmes. ¿No se le ocurre otra manera en que haya podido coger esto?

—No puedo pensar. Se me va la cabeza. Por lo que más quiera, ¡ayúdeme!

—Sí, le ayudaré. Le ayudaré a entender con exactitud en qué punto está y cómo ha llegado a esto. Me gustaría que lo supiera antes de morir.

—Deme algo para aliviar el dolor.

—Duele, ¿a que sí? Sí, los culis solían dar algunos chillidos al acercarse el final. Siente una especie de calambre, supongo.

—Sí, sí, un calambre.

—Bueno, de todas maneras, puede oír lo que digo. ¡Así que escuche! ¿Logra recordar algún incidente en su vida fuera de lo común precisamente cuando empezaron los síntomas?

—No, no, nada.

—Piénselo bien.

—Estoy demasiado enfermo para pensar.

—Bueno, entonces, le ayudaré. ¿Le llegó algo por correo?

—¿Por correo?

—¿Una caja, por casualidad?

—Me desmayo… ¡me voy!

—¡Escuche, Holmes!

Se oyó un sonido como si estuviera sacudiendo al moribundo, y me contuve todo lo que pude para quedarme quieto en mi escondite.

—Debe oírme. Va a oírme. ¿Se acuerda de una caja… de una caja de marfil? Le llegó el miércoles. La abrió… ¿lo recuerda?

—Sí, sí, la abrí. Había un mecanismo que pinchaba dentro. Una broma…

—No era una broma, como descubrirá por su cuenta. Idiota, jugaste con fuego y terminaste quemándote. ¿Quién le pedía a usted cruzarse en mi camino? Si me hubiese dejado en paz, no le hubiese hecho ningún daño.

—Ya lo recuerdo —dijo Holmes sin resuello—. ¡El mecanismo! Me hizo sangre. Esta caja… esta caja de la mesa.

—La misma, ¡por Dios! Y puede que sea mejor que abandone esta habitación dentro de mi bolsillo. Ahí va su último indicio. Ahora sabe la verdad, Holmes, y puede morirse sabiendo que yo le maté. Sabía demasiado de la suerte de Victor Savage, así que se la envié para que compartiese su destino. Está muy cerca del final, Holmes. Me sentaré aquí a ver cómo se muere.

La voz de Holmes se había quebrado hasta ser un susurro inaudible.

—¿Qué dice? —dijo Smith—. ¿Que suba el gas? Ah, empieza a oscurecer, ¿verdad? Sí, subiré el gas, que pueda verlo mejor. —Cruzó la habitación y la luz aumentó de repente—. ¿Hay algún otro favor que pueda hacerle, amigo mío?

—Una cerilla y un cigarrillo.

Estuve a punto de dar gritos de alegría y de asombro. Estaba hablando con su voz de siempre… un poco débil, quizá, pero la misma voz que me era familiar. Se produjo una larga pausa, y sospeché que Culverton Smith se había quedado de pie estupefacto, en silencio, mirando a su contertulio.

—¿Qué significa esto? —le oí decir, por fin, en tono seco y ronco.

—La mejor manera de interpretar un papel con éxito es meterse en la piel del personaje —dijo Holmes—. Le doy mi palabra de que durante estos tres días no he probado ni comida ni bebida alguna hasta que ha sido tan amable de servirme ese vaso de agua. Con todo, el tabaco es lo que me ha resultado más difícil. Ah, aquí hay cigarrillos. —Oí el chasquido de una cerilla—. Así mucho mejor. ¡Bueno, bueno! ¿Eso que oigo son los pasos de un amigo?

Se acercaba un ruido de pasos desde fuera, se abrió la puerta, y apareció el inspector Morton.

—Todo en orden; este es su hombre —dijo Holmes.

El oficial enumeró las advertencias de costumbre.

—Le arresto por el asesinato de Victor Savage —concluyó.

—Y podría añadir el intento de asesinato de Sherlock Holmes —comentó mi amigo riéndose por lo bajo—. Para sacar de un apuro a un impedido, inspector, el señor Culverton Smith ha sido tan amable de hacerle nuestra señal subiendo el gas. Por cierto, el prisionero tiene una cajita en el bolsillo de la derecha de su abrigo que también debería quitarle. Gracias. Yo la manipularía con mucho tiento si fuese usted. Póngala aquí. Puede cumplir su función en el juicio.

De repente, se oyó una carrera y hubo un forcejeo, seguido de un ruido metálico y un grito de dolor.

—No va a conseguir más que hacerse daño —dijo el inspector—. Quédese quieto, ¿quiere?

Se oyó el chasquido de las esposas.

—¡Bonita trampa! —exclamó la voz aguda y malhumorada—. Le llevará a usted al banquillo de los acusados, Holmes, no a mí. Me ha pedido que viniera aquí para que lo curara. Me dio pena y vine. Ahora fingirá, sin duda, que he dicho algo que se haya inventado para corroborar sus sospechas enfermizas. Puede mentir lo que quiera, Holmes. Es mi palabra contra la suya.

—¡Madre mía! —exclamó Holmes—. Me había olvidado completamente de él. Mi querido Watson, le debo mil disculpas. ¡Pensar que casi se me pasa que estaba usted ahí! No hace falta presentarle al señor Culverton Smith, creo que lo ha conocido hace un rato esta tarde. ¿Tiene el coche abajo? Me reuniré con ustedes en cuanto me cambie, puedo serles útil en la comisaría.

Cuando se hubo repuesto con un vaso de burdeos y unas galletas que se tomó mientras se aseaba, Holmes dijo:

—Nunca lo he echado más en falta. A pesar de que, como sabe, mis costumbres son irregulares y un esfuerzo así me cuesta menos que a la mayoría. Era absolutamente esencial que convenciera a la señora Hudson de que mi estado era real, puesto que tenía que traerle, y usted, a su vez a él. No se habrá ofendido, ¿verdad, Watson? Supongo que es consciente de que el disimulo no figura entre sus muchas cualidades, y que, si hubiese

compartido mi secreto con usted, nunca hubiese sido capaz de persuadir a Smith de la urgencia de su presencia, que era el punto vital de todo el plan. Conociendo lo vengativo que es, estaba completamente seguro de que vendría a contemplar su obra.

—Pero ¿y su aspecto, Holmes… el rostro cadavérico?

—Tres días de estricto ayuno no le favorecen a nadie, Watson. En cuanto al resto, no hay nada que una esponja no pueda curar. Con vaselina en la frente, belladona en los ojos, colorete en las mejillas, y costras de cera de abeja alrededor de los labios, se puede producir un efecto satisfactorio. Fingir una enfermedad es un tema sobre el que a veces he pensado escribir un tratado. Un poco de charla de vez en cuando sobre medias coronas, ostras y otros temas extemporáneos provoca un agradable efecto de delirio.

—Pero ¿por qué no me dejaba acercarme si la infección no era verdadera?

—¿Cómo puede preguntarme eso, mi querido Watson? ¿Se cree que no respeto su capacidad como médico? ¿Cómo iba yo a pensar que su astucia y su criterio iban a creer que a un moribundo, por muy débil que estuviese, no le había subido ni el pulso ni la temperatura? A cuatro yardas, podía engañarle. Si no lograba hacerlo, ¿quién hubiese atraído a Smith a mi alcance? No, Watson, no tocaría esa caja. Con mirar a los lados simplemente, puede ver que surge un mecanismo afilado como el diente de una víbora cuando se abre. Supongo que algún artilugio semejante dio muerte a ese pobre Savage, quien se encontraba entre ese monstruo y una reversión de propiedades. Sin embargo, mi correspondencia, como sabe, es muy variada, y me pongo en alerta ante cualquier paquete que me llega. Se me ocurrió que, al fingir que había tenido éxito en sus designios, podía obtener de él una confesión. Ese engaño lo he llevado a cabo con la meticulosidad de un auténtico artista. Gracias, Watson, tiene que ayudarme con el abrigo. Cuando haya terminado en la comisaría, creo que algo nutritivo en Simpson’s no estaría fuera de lugar.

LA DESAPARICIÓN DE LADY FRANCES CARFAX

—Pero ¿por qué turco? —preguntó el señor Sherlock Holmes, mirando de arriba abajo mi calzado.

Yo estaba recostado en un sillón con respaldo de mimbre en ese momento, y mis pies habían llamado su atención, como siempre, alerta.

—Inglesas —respondí con cierto asombro—. He comprado las botas en el Latimer's de Oxford Street.

Holmes sonrió con una expresión de desganada paciencia.

—¡El baño! —dijo—. ¡El baño! ¿Por qué el caro y relajante baño turco antes que la tonificante bañera de casa?

—Porque en los últimos días me he sentido reumático y viejo. Un baño turco es lo que llamamos en medicina un remedio… una refrescante puesta a punto, un purificador del sistema. Por cierto, Holmes —añadí—, no me cabe duda de que la relación entre mis botas y un baño turco es perfectamente obvia para una mente lógica, pero, a pesar de eso, le agradecería que me la indicara.

—El hilo del razonamiento no es muy complicado, Watson —dijo Holmes con un destello de picardía en la mirada—. Pertenece a la misma clase de deducciones elementales que, por ejemplo, preguntarle con quién ha compartido coche en su paseo de esta mañana.

—No acepto un ejemplo nuevo como explicación —dije algo irritado.

—¡Bravo, Watson! Un reproche muy lógico y respetable. Veamos, ¿cuáles fueron los motivos? Empecemos por el final… el coche. Observará que tiene algunas salpicaduras en la manga y en el hombro de su abrigo. Si se hubiera sentado en el centro de un coche sin cubierta, probablemente no tendría salpicaduras, y, si las tuviese, las hubiese tenido, por supuesto, a

ambos lados. Por lo tanto, asimismo está claro que estaba sentado en un lateral. Por lo tanto, asimismo está claro que tenía un acompañante.

—Muy evidente.

—Resulta ridículo de lo banal que es. ¿No le parece?

—Bien, pero ¿y las botas y el baño?

—Igual de pueril. Usted tiene la costumbre de anudarse las botas de una determinada manera. Esta vez las veo atadas con un doble nudo enrevesado, que no es su método habitual de hacerlo. Por tanto, se ha quitado las botas. ¿Quién las ha atado después? Un zapatero… o el chico del baño turco. Es improbable que fuese el zapatero, dado que sus botas son prácticamente nuevas. Conque, ¿qué nos queda? El baño. Ridículo, ¿verdad? Pero, aun así, el baño turco ha tenido un propósito.

—¿Cuál?

—Dice que ha estado porque necesitaba un cambio. Déjeme sugerirle otro. ¿Qué le parece Lausana, mi querido Watson… como un príncipe, en primera clase y todos los gastos pagados?

—¡Una maravilla! Pero ¿por qué?

Holmes se recostó en su sillón y cogió su libreta del bolsillo.

—Una de las especies más peligrosas del mundo —dijo— es la mujer sin rumbo y sin amigos. Es la más inofensiva y a menudo la más útil de los mortales, pero es la instigadora sin remedio del crimen en los demás. Está desvalida. Es nómada. Tiene medios suficientes como para viajar de país en país y de hotel en hotel. Se pierde, por regla general, en un laberinto de oscuras pensiones y casas de huéspedes. Es una gallina perdida en un mundo de zorros. Cuando la devoran, casi nadie la echa en falta. Mucho me temo que le ha pasado algo malo a lady Frances Carfax.

Me quedé aliviado por este repentino descenso de lo general a lo particular. Holmes consultó sus notas.

—Lady Frances —prosiguió— es la única superviviente de la familia directa del difunto conde de Rufton. Los inmuebles se heredaron, como quizá recuerde, por línea masculina. Recibió unos recursos limitados, y, entre ellos, ciertas antiguas alhajas españolas de plata excepcionales y ciertos diamantes cortados de manera curiosa hacia los que se sentía muy unida; demasiado unida; puesto que se negó a dejárselos a su banquero y

siempre los llevaba con ella. Una figura conmovedora, la de lady Frances, una mujer hermosa, todavía en los inicios de la madurez, y, sin embargo, por un extraño cambio, el último derrelicto de lo que hace solo veinte años era una flota crecida.

—¿Qué le ha pasado?

—Ah, ¿que qué le ha pasado a lady Frances? ¿Está viva o muerta? Ahí está nuestro problema. Es una dama de costumbres inalterables, y durante cuatro años ha escrito cada dos semanas, sin fallar ni una vez, a la señorita Dobney, su antigua institutriz, quien hace mucho que se retiró y vive en Camberwell. Ha sido esta tal señorita Dobney quien me ha pedido consejo. Han pasado casi cinco semanas sin que le haya llegado ni una palabra. La última carta procedía del Hôtel National de Lausana. Lady Frances parece haberse marchado de allí y no ha dejado una dirección a la que remitirse. La familia está inquieta, y, como son extremadamente ricos, no repararán en gastos para esclarecer el asunto.

—¿Es la señorita Dobney la única fuente de información? ¿No es posible que se carteara con alguien más?

—Hay un corresponsal que es una mano segura. El banco. Las damas solteras tienen que vivir, y sus libretas son diarios resumidos. Tiene cuenta en el Silvester’s. He echado una ojeada a sus movimientos. Con el penúltimo cheque pagó su cuenta en Lausana, pero era una cantidad abultada y probablemente le sobró dinero en metálico. Solo ha extendido un cheque desde entonces.

—¿Para quién y dónde?

—Para la señorita Marie Devine. No hay nada que indique dónde se extendió el cheque. Se cobró en el Crédit Lyonnais de Montpellier hace menos de tres semanas. Era una suma de cincuenta libras.

—¿Y quién es la señorita Marie Devine?

—Eso también he logrado descubrirlo. La señorita Marie Devine era la doncella de lady Frances Carfax. La razón de que le hubiese pagado ese cheque todavía está a oscuras. No me cabe duda, no obstante, de que sus indagaciones aclararán pronto el asunto.

—¡Mis indagaciones!

—A eso se debe el periplo de salud a Lausana. Sabe que no me es posible dejar Londres mientras el viejo Abrahams tema por su vida de la manera en que lo hace. Además, en general, es mejor que no me marche del país. Scotland Yard se siente solo sin mí y eso provoca un nerviosismo insano en la clase criminal. Vaya usted, por tanto, mi querido Watson, y, si requiriese en algún momento mi humilde consejo, al increíble precio de dos peniques la palabra, estaré a su disposición a este lado del telégrafo continental día y noche.

Dos días después me hallaba en el Hôtel National de Lausana, donde monsieur Moser, su célebre director, me colmó de todas las atenciones posibles. Lady Frances, según me informó, había permanecido allí varias semanas y había despertado las simpatías de todos los que la habían conocido. No tenía más de cuarenta años, seguía siendo atractiva y todo indicaba que, en su juventud, había sido una mujer encantadora. Monsieur Moser no sabía nada de ningunas joyas de valor, pero los sirvientes comentaban que el pesado baúl del dormitorio de la dama se encontraba siempre escrupulosamente cerrado. Marie Devine, la doncella, era tan apreciada como su señora; de hecho, se había comprometido con uno de los *maîtres* del hotel, y no tuvo ningún impedimento en obtener su dirección. Vivía en rue de Trajan 11, Montpellier. Anoté toda la información y me pareció que ni el mismo Holmes hubiese sido más hábil en reunir aquellos datos.

Solo seguía a oscuras en un aspecto. No tenía nada que pudiese esclarecer la razón de la repentina partida de la dama. Supuestamente se sentía muy feliz en Lausana. Había muchos motivos para creer que tenía intención de quedarse toda la temporada en sus lujosas habitaciones con vistas al lago. Y, no obstante, se había marchado con un único día de aviso, lo que le trajo aparejado pagar en vano una semana de alquiler. Solo Jules Vibart, el prometido de la doncella, pudo brindarme una sugerencia. Relacionaba la repentina partida con la visita al hotel un par de días antes de un hombre alto, moreno y con barba. «¡Un sauvage… un véritable sauvage!»[11], exclamó Jules Vibart. Ese hombre se alojaba en alguna parte

de la ciudad. Lo habían visto hablando muy gravemente con la señora en el paseo del lago. Luego había ido a visitarla y ella se había negado a verlo. Era inglés, pero no habían registrado su nombre. La señora se había marchado de allí inmediatamente después. Jules Vibart, y, lo que tenía mayor importancia, su novia, pensaba que esta visita y la partida eran causa y efecto. Solo hubo una cosa de la que Jules no me diría nada. De la razón por la que Marie había dejado a su señora. Sobre eso no podía o no quería explicar nada. Si deseaba saberlo, debía ir a Montpellier y preguntarle a ella.

Así concluyó el primer capítulo de mi investigación. El segundo estuvo consagrado al lugar al que se había encaminado lady Frances Carfax cuando se marchó de Lausana. En este aspecto había sido muy reservada, lo que confirmaba la idea de que se había ido con la intención de dar esquinazo a alguien. De lo contrario, ¿por qué no había etiquetado abiertamente sus maletas con destino a Baden? Ambos, dama y equipaje, habían llegado al balneario renano por algún camino indirecto. Todo esto lo recabé del encargado de la oficina de viajes Cook del lugar. Así que me fui a Baden, después de haberle enviado a Holmes una relación de todos mis movimientos y de recibir en respuesta un telegrama de elogio medio en broma.

Allí la pista no fue difícil de seguir. Lady Frances había cogido alojamiento en el Englischer Hof una quincena. Entre tanto, había conocido al doctor Shlessinger y a su esposa, misionero en Sudamérica. Como muchas damas solitarias, lady Frances encontró consuelo y un cometido en la religión. La notable personalidad del doctor Shlessinger, su devoción entusiasta, y el hecho de que se estuviese recuperando de una enfermedad contraída en el ejercicio de su tarea apostólica la afectaron profundamente. Con lo cual, ayudó a la señora Shlessinger en el cuidado del santo convaleciente. Este se pasaba el día, según me contó el encargado, en un diván en la terraza, con un dama a cada lado atendiéndole. Estaba elaborando un mapa de la Tierra Santa, con un especial interés en el reino de los madianitas, sobre el que estaba escribiendo un tratado. Por fin, tras mejorar mucho de salud, su mujer y él se habían vuelto a Londres, y lady Frances había partido hacia allí en su compañía. Eso había sucedido tres

semanas antes exactamente, y el encargado no había tenido noticias de ella desde entonces. En cuanto a la doncella, Marie, se había ido algunos días antes hecha un mar de lágrimas, tras informar a las demás doncellas de que dejaba el oficio para siempre. El doctor Shlessinger había pagado la cuenta de todo el grupo antes de partir.

—Por cierto —dijo el gerente al terminar—, no es el único amigo de lady Frances Carfax que ha preguntado por ella últimamente. Hace solo una semana o así, tuvimos por aquí a un hombre con la misma consulta.

—¿Dio su nombre? —pregunté.

—No, pero era inglés, aunque algo inusual.

—¿Un salvaje? —le pregunté, relacionando los datos a la manera de mi ilustre amigo.

—Eso mismo. Eso lo describe muy bien. Es un tipo grande, barbudo y con la piel tostada por el sol, y parece que se encuentre, más a gusto en una fonda de granjeros que en un hotel elegante. Un tipo duro, violento, diría yo, y a quien lamentaría mucho ofender.

El misterio empezaba a quedar delimitado a medida que las figuras se aclaraban al levantarse la niebla. Teníamos a esa dama buena y piadosa perseguida de un lugar a otro por una figura siniestra e implacable. Ella le tenía miedo, o en caso contrario no hubiese huido de Lausana. Él había continuado siguiéndola. Antes o después la alcanzaría. ¿La había alcanzado ya? ¿Era ese el secreto de su prolongado silencio? ¿Podría esa buena gente que la acompañaba ampararla contra su violencia o sus chantajes? ¿Qué terrible propósito, qué oscuro designio, había tras esa larga persecución? Ese era el problema que tenía que resolver.

A Holmes le escribí para mostrarle lo rápida y certeramente que había llegado hasta la raíz del asunto. En respuesta, obtuve un telegrama en el que me pedía una descripción de la oreja izquierda del doctor Shlessinger. Holmes tenía una idea del humor que resultaba extraña y, a veces, hasta ofensiva, así que hice caso omiso a su intempestiva broma… En realidad, estaba ya en Montpellier en mi búsqueda de la doncella, Marie, antes de que llegara su mensaje.

No me fue difícil encontrar a la antigua sirvienta, que me contó todo lo que pudo. Era una persona fiel, que había dejado a su señora solo porque

estaba segura de que estaba en buenas manos, y porque su próximo matrimonio hacía la separación inevitable de todas maneras. Me confesó con pesar que su señora se había mostrado algo irritable con ella durante su estancia en Baden, e incluso la había interrogado como si tuviese sospechas de su decencia. Eso había hecho que separarse de ella hubiese sido más fácil. Lady Frances le había dado cincuenta libras como regalo de bodas. Como yo, Marie veía con profundo recelo al desconocido que la había empujado a marcharse de Lausana. Había visto con sus propios ojos cómo la agarraba por la muñeca con gran violencia en el paseo público junto al lago. Era un hombre violento y terrible. Ella creía que había aceptado la compañía de los Shlessinger durante el regreso a Londres por miedo a ese tipo. Nunca le había hablado a Marie de ello, pero muchos pequeños detalles habían convencido a la doncella de que su señora vivía en un estado de permanente ansiedad. Había llegado hasta ese punto en su relato, cuando, de repente, se levantó de un salto de su silla y le empezó a temblar el rostro de sorpresa y de miedo.

—¡Mire! —gritó—. ¡El canalla todavía la sigue! ¡Ahí tiene al hombre del que le hablo!

A través de la ventana abierta de la sala de estar, vi a un hombre enorme y moreno, con una barba negra encrespada, bajando lentamente por el medio de la calle, y mirando impaciente el número de las casas. Estaba claro que, como yo, iba tras la pista de la doncella. Dejándome llevar por mi primer impulso, salí corriendo y lo abordé.

—Usted es inglés —le dije.

—¿Y qué si lo soy? —preguntó con maneras de granuja.

—¿Le importaría decirme cómo se llama?

—Sí, me importaría —replicó con rotundidad.

La situación era incómoda, pero muchas veces lo mejor es ser directo.

—¿Dónde está lady Frances Carfax? —le pregunté.

Se me quedó mirando estupefacto.

—¿Qué tiene que ver con ella? ¿Por qué la persigue? ¡Le exijo una respuesta! —insistí.

Rugió de ira y saltó sobre mí como un tigre. Yo he aguantado lo mío en más de una pelea, pero ese hombre me agarraba con unas manos de hierro y

la furia de un demonio. Me apretaba la garganta y estaba a punto de perder el conocimiento cuando un *ouvrier* francés sin afeitar, con una chaqueta azul, salió disparado del cabaret de enfrente porra en mano y le asestó un duro golpe en el antebrazo que le hizo soltar su presa. Se quedó un momento bufando de rabia y sin decidirse a renovar su ataque. Entonces, con un gruñido de cólera, me dejó y entró en la casa de la que yo acababa de salir. Me volví para darle las gracias a mi protector, que seguía a mi lado en la calzada.

—Y bien, Watson —dijo—, ¡menuda chapuza de trabajo! Creo que casi sería mejor que se volviese conmigo a Londres en el expreso de esta noche.

Una hora después, Sherlock Holmes, con su vestimenta y estilo de siempre, estaba sentado en mi habitación del hotel. Su explicación de su repentina y oportuna aparición fue la simplicidad misma. Al darse cuenta de que podía salir de Londres, decidió encontrarse conmigo en el siguiente punto obvio de mis viajes. Disfrazado de obrero, se había sentado a esperar en un cabaret a que apareciese.

—Ha llevado a cabo una investigación particularmente concienzuda, mi querido Watson —dijo—. Ahora mismo no logro recordar ninguna metedura de pata que no haya cometido. El efecto global de su actuación ha sido hacer saltar la alarma por todas partes y, a pesar de ello, no descubrir nada.

—Quizá usted no lo hubiese hecho mejor —respondí con rencor.

—Aquí no hay «quizá» que valga. Lo he hecho mejor. Acaba de llegar el honorable Philip Green, que es compañero de hotel suyo, y puede que nos sirva como punto de partida para una investigación más atinada.

Nos había llegado una tarjeta en una bandeja a la que siguió el mismo bellaco barbudo que me había atacado en la calle. Se sobresaltó al verme.

—Pero ¿esto qué es, señor Holmes? —le preguntó—. Me ha llegado su nota y he venido. Pero ¿qué tiene que ver este hombre con el asunto?

—Este es mi viejo amigo y socio, el doctor Watson, quien nos está ayudando en este caso.

El desconocido alargó una mano gigantesca y quemada con unas pocas palabras de disculpa.

—Espero no haberle hecho daño. Cuando me acusó de haberla lastimado, perdí el control. En realidad, no respondo de mí estos días. Tengo los nervios a punto de estallar. Esta situación me supera. Lo que quiero saber, señor Holmes, es cómo demonios se ha enterado de quién soy.

—Estoy en contacto con la señorita Dobney, la institutriz de lady Frances.

—¡La vieja Susan Dobney, la de la cofia! La recuerdo bien.

—Y ella se acuerda de usted. Se conocen de los tiempos de antes… de antes de que llegara a la conclusión de que era mejor irse a Sudáfrica.

—Ah, ya veo que conoce toda mi historia. No tengo por qué ocultarle nada. Le juro, señor Holmes, que no ha habido nunca un hombre en este mundo que quiera a una mujer con un amor más incondicional que el que yo siento por Frances. Cuando nos conocimos, yo era un jovenzuelo sin desbravar, lo sé… no peor que otros como yo. Y ella era pura como la nieve. No podía soportar ni la sombra de una inconveniencia. Así que, cuando terminó enterándose de algunas cosas que había hecho, no volvió a dirigirme la palabra. Pero, a pesar de todo, me quería, ¡eso es lo maravilloso de todo esto!, me quería lo bastante como para quedarse soltera toda su santa vida por amor a mí, ni más ni menos. Cuando pasaron los años y reuní lo suficiente en Barberton, pensé que quizá pudiera ir en su busca y ablandarla. Había oído que no se había casado todavía, y cuando la encontré en Lausana lo intenté de todas las formas que supe. Flaqueaba, creo, pero su voluntad era fuerte, y, a la siguiente vez que fui a visitarla, se había marchado de la ciudad. Seguí su rastro hasta Baden, y luego, después de un tiempo, me enteré de que su doncella estaba aquí. Soy un tipo duro, recién llegado de una vida dura, y, cuando el doctor Watson me habló como lo hizo, perdí el dominio de mí mismo por un momento. Pero, por amor de Dios, dígame lo que ha sucedido con lady Frances.

—Eso es lo que nos corresponde averiguar —dijo Sherlock Holmes con curiosa circunspección—. ¿Cuál es su dirección en Londres, señor Green?

—Me encontrará en el hotel Langham.

—Entonces, ¿puedo recomendarle que regrese allí y esté disponible por si acaso lo necesitase? No deseo dar pábulo a falsas esperanzas, pero puede estar seguro de que se hará todo lo que sea posible por la seguridad de lady

Frances. No puedo decir más por el momento. Le dejaré esta tarjeta a fin de que pueda seguir en contacto con nosotros. Watson, si hace sus maletas, le mandaré un telegrama a la señora Hudson para que se supere por dos viajeros hambrientos a las siete y media de la mañana.

Cuando llegamos a nuestra residencia de Baker Street, nos estaba esperando un telegrama que Holmes leyó con una exclamación de interés, y luego me lo tendió. «Rajada o llena de cicatrices» era el mensaje; el lugar de origen, Baden.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es todo —respondió Holmes—. Quizá se acuerde de mi pregunta aparentemente irrelevante sobre la oreja izquierda de ese clerical caballero, que no me respondió.

—Me había marchado de Baden y no podía investigar.

—Exactamente. Por esa razón, le envié una copia al director del Englischer Hof, cuya respuesta tiene aquí.

—¿Qué demuestra eso?

—Demuestra, mi querido Watson, que estamos tratando con un hombre excepcionalmente astuto y peligroso. El reverendo doctor Shlessinger, misionero de Sudamérica, no es otro que Peter el Santo, uno de los granujas con menos escrúpulos que haya dado Australia alguna vez… y para ser una nación joven, ha engendrado algunos ejemplares muy conseguidos. Su especialidad en particular es seducir a damas solitarias aprovechándose de sus sentimientos religiosos, y su presunta esposa, una inglesa llamada Fraser, es un valioso apoyo. La naturaleza de sus tácticas me hizo pensar que era él, y esta peculiaridad física, le dieron un grave mordido en una pelea de bar en Adelaida en el 89, confirma mi sospecha. Que ya esté muerta es una suposición muy probable. Si no es así, sin duda se encuentra cautiva de alguna forma y no puede escribir a la señorita Dobney o a sus otros amigos. Existe la posibilidad de que nunca llegara a Londres, o que haya pasado de largo. Sin embargo, lo primero es improbable, puesto que, con el sistema de registro, no es fácil para los extranjeros jugársela a la policía continental, y lo último también es dudoso, puesto que esos

sinvergüenzas no tendrían esperanzas de encontrar otro lugar donde fuera sencillo mantener a una persona recluida. Mi instinto me dice que está en Londres, pero como en este momento no tenemos manera de descubrir dónde, no podemos hacer otra cosa más que seguir los pasos obvios: comer y armarnos de paciencia. Dentro de un rato, por la tarde, me daré un paseo y tendré unas palabras con el amigo Lestrade en Scotland Yard.

No obstante, ni el cuerpo de policía ni la propia organización Holmes, pequeña, aunque eficiente, bastaban para explicar el misterio. Entre los millones de personas hacinadas en Londres, las tres personas que buscábamos estaban absolutamente desaparecidas, como si nunca hubiesen existido. Se probó con anuncios; no funcionó. Se siguieron pistas; no condujeron a nada. Se registró cada guarida de criminales que Shlessinger hubiese podido frecuentar; fue en vano. Se vigiló a sus antiguos secuaces, pero se mantuvieron lejos de él. Y entonces, de pronto, tras una semana de impotente espera, apareció algo de luz sobre el asunto. Se había empeñado un pendiente de plata y brillantes de diseño español antiguo en Bevington's, Westminster Road. La persona que lo había empeñado era un hombre corpulento, bien afeitado, con apariencia de religioso. Su nombre y su dirección eran manifiestamente falsos. La oreja había pasado desapercibida, pero la descripción era, sin lugar a dudas, la de Shlessinger.

Tres veces nos había pedido noticias nuestro amigo barbudo del hotel Langham… la tercera vez una hora después de esta novedad. La ropa cada vez le bailaba más sobre su enorme cuerpo. Parecía estar consumiéndose de angustia. «¡Ojalá me diesen algo qué hacer!», era su queja continua. Por fin, Holmes podía satisfacer ese deseo.

—Ha empezado a empeñar las joyas. Ahora deberíamos poder atraparlo.

—Pero ¿eso quiere decir que le ha pasado algo malo a lady Frances?

Holmes negó con la cabeza muy circunspecto.

—En el caso de que la hubiesen retenido como prisionera hasta ahora, es evidente que no pueden soltarla sin que sea una calamidad para ellos. Debemos prepararnos para lo peor.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Esa gente le conoce de vista?

—No.

—Es posible que vayan a algún otro prestamista más adelante. En ese caso, tendríamos que empezar otra vez. Sin embargo, ha tenido un precio justo y no le han hecho preguntas, así que, si necesita efectivo, es previsible que vuelva por Bevington's. Le daré una nota para ellos, y le dejarán esperar en la tienda. Si va el tipo, le sigue a casa. Pero sin indiscreciones, y, sobre todo, sin violencia. Prométame que no dará ningún paso sin mi conocimiento y consentimiento.

Los siguientes dos días el honorable Philip Green (cabe mencionar que era el hijo del célebre almirante de ese nombre que estaba al mando de la flota del mar de Azof en la guerra de Crimea) no nos trajo ninguna novedad. En la tarde del tercero, entró precipitadamente en nuestra sala de estar pálido, tiritando, con todos los músculos de su poderosa constitución temblando de nerviosismo.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! —exclamó.

Estaba alterado y hablaba de forma incoherente. Holmes lo serenó con unas pocas palabras y le obligó a sentarse en un sillón.

—Ahora, cuéntenos paso a paso los hechos —le dijo.

—No vino hasta última hora. Esta vez era la esposa, y el pendiente que traía era el socio del otro. Es una mujer alta y pálida, con ojos de hurón.

—Esa es la dama —intervino Holmes.

—Se marchó del local y la seguí. Subía caminando por Kennington Road, y me mantuve detrás de ella. Al poco tiempo, se metió en una tienda. Señor Holmes, era una funeraria.

Mi compañero se alarmó.

—¿Y entonces? —preguntó con esa voz vibrante que delataba al alma apasionada tras el rostro frío y gris.

—Le estaba hablando a la mujer que había tras el mostrador. Entré yo también. «Es tarde», oí que le decía, o algo por el estilo. La mujer de la tienda se estaba disculpando. «Debería haber llegado antes», le respondía, «al salirse de lo común, lleva más tiempo». Ambas dejaron de hablar y se me quedaron mirando, así que le hice algunas preguntas y luego me marché de la tienda.

—Hizo muy bien. ¿Qué paso después?

—La mujer salió, la vi escondido en un portal. Había despertado sus sospechas, creo, porque miraba a todos lados. Entonces, llamó a un coche y se subió a él. Tuve bastante suerte y conseguí otro para seguirla. Después de un rato, descendió en el 36 de Poultney Square, en Brixton. La dejé atrás, me bajé de mi coche en la esquina de la plaza y vigilé la casa.

—¿Vio a alguien?

—Todas las ventanas estaban a oscuras excepto una del piso de abajo. La persiana estaba echada y no podía ver nada. Estaba de pie, preguntándome qué era lo siguiente que debía hacer, cuando llegó un furgón cubierto con dos hombres dentro. Bajaron, cogieron algo del furgón y lo transportaron hasta la puerta de la entrada por las escaleras. Señor Holmes, era un ataúd.

—¡Ah!

—Por un instante, estuve a punto de entrar corriendo. Habían abierto la puerta para dejar pasar a los hombres con su carga. Fue la mujer quien les abrió. Cuando estaba allí parado, me vio solo un momento, pero creo que me reconoció. Vi cómo se sobresaltaba, y cerraba atropelladamente la puerta. Me acordé de la promesa que le hice y aquí estoy.

—Ha hecho un trabajo excelente —afirmó Holmes mientras garabateaba unas palabras en la mitad de un folio—. No podemos actuar de forma legal sin una orden y la mejor forma de servir a la causa es llevarles esta nota a las autoridades y conseguir una. Quizá encuentre alguna dificultad, aunque diría que la venta de las joyas debería ser suficiente. Lestrade se encargará de todos los detalles.

—Pero puede que la asesinen entre tanto. ¿Qué significaría si no el ataúd, y para quién sería sino para ella?

—Haremos todo lo que podamos, señor Green. No hay un momento que perder. Déjelo en nuestras manos. Ahora, Watson —añadió mientras nuestro cliente se marchaba a toda prisa—, él pondrá en movimiento a la fuerza pública. Nosotros, los particulares, como siempre, debemos adoptar nuestro propio curso de acción. La situación me parece tan desesperada que están justificadas las medidas más extremas. No debemos perder un momento; vayamos a Poultney Square.

Cuando nuestro coche pasó a toda velocidad por el parlamento y el puente de Westminster, reanudó la conversación.

—Reconstruyamos los hechos. Estos canallas han embaucado a esta triste dama para venir a Londres, tras indisponerla con su leal doncella. Si ha escrito alguna carta, ha sido interceptada. Han alquilado una casa amueblada gracias a algún cómplice. Una vez dentro, la han hecho prisionera y se han apoderado de las valiosas joyas, que era su intención desde el principio. Ya han empezado a vender parte, porque les parece bastante seguro para ellos, dado que no tienen motivos para pensar que nadie se interese por la suerte de la dama. Si la pusieran en libertad, ella, por supuesto, les denunciaría. Por lo tanto, no la van a liberar. Pero tampoco pueden tenerla encerrada a cal y canto para siempre. Así que el asesinato es la única solución que les queda.

—Parece muy evidente.

—Adoptemos otra línea de pensamiento. Cuando se siguen dos hilos de razonamiento distintos, Watson, se encuentra algún punto de intersección que puede acercarnos a la verdad. Empezaremos ahora, no por la dama, sino por el ataúd y argumentemos de atrás hacia delante. Ese incidente prueba, me temo, más allá de toda duda, que la dama está muerta. También apunta hacia un entierro ortodoxo, con el certificado médico y la autorización oficial que lleva aparejado. Si la dama ha sido asesinada de manera obvia, la hubiesen enterrado en un agujero en el jardín de atrás. Pero aquí todo se hace de forma pública y convencional. ¿Qué significa eso? Seguramente que la han matado de alguna manera que ha engañado al médico, fingiendo una muerte natural… puede que envenenándola. Y, a pesar de todo, qué extraño que dejasen que el médico se acercase a ella, a menos que fuese un cómplice, lo que no parece un supuesto muy creíble.

—¿Podrían haber falsificado un certificado médico?

—Peligroso, Watson, muy peligroso. No, me cuesta creer que hicieran eso. ¡Pare aquí, cochero! Esta es sin duda la funeraria, porque acabamos de pasar el prestamista. ¿Entraría usted, Watson? Su aspecto inspira confianza. Pregunte a qué hora tiene lugar mañana el sepelio de Poultney Square.

La mujer de la tienda me respondió sin titubear que sería a las ocho de la mañana.

—Ya ve, Watson, ningún misterio, ¡sin tapujos! De algún modo, se han acatado las formalidades legales y creen que tienen poco que temer. Bien, no podemos hacer nada más que atacar de manera frontal y directa. ¿Lleva algún arma?

—¡Mi bastón!

—Bien, bien, podremos con ellos. «Tres veces armado está quien lucha por lo que es justo»[12]. Simplemente no podemos permitirnos el lujo de esperar a la policía o quedarnos dentro de los cuadriculados límites de la ley. Puede irse, cochero. Y ahora, Watson, nos la jugaremos nosotros solos, como ya hemos hecho alguna que otra vez en el pasado.

Llamamos con mucho estrépito a la puerta de la gran casa a oscuras que había en el centro de Poultney Square, la abrieron de inmediato y, contra la luz de un vestíbulo pobremente iluminado, se destacó la figura de una mujer bastante alta.

—Pero, bueno, ¿qué quieren? —preguntó bruscamente, mirándonos con ojos entrecerrados a través de la oscuridad.

—Quiero hablar con el doctor Shlessinger —respondió Holmes.

—Aquí no hay nadie que se llame así —replicó, e intentó cerrar la puerta, pero Holmes ya había metido un pie dentro.

—Bueno, pues quiero ver al hombre que vive aquí, comoquiera que se llame a sí mismo —replicó Holmes con firmeza.

Ella titubeó. Luego abrió la puerta de par en par.

—Venga, ¡entren! —nos dijo—. Mi marido no le tiene miedo a ningún hombre de este mundo.

Cerró la puerta cuando entramos, nos acompañó a un salón a la derecha del vestíbulo y encendió la luz.

—El señor Peters estará con ustedes en un instante —dijo antes de irse.

Esas palabras se cumplieron letra por letra, pues apenas nos dio tiempo a echar una ojeada al cuarto polvoriento y apolillado en donde nos encontrábamos cuando se abrió la puerta y entró en la habitación con paso ligero un hombre calvo y bien afeitado. Tenía un rostro ancho y enrojecido, con mejillas pendulares, y un aire de aparente benevolencia que echaba a perder una boca cruel y despiadada.

—Seguramente se ha cometido algún error, caballeros —dijo con voz zalamera de charlatán—. Me imagino que les han dado una dirección errónea. Quizá si prueban unos números más allá…

—Ya está bien, no tenemos tiempo que perder —le interrumpió mi compañero con firmeza—. Usted es Henry Peters, de Adelaida, recientemente rebautizado como reverendo doctor Shlessinger, con residencia en Baden y Sudamérica. Estoy tan seguro de ello como de que mi nombre es Sherlock Holmes.

Peters, como lo llamaré a partir de ahora, se sobresaltó y se quedó mirando fijamente a su formidable perseguidor.

—No crea que su nombre consigue aterrorizarme, señor Holmes —dijo con aplomo—. Cuando la conciencia de un hombre está limpia, uno no puede ponerle nervioso. ¿Qué le trae a mi casa?

—Quiero saber qué ha hecho con lady Frances Carfax, a quien trajo consigo desde Baden.

—Me alegraría mucho decirle dónde está esa dama —respondió Peters con el mismo aplomo de antes—. Tengo un recibo suyo de casi cien libras, y nada para demostrarlo salvo un par de pendientes de bisutería que el prestamista no quiere casi ni mirar. En Baden no se despegaba de la señora Peters ni de mí y no nos libramos de ella hasta que llegamos a Londres, y sí estaba utilizando otro nombre en ese momento. Le pagué la cuenta y el billete. Cuando estuvimos en Londres, nos dio esquinazo y, como digo, nos dejó esas joyas pasadas de moda para pagar lo que nos debía. Si la encuentra, señor Holmes, quedaré en deuda con usted.

—Tengo intención de encontrarla —le replicó Sherlock Holmes—. Voy a registrar esta casa palmo a palmo hasta que la encuentre.

—¿Dónde está su orden?

Holmes sacó medio revólver de su bolsillo.

—Esto servirá hasta que llegue una mejor.

—Vaya, es usted un vulgar ladrón.

—Así podría describirme —dijo Holmes de buen humor—. Mi compañero también es un maleante peligroso. Y los dos juntos vamos a registrar su casa.

Nuestro contrincante abrió la puerta.

—¡Ve a buscar a la policía, Annie! —dijo.

Se oyó un alboroto de faldas de mujer por el pasillo, y se abrió y cerró la puerta de entrada.

—Tenemos el tiempo justo, Watson —dijo Holmes—. Si intenta detenernos, Peters, con toda seguridad saldrá herido. ¿Dónde está el ataúd que han traído a su casa?

—¿Qué pasa con el ataúd? Está ocupado. Hay un cuerpo en él.

—Tengo que ver el cuerpo.

—Nunca se lo permitiré.

—Pues no me lo permita.

Con un rápido movimiento, Holmes empujó al tipo a un lado y pasó al vestíbulo. Había una puerta medio abierta justo enfrente de nosotros. Entramos; era el comedor. Encima de la mesa, bajo una lámpara de araña medio encendida, se encontraba el ataúd. Holmes aumentó el gas de la luz y levantó la tapa. Hundido en el hueco del ataúd, yacía un cuerpo consumido. El brillo de las luces de encima resplandecía sobre un rostro envejecido y demacrado. Esa ruina exhausta no podía ser, ni siquiera tras la tortura, la inanición o una enfermedad, la bella lady Frances. El asombro de Holmes se traslució en su rostro, y también su alivio.

—¡Gracias a Dios! —murmuró—. Es otra persona.

—Vaya…, esta vez la ha pifiado, señor Holmes —dijo Peters, que nos había seguido a la habitación.

—¿Quién es la fallecida?

—Bueno, en vista de que tiene tanto empeño en saberlo, es una antigua enfermera de mi mujer que se llamaba Rose Spender, nos la encontramos en la enfermería del hospicio de Brixton. La trajimos, la ayudamos a reponerse, mandamos llamar al doctor Horsom, que vive en Firbank Villas 13, quédese bien con la dirección, señor Holmes, y la atendimos con esmero, como debería hacer un buen cristiano. Sin embargo, murió al tercer día, el certificado habla de consunción por senilidad, pero eso es solo la opinión del doctor, pero, por supuesto, usted sabe más que nadie. Organizamos el sepelio con Stimson & Co., en Kennington Road, quienes la enterrarán mañana a las ocho de la mañana. ¿Le ve algún defecto a todo esto, señor Holmes? La ha pifiado como un idiota y al menos podría

reconocerlo. Daría lo que fuera por una fotografía suya con la boca abierta y los ojos desorbitados en el momento en que ha apartado la tapa esperando ver a lady Frances Carfax y no se ha encontrado más que a una anciana de noventa años.

El rostro de Holmes seguía tan impasible como siempre a pesar de las burlas de su adversario, pero los puños cerrados traslucían su intensa irritación.

—Voy a registrar su casa —dijo.

—¿De verdad? —exclamó Peters mientras resonaban la voz y los pasos pesados de una mujer por el pasillo—. Pronto lo veremos. Por aquí, agentes, se lo ruego. Estos hombres han irrumpido en mi casa y no consigo echarlos. Ayúdenme a sacarlos de aquí.

En la puerta de la entrada había un sargento y un agente. Holmes sacó su tarjeta de la cartera.

—Este es mi nombre, y esta, mi dirección. Este es mi amigo, el doctor Watson.

—¡Dios mío, señor, claro que lo conocemos! —dijo el sargento—, pero no puede estar aquí sin una orden del juez.

—Claro que no. Lo entiendo muy bien.

—¡Arréstenlo! —gritó Peters.

—Ya sabemos dónde ponerle la mano encima a este caballero si es necesario —dijo el sargento con grandilocuencia—, con todo, ahora tendrá que irse, señor Holmes.

—Sí, Watson, tendremos que irnos.

Un minuto después estábamos en la calle otra vez. Holmes mantenía su frialdad de siempre, pero yo estaba hirviendo de indignación y me sentía humillado. El sargento nos había seguido.

—Lo siento, señor Holmes, pero así es la ley.

—Por supuesto, sargento, no podía hacer otra cosa.

—Espero que hubiese un buen motivo para su presencia allí. Si hay algo que esté en mi mano de hacer…

—Hay una dama desaparecida, sargento, y pensamos que está en esa casa. Espero la orden de un momento a otro.

—Entonces, mantendré los ojos abiertos para vigilarles de cerca, señor Holmes. Si pasa algo, tenga por seguro que se lo haré saber.

No eran más que las nueve, y salimos corriendo tras nuestra pista exaltados por la caza. Primero fuimos en coche a la enfermería del hospicio de Brixton, en donde descubrimos que era verdad que esa compasiva pareja había estado de visita unos días antes, que habían afirmado que una anciana senil era una antigua sirvienta, y que habían obtenido una autorización para llevársela con ellos. No sorprendieron las noticias de que había muerto poco después.

El médico fue nuestro siguiente objetivo. Lo habían mandado llamar, se había encontrado a la mujer moribunda de pura senilidad, y había firmado el certificado en debida forma. «Les aseguro que todo era absolutamente normal y que no se trataba de ninguna argucia», aseguró. Nada de la casa le resultó sospechoso salvo el hecho notable de que personas de su categoría no tuvieran servicio. Hasta ahí y no más allá llegó a decir el médico.

Por último, nos pusimos en camino a Scotland Yard. Allí tenían problemas con los trámites concernientes a la orden. Era inevitable cierto retraso. No se podría conseguir la firma del magistrado hasta la mañana siguiente. Si Holmes acudía alrededor de las nueve, podría dirigirse allí con Lestrade y presenciar el procedimiento. Así hubiese terminado la jornada, si no hubiese sido por nuestro amigo el sargento, quien, cerca de la medianoche, nos hizo llamar para decirnos que había visto parpadear luces en varias ventanas de la enorme casa en sombras, pero que no había salido ni había entrado nadie. No podíamos hacer otra cosa que armarnos de paciencia y esperar al día siguiente.

Sherlock Holmes estaba demasiado enfadado para charlar y demasiado intranquilo para dormir. Lo dejé fumando sin parar, con las cejas densas y oscuras fruncidas en el ceño, y con los dedos largos y nerviosos tamborileando en los brazos de su silla, dándole vueltas en su cabeza a cada posible solución del misterio. Varias veces en el transcurso de la noche, lo oí rondando por la casa. De pronto, justo después de que me hubiesen llamado para que me despertara, irrumpió en mi cuarto. Entró con bata, pero su rostro pálido y ojeroso me dijo que se había pasado la noche sin dormir.

—¿A qué hora era el entierro? A las ocho, ¿verdad? —preguntó ansioso —. Bueno, pues ya son las siete y veinte. Cielo santo, Watson, ¿qué le ha pasado a esta cabeza que Dios me ha dado? ¡Venga, hombre, venga! Es asunto de vida o muerte… hay cien contra uno a favor de la muerte. Nunca me lo perdonaré, en mi vida, si llegamos demasiado tarde.

No habían pasado ni cinco minutos cuando bajábamos Baker Street a toda velocidad con un coche de dos ruedas. Pero incluso así eran las ocho menos veinticinco cuando pasábamos por el Big Ben, y dieron las ocho cuando bajábamos precipitadamente por Brixton Road. Sin embargo, los demás llegaban tan tarde como nosotros. Pasados diez minutos de la hora, el coche fúnebre seguía parado en la puerta de la casa, y en el mismo momento en que nuestro sudoroso caballo frenó en seco, el ataúd, transportado por tres hombres, apareció en el umbral. Holmes salió disparado y se interpuso en su camino.

—¡Llévenlo dentro! —exclamó, poniéndole la mano en el pecho al que iba delante—. ¡Llévenlo dentro ahora mismo!

—¿Qué demonios quiere usted? De nuevo, he de preguntarle dónde está la orden judicial —gritó Peters iracundo, asomando con el rostro enrojecido por el otro extremo del ataúd.

—La orden viene de camino. El ataúd se quedará en la casa hasta que llegue.

El tono autoritario de la voz de Holmes surtió efecto en los porteadores. Peters había desaparecido dentro de la casa, y ellos obedecieron esas nuevas órdenes.

—¡Venga, Watson, venga! ¡Aquí hay un destornillador! —gritó cuando colocaron de nuevo el ataúd encima de la mesa—. ¡Aquí tiene uno para usted, buen hombre! ¡Un soberano si está fuera la tapa en un minuto! No hagan preguntas… ¡denle rápido! ¡Muy bien! ¡Otro! ¡Y otro! ¡Ahora tiremos todos a la vez! ¡Ya cede! ¡Ya cede! Ah, por fin, ya está.

Aunando esfuerzos, arrancamos la tapa del ataúd. Cuando lo hicimos, emanó de él un pasmoso y apabullante olor a cloroformo. Dentro yacía un cuerpo, con la cabeza envuelta completamente en algodón, que había sido empapado en el narcótico. Holmes lo arrancó de un tirón y destapó el rostro escultórico de una mujer atractiva y espiritual de mediana edad. Al

momento, pasó un brazo por los hombros de la mujer y la incorporó para sentarla.

—¿Se ha ido, Watson? ¿Queda una chispa de vida en ella? ¡Quizá no hayamos llegado tarde!

Durante media hora, pareció que sí. Por culpa de esa asfixia de hecho, y por culpa de los deletéreos vapores del cloroformo, lady Frances parecía haber llegado a un punto sin retorno. Pero luego, finalmente, con respiración artificial, inyectándole éter, y con todos los artilugios que la ciencia podía recomendar, cierto hálito de vida, cierto estremecimiento en los párpados, cierto vaho en el espejo nos sugirieron el lento regreso a la vida. Se había parado un coche en la acera, y Holmes, apartando la cortina, miró hacia allí.

—Ya ha llegado Lestrade con un su orden judicial —dijo—. Va a descubrir que sus pájaros han huido. Y aquí —añadió mientras unos pasos pesados se apresuraban por el pasillo— hay alguien que tiene más derecho que nosotros a cuidar de esta dama. Buenos días, señor Green. Creo que cuanto antes podamos llevarnos a lady Frances, mejor. Mientras, el entierro puede continuar, y la pobre anciana que todavía yace en ese ataúd puede ir a su último lugar de reposo a solas.

—Si se tomara la molestia de incluir el caso en sus anales, mi querido Watson —me dijo Holmes esa tarde—, hágalo solo como ejemplo de que incluso las mentes más equilibradas están expuestas a sufrir un eclipse temporal. Tales errores los cometen todos los mortales, y lo más noble es reconocerlo y repararlos. Quizá ese mérito pueda concedérmelo en cierto grado. Me pasé obsesionado toda la noche pensando que en alguna parte me había llamado la atención una clave, una frase extraña, un comentario curioso, y que lo había descartado con demasiada facilidad. Entonces, de repente, al rayar el alba, esas palabras me vinieron a la mente. Era el comentario de la mujer de la funeraria, tal como nos lo contó Philip Green. Había dicho: «Debería haber llegado antes. Al salirse de lo común, lleva más tiempo». Era del ataúd de lo que estaba hablando. Se salía de lo común. Eso solo podía significar que lo habían hecho con unas medidas especiales.

Pero ¿por qué? ¿Por qué? Entonces, en un instante, recordé la profundidad de los laterales, y la figura extenuada al fondo. ¿Para qué un ataúd tan grande con un cuerpo tan pequeño? Para dejar espacio a otro cuerpo. Ambos serían enterrados con un único certificado. Todo hubiese estado muy claro si no se me hubiese nublado el juicio. Lady Frances iba a ser enterrada a las ocho. Nuestra única posibilidad era detener el ataúd antes de que dejara la casa.

»Existía la descabellada posibilidad de que pudiéramos encontrarla con vida, pero era una posibilidad, como mostró el resultado. Esas personas nunca habían cometido, que yo supiera, un asesinato. Quizá se arrugaran ante la violencia real en el último momento. Podían enterrarla sin dejar rastro de cómo había hallado la muerte, e incluso si la exhumaban, les quedaba una posibilidad. Tenía la esperanza de que se hubiesen impuesto tales consideraciones. Puede reconstruir la escena bastante bien. Vio el terrible cubil de la parte de arriba, donde habían retenido a la pobre señora durante tanto tiempo. Irrumpieron allí y la sometieron con su cloroformo, la llevaron abajo, vertieron más en el ataúd para asegurarse de que no se iba a despertar, y luego atornillaron la tapa. Una treta inteligente, Watson. Me parece nueva en los anales del crimen. Si nuestros amigos exmisionarios escapan de las garras de Lestrade, tengo la esperanza de enterarme de algunos de los brillantes casos de su futura carrera.

LA AVENTURA DEL PIE DEL DIABLO

Alguna que otra vez, al ir a poner por escrito alguna de las curiosas experiencias e interesantes recuerdos que lleva aparejada mi larga e íntima amistad con el señor Sherlock Holmes, me he enfrentado con insistencia a impedimentos ocasionados por su propia aversión a la notoriedad. A su espíritu cínico y taciturno todo aplauso popular le parecía siempre detestable, y nada le divertía más al final de un caso resuelto que cederle la solución auténtica a algún policía ortodoxo y escuchar con una sonrisa burlona el coro universal de felicitaciones inmerecidas. Sin ninguna duda, fue esa actitud por parte de mi amigo, y no desde luego ninguna falta de material interesante, lo que ha motivado en los últimos años que haya presentado ante el público tan pocas crónicas. Mi participación en algunas de sus aventuras era siempre un privilegio que conllevaba discreción y reserva.

El pasado martes me deparó, por tanto, una considerable sorpresa el recibir un telegrama de Holmes —nunca se le ha conocido por escribir una carta cuando puede mandar un telegrama— en los siguientes términos:

> Por qué no contarles el horror de Cornualles: el caso más extraño de los que me he encargado.

No tengo idea de qué cascada de recuerdos había tenido que remontar para tener el asunto fresco en su mente, ni qué monstruosidad había provocado que desease que lo contara. En cualquier caso, antes de que pueda llegar otro telegrama cancelándolo, me estoy apresurando en tratar de encontrar las notas que me proporcionen los detalles exactos del caso y presentarles el relato a mis lectores.

En la primavera de 1897, la constitución de hierro de Holmes mostraba ciertos síntomas de empezar a flaquear por culpa de un trabajo duro llevado

a su máxima expresión, síntomas agudizados, quizá, por esporádicos excesos. En marzo de ese año, el doctor Moore Agar, de Harley Street, cuya dramática forma de conocer a Holmes quizá algún día relate, dio orden tajante de que el célebre detective privado dejara a un lado todos sus casos y se entregara a un reposo completo si deseaba evitar un colapso total. Su estado de salud no era un asunto por el que se tomase el más mínimo interés, pues su desapego intelectual era absoluto, pero, por fin, le convenció, so pena de quedar incapacitado de manera definitiva para trabajar, de concederse un cambio radical de escenario y de aires. Así fue como, en los primeros días de primavera de ese año, nos mudamos juntos en una pequeña casa de campo cerca de Poldhu Bay, en el extremo más alejado de la península de Cornualles.

Era un rincón peculiar, y particularmente apropiado para el humor sombrío de mi paciente. Desde las ventanas de nuestra casita encalada, que estaba en lo alto de un promontorio cubierto de hierba, abarcábamos con la mirada todo el siniestro semicírculo de la bahía de Mounts, esa antigua trampa mortal para los barcos de vela, con su margen de acantilados negros y sus arrecifes a flor de las olas en donde incontables marinos habían hallado su final. Con brisa norteña, aparenta ser plácida y acogedora e invita a la nave azotada por las tormentas a cambiar de rumbo para descansar y cobijarse.

Entonces, sobrevienen el cambio repentino del viento, el vendaval sofocante del sudoeste, el ancla arrastrada, la costa a sotavento, y la última batalla en los rompientes espumosos. El marinero sabio rehúye este maligno lugar.

Por la parte terrestre, nuestros alrededores eran tan lúgubres como la parte del mar. Era una región de páramos ondulantes, solitaria y parduzca, donde asomaba alguna torre de iglesia esporádica que indicaba el lugar de algún pueblo vetusto. Por todas partes había huellas de alguna raza extinguida que había desaparecido completamente y que había dejado como única crónica unos extraños monumentos de piedra, túmulos irregulares que contenían las cenizas de los muertos, y curiosos terraplenes que sugerían una batalla prehistórica. El atractivo y misterioso lugar, con su siniestra atmósfera de naciones olvidadas, se ganó la imaginación de mi amigo, que

se pasaba mucho tiempo dando largas caminatas y meditando a solas acerca del lugar. La antigua lengua de Cornualles también había llamado su atención, y había concebido la idea, según recuerdo, de que era semejante al caldeo, y que, en gran medida, había tenido su origen en los mercaderes fenicios de estaño. Había recibido un pedido de libros de filología y estaba empezando a desarrollar su tesis cuando, de repente, para mi pesar y para su indisimulado deleite, nos encontramos inmersos, incluso en esa tierra de ensueño, en un problema que fue más intenso, más absorbente, e infinitamente más misterioso que cualquiera de aquellos que nos habían alejado de Londres. Nuestra vida sencilla y nuestra rutina sosegada y saludable quedó interrumpida drásticamente, nos vimos empujados por una serie de acontecimientos que provocaron un formidable nerviosismo no solo en Cornualles, sino a lo largo y ancho de todo el oeste de Inglaterra. Tal vez muchos de mis lectores guarden algún recuerdo de lo que se llamó en ese momento «El horror de Cornualles», aunque a la prensa de Londres solo le llegó un informe muy incompleto del asunto. Ahora, trece años después, le ofreceré al público los auténticos detalles de este increíble caso.

Ya he dicho que unos campanarios desperdigados indicaban los pueblos que salpicaban esta parte de Cornualles. El más cercano de ellos era el de Tredannick Wollas, donde las casas de un par de cientos de habitantes se arracimaban en torno a la antigua iglesia cubierta de musgo. El vicario de la parroquia, el señor Roundhay, tenía algo de arqueólogo, y por eso Holmes había entablado relación con él. Era un hombre maduro, corpulento y cordial, con un caudal considerable de conocimiento de las tradiciones locales. A invitación suya, habíamos tomado el té en la vicaría y habíamos acabado conociendo también al señor Mortimer Tregennis, un caballero independiente, que aumentaba los escasos ingresos del eclesiástico alquilándole unas habitaciones en su enorme y laberíntica casa. El vicario, al ser soltero, se alegraba de haber llegado a tal acuerdo, aunque tenía muy poco en común con su inquilino. Este era un hombre delgado, moreno y con gafas, que tenía los hombros tan caídos que daban la impresión de que padecía una auténtica deformidad física. Recuerdo que, durante nuestra breve visita, el vicario nos pareció muy parlanchín, mientras que a su inquilino lo vimos como un hombre extrañamente reservado, de rostro triste

e introvertido, que permanecía sentado con mirada esquiva, absorto, en apariencia, en sus propios asuntos.

Esos fueron los dos hombre que entraron de repente en nuestra pequeña sala de estar el martes 16 de marzo, poco después de hubiésemos desayunado, mientras estábamos fumando juntos antes de nuestra excursión diaria por los páramos.

—Señor Holmes —dijo el vicario con voz alterada—, ha sucedido algo muy trágico y completamente fuera de lo común durante la noche. Es un caso de lo más inaudito. Que esté aquí es una casualidad que solo puede ser vista como un regalo de la Providencia, porque de toda Inglaterra, usted es el hombre al que necesitamos.

Le lancé al impertinente vicario una mirada no muy amistosa, al tiempo que Holmes se quitaba la pipa de los labios y se enderezaba en su asiento como un viejo sabueso al oír el grito para levantar al zorro. Indicó el sofá con la mano, y nuestro tembloroso visitante con su agitado compañero se sentaron uno al lado del otro. El señor Mortimer Tregennis se mostraba más contenido que el religioso, pero la crispación de sus delgadas manos y el brillo de sus ojos oscuros revelaban que compartían la misma emoción.

—¿Habla usted o lo hago yo? —le preguntó al vicario.

—Bueno, como parece que ha hecho usted el descubrimiento, cualquiera que este sea, y el vicario está al tanto de manera indirecta, quizá sea mejor que hablara usted —respondió Holmes.

Le eché una ojeada al religioso vestido atropelladamente y sentado junto al inquilino, con un traje formal, y me hizo gracia la sorpresa que había aparecido en sus rostros por la sencilla deducción de Holmes.

—Tal vez sea mejor que diga yo unas palabras primero —dijo el vicario —, y luego puede juzgar si escucha los detalles de labios del señor Tregennis, o si debemos correr enseguida al escenario de este misterioso suceso. Lo mejor será empezar diciendo que aquí nuestro amigo pasó la tarde de ayer en compañía de sus dos hermanos, Owen y George, y de su hermana Brenda, en su casa de Tredannick Wartha, que está cerca de la vieja cruz de piedra del páramo. Los dejó poco después de las diez, y se quedaron jugando a las cartas en la mesa del comedor, con un humor y salud excelentes. Esta mañana, es muy madrugador, caminando en esa

dirección antes del desayuno fue alcanzado por el carruaje del doctor Richards, quien le explicó que acababan de convocarle en Tredannick Wartha con carácter de urgencia. Naturalmente, el señor Mortimer Tregennis le acompañó. Cuando llegó a Tredannick Wartha, se encontró una situación insólita. Sus dos hermanos y su hermana estaban sentados en torno a la mesa exactamente como él los había dejado, con las cartas esparcidas delante de ellos y las velas encendidas que llegaban ya a sus arandelas. La hermana estaba exánime reclinada contra el respaldo, mientras los dos hermanos seguían sentados a cada lado riéndose, gritando y cantando: han perdido el juicio por completo. Los tres, la fallecida y los enajenados, tenían en su rostro una expresión de horror extremo: una contracción de terror que era espeluznante de ver. No hay indicios de la presencia de nadie en la casa ayer por la noche, excepto de la señora Porter, la vieja cocinera y ama de llaves, que ha declarado que había estado durmiendo profundamente y que no oyó ningún ruido. No se robó ni revolvió nada y no hay ninguna explicación en absoluto de qué horror pudo ser ese que había aterrorizado a una mujer hasta darle muerte y a dos hombres robustos hasta el punto de perder el juicio. Esto es lo sucedido, señor Holmes, en pocas palabras, y, si puede ayudarnos a esclarecerlo, realizará una buena obra.

Había tenido la esperanza de que, de alguna manera, podría persuadir a mi compañero de que retomáramos la tranquilidad que había sido la finalidad de nuestro viaje. Pero me bastó un vistazo a su rostro concentrado y a sus cejas fruncidas para saber qué vana había sido esa esperanza. Se quedó sentado durante algo de tiempo en silencio, absorto en el extraño drama que había desbaratado nuestra paz.

—Investigaré este asunto —dijo por fin—. Aparentemente, se presenta como un caso de una naturaleza excepcional. ¿Ha estado usted allí, señor Roundhay?

—No, señor Holmes, el señor Tregennis volvió para contármelo a la vicaría y yo, enseguida, vine corriendo a consultarle a usted.

—¿A cuánto está la casa donde sucedió esta tragedia tan peculiar?

—Más o menos a una milla tierra adentro.

—Entonces, iremos a pie juntos. Sin embargo, antes de que salgamos, debo hacerle unas preguntas, señor Mortimer Tregennis.

Ese otro hombre había permanecido en silencio todo ese tiempo, pero había observado que su nerviosismo, pese a estar más controlado, era mayor que la aparatosa emoción del clérigo. Estaba sentado con el rostro tenso y pálido, la mirada ansiosa fija en Holmes, y las delgadas manos juntas como por un espasmo. Sus pálidos labios temblaban al escuchar la espantosa experiencia que le había ocurrido a su familia, y sus ojos oscuros parecían reflejar algo del horror de la escena.

—Pregúnteme lo que quiera, señor Holmes —le dijo impaciente—. No es plato de gusto hablar de esto, pero le responderé con sinceridad.

—Cuénteme lo que pasó anoche.

—Bueno, señor Holmes, pues cené allí, como ha dicho el vicario, y mi hermano mayor, George, propuso que jugáramos al *whist* después de la cena. Nos pusimos a ello cerca de las nueve. Eran las diez y cuarto cuando me empecé a despedir. Los dejé a todos en la mesa, más felices que nunca.

—¿Quién le abrió la puerta?

—La señora Porter se había ido a la cama, así que abrí yo mismo. Cerré la puerta de la entrada al salir. La ventana de la habitación en la que jugaban estaba cerrada, pero la persiana no estaba bajada. Todas las puertas y ventanas estaban igual esta mañana, y no había ningún motivo para pensar que había entrado ningún desconocido en la casa. Y, con todo, allí estaban sentados, enloquecidos de terror, y Brenda muerta de miedo, con la cabeza colgando en el brazo de la silla. Mientras viva, nunca me podré sacar de la cabeza lo que he visto en esa habitación.

—Desde luego, los hechos, según los manifiesta, son muy notables —dijo Holmes—. Deduzco que no tiene ninguna teoría propia que pueda explicarlos de alguna manera.

—¡Es cosa del diablo, señor Holmes, del diablo! —exclamó Mortimer Tregennis—. No es algo de este mundo. Ha entrado algo en esa habitación que ha nublado la luz de la razón en sus mentes. ¿Qué artilugio humano podría hacer eso?

—Me temo —dijo Holmes— que si es un asunto que sobrepasa lo humano, desde luego, me sobrepasa a mí. Sin embargo, debemos agotar

todas las explicaciones naturales antes de invocar una teoría como esa. En lo que se refiere a usted, señor Tregennis, deduzco que se encuentra separado de su familia por alguna razón, dado que vivían juntos y usted alquila habitaciones en otra casa.

—Así es, señor Holmes, aunque eso ya es agua pasada y ha quedado zanjado. La familia tenía una mina de estaño en Redruth y le vendimos el negocio a una compañía para así retirarnos con bastante para vivir. No niego que hubo algún roce por el reparto del dinero y nos duró durante un tiempo, pero todo quedó perdonado y olvidado, y volvimos a estar unidos otra vez.

—Al hacer memoria sobre la tarde en que pasaron juntos, ¿hay algo que destaque que pudiera esclarecer en algo la tragedia? Piense detenidamente, señor Tregennis, porque cualquier pista puede ayudarme.

—No se me ocurre nada, señor.

—¿Los suyos estaban como siempre?

—Mejor que nunca.

—¿Eran personas nerviosas? ¿Mostraron alguna vez temor por algún posible peligro?

—Nada de eso.

—Entonces ¿no tiene nada que añadir que pudiera servirme de ayuda?

Mortimer Tregennis reflexionó seriamente durante un momento.

—Me viene una cosa a la mente —dijo por fin—. Mientras estábamos sentados a la mesa, estaba de espaldas a la ventana, y mi hermano George, como era mi pareja a las cartas, estaba enfrente. Una de las veces, lo vi mirar intensamente por encima de mi hombro, conque me volví y miré yo también. La persiana estaba subida y la ventana cerrada, solo podía distinguir los arbustos del césped, aunque por un momento, me pareció ver algo moviéndose entre ellos. Ni siquiera podría decir si era hombre o animal, solo que pensé que había algo allí. Cuando le pregunté qué estaba mirando, me dijo que había tenido la misma sensación. Eso es todo lo que puedo decir.

—¿No lo investigaron?

—No, el asunto nos pareció insignificante.

—Entonces ¿los dejó allí sin ningún presentimiento de que fuera a pasar algo malo?

—Ninguno en absoluto.

—No me queda claro cómo logró enterarse de lo sucedido tan temprano esta mañana.

—Soy muy madrugador y, normalmente, me doy un paseo antes del desayuno. Esta mañana acababa de salir cuando me alcanzó el médico con su coche. Me dijo que la vieja señora Porter le había enviado a un chico con un mensaje urgente. Me subí de un salto a su lado y seguimos hacia allá. Cuando llegamos, fuimos directamente a mirar en esa espantosa habitación. Las velas y el fuego debían de haberse apagado horas antes, y habían estado allí sentados en la oscuridad hasta que se hizo de día. El médico dijo que Brenda debía de llevar muerta al menos seis horas. No había indicios de violencia. Solo yacía sobre el apoyabrazos de la silla con esa mirada en los ojos. George y Owen estaban cantando trozos de canciones y chillando como dos monos enormes. ¡Era horrible verlos! No pude soportarlo. El médico se quedó pálido como la cera; de hecho, se desplomó en una silla con una especie de desmayo y estuvimos a punto de tener que encargarnos de él también.

—Extraordinario… ¡francamente extraordinario! —dijo Holmes mientras se levantaba y cogía su sombrero—. Creo que quizá haríamos mejor en bajar a Tredannick Wartha sin más demora. Confieso que pocas veces he sabido de un caso que, a primera vista, presentara un problema más extraño.

Nuestras diligencias esa primera mañana sirvieron de poco para el avance de la investigación. Sin embargo, al principio quedaron marcadas por un incidente que me causó una impresión siniestra en grado sumo. El camino hacia el lugar de la tragedia era un sendero rural estrecho y tortuoso. Cuando nos encaminábamos por él, oímos el traqueteo de un coche que venía hacia nosotros y nos pusimos a un lado para que pasara. Al cruzar a nuestro lado, vi fugazmente a través de la ventana cerrada un rostro desencajado con una mueca horrible que nos miraba furioso. Esos ojos

desorbitados y esos dientes rechinando pasaron junto a nosotros en un parpadeo como una visión espeluznante.

—¡Mis hermanos! —exclamó Mortimer Tregennis, lívido hasta los labios—. Se los llevan a Helston.

Seguimos con mirada de espanto el carruaje negro, que avanzaba trabajosamente por la senda. Luego, pusimos rumbo a esa funesta casa en donde habían hallado su extraño destino.

Era una casa familiar grande y luminosa, más una mansión que una casa de campo, con un extenso jardín que estaba ya, gracias a ese aire de Cornualles, repleto de flores primaverales. A ese jardín daba la ventana del salón, y desde ella, según Mortimer Tregennis, tenía que haber llegado esa cosa maligna que había hecho saltar por los aires sus mentes en un mero instante de puro horror. Holmes caminó lenta y pensativamente entre los arriates de flores y junto al sendero antes de entrar en el porche. Tan absorto iba en sus pensamientos, creo recordar, que tropezó con la regadera, derramó su contenido, y empapó tanto el sendero del jardín como nuestros pies. Dentro de la casa, nos reunimos con la anciana ama de llaves de Cornualles, la señora Porter, quien, con la ayuda de una chica joven, velaba por las necesidades de la familia. Respondió de buena gana a todas las preguntas de Holmes. No había oído nada durante la noche. Sus jefes habían estado de un excelente humor en los últimos tiempos, y nunca los había visto más felices ni más prósperos. Se había desmayado de horror al entrar en la habitación esa mañana y ver ese dantesco grupo alrededor de la mesa. Cuando se restableció, abrió de par en par la ventana para dejar entrar el aire de la mañana, y bajó corriendo al sendero, desde donde envió al chico de un granjero a por el médico. La señora se encontraba en su cama, en la planta de arriba, si deseábamos verla. Se habían necesitado cuatro hombres fornidos para meter a los hermanos en el coche del manicomio. No podía quedarse en la casa ni un día más e iba a irse esa misma tarde para reunirse con su familia en Saint Ives.

Subimos las escaleras y vimos el cuerpo. La señorita Brenda Tregennis había sido una chica muy guapa, aunque ahora se acercara a la mediana edad. Su rostro moreno de rasgos marcados resultaba atractivo, incluso muerta, pero quedaba aún un rastro en él del espasmo de horror que había

sido su última emoción humana. De su dormitorio bajamos al salón, donde había sucedido realmente esa extraña tragedia. Las cenizas consumidas del fuego nocturno seguían en la chimenea. Encima de la mesa, estaban las cuatro velas fundidas y quemadas, con las cartas esparcidas por la superficie de aquella. Habían retirado las sillas contra la pared, todo lo demás estaba como se encontraba la noche anterior. Holmes recorrió la habitación de arriba abajo con pasos rápidos y ligeros; se sentó en diversas sillas, arrimándolas a la mesa y reconstruyendo sus posiciones. Se cercioró de cuánto se veía del jardín desde allí; inspeccionó el suelo, el techo, y la chimenea. Sin embargo, no vi ni una sola vez ese súbito brillo en sus ojos y esa tensión en los labios que me hubiese sugerido que distinguía alguna luz en esa absoluta oscuridad.

—¿Y por qué un fuego? —preguntó una de las veces—. ¿Siempre tienen un fuego en este cuartito en una tarde de primavera?

Mortimer Tregennis le explicó que fue una noche fría y húmeda. Por esa razón, después de su llegada, encendieron el fuego.

—¿Y ahora qué va a hacer, señor Holmes? —le preguntó.

Mi amigo se sonrió y puso su mano en mi brazo.

—Creo, Watson, que retomaré esa costumbre mía de envenenarme con el tabaco que tantas veces y con tanta justicia ha desaprobado —dijo—. Con su permiso, caballeros, ahora volveremos a nuestra casa de campo, porque no me parece que sea probable que nos enteremos de ningún factor nuevo aquí. Consideraré los hechos cuidadosamente, señor Tregennis, y si se me ocurriera algo, por supuesto, se lo comunicaré a usted y al vicario. Entretanto, les deseo a ambos que tengan un buen día.

Holmes no rompió su absoluto y ensimismado silencio hasta mucho después de haber llegado a Poldhu Cottage. Se acurrucó en su sillón, con su rostro demacrado y ascético apenas visible entre el remolino azul del humo de su tabaco, sus cejas negras fruncidas, su frente contraída, la mirada perdida y distante. Por fin, dejó su pipa y se levantó de un salto.

—¡No funciona, Watson! —dijo riéndose—. Demos un paseo juntos por los acantilados y busquemos flechas de sílex. Es más probable que las encontremos a ellas que no las pistas de este problema. Hacer que el cerebro trabaje sin suficiente material es como acelerar al máximo un

motor. Se rompe en pedazos. Aire marino, luz del sol, y paciencia, Watson… todo lo demás llegará.

Cuando pasábamos junto al borde de los acantilados, continuó diciendo:

—Ahora, definamos con calma nuestra situación, Watson. Ciñámonos estrictamente a lo que de verdad sabemos, para que, cuando aparezcan nuevos datos, podamos estar listos y los pongamos en su lugar. Asumo, en primer lugar, que ninguno de los dos está dispuesto a admitir injerencias diabólicas en los asuntos humanos. Comencemos descartando eso de nuestras mentes por completo. Muy bien. Nos quedan tres personas que han sido gravemente atacadas por algún agente humano consciente o inconsciente. En eso pisamos terreno firme. Ahora bien, ¿cuándo sucedió esto? Evidentemente, si aceptamos su relato como cierto, fue inmediatamente después de que el señor Mortimer Tregennis hubiese abandonado la habitación. Ese es un detalle muy importante. En teoría, pasó pocos minutos después. Las cartas todavía seguían sobre la mesa. Ya había pasado la hora en que se solían acostar. Sin embargo, no habían cambiado de sitio ni echado las sillas atrás. Por tanto, repito, el incidente sucedió inmediatamente después de su partida, y no más tarde de las once de la pasada noche.

»El paso siguiente y obvio es comprobar, hasta donde alcancemos, los movimientos de Mortimer Tregennis después de haber dejado la habitación. En esto no hay problema, y parecen fuera de toda sospecha. Conociendo mis métodos como usted lo hace, fue consciente, por supuesto, de la algo torpe táctica de la regadera, mediante la cual obtuve una huella más clara de su pie de lo que hubiese sido posible de otra forma. El camino de arena mojado la recabó de maravilla. La pasada noche también fue húmeda, como recordará, y no fue difícil, tras conseguir la impresión de muestra, diferenciar su rastro de entre los demás y seguir sus movimientos. Parece que se marchó muy deprisa en dirección a la vicaría.

»Entonces, si Mortimer Tregennis desapareció de escena, y alguna persona de fuera sugestionó a los jugadores, ¿cómo podemos reconocer a esa persona y cómo se provocó semejante sensación de horror? La señora Porter debe ser obviada. Evidentemente es inofensiva. ¿Hay alguna prueba de que alguien se acercara sigilosamente hasta la ventana del jardín y, de

alguna manera, indujera un efecto tan horripilante que hiciera perder el juicio a aquellos que lo vieron? La única clave en ese sentido procede del propio Mortimer Tregennis, quien afirma que su hermano dijo que se movía algo en el jardín. Eso es ciertamente notable, dado que era una noche lluviosa, con nubes y oscura. Cualquiera que tuviera intención de aterrar a esas personas hubiese tenido que aplastar su propio rostro contra el cristal antes de que pudieran verlo. Hay un arriate de tres pies de ancho bajo la ventana, pero no hay rastro de huella alguna. Es difícil imaginar, pues, cómo una persona de fuera hubiese podido causar una sensación tan horrible en esa familia, y tampoco hemos encontrado ningún motivo posible para una agresión tan extraña y enrevesada. ¿Advierte nuestras dificultades, Watson?

—Son muy evidentes —respondí con convicción.

—A pesar de ello, con unos pocos elementos más, quizá probemos que nos son insuperables —dijo Holmes—. Supongo que, en sus amplios archivos, Watson, tal vez haya algo que sea tan complicado como este. Mientras, dejemos a un lado el caso hasta tener disponibles datos más precisos, y consagremos el resto de la mañana a la búsqueda del hombre del neolítico.

Puede que haya comentado ya la capacidad de desapego intelectual de mi amigo, pero nunca me ha asombrado más que durante esa mañana de primavera en Cornualles, cuando se pasó dos horas perorando acerca de los celtas, las puntas de flecha, y las vasijas rotas, tan tranquilo, como si no nos aguardara un siniestro misterio por solucionar. Hasta que no regresamos por la tarde a nuestra casa de campo, no supimos que nos estaba esperando un visitante, quien enseguida nos trajo a la memoria el asunto en cuestión. Ninguno de los dos necesitábamos que nos dijeran quién era ese visitante. Un cuerpo enorme, el rostro rugoso y lleno de cicatrices, mirada torva y nariz aguileña, el cabello entrecano que casi rozaba el techo de nuestra casa, la barba dorada en los márgenes y blanca cerca de los labios, excepto por la mancha de nicotina de su sempiterno cigarro, todos estos rasgos eran famosos tanto en Londres como en África, y solo podían asociarse con la formidable personalidad del doctor Leon Sterndale, el gran explorador y cazador de leones.

Habíamos oído algo de su presencia en el distrito y habíamos visto pasar fugazmente un par de veces su alta figura por los caminos del páramo. Sin embargo, no se nos había acercado, ni a nosotros se nos había pasado por la cabeza hacerlo, pues era bien conocido su apego a la soledad, lo que motivaba que pasara la mayor parte de los intervalos entre viaje y viaje en un bungalow aislado en el solitario bosque de Beauchamp Arriance. Ahí, entre sus libros y sus mapas, vivía una vida absolutamente retirada, ocupándose de sus necesidades básicas y prestando, en apariencia, poca atención a los asuntos de sus vecinos. Por tanto, me sorprendió oírle preguntar a Holmes, en un tono impaciente, si había hecho algún progreso en la reconstrucción del misterioso episodio.

—La policía del condado es inútil —le dijo—, pero quizá su experiencia, que es más amplia, le haya sugerido alguna explicación razonable. La única razón para que confíe en mí es que, durante mis muchas estancias aquí, he llegado a conocer a la familia Tregennis muy bien, en realidad, por parte de mi madre, que era de Cornualles, podría llamarlos primos. Su extraño destino, por supuesto, me ha conmovido mucho. Le diré que incluso me encontraba ya en Plymouth de camino a África, pero las noticias me llegaron esta mañana, y me he dado media vuelta para ayudar en la investigación.

Holmes alzó las cejas.

—¿Ha perdido su barco?

—Iré en el siguiente.

—¡Madre mía! Eso sí que es amistad.

—Ya le digo que éramos parientes.

—Claro… primos por parte de madre. ¿Y su equipaje se ha quedado en el barco?

—Una parte, pero casi todo está en el hotel.

—Ya veo. Supongo que estos hechos no han aparecido en los periódicos de la mañana de Plymouth.

—No, señor, tengo un telegrama.

—¿Podría decirme de quién?

Por el rostro desolado del explorador pasó una sombra.

—Es usted muy curioso, señor Holmes.

—Es mi oficio.

Con un poco de esfuerzo, el doctor Sterndale recuperó la serenidad alterada.

—No tengo objeción alguna en contárselo —replicó—. El telegrama que me hizo volver me lo envió el señor Roundhay, el vicario.

—Gracias —dijo Holmes—. Puedo decirle en respuesta a su pregunta anterior que todavía no he llegado a una conclusión completa en relación a este caso, pero que tengo mis esperanzas puestas en lograrlo. Sería prematuro decir otra cosa.

—Quizá no le importaría aclararme si sus sospechas apuntan en alguna dirección en particular.

—No, no podría contestarle a eso.

—Entonces, he perdido el tiempo y no es necesario alargar mi visita.

El célebre doctor salió de nuestra casa dando grandes zancadas y con un mal humor considerable, y, a los cinco minutos, Holmes lo estaba siguiendo. No lo vi más hasta la tarde, cuando volvió caminando despacio y con ojeras, lo que me sugirió que no había hecho grandes progresos en su investigación. Le echó una ojeada a un telegrama que le estaba esperando y lo tiró a la chimenea.

—Del hotel de Plymouth, Watson —me dijo—. He sabido el nombre por el vicario, y he mandado un telegrama para asegurarme de que lo contado por el doctor Leon Sterndale era cierto. Parece que estuvo allí realmente la pasada noche, y que de verdad consintió que una parte de su equipaje siguiera rumbo a África, mientras volvía para estar presente en esta investigación. ¿Qué le parece eso, Watson?

—Que está sumamente interesado.

—Sumamente interesado… sí. Hay un hilo que todavía no hemos seguido y que quizá nos guíe por este enredo. Arriba ese ánimo, Watson, porque estoy muy seguro de que todavía no tenemos todos nuestros elementos en la mano. Cuando así sea, es posible que dejemos atrás nuestras dificultades.

Poco me imaginaba yo lo pronto que se harían realidad las palabras de Holmes, o lo extraña y siniestra que sería esa novedad que nos desvelaría una línea de investigación completamente nueva. Por la mañana me estaba

afeitando en la ventana cuando oí el ruido de unos cascos y, al alzar la mirada, vi que llegaba al galope un coche pequeño de dos ruedas. Frenó en nuestra puerta, y nuestro amigo, el vicario, bajó de él de un salto y corrió por el sendero de nuestro jardín. Holmes estaba ya vestido, y bajamos precipitadamente para reunirnos con él.

Nuestro visitante estaba tan nervioso que apenas podía articular palabra, pero, por fin, entre jadeos y suspiros, consiguió contar su trágica historia.

—¡El diablo nos ha poseído, señor Holmes! ¡Mi pobre parroquia está poseída! —gritó—. ¡El propio Satán anda suelto por ella! ¡Estamos en su poder!

Brincaba de un lado a otro, cosa ridícula si no hubiese sido por su rostro lívido y sus ojos desorbitados. Finalmente, soltó sus terribles noticias.

—El señor Mortimer Tregennis ha muerto durante la noche, y exactamente con los mismos síntomas que el resto de su familia.

Holmes se puso en pie de un salto, lleno de energía en un instante.

—¿Puede dejarnos sitio a ambos en su coche?

—Sí, claro.

—Entonces, Watson, tendremos que posponer el desayuno. Señor Roundhay, estamos completamente a su disposición. Rápido, rápido, antes de que lo revuelvan todo.

El inquilino ocupaba dos habitaciones en la vicaría que constituían una esquina por sí solas, una encima de la otra. La inferior era una amplia sala de estar; la superior, su dormitorio. Tenían vistas a un césped para jugar al croquet que llegaba hasta la ventana. Llegamos antes que el médico y la policía, así que no se había alterado nada en absoluto. Permítaseme describir el escenario con exactitud, tal como lo vimos esa mañana neblinosa de marzo. Me causó tal impresión que nunca lograré borrarlo de mi mente.

El aire enrarecido de la habitación era angustioso y deprimente. Si la sirvienta, que había sido la primera en entrar en el cuarto, no hubiese subido del todo la ventana, hubiera sido todavía más insufrible. Esto se debía en parte a que había una lámpara encendida y humeando en el centro de la mesa. Delante de ella estaba sentado el fallecido, reclinado en su asiento, con su barba rala levantada, sus gafas subidas hasta la frente, y su rostro

enjuto y moreno vuelto hacia la ventana y desfigurado con la misma expresión de terror que habían sufrido las facciones de su difunta hermana. Sus extremidades estaban crispadas y sus dedos retorcidos como si hubiese muerto en todo el apogeo del miedo. Estaba completamente vestido, aunque había indicios de que lo había hecho a toda prisa. Nos habían informado ya de que su cama estaba deshecha, y de que su trágico fin había sucedido por la mañana temprano.

Me di cuenta de la energía candente que se ocultaba bajo la apariencia flemática de Holmes cuando vi el súbito cambio que le transformó en el momento de entrar en el fatídico aposento. Al instante estaba tenso y alerta, con los ojos brillantes, el rostro decidido, los miembros temblando de impaciencia. Había salido al césped, entrado por la ventana, recorrido la habitación y subido al dormitorio, se movía por todas partes como un sabueso feliz rebuscando en un escondrijo. En el dormitorio echó una ojeada rápida y terminó abriendo de par en par la ventana, que parecía darle alguna nueva causa para entusiasmarse, pues se asomó por ella entre grandes exclamaciones de interés y alegría. Entonces, bajó precipitadamente la escalera, salió por la ventana abierta, acercó la cara a toda prisa al césped, se levantó de un salto y entró en la habitación de nuevo, todo ello con la energía del cazador que está pisándole los talones a su presa. La lámpara, que era un modelo común y corriente, la examinó con un cuidado extremo, y tomó algunas medidas de su cazoleta. Escudriñó minuciosamente con su lupa la película de talco que cubría la parte de arriba de la chimenea, raspó un poco de ceniza que estaba adherida a su superficie superior, y la introdujo en un sobre que metió en su cuaderno de notas. Por último, precisamente cuando el médico y los agentes de policía hicieron acto de presencia, le hizo una seña al vicario y salimos los tres al césped.

—Tengo el placer de comunicarles que mi investigación no ha sido estéril del todo —comentó—. No puedo quedarme a hablar del asunto con la policía, pero le estaría sumamente agradecido, señor Roundhay, si le presentara mis respetos al inspector y llamara su atención sobre la ventana del dormitorio y la lámpara de la sala de estar. Cada una de ellas es interesante por sí misma, y juntas son casi concluyentes. Si la policía

deseara más información, estaré encantado de ver a cualquier agente en mi casa. Y ahora, Watson, creo que seremos de más utilidad en otra parte.

Es posible que la policía se ofendiera por la intromisión de un aficionado, o que imaginara, por su parte, estar sobre una prometedora línea de investigación. En cualquier caso, a ciencia cierta, no supimos nada de ella en los dos siguientes días. Ese tiempo Holmes lo pasó, o bien fumando y absorto en sus ensoñaciones en la casa, o bien en una mayor proporción, caminando por la región a solas, y regresando después de muchas horas sin un comentario siquiera acerca de dónde había estado. Un experimento me sirvió para orientarme sobre la línea de su investigación. Había comprado una lámpara idéntica a la que había encendida en la habitación de Mortimer Tregennis la mañana de la tragedia. Llenó esta con el mismo aceite que se utilizaba en la vicaría, y calculó cuidadosamente lo que tardaba en agotarse. Realizó otro experimento de naturaleza más desagradable que es dudoso que olvide jamás.

—Recordará, Watson —comentó una tarde—, que hay un único punto en común que coincide en los diversos informes que nos han llegado. Se trata del efecto del aire de la habitación sobre aquellos que entraron en primer lugar. ¿Se acuerda de que Mortimer Tregennis, al relatar el episodio de su última visita a la casa de sus hermanos, comentó que el médico, al entrar en la habitación, se desplomó en una silla? ¿Lo había olvidado? Bueno, puedo garantizarle que fue así. Recuerde también que la señora Porter, el ama de llaves, nos contó que ella misma se había desmayado al entrar en el cuarto y que después abrió la ventana. En el segundo caso, el del mismo Mortimer Tregennis, no habrá podido olvidar el espantoso enrarecimiento del aire de la habitación cuando entramos y cuando la sirvienta había abierto de par en par la ventana. Esa sirvienta, descubrí luego por mis pesquisas, se puso tan enferma que se había metido en la cama. Admitirá, Watson, que esos hechos son muy sugerentes. En ambos casos hay pruebas de un aire nocivo. En ambos casos, asimismo, había algo en combustión en la habitación: en un caso la chimenea, en el otro la lámpara. El fuego era necesario, pero la lámpara estaba encendida, según muestra la comparación de aceite consumido, mucho después de que se saliera el sol. ¿Por qué? Sin duda porque hay alguna relación entre las tres

cosas: la combustión, el aire enrarecido y, por último, la locura o la muerte de esos desdichados. Parece claro, ¿verdad?

—Eso parece.

—Al menos, podemos aceptarlo como hipótesis de trabajo. Supongamos, entonces, que se estaba quemando algo en ambos casos y que es el origen de un aire que provoca efectos tóxicos extraños. Muy bien. En el primero, el de la familia Tregennis, esta sustancia la habían colocado en el fuego. En ese momento la ventana estaba cerrada, pero el humo saldría en alguna medida por la chimenea. En consecuencia, uno esperaría que los efectos del veneno fuesen menores que en el segundo caso, en el que había menos salida para los efluvios nocivos. El resultado parece indicar que fue así, puesto que, en el primer caso, solo murió la mujer, quien, presumiblemente, tenía un organismo más sensible a sus efectos, mientras que los otros mostraban esa locura temporal o permanente que es, evidentemente, el primer efecto de la droga. En el segundo caso, el resultado fue contundente. Los hechos, por tanto, parecen confirmar la teoría de un veneno que actúa por combustión.

»Con este hilo de razonamiento en la cabeza, como es natural, recorrí la habitación de Mortimer Tregennis en busca de algún resto de esa sustancia. El lugar obvio en el que mirar era la repisa llena de talco o en la pantalla de la lámpara. Allí, sin duda alguna, vi bastantes cenizas escamosas, y en sus bordes, un ribete de polvo parduzco, que todavía no se había consumido. La mitad de estas las cogí, como pudo ver, y las introduje en un sobre.

—¿Por qué la mitad, Holmes?

—Mi querido Watson, no estoy a favor de obstaculizar la acción del cuerpo de policía. Les dejé todas las pruebas que encontré. Todavía quedaba veneno sobre el talco si hubiesen tenido la inteligencia para encontrarlo. Ahora, Watson, vamos a encender nuestra lámpara. Tendremos la precaución de abrir la ventana para evitar la muerte prematura de dos respetables miembros de la sociedad, y usted se sentará cerca de esa ventana abierta en un sillón, a menos que, como hombre sensato, decida no tener nada que ver con el asunto. Oh, lo va a hacer, ¿verdad? Ya decía yo que conocía a mi Watson. Esta silla la colocaré enfrente de su asiento, para que podamos estar a la misma distancia del veneno y cara a cada.

Dejaremos la puerta entornada. Ambos estamos en posición para vigilar al otro y terminar el experimento si los síntomas parecen alarmantes. ¿Está todo claro? Bien, entonces, cojo nuestro polvo, o lo que queda de él, del sobre, y lo deposito sobre la lámpara encendida. ¡Ya! Ahora, Watson, sentémonos y aguardemos acontecimientos.

No tardaron mucho en suceder. Apenas me había acomodado en mi asiento cuando fui consciente de un olor denso, almizcleño, sutil y nauseabundo. En cuanto lo inhalé, mi cerebro y mi imaginación se desbocaron completamente. Una nube espesa y negra se arremolinaba ante mis ojos, y mi mente me decía que en esa nube, todavía invisible, pero a punto de surgir ante mis aterrorizados sentidos, acechaba todo lo que era vagamente horrible, todo lo que era monstruoso e inimaginablemente abyecto en el universo. Formas vagas se arremolinaban y flotaban entre las oscuras nubes, cada una era una amenaza y un aviso de algo venidero, el advenimiento a nuestro umbral de algún abominable morador, cuya mera sombra destruiría mi alma. Un gélido horror se adueñó de mí. Sentí que mi pelo estaba creciendo, que mis ojos se salían de sus cuencas, que mi boca estaba abierta, y que mi lengua se secaba hasta adquirir el tacto del cuero. El torbellino dentro de mi cabeza era tal que sin duda algo se debió hacer añicos. Traté de gritar y fui vagamente consciente de que, en lugar de mi voz de costumbre, croaba de forma áspera, pero lo oía lejos y ajeno a mí. En ese mismo momento, en un esfuerzo por escapar, atravesé esa nube de desesperación y vislumbré el rostro de Holmes, blanco, rígido, y convulso por el horror: el mismo aspecto que había visto en los rasgos de los fallecidos. Esa visión fue la que me dio un respiro de cordura y de fuerza. Me arranqué de mi asiento, lancé mis brazos para rodear con ellos a Holmes, y juntos cruzamos la puerta tambaleándonos. Un momento después nos lanzábamos al césped y nos quedamos tendidos uno junto al otro, conscientes solo de la gloriosa luz del sol, que hacía pedazos a su paso la nube infernal de terror que nos había circundado. Lentamente, se evaporó de nuestras almas, como la niebla del campo, hasta que finalmente resurgieron la paz y la razón. Nos quedamos sentados en la hierba, enjugándonos el sudor frío de la frente, y mirando con ansiedad al otro para

delimitar los últimos rastros de esa horripilante experiencia que habíamos sufrido.

—¡Le doy mi palabra, Watson! —me dijo Holmes, por fin, con voz vacilante—. Le debo tanto mi agradecimiento como una disculpa. Era un experimento injustificable para someterse incluso a uno mismo, y el doble de injustificable para someter a un amigo. Lo lamento de verdad.

—Sabe —le respondí un poco emocionado, porque Holmes nunca me había mostrado lo que sentía tanto como en ese momento— que mi mayor alegría y privilegio es ayudarle.

Enseguida, volvió a reincidir en su vena medio humorística, medio cínica, que era su carácter habitual con las personas cercanas.

—Estaba de más volvernos locos de remate, mi querido Watson —dijo —. Un observador sincero declararía sin dudarlo que ya lo estábamos antes de aventurarnos en un experimento tan ridículo. Le confieso que nunca imaginé que el efecto pudiera ser tan repentino y tan intenso.

Entró corriendo en la casa de campo y, tras reaparecer con la lámpara encendida, apartándola de sí con el brazo completamente estirado, la tiró a unas zarzas.

—Debemos darle a la habitación un poco de tiempo para que se airee. Supongo, Watson, que ya no le queda ni la sombra de una duda acerca de cómo se produjeron esas tragedias.

—Ninguna en absoluto.

—Sin embargo, el motivo sigue siendo tan oscuro como antes. Vamos a ese cenador de ahí y hablemos sobre ello. Parece que se me ha quedado esa maldita cosa agarrada a la garganta. Creo que debemos admitir que todas las pruebas apuntan hacia ese hombre, Mortimer Tregennis, que habría sido el culpable de la primera tragedia, a pesar de ser la víctima de la segunda. Hay que recordar, en primer lugar, que existe cierta historia acerca de una disputa familiar, seguida de una reconciliación. No podemos decir hasta qué punto fue violenta esa disputa ni lo profunda que fue la reconciliación. Cuando pienso en Mortimer Tregennis, con su cara de zorro y sus ojos pequeños, redondos y ladinos tras las gafas, soy incapaz de relacionarlo con la clase de hombre que tiene una predisposición particular a perdonar. Bueno, en segundo lugar, recordará que esa idea de alguien moviéndose en

el jardín, que distrajo nuestra atención por un momento de la causa real de la tragedia, procedía de él. Tenía una razón para despistarnos. Por último, si no fue él quien echó la sustancia al fuego en el momento de abandonar la habitación, ¿quién lo hizo? El suceso sobrevino inmediatamente después de su partida. Si alguien más hubiese entrado, seguramente la familia se hubiese levantado de la mesa. Además, en la apacible Cornualles, las visitan no llegan más tarde de las diez de la noche. Podemos asumir, por tanto, que todas las pruebas nos indican que Mortimer Tregennis fue el culpable.

—Pero ¡entonces su propia muerte fue un suicidio!

—Bueno, Watson, esa es una conjetura no del todo imposible a primera vista. Es posible que un hombre al que le pesa la culpabilidad por haber actuado así contra su propia familia, se inflija por remordimiento el mismo destino. Sin embargo, hay algunas razones convincentes en contra. Afortunadamente, tenemos a un hombre en Inglaterra que sabe todo lo sucedido y me las he ingeniado para que esta tarde oigamos los hechos de sus propios labios. ¡Ah! Aquí está, un poco antes de la hora. Tenga la bondad de venir por aquí, doctor Sterndale. Hemos estado llevando a cabo un experimento químico dentro de la casa que ha dejado nuestro pequeño domicilio en un estado poco apropiado para un visitante tan distinguido.

Había oído el chasquido de la puerta del jardín, y ahora aparecía en el camino la majestuosa figura del gran explorador africano. Se volvió algo sorprendido hacia el rústico cenador en donde estábamos sentados.

—Me ha pedido que viniera, señor Holmes. Me dieron su aviso hace más o menos una hora y aquí estoy, aunque en realidad no sé por qué tendría yo que obedecer sus requerimientos.

—Quizá podamos aclararlo antes de que nos separemos —le dijo Holmes—. Hasta entonces, le agradezco mucho que haya aceptado cortésmente venir. Disculpará esta recepción al aire libre, pero mi amigo Watson y yo hemos estado a punto de ofrecer un capítulo adicional a lo que los periódicos llaman el «Horror de Cornualles», y preferimos un ambiente despejado por el momento. Dado que el asunto que tenemos que discutir le afecta personalmente de una manera muy directa, tal vez fuese mejor que hablásemos donde no pueda curiosear nadie.

El explorador se quitó el cigarro de la boca y se quedó mirando con severidad a mi compañero.

—No termino de entender, caballero —replicó—, qué puede tener usted que decirme sobre lo que me afecta o no a mí personalmente de una manera muy directa.

—El asesinato de Mortimer Tregennis —dijo Holmes.

Por un momento, deseé estar armado. El rostro feroz de Sterndale se puso de un rojo oscuro, sus ojos nos fulminaron, y unas venas nudosas y coléricas le sobresalieron de la frente, al mismo tiempo se precipitaba con los puños cerrados sobre mi compañero. Entonces, se detuvo, y con un violento esfuerzo recobró una serenidad fría y envarada, que quizá evocaba más el peligro que su arrebato impulsivo.

—He vivido tanto tiempo entre salvajes y más allá de la ley —dijo— que he adquirido la costumbre de dictar mi propia ley. Mejor sería que no lo olvidara, señor Holmes, porque no deseo causarle daño.

—Yo tampoco deseo causarle ningún daño, doctor Sterndale. Sin duda la prueba más clara de ello es que, aun sabiendo lo que sé, le he pedido venir a usted y no a la policía.

A Sterndale le faltaba el aire cuando se sentó, quizá intimidado por primera vez en su vida de aventuras. Había una serena determinación en la actitud de Holmes que era imposible resistir. Nuestro visitante tartamudeó un momento, juntado y separando sus grandes manos nerviosamente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó por fin—. Si es un farol por su parte, señor Holmes, a mal hombre ha elegido para su experimento. No nos andemos con más rodeos. ¿Qué ha querido decir con eso?

—Se lo diré —respondió Holmes—, y la razón por la que lo voy a hacer es que tengo la esperanza de que recompense con su sinceridad mi sinceridad. Mi siguiente paso depende por completo de la naturaleza de su propia defensa.

—¿Mi defensa?

—Sí, señor.

—¿Mi defensa respecto a qué?

—Respecto al cargo de asesinato de Mortimer Tregennis.

Sterndale se enjugó la frente con su pañuelo.

—Creo que se está volviendo viejo —dijo—. ¿Todos sus éxitos dependen de esta portentosa capacidad para echarse faroles?

—El que se echa faroles —dijo Holmes con severidad— es usted, doctor Leon Sterndale, y no yo. Como prueba de ello, le expondré algunos de los datos en los que se sustentan mis conclusiones. De su regreso de Plymouth, y de que permitiera que sus pertenencias siguieran rumbo a África, no diré nada excepto que fue lo primero que me indicó que era usted uno de los factores que había que considerar para reconstruir este drama.

—Volví porque…

—Ya he oído sus motivos y creo que son poco convincentes y contradictorios. Los pasaremos por alto. Vino hasta aquí para preguntarme de quién sospechaba. Me negué a responderle. Entonces, se fue a la vicaría, esperó fuera un rato, y, por último, se volvió a su casa de campo.

—¿Cómo lo sabe?

—Le seguí.

—No vi a nadie.

—Eso es lo que usted puede esperar ver cuando le sigo. Pasó la noche en blanco en su casa, e ideó ciertos planes que empezó a llevar a cabo por la mañana temprano. Al salir por la puerta justo al amanecer, se llenó el bolsillo con un poco de grava rojiza que tenía amontonada junto a la puerta.

Sterndale dio un violento respingo y miró a Holmes sorprendido.

—Entonces, salvó caminando a gran velocidad la milla que separa su casa de la vicaría. Llevaba en los pies, podría señalar, el mismo calzado de tenis estriado que tiene en este mismo momento. En la vicaría cruzó el huerto y la valla lateral para llegar bajo la ventana del inquilino Tregennis. Ya era de día, pero aún no se oía alboroto en la casa. Sacó algo de grava de su bolsillo y la lanzó a la ventana que tenía encima.

Sterndale se levantó de un salto.

—¡Creo que es usted el mismo diablo! —exclamó.

Holmes se sonrió ante el cumplido.

—Tardó dos, o posiblemente tres, puñados antes de que el inquilino fuese a la ventana. Le hizo señas para que bajara. Se vistió a toda prisa y bajó a su sala de estar. Usted entró por la ventana. Mantuvieron una breve conversación durante la cual usted estuvo yendo y viniendo por la

habitación. Entonces, salió y cerró la ventana, se quedó en el césped de afuera fumándose un cigarro y observando lo que sucedía. Por último, cuando murió Tregennis, se marchó como había venido. Y ahora, doctor Sterndale, ¿cómo justifica su conducta y cuáles fueron los motivos de sus actos? Si me la juega o me hace perder el tiempo, le garantizo que dejaré este asunto en otras manos para siempre.

El rostro de nuestro visitante se había puesto de un gris ceniciento al escuchar las palabras de su acusador. Se quedó sentado un rato, pensando con el rostro entre las manos. Entonces, con un gesto impetuoso, extrajo una fotografía del bolsillo del pecho y la arrojó sobre la mesa rústica delante de nosotros.

—Esa es la razón —dijo.

Era una imagen del busto de una mujer muy hermosa. Holmes se inclinó para verla.

—Brenda Tregennis —dijo.

—Sí, Brenda Tregennis —repitió nuestro visitante—. He estado enamorado de ella cuatro años. Y ella, de mí. Ese es el secreto de esa reclusión en Cornualles que tanto le ha maravillado a la gente. Me mantuvo cerca de la única cosa que quería en este mundo. No podía casarme con ella, porque estoy casado con una mujer que me dejó hace años y de quien todavía, gracias a las lamentables leyes de Inglaterra, no he podido divorciarme. Brenda estuvo esperando años. Yo hice lo mismo. Y para esto he estado esperando.

Un tremendo sollozo sacudió su enorme cuerpo, y se agarró la garganta bajo su barba atigrada. Entonces, haciendo un esfuerzo, se dominó y siguió hablando:

—El vicario lo sabía. Conocía el secreto. Él les asegurará que era un ángel viviente. Por eso me telegrafió y me volví. ¿Qué significaban mi equipaje o África para mí cuando me enteré de que le había sucedido una cosa así a mi amor? Ahí tiene la pista que le faltaba para entender mis actos, señor Holmes.

—Prosiga —dijo mi amigo.

El doctor Sterndale sacó de su bolsillo un paquete de papel y lo dejó encima de la mesa. En el exterior había escrito «Radix pedis diaboli» con

una imagen roja de veneno debajo. Lo empujó hacia mí.

—Tengo entendido que es médico, señor. ¿Ha oído hablar de este preparado alguna vez?

—¡Raíz de pie del diablo…! No he oído nada nunca de esto.

—No estoy poniendo en entredicho su competencia como médico —dijo—, puesto que, si no me equivoco, salvo una muestra en un laboratorio de Buda, no hay más en toda Europa. Todavía no ha encontrado su lugar en la farmacopea ni en la bibliografía sobre toxicología. La raíz tiene forma en parte de pie humano, en parte de pezuña de cabra, de ahí el imaginativo nombre dado por un misionero y botánico. Los hechiceros de ciertas regiones de África occidental la utilizan como droga de ordalía y la mantienen en secreto. Este espécimen en particular lo obtuve en extraordinarias circunstancias en el país de Ubangi.

Abrió el papel mientras hablaba y dejó a la vista un montoncito de polvo de un color marrón rojizo parecido al rapé.

—¿Y bien, caballero? —preguntó Holmes con severidad.

—Señor Holmes, estoy a punto de contarles todo lo que sucedió, sabiendo cuanto sabe que me interesa claramente que conozca todos los hechos. Ya les he explicado la relación que mantenía con la familia Tregennis. Por amor a la hermana, me llevaba bien con los hermanos. Hubo una disputa familiar por dinero que los había distanciado de ese tipo, Mortimer, pero se suponía que se había arreglado, y tuve trato con él después como con el resto. Era un tipo taimado, perspicaz y calculador, y hubo varias cosas que hicieron que comenzara a sospechar, pero no tenía un motivo concreto para enfrentarme con él.

»Un día, hace solo un par de semanas, se acercó a mi casa de campo y le mostré algunas de las curiosidades de mi colección africana. Entre otras cosas, le enseñé este polvo, y le estuve hablando de sus extrañas propiedades, cómo estimulaba los centros cerebrales que controlan la emoción del miedo, y que el destino del desgraciado nativo que se sometía a la ordalía a manos del sacerdote de la tribu era o bien la locura o bien la muerte. Le dije también que la ciencia europea sería incapaz de detectarlo. Cómo se hizo con él, no lo sé; no me fui nunca de la habitación, pero no cabe duda de que fue entonces, mientras andaba abriendo armarios y

agachándome por cajas, cuando se las apañó para sustraer un poco de raíz del pie del diablo. Recuerdo muy bien que me acribilló a preguntas acerca de la cantidad y el tiempo que era necesario para que hiciese efecto, pero ni se me pasó por la cabeza que hubiese podido tener una razón personal para preguntarme.

»No pensé más en el asunto hasta que me llegó el telegrama del vicario a Plymouth. Ese canalla había pensado que me haría a la mar antes de que me llegaran las noticias, y que pasaría años perdido en África. Pero regresé de inmediato. Por supuesto, cuando escuché los detalles, no me cupo duda de que habían utilizado mi veneno. Vine a verle a usted con la esperanza de que se le hubiese ocurrido otra explicación. Pero no era posible otra. Estaba convencido de que Mortimer Tregennis era el asesino, de que, por culpa de la avaricia y con la idea de que, tal vez, si los demás miembros de la familia estaban todos locos, sería el administrador único de su comunidad de bienes, había empleado el polvo de raíz de pie del diablo con ellos, y les había hecho perder el juicio a dos de ellos, y había matado a su hermana Brenda, la única persona en mi vida a la que he querido y me ha correspondido. Ese fue su crimen; ¿cuál había de ser su castigo?

»¿Debía recurrir a la policía? ¿Dónde estaban las pruebas? Sabía que los hechos eran verdad, pero ¿podía lograr que un jurado de gente del campo se creyera una historia tan fabulosa? Quizá sí o quizá no. En cualquier caso, no podía permitirme el lujo de fallar. Mi alma clamaba venganza. Ya le he dicho antes, señor Holmes, que me he pasado gran parte de mi vida fuera de la ley, y que, al final, he terminado otorgándome la ley a mí mismo. Así fue entonces. Decidí que debía compartir el destino que les había dado a otros. O eso o que haría justicia con mis propias manos. No es posible que haya hombre en toda Inglaterra que valore en tan poco su vida como lo hago yo en este momento.

»Ahora ya le he contado todo. Usted mismo ha añadido el resto. Como usted dice, eché a andar de mi casa después de pasar la noche en blanco. Conté con que sería difícil despertarle, así que recogí algo de grava del montículo que ha mencionado, y me valí de ella para alcanzar su ventana. Bajó y me dejó entrar por la ventana de la sala de estar. Le expuse su delito a la cara. Le dije que había ido como juez y como verdugo. El miserable se

hundió en una silla, se quedó paralizado al ver mi revólver. Encendí la lámpara, eché polvo en ella, y esperé al otro lado de la ventana, preparado para cumplir con mi amenaza de dispararle si trataba de marcharse de la habitación. Murió a los cinco minutos. ¡Dios mío! ¡Qué muerte tuvo! Pero yo tenía el corazón de piedra, porque no sufrió nada que mi querida inocente no hubiese sentido antes que él. Ahí tiene mi historia, señor Holmes. Puede que, si quisiera a una mujer, hubiese hecho lo mismo. De todas formas, estoy en sus manos. Puede adoptar las medidas que quiera. Como acabo de decir, no hay hombre con vida que le tema menos a la muerte que yo.

Holmes permaneció un breve momento en silencio.

—¿Qué planes tenía? —preguntó por fin.

—Tenía la intención de desaparecer en África central. Solo he realizado la mitad de mi trabajo allí.

—Vaya y haga la otra mitad —dijo Holmes—. Yo, por lo menos, no estoy dispuesto a impedírselo.

La gigantesca figura del doctor Sterndale se levantó, inclinó la cabeza con gravedad, y salió caminando del cenador. Holmes encendió su pipa y me tendió su petaca.

—Quizá algo de humo que no sea venenoso resulte agradable —dijo—. Creo que estará de acuerdo, Watson, en que no es un caso donde se nos haya pedido que nos entrometamos. Hemos realizado una investigación independiente y nuestra actuación así debe serlo también. No denunciaría a ese hombre, ¿verdad?

—Desde luego que no —respondí.

—Nunca he estado enamorado, Watson, pero, si lo estuviera y la mujer a la que quiero hubiese tenido un final así, quizá actuase de la misma manera en que lo ha hecho nuestro cazador de leones. ¿Quién sabe? Bueno, Watson, no insultaré su inteligencia explicándole lo obvio. La grava del alféizar fue, claro, el punto de partida de mi investigación. Era improbable algo así en el jardín de la vicaría. Hasta que el doctor Sterndale y su casa no atrajeron mi atención, no encontré otra similar. La lámpara encendida a plena luz del día y los restos de polvo sobre la pantalla fueron los eslabones siguientes de una cadena muy obvia. Y ahora, mi querido Watson, creo que

podemos apartar el asunto de nuestra mente y volver con la conciencia tranquila al estudio de esas raíces caldeas que posiblemente se encuentren en el idioma celta de la rama de Cornualles.

SU ÚLTIMO SALUDO

Un epílogo de Sherlock Holmes

Eran las nueve de la noche del 2 de agosto: el agosto más terrible de la historia del mundo. Se hubiese podido pensar que la maldición divina se cernía ya sobre un mundo depravado, porque había un silencio imponente y una sensación de una expectación imprecisa en el aire bochornoso y estancado. El sol se había puesto hacía mucho, pero al oeste, en el horizonte, había dejado una grieta de color rojo sangre semejante a una herida abierta. Encima, las estrellas brillaban intensamente, y, debajo, las luces de los barcos titilaban en la bahía. Los dos célebres alemanes se encontraban junto al antepecho de piedra del paseo del jardín, con la casa baja y alargada, de pesados gabletes, detrás de ellos, y miraban hacia la gran extensión de playa que había al pie del prominente acantilado calizo en el que Von Bork, como un águila errante, se había posado cuatro años antes. Permanecían con las cabezas muy cerca una de la otra, hablando en voz baja y tono confidencial. Desde abajo, los extremos brillantes de sus cigarros hubiesen podido parecer los ojos incandescentes de algún demonio maligno que mirase hacia la oscuridad.

Un hombre notable este Von Bork… un hombre que apenas tenía igual entre los fervorosos agentes del káiser. Su talento fue lo razón por la que se le encomendó la misión inglesa, la misión más importante de todas. Sin embargo, desde el momento en que se hizo cargo de esta, ese talento se había vuelto cada vez más evidente para la media docena de personas que conocían la verdad. Una de ellas era su actual acompañante, el barón Von Herling, el secretario en jefe de la embajada, cuyo enorme Benz de cien

caballos de potencia bloqueaba el sendero, como si esperara para llevar a su propietario de regreso a Londres por el aire.

—Hasta donde puedo saber por el curso de los acontecimientos, probablemente estará de vuelta en Berlín en el plazo de una semana —estaba diciendo el secretario—. Cuando llegue allí, mi querido Von Bork, creo que se sorprenderá del recibimiento que le espera. Resulta que sé lo que se piensa en las altas esferas de su trabajo en este país.

Era un hombre gigantesco este secretario, a lo alto y a lo ancho, con una manera de hablar lenta y grave que había sido su mayor baza en su carrera política.

Von Bork se rió.

—No es muy difícil engañarlos —comentó—. No se puede imaginar un pueblo más dócil y más ingenuo.

—Eso no lo tengo tan claro —dijo el otro pensativamente—. Tienen unas limitaciones extrañas y se debe aprender a observarlos. Esa ingenuidad superficial suya constituye una trampa para el extranjero. La primera impresión que se tiene de ellos es que son completamente blandos. Entonces, de repente, uno se topa con algo muy duro, y sabe que ha alcanzado el límite y que debe adaptarse a ello. Por ejemplo, tienen sus convencionalismos insulares, que, simplemente, hay que acatar.

—¿Habla de «los buenos modales» y esa clase de cosas? —Von Bork suspiró como alguien que ha sufrido mucho.

—Hablo de los prejuicios británicos y todas sus raras manifestaciones. Como ejemplo, puedo citar una de mis peores meteduras de pata… puedo permitirme hablar de mis meteduras de pata, puesto que ya conoce mi trabajo lo suficientemente bien como para ser consciente de mis éxitos. Sucedió cuando vine por primera vez. Me invitaron a un fin de semana en la casa de campo de un ministro del Gobierno. Lo que allí se decía era asombrosamente indiscreto.

Von Bork asintió con la cabeza.

—He estado allí —dijo secamente.

—Eso es. Bueno, por supuesto, envié un resumen de la información a Berlín. Por desgracia, nuestro buen canciller es un poco torpe con estos asuntos, e hizo un comentario que indicaba que era consciente de lo que se

había dicho allí. Eso, claro está, volvió las miradas directamente hacia mí. No tiene idea del perjuicio que me causó. Nuestros anfitriones británicos no tuvieron nada de blando en esa ocasión, se lo aseguro. Me costó dos años que se olvidara aquello. Ahora, usted, con esa pose de deportista que tiene…

—No, no la llame pose. Una pose parece algo artificial. Lo mío es natural. Soy un deportista nato. Me divierte.

—Bueno, eso lo hace más eficaz. Hace vela con ellos, caza con ellos, juega al polo, compite en todos sus juegos, y su coche de cuatro caballos se llevó el premio en el Olympia. Incluso me he enterado de que ha llegado a boxear con los oficiales jóvenes. ¿Cuál es el resultado de todo eso? Nadie se lo toma en serio. Usted es «buena gente», «un tipo bastante decente para ser alemán», un bebedor, un trasnochador, un vividor, un irresponsable. Y, mientras tanto, esta tranquila casa de campo suya es la fuente de la mitad de los males de Inglaterra, y el caballero de provincias deportista, el agente secreto más taimado de Europa. Un genio, mi querido Von Bork… ¡es usted un genio!

—Me halaga, barón. Aunque es cierto que puedo reivindicar que mis cuatro años en este país no han sido improductivos. Nunca le he enseñado mi pequeño almacén. ¿Le interesaría pasar dentro un momento?

La puerta del despacho daba directamente a la terraza. Von Bork, que abría la marcha, la empujó y pulsó el interruptor de la luz eléctrica. Cuando cruzó el inmenso cuerpo que le seguía, cerró la puerta y corrió la pesada cortina para tapar por completo la ventana enrejada. Solo después de tomar de todas esas precauciones y asegurarse bien, volvió su rostro moreno y aquilino hacia su invitado.

—Algunos de mis documentos han salido ya —comentó—. Cuando se marcharon mi mujer y el servicio para Flesinga, se llevaron los menos importantes con ellos. Por supuesto, debo solicitar la protección de la embajada para los demás.

—Su nombre ya consta como parte del personal de la delegación. Ni usted ni su equipaje tendrán ningún problema. Por supuesto, cabe la posibilidad de que no tengamos que irnos. Inglaterra puede abandonar a

Francia a su suerte. Estamos seguros de que no hay un tratado vinculante entre ambas naciones.

—¿Y a Bélgica?

—Sí, de Bélgica también se puede desentender.

Von Bork movió la cabeza dubitativamente.

—No veo cómo es posible. Ahí sí que hay un tratado firmado. No podría levantar cabeza nunca de una humillación así.

—Al menos, seguiría en paz de momento.

—Pero ¿y su honor?

—¡Uy, el honor! Vivimos en la era del utilitarismo, señor mío. El honor es un concepto medieval. Además, Inglaterra no está preparada. Es algo inaudito, pero ni siquiera nuestro impuesto bélico especial de cincuenta millones, que uno pensaría que deja tan claras nuestras intenciones como si las hubiésemos anunciado en la portada del *Times*, ha sacado a esta gente de su letargo. Alguna que otra vez, se oye alguna pregunta. Me encargo de encontrar una respuesta. Alguna que otra vez, hay alguien que se molesta. Me encargo de calmar los ánimos. Con todo, puedo asegurarle que, en lo que concierne al almacenamiento de municiones, los preparativos ante un ataque submarino, los planes para fabricar explosivos potentes, en otras palabras, lo esencial, no hay nada preparado. Así que no sé cómo entraría Inglaterra en la guerra, sobre todo, cuando hemos alentado el diabólico enredo de la guerra civil irlandesa, a los exaltados rompeventanas y Dios sabe qué más, para mantenerlos preocupados con sus asuntos domésticos.

—Debe pensar en su futuro.

—Bueno, esa es otra historia. Supongo que, en el futuro, tendremos nuestros propios planes definitivos en relación a Inglaterra, y que su información nos será absolutamente esencial. Puede ser hoy o puede ser mañana, pero nos veremos las caras con el señor John Bull. Si prefiere que sea hoy, estamos completamente preparados. Si es mañana, estaremos más preparados todavía. Yo opino que es más inteligente pelear con aliados que sin ellos, aunque eso ya es cosa suya. Esta semana se juegan su destino. Pero me estaba hablando de sus documentos.

Se sentó en el sillón, donde la luz se reflejaba sobre su despejada cabeza, y le dio unas caladas plácidamente a su cigarro.

La habitación, revestida de paneles de roble y llena de libros, tenía una cortina que colgaba en el rincón más alejado. Cuando tiró de ella, descubrió una gran caja de seguridad de bronce. Von Bork sacó una llave de la cadena de su reloj, y, después de manipular la cerradura laboriosamente, abrió la pesada puerta.

—¡Mire! —le dijo apartándose y haciendo un gesto con la mano.

La luz brilló con fuera en la caja abierta, y el secretario miró fascinado las hileras de archivadores repletos con la que estaba surtida. Cada archivador tenía una etiqueta y sus ojos los recorrieron leyendo una larga serie de títulos como «Vados», «Defensas portuarias», «Aeroplanos», «Irlanda», «Egipto», «Fortificaciones de Portsmouth», «El canal», «Rosyth» y una veintena más. Cada compartimento estaba atestado de documentos y planos.

—¡Fantástico! —dijo el secretario, quitándose el cigarro de la boca y aplaudiendo con sus rollizas manos.

—Y todo esto en cuatro años, barón. No está mal el despliegue para el caballero de provincias que no se dedica más que a beber y a montar a caballo. Y la joya de mi colección está al llegar y ahí tiene el engaste listo.

Señaló hacia un hueco donde había escrito con letras de molde «Señales navales».

—Pero ya tiene ahí un buen expediente.

—Son documentos inútiles, para tirar. De alguna manera, el Almirantazgo se puso sobreaviso y cambiaron todos los códigos. Fue un duro golpe, barón… el peor revés de toda mi misión. Aun así, gracias a mi chequera y al bueno de Altamont todo volverá a estar bien esta noche.

El barón miró su reloj y dejó escapar una ronca exclamación decepcionado.

—Vaya, hombre, no puedo esperar más. Como imaginará, hay cosas cociéndose en el Carlton Terrace y tenemos que estar todos en nuestros puestos. Tenía la esperanza de poder llevar la noticia de su gran golpe. ¿No le concretó Altamont alguna hora en concreto?

Von Bork le pasó un telegrama.

> Iré sin falta esta noche y le llevaré las bujías nuevas.
>
> ALTAMONT

—Vaya, vaya, bujías nuevas, ¿eh?

—Ya ve usted, él finge ser un experto en coches y yo tengo el garaje lleno. En nuestro código, todo aquello que podría suceder tiene nombre de recambio. Si habla de un radiador, se trata de una batalla naval; de una bomba de aceite, un crucero, etcétera. Bujías nuevas son señales navales.

—Enviado desde Portsmouth al mediodía —dijo el secretario examinando el remitente—. Por cierto, ¿cuánto le da?

—Quinientas libras por este trabajo en concreto. Por supuesto, tiene también un sueldo fijo.

—Menudo sinvergüenza más codicioso. Estos traidores son útiles, pero me cuesta pagarle a gente sin honor.

—A mí no me cuesta pagar a Altamont. Trabaja de manera admirable. Le pago bien, me lo devuelve con creces, por utilizar sus propias palabras. Además, no es un traidor. Le aseguro que nuestro prusiano más pangermánico es una palomita blanca si comparamos sus sentimientos hacia Inglaterra con los de un auténtico irlandés americano resentido.

—¿Conque un irlandés americano?

—Si lo oyese usted hablar, no le cabría duda. Le aseguro que algunas veces no soy capaz de seguirle. Parece haberle declarado la guerra al idioma inglés tanto como al mismo rey. ¿De verdad tiene que irse? Lo más probable es que llegue en cualquier momento.

—No. Lo lamento, pero ya me he quedado demasiado. Le espero mañana por la mañana temprano, y cuando cruce la puertecita del rellano del duque de York con la compilación de las señales bajo el brazo, podrá ponerle un broche final a su hoja de servicios inglesa. ¡Cómo! ¡Un Tokaji! —dijo señalando una botella polvorienta exageradamente precintada con dos altas copas encima de una bandeja.

—¿Puedo ofrecerle una copa antes de que se marche?

—No, gracias. Pero parece toda una celebración.

—Altamont tiene buen paladar para los vinos y se ha encaprichado de mi Tokaji. Es un tipo quisquilloso y le sigo la corriente con estas nimiedades. Tengo que tomar notas con él, se lo aseguro.

Habían vuelto a salir paseando a la terraza y la bordearon hasta el final, donde el enorme automóvil se estremeció y carraspeó al darle el chófer del

barón al contacto.

—Aquellas luces son Harwich, supongo —dijo el secretario poniéndose el guardapolvo—. Qué silencioso y apacible parece todo. En una semana quizá haya otras luces, ¡y la costa inglesa sea un lugar menos tranquilo! El cielo tampoco estará tan calmado si todo lo que nos promete el bueno de Zeppelin es cierto. A propósito, ¿quién es esa?

Solo quedaba una ventana iluminada detrás de ellos. Se veía una lámpara en el interior, y junto a esta, sentada en una mesa, una encantadora anciana de mejillas sonrosadas con una cofia campesina. Estaba haciendo punto encorvada y paraba de vez en cuando para acariciar a un gran gato negro en un taburete que tenía al lado.

—Esa es Martha, la única sirvienta que se queda aquí.

El secretario se rió por lo bajo.

—Casi podría encarnar la imagen de Bretaña —dijo— con su absoluto ensimismamiento y ese aire de cómoda somnolencia. Bueno, ¡*au revoir*, Von Bork!

Hizo un último saludo con la mano y entró en el coche. Un momento después, los dos conos dorados de los faros delanteros atravesaron la oscuridad. El secretario se recostó en los cojines de la lujosa limusina, tan absorto en la inminente tragedia europea que ni siquiera advirtió que, cuando doblaba la calle del pueblo, casi pasa por encima de un pequeño Ford que venía en sentido contrario.

Von Bork volvió caminando lentamente al despacho una vez las luces del automóvil se extinguieron en la lejanía. Al pasar, reparó en que su vieja ama de llaves había apagado su lámpara y se había ido a acostar. Era una experiencia nueva para él, el silencio y la oscuridad de su espaciosa casa, pues su familia y su servicio habían sido siempre numerosos. Sin embargo, era un alivio pensar que estaban todos a salvo y que, exceptuando a esa única anciana que se había quedado en la cocina, disponía de toda la casa para él. Tenía una larga tarea por hacer en su estudio organizándolo todo y se puso a ello hasta que los papeles ardiendo acaloraron su rostro inteligente y atractivo. Al lado de la mesa había una maleta de cuero y en ella comenzó a guardar metódicamente y con esmero el valioso contenido de la caja fuerte. Acababa de empezar a hacerlo cuando su fino oído captó el sonido

de un automóvil a lo lejos. En ese mismo instante, dejó escapar una exclamación satisfecho, cerró la maleta con las correas, echó la llave a la caja fuerte, y salió rápidamente a la terraza. Llegó justo a tiempo para ver cómo las luces de un automóvil pequeño se detenían en la puerta del jardín. Un pasajero salió de él y se acercó a paso ligero, mientras el chófer, un anciano fornido con un bigote gris, se acomodaba en el asiento resignado a una larga espera.

—¿Y bien? —preguntó Von Bork con impaciencia corriendo al encuentro de su visitante.

Por respuesta, el hombre meneó un pequeño paquete envuelto en papel marrón por encima de su cabeza.

—Venga esa mano, amigo —exclamó—, que esta noche me gano los garbanzos.

—¿Las señales?

—Las mismas que dije en mi cable. Hasta la última: semáforo de banderas, código de focos, radio… pero, cuidado, que son una copia, no el original. Era demasiado peligroso. Aún así, está todo de fábula, puede jugarse lo que quiera.

Le dio una palmada en el hombro con unas familiaridades que hicieron respingar al alemán.

—Pase —le dijo—. Estoy solo en casa. No me he quedado más que por esto. Por supuesto, una copia es mejor que el original. Si les faltara un original, cambiarían absolutamente todo. ¿Cree que esta copia es fiable punto por punto?

El irlandés americano había entrado en el despacho y había estirado sus largas piernas tras sentarse en el sillón. Era un hombre alto, flaco, de unos sesenta años, de rasgos marcados y una pequeña perilla que le daba un aire a las caricaturas del Tío Sam. Un puro chupeteado y a medio fumar colgaba de la comisura de su boca y, mientras se sentaba rascó una cerilla, y se lo volvió a encender.

—¿Se muda a un barrio mejor? —comentó mirando a su alrededor—. Oiga, amigo —añadió poniendo los ojos en la caja fuerte que dejaba ver la cortina descorrida—, no me dirá que mete los papeles en eso.

—¿Por qué no?

—Pero, amigo, ¡en un chisme que está como abierto de par en par! Y lo tienen de espía. Cristo, un ratero yanqui se lo llevaba todo con un abridor. Si hubiese sabido que mis cartas iban a estar bailando en una cosa así, no hubiese sido tan pavo de escribirle a usted ni a tiros.

—Me sorprendería mucho que un ratero forzara esa caja fuerte —respondió Von Bork—. Ese metal no lo corta usted con ninguna herramienta.

—¿Y la chapa?

—Tampoco, es una cerradura de doble combinación. ¿Sabe lo que es eso?

—Ni papa —dijo el americano.

—Pues bien, necesita una clave y una serie de números para que la cerradura funcione. —Se levantó y le indicó un disco doble con radios que había alrededor del ojo de la cerradura—. Este de fuera es para las letras, el de dentro para los números.

—Vaya, vaya, míralo.

—Así que no es tan sencillo como pensaba. La mandé fabricar hace cuatro años, ¿y qué palabra y qué números cree que elegí?

—No tengo ni idea.

—Pues elegí como palabra «Agosto» y «1914» como números. Y aquí estamos.

El rostro del americano mostró sorpresa y admiración.

—¡No! Pero ¡qué listo! Ha dado en todo el clavo.

—Sí, incluso entonces, unos pocos adivinamos la fecha. Ya ha llegado y mañana echaré el cerrojo por la mañana.

—Bueno, supongo que tendrá que arreglar las cosas conmigo también. No me voy a quedar en este condenado país más solo que un perro. En una semana o menos, tendremos un John Bull rampando y soltando zarpazos, así lo veo yo. Y prefiero verlo del otro lado del charco.

—Pero ¿no es ciudadano americano?

—¿Y qué? También lo era Jack James, y está entre rejas en Portland. No vale de nada decirle a la poli británica que eres ciudadano americano. «Esto es Gran Bretaña y se cumplen las leyes de aquí», te dicen. Por cierto,

amigo, hablando de Jack James, me parece que no hace mucho para cubrir a sus hombres.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Von Bork brusco.

—Vaya, que usted es su jefe, ¿no? Que tiene que encargarse usted de que no los atrapen. Y si los atrapan, ¿cuándo los saca del lío? Ahí tiene a James…

—Eso fue su culpa. Usted lo sabe. Era demasiado cabezota para este trabajo.

—James era un burro… se lo reconozco. Pero ahí tenemos a Hollis.

—Que está loco.

—De acuerdo, estaba un poco tarado al final. Cuando hay que representar un papel todo el día con cien tipos dispuestos a darle un soplo a la poli, normal que acabe uno en una casa de locos. ¿Y qué me dice de Steiner?

Von Bork se sobresaltó violentamente y su rostro enrojecido se puso una pizca más pálido.

—¿Qué pasa con Steiner?

—Que lo atraparon, vaya, eso pasó. Entraron en su bodega anoche y ya están él y sus papeles en la cárcel de Portsmouth. Usted toma la puerta y el pobre tipo tendrá que aguantar el chaparrón entero, y suerte tendrá si sale con vida de esta. Ahí lo tiene, por eso quiero cruzar el charco en cuanto se largue.

Von Bork era un hombre fuerte y circunspecto, pero era fácil ver que las noticias lo habían afectado.

—¿Cómo han podido coger a Steiner? —murmuró—. Es el peor golpe de todos.

—Bueno, ha estado a punto de haber uno peor, porque me da a mí que los tengo encima.

—¡No lo dirá en serio!

—Ya lo creo. Le hicieron algunas preguntas a mi casera, allá en Fratton, y, cuando me enteré, me dije que era hora de abrirme. Lo que me gustaría saber, amigo, es cómo saben los polis esas cosas. Steiner es el quinto hombre que pierde desde que me asocié con usted, y tengo claro el nombre

del sexto como no me espabile. ¿Cómo se explica eso y no se le cae la cara de perder a sus hombres?

Von Bork se puso completamente rojo.

—Pero ¡cómo se atreve de hablarme de esa manera!

—Si no me atreviera a hacer cosas, amigo, no estaría a su servicio. Le diré lo que tengo en la cabeza sin más. Oí que, cuando un agente ha cumplido su trabajo, ustedes, los políticos alemanes, no regatean mucho por ellos.

Von Bork se levantó de un salto.

—¡Se atreve a insinuar que he traicionado a mis propios agentes!

—No digo eso, amigo, pero tiene a un soplón o una fuga en algún sitio, y se tiene que encargar usted de descubrir dónde. En cualquier caso, yo no me arriesgo más. Me espera la bonita Holanda y cuanto antes, mejor.

Von Bork dominó su cólera.

—Hemos sido aliados demasiado tiempo para pelearnos ahora, en el momento de nuestra victoria —dijo—. Ha realizado un trabajo espléndido y ha corrido sus riesgos, y no lo olvidaré. Vaya como pueda a Holanda, y embarque en Rotterdam hacia Nueva York. En una semana no habrá otra ruta segura. Me llevaré el libro y lo guardaré con el resto.

El americano tenía el paquete en la mano, pero no dio indicio alguno de entregárselo.

—¿Qué hay de la lana? —preguntó.

—¿De la qué?

—La pasta. Los cuartos. Las quinientas libras. Al final, el artillero se calentó mucho, el condenado, y tuve que comprarlo por cien dólares extras o nos hubiésemos quedado sin nada usted y yo. «¡Que no!», me dijo, y lo decía de verdad, y tanto que sí, pero las últimas cien le cerraron la boca. Desde que empezó hasta que terminó, se ha llevado doscientas; no veo probable que me vaya sin mi fajo.

Von Bork sonrió algo resentido.

—No parece que tenga mi honor en mucha estima —dijo— si quiere el dinero antes de entregar el libro.

—Bueno, amigo, así son los negocios.

—Muy bien. Hagámoslo como usted dice. —Se sentó a la mesa y garabateó un cheque, que arrancó de la chequera, pero se abstuvo de dárselo a su socio—. Al fin y al cabo, dado que hemos quedado en tales términos, señor Altamont —continuó—, no veo por qué debería confiar yo más en usted de lo que usted confía en mí. Me entiende, ¿verdad? —añadió volviéndose para mirar al americano por encima de su hombro—. Aquí tiene el cheque encima de la mesa. Reclamo el derecho a inspeccionar el paquete antes de que coja el dinero.

El americano se lo tendió sin decir una palabra. Von Bork desenrolló la cuerda y le quitó los dos envoltorios de papel. Entonces, durante un momento, se quedó mirando fijamente en silencio, estupefacto, el librito azul que tenía ante él. Impreso con letras doradas, en la cubierta, había escrito «*Manual práctico del apicultor*». El experto espía solo tuvo un instante para mirar furioso ese título irrelevante y peregrino. Al siguiente, lo tenía agarrado por la nuca una mano de hierro y otra mano sujetaba una esponja empapada en cloroformo contra su rostro crispado.

—¡Otra copa, Watson! —dijo el señor Sherlock Holmes alargándole la botella de Tokaji imperial.

El robusto chófer, que se había sentado junto a la mesa, adelantó su copa con algo de avidez.

—Es un buen vino, Holmes.

—Un vino excepcional, Watson. Nuestro amigo del sofá me ha asegurado que es de la bodega especial de Francisco José, la del palacio de Schönbrunn. ¿Le importaría abrir la ventana? Los efluvios del cloroformo no permiten apreciarlo del todo.

La caja de seguridad estaba entreabierta y Holmes, que se encontraba enfrente de ella, estaba sacando expediente tras expediente, examinaba cada uno brevemente, y luego los iba guardando con esmero en la maleta de Von Bork. El alemán estaba tendido en el sofá durmiendo entre ronquidos, con una correa atándole los brazos y otra las piernas.

—No hay por qué darse prisa, Watson. No corremos ningún riesgo de que nos interrumpan. ¿Le importaría tocar el timbre? No hay nadie en la

casa salvo la buena de Martha, que ha representado su parte admirablemente. Cuando me hice cargo del asunto, lo primero fue conseguirle un puesto aquí. Ah, Martha, le alegrará saber que todo ha ido bien.

La agradable anciana se había asomado a la puerta. Inclinó la cabeza con una sonrisa para el señor Holmes, y después contempló con cierta inquietud a la figura del sofá.

—Todo ha ido bien, Martha. No ha sufrido daño alguno.

—Me alegra saberlo, señor Holmes. A su manera ha sido bueno conmigo. Quería que me fuera ayer con su mujer a Alemania, pero eso hubiese sido difícil de encajar en sus planes, ¿no es así, señor?

—Lo cierto es que no, Martha. Mientras ha estado aquí, yo me he sentido tranquilo. Hemos tenido que esperar un buen rato su señal esta noche.

—Por el secretario, señor.

—Lo sé, su coche ha pasado a nuestro lado.

—Creía que nunca se iría. Sabía que no era lo mejor para sus planes, señor, encontrárselo aquí.

—No, la verdad es que no. Bueno, solo nos ha supuesto esperar más o menos media hora hasta que he visto apagar su lámpara y he sabido que había vía libre. Puede informarme mañana en el hotel Claridge’s de Londres, Martha.

—Muy bien, señor.

—Me imagino que lo tiene todo listo para marcharse.

—Sí, señor. Hoy ha mandado siete cartas por correo. Tengo las direcciones como siempre.

—Muy bien, Martha. Las estudiaré mañana. Buenas noches. Estos papeles —prosiguió cuando desapareció la anciana— no son de gran importancia, porque, por supuesto, la información que exponen ha sido enviada hace mucho tiempo al Gobierno alemán. Estos originales no podían salir del país sin percances.

—Entonces, no tienen utilidad.

—Yo no diría tanto, Watson. Les indicará a los nuestros al menos lo que se sabe y lo que no. Puedo afirmar que muchos de estos documentos han

llegado a sus manos a través de mí, y no necesito añadir que no son en absoluto de fiar. Quizá alegre mis últimos años con la visión de un crucero alemán navegando por Solent según los planos de las minas que les he proporcionado. Pero usted, Watson —dejó su trabajo y cogió a su viejo amigo por los hombros— todavía casi no le he visto a la luz. ¿Cómo ha pasado estos años? Está hecho un chaval, tan animado como siempre.

—Me siento veinte años más joven, Holmes. Pocas veces me he puesto tan contento como al recibir el telegrama en el que me pedía que fuese a Harwich con el coche para reunirme con usted. Pero usted, Holmes… ha cambiado muy poco, si obviamos esa nefasta perilla.

—Esos son los sacrificios que uno hace por su país, Watson —dijo Holmes tirando de su pequeño mechón—. Mañana esto no será más que un recuerdo espantoso. Con un buen rasurado y algún que otro cambio superficial, sin duda mañana podré reaparecer en el Claridge's como estaba antes de esta pavada del americano. Le ruego que me disculpe, parece que mi inglés se ha corrompido de forma permanente… antes de que se me presentara esta oportunidad.

—Pero se había retirado, Holmes. Me dijeron que vivía como un ermitaño con sus abejas y sus libros en una pequeña granja de la región de South Downs.

—Efectivamente, Watson. Y aquí está el fruto de mi placentero ocio, la obra maestra de mis últimos años. —Cogió el volumen de la mesa y leyó en voz alta el título completo—: «*Manual práctico de apicultura, con algunas observaciones sobre la segregación de la reina*». Lo hice solo. Contemple el fruto de noches de reflexión y días de arduo trabajo en los que observaba las cuadrillas de abejas obreras como una vez hice con el mundo del crimen londinense.

—Pero ¿cómo volvió a trabajar?

—Ah, yo mismo me sorprendo muchas veces. Si se hubiese presentado el ministro de Exteriores a solas, hubiese podido resistir, pero cuando el primer ministro se dignó a visitar mi humilde morada… La cuestión es, Watson, que ese caballero del sofá era demasiado sutil para los nuestros. Es único en su género. Las cosas estaban yendo mal y nadie lograba entender por qué. Se sospechaba de algunos agentes e incluso se detenía a otros, pero

resultaba evidente que había una fuerza poderosa y secreta que los aglutinaba. Era absolutamente necesario desenmascararlo. Se me presionó mucho para que investigara el asunto. Me ha costado dos años, Watson, pero no me han faltado emociones. Si le dijera que comencé con una peregrinación a Chicago, que me gradué en una sociedad secreta irlandesa de Búfalo, que puse en graves aprietos al cuerpo de policía de Skibbereen, y que así, con el tiempo, llamé la atención de un subordinado de Von Bork, que me recomendó como un tipo con posibilidades, se daría cuenta de que el asunto ha sido complicado. Desde ese momento me honró con su confianza, lo que no ha impedido que la mayoría de sus planes hayan ido imperceptiblemente mal y que cinco de sus agentes hayan acabado en la cárcel. He estado vigilándolos y los he cogido según maduraban. Bueno, señor mío, ¡espero que esté mejor!

El último comentario se dirigía al propio Von Bork, quien, después de mucho pestañear y de mucho abrir la boca, se había quedado tumbado escuchando en silencio lo que contaba Holmes. Luego prorrumpió en un furioso torrente de improperios en alemán con el rostro tembloroso por el acaloramiento. Holmes prosiguió con su breve inspección de los documentos mientras su prisionero echaba pestes y maldiciones.

—Aunque poco melodioso, el alemán es el idioma más expresivo de todos —señaló cuando Von Bork dejó de insultarle por puro agotamiento—. ¡Vaya, vaya! —añadió mientras miraba fijamente la esquina de un duplicado antes de meterlo en la maleta—. Esto debería meter a otro pájaro entre rejas. No tenía ni idea de que el pagador fuera tan granuja, aunque hacía mucho que le había echado el ojo. Señor Von Bork, tiene que responder por muchas cosas.

El prisionero se había incorporado con cierta dificultad en el sofá y estaba mirando con una extraña mezcla de asombro y odio a su captor.

—Esta me la paga, Altamont —dijo hablando con deliberada lentitud—. Aunque me lleve toda la vida, esta me la paga.

—Siempre la misma canción —dijo Holmes—. Cuántas veces no habré oído lo mismo en los viejos tiempos. Era la cantinela favorita del difunto profesor Moriarty. El coronel Sebastian Moran también era muy conocido

por su interpretación. Y, mire, aquí me tiene criando abejas en South Downs.

—¡Maldito traidor, doblemente traidor! —gritó el alemán, forcejeando con los nudos y fulminándole con una mirada asesina.

—No, no he sido tan malo —dijo Holmes sonriendo—. Como mi manera de hablar es posible que le sugiera, el señor Altamont de Chicago, en realidad, no existe. Era útil, pero ya se ha ido.

—Entonces ¿quién es usted?

—Lo cierto es que carece de importancia quién soy, pero, dado que el asunto parece interesarle, señor Von Bork, le puedo decir que no es la primera vez que me cruzo con miembros de su familia. Hace tiempo tuve mucho trabajo en Alemania y es probable que mi nombre le resulte familiar.

—Me gustaría saberlo —replicó el prusiano torvamente.

—Fui la persona que dio pie a la separación de Irene Adler y el difunto rey de Bohemia cuando su primo Heinrich era cónsul imperial. También quien salvó al conde Von und Zu Grafenstein, el hermano mayor de la madre de usted, de un asesinato a manos del Klopman, el nihilista.

Von Bork se enderezó de asombro.

—Solo hay un hombre que hiciera eso —exclamó.

—Exacto —dijo Holmes.

Von Bork gimoteó y se hundió otra vez en el sofá.

—Y la mayoría de esa información procedía de usted —exclamó—. ¿De qué vale? ¿Qué he hecho? ¡Es mi ruina sin remedio!

—Lo cierto es que es poco de fiar —dijo Holmes—. Requeriría revisarla un tanto y tiene poco tiempo para hacerlo. Puede que su almirante descubra que los cañones nuevos son bastante más grandes de lo que esperaba, y que los cruceros son un poquitín más rápidos.

Von Bork se llevó la mano a la garganta desesperado.

—Hay muchos otros detalles puntuales que, sin duda, saldrán a la luz a su debido tiempo. Con todo, usted tiene una cualidad que no es muy común entre los alemanes, señor Von Bork, es usted un deportista y no me guardará rencor cuando se dé cuenta de que usted, que a tantas personas ha engañado, ha sido engañado a su vez. A fin de cuentas, ha hecho lo mejor para su país y yo lo he hecho por el mío, ¿no es natural que sea así?

Además —añadió sin acritud poniendo la mano en el hombro del hombre desmoralizado—, es mejor que caer ante un enemigo que no estuviera a su altura. Estos papeles ya están listos, Watson. Si me ayuda con nuestro prisionero, creo que podemos salir para Londres ahora mismo.

No fue fácil mover a Von Bork, puesto que era un hombre fuerte y desesperado. Al final, cogiéndolo cada uno de un brazo, los dos amigos lo llevaron caminando despacio por el paseo del jardín por el que había estado andando orgulloso y confiado cuando recibía las felicitaciones del célebre diplomático pocas horas antes. Tras un breve forcejeo lo metieron en vilo, atado de pies y manos, en el asiento libre del pequeño automóvil. Encajaron su valioso maletín a su lado.

—Espero que esté cómodo, dadas las circunstancias —dijo Holmes cuando terminaron de organizarlo todo—. ¿Desea que le encienda un cigarro y se lo ponga entre sus labios?

Pero el enfadado alemán no apreciaba todas estas muestras de amabilidad.

—Supongo que se dará cuenta, señor Sherlock Holmes —le dijo—, de que, si su gobierno lo apoya en esta manera de tratarme, se convertirá en un acto de guerra.

—¿Y su gobierno y toda esta manera de tratarnos? —le respondió Holmes dando unas palmaditas al maletín.

—Usted es un particular. No tiene orden de arresto. Todo este proceder es absolutamente ilegal y vejatorio.

—Absolutamente —dijo Holmes.

—Secuestrar a un súbdito alemán…

—Y robar sus documentos privados.

—Vaya, parece que se da cuenta de su posición y la de su cómplice. Si pidiera auxilio cuando pasemos por el pueblo…

—Señor mío, si hiciese esa tontería, probablemente alargaría los dos breves nombres de los bares del pueblo con un «Del prusiano ahorcado» en el letrero. Los ingleses son individuos pacientes, pero, en estos momentos, tienen los ánimos un poco alterados, y sería mejor no ponerles a prueba. No, señor Von Bork, vendrá con nosotros de manera serena y razonable hasta Scotland Yard, donde podrá llamar a su amigo el barón Von Herling, y

ver si todavía le tiene reservada una plaza en el séquito del embajador. En cuanto a usted, Watson, tengo entendido que se reincorpora a filas, así que Londres no le desvía mucho. Quédese conmigo aquí en la terraza, porque puede que sea la última charla tranquila que tengamos.

Los dos amigos charlaron durante unos minutos y hablaron del pasado una vez más, mientras su prisionero se retorcía en vano para deshacer los nudos que lo sujetaban. Cuando regresaban al coche, Holmes se volvió para señalar hacia el mar iluminado por la luna y movió la cabeza pensativo.

—Va a haber viento de levante, Watson.

—No creo. Es muy cálido.

—¡Mi buen Watson! Es usted lo único que no cambia en estos tiempos que corren. Pero, de todas formas, va a haber viento de levante, un viento como el que nunca se ha conocido en Inglaterra. Será frío y violento, Watson, y es posible que muchos de nosotros desaparezcamos bajo su ráfaga. Pero es el viento del mismo Dios, a pesar de todo, y habrá una tierra más limpia, mejor y más fuerte bajo el sol cuando se despeje la tormenta. Encienda el coche, Watson, porque ya es hora de que nos pongamos en camino. Tengo un cheque de quinientas libras que hay que cobrar lo antes posible, porque el firmante es muy capaz de anularlo si le damos oportunidad.

El archivo
de Sherlock Holmes

PREFACIO

Temo que el señor Sherlock Holmes se haya convertido en un personaje parecido a uno de esos tenores célebres que, como han sobrevivido a su momento de gloria, se sienten todavía tentados de repetir sus reverencias de despedida a sus tolerantes espectadores. Esto se tiene que acabar y debe pasar a mejor vida, corpórea o imaginaria. Me gustaría creer que hay cierto limbo fantástico para los hijos de la imaginación, cierto lugar extraño e imposible donde los petimetres de Fielding todavía pueden cortejar a las beldades de Richardson, donde los héroes de Scott todavía pueden pavonearse, los simpáticos cockneys de Dickens todavía arrancan una carcajada, y los mundanos de Thackeray continúan disfrutando de sus reprobables actividades. Quizá en algún humilde rincón de Valhalla, Sherlock y su Watson puedan encontrar durante una temporada un hogar, mientras algún investigador más agudo con algún compañero aún menos agudo ocupan el escenario que han dejado desierto.

El señor Holmes ha tenido una larga carrera, pero es posible que se haya exagerado un poco. Los caballeros achacosos que se me acercan y me aseguran que sus aventuras constituyen la lectura de su niñez no hallan en mí la respuesta que parecen esperar. No anda uno deseoso de que se alteren las fechas de su propia vida con tan poco tacto. La cruda realidad es que Holmes debutó en *Estudio en escarlata* y *El signo de los cuatro*, dos breves entregas que se publicaron entre 1887 y 1889. En 1891, apareció *Escándalo en Bohemia*, la primera de las colecciones extensas de relatos breves, en *The Strand Magazine*. Los lectores parecieron apreciarlo y estar ávidos de más, así que, desde ese momento, hace treinta y nueve años, se han estado sucediendo en colecciones discontinuas que comprenden ya no menos de cincuenta y seis relatos, reeditados en *Las aventuras, Las memorias, El regreso* y *Su último saludo*. Y quedan estos doce, publicados durante los

últimos años, que salen aquí a la luz con el título de *El archivo Sherlock Holmes*. Comenzó sus aventuras en plena época victoriana tardía, prosiguió con ellas durante el brevísimo reinado de Eduardo, y se las ha arreglado, incluso en estos días febriles, para conservar su pequeño hueco. Así que no faltaríamos a la verdad si dijéramos que aquellos que lo leyeron por primera vez en su juventud han vivido para ver cómo sus propios hijos, ya en la madurez, siguen las mismas aventuras en la misma revista. Es un ejemplo contundente de la paciencia y lealtad de los lectores británicos.

Cuando terminé de escribir las *Memorias*, estaba completamente decidido a poner punto final a Holmes, ya que sentía que mis energías literarias no debían encaminarse en exclusiva por esos cauces. Ese rostro macilento de facciones marcadas y ese cuerpo de pies ligeros se estaban apropiando de una parte excesiva de mi imaginación. Perpetré su final, pero, por suerte, ningún forense se había pronunciado acerca de los restos mortales, y, en consecuencia, tras un largo intervalo de tiempo, no me resultó difícil ni responder a las halagadoras peticiones del público ni justificar mi impulsivo acto. No lo he lamentado nunca, porque, en la práctica, no he tenido la sensación de que esos cuadros triviales me hayan impedido encontrar y ahondar en mis limitaciones en tan variadas ramas de la literatura como la historia, la poesía, la novela histórica, la parapsicología y el drama. Si Holmes nunca hubiese existido, no habría podido dedicarme a ellas, aunque, tal vez, haya entorpecido un poco el que se me reconociese mi trabajo literario más serio.

Así que, lector, ¡digamos adiós a Sherlock Holmes! Le agradezco su constancia pasada y solo espero que haya obtenido algún provecho en forma de distracción de las preocupaciones del día a día y de ese estimulante cambio en el pensamiento que solo se puede encontrar en el encantado reino de la narrativa.

ARTHUR CONAN DOYLE

LA AVENTURA DEL CLIENTE DISTINGUIDO

—Ya no puede hacer ningún daño.

Ese fue el comentario del señor Sherlock Holmes cuando, por décima vez en otros tantos años, le pedí su consentimiento para divulgar la siguiente historia. Así obtuve, por fin, permiso para poner por escrito lo que fue, en ciertos aspectos, el momento cumbre de la carrera de mi amigo.

Tanto Holmes como yo teníamos debilidad por los baños turcos. Después de dar unas caladas en la sala de secar, lo encontraba menos reservado y más humano que en ninguna otra parte. En el último piso del establecimiento de Northumberland Avenue hay un rincón apartado con dos divanes, uno al lado del otro, y en ellos nos encontrábamos recostados el 3 de septiembre de 1902, el día en que comienza mi historia. Le había preguntado si había algo emocionante en perspectiva y, como respuesta, había sacado rápidamente su brazo alargado, delgado y nervioso de las sábanas que lo envolvían y había extraído un sobre del bolsillo interior del abrigo que colgaba a su lado.

—Quizá sea cosa de algún bobo aprensivo y arrogante; quizá sea un asunto de vida o muerte —dijo mientras me tendía la nota—. No sé más que lo que dice este mensaje.

Era del Carlton Club y tenía fecha de la tarde anterior. Leí lo siguiente:

> Sir James Damery le presenta sus respetos al señor Sherlock Holmes y le hará una visita a las cuatro y media de mañana. Sir James se permite decirle que el asunto sobre el que desea consultar al señor Holmes es muy delicado, además de muy importante. Confía, por tanto, en que el señor Holmes hará el máximo esfuerzo para concederle esta entrevista, y que se la confirmará por teléfono mediante una llamada al Carlton Club.

—No hace falta decir que la he confirmado, Watson —dijo Holmes cuando le devolví la hoja—. ¿Sabe algo de este tipo, Damery?

—Solo que ese apellido aparece con frecuencia en la alta sociedad.

—Bueno, puedo decirle un poco más. Tiene una considerable reputación por solucionar asuntos delicados que deben mantenerse fuera de los periódicos. Quizá recuerde sus gestiones con sir George Lewis referentes al caso Hammerford Will. Es un hombre de mundo con un talento natural para la diplomacia. Por eso, debo confiar en que no se trate de una pista falsa y que tenga auténtica necesidad de nuestra ayuda.

—¿Nuestra?

—Bueno, si es tan amable, Watson.

—Me sentiré muy honrado.

—Pues ya sabe a qué hora: a las cuatro y media. Hasta entonces, podemos olvidarnos del asunto.

Yo estaba viviendo en mi propio domicilio en Queen Anne Street en ese momento, pero me pasé por Baker Street antes de la hora mencionada. A las cuatro y media en punto, se nos anunció al coronel sir James Damery. No será necesario describirle apenas, porque la mayoría recordará a aquel personaje corpulento, campechano, honrado, de generosas mejillas recién afeitadas, y, por encima de todo, aquella voz agradable y melodiosa. La franqueza brillaba en sus grises ojos irlandeses, y en sus labios expresivos y sonrientes siempre acechaba el buen humor. Su reluciente chistera, su levita oscura, cada detalle, desde el alfiler de perlas en la corbata negra de seda hasta las polainas color lavanda sobre sus zapatos acharolados, daba cuenta de su meticulosa atención a su indumentaria, por la que era célebre. El enorme y poderoso aristócrata dominaba la pequeña habitación.

—Desde luego, no esperaba menos que encontrar aquí al doctor Watson —comentó con una educada inclinación—. Es posible que su colaboración sea más que necesaria, porque en esta ocasión tratamos, señor Holmes, con un hombre familiarizado con la violencia y que no se andará con reparos, literalmente. Diría que no hay hombre más peligroso en Europa.

—He tenido ya varios contrincantes a quienes se les ha dedicado ese halagador epíteto —dijo Holmes con una sonrisa—. ¿No fuma? Entonces, disculpe que encienda mi pipa. Si su hombre es más peligroso que el difunto profesor Moriarty, o que el coronel Sebastian Moran, todavía con

vida, en tal caso, ciertamente merece la pena conocerlo. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—¿Ha oído hablar alguna vez del barón Gruner?

—¿Se refiere al asesino austríaco?

Riéndose, el coronel Damery levantó las manos con guantes de cabritilla.

—¡No hay manera de sorprenderle, señor Holmes! ¡Fantástico! Conque ¿ya lo tenía usted por asesino?

—Forma parte de mi oficio estar al tanto de los crímenes sucedidos en el Continente. ¡A quién le podría caber alguna duda sobre la culpabilidad de ese hombre! No hacía falta más que leer lo sucedido en Praga. Se salvó solo por un formalismo meramente legal y la sospechosa muerte de un testigo. Estoy tan seguro de que mató a su esposa en el presunto «accidente» sucedido en el paso del Spluga como si lo hubiese visto con mis propios ojos. También sabía que había venido a Inglaterra y tenía la corazonada de que antes o después me daría algún trabajo. Bueno, ¿qué anda tramando el barón Gruner? Supongo que no habrá aflorado de nuevo esa antigua tragedia.

—No, es alguien más grave todavía. Que mucho pague por un crimen es de gran importancia, pero impedirlo lo es mucho más. Resulta algo terrible, señor Holmes, ver cómo se fragua ante los propios ojos un acontecimiento espeluznante, una situación atroz, comprender claramente adónde conducirá todo el asunto y, sin embargo, ser absolutamente incapaz de evitarlo. ¿Puede acaso un ser humano encontrarse en una posición más insoportable?

—Es posible que no.

—Entonces comprenderá al cliente cuyos intereses represento.

—Tenía entendido que era usted tan solo un intermediario. ¿Quién le envía?

—Señor Holmes, debo pedirle que no me obligue a responderle. Para mi cliente resulta importante que pueda garantizarle que su ilustre apellido no se ha visto involucrado en el asunto. Sus motivos son honorables y caballerosos en grado sumo, pero prefiere seguir en el anonimato. Ni que decir tiene que se le garantizan sus honorarios y que tendrá absolutamente carta blanca. El nombre real de su cliente es irrelevante, ¿no le parece?

—Lo siento —dijo Holmes—. Estoy acostumbrado a que uno de los extremos del caso sea un misterio, pero que lo sean ambos me parece demasiado desconcertante. Me temo, sir James, que debo rechazar su oferta.

Nuestro visitante se mostró enormemente afectado. Se veía sobre su rostro orondo y sensible una sombra de disgusto y decepción.

—Difícilmente es consciente de las consecuencias de ese rechazo, señor Holmes —replicó—. Me pone en un gran aprieto porque estoy convencido de que estaría orgulloso de encargarse del caso si le proporcionara los datos que me solicita; sin embargo, una promesa me impide revelárselo todo. ¿Me permitiría, por lo menos, presentarle aquello que me sea posible?

—Por supuesto, siempre y cuando entienda que no me comprometo a nada.

—Lo entiendo. En primer lugar, habrá oído hablar sin duda del general De Merville.

—¿El famoso De Merville del paso de Jáiber? Sí, he oído hablar de él.

—Tiene una hija, Violet de Merville, joven, rica, hermosa, cultivada, una mujer maravillosa en todos los aspectos. Es a ella, a esta chica encantadora e inocente a quien estamos tratando de salvar de las garras de un malvado.

—Entonces ¿el barón Gruner la domina de alguna manera?

—La domina de la manera más poderosa cuando hablamos de una mujer: mediante el amor. Puede que sepa que este tipo resulta excepcionalmente atractivo; tiene unos modales cautivadores, una voz aterciopelada y ese aire romántico y misterioso que les gusta tanto a las mujeres. Se dice que tiene a todas ellas a su merced y que se aprovecha de ello a conciencia.

—Pero ¿cómo ha logrado un hombre así conocer a una dama de la posición de la señorita Violet de Merville?

—Ocurrió durante un crucero en yate por el Mediterráneo. Aunque la compañía era selecta, el pasaje era de pago. No cabe duda de que los promotores del viaje no se percataron de la auténtica forma de ser del barón hasta que fue demasiado tarde. El sinvergüenza no se despegó de la dama, de lo que resultó que se adueñara completa y absolutamente de su corazón. Decir que está enamorada es quedarse corto. Lo adora, está obsesionada con

él. Más allá de él no hay nada en este mundo. No escucha ni una palabra en su contra. Se ha intentado todo para curarla de su locura, pero ha sido en vano. En resumen, tiene intención de casarse con él el mes que viene. Como es mayor de edad y tiene una voluntad de hierro, cuesta trabajo imaginar cómo impedírselo.

—¿Está al corriente del episodio austríaco?

—Ese demonio le ha contado con mucha astucia cada escándalo público desagradable de su vida hasta ahora, pero siempre de tal manera que da a entender que es inocente y un mártir. Ella acepta su versión sin cuestionarla y le da igual lo que le cuenten.

—¡Madre mía! Pero, quizá por descuido, ha dejado escapar el nombre de su cliente, que sin duda es el general De Merville.

Nuestro visitante se revolvió en su asiento.

—Podría confundirle diciendo que sí, señor Holmes, pero no sería verdad. De Merville no es ni la sombra de lo que era. Al impetuoso soldado este incidente lo ha desmoralizado por completo. Ha perdido el arrojo que no le falló nunca en el campo de batalla y se ha transformado en un viejo débil y senil en absoluto capaz de enfrentarse con un granuja brillante y agresivo como el austríaco. Sin embargo, mi cliente es un viejo amigo, uno que conoce íntimamente al general desde hace muchos años y tiene interés paternal por la joven desde que esta llevaba pañales. No se va a quedar viendo cómo se consuma esta tragedia sin tratar de detenerla. No hay motivo alguno por el que pueda actuar Scotland Yard. Fue a sugerencia suya por lo que me puse en contacto con usted, pero con la condición expresa de que su persona no se vería implicada en el asunto. No dudo, señor Holmes, de que, con sus grandes aptitudes, podría rastrear a partir de mí la pista que lleva hasta mi cliente con gran facilidad, pero debo pedirle, por una cuestión de honor, que se abstenga de hacerlo, y que respete su reserva.

Holmes sonrió enigmáticamente.

—Creo que eso puedo prometérselo sin problema —le aseguró—. Y puedo añadir que su problema me interesa y que estaría dispuesto a estudiarlo. ¿Cómo mantendríamos el contacto?

—A través del Carlton Club. Pero, en caso de emergencia, mediante un teléfono privado, el «XX.31».

Holmes tomó nota y se sentó, todavía sonriente, con la agenda abierta encima de la rodilla.

—¿La dirección actual del barón, por favor?

—Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es una mansión. Ha tenido suerte con algunos negocios algo turbios y se ha hecho rico, lo que, por supuesto, lo convierte en un adversario más peligroso.

—¿Está en esta casa en la actualidad?

—Sí.

—Además de lo que me ha contado, ¿puede darme alguna información adicional acerca de este tipo?

—Tiene gustos caros. Es un fanático de los caballos. Durante un breve período de tiempo, practicó el polo en Hurlingham, pero luego se divulgó ese asunto de Praga y tuvo que dejarlo. Colecciona libros y cuadros. Es un hombre con una notable inclinación por el arte. Es, creo, una autoridad reconocida sobre cerámica china y ha escrito un libro sobre el tema.

—Una mente compleja —dijo Holmes—. Todos los grandes criminales son así. Mi viejo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainright era un artista excelente. Podría citar muchos más. Bueno, sir James, informe a su cliente de que voy a consagrar mi mente al barón Gruner. No puedo decirle más. Tengo mis propias fuentes de información y supongo que encontraremos alguna manera de resolver el asunto.

Cuando nuestro visitante se hubo marchado, Holmes se quedó sumido en sus pensamientos durante tanto tiempo que me pareció que se había olvidado de mi presencia. Por fin, sin embargo, regresó bruscamente a este mundo.

—Bueno, Watson, ¿alguna opinión? —me preguntó.

—Yo diría que haría mejor en ver a la propia joven.

—Mi querido Watson, si su pobre padre débil y anciano no puede conmoverla, ¿cómo voy a hacerlo yo, que soy un desconocido? No obstante, si todo lo demás falla, nos queda lo que sugiere. Pero creo que

debemos empezar por un enfoque distinto. Sospecho que Shinwell Johnson quizá pueda ser de ayuda.

No he tenido oportunidad de mencionar a Shinwell Johnson en estas memorias porque raras veces extraigo mis casos de las etapas más recientes de la carrera de mi amigo. En los primeros años del siglo, se convirtió en un ayudante valioso. Johnson, lamento decir, se hizo primero un nombre por ser un delincuente muy peligroso y cumplió dos condenas en Parkhurst. Con el tiempo, se arrepintió y se alió con Holmes, para el que trabajó como agente en el inmenso mundo del crimen organizado de Londres y para el que conseguía información que, a menudo, resultaba de vital importancia. Si hubiese sido un soplón de la policía, lo habrían descubierto enseguida, pero, como se ocupaba de casos que nunca llegaban directamente a los tribunales, sus actividades jamás llamaron la atención de sus camaradas. Con el carisma de sus dos sentencias condenatorias, tenía vía libre en todos los clubes nocturnos, pensiones de mala muerte y casas de juego de la ciudad, y su aguda capacidad de observación y su ágil intelecto hacían de él un agente idóneo para obtener información. Y ese era el tipo al que iba a acudir Sherlock Holmes ahora.

No me resultó posible seguir los pasos inmediatamente posteriores adoptados por mi amigo, porque me apremiaban ciertos asuntos de mi propia profesión, pero me reuní con él tras concertar una cita esa noche en Simpson’s, donde nos sentamos a una mesa pequeña enfrente de la ventana y, bajando la mirada hacia el apresurado torrente de personas del Strand, me contó parte de lo que había pasado.

—Johnson está tras la pista —me dijo—. Quizá averigüe algo sucio en los recovecos más recónditos del crimen organizado, porque es allí, entre las negras raíces del crimen, donde tenemos que buscar los secretos de ese hombre.

—Pero si la dama no acepta lo que ya se sabe, ¿por qué debería cualquier descubrimiento reciente hacerle cambiar sus intenciones?

—¿Quién sabe, Watson? El corazón y la mente de una mujer son enigmas sin solución para un hombre. El asesinato quizá sea perdonado o justificado, y, sin embargo, algún agravio menor puede que la irrite. El barón Gruner me comentó que…

—¡Cómo que le comentó!

—Ah, es verdad, no le había contado mis planes. Pues bien, Watson, me encanta lidiar de cerca con mi contrincante. Me gusta mirarlo a los ojos y ver por mí mismo de qué está hecho. Después de darle instrucciones a Johnson, salí en coche hacia Kingston y el barón me recibió de muy buen talante.

—¿Le reconoció?

—No tuvo dificultad alguna en hacerlo, porque le entregué mi tarjeta ni más ni menos. Es un contrincante magnífico, frío como el hielo, de voz sedosa y reconfortante como uno de sus elegantes médicos, y venenoso como una cobra. Es educado: un auténtico aristócrata del crimen, de los que con una aparente invitación a un té vespertino disimulan toda la crueldad de la tumba que aguarda tras él. Sí, me alegra de que hayan despertado mi interés por el barón Adelbert Gruner.

—¿Dice que estuvo de buen talante?

—Como un gato ronroneante que cree ver ratones que cazar. La cordialidad de algunas personas es más letal que la violencia de las almas más ariscas. Su manera de saludarme fue peculiar.

»—Ya me imaginaba yo que nos veríamos antes o después, señor Holmes —me dijo—. Lo han contratado, sin duda el general De Merville, para tratar de impedir mi matrimonio con su hija, Violet. ¿No es así?

»Yo asentí.

»—Señor mío —me aseguró—, no hará más que arruinar su bien merecida reputación. No es un caso en el que tenga posibilidad alguna de éxito. Será un trabajo estéril, por no hablar del peligro que reviste. Déjeme aconsejarle encarecidamente que se retire enseguida.

»—Es curioso —le repliqué—, pero ese era el mismo consejo que yo pretendía darle. Respeto su intelecto, barón, y lo poco que he visto de su carácter no lo ha disminuido. Déjeme hablarle de hombre a hombre. Nadie quiere sacar a la luz su pasado y que pase usted por una situación demasiado embarazosa. Eso se acabó, y ahora se encuentra en aguas tranquilas, pero, si se obstina en casarse con ella, levantará a una horda de poderosos enemigos contra usted que nunca le dejará en paz y que le hará imposible la vida en Inglaterra. ¿Acaso vale la pena arriesgarse? Desde

luego, sería más inteligente que dejara en paz a la dama. No le resultaría agradable que esos hechos del pasado llegaran a sus oídos.

»El barón tiene bajo la nariz un bigote de puntas engominadas, parecidas a las antenitas de un insecto. Estas se estremecieron risueñas al escucharme, y, al final, rompió a reír con una risilla amable.

»—Perdone que me ría, señor Holmes —me dijo—, pero, de verdad, es muy divertido ver cómo intenta jugar una mano sin cartas. No creo que nadie lo hiciera mejor, pero es bastante patético de todas formas. No tiene ni un triunfo, señor Holmes, nada más que las peores cartas de todas.

»—Eso es lo que usted cree.

»—Eso es lo que yo sé. Déjeme aclararle algo, porque mis cartas son tan buenas que puedo permitirme enseñárselas. He tenido la suerte de granjearme todo el cariño de esta dama. Me lo he ganado a pesar de que le he contado todo sin ningún tapujo acerca de los sucesos desafortunados de mi vida anterior. También le he contado que ciertas personas ruines e intrigantes —espero que se reconozca a sí mismo entre ellas— irían a ella para contarle esas cosas, y la previne acerca de cómo tratarlas. ¿Ha oído hablar usted de la sugestión poshipnótica, señor Holmes? Pues bien, ya verá cómo funciona, porque un hombre con personalidad puede utilizar el hipnotismo sin ninguno de esos pases de mal gusto ni idioteces semejantes. Así pues, está lista para verle y, no me cabe duda, le concertará una cita, porque es muy complaciente respecto a la voluntad de su padre —menos en lo concerniente, únicamente, a un asuntillo—.

»Pues bien, Watson, parece que no había mucho más que decir, así que me dirigí hacia la puerta tan digna e impasiblemente como pude, pero, cuando tenía mi mano en el pomo, me retuvo.

»—Por cierto, señor Holmes —me dijo—, ¿conoce a Le Brun, el agente francés?

»—Sí —le respondí.

»—¿Sabe lo que le sucedió?

»—Oí que unos gánsteres parisinos le dieron una paliza en el distrito de Montmartre y quedó impedido de por vida.

»—Exacto, señor Holmes. Se dio la curiosa coincidencia de que había estado hurgando en mis asuntos solo una semana antes. No lo haga, señor

Holmes, no le traerá buena suerte. Muchos ya son conscientes de ello. Lo último que tengo que decirle es: siga su camino y déjeme seguir el mío. ¡Adiós!

»Así que, ya ve, Watson. Ya está usted al corriente de todo.

—El tipo parece peligroso.

—Extremadamente peligroso. No suelo prestar atención a los fanfarrones, pero es de la clase de hombre que dice bastante menos de lo que insinúa.

—¿Tiene que entrometerse? ¿De verdad importa que se case con la chica?

—Teniendo en cuenta que ha asesinado a su última esposa, sin lugar a dudas; diría que tiene mucha importancia. Además, ¡ese cliente! Bueno, bueno, no hace falta que hablemos más sobre ello. Cuando se haya acabado su café, debería venir a casa conmigo, porque el despreocupado Shinwell estará allí con su informe.

Allí lo encontramos, ciertamente. Un hombre enorme, tosco, colorado y escorbútico, con un par de ojos negros despiertos que eran el único indicio externo de que hubiera una mente sumamente astuta en su interior. Al parecer, había estado buceando en las profundidades de su reino, y, a su lado en el sofá, había un arma que había subido consigo. Tenía forma de joven mujer, flaca, apasionada con un rostro pálido y vehemente, juvenil, y, a pesar de ello, tan consumido por la pena que uno podía ver en él cómo años terribles habían dejado su huella al igual que una enfermedad.

—Esta es la señorita Kitty Winter —dijo Shinwell Johnson con un ademán de su gruesa mano para presentarla—. Lo que no sabe… bueno, vaya, que hable ella. Señor Holmes, la encontré enseguida, una hora después de que me llegara su mensaje.

—Soy fácil de encontrar, señor Holmes —dijo la joven—. Estoy disponible todo el tiempo del mundo en el Infierno, Londres. En la misma dirección que Shinwell el Gordinflas. Usted y yo somos antiguos colegas, Gordinflas. Pero ¡qué demonios! Si hubiese algo de justicia en este mundo, hay otro que debería estar en un infierno más profundo que el nuestro: el hombre al que anda siguiendo, señor Holmes.

Holmes dijo con una sonrisa:

—Deduzco que contamos con su aprobación, señorita Winter.

—Si puedo ayudar a ponerlo donde se merece, estoy con usted hasta mi último aliento —le contestó nuestra visitante con violenta energía.

Había un odio intenso en su rostro ceniciento y decidido y en sus ojos ardientes como raras veces una mujer, y un hombre nunca, puede alcanzar.

—No hace falta que hurgue en mi pasado, señor Holmes. Esa es otra historia. Pero soy lo que Adelbert Gruner hizo de mí. ¡Si pudiera hacerle caer! —Agitó los puños frenéticamente en el aire—. ¡Ay, si pudiera tirarlo al hoyo adonde ha empujado a tantas!

—¿Sabe de qué se trata?

—Shinwell el Gordinflas me lo ha estado contando. Va tras otra pobre boba y esta vez pretende casarse con ella. Usted quiere detenerlo. Bueno, seguramente sabe bastante sobre este demonio para impedir que cualquier chica decente quiera estar en la misma iglesia con él.

—No está en sus cabales. Está locamente enamorada. Le han contado todo sobre él. No tiene ningún miedo.

—¿También lo del asesinato?

—También.

—Dios bendito, ¡pues sí que debe tener agallas!

—Hace oídos sordos como si fueran calumnias.

—¿No podría ponerle las pruebas delante de sus ojos de tonta?

—Bueno, ¿puede usted ayudarnos a hacer eso?

—¿No soy yo una prueba en mí misma? Si la tuviera enfrente y le dijera cómo me utilizó…

—¿Lo haría?

—¿Que si lo haría? ¡Y cómo no iba a hacerlo!

—Bueno, valdría la pena intentarlo. Pero le ha contado la mayoría de sus pecados y ha obtenido su perdón, y tengo entendido que no está dispuesta a reabrir el asunto.

—Me juego lo que quiera a que no le ha contado todo —dijo la señorita Winter—. Yo entreví un par de asesinatos además del que causó tanto revuelo. Me hablaba de alguien a su exquisita manera y luego me miraba sin alterarse lo más mínimo y me decía: «Murió en menos de un mes». No era palabrería. Pero yo apenas me paraba a pensar en ello, ya ve, en aquella

época le quería. Hiciera lo que hiciese, yo le daba la razón, ¡igual que esa pobre boba! Solo hubo una cosa que me confundió. Sí, caramba, si no hubiese sido por esa lengua venenosa y embaucadora que tiene para justificarse y serenar los ánimos, le habría dejado esa misma noche. Fue por un álbum que tiene… un álbum de cuero marrón con una cerradura y su escudo grabado en oro en la cubierta. Creo que estaba algo borracho esa noche o no me lo habría enseñado.

—Y bien, ¿qué tiene en ese álbum?

—Pues mire, señor Holmes, este hombre colecciona mujeres, y está orgulloso de su colección igual que algunos hombres que coleccionan polillas o mariposas. Las tiene a todas en ese álbum. Fotografías, nombres, detalles, todo lo relacionado con ellas. Es un álbum horrible, un libro que ningún hombre, ni siquiera uno salido del arroyo, habría sido capaz de reunir. Y, a pesar de todo, era el álbum de Adelbert Gruner. *Almas que he arruinado*, habría podido escribir en la cubierta si le hubiese dado la gana. De todas formas, esa es otra historia, porque el álbum no le serviría de nada, y, aunque lo hiciera, no puede conseguirlo.

—¿Dónde está?

—¿Cómo voy a decirle dónde lo tiene ahora? Hace más de un año que lo dejé. Sé dónde lo guardaba entonces. Es un hombre muy minucioso y ordenado en muchos sentidos, así que puede que todavía esté en la gaveta del escritorio antiguo que hay en el despacho de dentro. ¿Conoce la casa?

—He estado en el despacho —dijo Holmes.

—¿De veras? Pues sí que no ha remoloneado si ha empezado esta misma mañana. A lo mejor esta vez mi querido Adelbert se ha topado con la horma de su zapato. El despacho de fuera es el de la vajilla china, con un armario grande de cristal entre las ventanas. Y luego, detrás de la mesa, tiene la puerta que lleva al despacho de dentro, una habitación pequeña en la que guarda papeles y otras cosas.

—¿No le tiene miedo a los ladrones?

—Adelbert no es en absoluto cobarde. Ni su peor enemigo diría eso de él. Sabe cuidarse solo. Hay una alarma para los ladrones por la noche. Además, ¿qué hay allí de interés para un ladrón, a no ser que se lleve toda esa vajilla elegante?

—Eso no sirve —dijo Shinwell Johnson con el tono firme del experto —. Ningún contrabandista quiere cosas de ese tipo que no se pueden fundir ni vender.

—Así es —dijo Holmes—. Bueno, ahora, señorita Winter, sea tan amable de venir aquí mañana por la tarde a las cinco. Hasta entonces meditaré si su sugerencia de ver a esta dama en persona resulta factible. Le estoy sumamente agradecido por su cooperación. No hace falta decir que mis clientes se lo reconocerán generosamente…

—Nada de eso, señor Holmes —exclamó la joven—. No quiero dinero. Déjeme ver a ese hombre en el fango y habré obtenido mi recompensa, en el fango con mi pie en su maldita cara. Esa es mi tarifa. Le acompaño mañana o cualquier otro día que vaya tras él. Aquí el Gordinflas le podrá decir en cualquier momento dónde puede encontrarme.

No volví a ver a Holmes hasta la tarde siguiente, cuando cenamos una vez más en nuestro restaurante del Strand. Se encogió de hombros cuando le pregunté cómo le había ido en su entrevista. Luego me contó la historia, que repetiré como sigue. Su exposición seca y austera requiere de cierta revisión para suavizarla con palabras de la vida cotidiana.

—No hubo ningún problema para concertar la cita —dijo Holmes—, porque la chica alardea de obediencia filial rastrera en un intento de expiar la falta flagrante que supone su compromiso. El general telefoneó para decirnos que estaba todo dispuesto, y la apasionada señorita W. se presentó a la hora convenida, de modo que a las cinco y media un coche nos dejó en la puerta del 104 de Berkeley Square, donde vive el viejo soldado, uno de esos castillos londinenses grises y horribles que harían que una iglesia pareciera frívola. Un sirviente nos invitó a pasar a un gran salón de cortinas amarillas, en donde nos estaba aguardando la dama: recatada, pálida, discreta, tan envarada y distante como una figura de nieve en una montaña.

»La verdad es que no sé cómo definírsela, Watson. Tal vez la conozca antes de que concluya el caso y pueda utilizar con ella su don para las palabras. Es guapa, pero de la belleza etérea y mística de ciertos fanáticos que tienen el pensamiento siempre puesto en las cosas elevadas. He visto

rostros así en los antiguos maestros de la Edad Media. Lo que está más allá de mi imaginación es cómo un bárbaro ha podido poner sus sucias garras en una criatura como ella. Puede que se haya dado cuenta de hasta qué punto se atraen los extremos: el espiritual, al animal; el cavernícola, al ángel. Nunca se ha visto un caso más extremo que este.

»Sabía a qué habíamos ido, claro —ese canalla no había perdido tiempo en envenenarle la mente contra nosotros—. La aparición de la señorita Winter la había cogido bastante desprevenida, pero nos indicó sendas sillas con la mano como una reverenda abadesa que recibiera a dos pordioseros leprosos. Si quiere aprender a darse ínfulas, haga un curso con la señorita Violet de Merville.

»—Pues bien, señor mío —me dijo con una voz como el viento procedente de un iceberg—, su nombre me resulta familiar. Me ha citado, según tengo entendido, para ensuciar el nombre de mi prometido, el barón Gruner. Le veo únicamente a petición de mi padre, y le advierto de antemano que posiblemente nada de lo que pueda decir tenga el más mínimo efecto en mi mente.

»Me daba pena, Watson. Por un momento pensé en ella como lo hubiese hecho si fuera mi propia hija. A menudo no resulto muy convincente. Utilizo mi cabeza, no mi corazón. Pero, de verdad, le rogué con todas las palabras cariñosas que pude encontrar para ello. Le describí la espantosa posición de la mujer que solo es consciente del carácter de un hombre cuando ya es su esposa, de una mujer que ha de soportar que la acaricien unas manos manchadas de sangre y unos labios lascivos. No le ahorré ningún detalle: la vergüenza, el miedo, la angustia, la desesperanza de todo ello. Ninguna de mis exaltadas palabras logró suscitar en ella ni un leve rastro de color en esas mejillas de marfil ni un brillo de emoción en esa mirada ausente. Pensé en lo que ese granuja me había dicho acerca del control poshipnótico. Uno hubiese podido creer sinceramente que estaba flotando sobre la tierra en alguna especie de sueño extático. Sin embargo, no titubeó en ningún momento al responderme.

»—Le he estado escuchando con toda mi paciencia, señor Holmes —dijo—. El efecto que ha tenido en mi mente es exactamente el que había previsto. Soy consciente de que Adelbert, de que mi prometido, ha tenido

una vida agitada que ha despertado odios enconados y difamaciones sumamente injustas. Usted no es más que el último de una serie de personas que han venido con sus calumnias a visitarme. Es posible que tenga buenas intenciones, aunque, según tengo entendido, es usted un mediador asalariado que habría estado dispuesto a actuar tanto a favor del barón como en su contra. Pero, sea como sea, ojalá comprendan de una vez por todas que lo amo y que me ama, y que la opinión de todo el mundo significa tanto para mí como el trino de esos pájaros que hay al otro lado de esa ventana. Si alguna vez, por un momento, se rebajó su noble carácter, tal vez sea porque me han enviado expresamente a levantarlo hasta su auténtico y sublime nivel. No tengo claro —en ese momento su mirada se volvió hacia mi acompañante— qué tiene que ver esta joven.

»Estaba a punto de responder cuando la chica me interrumpió como un torbellino. Si ha visto alguna vez un choque entre el hielo y el fuego, se imaginará a esas dos mujeres cara a cara.

»—Pues le voy a decir quién soy —exclamó saltando de su silla, con la boca crispada de furia—, soy su última amante. Soy una de las cien a las que ha engañado y utilizado y destrozado y tirado al montón de la basura, como hará con usted también. Es probable que su montón de basura sea una tumba, y puede que sea lo mejor. Le estoy diciendo a usted, insensata, que, si se casa con ese hombre, va a acabar con usted. A lo mejor le rompe el corazón o a lo mejor le rompe el cuello, pero lo hará de una manera u otra. No es porque la quiera mucho por lo que se lo digo. Me importa un pimiento que esté viva o muerta. Lo digo porque le odio y para jorobarle y para devolvérsela por lo que me hizo. Pero me da igual, y no hace falta que me mire así, señorona mía, que a lo mejor usted cae más bajo que yo antes de que termine todo esto.

»—Preferiría no hablar sobre tales temas —dijo la señorita De Merville fríamente—. Permítanme decirles de una vez por todas que soy consciente de que existen tres momentos en la vida de mi prometido en que se vio engatusado por mujeres intrigantes, y que estoy segura de su sincero arrepentimiento por todo el mal que haya podido cometer.

»—¡Tres momentos, dice! —gritó mi acompañante—. ¡Menuda boba es usted! ¡Boba de remate!

»—Señor Holmes, le ruego que dé por concluida esta entrevista —dijo la gélida voz—. He obedecido los deseos de mi padre al verle, pero nada me obliga a escuchar los desvaríos de esta persona.

»Con una maldición, la señorita Winter se abalanzó sobre ella, y, si no la hubiese cogido de la muñeca, habría agarrado del pelo a esa mujer exasperante. La arrastré hacia la puerta y tuve suerte de meterla otra vez en el coche sin que montase una escena, porque estaba desquiciada de rabia. De una manera desapasionada, yo también estaba bastante enfadado, Watson, porque había algo indescriptiblemente irritante en la calmada indiferencia y la absoluta autocomplacencia de la mujer a quien estábamos tratando de salvar. Así que ya vuelve a estar al corriente acerca de en qué punto nos encontramos, y está claro que debo planear alguna apertura nueva, porque este gambito no funciona. Me mantendré en contacto con usted, Watson, porque es más que probable que tenga que representar un papel, aunque puede que el próximo movimiento les corresponda más bien a ellos que a nosotros.

Y lo hicieron. Asestaron su golpe, o, mejor dicho, él asestó su golpe, porque nunca he podido creer que la dama estuviera enterada. Creo que podría mostrarle al lector el mismísimo adoquín en que me quedé parado cuando mis ojos se toparon con el cartel y un escalofrío de horror recorrió mi misma alma. Estaba entre el Grand Hotel y la estación de Charing Cross, donde un vendedor de periódicos, al que le faltaba una pierna, exhibía sus periódicos vespertinos. Fue justo dos días después de la última conversación. Allí, en negro sobre fondo amarillo, tenía la terrible noticia:

ATENTADO CONTRA SHERLOCK HOLMES

Creo que me quedé conmocionado durante unos segundos. Luego recuerdo vagamente haberle arrebatado un periódico, las quejas del hombre, a quien no había pagado, y, por último, quedarme parado en la puerta de una farmacia mientras llegaba al aciago artículo. Decía así:

> Lamentamos informar de que el señor Sherlock Holmes, el célebre detective privado, ha sido víctima esta mañana de un atentado que le ha causado graves heridas. No se han proporcionado los detalles exactos, pero el suceso parece haber acaecido alrededor de las doce en Regent Street, junto al Café Royal. El atentado fue llevado a cabo por dos hombres armados con bastones que golpearon en la cabeza y en el cuerpo al señor Holmes. Este ha sufrido

lesiones que los médicos han calificado de muy graves. Fue transportado al Hospital de Charing Cross y después insistió en ser conducido a su domicilio en Baker Street. Parece ser que los sinvergüenzas que lo agredieron era unos hombres de aspecto respetable, y que escaparon de los transeúntes atravesando el Café Royal y saliendo por la puerta trasera de este en Glasshouse Street. Sin duda procedían del mundo del hampa, que con tanta frecuencia ha tenido ocasión de sufrir las actividades e inteligencia de la víctima.

No hace falta decir que apenas había ojeado el artículo cuando me estaba subiendo a un coche rumbo a Baker Street. Me encontré en el vestíbulo a sir Leslie Oakshott, el célebre cirujano; su berlina estaba esperándole junto a la acera.

—No corre peligro inminente —fue su parte—. Dos cortes superficiales en el cuero cabelludo y algunos hematomas de consideración. Han sido necesarios varios puntos de sutura. Le he puesto una inyección de morfina y, aunque es primordial que descanse, no le prohibiría de ningún modo una conversación mientras sea breve.

Tras darme su visto bueno, entré sin hacer ruido en la habitación a oscuras. El paciente estaba absolutamente despierto y oí mi nombre en un susurro ronco. La persiana estaba echada en sus tres cuartas partes, pero entraba un rayo de sol oblicuo a través de ella y brillaba sobre la cabeza vendada del herido. Una mancha carmesí había calado los vendajes de lino. Me senté a su lado e incliné la cabeza.

—Estoy bien, Watson. No se me asuste —murmuró con voz muy débil —. No es tan malo como parece.

—¡Menos mal!

—Ya sabe que tengo cierta pericia en la esgrima con bastón. Esquivé la mayoría de los golpes. Pero el segundo hombre fue demasiado para mí.

—¿Qué puedo hacer, Holmes? Seguro que fue ese condenado el que los envió por usted. No tiene más que decírmelo y lo muelo a golpes.

—¡Mi buen Watson! No, no podemos hacer nada a menos que la policía los atrape. Pero habían preparado bien su huida. De eso podemos estar seguros. Espere un poco. Tengo mis planes. Lo primero es exagerar mis heridas. Vendrán a pedirle noticias sobre mi estado. Échele cuento, Watson. Con suerte, me queda una semana de vida, conmoción cerebral, delirios… ¡lo que se le ocurra! Cargue las tintas todo lo que pueda.

—Pero ¿y sir Leslie Oakshott?

—Ah, por él no se preocupe. Me verá en mi peor estado. Me cuidaré de ello.

—¿Algo más?

—Sí. Dígale a Shinwell Johnson que quite a esa chica de en medio. Esas ricuras irán ahora a por ella. No cabe duda de que saben que estaba conmigo en el caso. Si se han arriesgado a deshacerse de mí, es poco probable que la dejen en paz. Corre prisa. Hágalo esta noche.

—Iré ahora mismo. ¿Algo más?

—Deje mi pipa encima de la mesa… y la babucha del tabaco. ¡Perfecto! Venga todas las mañanas y planearemos nuestra misión.

Johnson y yo acordamos esa tarde llevar a la señorita Winter a algún barrio tranquilo de las afueras y comprobar que se mantuviera oculta hasta que el peligro hubiera pasado.

Durante seis días el público tuvo la impresión de que Holmes se hallaba a las puertas de la muerte. Los informes eran muy graves y aparecían reseñas siniestras en los periódicos. Mis continuas visitas me aseguraron que no estaba tan mal como se decía. Su constitución sólida y su voluntad firme estaban obrando maravillas. Se estaba recuperando rápido y yo, a veces, sospechaba que estaba recobrándose antes de lo que aparentaba incluso ante mí. Este hombre tenía una extraña tendencia al secreto que daba lugar a numerosos efectos dramáticos, pero que dejaba incluso a su amigo más cercano con la duda de cuáles serían sus verdaderos planes. Llevaba al extremo el axioma de que el único conspirador efectivo es el que conspira en solitario. Yo me encontraba más cerca de él que cualquier otra persona, y, no obstante, siempre fui consciente de la distancia que nos separaba.

Al séptimo día le extrajeron los puntos, a pesar de lo cual se publicó un parte de erisipela en los periódicos vespertinos. Los mismos periódicos de la tarde traían una reseña que me veía obligado a comunicarle a mi amigo, ya estuviera sano o enfermo. Decía simplemente que entre los pasajeros del barco *Ruritania*, de la compañía Cunard, que salía de Liverpool el viernes, estaba el barón Adelbert Gruner, quien tenía cierto negocio financiero que resolver en Estados Unidos antes de su inminente boda con la señorita Violet de Merville, hija única de etc. Holmes escuchó las noticias con un

gesto desapasionado y concentrado en su pálido rostro, que me hizo pensar que era un duro golpe para él.

—¡El viernes! —exclamó—. En solo tres días. Creo que el granuja quiere salvar el pellejo. Pero ¡no lo logrará, Watson! Por el mismísimo demonio, ¡que no lo logrará! Ahora, Watson, quiero que haga algo por mí.

—Lo que necesite, Holmes.

—Bien, entonces, pase las próximas veinticuatro horas estudiando de manera intensiva la cerámica china.

No me dio más explicaciones y no le pedí ninguna. Gracias a mi larga experiencia había aprendido que obedecer era de sabios. Pero, cuando había salido ya de su habitación, bajé caminando por Baker Street dándole vueltas en mi cabeza a cómo diablos iba a cumplir una orden tan extraña. Al final, me dirigí a la Biblioteca de Londres, la de Saint James Square, le expuse el asunto a mi amigo Lomax, el ayudante del bibliotecario, y me marché a mi casa con un grueso volumen bajo el brazo.

Se dice que el abogado, que ha hincado los codos en un caso con tanto empeño que puede interrogar a un perito el lunes, el sábado ya ha olvidado todos sus acelerados conocimientos. Por supuesto, ahora no pretendería hacerme pasar por una autoridad en cerámica. Sin embargo, toda esa tarde y toda esa noche, con un breve receso para reposar, y toda la mañana siguiente, estuve empapándome en conocimientos y aprendiéndome nombres de memoria. En ese momento, adquirí nociones de las características de los grandes artesanos decoradores, del misterio de las fechas recurrentes, las peculiaridades del Hung-wu, y las bellezas de Yung-lo, los escritos de Tang-ying, y los esplendores del período primitivo del Sung y del Yuan. Rebosante de toda esa información, acudí a casa de Holmes la tarde siguiente. Estaba ya fuera de la cama, aunque nadie lo habría dicho dados los informes publicados, y estaba sentado, con su muy vendada cabeza apoyada en la mano, arrellanado en su sillón preferido.

—Vaya, Holmes —le dije—, a juzgar por lo que dicen los periódicos, se diría que está moribundo.

—Esa —me respondió— es exactamente la impresión que pretendo transmitir. Y ahora, Watson, ¿se sabe la lección?

—Por lo menos lo he intentado.

—Bien. ¿Podría mantener una conversación inteligente sobre el tema?

—Creo que sí.

—Entonces, acérqueme esa cajita de la repisa de la chimenea.

Abrió la tapa y sacó un objeto pequeño que estaba cuidadosamente envuelto en una fina seda oriental. Quitó el envoltorio y desveló un delicado platillo de un color azul oscuro bellísimo.

—Hay que manejarlo con cuidado, Watson. Es auténtica porcelana cáscara de huevo de la dinastía Ming. Nunca ha pasado una pieza más fina por Christie's. Un juego completo de esta vale tanto como el rescate de un rey; de hecho, es dudoso que haya un juego completo fuera del palacio imperial de Pekín. Verlo volvería loco a un auténtico entendido.

—¿Qué tengo que hacer con ello?

Holmes me tendió una tarjeta en la que había impreso: «Dr. Hill Barton, 369 de Half Moon Street».

—Ese es su nombre esta tarde, Watson. Le hará una visita al barón Gruner. Tengo cierta idea de sus costumbres, y a las ocho y media probablemente esté libre. Mándele una nota avisándole de que se pasará a verlo en breve, y dígale que le va a llevar una muestra de un juego único de porcelana Ming. Asimismo, puede ser médico, dado que es un papel que puede interpretar sin tener que fingir. Usted es un coleccionista, ha dado con este juego, se ha enterado del interés del barón por el tema, y no está reacio a venderlo a un buen precio.

—¿A qué precio?

—Bien preguntado, Watson. Desde luego, se iría todo al traste si no sabe cuánto valen sus propias mercancías. Este platillo lo he conseguido a través de sir James y procede, tengo entendido, de la colección de su cliente. No exageraría si le dice que difícilmente haya otro igual en el mundo.

—Tal vez pueda sugerir que debería tasar el juego un experto.

—¡Magnífico, Watson! Hoy está muy inspirado. Sugiera Christie's o Sotheby's. Por delicadeza, prefiere no ponerle precio usted mismo.

—Pero ¿y si no quiere verme?

—Querrá verle, ya verá como sí. Tiene la manía del coleccionista en su grado más agudo, y, en especial, en lo relacionado con este tema, del que es

una autoridad reconocida. Siéntese, Watson, y le dictaré la carta. No habrá necesidad de respuesta. Le dirá llanamente que va a ir y por qué.

Era un texto admirable, breve, correcto, y avivaba la curiosidad del entendido. Le pedimos a un mensajero del barrio que lo llevara. Esa misma tarde, con el valioso platillo en mi mano y la tarjeta del doctor Hill Barton en mi bolsillo, puse rumbo hacia mi propia aventura.

La bonita casa y sus jardines constataban que el barón Gruner era, como había dicho sir James, un hombre de una considerable fortuna. Un largo camino sinuoso, con filas de esporádicos arbustos a cada lado, se ensanchaba en una gran plaza cubierta de grava y adornada con estatuas. El lugar había sido construido por un potentado sudafricano de los días de la fiebre del oro, y la mansión baja y alargada con torres en las esquinas, a pesar de ser un delirio arquitectónico, se imponía por su solidez y tamaño. Un mayordomo, que habría destacado en un escaño entre unos obispos, me invitó a pasar y me dejó en manos de un lacayo con ropas de terciopelo que me condujo hasta el barón.

Estaba de pie frente a una gran vitrina abierta que había entre las ventanas y que contenía parte de su colección china. Se volvió, al entrar yo, con un pequeño jarrón marrón en la mano.

—Le ruego que se siente, doctor —dijo—. Estaba contemplando mis tesoros y preguntándome si, en realidad, podía permitirme aumentarlos. Es probable que este pequeño ejemplo de la dinastía Tang, que data del siglo séptimo, le interese. Estoy seguro de que nunca ha visto un acabado más sutil ni un barniz más exquisito. ¿Tiene con usted el platillo Ming del que me hablaba?

Lo desenvolví con cuidado y se lo tendí. Se sentó en su escritorio, arrimó la lámpara, porque estaba anocheciendo, y empezó a examinarlo. Mientras lo hacía, la luz amarilla brillaba sobre su rostro y pude estudiarlo con calma.

Desde luego, era un hombre de un atractivo considerable. La reputación europea de su belleza era de sobra merecida. En lo referente a su figura, no era sino de estatura media, pero delgado y de cuerpo bien delineado. Tenía

el rostro moreno, casi oriental, con ojos grandes, oscuros y lánguidos que podían ejercer sin esfuerzo alguno una irresistible fascinación en las mujeres. Su cabello y su bigote eran de color negro azabache, este último fino, con puntas y engominado con esmero. Sus rasgos eran proporcionados y seductores, a excepción, únicamente, de su boca, de labios finos. Si en algún momento he podido reconocer a un asesino por su boca, fue en aquel: era una cuchillada dura y cruel en el rostro, apretada, implacable y terrible. Le habían malaconsejado que se dejara el bigote de esa manera, pues su boca era una señal de peligro que la Naturaleza le daba como advertencia a sus víctimas. Su voz era cautivadora; y sus modales, perfectos. En cuanto a la edad, habría dicho que tenía poco más de treinta, aunque su expediente me indicó después que tenía cuarenta y dos.

—Excelente. Sin duda ¡excelente! —dijo por fin—. Y dice que tiene el juego completo de seis. Lo que me desconcierta es que no estuviese enterado de muestras tan exquisitas. Solo tengo conocimiento de uno semejante a este, y, desde luego, no es probable que esté a la venta. ¿Sería muy indiscreto por mi parte, doctor Hill Barton, si le preguntara cómo lo ha obtenido?

—¿Acaso eso importa? —le repliqué con la actitud más despreocupada que pude mostrar—. Ya puede ver usted que la pieza es auténtica, y, en lo referente al valor, me conformo con la tasación de un experto.

—Qué misterioso —dijo con un destello pasajero de sospecha en sus ojos oscuros—. Cuando se trata con objetos de tanto valor, es natural que se desee saber todo lo que rodea a la transacción. Que la pieza es auténtica no lo niego. No me cabe ninguna duda. Pero suponga —me veo obligado a tomar en consideración todas las posibilidades— que luego se probara que no está usted legitimado para venderla.

—Le daría una garantía para cualquier eventualidad de ese tipo.

—Lo que nos llevaría, por supuesto, a la pregunta de hasta qué punto tiene valor su garantía.

—A eso responderían mis banqueros.

—Así es. Y, a pesar de todo, toda esta transacción me resulta bastante insólita.

—Puede comprarlo o no comprarlo —dije con indiferencia—. Ha sido el primero al que se lo ofrezco porque estoy al corriente de que es usted un entendido, pero no me será difícil venderlo en otros lares.

—¿Quién le ha dicho que soy un entendido?

—Estaba al tanto de que había escrito un libro sobre la materia.

—¿Ha leído el libro?

—No.

—Caramba, ¡esto cada vez me resulta más difícil de entender! Es usted un entendido y coleccionista con una pieza muy valiosa en su colección y, no obstante, nunca se ha molestado en consultar el único libro que le habría indicado el interés y valor reales de lo que posee. ¿Cómo explica eso?

—Soy un hombre muy ocupado. Soy médico.

—Menuda respuesta. Cuando un hombre tiene una afición, la domina en todos sus detalles, sean cuales sean sus otras ocupaciones. Dijo en su nota que era usted un entendido.

—Lo soy.

—¿Podría hacerle unas preguntas para comprobarlo? Me veo obligado a decirle, doctor —si es que es usted doctor—, que el asunto se vuelve cada vez más sospechoso. Me gustaría preguntarle lo que sabe acerca del emperador Shomu y qué relación establece usted entre este y el Shoso-in cercano a Nara. Caramba, ¿se queda sin habla? Háble me un poco sobre la dinastía Wei del norte y su lugar en la historia de la cerámica.

Me levanté de un salto de mi asiento fingiéndome enfadado.

—Esto es intolerable, caballero —le dije—. Vine aquí para hacerle un favor y no para que me hagan un examen como si estuviera en el colegio. No creo que mi conocimiento de estas materias vaya a la zaga del suyo, pero, desde luego, no responderé a ninguna pregunta que se me haga de una manera tan ofensiva.

Me miró fijamente. La languidez se había esfumado de sus ojos. De repente, ardían. Vi un destello de sus dientes entre esos labios crueles.

—¿A qué está jugando? Ha venido aquí a espiarme. Lo ha enviado Holmes. Esto no es más que una farsa. El tipo yace moribundo, por lo que he oído, así que manda a sus peones para mantenerme vigilado. Se ha

abierto paso hasta aquí sin permiso y le juro que le va a resultar más difícil salir que entrar.

Se puso en pie de un salto y yo retrocedí, preparándome para un ataque, porque el hombre estaba desencajado de ira. Tal vez hubiese sospechado de mí desde el principio, seguramente su interrogatorio le había revelado la verdad, pero estaba claro que no había esperanza alguna de que lo engañara. Hizo desaparecer su mano en un cajón lateral y hurgó con rabia. Entonces, algo le llamó la atención, porque se quedó escuchando atentamente.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ah!

Y entró precipitadamente en la habitación que había detrás de él.

En dos pasos llegué hasta la puerta abierta, y se me quedará grabada la escena que vi mientras viva. La ventana que daba al jardín estaba abierta de par en par. Junto a esta, semejante a un terrible fantasma, con la cabeza ceñida de vendajes ensangrentados y el rostro demacrado y lívido, se encontraba Sherlock Holmes. Un momento después, había saltado por el hueco de la ventana y oí el estruendo de su cuerpo entre los matorrales de laurel que había afuera. Con un aullido de rabia, el dueño de la casa se lanzó tras él hacia la ventana abierta.

Y justo entonces… sucedió en un instante; sin embargo lo vi todo claramente. Un brazo —un brazo de mujer— salió como un resorte de entre las hojas. Y, en ese mismo momento, el barón profirió un terrible grito, un alarido que resonará en mi memoria para siempre. Se llevó las manos a la cara y empezó a correr por todo el cuarto, golpeándose de manera espeluznante la cabeza contra las paredes. Entonces, se desplomó sobre la alfombra, retorciéndose y dando vueltas, mientras un grito tras otro retumbaba por toda la casa.

—¡Agua! Por el amor de Dios, ¡agua! —gritaba.

Agarré una botella grande de una mesa auxiliar y corrí en su ayuda. En ese preciso instante, el mayordomo y varios lacayos entraban a toda prisa procedentes del vestíbulo. Recuerdo que uno de ellos se desmayó cuando me arrodillé junto al herido y volví ese horrible rostro hacia la luz de la lámpara. El vitriolo se lo estaba corroyendo por todas partes y goteaba de las orejas y la barbilla. Uno de los ojos estaba ya blanco y vidrioso. El otro, rojo e inflamado. Las facciones que había admirado pocos minutos antes

eran ahora como un hermoso lienzo sobre el cual el artista hubiese pasado una esponja sucia y mojada. Estaban desdibujadas, descoloridas, inhumanas, horribles.

Expliqué brevemente lo que había ocurrido con exactitud; en lo concerniente al ataque con vitriolo al menos. Algunos bajaron por la ventana y otros salieron corriendo al jardín, pero estaba oscuro y había empezado a llover. Entre grito y grito, la víctima rabiaba y despotricaba contra la vengativa.

—¡Ha sido esa arpía, Kitty Winter! —exclamó—. Ah, ¡maldita sea! ¡Pagará por ello! ¡Me las pagará! Ay, Dios mío, ¡este dolor es más de lo que puedo soportar!

Le lavé el rostro con aceite, le puse gasas de algodón en las partes despellejadas, y le administré una inyección de morfina. Todas sus sospechas sobre mí se habían desvanecido de su mente con la conmoción y se aferró a mis manos como si hubiese estado en mi poder limpiar esos ojos de pez muerto que se alzaban vidriosos hacia mí. Habría llorado por esa ruina de no haberme venido con gran claridad a la mente la despreciable vida que lo había conducido a una transformación tan atroz. Me asqueaba sentir el manoseo de sus manos quemadas y me alivió la llegada de su médico, seguido muy de cerca por un especialista, para relevarme de mi cargo. También apareció un inspector de policía y le entregué a este mi tarjeta auténtica. Habría sido inútil, además de estúpido, hacerlo de otra manera, porque me conocían de vista en Scotland Yard casi tanto como al mismo Holmes. Entonces, salí de aquella casa triste y aterrorizada. Una hora más tarde estaba en Baker Street.

Holmes estaba sentado en su sillón de costumbre; parecía muy pálido y exhausto. Además de sus heridas, los acontecimientos de la tarde le habían afectado, a pesar de sus nervios de acero, y escuchaba con horror mi relato de la metamorfosis del barón.

—Así se paga el pecado, Watson, ¡así se paga! —dijo—. Más tarde o más temprano, pero siempre llega. Y Dios sabe que había mucho pecado por pagar —añadió mientras cogía un volumen de color marrón de la mesa —. Aquí está el álbum del que hablaba la mujer. Si esto no rompe el

matrimonio, nada lo hará. Pero lo hará, Watson. Tiene que hacerlo. Ninguna mujer con amor propio podría tolerarlo.

—¿Es el diario de sus amores?

—O el diario de su lujuria. Llámelo como quiera. Desde el momento en que la mujer nos habló de él, me di cuenta de que era un arma formidable si lográbamos poner nuestras manos en ella. No dije nada en ese instante que diese pistas de lo que pensaba, porque esta mujer habría podido delatarnos. Pero estuve cavilando sobre ello. Entonces, su agresión me dio la oportunidad de hacerle pensar al barón que no había de tomar precauciones contra mí. Aquello me beneficiaba. Habría esperado un poco más, pero su visita a América no me dejaba más remedio que actuar. No habría dejado ningún documento tan comprometedor tras de sí. Por tanto, debía hacerlo enseguida. El allanamiento nocturno es imposible. Toma precauciones. Había una posibilidad por la tarde, pero solo si lograba asegurarme de que desviaba su atención. Ahí es donde usted y su platillo azul entraban. Pero tenía que estar seguro de la ubicación del álbum, y sabía que solo disponía unos pocos minutos para cogerlo, porque mi tiempo quedaba limitado por su conocimiento de la cerámica china. Por eso, pasé a buscar a la chica en el último momento. ¿Cómo podía adivinar qué contenía el paquetito que llevaba con tanto cuidado debajo del abrigo? Pensaba que había ido para ayudarme, pero parece que tenía otra cosa en mente.

—El barón se imaginaba que iba de su parte.

—Me lo temía. Pero usted lo entretuvo el tiempo suficiente para que cogiera el álbum, aunque no lo bastante para que pudiese huir inadvertido. Ah, sir James, ¡me alegra mucho que esté aquí!

Nuestro elegante amigo había venido en respuesta a un aviso previo. Escuchó con suma atención el relato de Holmes de lo ocurrido.

—Ha obrado un milagro… ¡un milagro! —exclamó cuando terminó de escuchar la narración de los hechos—. Pero si esas lesiones son tan terribles como el doctor Watson describe, entonces habrían bastado en nuestro propósito de frustrar el matrimonio sin recurrir a ese álbum terrible.

Holmes negó con la cabeza.

—Las mujeres de la clase de Violet de Merville no actúan de esa manera. Le habría querido aún más por convertirse en un mártir

desfigurado. No, no. Es su parte moral, no la física, lo que debemos destruir. Ese álbum le pondrá los pies en el suelo, y no sé de nada más que hubiese logrado hacerlo. Es la letra del barón Gruner. No puede obviarlo.

Sir James se lo llevó junto con el valioso platillo. En cuanto a mí, como tenía algo de prisa, bajé con él a la calle. Le aguardaba una berlina. Se subió a esta, le dio una orden brusca al cochero con escarapela y salieron disparados. Sacó medio abrigo por la ventana para tapar el escudo de armas que adornaba la puerta, pero, a pesar de todo, lo había visto a la luz del montante de nuestra entrada. Me quedé con la boca abierta. Entonces, me di la vuelta, subí la escalera y me dirigí directamente a la habitación de Holmes.

—He descubierto quién es nuestro cliente —exclamé, ansioso por darle mi gran noticia—. Ni más ni menos que…

—Un amigo fiel y un caballero —dijo Holmes, levantando una mano para disuadirme de contárselo—. Con eso nos basta por ahora y en adelante.

No sé cómo utilizaron el álbum delator. Quizá se encargara sir James del asunto. O es más probable que una tarea tan delicada la llevara a cabo el padre de la joven dama. El resultado, en cualquier caso, fue el que se podía desear. Tres días más tarde apareció un anuncio en el *Morning Post*, donde se decía que el matrimonio entre el barón Adelbert Gruner y la señorita Violet de Merville no tendría lugar. El mismo periódico recogía la primera audiencia del juicio penal contra la señorita Kitty Winter, acusada de arrojar vitriolo. Durante el proceso, aparecieron tales pruebas atenuantes que la sentencia, como se recordará, fue la menor posible por un crimen así. Sobre Sherlock Holmes pendió la amenaza de un juicio por allanamiento, pero, cuando el fin es bueno y un cliente es lo bastante distinguido, incluso las estrictas leyes británicas se vuelven más humanas y flexibles. Mi amigo todavía no se ha sentado nunca en el banquillo de los acusados.

LA AVENTURA DEL SOLDADO PÁLIDO

Las ideas de mi amigo Watson, aunque escasas, son muy pertinaces. Durante mucho tiempo, me ha estado importunando con que escribiese alguna de mis vivencias. Es posible que yo haya provocado en gran medida este acoso, puesto que con frecuencia le había señalado lo superficiales que eran sus relatos y le había acusado de condescender con el gusto popular en lugar de ceñirse a los hechos y los números. «¡Pues pruebe usted, Holmes!», me replicaba, y me veo obligado a admitir que, ya con la pluma en la mano, empiezo a darme cuenta de que el asunto debe ser presentado de tal manera que pueda interesar al lector. El siguiente caso difícilmente puede defraudarlo, dado que se encuentra entre los sucesos más extraños de mi colección, aunque resulta que Watson no lo había registrado en la suya. Y, hablando de mi viejo amigo y biógrafo, aprovecharé esta oportunidad para comentar que, si cargo con un compañero en mis diversas y pequeñas averiguaciones, no se debe a algo sentimental o caprichoso, sino a que Watson tiene ciertas características notables por sí mismo a las que les ha dedicado poca atención por humildad debido a su desproporcionada estima por mis logros. Un socio que se anticipa a tus conclusiones y línea de actuación es siempre peligroso, pero uno a quien cada novedad le parece una continua sorpresa y para quien el futuro le parece siempre un libro cerrado, es, ciertamente, un compañero ideal.

Descubro en mi agenda que, en enero de 1903, justo después de la guerra de los Bóers, recibí la visita del señor James M. Dodd, un británico grande, joven, bronceado, decente. Por aquel entonces, el buen Watson me había abandonado por una esposa, el único acto egoísta del que tengo memoria a lo largo de nuestra relación. Me encontraba solo.

Tengo costumbre de sentarme de espaldas a la ventana y situar a mis visitas en el asiento de enfrente, donde la luz incide directamente en ellas.

El señor James M. Dodd parecía no saber por dónde empezar la entrevista. No me esforcé en ayudarlo, pues su silencio me daba más tiempo para observar a mi visitante. Había descubierto que resultaba aconsejable impresionar a los clientes con cierta sensación de poder, conque le comenté alguna de mis conclusiones.

—Procedente de Sudáfrica, por lo que veo.

—Sí, señor —respondió algo sorprendido.

—Voluntarios de caballería imperial, me imagino.

—Ni más ni menos.

—Cuerpo de Middlesex, indudablemente.

—Así es. Señor Holmes, es usted un hacha.

Me sonreí ante la perplejidad de su expresión.

—Cuando un caballero de aspecto viril entra en mi casa con un bronceado en el rostro como nunca se ve bajo el sol inglés, y con el pañuelo en la manga en lugar de en su bolsillo, no es difícil adivinar su procedencia. Lleva una barba recortada, lo que indica que no forma parte de los regulares. Tiene trazas de jinete. En cuanto a lo de Middlesex, su tarjeta ya me había indicado que es usted corredor de bolsa en Throgmorton Street. ¿En qué otro regimiento hubiese podido servir?

—Tiene una vista excepcional.

—No es mejor que la suya, pero la he ejercitado para prestar atención en lo que veo. Pero, señor Dodd, esta mañana no se ha pasado a verme para conversar sobre la ciencia de la observación. ¿Qué le ha sucedido en Tuxbury Old Park?

—Pero ¡señor Holmes!

—Señor mío, no hay misterio alguno. Su carta tenía ese encabezamiento y, dado que ha concertado esta cita en términos tan apremiantes, estaba claro que le ha ocurrido algo repentino y trascendental.

—Sí, es cierto. Pero escribí la carta por la tarde y han pasado muchas cosas desde entonces. Si el coronel Emsworth no me hubiera echado a patadas…

—¡Le echó a patadas!

—Bueno, algo parecido. Es un hueso, el tal coronel Emsworth. El mayor ordenancista del ejército en su momento, y era un momento en el

que también se hablaba de manera bastante grosera. No se lo habría pasado al coronel si no hubiese sido por Godfrey.

Encendí mi pipa y me recliné en mi asiento.

—Tal vez no le importe explicarme de quién está hablando.

Mi cliente sonrió traviesamente.

—Me había acostumbrado a dar por hecho que lo sabía todo sin que se lo dijeran —respondió—. Pero le contaré los hechos y Dios quiera que sea capaz de decirme lo que significan. Me he pasado la noche en vela rompiéndome la cabeza y cuanto más lo pienso más increíble se vuelve todo.

»Cuando me alisté, en enero de 1901 —hace exactamente dos años—, el joven Godfrey Emsworth se encontraba ya en el mismo escuadrón. Era el único hijo del coronel Emsworth —el Emsworth con una Cruz Victoria por la guerra de Crimea—, y era combativo por naturaleza, así que no es de extrañar que se ofreciera voluntario. No había mejor chaval en todo el regimiento. Entablamos amistad, la clase de amistad que solo se puede tener cuando uno vive la misma vida y comparte las mismas alegrías y penas. Era mi compañero y eso significa mucho en el ejército. Estuvimos a las duras y a las maduras juntos durante un año de violentos combates. Y, entonces, le acertaron con un rifle de caza en la batalla de Diamond Hill, a las afueras de Petroria. Recibí una carta suya desde el hospital de Ciudad del Cabo y otra de Southampton. Desde entonces, ni una línea, señor Holmes, desde hace seis meses o más, y era mi mejor amigo.

»Bueno, pues, cuando terminó la guerra, y volvimos todos a casa, le escribí a su padre y le pregunté dónde estaba Godfrey. No hubo respuesta. Esperé un poco y le volví a escribir. Esta vez obtuve respuesta, una breve y cortante. Godfrey había emprendido un viaje alrededor del mundo, y no era probable que volviera antes de un año. Eso era todo.

»Yo no me había quedado conforme, señor Holmes. Todo aquello me parecía tremendamente extraño. Era buen chaval y no habría roto así con un amigo. No era propio de él. Además, resultaba que sabía que era heredero de una buena fortuna y, también, que su padre y él no siempre hacían muy buenas migas. El viejo a veces se ponía violento y Godfrey tenía demasiado carácter para aguantarlo. No, no me había quedado conforme, y decidí que

llegaría hasta el fondo del asunto. Sin embargo, se daba la circunstancia de que tenía un montón de problemas propios que necesitaba resolver tras dos años de ausencia, así que no ha sido sino hasta esta semana cuando he podido retomar el caso de Godfrey. Y ahora que lo he hecho, tengo la intención de dejarlo todo hasta que se esclarezca.

El señor James M. Dodd me parecía la clase de persona a quien sería mejor tener como amigo que como enemigo. Sus ojos azules tenían una mirada severa y su mandíbula cuadrada se había tensado al hablar.

—Bueno, ¿y qué hizo?

—Mi primer movimiento fue ir a su casa, a Tuxbury Old Park, cerca de Bedford, y ver por mí mismo qué terreno pisaba. Así pues, le escribí a la madre —ya había sabido bastante del gruñón del padre—, y ataqué de frente y con franqueza: Godfrey era mi camarada, y me habría gustado mucho poder contarle sobre nuestras experiencias juntos, iba a estar cerca de allí, había algún impedimento para que la visitara, etc. En respuesta, recibí una carta suya bastante amable y me ofreció pasar la noche en su casa. Eso fue lo que me llevó allí el lunes.

»Tuxbury Old Hall es inaccesible, está a ocho kilómetros de ninguna parte. No había coches en la estación, así que tuve que ir andando, cargado con mi maleta, y era casi de noche cuando llegué. Es una casa grande y abigarrada que se yergue en medio de un extenso jardín. Criticaría de ella que es una mezcla de toda clase de épocas y estilos, empezando por un entramado isabelino en la base y terminando con un pórtico victoriano. Dentro todo eran *boiseries* y tapices y retratos medio borrados: una casa de sombras y misterio. Había un mayordomo, el viejo Ralph, que parecía tener la misma edad que la casa, y estaba su mujer, que parecía más vieja incluso. Había sido el ama de cría de Godfrey y le había oído decir de ella que solo quería más a su madre que a ella, así que la miré con buenos ojos a pesar de su extraña apariencia. La madre también me pareció simpática, una mujer entrañable como una ratoncita blanca. El único que se me atravesó fue el mismo coronel.

»Enseguida tuvimos una pequeña bronca y habría echado a andar de vuelta a la estación si no me hubiese dado la sensación de que le habría seguido el juego al hacerlo. Me condujeron directamente a su despacho, y

allí estaba, un hombre gigantesco y encorvado de piel ennegrecida y una barba rala y gris que se sentaba tras su escritorio revuelto. Una nariz de venas rojas sobresalía como el pico de un buitre y dos ojos grises y fieros me miraban bajo sus cejas enmarañadas. Ahora era capaz de entender por qué Godfrey raras veces hablaba de su padre.

»—Y bien, señor mío —me dijo en tono áspero—. Me gustaría conocer los auténticos motivos de esta visita.

»Le contesté que ya los había explicado en mi carta a su esposa.

»—Sí, sí, decía que había conocido a Godfrey en África. Pero, claro, solo tenemos su palabra de ello.

»—Tengo en mi bolsillo las cartas que me mandó.

»—Permítame verlas si es tan amable.

»Ojeó las dos que le había tendido y luego me las devolvió.

»—Bueno, y entonces ¿qué quiere? —me preguntó.

»—Aprecio mucho a su hijo Godfrey, caballero. Tenemos muchos vínculos y recuerdos en común. ¿No es natural que me sorprendiera su repentino silencio y que deseara saber lo que ha sido de él?

»—Si no recuerdo mal, señor mío, ya le había escrito y le había contado lo que había sido de él. Está haciendo un viaje alrededor del mundo. Se encontraba débil de salud tras sus vivencias en África, y tanto su madre como yo éramos de la opinión de que necesitaba un cambio y absoluto reposo. Sea tan amable de transmitirle esa aclaración a cualquier otro amigo que pueda estar interesado en el asunto.

»—Por supuesto —le respondí—. Pero tal vez tenga la bondad de darme el nombre del vapor y la compañía con la que navega, junto con la fecha de partida. No me cabe duda de que podría hacerle llegar una carta si lo supiese.

»Mi petición pareció confundir e irritar a mi anfitrión a partes iguales. Sus grandes cejas ensombrecieron sus ojos, y tamborileó con los dedos en la mesa con impaciencia. Alzó su mirada hacia mí con el gesto de alguien que ha visto hacer a su contrincante de ajedrez un peligroso movimiento y ha decidido cómo responder a este.

»—Mucha gente, señor Dodd —me dijo—, se ofendería con su infernal tenacidad y pensaría que esa insistencia ha alcanzado el punto de ser una

terrible impertinencia.

»—Debe atribuirla, caballero, a mi sincero afecto por su hijo.

»—Precisamente. Ya he hecho todas las concesiones posibles con relación a ese punto. Debo pedirle, sin embargo, que se abstenga de seguir con sus pesquisas. Todas las familias tienen sus secretos y motivos que no siempre se les pueden aclarar a los extraños por muy buenas intenciones que tengan. Mi mujer está deseosa de oír algo sobre el pasado de Godfrey que esté dispuesto a contarle, pero le rogaría que deje su presente y su futuro tranquilos. Pesquisas así no le serán a nadie de provecho, señor mío, y nos pone a nosotros en una posición delicada y difícil.

»Me topé así con un callejón sin salida, señor Holmes. No conseguí nada después de aquello. Solo podía fingir que aceptaba la situación y prometerme a mí mismo que nunca descansaría hasta que hubiese esclarecido la suerte de mi amigo. Fue una tarde tediosa. Cenamos en silencio, los tres juntos, en un comedor sombrío, desvaído y antiguo. La dama me estuvo interrogando ilusionada acerca de su hijo, pero el anciano parecía malhumorado y deprimido. Yo estaba tan aburrido por todo aquello que me inventé una excusa en cuanto fue razonable y me retiré a mi dormitorio. Era una habitación amplia y desnuda de la planta de abajo, tan sombría como el resto de la casa, pero, después de un año durmiendo en la pradera sudafricana, señor Holmes, uno no se pone quisquilloso con dónde duerme. Descorrí las cortinas y miré al jardín, y me di cuenta de que hacía buena noche y una media luna brillaba en el cielo. Entonces me senté junto al fuego con la lámpara encima de una mesa a mi lado y traté de distraerme con una novela. Sin embargo, me interrumpió Ralph, el viejo mayordomo, que entró con una nueva provisión de carbón.

»—Pensé que podría quedarse corto durante la noche, señor. Hace mucho frío y estas habitaciones no son cálidas.

»Vaciló antes de marcharse de mi habitación y, cuando levanté la mirada, lo tenía enfrente con una mirada afligida en su rostro arrugado.

»—Le ruego que me disculpe, caballero, pero no he podido evitar oír lo que ha dicho del joven amo Godfrey durante la cena. Ya sabe, caballero, que lo crió mi esposa, así que para mí es como un hijo adoptivo. Como es

natural, nos interesa saber de él. ¿Y dice usted que se comportó con honor, caballero?

»—No hubo hombre más valiente en el regimiento. Una vez me rescató de entre los rifles de los bóers y, si no hubiera sido por él, no estaría aquí.

»El viejo mayordomo se frotó las enjutas manos.

»—Sí, caballero, sí, así se porta el amo Godfrey adondequiera que vaya. Siempre fue muy audaz. No hay árbol en el jardín, caballero, en el que no haya trepado. Nada podría haberlo parado. Era un buen chico, y, ay, caballero, era un buen hombre.

»Yo me levanté de un salto.

»—¡Un momento! —exclamé—. Dice que lo era. Habla de él como si estuviera muerto. ¿Por qué se andan con tanto misterio? ¿Qué ha pasado con Godfrey Emsworth?

»Agarré al anciano por el hombro, pero retrocedió.

»—No sé a qué se refiere, caballero. Pregúntele al señor acerca del amo Godfrey. Él sabe lo que sucede. No es asunto mío.

»Iba a salir de la habitación, pero lo retuve por el brazo.

»—Escuche —le dije—. Va a responderme a una pregunta antes de marcharse así tenga que retenerlo aquí toda la noche. ¿Está muerto Godfrey?

»No podía mirarme a los ojos. Era como un hombre hipnotizado. Le costó que saliera la respuesta de sus labios. Y fue una terrible e inesperada.

»—¡Ojalá lo estuviera! —exclamó y, zafándose de mí, salió precipitadamente de la habitación.

»Como comprenderá, señor Holmes, volví a sentarme no muy alegre. Me parecía que las palabras del anciano solo conducían a una interpretación posible. A todas luces, mi pobre amigo se había visto involucrado en alguna actividad criminal o, al menos, poco honrosa que afectaba al honor de la familia. Ese viejo tan estricto había enviado a su hijo fuera y lo había apartado del resto del mundo para que no saliera a la luz ningún escándalo. Godfrey era un tipo impetuoso. Se dejaba influenciar fácilmente por la gente de su entorno. Sin duda había caído en malas manos y le habían llevado a la ruina. Era un asunto lamentable, si realmente había sucedido de esa manera, pero aun así era mi deber dar con él y comprobar si podía

ayudarlo. Estaba cavilando angustiado en este asunto cuando levanté la mirada y allí estaba Godfrey Emsworth de pie enfrente de mí.

Mi cliente hizo una pausa como si se encontrase bajo una intensa emoción.

—Le ruego que continúe —le dije—. Su problema presenta aspectos muy poco habituales.

—Estaba al otro lado de la ventana, señor Holmes, con el rostro apretado contra el cristal. Como le he dicho, yo había estado mirando por la ventana. Cuando lo hice, había dejado las cortinas medio descorridas. En esa abertura estaba enmarcada su figura. La ventana llegaba hasta el suelo y podía verlo de los pies a la cabeza, pero fue su rostro lo que se adueñó de mi mirada. Estaba mortalmente pálido… nunca he visto a un hombre tan pálido. Me imagino que los fantasmas tendrán ese aspecto. Pero sus ojos se encontraron con los míos y eran los ojos de un hombre con vida. Dio un respingo cuando vio que me había quedado mirándolo y se desvaneció en la oscuridad.

»Había algo estremecedor en él, señor Holmes. No era solamente ese rostro fantasmal y tembloroso que brillaba tan blanco como un queso en la oscuridad. Era algo más sutil: algo huidizo, algo furtivo, algo culpable, algo tremendamente impropio del muchacho franco y varonil que había conocido. Me dejó dentro una sensación de horror.

»Pero, cuando un hombre ha estado sirviendo con el amigo bóer como rival, controla sus nervios y actúa deprisa. Apenas había desaparecido Godfrey cuando yo ya estaba en la ventana. Tenía un cierre complicado y tardé un poco antes de poder levantarlo. Entonces, salí a toda prisa y bajé corriendo por el sendero del jardín en la dirección en la que pensaba que podía haber ido.

»Era un sendero largo y la luz no era muy buena, pero me pareció que algo se movía delante de mí. Seguí corriendo y lo llamé por su nombre, pero fue en vano. Cuando llegué al final del sendero, este se ramificaba en varios más con diferentes direcciones hacia diversos pabellones. Me quedé allí dudando hasta que oí claramente el sonido de una puerta al cerrarse. No venía de detrás de mí, de la casa, sino de delante, de algún lugar en la oscuridad. Eso me bastó, señor Holmes, para asegurarme de que no había

tenido una visión. Godfrey había huido de mí corriendo, y había cerrado una puerta tras de sí. De eso estaba seguro.

»No había nada más que pudiese hacer y pasé una noche agitada dándole vueltas al asunto en mi cabeza y tratando de hallar alguna teoría que tuviera en cuenta todos los hechos. Al día siguiente, me pareció que el coronel estaba de un ánimo bastante más conciliador y, cuando su esposa me comentó que había algunos lugares interesantes en las proximidades, me dio pie a preguntar si les incomodaba mi presencia allí una noche más. El consentimiento, algo a regañadientes, del anciano me daba un día entero para llevar a cabo mis indagaciones. Ya estaba absolutamente convencido de que Godfrey se ocultaba en algún lugar allí cerca, pero dónde y por qué seguía sin estar claro.

»La casa era tan grande y laberíntica que podría haberse ocultado en ella un regimiento y nadie se habría enterado. Si residía allí el secreto, me sería difícil desentrañarlo. Pero la puerta que había oído cerrarse de ninguna manera se encontraba en la casa. Debía aventurarme en el jardín y ver lo que podía encontrar. No tuve ningún problema por el camino, ya que los ancianos estaban todos ocupados en sus asuntos y me habían dejado a mis anchas.

»Había varios pabellones pequeños cercanos a la casa, pero en el linde del jardín se veía un edificio aislado de cierto tamaño, lo bastante amplio para ser la residencia de un jardinero o de un guardabosques. ¿Acaso podía ser ese el lugar de donde me había llegado el sonido de esa puerta que se cerraba? Me acerqué despreocupadamente, como si estuviera paseando sin rumbo por los jardines. Cuando lo hice, un hombre bajo, de aspecto inquieto y con barba, que llevaba un abrigo negro y un bombín —sin ninguna pinta de jardinero—, salió por la puerta. Para mi sorpresa, cerró al hacerlo y se metió la llave en el bolsillo. Entonces, se me quedó mirando con cierto asombro.

»—¿Está usted aquí de visita? —me preguntó.

»Le expliqué quién era y que era amigo de Godfrey.

»—Una lástima que haya salido de viaje, porque le habría gustado mucho verme —proseguí.

»—Así es. Absolutamente —dijo con un aire bastante culpable—. Sin duda repetirá su visita en un momento más propicio.

»Siguió su camino, pero, cuando me di la vuelta, vi que se había quedado vigilándome, mal escondido entre los laureles del extremo del jardín.

»Le eché un buen vistazo a la casita al pasar, pero habían corrido unas cortinas tupidas tras las ventanas, y, hasta donde alcancé a ver, estaba vacía. Podía echar a perder mi propia estrategia e incluso que me expulsaran del lugar si era demasiado temerario, pues era consciente de que todavía me vigilaban. Por lo tanto, regresé dando un paseo a la casa y esperé al anochecer para proseguir con mi investigación. Cuando todo estuvo a oscuras y en silencio, salí a hurtadillas por mi ventana y seguí mi camino tan sigilosamente como pude hacia el misterioso pabellón.

»Como ya le dije, tenía cortinas tupidas, pero ahora me encontraba con que también tenían echadas las contraventanas. Con todo, por una de ellas salía algo de luz, así que centré mi atención en esa ventana. Estaba de suerte, porque no habían corrido del todo la cortina, y había una rendija en la contraventana, así que podía ver dentro de la habitación. Era un sitio bastante acogedor, con una lámpara encendida y un fuego en la chimenea. Enfrente de mí estaba sentado el bajito a quien había visto por la mañana. Estaba fumándose una pipa y leyendo un periódico.

—¿Qué periódico? —le pregunté.

Mi cliente pareció molesto por esa interrupción de su relato.

—¿Qué importa eso? —me replicó.

—Es absolutamente esencial.

—La verdad, no me di cuenta.

—Es posible que se fijase si era un periódico de hojas grandes o de esas más pequeñas que uno asocia con los semanarios.

—Ahora que lo dice, no era grande. Quizá fuese el *Spectator*. Sin embargo, no estaba muy pendiente de ese tipo de detalles, porque un segundo hombre estaba sentado de espaldas a la ventana, y podía jurar que ese segundo hombre era Godfrey. No pude ver su cara, pero la caída de sus hombros me era familiar. Estaba recostado sobre uno de sus codos con una disposición muy melancólica, y el cuerpo girado hacia el fuego. Estuve

dudando acerca de cómo debía actuar hasta que sentí una palmada brusca en el hombro y allí estaba el coronel Emsworth junto a mí.

»—¡Por aquí, caballero! —me dijo en voz baja.

»Caminó en silencio hacia la casa, y lo seguí hasta mi propio dormitorio. Había cogido un horario de trenes en el vestíbulo.

»—Sale uno a Londres a las ocho treinta —me dijo—. Tendrá el coche en la puerta a las ocho.

»Se había puesto lívido de rabia y, desde luego, yo me veía en una posición tan complicada que no pude más que farfullar alguna disculpa incoherente con la que traté de pedir perdón insistiendo en mi inquietud por mi amigo.

»—El asunto está fuera de toda discusión —me interrumpió secamente —. Se ha entrometido de la manera más detestable en la privacidad de nuestra familia. Ha venido aquí como invitado y se ha comportado como un espía. No tengo nada más que decir, caballero, excepto que no deseo volver a verle nunca más.

»En ese momento, perdí la paciencia, señor Holmes, y le hablé un poco exaltado.

»—He visto a su hijo ahí dentro y estoy convencido de que, sea cual sea la razón, lo está ocultando de la gente. No tengo ni idea de cuáles son sus motivos para aislarlo de esta manera, pero estoy seguro de que no goza ya de libertad. Le advierto, coronel Emsworth, que, hasta que no tenga la certeza de que mi amigo se halla a salvo y feliz, no cejaré en mis esfuerzos por llegar hasta el fondo del misterio, y que, desde luego, no permitiré que me intimide nada de lo que diga o haga.

»El viejo tenía un aspecto diabólico, y, la verdad, pensaba que estaba a punto de abalanzarse sobre mí. Ya le he dicho que era un viejo gigante sombrío y feroz, y, aunque yo no soy ningún alfeñique, me habría visto en un aprieto para defenderme. Sin embargo, tras una prolongada mirada de rabia, se dio media vuelta y salió de la habitación. Por mi parte, cogí el citado tren por la mañana, con la firme intención de venir directamente a verle a usted y pedirle consejo y ayuda en la cita que le había solicitado por escrito.

Ese era el problema que me expuso mi visita. Presentaba, como el perspicaz lector ya habrá apreciado, pocas dificultades en su resolución, porque había pocas alternativas que llegaran hasta la raíz del problema. A pesar de ello, por elemental que fuese, había novedosos puntos de interés por los que puedo justificar el haberlo incluido en mi historial. En ese momento procedí, utilizando mi conocido método de análisis lógico, a reducir las soluciones posibles.

—¿Cuántos sirvientes había en la casa? —le pregunté.

—Hasta donde yo sé, solo estaban el viejo mayordomo y su mujer. Parecían vivir de una manera muy sencilla.

—Entonces ¿no había ningún sirviente en el pabellón del jardín?

—Ninguno, a menos que el bajito de la barba actuara como tal. Pero parecía una persona con bastante clase.

—Eso me parece muy revelador. ¿Obtuvo algún indicio de que llevaran comida de una casa a otra?

—Pues, ahora que lo menciona, vi al viejo Ralph llevando una cesta por el jardín e iba en dirección a esa casa. En ese momento no se me ocurrió que pudiera ser comida.

—¿Investigó en el lugar?

—Sí, lo hice. Estuve hablando con el jefe de estación y también con el posadero del pueblo. Simplemente les pregunté si sabían algo de mi viejo amigo, Godfrey Emsworth. Tanto uno como otro me aseguraron que se había ido de viaje alrededor del mundo. Había vuelto a casa y luego, casi de inmediato, se había marchado de nuevo. Era evidente que todo el mundo daba por buena la historia.

—¿No dijo nada de sus sospechas?

—Nada.

—Muy inteligente por su parte. Desde luego, hay que indagar en el tema. Volveré con usted a Tuxbury Old Park.

—¿Hoy?

Daba la casualidad de que, en ese momento, estaba aclarando el caso que mi amigo ha bautizado como la aventura del colegio Abbey, en el que el duque de Greyminster estaba profundamente involucrado. Tenía también un encargo del sultán de Turquía que requería actuar de inmediato, pues de

lo contrario se podían derivar consecuencias políticas de la mayor gravedad. Por eso, hasta el principio de la siguiente semana, como recoge mi diario, no pude irme para comenzar mi misión en Bedfordshire en compañía del señor James M. Dodd. Al pasar por Eustonn, recogimos a un caballero grave y taciturno que mostraba un aspecto gris y férreo, tal y como lo había acordado con él.

—Le presento a un viejo amigo —le dije a Dodd—. Es posible que su presencia sea absolutamente innecesaria, pero, por otro lado, quizá sea esencial. No es preciso en este mismo momento profundizar en el asunto.

Los relatos de Watson han acostumbrado al lector, sin duda, al hecho de que, mientras un caso sigue en curso, soy parco en palabras y no aireo mis pensamientos. Dodd pareció sorprendido, pero nadie dijo nada más, y seguimos los tres nuestro viaje juntos. En el tren, le hice a Dodd una pregunta que deseaba que oyese nuestro compañero.

—Afirma usted que vio el rostro de su amigo por la ventana con bastante claridad, ¿con tanta claridad para estar seguro de quién era?

—No me cabe ninguna duda, en absoluto. Apretaba la nariz contra el cristal. La luz de la lámpara incidía de lleno en él.

—¿No es posible que fuese alguien que se le pareciese?

—No, no, era él.

—Pero dice que estaba cambiado.

—Solo el color de su piel. Su cara estaba… ¿cómo describírsela? De la misma blancura que el vientre de un pescado. Estaba descolorido.

—¿Estaba igual de pálido por todas partes?

—Creo que no. Lo que vi con más claridad fue su frente, que estaba apretada contra la ventana.

—¿Lo llamó por su nombre?

—Estaba demasiado perplejo y asustado en ese momento. Luego corrí tras él, como ya le he dicho, pero sin ningún resultado.

Prácticamente había resuelto el caso, y solo me faltaba un pequeño detalle para rematarlo. Cuando, después de un trayecto considerable, llegamos a la extraña casa vieja y laberíntica que mi cliente había descrito, Ralph, el anciano mayordomo, fue quien nos abrió la puerta. Había alquilado el coche para el día y le había pedido a mi provecto amigo que se

quedara dentro a menos que tuviéramos que enviar por él. Ralph, un viejecillo arrugado, vestía el traje de levita negra y pantalones grisáceos de rigor con una única y curiosa variante. Llevaba guantes marrones de cuero, que, al vernos, se quitó de inmediato, y que luego dejó en la mesa del vestíbulo cuando pasamos por allí. Tengo, como mi amigo Watson quizá haya comentado, unos sentidos anormalmente agudos, y advertí claramente un olor leve aunque penetrante. Parecía tener su origen en la mesa del vestíbulo. Me volví, puse mi sombrero allí, lo derribé, me agaché a recogerlo, y procuré acercar mi nariz a un palmo de los guantes. Sí, no cabía duda de que era de ellos de donde emanaba el peculiar olor alquitranado. Entré en el despacho con el caso resuelto. Pero, ay, ¡que tenga que mostrar mis cartas así cuando estoy contando mi propia historia! Ocultando esos eslabones de la cadena deductiva era como Watson lograba proporcionar sus llamativos finales.

El coronel Emsworth no estaba en su estudio, pero vino bastante pronto al recibir el mensaje de Ralph. Oímos sus pasos rápidos y pesados por el pasillo. La puerta se abrió de golpe y se precipitó adentro con una barba hirsuta y el gesto torcido: un viejo horrible como nunca haya visto. Llevaba nuestras tarjetas en la mano y las rompió y pisoteó los pedazos.

—¿No le he advertido ya, maldito metomentodo, de que se marchara de mi propiedad? Nunca se atreva a asomar su condenada cara por aquí otra vez. Si vuelve a entrar sin mi permiso, estaré en mi derecho de recurrir a la violencia. ¡Le dispararé, señor mío! ¡Por Dios que lo haré! En cuanto a usted, caballero —dijo volviéndose hacia mí—, esa advertencia le incluye a usted también. Estoy familiarizado con su innoble profesión, pero deberá irse a aplicar sus célebres habilidades a otro sitio. Aquí no hay lugar para ellas.

—No puedo marcharme de aquí —afirmó mi cliente con firmeza— hasta que oiga de los propios labios de Godfrey que no lo tienen recluido.

Nuestro involuntario anfitrión tocó la campanilla.

—Ralph —dijo—, baje a llamar por teléfono a la policía del condado y pídale al inspector que nos envíe dos agentes. Dígale que hay ladrones en la casa.

—Un momento —intervine—. Tiene que ser consciente, señor Dodd, de que el coronel Emsworth está en su derecho y que no tenemos ninguna autoridad en su casa. Por otra parte, él debería admitir que sus actos están movidos únicamente por la preocupación por su hijo. Me atrevería a decir que, si se me permitiesen cinco minutos de conversación con el coronel Emsworth, seguramente podría hacerle cambiar de opinión sobre el asunto.

—A mí no se me hace cambiar de opinión fácilmente —replicó el viejo soldado—. Ralph, haga lo que le he dicho. ¿A qué demonios está esperando? ¡Llame a la policía!

—Nada de eso —dije, poniendo la espalda contra la puerta—. La más mínima intervención de la policía causaría justamente la catástrofe que tanto se teme. —Cogí mi libreta y garabateé una palabra en una hoja suelta —. Eso —dije mientras se la tendía al coronel Emsworth— es lo que nos ha traído aquí.

Se quedó mirando lo escrito con un rostro del que había desaparecido toda expresión excepto la sorpresa.

—¿Cómo lo sabe? —dijo sin aliento mientras se desplomaba en su silla.

—Mi negocio consiste en saber cosas. Es mi oficio.

Se quedó sumido en sus pensamientos; con la enjuta mano tiraba de su barba rala. Entonces hizo un gesto de resignación.

—Bien, si desean ver a Godfrey, lo verán. No es lo que quería, pero no me ha dejado más remedio. Ralph, dígales al señor Godfrey y al señor Kent que, en cinco minutos, nos reuniremos con ellos.

Transcurrido el tiempo, bajamos por el sendero del jardín y nos vimos enfrente de la casa misteriosa del final de este. Un hombre bajo y con barba estaba de pie en la puerta con una mirada de notable asombro en su rostro.

—Esto es muy repentino, coronel Emsworth —dijo—. Trastocará todos nuestros planes.

—No puedo evitarlo, señor Kent. No tenemos más remedio. ¿Puede recibirnos Godfrey?

—Sí, está esperando dentro.

Se volvió y nos condujo a una sala de estar amueblada con sencillez. Había un hombre de pie de espaldas al fuego y, al verlo, mi cliente se abalanzó hacia él con una mano tendida.

—Pero, bueno, Godfrey, viejo amigo, ¡esta sí que es buena!

Pero el otro hizo un gesto para que retrocediera.

—No me toques, Jimmie. Mantén la distancia. Sí, ¡ya puedes mirarme a gusto! Ya no me parezco mucho al elegante soldado de primera Emsworth, del escuadrón B, ¿verdad?

Desde luego su aspecto era extraordinario. Se podía ver que había sido un hombre guapo de verdad, de facciones marcadas y tostadas por el sol africano, pero estaba cubierto de manchas por la tez oscura, extrañas manchas blanquecinas que habían decolorado su piel.

—Esa es la razón por la que no atiendo a las visitas —dijo—. Tú no me preocupas, Jimmie, pero habría prescindido gustosamente de tu amigo. Supongo que hay una buena razón para ello, pero me has dejado en una posición incómoda.

—Quería asegurarme de que estabas bien, Godfrey. Te vi esa noche cuando miraste por mi ventana y no podía dejar pasar el asunto hasta que aclarase las cosas.

—El viejo Ralph me dijo que estabas aquí y no pude evitar ir a verte un momento. Esperaba que no me hubieses visto y tuve que correr de vuelta a mi madriguera cuando oí que subías la ventana.

—Pero, en nombre del cielo, ¿cuál es el problema?

—Bueno, no es una historia muy larga —dijo, encendiéndose un cigarrillo—. ¿Te acuerdas del combate de esa mañana en Buffelsspruit, en las afueras de Petroria, en la línea oriental de trenes? ¿Te enteraste de que me habían disparado?

—Sí, me enteré, pero nunca me dieron los detalles.

—Tres de nosotros nos quedamos aislados de los demás. Era una región muy abrupta, puede que te acuerdes. Éramos Simpson —el tipo al que llamábamos Calvorota Simpson—, Anderson y yo. Estábamos quitando de en medio al hermano bóer, pero estaba escondido y nos rodearon a tres de nosotros. Mataron a los otros dos. Una bala de rifle me atravesó el hombro. No obstante, me aferré a mi caballo y galopé durante varios kilómetros antes de que me desmayara y me cayera rodando de la silla de montar.

»Cuando volví en mí, anochecía, y me puse en pie, aunque me sentía muy débil y enfermo. Para mi sorpresa, había una casa cerca de allí, una

casa bastante grande con una escalera ancha en la entrada y muchas ventanas. Hacía un frío mortal. Te acordarás de esa especie de frío que solía arreciar por las noches, el que te dejaba paralizado, ese frío letal y atenazador, que era todo lo contrario a una helada saludable de las que te despejan. Pues bien, estaba helado hasta los huesos, y mi única esperanza parecía encontrarse en llegar hasta esa casa. Fui tambaleándome a pie y me arrastré hacia allí, apenas consciente de lo que hacía. Tengo un vago recuerdo de subir los escalones lentamente, de entrar por una puerta abierta de par en par, de pasar a una sala amplia que albergaba varias camas, y de dejarme caer con un suspiro de satisfacción en una de ellas. Estaba sin hacer, pero no me molestó en absoluto. Me eché las sábanas por encima temblando y al instante estaba profundamente dormido.

»Era por la mañana cuando me desperté y me pareció que, en lugar de haber llegado a un remanso de tranquilidad, había aparecido en alguna pesadilla extraordinaria. El sol africano lo inundaba todo a través de las grandes ventanas sin cortinas y cada detalle del enorme dormitorio común, desnudo y encalado, se distinguía con claridad y nitidez. Enfrente de mí había de pie un hombre bajo, casi un enano, con una cabeza enorme y abultada, que estaba farfullando frenéticamente en holandés, agitando dos manos horribles que apuntaban hacia mí como dos esponjas marrones. Detrás de él, había un grupo de personas a las que se notaba que les divertía mucho la situación, pero un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando los miré con atención. Ninguna de ellas era un ser humano normal. Todos estaban retorcidos o tumefactos o desfigurados de alguna extraña forma. Oír la risa de esas raras aberraciones resultaba espeluznante.

»Parecía que ninguno de ellos sabía hablar inglés, pero había que aclarar la situación, porque la criatura de cabeza grande estaba poniéndose terriblemente furiosa y, mientras profería unos alaridos propios de una fiera salvaje, me había cogido con sus manos deformes y me sacó a rastras de la cama, sin miramiento alguno ante la sangre que seguía manando de mi herida abierta. El pequeño monstruo era fuerte como un toro, y no sé qué hubiese hecho de mí de no ser por un anciano que estaba claramente al mando y al que había atraído la algarabía de la sala. Dijo unas pocas

palabras imperiosas en holandés y mi acosador se echó atrás acobardado. Luego, se volvió hacia mí y se me quedó mirando absolutamente perplejo.

»—¿Cómo demonios ha llegado aquí? —me preguntó estupefacto—. ¡Espere un momento! Ya veo que está exhausto y que necesita que le curen ese hombro herido que tiene. Soy médico; enseguida le atiendo. Pero ¡hombre! Aquí se encuentra usted en mayor peligro que en el campo de batalla. Está en un lazareto y ha dormido en la cama de un leproso.

»¿Hace falta que te cuente más, Jimmie? Por lo visto, al ver la batalla que se avecinaba, habían evacuado a todas esas pobres criaturas el día anterior. Luego, cuando avanzaron los británicos, estos los habían traído de regreso con el director médico, quien me aseguró que, aunque se creía inmune a la enfermedad, nunca se habría atrevido a hacer lo que yo había hecho. Me condujo a una habitación particular, me trató amablemente, y en una semana más o menos me trasladaron al hospital general de Pretoria.

»Así que ahí lo tienes. Esa es mi tragedia. Me aferraba a la esperanza, y no fue sino, al llegar a casa, cuando las marcas espantosas que ves en mi cara me convencieron de que no me había librado. ¿Qué iba a hacer? Estaba en esta casa apartada. Teníamos dos sirvientes en quienes podíamos confiar plenamente. Había un pabellón donde podía vivir. El señor Kent, que es médico, estaba dispuesto a quedarse conmigo en secreto. Parecía bastante sencillo bajo esas premisas. La alternativa era terrible: el aislamiento de por vida entre extraños sin ninguna esperanza de poder salir. Pero era necesario guardar un absoluto secreto, o incluso aquí, en esta zona tranquila del campo, se habría producido un clamor y me habrían arrastrado a mi horrible destino. Hasta tú, Jimmie, hasta tú debías permanecer en la ignorancia. No consigo imaginar por qué se ha ablandado mi padre.

El coronel Emsworth me señaló.

—Este caballero no me ha dejado más remedio. —Desdobló el trozo de papel en el que había escrito la palabra «lepra»—. Me pareció que si sabía tanto era más seguro que lo supiera todo.

—Y así es —dije—. ¿Quién sabe? Quizá saquen algo bueno de ello. He creído entender que solo el señor Kent ha visto al paciente. ¿Puedo preguntarle, caballero, si es usted una autoridad en este tipo de dolencias que, hasta donde alcanzo, tienen un origen tropical o subtropical?

—Poseo los conocimientos corrientes para alguien versado en medicina —comentó con cierta frialdad.

—No me cabe duda, señor mío, de que es usted sobradamente competente, pero estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo en que en un caso así resulta valiosa una segunda opinión. La han soslayado, me imagino, por miedo a que les presionaran a aislar al paciente.

—Así es —dijo el coronel Emsworth.

—Había previsto esta situación —le expliqué—, de ahí que haya traído conmigo a un amigo en cuya discreción se puede confiar absolutamente. Una vez tuve oportunidad de trabajar para él y está dispuesto a dar su consejo como amigo antes que como especialista. Se llama sir James Saunders.

No se habría reflejado más sorpresa y alegría en el rostro de un principiante de las que transmitía el rostro del señor Kent ante la posibilidad de tratar con lord Roberts.

—Será todo un orgullo —murmuró.

—Entonces, le pediré a sir James que se pase por aquí. Ahora mismo se encuentra en el carruaje que espera en la entrada. Entretanto, coronel Emsworth, quizá podamos reunirnos en su estudio, donde les podré ofrecer las explicaciones necesarias.

Y aquí es donde echo en falta a mi Watson. Mediante agudas preguntas y exclamaciones de asombro, lograba encumbrar mi sencillo arte, que no es otra cosa que un sentido común metódico, hasta convertirlo en un prodigio. Al contar mi propia historia, no cuento con ese auxilio. A pesar de todo, ofreceré mi razonamiento de la misma manera en que se lo brindé a mi reducido público, que incluía a la madre de Godfrey, en el despacho del coronel Emsworth.

—Ese razonamiento —dije— parte del supuesto de que, cuando se ha eliminado todo lo que resulta imposible, entonces, quede lo que quede, aunque sea improbable, debe ser verdad. Cabe la posibilidad también de que existan varias explicaciones, en tal caso se someten a un examen tras otro hasta que una u otra obtiene una cantidad convincente de pruebas a su favor. Aplicaremos ahora este principio a este caso concreto. Tal y como se me expuso la primera vez, había tres explicaciones posibles para la

reclusión de este caballero en un pabellón de la mansión paterna. Teníamos la explicación de que se ocultaba por un crimen, o de que estaba loco y deseaban evitarle un manicomio, o de que había alguna enfermedad que motivaba su aislamiento. No lograba imaginar otras soluciones satisfactorias. Estas eran, por tanto, las que había que cribar y comparar entre sí.

»La solución del crimen no resistía el análisis. No se había informado de ningún crimen en esa región. Estaba seguro de ello. Si se hubiese tratado de algún crimen por descubrir, entonces a la familia le habría interesado a todas luces desembarazarse del delincuente y enviarlo al extranjero en lugar de ocultarlo en casa. No lograba encontrar una explicación para comportarse de esa manera.

»La locura era más verosímil. La presencia de la segunda persona en el pabellón sugería la figura de un celador. El hecho de que hubiese cerrado la puerta cuando salía reforzaba la suposición y hacía pensar en un encierro. Por otra parte, era posible que este encierro no fuese estricto pues el joven no habría podido escabullirse e ir a ver un momento a su amigo. Recordará, señor Dodd, que estuve sondeándole sobre algunos puntos, al preguntarle, por ejemplo, acerca del periódico que estaba leyendo el señor Kent. Si hubiesen sido el *Lancet* o el *British Medical Journal*, me habrían servido de ayuda. Sin embargo, no es ilegal encerrar a un lunático en una propiedad privada siempre que haya una persona cualificada que la atienda y que las autoridades hayan sido debidamente avisadas. ¿Por qué, entonces, todo este desesperado afán de secretismo? De nuevo, no daba con una teoría que encajase con los hechos.

»Quedaba la tercera posibilidad, en la que, por extraña e improbable que fuese, todo parecía encajar. La lepra no es algo infrecuente en Sudáfrica. Por alguna casualidad extraordinaria este joven podía haberla contraído. Habría dejado a su gente en una situación terrible, puesto que habrían deseado salvarlo del aislamiento. Sería necesario un gran secretismo para evitar que se propagara el rumor y la consiguiente intervención de las autoridades. Se podría encontrar a un médico de confianza, siempre que se le pagase generosamente, para que se hiciera cargo del paciente. No había razón por la cual dejasen en libertad a este último después de anochecer. La

decoloración de su piel es un resultado común de la enfermedad. Tenía un caso bien fundamentado, tan bien fundamentado que estaba decidido a actuar como si ya lo hubiese probado. Cuando, al llegar aquí, reparé en que Ralph, que era quien le llevaba el alimento, llevaba enfundados unos guantes impregnados en desinfectantes, se despejaron mis últimas dudas. Bastaba una palabra para demostrarle, señor, que se había descubierto su secreto, y, si la escribía en vez de decirla, era para probarle que podía confiar en mi discreción.

Estaba ultimando este pequeño análisis del caso cuando de pronto se abrió la puerta y se invitó a pasar a la figura adusta del gran dermatólogo. Pero, por una vez, sus rasgos de esfinge no estaban en tensión y se percibía cordialidad en sus ojos. Se acercó con paso resuelto al coronel Emsworth y le estrechó la mano.

—Con frecuencia mi sino es dar malas noticias y, raras veces, buenas —dijo—, así que me alegra mucho hacerlo cuando tengo ocasión. No es lepra.

—¿Cómo?

—Un caso muy evidente de pseudolepra o ictiosis, una afección descamativa de la piel, desagradable, terca, pero con posibilidad de ser curada, y, desde luego, en absoluto contagiosa. Sí, señor Holmes, la coincidencia es sorprendente. Pero ¿es una coincidencia? ¿No habrá fuerzas sutiles en juego de las que poco sabemos? ¿Estamos seguros de que la aprensión que, sin duda, sentía este joven desde su exposición al contagio no puede causar un efecto físico que simule lo que teme? En cualquier caso, va en ello mi reputación profesional… Pero ¡si se ha desmayado la señora! Creo que el señor Kent haría mejor en estar con ella hasta que se recupere de esta feliz conmoción.

LA AVENTURA DE LA PIEDRA DE MAZARINO

Al doctor Watson le resultaba grato encontrarse otra vez en la revuelta sala de estar de la primera planta de Baker Street que había sido el punto de partida de tantas aventuras extraordinarias. Miró a su alrededor los diagramas científicos de la pared, la mesa de laboratorio chamuscada por los ácidos, el estuche de violín apoyado en la esquina, el cubo para el carbón que contenía como siempre las pipas y el tabaco. Por último, su mirada se detuvo en el rostro saludable y sonriente de Billy, el joven recadero, sensato y discreto, que había ayudado a llenar un poco la soledad y retraimiento que rodeaban a la saturnina figura del gran detective.

—Se diría que por aquí no ha pasado el tiempo, Billy. Tú tampoco cambias. ¿Podré decir lo mismo de él?

Billy se quedó mirando con cierta congoja la puerta cerrada del dormitorio.

—Creo que está en la cama, durmiendo —dijo.

Eran las siete de la tarde de un bonito día de verano, pero el doctor Watson estaba lo bastante familiarizado con los horarios irregulares de su amigo para no sentirse sorprendido ante esa idea.

—Eso significa que tiene un caso, ¿verdad?

—Sí, señor, ahora mismo le está dando duro a uno. Temo por su salud. Se está poniendo cada vez más blancucho y más delgado, y no come nada. «¿A qué hora le gustaría cenar, señor Holmes?», le preguntó la señora Hudson. Y va y le dice: «A las siete y media, pasado mañana». Ya sabe cómo se pone cuando le da por un caso.

—Sí, Billy, ya lo sé.

—Está siguiendo a alguien. Ayer salió disfrazado de obrero a buscar trabajo. Hoy, de vieja. La verdad que me la pegó, ¡vaya si lo hizo!, y anda que no debería conocerme ya sus mañas a estas alturas.

Billy señaló con una sonrisa a una sombrilla muy abolsada que estaba apoyada contra el sofá.

—Ahí tiene parte del disfraz de vieja —me dijo.

—Pero ¿y de qué se trata, Billy?

El muchacho bajó mucho la voz, como si estuviera hablando acerca de grandes secretos de Estado.

—A mí no me importa decírselo, señor, pero no debería salir de aquí. Es el caso del diamante de la Corona.

—¿Cómo… el robado, el de cien mil libras?

—Sí, señor. Lo tienen que recuperar, señor. Vaya, que hemos tenido al primer ministro y al ministro de Interior ahí sentados a los dos en ese mismo sofá. El señor Holmes fue muy majo con ellos. Enseguida los tranquilizó y les prometió que haría todo lo que pudiera. Luego está lord Cantlemere…

—¡Vaya!

—Sí, señor, ya sabe lo que significa eso. Un envarado, señor, si me lo permite. Se pueden hacer buenas migas con el primer ministro y no tengo nada contra el ministro de Interior, que parece un tipo amable y educado, pero no puedo soportar a su Señoría. Ni tampoco el señor Holmes, señor. ¿Sabe? No confía en el señor Holmes y se oponía a contratarlo. Parece que *prefiere* que muerda el polvo.

—¿Y el señor Holmes lo sabe?

—El señor Holmes siempre sabe cualquier cosa que haya que saber.

—Bueno, esperemos que no muerda el polvo y que lord Cantlemere se tenga que aguantar. Pero, y digo yo, Billy, ¿para qué está echada esa cortina en la ventana?

—El señor Holmes la colgó ahí hace tres días. Tenemos algo divertido detrás.

Billy se acercó y descorrió la cortina que disimulaba el hueco del mirador.

El doctor Watson no pudo contener una exclamación de asombro. Era una copia exacta de su viejo amigo, con su bata puesta y todo, con la cara vuelta en sus tres cuartas partes hacia la ventana y hacia abajo, como si estuviera leyendo un libro invisible, mientras el cuerpo se hundía en un sillón. Billy separó la cabeza y la sujetó en el aire.

—La vamos cambiando de ángulo, para que parezca más natural. No me atrevería a tocarla si no estuviera bajada la persiana. Si no, cuando está subida, se ve del otro lado de la calle.

—Ya utilizamos algo parecido antes.

—Antes de estar yo —dijo Billy.

Descorrió las cortinas de la ventana y miró por esta a la calle.

—Hay gente vigilándonos desde allí. Puedo ver a un tipo ahora mismo en la ventana. Eche un vistazo usted mismo.

Watson había dado un paso hacia delante cuando se abrió la puerta del dormitorio, y salió de ella la larga y delgada estampa de Holmes, con el rostro pálido y macilento, aunque sus andares y comportamiento eran tan enérgicos como siempre. De un solo brinco estaba en la ventana y había echado la persiana de nuevo.

—Ya está bien, Billy —le dijo—. Hijo, pones en peligro tu vida cada vez que lo haces y todavía no puedo prescindir de ti. Bueno, Watson, qué alegría volver a verle en su antigua casa. Viene en un momento crucial.

—Ya lo veo.

—Te puedes ir, Billy. Ese chico es un problema, Watson. ¿Hasta qué punto tengo derecho a permitirle que se ponga en peligro?

—¿En peligro, Holmes?

—De muerte repentina. Estoy esperando a que pase algo esta tarde.

—¿Que pase qué?

—Que me asesinen, Watson.

—¡Qué cosas tiene! ¡Menuda broma, Holmes!

—Incluso a mi limitado sentido del humor podría ocurrírsele una broma más graciosa. Pero, mientras tanto, pongámonos cómodos, ¿no cree? ¿Se puede beber? El sifón y los puros están en el sitio de siempre. Déjeme que lo vuelva a ver en el sillón de costumbre. Espero que no haya aprendido a

despreciar mi pipa y mi deplorable tabaco. Ha tenido que sustituir a la comida últimamente.

—Pero ¿por qué no come?

—Porque las facultades mentales se aguzan cuando se les hace pasar hambre. Bueno, sin duda, como médico, mi querido Watson, tendrá que admitir que lo que la digestión gana en riego sanguíneo lo pierde en la misma cantidad el cerebro. Yo soy cerebro, Watson. El resto de mí es un mero apéndice. Por tanto, es el cerebro a lo que debo atender.

—Pero ¿cuál es el peligro, Holmes?

—Ah, sí, en caso de que sucediera, tal vez fuera conveniente que guardara en su memoria el nombre y la dirección del asesino. Puede dárselo a Scotland Yard, con todo mi cariño y bendiciones. Se llama Sylvius, conde Negretto Sylvius. ¡Anótelo, hombre, anótelo! Moorside Gardens, 136, NW. ¿Lo tiene?

El rostro franco de Watson se tensaba de ansiedad. Demasiado bien sabía los inmensos riesgos que corría Holmes, y era muy consciente de que era más probable que se estuviera quedando corto que exagerando. Watson siempre había sido un hombre de acción y estuvo a la altura de las circunstancias.

—Cuente conmigo, Holmes. No tengo nada que hacer durante uno o dos días.

—Sigue teniendo una moral pésima, Watson. Ahora va y añade las mentirijillas a sus otros vicios. Manifiesta todos los indicios de un médico muy ocupado con avisos de pacientes a todas horas.

—No tienen tanta importancia. Pero ¿y no puede hacer que arresten a este tipejo?

—Sí, Watson, podría. Eso es lo que le preocupa tanto.

—Pero ¿y por qué no lo hace?

—Porque no sé dónde está el diamante.

—¡Ah! Me lo acaba de contar Billy… ¡la joya de la Corona perdida!

—Sí, la gran piedra amarilla de Mazarino. He lanzado mi red y he atrapado al pescado, pero no la piedra. ¿De qué sirve enredarlos? Podemos hacer del mundo un sitio mejor con un par de grilletes en sus tobillos. Pero no es lo que me mueve. Lo que busco es la piedra.

—¿Y el tal conde Sylvius es uno de sus peces?

—Sí, y es un tiburón. De los que muerden. El otro es Sam Merton, el boxeador. Sam no es un mal tipo, pero el conde lo ha manipulado. Sam no es un tiburón; es una carpa grande, tontorrona y cabezota. Pero ahí está dando vueltas por mi red de todas maneras.

—¿Dónde está el tal conde Sylvius?

—Lo he tenido a mano toda la mañana. Ya me ha visto de anciana, Watson. Nunca he estado más convincente. Hasta me ha recogido la sombrilla una de las veces. «Con su permiso, señora», me dijo. Es medio italiano, ya sabe. Y con la gracia de la gente del sur cuando está de humor, pero es el mismo diablo cuando no lo está. La vida está llena de imprevistos peculiares, Watson.

—Podría haber acabado en tragedia.

—Pues es posible. Lo seguí hasta el taller del buen Straubenzee en Minories. Straubenzee inventó el rifle de aire comprimido, una pequeña obra de arte, según tengo entendido, y mucho me temo que está en la ventana de enfrente en ese mismo momento. ¿Ha visto el maniquí? Claro que sí, se lo ha enseñado Billy. Bueno, pues en cualquier momento una bala puede atravesarle su bonita cabeza. Ah, Billy, ¿qué ocurre?

El chico había regresado a la habitación con una tarjeta en una bandeja. Holmes le echó una ojeada con las cejas levantadas y una sonrisa jovial.

—El conde en persona. Esto sí que no me lo había imaginado. ¡Pues sí que agarra el toro por los cuernos, Watson! No cabe duda de que tiene sangre fría. Es posible que lo conozca usted por su fama con relación a la caza mayor. Desde luego, conseguiría ponerle un broche final a su excelente historial deportivo si me sumase a sus trofeos. Esta es la prueba de que ha notado la punta de mi zapato rozándole los talones.

—Haga llamar a la policía.

—Es probable que lo haga. Pero todavía no. ¿Echaría un vistazo por la ventana discretamente, Watson, a ver si hay alguien rondado por la calle?

Watson miró con cautela por el hueco de las cortinas.

—Hay un tipo duro cerca de la puerta.

—Ese será Sam Merton… el leal, aunque bastante zopenco, el tal Sam. ¿Dónde está el caballero, Billy?

—En el recibidor, señor.

—Hazlo subir cuando te avise.

—Sí, señor.

—Si no estoy en la habitación, invítalo a pasar de todas formas.

—Sí, señor.

Watson esperó a que cerrara la puerta y luego se volvió con gran seriedad hacia su compañero.

—Mire, Holmes, esto es insostenible, ni más ni menos. Este hombre está desesperado y no se amedrenta ante nada. Puede que haya venido a matarle.

—No me extrañaría.

—Insisto en quedarme con usted.

—No haría más que estorbar.

—¿A *él*?

—No, mi querido amigo, a mí.

—Bueno, no puedo abandonarle así.

—Ya verá como sí, Watson. Y lo hará, porque nunca se ha negado a seguirme el juego. Estoy convencido de que me seguirá hasta el final. Este hombre ha venido con sus propias intenciones, pero puede que le retengan aquí las mías.

Holmes cogió su libreta y garabateó unas palabras.

—Coja un coche hasta Scotland Yard y dele esto a Youghal, del Departamento de Investigación Criminal. Luego vuelva con la policía. Después, arrestaremos al tipo.

—Con mucho gusto.

—Antes de que regrese, puede que haya tenido tiempo suficiente para averiguar dónde está la piedra. —Tocó el timbre—. Lo mejor será que salgamos por el dormitorio. La verdad es que esta segunda salida es sumamente útil. Tengo bastantes ganas de observar a mi tiburón sin que me vea, y tengo, como recordará, mis métodos para hacerlo.

Así, Billy invitó al conde Sylvius a entrar en una habitación vacía. El célebre cazador, vividor y deportista era un individuo grande y de tez morena, con un monumental bigote que ensombrecía una boca cruel de labios finos, y cuyo rostro estaba dominado por una nariz grande y curva

como el pico de un águila. Iba bien vestido, pero su lustrosa corbata, con su deslumbrante alfiler, y cegadores anillos resultaban estrafalarios. Cuando la puerta se cerraba tras él, el conde miró a su alrededor con ojos feroces e inquietos, como si se maliciase una trampa detrás de cada esquina. Entonces, dio un violento respingo cuando vio la cabeza impertérrita y el cuello de la bata que sobresalían por el sillón de la ventana. Su primera impresión fue de pura perplejidad. En ese momento, el destello de una terrible esperanza brilló en sus ojos oscuros y homicidas. Volvió a echar una ojeada a su alrededor para cerciorarse de que no había testigos, y, de puntillas, con el grueso bastón a la altura de su cabeza, se acercó a la muda silueta. Estaba doblando ya las piernas para dar un salto y propinar el definitivo golpe cuando una voz fría y mordaz le saludó desde la puerta abierta del dormitorio:

—¡No lo rompa, conde! ¡No lo rompa!

El asesino se volvió pasmado, con una cara temblorosa y expresión confusa. Por un momento, levantó de nuevo, a la altura de su cabeza, su malintencionado báculo, como si pudiese reconducir su violencia contra la efigie hacia el original, pero había algo en esos ojos grises y fijos y en esa sonrisa burlona que hizo que bajara su mano hasta su costado.

—Es una joya —dijo Holmes, que avanzaba hacia la imagen—. Lo ha fabricado Tavernier, el modelador francés. Es tan bueno con las figuras de cera como su amigo Straubenzee con sus rifles de aire comprimido.

—¡Rifles, dice! ¿A qué te refieres?

—Deje su sombrero y su bastón en la mesita. ¡Gracias! Le ruego que tome asiento. ¿Sería tan amable de poner a la vista también su revólver? Bueno, muy bien, como prefiera, siéntese encima. Su visita es pero que muy oportuna, señor mío, porque me moría de ganas de charlar un rato con usted.

El conde frunció unas cejas pobladas y amenazantes.

—Yo también deseo tener unas palabras contigo, Holmes. Es la razón por la que estoy aquí. No negaré que he tratado de agredirte ahora mismo.

Holmes balanceaba una pierna apoyado en el borde de la mesa.

—Ya me había supuesto yo que tenía alguna idea de esa clase en la cabeza —le respondió—. Pero ¿por qué tantas atenciones conmigo?

—Porque te has desvivido por molestarme. Porque has puesto a tus títeres tras mi pista.

—¡Mis títeres! ¡Le aseguro que no!

—¡No digas bobadas! Me han estado siguiendo. Los demás también te pueden seguir el juego, Holmes.

—Es un detalle sin importancia, conde Sylvius, pero, si no le importa, no me tutee cuando hable conmigo. Comprenderá que, dada la naturaleza de mi trabajo, me andaría tuteando con la mitad de los bribones de los anales del crimen, y estará de acuerdo conmigo en que las excepciones son odiosas.

—Le hablaré de usted entonces, señor Holmes.

—¡Perfecto! Pero le aseguro de que se equivoca en lo relacionado con mis supuestos agentes.

El conde Sylvius se rio de forma altanera.

—Hay más gente con capacidad de observación aparte de usted. Ayer era un viejo cazador. Hoy era una mujer anciana. No me quitaron ojo en todo el día.

—La verdad, señor mío, me halaga. El buen barón Dowson me dijo la noche anterior a ser ahorcado que en mi caso lo que la justicia había ganado el escenario lo había perdido. ¿Y ahora usted elogia amablemente mis pequeñas interpretaciones?

—Era usted… ¿usted mismo?

Holmes se encogió de hombros.

—Puede ver en la esquina la sombrilla que me tendió con tanta cortesía en Minories antes de empezar a sospechar.

—… Si lo hubiese sabido, usted nunca habría…

—Visto esta humilde morada de nuevo. Soy muy consciente de ello. Todos hemos dejado pasar oportunidades de las que nos lamentamos luego. Pues da la casualidad de que no lo sabía, conque ¡aquí estamos!

Las cejas enmarañadas del barón se fruncieron todavía más sobre sus ojos encolerizados.

—Lo que dice solo empeora las cosas. O sea que no fueron sus agentes sino puro teatro, ¡metomentodo! Admite que me ha estado acosando. ¿Por qué?

—Vamos, conde. Que usted solía cazar leones en Argelia.

—¿Y?

—Que por qué lo hacía.

—¿Por qué? Por la diversión… la emoción… ¡el peligro!

—Y, sin duda, para liberar a la región de una plaga.

—¡Exacto!

—En pocas palabras, ¡tenemos los mismos motivos!

El conde se puso en pie de un salto y movió la mano inconscientemente hacia su bolsillo de atrás.

—¡Siéntese, señor mío, siéntese! Hay otra razón más práctica. ¡Quiero ese diamante amarillo!

El conde Sylvius volvió a acomodarse en su sillón con una sonrisa siniestra.

—¡Claro, hombre! —dijo.

—Ya sabía que andaba detrás de usted por eso. La auténtica razón por la que está aquí esta noche es averiguar cuánto sé del asunto y hasta qué punto es absolutamente necesario eliminarme. Bien, diría que, desde su punto de vista, es absolutamente necesario, porque lo sé todo sobre el asunto, excepto una única cosa, que está a punto de decirme.

—Vaya, ¿de verdad? Y, dígame, ¿cuál es el dato que le falta?

—Dónde está el diamante de la Corona en este momento.

El conde miró intensamente al detective.

—Ah, y quiere saberlo, ¿verdad? ¿Cómo demonios podría decirle dónde está?

—Puede y lo hará.

—¡Claro que sí!

—A mí no me venga con faroles, conde Sylvius. —Los ojos de Holmes, al mirarlo, se entornaron y brillaron hasta parecer dos amenazadoras puntas de acero—. Para mí usted es completamente transparente. Veo hasta lo más recóndito de lo que piensa.

—Entonces, sin duda, ¡ve dónde está el diamante!

Holmes aplaudió riéndose y luego le señaló con un dedo burlón.

—Entonces lo sabe. ¡Acaba de reconocerlo!

—Yo no he reconocido nada.

—Ahora, conde, si es razonable, podemos llegar a un acuerdo. Si no, acabará mal.

El conde Sylvius llevó la mirada al techo.

Holmes lo observó pensativamente como un maestro del ajedrez que medita sobre su movimiento final. Luego abrió del todo un cajón de la mesa y sacó una libreta pequeña y abultada.

—¿Sabe acerca de qué escribo en este cuaderno?

—No, señor, ¡no lo sé!

—¡De usted!

—¡De mí!

—Sí, señor, ¡de usted! Lo tengo todo aquí: cada episodio de su ruin y violenta vida.

—¡Maldito sea, Holmes! —exclamó el conde con ojos centelleantes—. ¡Mi paciencia tiene un límite!

—Está todo aquí, conde. Las verdaderas circunstancias de la muerte de la anciana señora Harold, que le legó la hacienda Blymer, y que perdió poco después en las apuestas.

—Pero ¡qué está diciendo!

—Y la historia completa de la señorita Minnie Warrender.

—Pues sí que… ¡No sacará nada de ahí!

—Tengo mucho más, conde. Aquí tenemos el robo en el tren de lujo a la Riviera el 13 de febrero de 1892. Aquí, el cheque del Crédit Lyonnais falsificado el mismo año.

—No, en eso se equivoca.

—¡O sea que tengo razón en lo demás! Bueno, conde, usted juega a las cartas. Cuando el otro tiene todos los triunfos, se ahorra tiempo pasando.

—¿Qué tiene que ver toda esta charla con la joya de la que hablaba?

—Despacio, conde. Intente contener esa mente tan inquieta. Déjeme que llegue a la cuestión a mi monótona manera de siempre. Dispongo de todos estos datos contra usted, pero, más importante aún, tengo pruebas evidentes tanto contra usted como contra su gallo de pelea por el caso del diamante de la Corona.

—¡Claro, hombre!

—Tengo al cochero que los acercó a Whitehall y al cochero que se los llevó de allí. Tengo al portero que los vio cerca del expositor. Tengo a Ikey Sanders, quien se negó a partirlo en diamantes más pequeños para usted. Ikey ha confesado, y se ha acabado el juego.

Al conde se le hincharon las venas de la frente. Apretaba las manos oscuras y peludas en un intento de contener la rabia. Se dispuso a hablar, pero las palabras no llegaron a salir de su boca.

—Esas son mis cartas —intervino Holmes—. Se las pongo todas sobre la mesa. Pero falta una carta: el rey de diamantes. No sé dónde está la piedra.

—Nunca lo sabrá.

—¿No? Vamos, sea razonable, conde. Afronte la situación. Lo van a encerrar veinte años, igual que a Sam Merton. ¿Qué va a sacar de su diamante? Nada en absoluto. Pero si lo entrega, bueno, lo arreglaríamos para no ir a juicio. No le queremos ni a usted ni a Sam. Queremos la piedra. Denos eso y, en lo que a mí concierne, puede irse en libertad siempre que se porte bien en el futuro. Si comete otro desliz, bueno, pues será el último. Pero esta vez mi misión es conseguir la piedra, no meterle en la cárcel.

—Pero ¿y si me niego?

—Vaya, pues… ¡una pena! Tendrá que ser usted en lugar de la piedra.

Billy había aparecido en respuesta al timbre.

—Creo, conde, que su amigo Sam debería estar presente en esta conversación. A fin de cuentas, debería representar sus propios intereses. Billy, verás a un caballero feo y enorme cerca de la puerta de la entrada. Pídele que suba.

—¿Y si no quiere, señor?

—Sin violencia, Billy. No seas duro con él. Si le dices que el conde Sylvius quiere verlo, seguro que viene.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó el conde cuando desapareció Billy.

—Mi amigo Watson se encontraba conmigo hace un momento. Le he dicho que tenía al tiburón y a la carpa en mis redes; ahora voy a tirar de ella y a subirlos juntos.

El conde se había levantado de su asiento y tenía la mano detrás de la espalda. Holmes sujetaba algo que asomaba por el bolsillo de su bata.

—Tú en la cama no vas a morirte, Holmes.

—He pensado eso mismo varias veces. ¿Importa mucho? Al fin y al cabo, es probable que usted mismo salga de aquí en horizontal antes que en pie. Pero estas expectativas de futuro me parecen morbosas. ¿Por qué no nos dedicamos a disfrutar sin trabas del presente?

En los ojos torvos y oscuros del maestro del crimen apareció un brillo súbito y feroz. La figura de Holmes semejaba cada vez más alta mientras él se iba tensando, preparándose para atacar.

—No le sirve de nada juguetear con su revólver, amigo mío —dijo con voz calmada—. Sabe perfectamente que no se atreverá a usarlo, ni aunque le diese tiempo a sacarlo. Unas cosas sucias y ruidosas, los revólveres, conde. Es mejor un rifle de aire comprimido. ¡Ah! Creo que oigo los etéreos pasos de su admirable compañero. Buenos días, señor Merton. ¿A que se estaba aburriendo bastante en la calle?

El boxeador profesional, un joven musculoso con una cara escuálida de tonto y de tozudo, permaneció torpemente en la puerta, mirando a todos lados con expresión de asombro. El comportamiento desenfadado de Holmes le resultaba una novedad y, aunque percibía de forma imprecisa que le era hostil, no sabía cómo enfrentarse a él. Se volvió hacia su taimado camarada en busca de ayuda.

—¿Qué está tramando, conde? ¿Qué es lo que quiere este tipo? ¿Qué pasa? —Su voz era grave y ronca.

El conde se encogió de hombros y fue Holmes quien contestó.

—Si se me permite decirlo en pocas palabras, señor Merton, diría que todo ha terminado.

El boxeador siguió dirigiéndose a su cómplice.

—Este tío intenta hacerse el gracioso, ¿o qué? No estoy de humor para bromas.

—No, espero que no —intervino Holmes—. Creo que puedo prometerle que se sentirá incluso de peor humor según avance la tarde. Y ahora, oiga, conde Sylvius, soy un hombre ocupado y no puedo malgastar el tiempo. Me voy a ir a ese dormitorio. Les ruego que se sientan como en su casa en mi

ausencia. Puede explicarle a su amigo cómo anda el asunto sin que mi presencia les coarte. Estaré practicando la *Barcarola* de Hoffmann con mi violín. Volveré en cinco minutos para su respuesta final. Ha captado bien la alternativa, ¿verdad? ¿Les detenemos a ambos o tendremos la piedra?

Holmes se retiró cogiendo su violín de la esquina al pasar. Poco después, las notas dilatadas y quejumbrosas de esa melodía, sin duda inolvidable, llegaron débilmente a través de la puerta cerrada del dormitorio.

—Entonces ¿qué es lo que pasa? —preguntó Merton muy nervioso cuando su socio se volvió hacia él—. ¿Es que sabe lo de la piedra?

—Tiene más que una ligera idea del maldito tema. No tengo claro que no lo sepa todo.

—¡Ay, Dios! —El rostro pálido del boxeador se puso de un tono todavía más blanco.

—Ikey Sanders se ha chivado de nosotros.

—¿Él? ¿Ha sido él? Se lo haré pagar aunque acabe con una soga al cuello.

—Eso no nos será de mucha ayuda. Tenemos que decidir qué hacer.

—Un momentito —dijo el boxeador, mirando con suspicacia hacia la puerta del dormitorio—. Es un tío cauto con el que hay que andarse con ojo. ¿Me tengo que creer que no está escuchando?

—¿Cómo va a escucharnos con esa música en la oreja?

—Eso es verdad. A lo mejor hay alguien detrás de la cortina. Hay demasiadas cortinas en esta habitación.

Cuando miró al otro lado, vio de repente por primera vez la efigie de la ventana y se quedó mirándola absorto y señalándola con el dedo, demasiado atónito para poder decir nada.

—Pues sí que… No es más que un maniquí —dijo el conde.

—Un timo, ¿no? Pues que me maten si ha sido la señora Tussaud. Se parecen como dos gotas de agua, con la bata y todo. Pero qué me dice de las cortinas, conde.

—¡Olvídese ya de las cortinas! Estamos perdiendo un tiempo precioso y no tenemos demasiado. Nos puede enchironar por esa piedra.

—Demonios, ¡vaya si puede!

—Pero nos dejará escurrir el bulto si le decimos dónde está el botín.

—¡Qué dice! ¿Dárselo? ¿Darle cien mil libras?

—Es o una cosa o la otra.

Merton se rascó la calva.

—Está solo ahí dentro. Carguémonoslo. Si estuviese con la luz apagada, no tendríamos nada que temer.

El conde negó con la cabeza.

—Está armado y alerta. Si le pegamos un tiro, difícilmente podríamos escapar de un sitio como este. Además, es bastante probable que la policía conozca todas las pruebas que haya conseguido. ¡Pero bueno! ¿Qué es eso?

Se oyó un vago sonido que parecía proceder de la ventana. Ambos hombres se volvieron de un salto, pero la estancia se hallaba de nuevo en silencio. Excepto por la extraña figura sentada en la silla, la habitación estaba vacía, sin lugar a dudas.

—Será de la calle —dijo Merton—. Vamos, jefe, usted tiene cabeza; así que seguro que se le ocurre una manera de largarnos de aquí. Si no vale un buen porrazo de los míos, entonces le toca actuar.

—He engañado a hombres mejores que él —respondió el conde—. La piedra está aquí, en mi bolsillo secreto. No me arriesgo a dejarla por ahí. Puede salir de Inglaterra esta misma noche y cortarla en cuatro partes en Ámsterdam antes del domingo. No sabe nada de Van Seddar.

—Creía que Van Seddar se iba la semana que viene.

—Así era. Pero ahora tendrá que irse en el siguiente barco. Uno de los dos debe escabullirse con la piedra a Lime Street y decírselo.

—Pero el doble fondo no está listo.

—Bueno, habrá que aceptar las cosas como vienen y jugársela. No hay ni un momento que perder.

De nuevo, gracias a la percepción del peligro, el cual se convierte en un instinto en los cazadores, se detuvo y miró fijamente hacia la ventana. Sí, seguramente aquel débil sonido procedía de la calle.

—En cuanto a Holmes —prosiguió el conde—, podemos engañarlo con bastante facilidad. Ya ves que el condenado idiota no va a arrestarnos con tal de conseguir la piedra. Pues bien, le prometeremos la piedra. Haremos

que siga una pista falsa y, antes de que se dé cuenta de que lo hemos despistado, la piedra estará en Holanda y nosotros fuera del país.

—Eso suena bien —exclamó Sam Merton con una gran sonrisa.

—Tú vete y dile al holandés que se dé prisa. Hablaré con este bobo y lo dejaré satisfecho con una confesión falsa. Le diré que la piedra está en Liverpool. Pero qué música más ñoña, ¡me está sacando de quicio! Para cuando se entere de que no está en Liverpool, ya la habrán cortado en cuatro y nosotros nos hallaremos, en alta mar. Vuelve aquí, fuera de la línea de visión de esa cerradura. Aquí está la piedra.

—Es increíble que se atreva a llevarla encima.

—¿Dónde podría guardarla con más seguridad? Si nosotros pudimos robarla en Whitehall, seguro que algún otro podría robarla en mi casa.

—Déjeme echarle un vistazo.

El conde Sylvius echó una ojeada poco halagadora a su cómplice e ignoró la mano sin lavar que alargaba hacia él.

—Qué… ¿acaso piensa que se la voy a birlar? Mire usted, me estoy empezando a cansar un poco de sus modales.

—Venga, venga, no pretendía ofenderle, Sam. No podemos permitirnos el lujo de pelearnos entre nosotros. Acérquese a la ventana si quiere apreciar su belleza como es debido. Ahora, sujételo a la luz. Aquí.

—¡Gracias!

De un solo salto, Holmes había salvado la distancia desde el sillón del maniquí y había agarrado la valiosa joya. Ahora la sujetaba con una mano, mientras que con la otra apuntaba con un revólver a la cabeza del conde. Los dos canallas retrocedieron pasmados. Antes de que hubiesen reaccionado, Holmes había apretado el timbre eléctrico.

—No se pongan violentos, caballeros… no se pongan violentos, ¡se lo ruego! ¡Piensen en los muebles! Debe resultarles evidente que su situación es insostenible. La policía está esperando abajo.

La perplejidad del conde predominó sobre su ira y su miedo.

—Pero ¿cómo demonios…? —farfulló.

—Es muy natural que se sorprenda. No estaba al corriente de que una segunda puerta de mi dormitorio daba detrás de esa cortina. Me imagino que debieron oírme cuando cambié de sitio la figura, pero tuve mucha

suerte. Me dio una oportunidad de escuchar su sustanciosa conversación, que habría estado absolutamente fuera de lugar si hubiesen sido conscientes de mi presencia.

El conde hizo un gesto de resignación.

—Es usted el mejor, Holmes. Creo que es el mismísimo diablo.

—En cualquier caso, no ando muy lejos de serlo —respondió Holmes con una educada sonrisa.

La lenta inteligencia de Sam Merton había ido comprendiendo la situación poco a poco. De pronto se oyó el ruido de unos pasos pesados procedente de la escalera de afuera, y entonces rompió, por fin, su silencio.

—¡Pillados! —dijo—. Pero, y digo yo, ¿qué pasa con ese condenado violín? Todavía lo oigo.

—Bueno, bueno —contestó Holmes—. Tiene toda la razón. ¡Que suene! Estos gramófonos modernos son un invento extraordinario.

Se produjo una avalancha de policías, las esposas emitieron sus chasquidos y se condujo a los criminales al coche que estaba esperando fuera. Watson se quedó un rato con Holmes para felicitarle por esa nueva hoja que añadía a sus laureles. Una vez más, su conversación se vio interrumpida por el imperturbable Billy con su bandeja de las tarjetas.

—Lord Cantlemere, señor.

—Hazlo subir, Billy. Este es el eminente prócer que representa los más altos intereses en este caso —explicó Holmes—. Es una persona excelente y leal, pero bastante envarado. ¿Lograremos que se relaje un poco? ¿Nos atrevemos a tomarnos alguna libertad con él? Podemos dar por supuesto que no sabe nada de lo ocurrido.

La puerta se abrió para dar paso a una figura hosca y enjuta, de cara afilada y enormes patillas decimonónicas de una negrura reluciente que costaba relacionar con sus hombros caídos y su indecisa forma de hablar. Holmes se acercó a él cordialmente y estrechó una mano indiferente.

—¿Cómo está usted, lord Cantlemere? Hace mucho frío para esta época del año, pero en casa se está bien. ¿Me permite el abrigo?

—No, gracias, no voy a quitármelo.

Holmes le puso la mano en la manga con insistencia.

—Se lo ruego, ¡démelo! Mi amigo el doctor Watson le podría decir que estos cambios de temperatura son muy traicioneros.

Su señoría se revolvió para liberarse con cierta impaciencia.

—Estoy muy a gusto, señor mío. No pretendo quedarme mucho tiempo. He venido hasta aquí solo para saber cómo progresaba la tarea que se ha asignado a sí mismo.

—Es complicada… muy complicada.

—Ya me temía yo que descubriera que era así.

Se percibía un claro desdén en el comportamiento y en las palabras del viejo cortesano.

—Todo hombre descubre sus limitaciones, señor Holmes, pero al menos nos cura de nuestra tendencia a la presunción.

—Sí, señor, me he sentido muy confuso.

—Sin duda.

—Sobre todo con relación a un punto. Es posible que pueda ayudarme.

—Solicita mi consejo bastante tarde, ¿no cree? Creía que le bastaban sus propios métodos. No obstante, estoy dispuesto a ayudarle.

—Mire, lord Cantlemere, sin duda podemos incriminar a los auténticos ladrones.

—Cuando los hayan atrapado.

—Exacto. Pero la pregunta es: ¿cómo procederemos contra el comprador?

—¿No se está adelantando un poco?

—Más vale tener nuestros planes a punto. Dígame, ¿qué prueba consideraría usted definitiva contra el comprador?

—La posesión efectiva de la piedra.

—¿Lo arrestaría por ello?

—Sin la más mínima duda.

Holmes rara vez se reía, pero nunca estuvo más cerca de hacerlo como en aquella ocasión, que recordara Watson.

—En ese caso, señor mío, me veo en la triste necesidad de recomendar su arresto.

Lord Cantlemere estaba furioso. Parte de su antiguo ardor encendió sus pálidas mejillas.

—Se toma demasiadas libertades, señor Holmes. No recuerdo nada igual en cincuenta años de servicio público. Soy un hombre ocupado, señor mío, con asuntos importantes que atender, y no tengo tiempo ni ganas para bromas absurdas. Le diré con sinceridad, señor, que nunca he creído en su capacidad y que siempre he sido de la opinión de que el caso estaba más seguro en manos de los oficiales del cuerpo de policía. Su conducta confirma todas mis conclusiones. Tengo el honor de desearle buenas noches, señor.

Holmes se había movido rápidamente y estaba entre el prócer y la puerta.

—Un momento, señoría —dijo—. Marcharse ahora con la piedra de Mazarino constituiría un delito más grave que ser encontrado en posesión de esta de forma temporal.

—Caballero, ¡esto es intolerable! Déjeme pasar.

—Meta su mano en el bolsillo delantero derecho de su abrigo.

—Pero ¿qué dice, señor?

—Vamos, vamos, haga lo que le pido.

Un momento después, el asombrado prócer, pestañeando y tartamudeando, tenía en la mano la gran piedra amarilla en su temblorosa palma.

—Pero ¡cómo! ¿Qué es esto, señor Holmes?

—¡No sabe cuánto lo lamento, lord Cantlemere! —exclamó Holmes—. Mi viejo amigo aquí presente le dirá que tengo la costumbre de cometer algunas travesuras. También que nunca puedo resistirme a dar un giro teatral a las historias. Me he tomado la libertad —la inmensa libertad, lo admito— de ponerle la piedra en el bolsillo al comienzo de nuestra entrevista.

El anciano prócer iba con la mirada de la piedra al rostro sonriente que tenía delante una y otra vez.

—Señor mío, me ha dejado estupefacto. Pero, sí, es la auténtica piedra de Mazarino. Tenemos una gran deuda con usted, señor Holmes. Es posible que su sentido del humor sea algo retorcido, como usted mismo admite, y que su exhibición esté extraordinariamente fuera de lugar, pero, al menos,

he de retirar cualquier reflexión que haya hecho sobre su increíble capacidad profesional. Pero ¿cómo…?

—El caso no está cerrado del todo; los detalles pueden esperar. Sin duda, lord Cantlemere, el placer de comunicar este triunfo en las altas esferas a las que regresa servirá en cierta forma de compensación por mi broma. Billy, acompaña a su Señoría a la salida y pregúntale a la señora Hudson si no le importaría hacer que me suban algo de cena para dos personas en cuanto le sea posible.

LA AVENTURA DE LOS TRES TEJADOS

No creo que ninguna de mis aventuras con el señor Sherlock Holmes se haya iniciado de manera tan abrupta, ni tan teatral, como la que relaciono siempre con Los tres tejados. Hacía algunos días que no veía a Holmes y no tenía ni idea del cauce por el que discurrían sus actividades. Sin embargo, esa mañana tenía ganas de charla y me acababa de invitar a que me sentara en el raído sillón que había junto al fuego, mientras él se ovillaba con su pipa en la boca en el asiento de enfrente, cuando llegó nuestro visitante. Si hubiese dicho que había llegado un toro colérico, habría dado una impresión más precisa de lo que sucedió.

La puerta se había abierto de repente y había irrumpido un negro descomunal en la habitación. Habría resultado un personaje cómico si no hubiese sido terrorífico, pues iba vestido con un traje gris de cuadros muy pintoresco y con una corbata suelta de color salmón. Adelantó su cara ancha y su nariz aplastada hacia nosotros mientras sus torvos ojos oscuros, con un destello velado de malicia en ellos, iban de uno a otro.

—¿Quién de ustedes es el amo Holmes, caballeros? —preguntó.

Holmes levantó su pipa con una lánguida sonrisa.

—¡Anda! O sea que usted, ¿no? —dijo nuestro visitante, que se acercó sorteando la esquina de la mesa con una forma de andar cautelosa y despreciable—. Mire usted, amo Holmes, no se meta en los negocios de los demás. Deje que la gente se las apañe con sus cosas. ¿Lo pilla, amo Holmes?

—Siga, por favor —dijo Holmes—. Me encanta.

—¡Anda! O sea que le encanta —refunfuñó el salvaje—. Pues no le encantaría tanto si tuviera que partirle esa condenada cara. Ya me las he visto con gente como usted y no parece encantarles cuando termino con ellos. ¡Mire esto, amo Holmes!

Meneó un enorme puño nudoso y macizo bajo la nariz de mi amigo. Holmes lo examinó cuidadosamente, en apariencia, con gran interés.

—¿Usted es así de nacimiento o le ha ido pasando poco a poco? —le preguntó.

Quizá fuera por la serenidad glacial de mi amigo o quizá por el leve tintineo que hice al coger el atizador, pero, sea como fuere, a nuestro visitante se le bajaron un poco los humos.

—Bueno, luego no diga que no le he avisado —dijo—. Tengo un amigo que está encaprichado en lo de Harrow, ya sabe de lo que hablo, y no le da la gana quedarse sin lo que quiere por culpa de usted. ¿Lo pilla? Usted no es ni policía ni nada, ni yo tampoco, y, como se las dé de sabueso, ya verá como me encuentra. Que no se le olvide.

—Llevo un tiempo queriendo conocerle —replicó Holmes—. No le invitaré a sentarse porque no me gusta su olor, pero usted es Steve Dixie, el gorila, ¿verdad?

—Así me llaman, amo Holmes, y tenga claro que lo pasará mal como me ponga el morro a tiro.

—Desde luego, usted de morros está bien surtido —dijo Holmes, mirando fijamente la boca monstruosa de nuestro visitante—. Pero no olvide el asunto ese del asesinato del joven Perkins en la puerta del bar Holborn… ¡Cómo! ¿No se irá tan pronto?

El negro había dado un respingo hacia atrás y el rostro se le puso gris.

—Yo no quiero saber nada de eso —dijo—. ¿Qué tengo yo que ver con el tal Perkins, amo Holmes? Yo estaba entrenando en el Bull Ring, en Birmingham, cuando ese chico se metió en problemas.

—Sí, eso tendrá que contárselo al juez, Steve —dijo Holmes—. He estado vigilándolos a Barney Stockdale y a usted.

—¡Dios me libre, amo Holmes!

—Ya basta. Largo de aquí. Ya le atraparé yo cuando me dé la gana.

—Buenos días, amo Holmes. Espero que no le haya sentado muy mal esta visita.

—A menos que me diga quién le envía, que le quede claro que sí.

—Vaya, en eso no hay secreto alguno, amo Holmes. Ha sido ese mismo caballero que acaba de mencionar.

—Y ¿quién lo envía a él?

—No lo sé, se lo juro, amo Holmes. Lo único que ha dicho es: «Steve, vete a ver al señor Holmes y dile que, como se pase por Harrow, se está jugando la vida». Es la pura verdad.

Sin esperar a que le hiciera más preguntas, nuestro visitante salió corriendo de la habitación de forma casi tan precipitada como había entrado. Holmes dio unos golpes en su pipa para vaciarla de ceniza mientras contenía la risa.

—Me alegra que no se viera obligado a romperle esa cabeza llena de rizos, Watson. He visto sus maniobras con el atizador. Pero, en realidad, es un tipo bastante inofensivo, un bebé muy musculoso, bobo y fanfarrón que se acobarda con facilidad, como ya ha visto. Es uno de los de la banda de Spencer John y ha estado metido en algunos asuntos sucios últimamente que tal vez esclarezca cuando tenga tiempo. Su jefe inmediato, Barney, es una persona con más astucia. Su especialidad son las agresiones, intimidaciones y cosas por el estilo. Lo que me gustaría saber es quién está detrás de ellos esta vez en particular.

—Pero ¿por qué querrán intimidarle?

—Es por el caso de Harrow Weald. Así que he decidido investigarlo, porque, si a alguien le merece la pena tomarse tantas molestias, debe haber algo en él.

—Pero ¿qué caso es ese?

—Estaba a punto de contárselo cuando hemos tenido este entreacto cómico. Tome, esta es la nota de la señora Maberley. Si quiere venir, le mandamos un telegrama y salimos enseguida.

Decía:

> Querido señor Holmes:
>
> Me han ocurrido una serie de extraños incidentes en relación con esta casa y apreciaría mucho que me aconsejara. Mañana me encontrará usted en ella en cualquier momento del día. Mi domicilio está a un breve paseo de la estación de Weald. Creo que mi esposo, el fallecido Mortimer Maberley, fue uno de sus primeros clientes.
>
> Un cordial saludo,
>
> MARY MABERLEY

La dirección era Los tres tejados, Harrow Weald.

—Y eso es todo —dijo Holmes—. Y ahora, si tiene tiempo disponible, Watson, nos pondremos en marcha.

Tras un breve trayecto en tren y un paseo en coche todavía más breve, llegamos a la casa, una mansión de madera y ladrillo, que se alzaba en medio de una pradera sin explotar perteneciente a aquella. Tres pequeñas cornisas sobre las ventanas más altas trataban de justificar de manera dudosa el nombre de la casa. Detrás, había una arboleda de pinos canijos y melancólicos y, en general, el aspecto del sitio era de escasez y tristeza. Sin embargo, descubrimos que la casa estaba bien amueblada, y la dama que nos recibió era una anciana de lo más encantadora que daba muestras de modales refinados y extensa cultura.

—Me acuerdo bien de su esposo, señora —dijo Holmes—, aunque han pasado algunos años desde que se valió de mis servicios en cierto asunto sin importancia.

—Es probable que le resulte más familiar el nombre de mi hijo Douglas.

Holmes la miró muy interesado.

—¡No me diga! ¿Es usted la madre de Douglas Maberley? Yo apenas lo conozco, pero, desde luego, era muy conocido en Londres. ¡Una magnífica persona! Y ahora ¿dónde está?

—Muerto, señor Holmes, ¡está muerto! Era agregado en Roma y murió de pulmonía el mes pasado.

—Lo lamento. A uno nunca se le pasa por la cabeza que un hombre así puede morir. Nunca he conocido a alguien con semejante vitalidad. Vivía intensamente, con cada fibra de su ser.

—Con demasiada intensidad, señor Holmes. Esa fue su perdición. Lo recuerda como era: admirable y risueño. No vio en qué criatura taciturna, irascible y ensimismada se convirtió. Tenía el corazón roto. En un solo mes, me pareció ver cómo mi noble niño se volvía un hombre cínico y consumido.

—¿Una aventura? ¿Una mujer?

—O un diablo. Pero, bueno, no le he pedido que viniera para hablar de mi pobre hijo, señor Holmes.

—El doctor Watson y yo estamos a su servicio.

—Han pasado algunas cosas extrañas. Me trasladé a esta casa hace ya más de un año, y, como deseaba llevar una vida retirada, he visto poco a mis vecinos. Hace tres días, recibí la visita de un hombre que decía que era agente inmobiliario. Me aseguraba que esta casa satisfaría punto por punto las necesidades de un cliente suyo y que, si me desprendía de ella, el dinero no sería un problema. Me pareció muy extraño puesto que hay varias casas deshabitadas a la venta que, aparentemente, son tan deseables como esta, pero, por supuesto, me interesaba lo que me estaba diciendo. Así que fijé un precio que era quinientas libras más elevado de lo que había pagado yo. Él, enseguida, se mostró de acuerdo, pero añadió que su cliente deseaba comprar también el mobiliario y que le pusiera precio. Algunos de estos muebles son de mi antigua casa, y, son, como pueden ver, de muy buena calidad, así que fijé una suma abultada. También estuvo de acuerdo enseguida con esta. Siempre había querido viajar y era un negocio tan redondo que realmente creí que no necesitaría más durante el resto de mi vida.

»Ayer ese hombre llegó con el contrato completamente cerrado. Por suerte, se lo enseñé al señor Sutro, mi abogado, que vive en Harrow. Él fue quien me dijo:

»—Nos encontramos ante un documento muy extraño. ¿Se da cuenta de que si lo firma no podrá llevarse *nada* de la casa de manera legal, ni siquiera sus cosas más íntimas?

»Cuando aquel hombre volvió a mi casa por la tarde, le pedí que me aclarara ese punto, y le dije que yo me refería a vender los muebles.

»—No, no, todo —me respondió.

»—Pero ¿y mi ropa? ¿Mis joyas?

»—Bueno, bueno, es posible que se pueda hacer alguna concesión en lo relacionado con sus efectos personales. Pero no saldrá nada de la casa sin que se compruebe antes. Mi cliente es un hombre muy generoso, pero tiene sus manías, y su manera de hacer las cosas. Con él, es o todo o nada.

»—Entonces, tendrá que ser nada —dije. Y ahí se acabó el asunto, pero todo esto me pareció tan fuera de lo común que pensé…

En ese momento se produjo una interrupción insólita.

Holmes levantó una mano para que permaneciéramos en silencio. Luego cruzó de una zancada la habitación, abrió la puerta de repente, y arrastró adentro a una mujer alta y en los huesos, a quien había agarrado por el hombro. Entró forcejeando patosamente como una gallina torpe y larguirucha a la que arrancan entre cacareos de su gallinero.

—¡Que me deje, hombre! Pero ¿qué me hace? —decía a gritos.

—Pero, bueno, Susan, ¿qué significa esto?

—Bueno, señora, había venido yo a preguntarla si los visitantes se quedaban a comer cuando este hombre me se ha echado encima de un salto.

—Llevo cinco minutos oyéndola detrás de la puerta, pero no deseaba interrumpir su interesantísima historia. Le cuesta un poco respirar, Susan, ¿no le parece? Se sofoca demasiado para este tipo de trabajo.

Susan volvió un rostro ceñudo y, asimismo, perplejo hacia su captor.

—Pero ¿quién se cree que es y con qué derecho tira de mí asín?

—No deseaba más que hacer una pregunta en su presencia. Señora Maberley, ¿le mencionó usted a alguien que iba a escribirme para consultarme?

—No, señor Holmes, no se lo mencioné a nadie.

—¿Quién envió su carta?

—Susan.

—Exacto. Ahora, Susan, ¿a quién escribió o le dio el recado de que su señora me estaba pidiendo consejo?

—Mentira. No le di ningún recado a nadie.

—Vamos, Susan, que las personas con asma no suelen vivir mucho tiempo, ya lo sabe. Está muy mal contar mentirijillas. ¿A quién se lo dijo?

—¡Susan! —exclamó su señora—. Es usted mala y una traidora, eso es lo que creo. Ahora me acuerdo de que la vi hablando con alguien por encima del seto.

—Eso eran cosas mías —replicó enfurruñada la mujer.

—Pongamos que le preguntara si era Barney Stockdale con quien estaba hablando —le dijo Holmes.

—Bueno, si lo sabe, ¿para qué me pregunta?

—No estaba seguro, pero ahora sí. Bueno, mire, Susan, gánese diez libras y cuénteme quién está detrás de Barney.

—Alguien que podría soltar mil libras por cada diez que tenga usted.

—Conque un ricachón, ¿eh? No, se está sonriendo: una ricachona. Ahora que hemos llegado tan lejos, quizá me dé también el nombre y se gane el de diez.

—Váyase al infierno.

—¡Ay, Susan! ¡Esa lengua!

—Yo me largo de aquí. Ya les he aguantado bastante. Le diré a alguien que venga mañana por mi baúl.

Se dirigió con muchos aspavientos hacia la puerta.

—Adiós, Susan. Y tómese una cucharadita de paregórico, mujer… Vaya —prosiguió, poniéndose serio de inmediato después de tanta jovialidad, cuando la mujer encendida e indignada cerró la puerta al salir—, esa pandilla va en serio. Mire lo cerca que la vigilan. La carta que me mandó tenía matasellos de las diez de la noche. Y, a pesar de ello, Susan avisa a Barney. A Barney le da tiempo de ir a ver a su jefe para recibir instrucciones. Él o ella —me inclino para pensar lo segundo dada la sonrisa de Susan cuando se imaginó que estaba perdido— idea un plan. Steve el negro viene de visita y se me advierte hacia las once de la mañana siguiente de que no actúe. Eso es trabajar rápido, ya ve.

—Pero ¿qué es lo que quieren?

—Esa es la cuestión. ¿Quién vivía en la casa antes que usted?

—Un capitán de barco retirado que se llamaba Ferguson.

—¿Algo destacable relacionado con él?

—No, que yo sepa.

—Me estaba preguntando si es posible que hubiesen enterrado algo. Pero, claro, hoy en día, cuando la gente entierra un tesoro, lo hace en el banco de la oficina de correos. Aunque siempre queda algún lunático suelto. Este mundo resultaría muy insulso si no. Al principio, pensé en algo de valor enterrado. Pero, vaya, en ese caso, ¿para qué querrían sus muebles? ¿No será que tiene un Rafael o una primera edición de Shakespeare sin saberlo?

—No, no creo que tenga nada que sea más peregrino que un juego de té de porcelana de la fábrica real de Derby.

—Eso difícilmente justificaría todo este misterio. Además, ¿por qué no decir abiertamente lo que quieren? Si lo que codician es su juego de té, podrían hacer una oferta por él sin tener que comprarle todo el lote. No, lo que yo supongo es que hay algo que no sabe que tiene y a lo que no renunciaría en caso de saberlo.

—Eso supongo yo también.

—Si el doctor Watson está conmigo, entonces no hay más que hablar.

—Bien, señor Holmes, ¿qué puede ser?

—Veamos si solo con analizar mentalmente el asunto podemos llegar hasta el móvil más probable. Usted lleva viviendo un año en esta casa.

—Casi dos.

—Tanto mejor. Durante este largo período nadie ha querido nada de usted. Ahora, de repente, en un plazo de tres o cuatro días la urgen a que acceda a sus peticiones. ¿Qué deducirían ustedes de ello?

—Solo puede significar —contesté yo— que el objeto, sea cual sea este, acaba de entrar en la casa en los últimos días.

—De nuevo estoy con usted —dijo Holmes—. Así que, señora Maberley, ¿acaba de recibir algún objeto?

—No, no he comprado nada nuevo este año.

—¡No me diga! Eso sí que es muy curioso. Bueno, creo que haremos bien en dejar que el asunto se desarrolle un poco más hasta que poseamos datos más obvios. ¿Ese abogado suyo es un hombre capaz?

—El señor Sutro es muy capaz.

—¿Tiene otra criada o solo tenía a la honrada Susan? Ella acaba de irse dando un portazo en la entrada.

—Tengo a una doncella.

—Procure que Sutro pernocte una noche o dos en casa. Posiblemente necesite que la protejan.

—¿De quién?

—¿Quién sabe? Desde luego el asunto es complicado. Si no logro descubrir qué andan buscando, tendré que abordar el caso con otro enfoque y tratar de atrapar al cabecilla. ¿Le dio ese agente inmobiliario alguna dirección?

—Solo su tarjeta profesional. Haines-Johnson, subastas y tasaciones.

—No creo que lo encontremos en el directorio. Los empresarios honrados no ocultan su lugar de trabajo. Bueno, hágame llegar cualquier suceso novedoso. He aceptado su caso y puede estar segura de que llegaré hasta el final.

Cuando atravesábamos el vestíbulo, los ojos de Holmes, que no perdían detalle, brillaron al pasar junto a varios baúles y cajas que estaban apiladas en un rincón. Las etiquetas que tenían eran visibles.

—«Milán», «Lucerna»: procedentes de Italia.

—Son las cosas de mi pobre Douglas.

—¿No las ha desempaquetado? ¿Cuánto hace que las tiene?

—Llegaron la semana pasada.

—Pero nos ha dicho… Vaya, seguramente este sea el eslabón perdido. ¿Cómo podemos saber que no hay nada de valor aquí?

—No es posible que lo haya, señor Holmes. Mi pobre Douglas solo tenía su sueldo y una pequeña renta. ¿Qué podía tener de valor?

Holmes se sumió en sus pensamientos.

—No lo deje más tiempo, señora Maberley —dijo por fin—. Haga que suban estas cosas a su dormitorio. Inspecciónelas en cuanto pueda y vea lo que contienen. Mañana vendré para que me informe.

Resultó bastante evidente que Los tres tejados se encontraba bajo una estrecha vigilancia, pues, en cuanto pasamos el gran seto que había al final del camino de entrada, allí estaba el boxeador profesional negro, que permanecía oculto en la sombra. Nos topamos con él de manera bastante repentina, y menuda figura espantosa y amenazadora parecía en aquel lugar solitario. Holmes se llevó rápidamente la mano al bolsillo.

—Qué, ¿buscando su arma, amo Holmes?

—No, mi frasco de colonia, Steve.

—Qué tío más gracioso, amo Holmes, madre mía.

—A ti sí que no te va a hacer tanta gracia como te pille, Steve. Ya te lo he advertido esta mañana.

—Venga, amo Holmes, le he estado dando vueltas a lo que me dijo y no me apetece hablar más de ese asunto del amo Perkins. Si puedo ayudarle, amo Holmes, dígamelo.

—Pues, entonces, dime quién está detrás de todo esto.

—¡Líbreme el cielo, amo Holmes! Si es que ya le dije la verdad antes: no lo sé. Barney, mi jefe, me da órdenes y ya está.

—Bueno, ten en cuenta, Steve, que la dama de esa casa y todo lo que hay bajo el techo de esta se encuentra bajo mi protección. Que no se te olvide.

—Muy bien, amo Holmes. Lo recordaré.

—Está absolutamente aterrado por su pellejo, Watson —me comentaba Holmes mientras continuábamos con nuestro camino—. Creo que le daría una puñalada por la espalda a su jefe si supiese quién es. Ha sido una suerte que supiera algo de la pandilla de Spencer John y que Steve perteneciese a ellos. Vamos, Watson, este es un caso para Langdale Pike y me voy a verlo ahora mismo. Cuando regrese, puede que el asunto esté más claro.

No volví a ver a Holmes durante el resto del día, pero podía imaginarme muy bien cómo lo había pasado, porque Langdale Pike es su libro de consulta humano sobre cualquier asunto del que se chismorree. Esta extraña y lánguida criatura pasa sus horas de vigilia en el mirador de un club de Saint James Street, y es tanto la estación receptora como la transmisora de todos los cotilleos de la metrópolis. Se decía que tenía unos ingresos con varios ceros detrás por las reseñas con las que contribuía cada semana en las revistas de tonterías que trataban de complacer a un público curioso. Si alguna vez, en lo más hondo de las cenagosas profundidades de la vida londinense, se producía alguna perturbación o trastorno, su dial humano lo registraba automáticamente con exactitud en la superficie. Holmes ayudaba discretamente a Langdale a estar al corriente y, de vez en cuando, este lo ayudaba a su vez.

A la mañana siguiente, cuando me reuní con mi amigo en su habitación a primera hora, me percaté por su manera de comportarse de que todo iba bien y, sin embargo, nos aguardaba una sorpresa sumamente desagradable. Nos llegó bajo la forma del siguiente telegrama:

> POR FAVOR, VENGA ENSEGUIDA. ROBADA CASA DE LA CLIENTE ESTA NOCHE. POLICÍA EN LA PROPIEDAD.
>
> SUTRO

Holmes dio un silbido.

—El drama está llegando a su punto culminante y más rápido de lo que esperaba. Hay una fuerza motriz que mueve este asunto, Watson, que ya no me sorprende después de lo que me he enterado. El tal Sutro es su abogado, claro. Me temo que he cometido el error de no pedirle que vigilara la casa por la noche. Este tipo ha confirmado claramente que no se puede contar con él. Bueno, no hay nada que hacer más que ponernos otra vez en marcha hacia Harrow Weald.

Descubrimos que Los tres tejados se había convertido en un edificio muy diferente al pulcro hogar del día anterior. Se había congregado un pequeño grupo de ociosos a la puerta del jardín, mientras una pareja de la policía examinaba las ventanas y los macizos de geranios. Dentro conocimos a un caballero anciano y canoso, que dijo ser el abogado, y a un inspector rubicundo y bullicioso que saludó a Holmes como si fuese un viejo amigo.

—Bueno, señor Holmes, en este caso no ha tenido suerte, me temo. No es más que un robo con allanamiento de lo más común, y bastante asequible para la pobre policía. No hace falta un experto.

—Estoy seguro de que el caso está en muy buenas manos —dijo Holmes—. Nada más que un robo con allanamiento, ¿dice?

—En efecto. Sabemos muy bien quiénes son los culpables y dónde encontrarlos. Ha sido la banda de Barney Stockdale, e iban con ese negro tan grande; los han visto rondando por aquí.

—¡Perfecto! ¿Qué se llevaron?

—Pues no parece que se hayan llevado mucho. A la señora Maberley la durmieron con cloroformo y la casa estaba… ¡Ah! Aquí tenemos a la dama.

Nuestra amiga del día anterior, que parecía muy pálida y desmejorada, había entrado en la habitación ayudada por una pequeña doncella.

—Me dio un buen consejo, señor Holmes —dijo sonriendo tristemente —. Por desgracia, ¡no le hice caso! No quería molestar al señor Sutro, así que no había nadie que me protegiera.

—No me he enterado hasta esta mañana —explicó el abogado.

—El señor Holmes me aconsejó que invitara a algún amigo a casa. Desoí su consejo y he pagado por ello.

—Está usted muy pálida —dijo Holmes—. Tal vez no se encuentre con fuerzas para contarme qué ocurrió.

—Está todo aquí —dijo el inspector dando unos golpecitos en una gruesa libreta.

—Aun así, si la dama no se siente demasiado agotada…

—En realidad, hay muy poco que contar. No tengo ninguna duda de que esa bruja de Susan había planeado cómo podían entrar. Debían de conocer la casa al dedillo. Fui consciente por un momento del trapo con cloroformo que me pusieron en la boca, pero perdí la noción del tiempo y no sé cuánto rato estuve inconsciente. Cuando me desperté, había un hombre al lado de la cama y otro se ponía en pie con un legajo de papeles en la mano que procedía del equipaje de mi hijo, en parte abierto y esparcido por el suelo. Antes de que pudiera escapar, me puse en pie de un salto y lo agarré.

—Corrió un gran riesgo —dijo el inspector.

—Me aferré a él, pero se deshizo de mí, y puede que el otro me golpeara, porque no logro acordarme de nada más. Mary, la doncella, oyó el ruido y empezó a gritar por la ventana. Eso atrajo a la policía, pero los granujas ya habían escapado.

—¿Qué se llevaron?

—Pues no creo que falte nada de valor. Estoy segura de que no había nada en los baúles de mi hijo.

—¿Esos hombres no han dejado ninguna pista?

—Había una hoja de papel que quizá la arrancase de las que llevaba el hombre al que agarré. Estaba tirada en el suelo muy arrugada. Es la letra de mi hijo.

—Lo que significa que no nos sirve de mucho —dijo el inspector—. Ahora bien, si hubiese sido la del ladrón…

—Exactamente —dijo Holmes—. ¡Eso sí que es sano sentido común! A pesar de todo, tengo curiosidad por verla.

El inspector sacó un folio doblado de su cartera.

—Nunca se me pasa nada por alto, por muy trivial que sea —dijo de manera un poco pomposa—. Ese es el consejo que puedo darle, señor Holmes. Después de veinticinco años de experiencia, he escarmentado.

Siempre existe la posibilidad de que haya huellas de los dedos o algo parecido.

Holmes inspeccionó la hoja de papel.

—¿A usted qué le parece, inspector?

—Parece el final de alguna novela peculiar, hasta donde soy capaz de leer.

—Desde luego, puede resultar que sea el final de un relato peculiar —dijo Holmes—. Se ha dado cuenta del número en la parte superior de la página. Es el doscientos cuarenta y cinco. ¿Dónde están las otras doscientas cuarenta y cuatro páginas?

—Bueno, me imagino que las tienen los ladrones. ¡Pues sí que van a hacer mucho con ellas!

—Resulta algo insólito allanar una casa para robar un documento así. ¿Eso le sugiere algo, inspector?

—Sí, señor, me sugiere que, con las prisas, los granujas cogieron solo lo primero que tenían a mano. Pues que les aproveche.

—¿Por qué irían por las cosas de mi hijo? —preguntó la señora Maberley.

—Pues porque no encontraron nada valioso en la planta de abajo, así que probaron suerte arriba. Así lo entiendo yo. ¿Qué opina usted, señor Holmes?

—Tengo que reflexionar sobre ello, inspector. Acérquese a la ventana, Watson.

Entonces, cuando estuvimos el uno al lado del otro, releyó el trozo de papel. Comenzaba a mitad de una frase y decía:

> […] rostro sangraba bastante por los cortes y los golpes, pero no era nada comparado al dolor que sentía en su corazón al ver cómo ese amado rostro, el rostro por el que había estado dispuesto a sacrificar su propia vida, observaba su agonía y humillación. Estaba sonriendo… sí, ¡por Dios! Estaba sonriendo, como el demonio despiadado que era, mientras él la miraba desde el suelo. Fue en ese momento cuando murió el amor y nació el odio. Un hombre debe tener una razón para vivir. Si la razón no es estar entre sus brazos, señora, entonces, será destruirla y llevar a cabo mi venganza definitiva.

—¡Peculiar sintaxis! —dijo Holmes con una sonrisa mientras le devolvía el papel al inspector—. ¿Se ha dado cuenta de que «él» pasa a

«mi»? El escritor se dejó llevar tanto por su propia historia que, en el momento crucial, se imaginaba a sí mismo como protagonista.

—Me pareció una novela mala con ganas —dijo el inspector mientras volvía a poner la hoja en su cartera—. ¡Cómo! ¿Se marcha, señor Holmes?

—No creo que tenga nada más que hacer aquí, ahora que el caso está en unas manos tan competentes. Por cierto, señora Maberley, me dijo que deseaba viajar, ¿verdad?

—Ese ha sido siempre mi sueño, señor Holmes.

—¿Adónde le gustaría ir? ¿A El Cairo, a Madeira, a la Riviera?

—Ay, si tuviese dinero, daría la vuelta al mundo.

—Claro. La vuelta al mundo. Bueno, que pasen un buen día. Quizá le escriba unas palabras esta tarde.

Cuando pasábamos junto a la ventana, vi fugazmente cómo el inspector sonreía y negaba con la cabeza. «Estos tipos tan listos están siempre un poco locos», fue lo que me pareció interpretar de la sonrisa del inspector.

—Vamos, Watson, estamos en la recta final de nuestro pequeño viaje —dijo Holmes cuando estuvimos de nuevo en el ruidoso centro de Londres—. Creo que lo mejor será que aclaremos todo esto enseguida, y estaría bien que me acompañara, porque es más seguro tener un testigo cuando uno trata con una dama como Isadora Klein.

Nos habíamos subido a un coche y corríamos rumbo a cierta dirección en Grosvenor Square. Holmes se había ensimismado, pero, de repente, dejó a un lado sus meditaciones.

—Por cierto, Watson, me imagino que le parece todo claro.

—No diría yo que me lo parece. Lo único que he deducido es que vamos a ver a la dama que está detrás de todas estas maquinaciones.

—¡Exacto! Pero ¿el nombre de Isadora Klein no le dice nada? Antes se la conocía, por supuesto, por ser *la* belleza y tenía gran renombre. No había mujer que la igualase. Es española de pura cepa, con auténtica sangre de despóticos conquistadores, y su familia ha dominado Pernambuco generación tras generación. Se casó con un rey del azúcar alemán de edad avanzada, Klein, y en breve se convirtió en la viuda más rica y deseada del planeta. Luego tuvo una época de aventuras en que satisfizo sus apetitos. Tuvo varios amantes, y Douglas Maberley, uno de los hombres más

extraordinarios de Londres, era uno de ellos. Según dicen todos, tuvo más que una aventura con él. Este no era otro caprichoso de la alta sociedad, sino un hombre fuerte y orgulloso que lo daba y lo esperaba todo. Pero ella es la *belle dame sans merci* de las baladas. Cuando satisface sus caprichos, se termina todo, y, si la otra parte en cuestión no consigue aceptarlo, sabe cómo hacérselo ver.

—Entonces, aquello era su propia historia…

—¡Ajá! Ahora empieza a caer en la cuenta. Me he enterado de que está a punto de casarse con el joven duque de Lomond, que podría ser casi su hijo. Es posible que la excelsa mamá pase por alto la diferencia de edad, pero un gran escándalo sería algo diferente, así que es fundamental… ¡Ah! Ya hemos llegado.

Era una de las esquinas más elegantes de West End. Un lacayo algo autómata subió nuestras tarjetas y volvió con el recado de que la dama no se encontraba en casa.

—Esperaremos pues hasta que se encuentre —respondió Holmes con desenfado.

El autómata se colapsó.

—No se encuentra en casa significa que no se encuentra para ustedes —dijo el lacayo.

—Muy bien —replicó Holmes—. Eso significa que no tendremos que esperar. Haga el favor de darle esta nota a la señora.

Garabateó tres o cuatro palabras en una hoja de su libreta, la dobló y se la tendió a ese tipo.

—¿Qué decía, Holmes? —le pregunté.

—Simplemente le he escrito: «¿Que sea la policía entonces?». Creo que, después de eso, debería recibirnos.

Así fue… y sorprendentemente rápido. No pasó un minuto cuando estábamos en un salón de las *Mil y una noches*, vasto y maravilloso, iluminado aquí y allá con una luz eléctrica rosada. Sospeché que la dama había llegado a ese momento de la vida en que hasta las bellezas más altivas encuentran la media luz más agradable. Al entrar, se levantó de un diván: alta, majestuosa, con una figura perfecta, un rostro precioso como una

máscara, con unos ojos españoles cautivadores que nos miraban como si nos fueran a matar a ambos.

—¿Qué clase de injerencia es esta… y este mensaje ultrajante? —preguntó con el trozo de papel en el aire.

—Señora, no hay nada que explicar. Respeto demasiado su inteligencia para hacerlo. Aunque reconozco que esa misma inteligencia le ha fallado sorprendentemente al final.

—¿A qué se refiere?

—Pues a suponer que contratar a unos matones bastaría para espantarme y disuadirme para seguir con mi investigación. Sin duda, ningún hombre escogería mi profesión si no le atrajese el peligro. Entonces ¿fue usted quien me obligó a estudiar el caso del joven Maberley?

—No tengo ni idea de qué está hablando. ¿Qué tengo yo que ver con unos matones contratados?

Holmes se dio la vuelta con desaliento.

—Sí, no he valorado su inteligencia en su justa medida. Bueno, pues, ¡buenas tardes!

—¡Quieto! ¿Adónde se va?

—A Scotland Yard.

Apenas llevábamos andada la mitad del camino hacia la puerta, cuando ya nos había alcanzado y sujetaba el brazo de Holmes. En poco rato, el acero se había vuelto terciopelo.

—Vengan y siéntense, caballeros. Vamos a discutir sobre este asunto. Me da la sensación de que puedo ser franca con usted, señor Holmes. Tiene la sensibilidad propia de un caballero. El instinto de una mujer descubre esas cosas enseguida. Lo voy a tratar como a un amigo.

—No puedo prometerle que sea recíproco, señora. No soy policía, pero represento a la justicia hasta donde llegan mis limitadas capacidades. Estoy dispuesto a escucharla y luego le diré cómo voy a proceder.

—Es indudable que fue una idiotez por mi parte amenazar a un hombre tan valiente como usted.

—Lo que es realmente una idiotez es haberse puesto en manos de una pandilla de granujas que pueden chantajearla o quitarla de en medio.

—¡No, no! No soy tan mentecata. Puesto que le he prometido que seré franca, puedo asegurarle que nadie, excepto Barney Stockdale y Susan, su esposa, tienen ni la más mínima idea de quién les ha contratado. En cuanto a ellos, no es la primera vez que…

Se sonrió y asintió con la cabeza con un gesto encantador de coqueta familiaridad.

—Ya veo. Ha probado con ellos antes.

—Son buenos sabuesos: cazan en silencio.

—Pues, más tarde o más temprano, esa clase de sabuesos muerden la mano que les da de comer. Van a ser arrestados por el robo. La policía ya anda tras ellos.

—Tienen asumido lo que les puede suceder. Para eso es para lo que se les ha pagado. No me veré mezclada en el asunto.

—A menos que la involucre yo.

—No, no, usted no haría eso. Es un caballero. Es un secreto de mujer.

—Para empezar, tiene que devolver el manuscrito.

Isadora rompió a reír temblando de la risa y se encaminó hacia la chimenea. Con el atizador, deshizo un montón de cenizas que había allí.

—¿Que devuelva esto? —le preguntó.

Me pareció tan canalla y de una belleza tan exquisita allí de pie, mirándonos con esa sonrisa desafiante, que me dio la sensación de que, de todos los criminales de Holmes, esta era la única a la que le costaría enfrentarse. Sin embargo, Holmes era inmune a los sentimientos.

—Eso sentencia su destino —le respondió fríamente—. Es usted muy contundente, pero esta vez se le ha ido la mano.

La dama tiró el atizador al suelo, lo que causó algún estrépito.

—Pero ¡qué intransigencia la suya! —exclamó—. ¿Puedo contarles toda la historia?

—Me parece que se la podría contar yo a usted.

—Pero debería ponerse en mi situación, señor Holmes. Debe entenderlo desde el punto de vista de una mujer que ve cómo la mayor aspiración de su vida está a punto de echarse a perder en el último momento. ¿Se le va a reprochar a esa mujer que se defienda?

—La culpa de todo la tuvo usted.

—Sí, sí, lo confieso. Era un chico encantador, mi Douglas, pero dio la casualidad de que no entraba en mis planes. Quería casarse… casarse, señor Holmes… ¡Casarme yo con un plebeyo sin blanca! No se conformaba con menos. Entonces se puso cabezota. Como me había entregado una vez, parecía pensar que debía seguir entregándome y solo a él. Era intolerable. Al final, tuve que hacer que lo comprendiera.

—Pagando a unos sinvergüenzas para que le diesen una paliza bajo su propia ventana.

—Sí que parece que lo sabe todo. Pues es verdad. Barney y los chicos lo ahuyentaron y fueron, lo admito, un poco bruscos al hacerlo. Pero ¿y cuál fue su reacción entonces? ¿Cómo se me iba a pasar por la cabeza que un caballero iba a actuar de esa manera? Escribió un libro en el que contaba su propia vida. Yo, por supuesto, era el lobo; él, el cordero. Estaba todo allí; había cambiado los nombres, por supuesto, pero ¿acaso a algún londinense le habría costado descifrarla? ¿Qué le parece eso, señor Holmes?

—Bueno, pues que estaba en su derecho.

—Era como si se le hubiese metido el aire de Italia en la sangre y hubiese traído con él el antiguo espíritu de crueldad italiano. Escribió y me mandó una copia de su libro para torturarme por anticipado. Me dijo que había dos copias: una para mí y otra para su editor.

—¿Cómo supo que la del editor no le había llegado a este?

—Sabía quién era su editor. No es su única novela, como sabe. Averigüé que no había tenido noticias de Italia. Entonces Douglas murió repentinamente. Mientras existiese otro manuscrito en este mundo, no podía sentirme a salvo. Naturalmente, debía estar entre sus efectos personales y estos le serían devueltos a su madre. Puse a la banda a trabajar. Una de ellos entró en la casa como sirvienta. Yo quería hacer las cosas de la manera correcta. Se lo prometo. Estaba dispuesta a comprar la casa y todo lo que hubiera dentro. Ofrecí pagar cualquier precio que quisiera pedir. Solo recurrí a otros métodos cuando todo lo demás había fracasado. Y ahora, señor Holmes, admitiendo que fui demasiado dura con Douglas —¡y Dios sabe lo que lo siento!—, ¿qué otra cosa podría haber hecho con todo mi futuro en juego?

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—Bueno —contestó—, supongo que yo habría cometido una fechoría como de costumbre. ¿Cuánto cuesta dar la vuelta al mundo en primera clase?

Isadora se lo quedó mirando perpleja.

—¿Se podría dar por quinientas libras?

—¡Yo diría que de sobra, la verdad!

—Muy bien. Creo que va a firmarme un cheque por esa cantidad, y comprobaré que le llegue a la señora Maberley. Le debe un pequeño cambio de aires. Entretanto, señora —la apuntó agitando un índice aleccionador—, ¡tenga cuidado! ¡Tenga cuidado! No puede andar jugando siempre con armas de doble filo sin cortarse esos dedos tan delicados.

LA AVENTURA DEL VAMPIRO DE SUSSEX

Holmes terminó de leer detenidamente una nota que le había llegado con las últimas cartas. Luego, con una risita sarcástica, que en él era lo más parecido a una risa, me la pasó.

—Creo que se encuentra en el límite de la combinación de lo moderno con lo medieval, de lo práctico con la fantasía más desenfrenada —dijo—. ¿Qué le parece, Watson?

Leí lo que sigue:

46, OLD JEWRY
19 de noviembre
Asunto: Vampiros.

Estimado señor:

Nuestro cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson & Muirhead, comerciantes de té, de Mincing Lane, nos ha hecho una consulta en un comunicado de la misma fecha en referencia a los vampiros. Como nuestra firma está especializada en la tasación de maquinaria, difícilmente este asunto es de nuestra competencia, y, por lo tanto, le hemos recomendado al señor Ferguson que se ponga en contacto con usted y le exponga su caso. No hemos olvidado su afortunada intervención en el caso de *Matilda Briggs*.

Atentamente,

Morrison, Morrison & Dodd
El representante,
E. J. C.

—*Matilda Briggs* no es el nombre de una joven, Watson —comentó Holmes en tono nostálgico—. Era un barco relacionado con la rata gigante de Sumatra, una historia para la que la gente no está todavía preparada. Pero ¿qué sabemos nosotros de vampiros? ¿Es de nuestra competencia? Cualquier cosa es preferible a la inactividad, pero parece que nos vemos mezclados en un cuento de los hermanos Grimm. Alargue el brazo, Watson, y veamos qué tiene la V que decir.

Me eché atrás en mi asiento y bajé el enorme libro de consulta al que se refería. Holmes lo puso encima de su rodilla y sus ojos se movían despacio y con cariño por los antiguos casos recogidos en él, que se entremezclaban con la información reunida durante toda una vida.

—*Viaje del Gloria Scott* —leyó—. Feo asunto. Me parece recordar que lo dejó por escrito, Watson, aunque no me siento capaz de felicitarle por el resultado. *Victor Lynch, el falsificador. Veneno de un lagarto: el monstruo de Gila*. ¡Un caso muy notable! *Vittoria, la belleza del circo. Vanderbilt y el ratero. Víboras. Vigor, el asombro de Hammersmith*. Bueno, bueno, con mi vieja enciclopedia. Es insuperable. Escuche esto, Watson. *Vampirismo en Hungría*. Aquí hay otra entrada, *Vampiros en Transilvania*.

Pasó las páginas impacientemente, pero, después de una breve y detenida lectura, tiró al suelo el enorme libro con un gruñido de decepción.

—¡Pamplinas, Watson, pamplinas! ¿Qué tenemos nosotros que ver con cadáveres vivientes que solo podemos encerrar en sus tumbas atravesándoles el corazón con una estaca? Es una pura locura.

—Pero —respondí yo— ¿y si el vampiro no fuera necesariamente un muerto? Una persona viva podría adoptar ese vicio. Por ejemplo, he leído que hay viejos que se beben la sangre de los jóvenes con el fin de mantenerse en su plenitud.

—Tiene razón, Watson. Aquí se menciona esa leyenda en una de estas entradas. Pero ¿debemos prestarle atención seriamente a ese tipo de cosas? Esta agencia tiene los pies en la tierra y así debe seguir siendo. El mundo es demasiado grande para nosotros. No necesitamos dedicarnos a los fantasmas. Me temo que no podemos tomarnos al señor Robert Ferguson muy en serio. Es posible que esta nota sea obra suya y puede que esclarezca en alguna medida lo que le preocupa.

De encima de la mesa, cogió una segunda carta que nos había pasado inadvertida mientras Holmes había estado absorto con la primera. Empezó a leerla con una sonrisa de diversión en el rostro que se fue esfumando poco a poco para dar paso a una expresión de intenso interés y concentración. Cuando hubo terminado, se quedó ensimismado durante un rato con la carta colgando entre sus dedos. Después, con un sobresalto, dejó por fin de estar absorto.

—Cheeseman’s, Lamberley. ¿Dónde está Lamberley, Watson?

—Está en Sussex, al sur de Horsham.

—No demasiado lejos, ¿verdad? ¿Y Cheeseman’s?

—Conozco bien esa zona, Holmes. Está llena de casas de hace siglos a las que llaman por el nombre del que las construyó. Tiene una Odley’s y una Harvey’s y una Carrinton’s: se ha olvidado a sus constructores, pero sus nombres perviven en sus casas.

—Así es —dijo Holmes con frialdad: era una de las características de su temperamento orgulloso y hermético el que, aun cuando clasificase tranquilamente y con precisión cualquier información novedosa, raras veces se lo reconocía a quien le informaba—. Me temo que sabremos mucho más de la casa Cheeseman’s de Lamberley antes de que termine este caso. La carta es, como me imaginaba, de Robert Ferguson. Por cierto, afirma que le conoce.

—¿A mí?

—Mejor léala.

Me tendió la carta por encima de la mesa. Tenía la misma dirección que la primera en el encabezamiento.

Decía:

Estimado señor Holmes:

Mis abogados me han recomendado que me ponga en contacto con usted, pero, en realidad, el asunto es de una naturaleza tan sumamente delicada que me resulta muy difícil hablar de ello. El interesado es un amigo en nombre del cual actúo. Este caballero se casó hará cinco años con una dama peruana, hija de un comerciante del mismo país, a quien conoció en relación con la importación de los nitratos. La dama era muy hermosa, pero el que ella tuviera origen extranjero y una religión distinta siempre ocasionaba un distanciamiento en los intereses y sentimientos del marido y la mujer, de ahí que, pasado un tiempo, el amor que profesaba a su esposa quizá se enfriase y viera su matrimonio como un error. Sentía que había facetas de su carácter en las que nunca podría ahondar ni comprender. Esto le resultaba aún más doloroso, pues era una esposa tan dulce como un hombre pudiera tener: todo indicaba que ella sentía auténtica veneración por su esposo.

Ahora vayamos al punto en el que ya me extenderé más cuando nos encontremos. En realidad, le escribo para que se haga una idea general de la situación y para preguntarle si estaría interesado en el asunto. La dama empezó a manifestar algunos comportamientos muy curiosos y bastante ajenos a su ternura y talante amable de costumbre. Era el segundo matrimonio del caballero y había tenido un hijo de su primera mujer. Este chico tiene ahora quince años, es un joven encantador y muy cariñoso, aunque sufre una desafortunada lesión por un accidente de su infancia. Dos veces han sorprendido a la esposa agrediendo a este pobre muchacho sin

provocación alguna por parte de este. Una de las veces le golpeó con un palo y le hizo un gran cardenal en el brazo.

Esto tuvo poca importancia comparado con su conducta con respecto a su propio hijo, una cosita de menos de un año. En una ocasión, hace cerca de un mes, habían dejado unos minutos a este pequeño a cargo de su niñera. Un fuerte grito del bebé, como si le doliera algo, hizo que la niñera volviera a ver qué pasaba. Cuando entró corriendo en la habitación vio a la señora inclinada sobre el bebé y mordiendo, en apariencia, su cuello. Había una herida pequeña en el cuello de la que manaba un hilo de sangre. La niñera se quedó tan horrorizada que quiso llamar al marido, pero la dama le imploró que no lo hiciera y hasta le pagó quinientas libras para comprar su silencio. No le dio nunca una explicación y, por el momento, dejaron a un lado el tema.

Sin embargo, a la niñera aquello le había causado una impresión espantosa y, desde entonces, empezó a vigilar estrechamente a su señora y no bajó la guardia en lo referente al bebé, a quien quería de todo corazón. Le pareció que, del mismo modo que ella vigilaba a la madre, la madre la vigilaba a ella, y que, cada vez que se veía obligada a dejar al bebé solo, allí estaba la madre para estar con él. Día y noche protegía la niñera al niño, y día y noche la madre, sigilosa y acechante, parecía estar aguardando como un lobo a un cordero. Debo escribirle lo más increíble de todo, pero le ruego que se lo tome en serio, porque la vida de un niño y la cordura de un hombre dependen de ello.

Al final llegó un día terrible en que no se le pudieron ocultar más los hechos al marido. A la niñera la traicionaron los nervios; ya no podía soportar la tensión por más tiempo y le confesó todo al hombre. A este le pareció una historia tan descabellada como quizá le parezca a usted en este momento. Sabía que su esposa era una esposa cariñosa, y, salvo los ataques a su hijastro, una madre cariñosa. ¿Cómo iba ella, entonces, a causarle daño a su pequeño? Le dijo a la niñera que estaba delirando, que sus sospechas eran cosas de lunática, y que no toleraría esas calumnias contra su señora. Mientras hablaban, oyeron un repentino grito de dolor. Niñera y señor se precipitaron al cuarto del bebé. Imagínese lo que sintió, señor Holmes, al ver que su esposa se estaba poniendo en pie tras estar arrodillada junto a la cuna y ver sangre en el cuello desnudo del niño y en la sábana. Con un grito de horror, giró el rostro de su mujer hacia la luz y vio sangre alrededor de sus labios. Fuera de toda duda, había bebido sangre del pobre bebé.

Así está el asunto ahora mismo. Ella está encerrada en su habitación. No ha dado explicación alguna. El marido se ha vuelto medio loco. Sabe tan poco como yo del vampirismo más allá del nombre. Hasta ahora pensábamos que era un cuento disparatado de regiones extranjeras. Y, sin embargo, aquí, en el mismo corazón de la muy inglesa Sussex… bueno, acerca de todo ello podemos hablar con usted por la mañana. ¿Me recibirá? ¿Utilizará sus enormes aptitudes para ayudar a un hombre trastornado? Si es así, haga el favor de enviar un telegrama a nombre de Ferguson, a Cheeseman’s, Lamberley, y estaré en su domicilio alrededor de las diez.

Atentamente,

ROBERT FERGUSON

P.D.: Creo que su amigo Watson jugaba al rugby en el Blackneath cuando yo jugaba en la posición de tres cuartos del Richmond. Es la única referencia personal que le puedo dar.

—Naturalmente que me acuerdo de él —comenté dejando a un lado la carta—. Bob Ferguson, el Alto, el mejor tres cuartos que haya tenido

Richmond alguna vez. Siempre fue un buenazo. Es muy de propio de él preocuparse tanto por la suerte de un amigo.

Holmes me miró con aire meditabundo y negó con la cabeza.

—Nunca sé dónde tiene sus límites, Watson —me dijo—. Todavía hay en usted posibilidades por explorar. Tome nota de un telegrama como la buena persona que es: «Estudiaré su caso con mucho gusto».

—¡*Su* caso!

—No debemos dejarle pensar que esta agencia es una casa de idiotas. Por supuesto que es su caso. Envíele ese telegrama y olvidémonos del asunto hasta mañana.

A las diez en punto de la mañana siguiente, entraba Ferguson en nuestro domicilio. Yo lo recordaba como un tipo alto y flaco, de pies ligeros y buena cintura que lo habían llevado a sobrepasar muchas veces a la zaga contraria. Seguramente no haya nada más penoso en esta vida que ver la decadencia de un buen atleta al que uno ha conocido en su plenitud. Había echado a perder su magnífica figura, el cabello rubio le escaseaba y llevaba los hombros caídos. Me temo que le causé la misma impresión.

—¿Qué hay, Watson? —me dijo con una voz que seguía siendo grave y afectuosa—. No se parece ya mucho al hombre que era cuando le empujé por encima de las vallas contra el público del Old Deer Park. Me imagino que yo también he cambiado un poco. Pero lo que más me ha avejentado ha sido lo sucedido estos últimos días. Veo por su telegrama, señor Holmes, que es inútil fingir que represento a nadie.

—Es más sencillo ser directos —dijo Holmes.

—Naturalmente. Pero puede imaginarse lo difícil que resulta cuando se trata de una mujer a la que tiene la obligación de ayudar y proteger. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo ir a la policía con una historia así? Y, a pesar de todo, hay que proteger a los chicos. ¿Es una locura, señor Holmes? ¿Es algo hereditario? ¿Ha visto algún caso similar a lo largo de su trayectoria profesional? Por el amor de Dios, deme algún consejo, que estoy desesperado.

—Es muy comprensible, señor Ferguson. Ahora siéntese aquí y serénese y respóndame a unas pocas preguntas con claridad. Le puedo asegurar que yo no estoy en absoluto desesperado y que confío en encontrar alguna solución. Antes de nada, dígame qué medidas ha adoptado. ¿Su mujer sigue cerca de los niños?

—Tuvimos una bronca espantosa. Es una mujer muy dulce, señor Holmes. Si hay alguna mujer que haya querido a un hombre en cuerpo y alma, es ella. Le llegó al alma el que descubriera su terrible e increíble secreto. Ni siquiera quería hablar de ello. No respondió de ninguna manera a mis reproches, salvo mirarme con una especie de desvarío y desesperación en los ojos. Luego fue precipitadamente a su habitación y se encerró allí. Desde entonces, se ha negado a verme. Tiene una criada que está con ella desde antes de casarnos, una tal Dolores, que es más una amiga que una sirvienta. Es ella quien le lleva la comida.

—Entonces ¿el niño no se encuentra en peligro inminente?

—La señora Mason, la niñera, me ha jurado que permanecerá a su lado día y noche. Puedo confiar absolutamente en ella. Estoy más intranquilo por el pobre Jack, porque, como le contaba en mi carta, a él ya lo ha atacado dos veces.

—Pero ¿le hirió alguna de las dos?

—No, aunque le pegó violentamente. Resulta más horrible todavía porque el pobrecillo es un lisiado inofensivo. —La expresión desolada de Ferguson se mitigó al hablar de su hijo—. Podría imaginarse que la condición de mi querido muchacho ablandaría a cualquiera. Se cayó en su infancia y se le torció la columna, señor Holmes. Pero en su interior alberga el corazón más tierno del mundo.

Holmes había cogido la carta del día anterior y la estaba releyendo.

—¿Quién más vive en su casa, señor Ferguson?

—Dos sirvientes que no llevan mucho con nosotros. Un mozo de cuadra, Michael, que duerme en la casa. Mi esposa, yo, mi hijo Jack, el bebé, Dolores y la señora Mason. Eso es todo.

—Tengo entendido que no conocía muy bien a su mujer cuando se casó con ella.

—La había conocido hacía solo unas semanas.

—¿Cuánto tiempo lleva con ella esa criada, Dolores?

—Unos años.

—Luego, en realidad, Dolores conoce mejor la forma de ser de su esposa que usted.

—Sí, se podría decir que sí.

Holmes tomó nota.

—Sospecho —dijo— que puedo ser más útil en Lamberley que aquí. Es un caso en el que se impone que investigue sobre el terreno. Si la dama permanece en su habitación, nuestra presencia no le causará molestia ni inconveniente alguno. Nos alojaremos en la posada, por supuesto.

Ferguson se mostró aliviado.

—Tenía la esperanza de que viniera, señor Holmes. Hay un tren magnífico a las dos que sale de la estación Victoria si le es posible venir.

—Desde luego que nos es posible ir. Ahora mismo estamos ociosos. Puedo dedicarle todas mis energías. Naturalmente, Watson viene con nosotros. Pero hay uno o dos aspectos que deseo tener muy claros antes de empezar. Esta infeliz dama, según creo, parece haber atacado a ambos niños, al hijo de usted y al suyo propio.

—Así es.

—Pero las agresiones adoptan diferentes formas, ¿no es cierto? Ha pegado a su hijo.

—Una vez con un palo y otra con las manos desnudas de manera muy violenta.

—¿No dio ninguna explicación de por qué lo golpeó?

—Ninguna, excepto que lo odiaba. Es lo que decía una y otra vez.

—Bueno, se han dado casos así entre las madrastras. Diríamos que se trata de celos póstumos. ¿Es celosa por naturaleza?

—Sí, es muy celosa, celosa con toda la impetuosidad de su vehemente amor tropical.

—Pero el chico… tiene quince, según creo, y es probable que mentalmente sea muy maduro para su edad, dado que su cuerpo tiene limitada la acción. ¿No le dio una explicación de esas agresiones?

—No, me aseguró que no había motivo alguno.

—Antes de aquello, ¿se llevaban bien?

—No, nunca se apreciaron lo más mínimo.

—Pero, a pesar de ello, dice que es cariñoso.

—Nunca ha habido un hijo que adore más a su padre en este mundo. Mi vida es su vida. Le fascina todo lo que digo o hago.

Holmes volvió a tomar nota. Durante un rato, se quedó absorto en sus pensamientos.

—Sin duda, usted y el chico pasaban mucho tiempo juntos antes de este segundo matrimonio. Estuvieron muy unidos, ¿verdad?

—Muchísimo.

—Y, sin duda, el chico, que es tan cariñoso por naturaleza, sentía veneración por el recuerdo de su madre.

—Veneración absoluta.

—La verdad es que parece un chico muy interesante. Otro detalle más acerca de las agresiones. ¿Los extraños ataques contra el bebé y las agresiones contra su hijo se produjeron por la misma época?

—Así fue en el primero de los casos. Parecía que se hubiese adueñado de ella alguna especie de exaltación y que desahogase su rabia con ambos. En el segundo de los casos, Jack fue el único que la padeció. La señora Mason no tiene queja de ella con relación al bebé.

—Desde luego eso complica el asunto.

—La verdad es que no le sigo, señor Holmes.

—Probablemente no. Uno elabora teorías provisionales y espera a que el tiempo o un conocimiento más detallado las hagan saltar en pedazos. Una mala costumbre, señor Ferguson, pero el ser humano es débil por naturaleza. Me temo que su viejo amigo ha ofrecido una visión exagerada de mis métodos científicos. Sin embargo, solo le diré que, en este momento, su problema no me parece irresoluble y que puede contar con que estaremos en la estación Victoria a las dos.

Fue una tarde de un gris día neblinoso de noviembre cuando, tras haber dejado nuestras maletas en el Chequers, en Lamberley, transitamos en coche por la arcilla de un largo y serpenteante sendero de Sussex hasta llegar por fin a la casa de campo vetusta y apartada donde vivía Ferguson. Era un

edificio grande y desangelado, muy viejo en la parte central y muy nuevo en las alas, que estaban rematadas con chimeneas de estilo Tudor y un tejado a dos aguas con tejas de Horsham salpicadas de liquen. Los escalones de la entrada se habían combado y en los viejos azulejos que revestían el porche había dibujados un queso y un hombre, blasón del constructor original. En el interior, los techos estaban estriados por pesadas vigas de roble, y los suelos irregulares, abombados y con profundas abolladuras. En todas partes del ruinoso edificio se percibía un olor a viejo y a decadencia.

Había un salón principal muy grande al que nos condujo Ferguson. Allí, en una enorme y rancia chimenea tras una pantalla de hierro con fecha de 1670, ardía y crepitaba un magnífico fuego de leña.

Cuando miré en torno a mí, vi que en la sala había una peregrina mezcla de fechas y lugares. Las paredes, revestidas de madera hasta media altura, probablemente fueran de la época del propietario original, un pequeño terrateniente del siglo XVII. Sin embargo, estaban adornadas en la parte baja por una acertada serie de acuarelas modernas, mientras que en la parte de arriba, donde la madera de roble daba paso al yeso amarillo, había colgada una cuidada selección de herramientas y armas sudamericanas que, sin duda, había traído la dama peruana que se encontraba en la planta superior. Holmes se levantó, con esa viva curiosidad que emanaba de su inquieta mente, y las estudió con cierta dedicación.

—¡Pero bueno! —exclamó—. ¡Pero bueno!

Había un perro de aguas echado en una cesta en la esquina. Se acercó despacio hacia su amo, caminando con dificultad. Sus patas traseras se movían de forma irregular y arrastraba la cola por el suelo. Luego le lamió la mano a Ferguson.

—¿Pasa algo, señor Holmes?

—El perro. ¿Qué le ocurre?

—Al veterinario también le extrañó. Una especie de parálisis. Pensaba que era meningitis, pero se está poniendo mejor. Estará bien del todo muy pronto, ¿a que sí, Carlo?

La cola gacha se estremeció asintiendo. Los ojos tristes del perro nos miraban a uno y a otro. Sabía que estábamos hablando de su caso.

—¿Sucedió de repente?

—En una única noche.

—¿Hace cuánto?

—Hará cuatro meses.

—Muy curioso. Da mucho que pensar.

—¿Qué conclusión saca de ello, señor Holmes?

—Una confirmación de lo que ya había pensado.

—Por amor de Dios, ¿en qué está pensando, señor Holmes? Para usted quizá sea un mero rompecabezas, pero para mí es una cuestión de vida o muerte. Mi esposa, una presunta asesina; mi niño, en constante peligro. No juegue conmigo, señor Holmes. Esto es algo mortalmente serio.

El enorme tres cuartos estaba temblando de los pies a la cabeza. Holmes le puso la mano suavemente en el brazo.

—Me temo que sea cual sea la solución le va a resultar dolorosa, señor Ferguson —dijo—. Me gustaría ahorrarle todo el sufrimiento que me sea posible. No puedo decirle más por el momento, pero, antes de marcharnos de esta casa, espero poder tener algo definitivo.

—¡Ojalá sea así! Si me perdonan, caballeros, voy a subir a la habitación de mi mujer para ver si ha habido algún cambio.

Se fue unos minutos, durante los cuales Holmes retomó su examen de las curiosidades de la pared. Cuando nuestro anfitrión volvió, estaba claro por la pesadumbre de su rostro que no había mejorado en absoluto. Venía con él una chica alta, delgada y de tez morena.

—El té está listo, Dolores —le dijo Ferguson—. Vaya a ver si la señora tiene todo lo que desea.

—Está *mu* malita —exclamó la chica que miraba indignada a su señor —. No *quie* comer. *Mu* malita. *Nesecita* un médico. Me da miedo estar sola con ella sin un médico.

Ferguson se me quedó mirando interrogante.

—Me alegraría mucho ser de alguna ayuda.

—¿Vería la señora al doctor Watson?

—Que venga. No le pediré permiso. *Nesecita* un médico.

—Entonces iré con usted sin más preámbulos.

Seguí a la chica, que estaba temblando presa de una fuerte agitación, escalera arriba y por un viejo pasillo. Al final de este, había una sólida puerta con remaches de hierro. Al verla, se me pasó por la cabeza que, si Ferguson trataba de abrirse paso por la fuerza hasta su esposa, descubriría que no era cosa fácil. La chica sacó una llave de su bolsillo y los pesados tablones de roble rechinaron sobre sus viejos goznes. Pasé adentro y ella me siguió rápidamente, cerrando la puerta al entrar.

En la cama, había tumbada una mujer que tenía, evidentemente, mucha fiebre. No estaba consciente del todo, pero, cuando entré, se incorporó con ojos aterrados y, no obstante, muy bonitos, y me miró con desasosiego. Al ver a un extraño, pareció tranquilizarse y se volvió a hundir, con un suspiro, en la almohada. Me acerqué a su lado con unas pocas palabras para que se calmara y ella continuó tendida mientras le tomaba el pulso y la temperatura. Ambos eran altos, pero, a pesar de ello, me dio la impresión de que ese estado lo causaba más una alteración mental y nerviosa que una verdadera indisposición.

—Está así un día y otro día. Me da miedo que se me muera —dijo la chica.

La mujer volvió su atractivo y encendido rostro hacia mí.

—¿Dónde está mi marido?

—Está abajo y desearía verla.

—No voy a verlo. No voy a verlo. —Parecía perderse otra vez en sus delirios—. ¡Es un desalmado! ¡Un desalmado! Ay, ¿qué tengo yo que ver con ese diablo?

—¿Puedo ayudarla de alguna manera?

—No. Nadie puede ayudarme. Es el fin. Se ha estropeado todo. Haga lo que haga, se ha estropeado todo.

La mujer debía de estar sufriendo alguna clase de extraño delirio. No lograba imaginarme al honrado Bob Ferguson actuando como un desalmado ni como un diablo.

—Señora —le dije—, su marido la quiere muchísimo. Está muy triste por estos sucesos.

Volvió a dirigir hacia mí aquellos impresionantes ojos.

—Me quiere. Sí. Pero ¿acaso yo no lo quiero? ¿No lo quiero hasta el punto de sacrificarme a mí misma en lugar de romperle el corazón? Así es como yo lo quiero. Y, a pesar de todo eso, ha sido capaz de pensar que yo… capaz de hablar de mí de esa manera.

—Le desborda la pena, pero no logra entenderlo.

—No, no logra entenderlo. Pero debería confiar.

—¿No quiere verlo? —le sugerí.

—No, no consigo olvidarme de esas palabras horribles ni de la expresión de su rostro. No quiero verlo. Ahora, váyase. No puede hacer nada por mí. Dígale únicamente una cosa. Quiero a mi hijo. Tengo derecho a mi hijo. Ese es el único mensaje que le quiero transmitir.

Volvió el rostro hacia la pared y no dijo nada más.

Bajé de nuevo al salón, donde Ferguson y Holmes seguían sentados junto al fuego. Ferguson escuchó de mal humor mi resumen de la entrevista.

—Pero ¿cómo voy a enviarle al niño? —dijo—. ¿Cómo sé que no le va a dar otro extraño arrebato? ¿Cómo podré olvidarme alguna vez de cómo se levantó de su lado con su sangre en la boca? —Se estremeció al recordarlo —. El niño está a salvo con la señora Mason y debe quedarse con ella.

Una elegante doncella, lo único moderno que habíamos visto en la casa, había traído un poco de té. Mientras lo estaba sirviendo, se abrió la puerta y entró un joven en la habitación. Era un chico singular, pálido de cara y rubio de pelo, con unos ojos azul claro nerviosos que se iluminaron con un brillo súbito de emoción y alegría cuando se detuvieron en los del padre. Se precipitó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos impetuosamente con la falta de miramientos de una chica enamorada.

—Ay, papi —exclamó—, no sabía que llegarías tan pronto. Habría estado aquí para recibirte. Ay, ¡me alegro tanto de verte!

Ferguson se liberó delicadamente del abrazo con ligeras muestras de incomodidad.

—Ay, amiguito —dijo, dando unas palmaditas en la cabeza rubia con mucha ternura—. He venido antes porque he convencido a mis amigos, el señor Holmes y el doctor Watson, de que se acercaran a pasar la tarde con nosotros.

—¿El señor Holmes? ¿El detective?

—Sí.

El joven nos observó con una mirada muy penetrante y, al menos a mí me lo pareció, hostil.

—¿Y qué hay de su otro hijo, señor Ferguson? —preguntó Holmes—. ¿Le importaría que conozcamos al bebé?

—Pídele a la señora Mason que baje al niño —dijo Ferguson.

El chico salió de allí con una curiosa manera de arrastrar los pies que me sugirió como médico que padecía una lesión en la médula espinal. Volvió poco después y tras él venía una mujer alta y huesuda que llevaba en sus brazos a un bebé precioso de ojos oscuros y cabello dorado, una mezcla fantástica de lo sajón y lo latino. Era evidente que Ferguson lo adoraba: lo cogió entre sus brazos y se puso a hacerle arrumacos de una manera muy tierna.

—Hay que tener valor para querer hacerle daño —murmuró cuando miró el bultito de un rojo encendido en el cuello del pequeño.

En ese momento, dio la casualidad de que miré a Holmes y vi en su expresión que observaba todo con una atención muy particular. Su rostro estaba petrificado, como si lo hubiesen tallado en marfil, y sus ojos, que se habían detenido un momento en el padre y el hijo, estaban ahora clavados con impaciente curiosidad en algo al otro extremo de la habitación. Al seguir su mirada, no fui capaz de suponer sino que estaba mirando el jardín húmedo y melancólico del otro lado de la ventana. Bien es verdad que había una contraventana medio cerrada y estorbaba la vista, pero, a pesar de ello, era indudable que Holmes le dedicaba toda su concentración a la ventana. Entonces, sonrió y sus ojos se dirigieron de nuevo hacia el bebé. En su cuello rollizo, se veía esa pequeña marca abultada. Sin decir palabra, Holmes la examinó con cuidado. Por último, cogió uno de los puños llenos de hoyuelos que se agitaban delante de él.

—Adiós, hombrecito. Has comenzado tu vida de manera extraña. Quisiera tener unas palabras con usted en privado, señora.

Se la llevó a un lado y habló con ella con gran seriedad durante unos breves minutos. Solo oí las últimas palabras, que fueron: «Espero que su inquietud llegue pronto a su fin». La mujer, que parecía una persona hosca y callada, se retiró con el niño.

—¿Cómo es la señora Mason? —preguntó Holmes.

—No muy agradable en apariencia, como puede ver, pero tiene un corazón de oro y se desvive por el pequeño.

—¿A ti te cae bien, Jack? —dijo Holmes, volviéndose de repente hacia el chico.

Su expresivo rostro se ensombreció y negó con la cabeza.

—Jacky es muy extremo en sus simpatías y antipatías —dijo Ferguson, que rodeó al chico con el brazo—. Por suerte, estoy entre las primeras.

El chico suspiró y arrimó la cabeza al pecho de su padre. Ferguson lo apartó con delicadeza.

—Venga, vete, Jacky, cariño —le dijo y se quedó observando a su hijo con ternura mientras se iba—. Y ahora, señor Holmes —prosiguió cuando el chico había salido—, creo sinceramente que le he hecho venir de manera absurda, porque ¿qué puede hacer usted salvo expresarme su apoyo? Debe de ser un asunto sumamente delicado y complejo, mirado desde su punto de vista.

—Desde luego que es delicado —dijo mi amigo con una sonrisa de diversión—, pero hasta ahora no me ha chocado por su complejidad. Ha sido un caso para la deducción intelectual, pero, cuando esa deducción intelectual primera queda confirmada punto por punto gracias a un gran número de incidentes independientes, entonces lo subjetivo se vuelve objetivo y podemos decir con seguridad que hemos logrado nuestro propósito. De hecho, ya lo había deducido antes de marcharnos de Baker Street y el resto ha consistido meramente en observar y confirmar.

Ferguson se llevó su enorme mano a la frente fruncida.

—Por amor de Dios, Holmes —dijo con irritación—, si ha sido capaz de penetrar en la verdad de este asunto, no me siga teniendo en vilo. ¿Cómo están las cosas? ¿Qué debo hacer? No me importa cómo ha dado con los hechos, con tal de que realmente sean ciertos.

—Le debo una explicación, por supuesto, y la tendrá. Pero ¿tiene inconveniente en que maneje el asunto a mi manera? ¿La dama puede recibirnos, Watson?

—Está enferma, pero se puede razonar con ella.

—Muy bien. Solo podemos aclarar el caso en su presencia. Subamos a verla.

—No querrá verme —suspiró Ferguson.

—Ya verá como sí —dijo Holmes y garabateó unas líneas en una hoja de papel—. Usted por lo menos va a poder entrar, Watson. ¿Tendría la amabilidad de entregarle esta nota a la dama?

Volví a subir y le di esa nota a Dolores, quien abrió cautelosamente la puerta. Al instante, se oyó un grito procedente del interior, un grito en que parecían mezclarse la alegría y la sorpresa. Dolores se asomó afuera.

—Los verá. Va a escucharlos —dijo.

A mi llamada, Ferguson y Holmes subieron hasta la puerta. Cuando entramos en la habitación, Ferguson dio uno o dos pasos hacia su mujer, que estaba incorporada en la cama, pero ella le rechazó con un gesto de la mano. Él se hundió en un sillón, mientras Holmes se sentaba asimismo junto a él después de saludar con una reverencia a la dama, que se le quedó mirando con unos ojos desorbitados por la sorpresa.

—Creo que podemos prescindir de Dolores —dijo Holmes—. Oh, como quiera, señora, si prefiere que se quede, no veo objeción alguna. Y ahora, señor Ferguson, le diré que soy un hombre muy ocupado con muchos clientes, y mis métodos han de ser breves y directos. La cirugía más rápida es la menos dolorosa. Permítame afirmarle algo que le dejará más tranquilo. Su mujer es una mujer excelente, muy cariñosa y a la que han tratado muy mal.

Ferguson se levantó dando un grito de alegría.

—Pruébelo, señor Holmes, y me sentiré en deuda con usted para siempre.

—Lo haré, pero, para ello, debo herirle profundamente por otro lado.

—Me da igual con tal de que pruebe su inocencia. Todo lo demás carece de importancia comparado con eso.

—Permítale exponerle, en tal caso, la serie de razonamientos que me pasaron por la cabeza en Baker Street. La idea de un vampiro me resultaba absurda. Esas cosas no se encuentran entre las prácticas criminales de Inglaterra. A pesar de ello, su explicación era precisa. Había visto cómo la dama se levantaba junto a la cuna del bebé con sangre en los labios.

—Cierto.

—¿No le vino a la mente que se podía chupar una herida abierta con algún otro propósito que el de extraer sangre de ella? ¿No recuerda a la reina de la historia inglesa que chupó una herida para extraer veneno de ella?

—¡Veneno!

—En Sudamérica forma parte del menaje de la casa. Mi instinto presintió la existencia de esas armas de la pared antes de verlas con mis propios ojos. Podía ser otro veneno, pero a mí me vino ese a la mente. Ese carcaj pequeño vacío junto al arco para pájaros era justo lo que esperaba encontrar. Si alguien hubiese pinchado al bebé con una de esas flechas empapadas en curare u otra droga del demonio, habría supuesto su muerte, a menos que se succionase el veneno.

»¡Y el perro! Si uno va a utilizar un veneno así, ¿no lo probaría antes para ver que no ha disminuido su potencia? No había previsto lo del perro, pero, al menos, supe ver lo que le pasaba y que encajaba con mi reconstrucción de los hechos.

»¿Lo entienden ahora? Su mujer temía que en algún momento atacasen a su hijo. Vio cómo sucedía y salvó así la vida del bebé, pero, a pesar de todo, no quiso contarle toda la verdad porque sabía cuánto quería usted al chico y tenía miedo de que se le partiera el corazón.

—¡Jacky!

—Lo he estado observando mientras le hacía arrumacos al bebé hace un momento. Su rostro se reflejaba claramente en el cristal de la ventana donde la contraventana hacía de fondo. Vi unos celos, un odio tan feroz como pocas veces he visto en un rostro humano.

—¡Mi Jacky!

—Tiene que afrontarlo, señor Ferguson. Es más doloroso todavía porque lo que le ha llevado a hacerlo es un amor viciado, un amor maníaco y exagerado por usted, y, posiblemente, por su difunta madre. Su alma se consume de odio por este hermoso bebé, cuya salud y belleza contrastan con su propia debilidad.

—¡Dios mío! ¡Es increíble!

—¿He dicho la verdad, señora?

La dama estaba sollozando con el rostro hundido en las almohadas. Ahora se volvió hacia su marido.

—¿Cómo iba a contártelo, Bob? Me imaginé el desengaño que supondría para ti. Era mejor que esperara y que lo oyeras de otros labios que no fueran los míos. Cuando este caballero, que parece tener poderes mágicos, escribió que lo sabía todo, me alegré.

—Creo que al señorito Jacky le prescribiría un año en el mar —dijo Holmes mientras se levantaba de la silla—. Solo hay una cosa en la que sigo a oscuras, señora. Puedo comprender perfectamente sus agresiones contra el señorito Jacky. La paciencia de una madre tiene un límite. Pero ¿cómo se ha atrevido a dejar al niño solo estos dos últimos días?

—Se lo había contado a la señora Mason. Lo sabía.

—Claro. Lo que lo imaginaba.

Ferguson estaba de pie junto a la cama; le faltaba la respiración y le tendía las manos, temblorosas.

—Supongo, Watson, que ha llegado el momento de que nos vayamos —dijo Holmes en un susurro—. Si usted agarra del codo a la excesivamente leal Dolores, yo la agarro del otro. Vamos, vamos —añadió mientras cerraba la puerta al salir—, creo que podemos dejarles que resuelvan lo demás entre ellos.

Solo tengo una nota más acerca de este caso. Es la carta que Holmes escribió como respuesta final a la que da inicio a este relato. Decía así:

Baker Street
21 de noviembre
Asunto: Vampiros

Estimado señor:

Con relación a su carta del 19 de noviembre, tengo el placer de informarle que he investigado el asunto de su cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson y Muirhead, comerciantes de té de Mincing Lane, y que el caso ha concluido de manera satisfactoria.

Le agradezco su recomendación.

Sinceramente suyo,

SHERLOCK HOLMES

LA AVENTURA DE LOS TRES GARRIDEB

Podría haber sido una comedia o quizá una tragedia. Un hombre pagó con su cordura. Yo pagué con el derramamiento de mi propia sangre. Y otro hombre más pagó con una condena ante la ley. Sin embargo, ciertamente hubo un elemento cómico en todo esto. Bueno, ya lo juzgarán ustedes mismos.

Recuerdo muy bien la fecha, porque sucedió el mismo mes en que Holmes rechazó un título de sir por sus servicios en un asunto que quizá pueda ser contado algún día. Solo menciono el caso de pasada, porque, dada mi posición de socio y confidente, me veo obligado a poner un especial cuidado en evitar cualquier indiscreción. Sin embargo, repito, que este me permite fijar la fecha a finales de junio de 1902, muy poco después de que concluyera la guerra en Sudáfrica. Holmes se había pasado varios días en la cama, como era habitual en él de vez en cuando, pero salió de ella esa mañana con los folios de un extenso documento en la mano y un destello de alegría en sus austeros ojos grises.

—Aquí tengo una oportunidad para que se saque algún dinero, amigo Watson —dijo—. ¿Ha oído alguna vez el apellido Garrideb?

Reconocí que no.

—Pues bien, si puede ponerle la mano encima a un Garrideb, hay dinero en juego.

—¿Y eso por qué?

—Ah, es una larga historia, y además bastante excéntrica. No creo que, en todas nuestras exploraciones de las complejidades humanas, nos hayamos topado con algo más peculiar. El tipo en cuestión estará aquí en breve para un interrogatorio, así que no le voy a desvelar nada hasta que venga. Pero, entre tanto, es el apellido lo que queremos.

La guía de teléfonos estaba en la mesa que tenía a mi lado y pasé las páginas buscándolo sin mucha esperanza. Sin embargo, y para mi sorpresa, encontré ese extraño apellido en su sitio. Solté una exclamación triunfal.

—¡Aquí lo tiene, Holmes! ¡Está aquí!

Holmes me quitó el tomo de las manos.

—«Garrideb, N.» —leyó—. «136 de Little Ryder Street, Western London». Siento decepcionarle, mi querido Watson, pero es el mismo hombre. Esa es la dirección que aparece en su carta. Queremos otro con el mismo apellido.

La señora Hudson acababa de entrar con una tarjeta en una bandeja. La cogí y le eché una ojeada.

—Pero bueno ¡si lo tenemos aquí! —exclamé sorprendido—. Es una inicial diferente. John Garrideb, asesor jurídico, Moorville, Kansas, Estados Unidos.

Holmes sonrió cuando leyó la tarjeta.

—Me temo que todavía tendrá que esforzarse un poco más, Watson —me dijo—. Este caballero ya está también implicado en la historia, aunque, ciertamente, no esperaba verlo esta mañana. Con todo, está en condiciones de contarnos mucho de lo que quiero saber.

Poco tardó en entrar en la habitación. El señor John Garrideb, asesor jurídico, era un hombre bajo, enérgico, con la cara oronda, saludable y bien afeitada, característica de muchos hombres de negocios americanos. La impresión general que daba era la de alguien rollizo y bastante infantil, así que uno tenía la sensación de estar ante un joven con una amplia sonrisa petrificada en el rostro. Sin embargo, sus ojos llamaban la atención. Pocas veces he visto en una cabeza humana un par que sugiriese una vida interior más intensa, tan brillantes eran, tan despiertos y tan atentos a cualquier cambio de pensamiento que se produjese. Tenía acento americano, pero no iba aparejado a ninguna excentricidad en la manera de hablar.

—¿Señor Holmes? —preguntó mirándonos a uno y a otro—. ¡Ah, sí! Está igual que en las fotografías, caballero, si me lo permite. Creo que ha recibido una carta del señor Nathan Garrideb, con quien comparto apellido ¿verdad?

—Le ruego que se siente —dijo Sherlock Holmes—. Me imagino que tenemos mucho de lo que hablar —cogió sus folios—, porque usted es, por supuesto, el señor John Garrideb al que se refiere este documento. Pero lleva en Inglaterra bastante tiempo, ¿no?

—¿A qué viene eso, señor Holmes? —Me pareció ver una repentina suspicacia en aquellos ojos expresivos.

—Su atuendo es inglés de los pies a la cabeza.

El señor Garrideb se rio afectadamente.

—He leído algo sobre sus trucos, señor Holmes, pero nunca pensé que sería objeto de ellos. ¿De dónde se lo saca?

—Del corte del hombro de su chaqueta, de la punta de sus botas… ¿es que a alguien le cabría la duda?

—Bueno, bueno, pues no tenía ni idea de que resultase tan británico a simple vista. Pero los negocios me trajeron aquí hace ya algún tiempo, así que, como dice, mi atuendo es casi todo londinense. Sin embargo, supongo que su tiempo es valioso y que no nos hemos reunido para hablar sobre el corte de mis calcetines. ¿Qué le parece si nos dedicamos a esos papeles que tiene en la mano?

Holmes había exasperado por alguna razón a nuestro visitante, cuyo rostro rollizo había adoptado una expresión mucho menos amable.

—¡Paciencia, señor Garrideb, paciencia! —dijo mi amigo en tono tranquilizador—. El doctor Watson le podría decir que estas pequeñas digresiones mías al final a veces resulta que vienen al caso. Pero ¿por qué no ha venido el señor Nathan Garrideb con usted?

—¿Y por qué le ha metido a usted en todo esto? —le preguntó nuestro visitante con un arrebato de ira repentino—. ¿Qué demonios tiene que ver usted con esto? No era más que un negocio entre dos caballeros ¡y a uno de ellos no se le ocurre otra cosa que llamar a un detective! Lo he visto esta mañana y me ha contado cómo me la había jugado, y esa es la razón para que esté aquí. Pero, de todas formas, lamento que haya sido así.

—No es que dude de usted, señor Garrideb. Se debe, simplemente, a su afán por alcanzar su objetivo, un objetivo que, por lo que tengo entendido, es tan vital para uno como para el otro. Sabía que yo disponía de medios

para obtener la información y, por tanto, era muy natural que solicitase mi ayuda.

El rostro furioso de nuestro visitante se fue serenando poco a poco.

—Bueno, así dicho, es otra cosa —convino—. Cuando he ido a verle esta mañana y me ha contado que había contactado con un detective, no he hecho más que pedirle su dirección y venirme directamente aquí. No quiero que la policía se entrometa en un asunto privado. Pero no hay mal alguno en ello mientras se conforme con ayudarnos a encontrar al hombre en cuestión.

—Bueno, de eso se trata precisamente —dijo Holmes—. Y ahora, señor mío, aprovechando que está usted aquí, lo mejor sería oír un resumen claro de lo sucedido de sus propios labios. Mi amigo, aquí presente, no está al tanto de ninguno de los detalles.

El señor Garrideb me examinó con una mirada no demasiado amistosa.

—¿Es necesario que esté? —preguntó.

—Normalmente trabajamos juntos.

—Bueno, no hay motivo para mantenerlo en secreto. Le expondré los hechos de manera tan breve como me sea posible. Si vinieran de Kansas, no haría falta explicarles quién era Alexander Hamilton Garrideb. Ganó su fortuna con el negocio inmobiliario y después en la bolsa dedicada al trigo en Chicago, pero se lo gastó todo adquiriendo una superficie de tierra, equivalente a uno de sus condados ingleses, que se encontraba junto al río Arkansas, al oeste de Fort Dodge. Es una tierra con pastos, madera, campos cultivables y minerales, y toda clase de bienes que le proporciona bastantes dólares al hombre que la posee.

»No tenía amistades ni parientes, o, si los tenía, nunca he sabido nada de ellos. Pero comenzó a sentir una especie de orgullo por la rareza de su apellido. Eso fue lo que hizo que nos conociéramos. Yo era abogado en Topeka y un día tuve una visita del anciano, estaba a rabiar de contento de haber encontrado a otro hombre con el mismo apellido. Era por lo que le había dado últimamente y estaba emperrado en descubrir si había más Garrideb en este mundo. “Encuéntreme a otro”, me decía. Yo le respondía que era un hombre ocupado y que no podía perder mi vida vagando por el mundo en busca de los Garrideb. “Pues, a pesar de ello —me dijo— eso es precisamente lo que hará si las cosas salen como tengo planeado”. Yo

pensaba que estaba de broma, pero esas palabras tenían todo su sentido como pronto iba a descubrir.

»Porque murió al año de decirlas y dejó testamento. Y era el testamento más extraño que se ha registrado nunca en el estado de Kansas. Su propiedad quedaba dividida en tres partes, y yo heredaría una de ellas con la condición de que encontrara dos Garrideb más con los que compartir las restantes. Serían cinco millones de dólares para cada uno si hubiera cien Garrideb, pero no podemos tocar ni un centavo hasta que no estemos los tres juntos.

»Era una oportunidad tan colosal que me desentendí de mi trabajo como abogado y me puse a buscar a los Garrideb. No hay ni uno en todo Estados Unidos. Me recorrí el país de punta a punta, caballero, y no conseguí localizar ni un Garrideb. Entonces probé con la patria de nuestros antepasados. Y, en efecto, allí estaba el apellido en la guía telefónica de Londres. Fui a buscarlo hace dos días y le expliqué todo el asunto. Sin embargo, es un hombre solitario, como yo, con algunos parientes, pero sin hombres entre ellos. En el testamento se hablaba de tres hombres adultos. Así que, como ve, seguimos con una vacante y, si nos puede ayudar a cubrirla, estaríamos más que dispuestos a pagar sus honorarios.

—Bueno, Watson —dijo Holmes con una sonrisa—, le dije que era bastante excéntrica, ¿o no? Yo habría dicho que lo más obvio habría sido poner un anuncio por palabras en el periódico.

—Ya lo he hecho, señor Holmes. No ha respondido nadie.

—¡No me diga! Desde luego, el suyo es un problemilla muy curioso. Puedo echarle un vistazo en mi tiempo libre. Por cierto, qué casualidad que sea usted de Topeka. Solía mantener correspondencia con el buen doctor Lysander Starr, ya fallecido, que fue alcalde en 1890.

—¡El bueno del doctor Starr! —dijo nuestro visitante—. Todos guardamos un buen recuerdo de él. Bueno, señor Holmes, supongo que lo único que podemos hacer es irle informando de nuestros progresos. Creo que en un par de días sabrá algo de nosotros.

Con esa promesa, nuestro americano se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó.

Holmes se había encendido su pipa y se quedó en silencio un buen rato con una sonrisa en el rostro.

—¿Y entonces? —pregunté por fin.

—Estoy perplejo, Watson, ¡ni más ni menos!

—¿Por qué?

Holmes se quitó la pipa de los labios.

—Estaba preguntándome, Watson, qué demonios pretende este hombre al contarnos semejante sarta de mentiras. He estado a punto de preguntárselo, porque hay veces en que un ataque frontal y repentino es lo más eficaz, pero he creído mejor dejar que piense que nos estaba tomando el pelo. Tenemos a un hombre con una chaqueta inglesa raída por el codo y los pantalones dados de sí por la rodilla que tienen un año, pero, a pesar de ello, según este documento y su propia exposición de los hechos, es un americano de provincias recientemente llegado a Londres. No ha puesto anuncios por palabras en los periódicos. Sabe que no me pierdo uno. Son mi escondrijo favorito donde levantar la caza y nunca se me habría pasado por alto un faisán como ese. Nunca he conocido al doctor Lysander Starr de Topeka. Lo mire por donde lo mire, es inventado. Creo que es verdad que este tipo es americano, pero se le ha ido suavizando el acento al pasar varios años en Londres. Así que, ¿a qué juega y qué motivo esconde tras su ridícula búsqueda de los Garrideb? Merece la pena que le prestemos atención porque, teniendo en cuenta que este hombre es un granuja, ciertamente lo es de una manera taimada e ingeniosa. Debemos descubrir si el que nos escribió es también un farsante. Haga el favor de llamarle por teléfono, Watson.

Así lo hice y se oyó una voz débil y temblorosa al otro lado de la línea.

—Sí, sí, soy el señor Nathan Garrideb. ¿Está Holmes con usted? Me gustaría mucho tener unas palabras con él.

Mi amigo cogió el aparato y oí el diálogo intermitente de costumbre.

—Sí, ha estado aquí. Tengo entendido que no lo conoce… ¿Desde hace cuánto? ¡Solo dos días! Sí, sí, claro, es una perspectiva muy seductora. ¿Estará en casa esta tarde? Supongo que el señor John Garrideb no se encontrará allí… Muy bien, entonces iremos, porque prefiero que charlemos sin que esté presente… El doctor Watson vendrá conmigo…

Deduzco de su escrito que no sale mucho… Bien, llegaremos alrededor de las seis. No hace falta que se lo mencione al abogado americano… Muy bien. ¡Adiós!

Era la hora crepuscular de una deliciosa tarde de primavera e incluso Little Ryder Street —una de las más pequeñas ramificaciones de Edgware Road, a un tiro de piedra del antiguo árbol de Tyburn de infausta memoria — brillaba dorada y espléndida a los rayos oblicuos del sol poniente. La casa en particular hacia la que nos dirigíamos era un edificio enorme y anticuado de estilo georgiano temprano, con una fachada lisa de ladrillo únicamente interrumpida por dos prominentes miradores de la planta baja. Nuestro cliente vivía en esa planta baja y, en efecto, esos miradores resultaron ser el exterior de una enorme habitación en la que pasaba las horas despierto. Holmes señaló al pasar la pequeña placa de latón en la que se leía el curioso apellido.

—Tiene sus años, Watson —comentó para que reparase en su superficie descolorida—. En cualquier caso, es su verdadero nombre y eso es algo de lo que tomar nota.

La casa tenía una escalera común y había un gran número de apellidos en rótulos en el vestíbulo; unos pertenecían a oficinas y otros a domicilios particulares. No era un conjunto de viviendas residenciales, sino más bien el albergue de unos bohemios solteros. Nuestro cliente nos abrió él mismo la puerta y se disculpó diciendo que la mujer al cargo de la casa se marchaba a las cuatro. El señor Nathan Garrideb resultó ser un hombre muy alto, desgarbado y chepudo, calvo y demacrado, de unos sesenta y muchos. Tenía un rostro cadavérico con la piel marchita y apagada de un hombre al que el ejercicio le es ajeno. Unas enormes gafas redondas y una pequeña perilla prominente se sumaban a su postura encorvada para darle una expresión de curiosidad expectante. La primera impresión, sin embargo, era amigable, a pesar de resultar excéntrico.

La habitación era igual de curiosa que su ocupante. Parecía un pequeño museo. Era tan ancha como profunda, con armarios y vitrinas por todas partes, llenos de ejemplares geológicos y anatómicos. Unas cajas con mariposas y polillas flanqueaban ambos lados de la entrada. En el centro de la habitación, se amontonaban toda clase de fragmentos encima de una

enorme mesa, entre los cuales se erguía el largo tubo de latón de un potente microscopio. A medida que miraba a mi alrededor, me sorprendía la universalidad de los intereses de ese hombre. Aquí había una caja con monedas antiguas. Allá una vitrina con herramientas de sílex. Detrás de la mesa central había un gran armario con huesos fósiles. Encima, una serie de cráneos de yeso con nombres como «Neanderthal», «Heildelberg» o «Cromagnon» escritos en letras de molde debajo de ellos. Resultaba evidente que era un estudioso de muchas materias. Cuando estuvo delante de nosotros, cogió con su mano derecha un trozo de gamuza con el que estaba sacando brillo a una moneda.

—Siracusana… del mejor período —nos explicó sosteniéndola en alto —. Se corrompieron mucho al llegar el final. En su mejor momento, no tuvieron rival, aunque algunos prefieren la escuela alejandrina. Tiene que haber una silla por aquí, señor Holmes. Le ruego que me permita despejarla de huesos. Y usted, señor… ah, sí, doctor Watson… si tiene la amabilidad de apartar esa vasija japonesa. Ven a mi alrededor los pequeños intereses de mi vida. Mi médico me sermonea una y otra vez por no salir nunca, pero ¿para qué iba a salir cuando tengo tantas cosas que me retienen aquí? Les puedo asegurar que catalogar correctamente una de esas vitrinas me podría llevar tres meses largos.

Holmes miró a su alrededor con curiosidad.

—Pero ¿me está diciendo que no sale *nunca*? —exclamó.

—Alguna que otra vez cojo un coche a Sotheby’s o a Christie’s. Aparte de eso, pocas veces salgo de mi habitación. No tengo muchas energías y mis investigaciones son muy absorbentes. Pero ya se puede imaginar, señor Holmes, lo pasmado que me quedé, encantado aunque pasmado, cuando me enteré de la suerte incomparable que había tenido. No necesitamos más que otro Garrideb para cerrar el asunto y es muy posible que encontremos uno. Tenía un hermano, pero falleció, y las parientes femeninas quedan descartadas. Pero, sin duda, tiene que haber otros en este mundo. Había oído que se encargaba de casos extraños y esa fue la razón por la que me puse en contacto con usted. Naturalmente, el caballero americano tiene mucha razón y tendría que haberle consultado antes, pero actué con la mejor voluntad.

—Creo que actuó de manera muy juiciosa —dijo Holmes—. Pero ¿tanto interés tiene en adquirir tierras en América?

—Claro que no, señor Holmes. Nada me llevaría a dejar mi colección. Pero este caballero me ha asegurado que me las comprará en cuanto hayamos acreditado nuestro derecho. Mencionó una suma de cinco millones de dólares. Hay una docena de ejemplares en el mercado en este momento que completarían los vacíos de mi colección y que no puedo comprar a falta de unos pocos cientos de libras. Piense un momento en lo que podría hacer con cinco millones de dólares. Bueno, que ya tendría el núcleo de una colección nacional. Sería el Hans Sloane de mi época.

Detrás de sus grandes gafas, sus ojos brillaban. Estaba muy claro que el señor Nathan Garrideb no iba a escatimar en esfuerzos en encontrar a alguien con su mismo apellido.

—He venido únicamente a verle y no hay motivo por el que seguir interrumpiendo sus estudios —dijo Holmes—. Prefiero conocer en persona a la gente para la que hago algún trabajo. Hay pocas preguntas que necesite hacerle, porque tengo su relato de los hechos en mi bolsillo y está todo muy claro, además de que he completado lo que me faltaba cuando ha venido a verme el caballero americano. Deduzco que hasta esta semana no sabía de su existencia.

—Así es. Vino a verme el martes pasado.

—¿Le ha contado nuestra entrevista de hoy?

—Sí, vino directamente a verme después. Se había enfadado mucho.

—¿Y por qué se enfadaría?

—Parece ser que pensaba que usted dudaba de su honor. Pero, cuando volvió, estaba de bastante buen humor otra vez.

—¿Le sugirió que hiciera algo en concreto?

—No, señor, no lo hizo.

—¿Tiene, o le ha pedido, dinero suyo?

—No, señor, ¡nunca!

—¿Cree que tiene algún otro propósito en mente?

—Ninguno, aparte del que él mismo afirma.

—¿Le ha contado algo de nuestra cita por teléfono?

—Sí, señor, se lo comenté.

Holmes se quedó ensimismado. Pude percibir que se encontraba confuso.

—¿Tiene algún artículo de gran valor en su colección?

—No, señor Holmes, no soy rico. Es una buena colección, pero no vale mucho dinero.

—¿No tiene miedo de que le roben?

—En absoluto.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí?

—Cerca de cinco años.

El interrogatorio de Holmes quedó interrumpido por unos golpes apremiantes en la puerta. No bien había descorrido nuestro cliente el cerrojo cuando el abogado americano irrumpió muy alterado en la habitación.

—¡Aquí está! —exclamó agitando un periódico por encima de su cabeza—. Me imaginaba que llegaría a tiempo para verle. ¡Enhorabuena, señor Nathan Garrideb! Es usted un hombre rico, señor mío. Nuestro asunto ha concluido felizmente y está todo en orden. En cuanto a usted, señor Holmes, no podemos más que pedirle disculpas si le hemos causado alguna molestia innecesaria.

Le puso en la mano el periódico a nuestro cliente, quien se quedó mirando fijamente un anuncio que había marcado en él. Holmes y yo nos inclinamos hacia delante y lo leímos por encima de su hombro. Decía lo siguiente:

> HOWARD GARRIDEB
> Fabricante de maquinaría agrícola
>
> Agavilladora, cocechadora, arados de vapor y manuales, brocas, gradas, carretas, carretones y toda clase de herramientas.
> Presupuestos pozos artesianos.
> Estamos en Grosvenor Buildings, Aston

—¡Maravilloso! —dijo con un grito ahogado nuestro anfitrión—. Con él sumamos a nuestro tercer hombre.

—Había abierto una investigación en Birmingham —dijo el americano —, y mi agente de allí me ha enviado este anuncio procedente de un periódico local. Debemos darnos prisa y terminar con esto. Le he escrito a

este hombre y le he dicho que irá a verlo a su oficina mañana por la tarde a las cuatro.

—¿Quiere que vaya a verlo?

—¿A usted qué le parece, Holmes? ¿No cree que sería lo más sensato? Aquí me tiene, un americano errante con un cuento increíble. Sin embargo, usted es británico, tiene referencias fiables y se sentirá obligado a prestar atención a lo que le diga. Yo podría acompañarle si usted quisiera, pero mañana tengo un día muy atareado. Tal vez podría unirme a usted más tarde si se ve en algún aprieto.

—Vaya, llevo años sin hacer un viaje así.

—No es para tanto, señor Garrideb. He calculado el trayecto. Si sale a las doce, debería estar allí poco después de las dos. Y luego puede volverse esa misma noche. Todo lo que tiene que hacer es ver a ese hombre, explicarle el asunto, y conseguir un documento que atestigüe su existencia. Por Dios —añadió acaloradamente—, teniendo en cuenta que yo me he recorrido toda la distancia desde el centro de Estados Unidos, supongo que no le supondrá tanto viajar unos cientos de kilómetros para dar por finalizado este asunto.

—Estoy de acuerdo —convino Holmes—. Creo que este caballero tiene mucha razón en lo que dice.

El señor Nathan Garrideb se encogió de hombros muy compungido.

—Bueno, si insiste, iré —dijo—. Me cuesta mucho, la verdad, negarle nada a usted, teniendo en cuenta que ha traído a mi vida una maravillosa esperanza.

—Entonces, no hay más que hablar —concluyó Holmes—, y, por supuesto, me informarán en cuanto les sea posible.

—De eso me encargo yo —aseguró el americano—. Bueno —añadió, mirando su reloj—, tengo que ponerme a trabajar. Mañana le llamo, Nathan, y le acompaño al tren de Birmingham. ¿Van en mi dirección, señor Holmes? Bueno, pues entonces, adiós, quizá tengamos buenas noticias para ustedes mañana por la noche.

Advertí que el rostro de mi amigo se serenaba cuando el americano salió de la habitación y que la mirada de pensativa perplejidad se había esfumado.

—Ojalá pudiera echarle un vistazo a su colección, señor Garrideb —dijo—. En mi profesión, cualquier clase de conocimiento peregrino se vuelve útil y esta habitación suya es un almacén de ellos.

A nuestro cliente se le iluminó el rostro de placer y le brillaron los ojos a través de las enormes gafas.

—Siempre había oído que era usted un hombre muy inteligente, caballero —dijo—. Podría mostrársela ahora si tiene tiempo.

—Desgraciadamente no lo tengo. Pero estos ejemplares están tan bien etiquetados y clasificados que apenas necesitan que me los explique. Si pudiera pasarme mañana, ¿tendría algún inconveniente en que les eche una ojeada?

—En absoluto. Es usted bienvenido. Cerraré con llave la casa, claro, pero la señora Saunders se encuentra en el edificio hasta las cuatro y le prestaría la suya para entrar.

—Estupendo. Resulta que mañana por la tarde estaré libre, así que, si le deja una nota a la señora Saunders, sería perfecto. Por cierto, ¿qué agencia le alquiló la casa?

—Holloway & Steele, está en Edgware Road. Pero ¿por qué?

—Yo también tengo algo de arqueólogo cuando se trata de casas —dijo Holmes, riéndose—. Me estaba preguntando si es de la época de la reina Ana o georgiano.

—Georgiano, no cabe duda.

—¿En serio? Habría pensado que era un poco anterior. Sin embargo, es fácil de averiguar. Bueno, adiós, señor Garrideb, y que tenga un viaje a Birmingham muy provechoso.

La agencia inmobiliaria estaba justo al lado, pero nos encontramos con que estaba cerrada ese día, así que tuvimos que regresar a Baker Street. Fue ya después de cenar cuando Holmes volvió a hablar del tema.

—Nuestro problemilla está llegando a su fin —dijo—. Seguro que ya tiene una solución aproximada en mente.

—Para mí no tiene ni pies ni cabeza.

—La cabeza está bastante clara y los pies los veremos mañana. ¿No hubo nada que le pareciera curioso en ese anuncio?

—Vi la palabra «cocechadora» mal escrita.

—Ah, ¿conque se ha dado cuenta? Pero, bueno, Watson, no deja de mejorar. Sí, un inglés no se confundiría, pero sí un americano. El impresor lo dejó como se lo dieron. Luego tenemos lo de «gradas». Eso también es americano. Y los pozos artesianos son más frecuentes para ellos. Es un anuncio típicamente americano, pero que pretende pasar por ser de una empresa británica. ¿Qué le parece eso?

—Lo único que se me ocurre es que fuese ese abogado americano quien lo pusiera. Lo que no acabo de entender es con qué fin.

—Bueno, hay diferentes explicaciones posibles. En cualquier caso, quería mandar a ese buen fósil a Birmingham. Eso está muy claro. Le podría haber dicho que el propósito de su viaje es una quimera, pero me lo pensé mejor y me pareció que resultaba preferible que se fuera y tener el terreno despejado. Mañana, Watson… bueno, mañana se aclarará todo.

Holmes se levantó y se fue temprano. Cuando volvió a la hora de comer, advertí por su expresión que estaba muy serio.

—Es un asunto más grave de lo que me había esperado, Watson —dijo —. Debía decírselo, aunque sé que eso solo será un motivo más para que se meta de cabeza en el peligro. Ya debería conocer a mi Watson. Pero *será* peligroso y debía saberlo.

—Bueno, tampoco es la primera vez que corremos peligro juntos, Holmes. Y espero que no sea la última. Esta vez, ¿cuál es el peligro en concreto?

—Nos enfrentamos a un tipo duro y extravagante. He identificado al señor John Garrideb, asesor jurídico. No es otro que Evans el Asesino, de siniestra y sangrienta reputación.

—Me temo que no tengo ni idea de quién es.

—Bueno, es que no forma parte de su profesión tener en la cabeza una agenda de la cárcel de Newgate. He ido a ver al amigo Lestrade a Scotland Yard. Puede que de vez en cuando falte algo de imaginación por allí, pero son los mejores del mundo en cuanto a minuciosidad y orden. Me vino a la mente que quizá diéramos con la pista de nuestro amigo americano en sus archivos. Así ha sido, me he topado con su cara regordeta sonriéndome en

la galería de retratos de los granujas. «James Winter, alias Morecroft, alias Evans el Asesino», decía en el letrero de debajo. —Holmes se sacó un sobre del bolsillo—. He garabateado aquí algunos detalles de su expediente. Edad: cuarenta y cuatro años. Nacido en Chicago. Constancia de haber disparado a tres hombres en Estados Unidos. Evita la cárcel gracias a sus relaciones políticas. Llegado a Londres en 1893. Disparó a un hombre por asuntos de juego en un club nocturno de Waterloo Road en enero de 1895. El hombre muere, pero se demostró que este había provocado la pelea. El fallecido fue identificado como Rodger Prescott, célebre falsificador de monedas y billetes. Sueltan a Evans el Asesino en 1901. La policía lo ha mantenido vigilado desde entonces, pero, hasta donde sabemos, ha llevado una vida honrada. Hombre muy peligroso, suele llevar armas y está dispuesto a utilizarlas. Ese es nuestro pájaro, Watson… me reconocerá que es un pájaro de cuidado.

—Pero ¿a qué juega?

—Bueno, empiezo a tener una explicación. He estado en la agencia inmobiliaria. Nuestro cliente, como nos dijo, lleva en la casa cinco años. Antes de eso, no se alquiló durante un año. El anterior inquilino era un caballero en toda la extensión de la palabra llamado Waldron. Todos en la oficina recordaban perfectamente el aspecto de Waldron. Se había esfumado de repente y no se supo nada más de él. Era un hombre alto con barba y muy moreno de facciones. Ahora bien, Prescott, el hombre a quien disparó Evans el Asesino, era, según Scotland Yard, un hombre alto, moreno y con barba. Como hipótesis de trabajo, creo que podemos asumir que el tal Prescott, el criminal americano, solía vivir en el mismo domicilio en que nuestro inocente amigo se consagra a su museo. Así que, por lo menos, tenemos una conexión.

—¿Y la siguiente conexión?

—Bueno, esa vamos a tener que ir ahora a buscarla.

Cogió un revólver del cajón y me lo tendió.

—Yo ya llevo mi favorito de siempre. Si nuestro amigo del salvaje oeste trata de estar a la altura de su apodo, debemos estar preparados. Le daré una hora de siesta, Watson, y luego creo que habrá llegado el momento de nuestra aventura en Ryder Street.

Eran las cuatro en punto cuando llegamos al curioso apartamento de Nathan Garrideb. La señora Saunders, la conserje, estaba a punto de marcharse, pero no vaciló en dejarnos entrar, porque la puerta se cerraba con una cerradura de golpe y Holmes prometió comprobar que se quedaba todo bien cerrado antes de irnos. Poco después se cerraba la puerta del portal, vimos su sombrero pasar por delante del mirador y así supimos que estábamos solos en la planta baja de la casa. Holmes inspeccionó rápidamente el piso. Había un armario en un rincón en sombra que estaba un poco separado de la pared. Allí detrás fue donde nos agachamos al final mientras Holmes me resumió susurrando lo que pretendía hacer.

—Quería sacar a nuestro agradable amigo de esta habitación; eso está muy claro y, como el coleccionista nunca salía de aquí, tuvo que planear algo para hacerlo. Toda esta fantasía acerca de Garrideb no tenía otra finalidad en apariencia. Debo decir, Watson, que hay una cierta ingenuidad perversa en ello, aun cuando el extraño apellido del inquilino le diese un pie que difícilmente se hubiese esperado. Urdió esta trama con una notable astucia.

—Pero ¿qué estaba buscando?

—Bueno, eso es lo que hemos venido a descubrir aquí. No tenía nada que ver con nuestro cliente, por lo que he podido deducir de la situación. Es algo relacionado con el hombre al que asesinó, el hombre que, posiblemente, sea su cómplice en el crimen. Hay algún secreto vergonzoso en la habitación. Es lo que interpreto yo. Al principio, pensaba que nuestro amigo quizá tuviese algo en su colección más valioso de lo que él fuese consciente: algo que mereciera el interés de un gran criminal. Pero el hecho de que Rodger Prescott, de infausta memoria, viviese en este apartamento indica que hay alguna razón menos evidente. Bueno, Watson, no podemos más que armarnos de paciencia y ver lo que nos depara la siguiente hora.

Esa hora no tardó en sonar. Nos agazapamos todavía más en la sombra cuando oímos que la puerta de la calle se abría y se cerraba. Entonces, sonó el chasquido agudo y metálico de una llave y el americano entró en la habitación. Cerró la puerta suavemente al entrar, miró detenidamente a su alrededor para comprobar que no había peligro, se quitó el abrigo y se acercó a la mesa central a la manera enérgica de alguien que sabe

exactamente lo que tiene que hacer y cómo hacerlo. Echó a un lado la mesa, tiró del cuadrado de alfombra en donde descansaba, la enrolló hacia atrás y, luego, tras sacar una palanqueta del bolsillo interior, se arrodilló y se puso con brío a trabajar en el suelo. Al poco oímos el ruido de unas tablas que se deslizaban y, un momento después, había abierto un cuadrado en la tarima. Evans el Asesino encendió una cerilla y con ella un cabo de vela y desapareció de nuestra vista.

A todas luces, había llegado nuestro momento. Holmes, para advertirme, me tocó la muñeca y cruzamos juntos sigilosamente la habitación hasta la trampilla sin cerrar. Sin embargo, a pesar del cuidado que pusimos al movernos, el vetusto suelo debió de crujir a nuestro paso porque la cabeza de nuestro americano, escudriñando ansiosamente a su alrededor, apareció de repente por la abertura. Su rostro se volvió hacia nosotros con una atónita expresión de rabia, que poco a poco se fue suavizando en una sonrisa de vergüenza al darse cuenta de que tenía dos pistolas apuntándole a la cabeza.

—¡Vaya, vaya! —dijo con frialdad al salir a gatas a la superficie—. Supongo que era usted demasiado para mí, señor Holmes. Se dio cuenta de mi juego, me imagino, y me tomó el pelo desde el principio. Pues bien, señor mío, se lo reconozco, me ha derrotado y…

Se había sacado visto y no visto un revólver del pecho y había realizado dos disparos. Sentí una punzada caliente y repentina como si me hubiesen presionado en el muslo con un hierro candente. Se oyó un estrépito cuando la pistola de Holmes chocó contra la cabeza del americano. Me pareció verle tirado en el suelo con la sangre corriendo por su rostro mientras Holmes le registraba buscando más armas. Entonces, los nervudos brazos de mi amigo me cogieron y me llevaron a una silla.

—No estará herido, ¿verdad, Watson? Por amor de Dios, ¡dígame que no está herido!

Esa herida mereció la pena, habrían merecido la pena muchas más, solo por ver la profunda lealtad y afecto que había tras esa fría máscara. Sus ojos claros y duros quedaron empañados un momento y temblaron aquellos inflexibles labios. Fue la única vez que pude ver fugazmente que tenía un

gran corazón, además de un gran cerebro. Todos mis años de servicio, modesto aunque sin titubeos, culminaban en ese momento de revelación.

—No es nada, Holmes. Un simple arañazo.

Había rajado mis pantalones con su navaja.

—¡Tiene razón! —gritó con un inmenso suspiro de alivio—. Es bastante superficial. —Su rostro se endureció mientras fulminaba con la mirada a nuestro prisionero, que se había incorporado y nos miraba aturdido—. Por Dios, que usted también ha tenido suerte. Si hubiese matado a Watson, no habría salido vivo de esta habitación. Y ahora, caballero, ¿qué tiene que decir en su defensa?

No tenía nada que decir. No hizo más que quedarse sentado y fruncir el ceño. Me apoyé en el brazo de Holmes y nos asomamos juntos a la pequeña bodega que había dejado al descubierto la portezuela secreta. Seguía iluminada por la vela que Evans había bajado consigo. Nuestras miradas dieron con un montón de maquinaria oxidada, grandes rollos de papel, botellas tiradas y, con un orden impecable encima de una mesa pequeña, gran número de pequeños y pulcros fajos de billetes.

—Una imprenta… el equipo de un falsificador —dijo Holmes.

—Sí, señor —replicó nuestro prisionero, que había caminado tambaleándose lentamente hasta hundirse en un sillón—. El mayor falsificador que haya visto Londres. Esa es la máquina de Prescott y esos fajos de encima de la mesa son dos mil billetes de cien hechos por Prescott y listos para colarlos en cualquier parte. Sírvanse, caballeros. Considérenlo un trato y dejen que me largue.

Holmes rompió a reír.

—Nosotros no hacemos esas cosas, señor Evans. No hay sitio en este país en donde pueda esconderse. Disparó a ese tal Prescott, ¿verdad?

—Sí, señor, y pagué cinco años por ello, aunque fue él quien apretó primero el gatillo. Cinco años, cuando deberían haberme dado una medalla del tamaño de un plato de sopa. Ningún hombre con vida podría distinguir un Prescott de un Banco de Inglaterra, y, si no le hubiese quitado de en medio, habría inundado Londres con esos billetes. Yo era la única persona en el mundo que sabía dónde los fabricaba. ¿Se hace una idea de las ganas que tenía de llegar a este sitio? ¿Y se hace una idea de lo mucho que me

esmeré en sacar de aquí a este bobo chiflado y bichólogo con ese nombre absurdo que se había aposentado justo en el techo de mi dinero cuando me lo encontré? Habría sido más sensato darle boleto. Habría sido bastante fácil, pero soy un blandengue que no es capaz de ponerse a disparar a menos que el otro tenga también un arma. Pero, dígame, Holmes, de todas formas, ¿qué es lo que he hecho mal? No he utilizado el taller. No le he hecho nada al carcamal. ¿De qué me acusa?

—Solo de intento de asesinato, hasta donde puedo ver —le dijo Holmes —. Pero ese no es nuestro trabajo. De eso se encargan en el siguiente negociado. De momento, lo único que queríamos era atrapar a su maravillosa persona. Por favor, haga una llamada a Scotland Yard, Watson. No les resultará del todo inesperado.

Y esto fue lo que sucedió con Evans el Asesino y su increíble historia de los tres Garrideb. Más tarde nos enteramos de que nuestro pobre amigo nunca logró sobreponerse del trauma de que se esfumaran sus sueños. Cuando se derrumbaron sus castillos en el aire, quedó enterrado entre sus ruinas. Lo último que supimos fue que estaba en un asilo de Brixton. En Scotland Yard, el descubrimiento del equipo de Prescott se recibió con gran alegría porque, aunque sabían de su existencia desde la muerte de aquel, no habían sido capaces de averiguar dónde se encontraba. En realidad, Evans había prestado un gran servicio y había conseguido que varios hombres valiosos del Departamento de Investigación Criminal durmieran más tranquilos, puesto que la falsificación era de tal calibre que representaba un peligro público. Habrían firmado gustosamente para que le concedieran esa medalla del tamaño de un plato de sopa que había dicho el criminal, pero un desagradecido tribunal adoptó un punto de vista menos favorable, y el Asesino regresó a las sombras de las que acababa de surgir.

EL PROBLEMA DEL PUENTE THOR

En algún lugar de las bóvedas del banco Cox & Co., sito en Charing Cross, hay una caja oblonga de latón, abollada y desgastada por los viajes, que lleva mi nombre, doctor John H. Watson, médico licenciado del ejército de la India, escrito en la tapa. Está a rebosar de papeles y casi todos ellos son expedientes de los casos que ilustran los curiosos problemas que el señor Sherlock Holmes tuvo que estudiar en diversos momentos. Algunos, y no los menos interesantes, fueron absolutos fracasos y, por ello mismo, difícilmente sostendrían su publicación, ya que no se logró una explicación final. Un problema sin solución puede interesar al estudiante, pero es poco probable que no aburra al lector despreocupado. Entre esos relatos inacabados se encuentra el del señor James Phillimore a quien, cuando desanduvo el camino a casa para coger el paraguas, no se le volvió a ver nunca más con vida. No menos extraordinario es el del cúter *Alicia*, que una mañana de primavera se introdujo en un pequeño banco de niebla de donde nunca volvería a salir, y no se supo más ni del barco ni de su tripulación. Un tercer caso es el de Isadora Persano, el célebre periodista y aficionado a los duelos, a quien se encontró loco de remate con una caja de cerillas enfrente que contenía un extraordinario gusano, por lo visto desconocido para los especialistas. Además de esos casos sin desentrañar, hay algunos que implican secretos de familias distinguidas de tal magnitud que supondría una gran consternación en muchos círculos de la alta sociedad el mero hecho de pensar que hay una posibilidad de que llegaran a publicarse. No hace falta decir que es impensable que se produzca semejante traición a su confianza y que, ahora que mi amigo tiene tiempo para dedicar sus energías a ello, se entresacarán y destruirán esos expedientes. Queda un remanente considerable de casos de mayor o menor interés que habría publicado antes si no hubiese tenido miedo de empachar al público lector con ellos, lo que

habría tenido un efecto pernicioso en la reputación del hombre a quien respeto por encima de todos los demás. En algunos me vi yo mismo involucrado y puedo hablar de ellos como testigo presencial, mientras que en otros o no estaba presente o desempeñé un papel tan insignificante que no podría contarlos sino en tercera persona. El siguiente relato lo extraigo de mi propia experiencia.

Era una mañana tormentosa de octubre y contemplaba, mientras me vestía, cómo las últimas hojas que quedaban caían arremolinándose de un plátano solitario que adorna el patio de atrás de nuestra casa. Bajé a desayunar con idea de encontrarme a mi compañero deprimido, porque, como todos los grandes artistas, le afectaba enseguida su entorno. Por el contrario, me encontré con que casi se había terminado el desayuno y que estaba especialmente alegre y simpático, con esa jovialidad algo siniestra de sus momentos de lucidez.

—Tiene un caso, ¿no, Holmes? —le comenté.

—Desde luego, Watson, la capacidad de deducción resulta contagiosa —me respondió—. Le ha permitido averiguar mi secreto. Sí, tengo un caso. Después de un mes de banalidades e inactividad, los engranajes se vuelven a poner en marcha.

—¿Puede compartirlo conmigo?

—No hay mucho que compartir, pero podemos hablar de ello cuando haya dado cuenta de los dos huevos duros con los que nuestra nueva cocinera nos ha obsequiado. Es posible que su condición no deje de estar relacionada con la copia del *Family Herald* que vi ayer encima de la mesa del vestíbulo. Incluso un asunto tan trivial como pasar un huevo por agua requiere estar atento del paso del tiempo y es incompatible con las historias de amor de esa excelente revista.

Un cuarto de hora después habían recogido la mesa y estábamos el uno enfrente del otro. Se había sacado una carta del bolsillo.

—¿Ha oído hablar de Neil Gibson, el llamado rey del oro? —me dijo.

—¿Se refiere al senador norteamericano?

—Bueno, es cierto que fue senador de algún estado del oeste, pero es más conocido por ser el mayor propietario de minas de oro del mundo.

—Sí, algo he leído. Sé que estuvo viviendo una temporada en Inglaterra. Su nombre es muy conocido.

—Es cierto, compró una propiedad nada desdeñable en Hampshire hace más o menos cinco años. Quizá se haya enterado también del trágico final de su esposa.

—Claro, ahora caigo. Por eso me resultaba familiar su nombre. Pero la verdad es que no conozco los detalles.

Holmes hizo un gesto con la mano en dirección a unos periódicos que había encima de una silla.

—Si hubiese sabido que me toparía con este caso, habría tenido mi colección de artículos al día —dijo—. En realidad, el problema, aunque muy llamativo, no parece presentar dificultad alguna. La fascinante personalidad del acusado no proyecta ninguna sombra sobre la claridad de las pruebas. Así lo consideran los autos del tribunal de instrucción y del juzgado de guardia. Ahora lo han trasladado a la audiencia de Winchester, así que me temo que este asunto va a resultar poco satisfactorio. Puedo descubrir los hechos, Watson, pero no puedo cambiarlos. A menos que salgan a la luz datos nuevos e insospechados, no veo qué esperanza le puede quedar a mi cliente.

—¿Su cliente?

—Ah, me había olvidado de que no se lo había dicho. Me está contagiando esa incomprensible manía suya, Watson, de contar las historias al revés. Lo mejor es que se lea esto lo primero de todo.

La carta que me tendió, escrita con una letra exquisita y decidida, decía lo siguiente:

Claridge's Hotel,
3 de octubre

Estimado señor Holmes:

No puedo ver cómo la mejor mujer que haya creado Dios se encamina a la muerte sin hacer todo lo que esté en mi mano para salvarla. No puedo explicar lo sucedido, no puedo ni siquiera empezar a explicarlo, pero sé, no me cabe en absoluto ninguna duda, que la señorita Dunbar es inocente. Conocerá los hechos, ¿y quién no? Han sido la comidilla del país. ¡Y no se ha levantado ni una voz en su defensa! Es la maldita injusticia de todo esto lo que me exaspera. Esa mujer tiene un corazón tan grande que no sería capaz de matar ni a una mosca. Bueno, me acercaré mañana a las once y veré si puede aportar algo de luz a tanta oscuridad. Quizá yo mismo tenga una pista que desconozco. En cualquier caso, todo lo que sé y todo lo que tengo y

todo lo que soy está a su disposición a condición de que la salve. Si alguna vez en su vida ha utilizado todas sus habilidades, hágalo de nuevo ahora con este caso.

Sinceramente suyo,

J. NEIL GIBSON

—Ahí lo tiene —dijo Sherlock Holmes, mientras sacaba la ceniza de la pipa de después de desayunar y la volvía a llenar con calma—. Ese es el caballero al que estoy esperando. En cuanto a la historia, difícilmente le dará tiempo a digerir todos esos periódicos, así que tendré que contárselo en pocas palabras si va a participar de manera racional en los acontecimientos. Este hombre es la mayor potencia financiera del mundo, y, según tengo entendido, es un hombre impulsivo con un carácter espantoso. Se casó con su esposa, la víctima de esta tragedia y de la cual no sé nada excepto que no estaba en la flor de la vida, y fue una pena, porque una institutriz muy atractiva supervisaba la educación de los dos chiquillos. Esas son las tres personas involucradas y el escenario es una imponente y vetusta mansión, centro de una histórica finca inglesa. Pasemos a la tragedia. Se encontró a la esposa dentro de la propiedad, a unos ochocientos metros de la casa, bien entrada la noche, con un vestido de noche, un chal en los hombros y una bala de revólver en el cerebro. No se encontró ninguna arma cerca de ella y no había ninguna pista acerca del asesino en el lugar. Ninguna arma cerca de ella, Watson: ¡quédese con eso! Parece que el crimen se cometió a primeras horas de la noche y el cuerpo fue encontrado por un guardabosques alrededor de las once, momento en que fue examinado por la policía y por un médico antes de ser trasladado a la casa. ¿Estoy resumiendo demasiado o está todo claro?

—Todo muy claro. Pero ¿por qué sospechar de la institutriz?

—Pues bien, en primer lugar existen algunas pruebas inequívocas. Se encontró en el suelo de su armario un revólver con una recámara vacía y un calibre que se corresponde con el de la bala. —Su mirada se perdió en el vacío y recalcó las palabras—: En-el-suelo-de-su-armario.

Entonces, se sumió en un absoluto silencio y me di cuenta de que se habían desencadenado en su mente una serie de pensamientos que habría sido una idiotez interrumpir. De repente, con un respingo, volvió en sí.

—Sí, Watson, lo encontraron. Bastante incriminatorio, ¿no? Eso pensaron dos jurados. Por añadidura, la fallecida llevaba una nota con ella, firmada por la institutriz, en que la citaba en ese mismo lugar. ¡Ya me contará! Por último, hay un móvil. El senador Gibson tiene su interés. Si su esposa muere, ¿qué sucesora más probable que la joven dama a quien, según se dice, su jefe ya había colmado de insistentes atenciones? Amor, dinero, poder, todo ello condicionado por la vida de una mujer de mediana edad. Pinta mal, Watson, ¡muy mal!

—Pues sí, la verdad, Holmes.

—Ni siquiera tiene una coartada. Al contrario, tuvo que admitir que estaba cerca del puente Thor —lugar de la tragedia— a esas horas. No podía negarlo, porque un lugareño la había visto allí al pasar.

—Eso parece ya definitivo.

—A pesar de todo eso, Watson, a pesar de todo… Ese puente —no es más que una ancha pasarela de piedra con barandilla a los lados— hace que el camino de acceso pase por la parte más estrecha de una superficie de agua extensa, profunda y llena de cañas. La llaman el lago Thor. La fallecida se hallaba a la entrada del puente. Esos son básicamente los hechos. Pero, si no me equivoco, acaba de llegar nuestro cliente, bastante antes de la hora.

Billy había abierto la puerta, pero el nombre que anunció nos resultó inesperado. El señor Marlow Bates era desconocido para ambos. Era un personajillo delgado e inquieto con ojos aterrados y un comportamiento nervioso y vacilante: un hombre de quien habría dicho, como médico, que se encontraba al borde de una crisis nerviosa.

—Parece alterado, señor Bates —dijo Holmes—. Le ruego que se siente. Me temo que solo puedo concederle unos minutos, porque tengo una cita a las once.

—Sé lo de su cita —soltó nuestro visitante entrecortadamente, como si le faltara el aliento—. Viene el señor Gibson. Y el señor Gibson es mi jefe. Soy el administrador de la finca. Señor Holmes, es un canalla, un maldito canalla.

—Eso son palabras muy duras, señor Bates.

—Debo ser rotundo, señor Holmes, dado que disponemos de tan poco tiempo. No me gustaría que él me encontrara aquí por nada del mundo. Debe de estar casi al llegar. Pero me veía en tal situación que no he podido venir antes. Su secretario, el señor Ferguson, no me ha dicho hasta esta mañana que tenía cita con usted.

—¿Y usted es el administrador?

—Le he avisado de que me marcho. En un par de semanas, me habré librado de su maldito yugo. Un hombre despiadado, señor Holmes, despiadado con todo lo que le rodea. Esas obras benéficas de cara al público son una cortina de humo para ocultar su maldad en privado. Pero su esposa ha sido su víctima principal. Se comportaba como un animal con ella, sí, señor mío, ¡como un animal! Cómo murió, eso no lo sé, pero estoy seguro de que convirtió su vida en una pesadilla. Venía del trópico, nació en Brasil, como sin duda sabrá.

—No, se me había escapado.

—Tropical de nacimiento y tropical de carácter. Una hija del sol y de la pasión. Había estado tan enamorada de él como se enamoran las mujeres así, pero, cuando sus atractivos físicos se fueron desvaneciendo —y, según me contaron, los tuvo y muchos—, ya no poseía nada con qué retenerlo. Todos le teníamos cariño y lo sentíamos por ella y lo odiábamos por la manera en que la trataba. Pero es un tipo persuasivo y con malicia. Eso es todo lo que tenía que decirle. No se fíe de las apariencias. Mire más allá. Y ahora me voy. No, no, ¡déjeme ir! Está casi al llegar.

Tras echar una aterrorizada ojeada al reloj, nuestro extraño visitante se fue literalmente corriendo a la puerta y desapareció.

—¡Vaya, vaya! —dijo Holmes, después de un rato en silencio—. Pues sí que tiene el señor Gibson unos empleados fieles. Pero, como advertencia, es bastante útil, y ahora no podemos hacer más que esperar hasta que aparezca el susodicho.

A las once en punto, oímos unos pasos subir pesadamente por la escalera, y se hizo pasar al célebre millonario a nuestro salón. Cuando lo observé, comprendí no solo el miedo y la antipatía de su administrador, sino también las atrocidades que tantos rivales en los negocios le habían achacado. Si fuera escultor y deseara representar al típico triunfador en los

negocios, de nervios de acero y conciencia correosa, elegiría al señor Neil Gibson como modelo. Su figura alta, flaca y pétrea evocaba avidez y rapacidad. Un Abraham Lincoln entregado a viles ocupaciones en lugar de a metas elevadas, para hacernos una idea. Su rostro habría podido ser cincelado en granito, duro, obstinado, implacable, y con profundas arrugas, cicatrices de más de una crisis. Unos ojos grises y fríos, que nos miraban astutamente bajo unas cejas encrespadas, nos escrutaron a uno y luego al otro. Me saludó inclinando levemente la cabeza cuando Holmes mencionó mi nombre y luego, como si tomara posesión del lugar, acercó una silla a mi compañero y se sentó con sus huesudas rodillas casi rozándole.

—Permítame decirle para empezar, señor Holmes —comenzó—, que en este caso el dinero me da igual. Puede quemarlo si eso sirve de algo para esclarecer la verdad. Esta mujer es inocente y debe ser absuelta y depende de usted hacerlo. ¡Ponga usted el precio!

—Tengo tarifas fijadas para mi remuneración —dijo Holmes con frialdad—. Solo las cambio cuando rehúso a ella por completo.

—Bueno, si los dólares no suponen nada para usted, piense en su reputación. Si lo logra, aparecerá en todos los periódicos de Inglaterra y Estados Unidos. No se hablará de otra cosa en dos continentes.

—Se lo agradezco, señor Gibson, no creo que me vea en la necesidad de ser famoso. Puede que le sorprenda saber que prefiero trabajar de manera anónima y que es el problema en sí lo que me llama la atención. Pero estamos perdiendo el tiempo. Vayamos al grano: los hechos.

—Creo que encontrará lo esencial en las noticias de los periódicos. No sé qué más puedo añadir que le ayude. Pero si hay algo que desea aclarar, estoy aquí para hacerlo.

—Bueno, tan solo un detalle.

—Dígame.

—¿Qué relación había exactamente entre usted y la señorita Dunbar?

El rey del oro dio un violento respingo y casi se levanta de la silla. Luego recobró su extraordinario aplomo.

—Supongo que está en su derecho, y puede que en su obligación, de preguntar algo así, señor Holmes.

—Estaremos de acuerdo en suponerlo —dijo Holmes.

—Entonces, le puedo asegurar que nuestras relaciones eran absolutamente y en todo momento las de un jefe con una joven con la que nunca hablaba, ni siquiera veía, excepto cuando la acompañaban mis hijos.

Holmes se levantó de su silla.

—Soy un hombre bastante ocupado, señor Gibson —dijo—, y no tengo tiempo ni ganas de hablar por hablar. Que pase un buen día.

Nuestro visitante también se había levantado y su figura enorme y desgarbada sobresalió por encima de la de Holmes. Se veía un destello de furia bajo esas cejas encrespadas y algo de color en sus pálidas mejillas.

—¿Qué demonios quiere decir con eso, señor Holmes? ¿Rechaza mi caso?

—Bueno, señor Gibson, como poco le rechazo a usted. Creí haber sido claro.

—Bastante claro, pero ¿qué hay detrás de todo esto? ¿Subirme el precio, miedo a fracasar o qué? Tengo derecho a una respuesta clara.

—Vaya, puede que lo tenga —dijo Holmes—. Le daré una. Este caso ya es lo suficientemente complejo para aumentar su dificultad con informaciones falsas.

—Quiere decir que estoy mintiendo.

—Bueno, estaba intentando expresarlo de la manera más delicada posible, pero si se empeña en esa expresión, no le llevaré la contraria.

Me puse en pie de un salto, porque el gesto del rostro del millonario era de profunda maldad y había levantado un puño nudoso y gigantesco. Holmes sonrió lánguidamente y estiró la mano para coger su pipa.

—No se altere usted, señor Gibson. Después de desayunar, me sienta mal hasta la discusión más ligera. Le sugiero que dé un paseo: el aire matutino y meditar un poco a solas le resultará muy beneficioso.

Con algo de esfuerzo, el rey del oro dominó su ira. No pude sino admirarle, porque, gracias a un absoluto control sobre sí mismo, había pasado en un minuto de un ardiente arrebato de cólera a una indiferencia fría y desdeñosa.

—Bueno, haga lo que quiera. Me imagino que sabrá cómo llevar su negocio. No puedo obligarle a que se ocupe del caso en contra de su voluntad. Señor Holmes, no se ha hecho usted ningún favor esta mañana,

porque les he destrozado la vida a hombres más poderosos que usted. Ningún hombre se ha interpuesto nunca en mi camino y ha salido bien parado por ello.

—Eso me lo han dicho muchos y, sin embargo, aquí me tiene —dijo Holmes sonriendo—. Conque, buenos días, señor Gibson. Todavía le queda mucho por aprender.

Nuestro visitante salió haciendo bastante ruido, pero Holmes fumaba en un silencio imperturbable con una mirada soñadora clavada en el techo.

—¿Alguna opinión, Watson? —preguntó por fin.

—Pues, la verdad, Holmes, he de confesar que, si me paro a pensar en que este tipo es la clase de hombre que, sin lugar a dudas, se deshace de cualquier obstáculo que haya en su camino, y cuando recuerdo que es posible que su esposa haya sido un obstáculo y objeto de su antipatía, como el tal Bates nos ha dicho claramente, me parece…

—Exactamente. Y a mí también.

—Pero ¿qué relación tenía con la institutriz y cómo lo ha descubierto?

—Era un farol, Watson, ¡un farol! Cuando me he acordado del tono apasionado, insólito, informal de su carta y lo he comparado con la serenidad de su presencia y de sus modales, me ha resultado muy claro que sentía alguna emoción profunda por la mujer acusada antes que por la víctima. Tenemos que desentrañar la naturaleza exacta de las relaciones entre esas tres personas si queremos obtener la verdad. Ya ha visto cómo me he enfrentado a él sin miramientos y la manera imperturbable en que ha reaccionado. Entonces, me eché mi farol y le dejé creer que estaba absolutamente seguro de ello, cuando, en realidad, solo tengo una enorme sospecha.

—¿Cree que volverá?

—Seguro que vuelve. *Tiene* que volver. No puede dejar las cosas como están. ¡Ajá! ¿No es el timbre? Sí, se oyen sus pasos. Pues sí, señor Gibson, acabo de decirle ahora mismo al doctor Watson que ya estaba tardando.

El rey del oro había vuelto a entrar en la habitación con la cabeza más gacha de lo que había salido. La herida de su orgullo todavía podía verse en su mirada de rencor, pero su sentido común le había dictado que tendría que claudicar si quería alcanzar sus objetivos.

—He estado pensando en ello, señor Holmes, y sospecho que me he precipitado al tomarme a mal sus comentarios. Tiene motivos para dejarse de rodeos e ir a los hechos, sean cuales sean estos, y eso hace que piense mejor todavía de usted. Pero, a pesar de ello, le puedo asegurar que las relaciones entra la señorita Dunbar y yo no tienen nada que ver con este caso.

—Eso me toca decidirlo a mí, ¿no le parece?

—Sí, supongo que sí, que es como un cirujano que quiere conocer todos los síntomas antes de poder dar un diagnóstico.

—Eso es. Bien dicho. Y solo un paciente que tuviera intención de engañar a su cirujano le ocultaría los hechos relacionados con su caso.

—Puede que sí, pero admitirá, señor Holmes, que a muchos hombres les alteraría un poco que les preguntasen de buenas a primeras sobre sus relaciones con una mujer… si de verdad hubiese algún sentimiento serio en juego. Supongo que muchos hombres tienen en algún rincón de su alma una reserva de privacidad, y que los intrusos no son bien recibidos allí. Y usted ha irrumpido en él. Pero tiene sus motivos, puesto que ha sido para tratar de salvarla. Bueno, las cartas están sobre la mesa, y la reserva, abierta, y puede hurgar donde quiera. ¿Qué desea estar?

—La verdad.

El rey del oro se quedó un rato en silencio como si pusiera en orden lo que pensaba. Su rostro ceñudo y surcado por profundas arrugas se entristeció aún más.

—Puedo contársela en muy pocas palabras, señor Holmes —dijo por fin —. Hay algunas cosas que son tan dolorosas como difíciles de contar, así que no profundizaré más de lo necesario. Conocí a mi mujer cuando me aventuré como buscador de oro en Brasil. Maria Pinto era la hija de un funcionario del gobierno en Manaos y era guapísima. Yo era joven y apasionado por aquel entonces, pero, incluso ahora, cuando echo la vista atrás, más templado y de manera más crítica, reconozco que era de una extraña y maravillosa belleza. Además, tenía muchísimo carácter: ardiente, entregada, tropical, desequilibrada, muy diferente de las mujeres americanas que había conocido. Bueno, por abreviar una historia muy larga, estaba enamorado y me casé con ella. Fue solo cuando dejé de estarlo —y

el enamoramiento duró varios años— cuando me di cuenta de que no teníamos nada, absolutamente nada, en común. Mi amor por ella desapareció. Si el suyo también hubiese desaparecido, quizá habría sido más fácil. Pero ¡ya sabe lo asombrosas que son las mujeres! Hiciera lo que hiciese yo, nada la alejaba de mí. Si me he portado de manera cruel con ella, incluso como un animal como algunos han dicho, se debe a que sabía que, si conseguía matar su amor, o si se transformaba en odio, sería más fácil para ambos. Pero eso no le hizo cambiar. Me adoraba en estos bosques ingleses como me adoró hace veinte años a orillas del Amazonas. Hiciera lo que hiciese, seguía venerándome como siempre.

»Entonces llegó la señorita Grace Dunbar. Respondió a nuestro anuncio y se convirtió en la institutriz de nuestros dos hijos. Es posible que hayan visto su fotografía en los periódicos. Todo el mundo afirma que ella también es una mujer muy guapa. Pero no voy a fingir que soy más recto que el prójimo y le admitiré que no podía vivir bajo el mismo techo con una mujer así y tratar con ella todos los días sin mirarla con deseo. ¿Me está reprochando eso, señor Holmes?

—No le reprocho que la desease. Se lo reprocharía si le hubiese hablado de ello, puesto que esa señorita estaba de alguna manera bajo su protección.

—Bueno, quizá sí —dijo el millonario, aunque, por un instante, la reprimenda hizo que volviera el anterior brillo de ira a sus ojos—. No fingiré que soy mejor hombre de lo que soy. Supongo que, durante toda mi vida, he sido alguien que ha cogido lo que ha querido y nunca he querido nada tanto como que esa mujer me amase y poseerla. Y así se lo dije.

—Ah, así que se lo dijo.

Holmes podía resultar temible cuando se alteraba.

—Le dije que, si hubiese podido, me habría casado con ella, pero que no estaba en mi mano. Le dije que el dinero no era un inconveniente y que, si podía hacer que viviera feliz y sin preocupaciones, lo haría.

—Es usted todo generosidad —dijo Holmes con desprecio.

—Mire, señor Holmes. He venido a verle por una cuestión legal, no por una moral. Así que no me venga con moralinas.

—He aceptado hablar sobre su caso únicamente en interés de la joven y solo por eso —replicó Holmes con severidad—. Dudo que ninguna de las

cosas de las que se la acusa, en realidad, sean peores que lo que acaba de admitir, que ha intentado hacer que una chica indefensa, que vivía bajo su techo, se perdiese. A algunos hombres ricos como usted hay que enseñarles que no pueden sobornar a todo el mundo para que se toleren sus atropellos.

Para mi sorpresa, el rey del oro se tomó la reprimenda con serenidad.

—Así es como me siento ahora mismo. Le doy gracias a Dios de que mis planes no resultaran como pretendía. Rechazó de forma terminante mi proposición y quiso abandonar la casa de inmediato.

—¿Por qué no lo hizo?

—Bueno, en primer lugar, tenía gente que dependía de ella, y para ella no era un asunto menor defraudarlos a todos renunciando a su sustento. Cuando le juré —como hice— que nunca volvería a molestarla, aceptó quedarse. Pero había otra razón. Sabía la influencia que tenía sobre mí y que era más poderosa que cualquier otra en este mundo. Quería utilizarla para hacer el bien.

—¿Cómo?

—Bueno, sabía algo de mis negocios. Son numerosos, señor Holmes, más numerosos de lo que cree el hombre de a pie. Puedo crear o destruir, y suelo destruir. No solo ha sucedido con individuos. Sociedades, ciudades, incluso naciones. Los negocios son un juego duro y el débil va a la bancarrota. He jugado aceptando todas las reglas. Nunca me he quejado y nunca me ha preocupado que los demás lo hicieran. Pero ella lo veía de manera diferente. Supongo que tenía razón. Creía y decía que la fortuna de un hombre que poseía más de lo que necesitaba no debía levantarse sobre la ruina de diez mil hombres a quienes se les dejaba sin medios para subsistir. Así era como lo veía ella y supongo que era capaz de imaginarse algo más duradero más allá de los dólares. Se dio cuenta de que yo escuchaba lo que decía y creyó que ayudaba al mundo al influir en mis actos. Así que se quedó. Y luego pasó todo esto.

—¿Puede aclarar alguna cosa al respecto?

El rey del oro se quedó callado uno o dos minutos, con la cabeza hundida entre las manos, completamente sumido en sus pensamientos.

—Lo tiene muy negro. No puedo negarlo. Y las mujeres tienen su vida interior y pueden hacer cosas que los hombres no son capaces de entender.

Al principio, me dejó todo tan confuso y perplejo que estuve dispuesto a admitir que había sido víctima de algún extraño extravío que iba claramente en contra de su manera de ser. Me vino una explicación a la cabeza. Se la cuento, señor Holmes, por si vale de algo. No cabe duda de que a mi esposa la corroían los celos. Se pueden tener celos por una afinidad espiritual y pueden ser tan enfermizos como los celos por algo físico, y aunque mi esposa no tenía motivo —y creo que lo daba por sentado— para lo segundo, era consciente de que esta chica inglesa ejercía una influencia en mi manera de pensar y de actuar que ella misma no tuvo nunca. Era una buena influencia, pero eso no mejoraba las cosas. Estaba fuera de sí por culpa del odio, y el calor del Amazonas le encendía la sangre. Era posible que hubiese planeado matar a la señorita Dunbar, o pongamos que amenazarla con una pistola y así aterrorizarla y que nos dejara. Y luego quizá habría habido un forcejeo y se hubiese disparado la pistola y alcanzado a la mujer que la tenía en la mano.

—Esa posibilidad ya se me había ocurrido a mí —dijo Holmes—. De hecho, es la única alternativa obvia a un asesinato premeditado.

—Pero ella lo niega de manera rotunda.

—Bueno, eso no es concluyente, ¿verdad? Se puede entender que una mujer en una situación tan horrible corriera ofuscada a casa con el revólver todavía en la mano. Incluso podría haberlo tirado entre sus ropas sin ser consciente apenas de lo que estaba haciendo y, cuando fue encontrado, intentara mentir para salir del paso negándolo todo, porque no había explicación posible. ¿Hay algo en contra de esta hipótesis?

—Pues la señorita Dunbar misma.

—Ya, puede ser.

Holmes miró su reloj.

—Seguro que podemos obtener los permisos necesarios ahora por la mañana y llegar a Winchester en el tren de la tarde. Cuando haya visto a esta joven, es muy posible que pueda resultarle más útil, aunque no puedo prometerle que mis conclusiones sean forzosamente las que usted desea.

Hubo algún retraso con la autorización oficial y, en lugar de ir a Winchester ese día, nos acercamos a Thor Place, la finca del señor Neil Gibson en Hampshire. Él, por su parte, no nos acompañó, pero teníamos la

dirección del sargento Coventry, de la policía local, quien se había encargado de la investigación del caso en un comienzo. Era un hombre alto, delgado y cadavérico, con un comportamiento misterioso y taciturno que invitaba a pensar que sabía o sospechaba mucho más de lo que se atrevía a decir. Tenía la manía, además, de ponerse a susurrar las cosas de pronto, como si hubiese llegado a un aspecto de vital importancia, aunque la información solía ser de lo más corriente. Exceptuando esas peculiaridades suyas, enseguida demostró ser un tipo decente y honrado sin tanto orgullo para no admitir que se sentía perdido y que le alegraba cualquier ayuda.

—De todas formas, señor Holmes, prefiero tenerle aquí a usted que a Scotland Yard —dijo—. Si los llaman a ellos, entonces los de aquí nos quedamos sin el mérito en caso de éxito y cabe la posibilidad de que nos culpen de un fracaso. Ahora que, por lo que me cuentan, usted juega limpio.

—A mí no me hace falta que se me mencione en absoluto —aseguró Holmes para alivio evidente de nuestro melancólico conocido—. Si soy capaz de aclararlo, no le pido que cite mi nombre.

—Bueno, es muy generoso por su parte, ya lo creo. Y ya sé que se puede confiar en su amigo, el doctor Watson. Oiga, señor Holmes, de camino al lugar de los hechos, hay una pregunta que me gustaría hacerle. Esto ni se me pasa por la cabeza decírselo a nadie, solo a usted. —Miró a su alrededor como si casi ni se atreviera a pronunciar las palabras—: ¿No cree usted que es posible que el culpable sea el propio señor Neil Gibson?

—Lo he estado sopesando.

—Usted no ha visto a la señorita Dunbar. Es una auténtica maravilla de mujer, se mire por donde se mire. Puede que deseara quitarse a su mujer de en medio. Y estos americanos están mucho más sueltos con las pistolas que nosotros. Era su pistola, ¿sabe?

—¿Eso ha quedado claramente establecido?

—Sí, señor. Era una de un par que tenía.

—¿Una de un par? ¿Dónde está la otra?

—Bueno, el caballero en cuestión tiene muchas armas de fuego de todas clases. Nunca hemos logrado dar con la pareja de esa pistola en concreto, pero el estuche era para dos.

—Si pertenecía a un par, seguramente deberían ser capaces de encontrarla.

—Bueno, las tenemos todas expuestas en la casa, por si quisiera analizarlas.

—Puede que más tarde. Creo que daremos un paseo juntos y le echaremos un vistazo al lugar de la tragedia.

Esta conversación había tenido lugar en un saloncito de la humilde casa de campo del sargento Coventry que hacía las veces de comisaría local. Una caminata de casi un kilómetro por un páramo azotado por el viento, cubierto de oro y bronce por los helechos marchitos, nos condujo hasta una puerta lateral que daba a las tierras de la finca de Thor Place. Un sendero nos llevó por un coto de faisanes y entonces, desde un claro, vimos la mansión con entramado de madera, mitad Tudor y mitad georgiana, en lo alto de la colina. A nuestro lado había un estanque alargado y rodeado de cañas, que se estrechaba en el centro, donde la calzada principal pasaba por encima de un puente de piedra, pero que se dilataba a ambos lados en sendas lagunas. Nuestro guía hizo un alto a la entrada del puente y señaló al suelo.

—Ahí es donde yacía el cuerpo de la señora Gibson. Lo señalé con esa piedra.

—Doy por hecho que estaba usted aquí antes de que lo trasladaran.

—Sí, mandaron a buscarme enseguida.

—¿Quién?

—El propio señor Gibson. Cuando se dio la alarma, vino corriendo con los demás desde la casa e insistió en que no se moviera nada hasta que llegara la policía.

—Fue sensato. Deduje por la crónica del periódico que el disparo se realizó a bocajarro.

—Sí, señor, desde muy cerca.

—¿Junto a la sien derecha?

—Justo detrás, señor.

—¿Cómo se encontraba el cuerpo?

—De espaldas, señor. Sin signos de lucha. Sin huellas. Sin armas. Tenía agarrada la breve nota de la señorita Dunbar con la mano izquierda.

—¿Agarrada, dice?

—Sí, señor, nos costó separar los dedos.

—Eso tiene mucha importancia. Descarta la idea de que alguien hubiese podido poner la nota ahí después de la muerte para proporcionar una pista falsa. ¡Madre mía! Según recuerdo, la nota era bastante breve:

»Estaré en el puente de Thor a las nueve.

G. DUNBAR

»¿No decía así?

—Sí, señor.

—¿Reconoció la señorita Dunbar haberla escrito?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue su explicación?

—Se la reservó para su defensa ante los tribunales. No quiso decir nada.

—Desde luego, el problema es muy interesante. El detalle de la carta resulta incomprensible, ¿no cree?

—Pues, señor —respondió el guía—, parecía, si me lo permite, el único detalle verdaderamente claro de todo el caso.

Holmes negó con la cabeza.

—Suponiendo que la carta es auténtica y que se escribiera de buena fe, sin duda la recibió algún tiempo antes, pongamos una hora o dos. ¿Por qué, entonces, esta señora la seguía teniendo cogida en su mano izquierda? ¿Por qué llevarla con tanto cuidado? No tenía nada que decir acerca de ella en la entrevista. ¿No le parece extraño?

—Bueno, señor, tal como usted lo expone, quizá lo sea.

—Creo que me gustaría sentarme tranquilo durante unos minutos a meditar sobre ello.

Se sentó en el borde de piedra del puente y pude ver cómo sus perspicaces ojos grises lanzaban inquisitivas miradas en todas las direcciones. De repente, se puso en pie de un salto de nuevo y cruzó corriendo al antepecho contrario, cogió rápidamente la lupa de su bolsillo y empezó a inspeccionar la sillería de piedra.

—Es curioso —dijo.

—Sí, señor, vimos la mella en el borde. Me imagino que lo haría alguien que paseaba por aquí.

La piedra era gris, pero en ese único punto parecía blanca en una extensión no mayor a una moneda de seis peniques. Cuando se examinaba más de cerca, se podía ver que la superficie estaba desportillada como por un fuerte golpe.

—Para hacer eso, hay que golpearlo con cierta violencia —dijo Holmes pensativo y atizó el borde con su bastón varias veces sin dejar huella—. Sí, fue un buen golpazo. En un sitio curioso, además. No se dio desde arriba, sino desde abajo, como puede deducir por estar en la parte *inferior* del borde del antepecho.

—Pero está a unos cinco metros del cuerpo por lo menos.

—Sí, está a unos cinco metros del cuerpo. Quizá no tenga nada que ver con el asunto, pero es un detalle digno de destacar. No creo que vayamos a descubrir nada más aquí. ¿Dijo que no había huellas de pisadas?

—El suelo estaba helado, señor. No había huellas en absoluto.

—Entonces podemos irnos. Subiremos a la casa primero para inspeccionar esas armas que me decía. Luego nos pondremos en camino hacia Winchester, pues desearía visitar a la señorita Dunbar antes de avanzar más.

El señor Neil Gibson no había regresado de la ciudad, pero vimos en la casa al neurótico señor Bates, el hombre que nos había visitado por la mañana. Nos mostró con siniestro placer la impresionante colección de armas de fuego de varios tipos y tamaños que su jefe había ido reuniendo a lo largo de una vida azarosa.

—El señor Gibson tiene sus enemigos, como cualquiera que lo conozca a él y sus métodos podría esperar —dijo—. Duerme con un revólver cargado en el cajón de la mesilla. Es un hombre violento, señor, y hay veces que a todos nos asusta. Estoy seguro de que a menudo la pobre señora, que en paz descanse, sentía terror.

—¿Presenció algún episodio de violencia física contra ella?

—No, no puedo afirmarlo. Pero he oído palabras que eran casi igual de malas, palabras de un desprecio frío y cortante, incluso delante de los sirvientes.

—Nuestro millonario no parece destacar por su vida privada —comentó Holmes cuando nos dirigimos a la estación—. Bueno, Watson, nos hemos

topado con una buena cantidad de datos, algunos de ellos nuevos, y, sin embargo, me parece que me queda camino para llegar a una conclusión. A pesar de la antipatía tan evidente que siente el señor Bates por su jefe, gracias a él he sacado en claro que, cuando se dio la voz de alarma, el señor Gibson estaba, sin lugar a dudas, en su biblioteca. Terminaron de cenar alrededor de las ocho y media y hasta ese momento todo era normal. Es verdad que se dio la alarma algo más tarde esa noche, pero la tragedia sucedió, con seguridad, a la hora mencionada en la nota. No hay ninguna prueba de que el señor Gibson hubiese salido de casa desde su regreso de la ciudad a las cinco. Por otra parte, la señorita Dunbar, según tengo entendido, reconoce que se había citado con la señora Gibson para reunirse en el puente. Fuera de eso, no quiso decir nada, puesto que su abogado le había aconsejado que se la reservase para la audiencia. Tenemos varias preguntas trascendentales que hacerle a la joven y no me sentiré tranquilo hasta que la hayamos visto. Debo confesar que el caso parecería estar muy negro para ella de no ser por una cosa.

—¿El qué, Holmes?

—El haber encontrado la pistola en su armario.

—¡Vaya, hombre, Holmes! —exclamé—. Justo lo que a mí me parecía el punto más incontestable de todos.

—Pues no lo es, Watson. Ya me había extrañado a mí incluso al leerlo la primera vez por encima y ahora que tengo una perspectiva más directa del caso es lo único sólido que tengo para conservar la esperanza. Debemos revisar la coherencia del asunto. Cuando falta esta, debemos sospechar que se ha producido un engaño.

—No consigo seguirle.

—Bueno, ahora, Watson, imagínese por un momento, como hipótesis, que se encuentra en el lugar de una mujer que, de una manera fría y premeditada, está a punto de deshacerse de una rival. Tiene un plan. Ha escrito una nota. La víctima ha acudido al encuentro. Usted tiene su arma. Se comete el crimen. Un trabajo concienzudo, perfecto. ¿Me va a decir ahora que, después de llevar a cabo un crimen de manera tan hábil, hundiría su reputación como criminal olvidándose de arrojar su arma a esas matas de caña cercanas que la ocultarían para siempre, porque siente la necesidad de

llevársela cuidadosamente a casa para meterla en su armario, que es el primer lugar donde la van a buscar? Ni sus mejores amigos dirían que es usted un intrigante, Watson, aunque no logro hacerme a la idea de que se le ocurriera semejante memez.

—Son los nervios del momento.

—No, no, Watson, no admitiré esa posibilidad. Cuando hay un crimen premeditado fríamente, también se premeditan fríamente los medios para que no salga a la luz. Espero, por tanto, que nos hallemos en presencia de un grave malentendido.

—Pero, entonces, hay mucho que explicar.

—Bueno, empecemos a explicarlo. Una vez cambie su punto de vista sobre el asunto, el mismo detalle que era tan incontestable se convierte en un indicio de la verdad. Por ejemplo, tenemos ese revólver. La señorita Dunbar niega saber nada de él. Según nuestra nueva teoría, está diciendo la verdad cuando lo afirma. Por lo tanto, alguien lo puso en el armario. ¿Quién lo puso allí? Alguien que deseara incriminarla. ¿No sería esa persona el auténtico criminal? Ya ve cómo nos topamos así con una línea de investigación muy provechosa.

Nos vimos obligados a pasar la noche en Winchester, porque todavía no habían acabado con todas las formalidades, pero a la mañana siguiente, en compañía del señor Joyce Cummings, el prometedor abogado a quien se le había encargado la defensa, nos permitieron visitar a la joven en su calabozo. Me había esperado, por todo lo que había oído, encontrarme con una mujer guapa, pero nunca olvidaré lo impresionado que me dejó la señorita Dunbar. No era de extrañar que hasta el tiránico millonario hubiese descubierto en ella algo más poderoso que él, algo que pudiera dominarlo y guiarlo. Además, cuando uno observaba ese rostro firme de facciones marcadas, y, aun así, delicado, se daba cuenta de que hasta ella sería capaz de algún acto impulsivo, pero que, a pesar de ello, había una nobleza innata en su carácter que la inclinaba siempre a hacer el bien. Era alta, morena, de apariencia noble y porte imponente, pero había en sus ojos oscuros la conmovedora expresión de desamparo de la criatura acosada que presiente las redes a su alrededor, pero no sabe cómo escapar del peligro. Entonces, cuando se percató de la presencia y de la ayuda de mi célebre amigo, sus

pálidas mejillas recobraron algo de color y se empezó a ver un brillo de esperanza en los ojos que nos miraban.

—Quizá el señor Neil Gibson le haya contado algo de lo que ocurrió entre nosotros —preguntó en voz baja y alterada.

—Sí —respondió Holmes—, no hace falta que sufra entrando en esa parte de la historia. Después de verla, estoy dispuesto a admitir lo dicho por el señor Gibson, tanto que ejercía cierta influencia sobre él como que las relaciones entre ustedes eran inocentes. Pero ¿por qué no se ha sacado a relucir toda esa situación en los tribunales?

—Me parecía increíble que se mantuviese esa acusación. Pensaba que, si esperábamos, todo el asunto se tendría que aclarar por sí mismo sin que nos viésemos obligados a entrar en detalles dolorosos sobre la vida íntima de la familia. Pero ahora comprendo que, lejos de aclararse, se ha vuelto todavía más grave.

—Mi querida señorita —exclamó Holmes muy serio—, le ruego que no se haga ilusiones sobre el tema. El señor Cummings, aquí presente, le podría decir que ahora mismo todo está en nuestra contra y que debemos hacer todo lo posible si queremos ganar claramente. Sería muy cruel por mi parte fingir que no se encuentra en una situación enormemente peligrosa. Así que, ayúdeme todo lo que pueda a obtener la verdad.

—No le voy a esconder nada.

—Cuéntenos, entonces, cuáles eran sus auténticas relaciones con la esposa del señor Gibson.

—Me odiaba, señor Holmes. Me odiaba con todo el fervor de ese carácter tropical suyo. No era una mujer que hiciese las cosas a medias, y en la misma medida en que quería a su esposo me odiaba también a mí. Es probable que malinterpretase nuestra relación. Yo no le deseaba ningún mal, pero ella quería de una manera tan intensa en el sentido físico que era incapaz de comprender el vínculo intelectual, o incluso espiritual, que nos unía a su marido y a mí, y ni se le pasaba por la cabeza que yo solo pretendía quedarme bajo su techo para inclinarle a hacer el bien. Ahora soy consciente de que me equivoqué. Nada podía justificar que permaneciera en un lugar donde yo era la causa de la infelicidad, aunque es cierto que, si me hubiese marchado de la casa, esa infelicidad habría seguido existiendo.

—Ahora, señorita Dunbar —intervino Holmes—, le ruego que nos cuente exactamente qué sucedió esa noche.

—Le puedo contar la verdad hasta donde sé, señor Holmes, pero no estoy en condiciones de poder probar nada y hay detalles, los más trascendentales, que no puedo ni explicar ni imaginarme explicación alguna.

—Si usted descubre los hechos, quizá otros puedan descubrir las explicaciones.

—Bueno, en lo que se refiere a mi presencia en el puente de Thor esa noche, recibí una nota de la señora Gibson por la mañana. Estaba encima de la mesa de la habitación donde impartía las clases, y es posible que la dejara allí ella misma. Me suplicaba que la viese allí después de cenar, afirmaba que tenía algo importante que decirme y me pedía que le dejara mi respuesta en el reloj de sol del jardín, que no deseaba que nadie estuviera al tanto. No entendía a qué venía tanto secreto, pero hice lo que me pedía y acepté vernos. Me rogaba que destruyera su nota y la quemé en la chimenea de la sala de estudio. Ella tenía mucho miedo de su marido, que la trataba con crueldad, cosa que le reproché muchas veces, y lo único que se me ocurrió para que se comportara así era que no deseaba que supiese nada de nuestra entrevista.

—Pero ella se guardó su respuesta con mucho cuidado.

—Sí. Me sorprendió cuando me dijeron que la tenía en la mano al morir.

—Y bien, ¿qué pasó entonces?

—Bajé allí como había prometido. Cuando llegué al puente, me estaba esperando. Hasta ese momento nunca me había percatado de cuánto me odiaba aquella pobre mujer. Estaba como loca, la verdad es que creo que *estaba* loca, loca de una forma sutil, con esa enorme capacidad para fingir que puede tener la gente trastornada. ¿Cómo si no habría podido tratarme día tras día con esa indiferencia y, sin embargo, odiarme con tanta rabia en su interior? No le contaré lo que me dijo. Desató toda su furia contra mí diciéndome unas cosas terribles y violentas. Ni siquiera respondí… no me dejaba. Era horrible verla en ese estado. Me llevé las manos a los oídos y me fui corriendo. Cuando me marché, se quedó allí; seguía maldiciéndome a gritos a la entrada del puente.

—¿Donde fue encontrada luego?

—A unos pocas metros del lugar.

—Sin embargo, pese a que suponemos que falleció poco después de que se marchara usted, no oyó ningún disparo.

—No, no oí nada. Pero, la verdad, señor Holmes, estaba tan nerviosa y asustada después de ese horrible arrebato que me volví corriendo a refugiarme en mi habitación y fui incapaz de darme cuenta de nada de lo que sucedía.

—Dice que regresó a su habitación. ¿Volvió a salir de allí antes de la mañana siguiente?

—Sí, cuando se dio la alarma de que la pobre mujer había fallecido, salí corriendo con los demás.

—¿Vio al señor Gibson?

—Sí, acababa de regresar del puente cuando lo vi. Había mandado llamar al médico y a la policía.

—¿Le pareció fuera de sí?

—El señor Gibson es un hombre muy fuerte y seguro de sí mismo. No creo que haya mostrado sus emociones en público nunca. Pero yo, que lo conozco muy bien, me daba cuenta de que estaba profundamente afectado.

—Vayamos ahora al asunto crucial. Encontraron esa pistola en su habitación. ¿La había visto antes?

—Nunca, se lo juro.

—¿Cuándo la encontraron?

—A la mañana siguiente, cuando la policía procedió al registro.

—¿Entre su ropa?

—Sí, en el suelo de mi armario, debajo de mis vestidos.

—¿Podría decir cuánto tiempo llevaba allí aproximadamente?

—La mañana anterior no estaba allí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estuve organizando el armario.

—Eso es concluyente. Entonces, alguien entró en su habitación y colocó la pistola allí con el fin de inculparla.

—Tuvo que ser eso.

—Y ¿cuándo?

—Solo pudo hacerse a la hora de comer o también a las horas en que estuviera en clase con los niños.

—Como lo estaba cuando recibió la nota.

—Así es, desde ese momento hasta el final de la mañana.

—Gracias, señorita Dunbar. ¿Algún otro detalle que pudiera ayudarme en mi investigación?

—No se me ocurre ninguno.

—Había algunos indicios de violencia en la piedra del puente… una muesca recentísima justo enfrente del cadáver. ¿Podría sugerirnos alguna explicación posible para ello?

—Me imagino que será una mera coincidencia.

—Es curioso, señorita Dunbar, muy curioso. ¿Por qué aparecería en el mismo momento que la tragedia y por qué en el mismo lugar?

—Pero ¿qué lo habría causado? Una cosa así solo sucede si se golpea con mucha violencia.

Holmes no respondió. En su rostro pálido e impaciente había aparecido aquella expresión crispada y distante que yo había aprendido a relacionar con las manifestaciones supremas de su genio. Resultaba tan evidente el momento crucial en el que se había sumido su mente que ninguno de nosotros se atrevió a hablar, y nos quedamos, el abogado, la presa y yo mismo, mirándolo con un intenso y absorto silencio. De repente, saltó de su silla temblando de energía nerviosa y necesidad apremiante de actuar.

—¡Venga, Watson, venga! —gritó.

—Pero ¿qué le pasa, señor Holmes?

—Nada grave, señorita. Le haré llegar noticias mías, señor Cummings. Con la ayuda del dios de la justicia, le proporcionaré a usted un caso que causará sensación en toda Inglaterra. Tendrá noticias nuestras mañana, señorita Dunbar, y, entre tanto, le garantizo que se está abriendo el cielo y que tengo más que esperanzas de que la luz de la verdad se abra paso entre las nubes.

El viaje de Winchester a Thor Place no era demasiado largo, pero, impaciente como estaba, a mí sí me lo parecía, mientras que resultaba

evidente que a Holmes se le estaba haciendo interminable. Y es que estaba demasiado nervioso para conseguir quedarse quieto y caminaba arriba y abajo por el vagón o tamborileaba con largos y finos dedos en los cojines de al lado. De repente, no obstante, cuando nos acercábamos a nuestro destino, se sentó enfrente de mí —teníamos un vagón de primera clase a nuestra disposición—, y, poniendo una mano en cada una de mis rodillas, me miró a los ojos con esa mirada particularmente pícara que era característica de sus estados de ánimo más traviesos.

—Watson —me dijo—, que yo recuerde, usted solía ir armado a estas excursiones nuestras.

Y mejor que lo hiciera yo por él, porque ponía poco empeño en su propia seguridad cuando estaba absorto en un problema; más de una vez mi revólver había resultado ser un buen amigo en caso de apuro. Le recordé ese pequeño detalle.

—Sí, sí, soy un poco despistado para esas cosas. Pero ¿lleva el revólver consigo?

Lo extraje de mi bolsillo de atrás: un arma corta, pequeña y manejable, aunque muy práctica. Quitó el seguro, sacó los cartuchos sacudiéndola, y la examinó con atención.

—Pesa… pesa de manera notable —comentó.

—Sí, es una pieza sólida.

Holmes se paró a meditar sobre ella un minuto.

—¿Sabe, Watson? —comenzó a decir—. Creo que su revólver va a tener una estrecha relación con el misterio que estamos investigando.

—Mi querido Holmes, estará de broma.

—No, Watson, lo digo muy en serio. Tenemos un ensayo por delante. Si el ensayo sale bien, se aclarará todo. Y el ensayo depende del comportamiento de esta pequeña arma. Saquemos un cartucho. Ahora volvamos a colocar los otros cinco y pongamos el seguro. ¡Así! Eso aumenta el peso y así lo reproduciremos mejor.

No sabía ni por asomo qué tenía en mente, ni me lo aclaró, sino que se sumió en sus pensamientos allí sentado hasta que nos detuvimos en la estación de Hampshire. Nos procuramos un coche desvencijado y, en un

cuarto de hora, estábamos en la casa de nuestro amigo de confianza, el sargento.

—¿Una pista, señor Holmes? ¿Cuál es?

—Todo depende del comportamiento del revólver de Watson —respondió mi amigo—. Aquí lo tiene. Y ahora, agente, ¿puede suministrarme una cuerda de unos diez metros?

La tienda del pueblo nos proporcionó un ovillo de bramante resistente.

—Creo que esto es todo lo que necesitamos —concluyó Holmes—. Ahora, por favor, salgamos ya hacia la que espero que sea la última estación de nuestro viaje.

Se estaba poniendo el sol, transformando el páramo ondulado de Hampshire en un magnífico paisaje otoñal. El sargento avanzaba a nuestro lado a trompicones, con muchas miradas críticas de incredulidad que daban cuenta de sus hondas dudas sobre la cordura de mi compañero. A medida que nos aproximábamos a la escena del crimen, se me hizo evidente que mi amigo, bajo toda esa frialdad suya de costumbre, estaba, en realidad, tremendamente nervioso.

—Sí —dijo en respuesta a mi comentario—, ya me ha visto errar el tiro antes, Watson. Tengo instinto para estos asuntos; aun así hay veces en que me juega malas pasadas. La primera vez, cuando me vino de pronto a la mente en la celda de Winchester, me pareció irrefutable, pero uno de los inconvenientes de una mente ágil es que se le ocurren siempre explicaciones alternativas y estas habrían convertido nuestra pista en una falsa. Pero, aun así, aun así… Bueno, Watson, no podemos hacer otra cosa que intentarlo.

Mientras caminaba, había atado con fuerza un cabo de la cuerda a la empuñadura del revólver. Habíamos llegado ya al lugar de la tragedia. Con mucho cuidado, bajo la dirección del policía, señaló el punto exacto donde había estado tendido el cadáver. Luego, rebuscó entre el brezo y los helechos hasta que encontró una piedra de buen tamaño. Ató esta al otro extremo de la cuerda y la descolgó por encima del antepecho del puente de modo que quedó bamboleándose sobre el agua. Entonces, se puso encima del aciago punto, a cierta distancia del borde del puente, con mi revólver en la mano, la cuerda tirante entre el arma y la pesada piedra del otro lado.

—¡Allá va! —gritó.

Dicho esto, levantó la pistola a la altura de la cabeza y luego la soltó. En un instante, el peso de la piedra había tirado de ella, había chocado con un violento chasquido contra el antepecho y había desaparecido, pasando por encima de este, en el agua. Apenas había sucedido cuando Holmes se había arrodillado junto al murete de piedra y un grito de alegría confirmó que había dado con lo que esperaba.

—¿Se ha visto una demostración más certera en este mundo? —exclamó—. Mire, Watson, ¡su revólver ha resuelto el problema!

Mientras decía esto, señalaba a una segunda desportilladura de igual tamaño y forma de la primera que había aparecido en el borde de abajo de la balaustrada de piedra.

—Esta noche nos quedaremos en la posada —continuó diciendo cuando se levantó y miró hacia el estupefacto sargento—. No lo dude, hágase con un gancho y recupere el revólver de mi amigo. Encontrará junto a este también el revólver, la cuerda y el peso con que esta rencorosa mujer trató de disimular su propio crimen y de cargar con una acusación por asesinato a una víctima inocente. Puede informar al señor Gibson de que lo veré por la mañana, cuando se pueda iniciar el proceso para la exculpación de la señorita Dunbar.

Esa tarde, a última hora, cuando estábamos sentados juntos fumándonos nuestras pipas en la posada del pueblo, Holmes me hizo un breve repaso de lo que había ocurrido.

—Me temo, Watson —afirmó—, que no mejorará la reputación que haya podido adquirir si añade el caso del misterio del puente de Thor a sus anales. He estado lento mentalmente y carente de esa mezcla de imaginación y realismo que es la base de mi arte. Confieso que la mella en el murete de piedra era pista suficiente para sugerir la solución verdadera y que me acuso de no haber llegado a ella antes.

»Hay que reconocer que las maquinaciones de esa infeliz eran retorcidas y sutiles, de modo que no era un asunto muy sencillo desenredar su montaje. No recuerdo que nos hayamos encontrado nunca, en nuestras aventuras, un ejemplo más extraño de lo que puede traer consigo un amor viciado. A sus ojos resultaba tan imperdonable que la señorita Dunbar fuera

su rival en un sentido físico como en el meramente intelectual. Sin duda culpaba a esta inocente señorita de todo ese trato cruel y esas palabras desagradables con las que su marido intentaba ahuyentar ese cariño tan efusivo suyo. Su primera decisión fue terminar con su propia vida. La segunda, hacerlo de tal manera que implicara a su víctima en un destino que resultara mucho peor que una muerte repentina.

»Podemos seguir con bastante facilidad sus diferentes pasos, y ciertamente evidencian una sutileza intelectual fuera de lo común. Se las ingenió para que la señorita Dunbar le escribiera una nota en la que pareciera que había sido ella quien había elegido la escena del crimen. Estaba tan ansiosa por que la descubrieran que cargó un poco las tintas quedándosela en la mano hasta el final. Este mero indicio debería haber suscitado mis sospechas mucho antes de lo que lo hizo.

»Entonces, cogió uno de los revólveres de su marido —como pudo ver, había un arsenal en la casa— y se lo guardó para sus propios fines. Esa mañana escondió uno parecido en el armario de la señorita Dunbar después de realizar un disparo, lo que pudo hacer fácilmente en el bosque sin llamar la atención. Luego bajó al puente, donde había ideado ese método tan ingenioso para deshacerse del arma. Cuando la señorita Dunbar apareció por allí, con su último aliento desató todo su odio contra ella, y, luego, cuando ya no la podía oír, consumó su terrible designio. Ya tenemos cada eslabón en su lugar y hemos completado la cadena deductiva. Los periódicos cuestionarán por qué no se empezó por dragar el lago, pero es fácil sabérselas todas a toro pasado, y, en cualquier caso, a menos que se tenga conciencia clara de qué se está buscando y dónde, no resulta fácil dragar toda la extensión de un lago lleno de cañas. En fin, Watson, hemos ayudado a una mujer excepcional y también a un hombre formidable. Si unieran sus fuerzas en el futuro, lo que no parece improbable, el mundo financiero quizá descubra que el señor Neil Gibson ha sacado en claro algo de esa escuela del dolor donde se imparten las lecciones de la vida.

LA AVENTURA DEL HOMBRE QUE CAMINABA A CUATRO PATAS

El señor Sherlock Holmes siempre fue de la opinión de que debía publicar los peculiares hechos relacionados con el profesor Presbury, aunque solo fuera para acallar de una vez por todas los desagradables rumores que hará veinte años alborotaron la universidad y obtuvieron eco en las academias científicas de Londres. Sin embargo, existían ciertos obstáculos para ello y la verdadera historia de este curioso caso quedó sepultada en la caja de hojalata que tantos expedientes contiene de las aventuras de mi amigo. Hoy, por fin, hemos logrado que nos permitan airear los hechos; estos constituyen uno de los ultimísimos casos que asumió Holmes antes de retirarse de la profesión. Incluso ahora, debemos proceder con discreción y reservas al presentar el asunto ante el público.

Era un domingo por la tarde, a comienzos de septiembre del año 1903, cuando recibí uno de los lacónicos mensajes de Holmes:

> Venga enseguida si no tiene inconveniente… y, si lo tiene, venga de todas formas.
>
> S. H.

Las relaciones entre nosotros en aquellos últimos tiempos eran algo pintorescas. Hombre de costumbres, de rígidas y acendradas costumbres, me había convertido en una de ellas. Como hábito arraigado, estaba en la misma categoría que el violín, el tabaco de picadura, la pipa negra de siempre, los álbumes de recortes, y otros quizá menos excusables. Cuando trabajaba en un caso movido y necesitaba a un camarada en cuyo temple pudiese confiar en alguna medida, tenía un clarísimo papel. Pero, aparte de

esto, tenía más usos. Yo era una piedra de afilar para su intelecto. Le servía de estímulo. Le gustaba pensar en voz alta en mi presencia. Difícilmente podría decirse que sus comentarios me los dirigiese a mí —muchos de ellos se los podría haber hecho, en rigor, al cabecero de su cama—, pero, a pesar de todo, como tenía ya esa costumbre asentada, de alguna manera se había vuelto útil que tomase notas y le interrumpiese. Y si bien le irritaba la inevitable y esmerada lentitud de mi mente, esa irritación le valía para que sus brillantes intuiciones e impresiones brillaran de manera más viva y más centelleante. Ese era mi humilde papel en nuestra alianza.

Cuando llegué a Baker Street, me lo encontré acurrucado en su sillón con las rodillas en el mentón, la pipa en la boca y el ceño fruncido con algún pensamiento entre ceja y ceja. Parecía claro que estaba inmerso en algún problema penoso. Con un ademán me invitó a mi viejo sillón, pero, aparte de eso, no dio señal alguna de mi presencia durante media hora. Entonces, de un respingo, pareció despertar de su ensimismamiento y, con su enigmática sonrisa de costumbre, me dio la bienvenida a la que una vez fuera mi casa.

—Disculpe que haya estado algo absorto, mi querido Watson —comenzó—. Me han comunicado algunos hechos curiosos en las últimas veinticuatro horas y estos, a su vez, me han dado pie a algunas especulaciones de carácter más general. Estoy pensando seriamente en escribir un breve tratado sobre la utilidad de los perros en el trabajo de detective.

—Pero, Holmes, eso seguramente ya haya sido estudiado —le dije—. Los sabuesos, los perros policía…

—No, no, Watson, ese aspecto del tema resulta evidente, por supuesto. Pero hay otro mucho más sutil. Quizá recuerde que en el caso que usted, con ese sensacionalismo suyo, relacionó con la finca de Copper Beeches, logré llegar a una conclusión sobre las prácticas criminales del muy engreído y respetable padre, observando el carácter del niño.

—Sí, me acuerdo bien de aquello.

—Mi perspectiva sobre los perros es análoga. Un perro es un reflejo de la vida familiar. ¿Quién sabe de un perro juguetón en una familia melancólica o de un perro triste en una feliz? Los gruñones tienen perros

gruñones, la gente peligrosa los tiene peligrosos. Y los estados de ánimo pasajeros de unos reflejan los estados de ánimo pasajeros de los otros.

Negué con la cabeza.

—La verdad, Holmes, eso es un poco rebuscado —repliqué.

Holmes había rellenado su pipa y se había vuelto a sentar, sin prestar atención a mi comentario.

—La aplicación práctica de lo que le digo está muy relacionada con el problema que estoy investigando. ¿Sabe? Es un asunto enmarañado y estoy buscando algún cabo suelto. Uno de los posibles cabos sueltos reside en la pregunta: ¿por qué Roy, el lebrel irlandés del profesor Presbury, ha intentado morderle?

Me arrellané en mi sillón un poco decepcionado. ¿Para esa cuestión tan anodina me había hecho marcharme del trabajo? Holmes me clavó una mirada.

—¡El mismo Watson de siempre! —exclamó—. Nunca aprenderá que los asuntos más graves pueden depender de las cosas más insignificantes. Pero ¿no le parece extraño a primera vista que a un pensador serio, entrado en años —porque habrá oído hablar de Presbury, el célebre fisiólogo de Camford, ¿verdad?—, que a un hombre así, cuyo mejor amigo ha sido su fiel lebrel, lo haya atacado dos veces su propio perro? ¿Qué opina usted?

—Que el perro está enfermo.

—Bueno, cabe esa posibilidad. Pero no ataca a nadie más y, por lo que parece, no molesta a su amo excepto en contadas ocasiones. Es curioso, Watson, muy curioso. Si es el que ha tocado el timbre, el joven señor Bennett llega con antelación. Tenía la esperanza de poder charlar más rato con usted antes de que estuviera aquí.

Se oyó cómo alguien subía rápidamente por la escalera, un fuerte golpe en la puerta y, un momento después, hizo su aparición el nuevo cliente. Era un joven alto y atractivo de unos treinta años, elegante y bien vestido, pero algo en sus modales evocaba la timidez del estudiante más que el aplomo de un hombre de mundo. Le estrechó la mano a Holmes y luego me miró algo sorprendido.

—Este tema es muy delicado, señor Holmes —comentó—, teniendo en cuenta la relación que mantengo con el profesor Presbury tanto en lo

personal como en lo profesional. Lo cierto es que difícilmente podría perdonarme el hablar delante de terceros.

—Hágalo sin miedo, señor Bennett. El doctor Watson es la discreción personificada y le aseguro que este es un tema en el que es muy probable que necesite un ayudante.

—Como quiera, señor Holmes. Desde luego, comprenderá que tenga ciertas reservas con esto.

—Lo entenderá mejor, Watson, cuando le explique que este caballero, el señor Trevor Bennett, es el secretario personal del gran científico, vive bajo su techo, y es el prometido de su única hija. Desde luego, debemos aceptar que el profesor tiene todo el derecho a su lealtad y a su dedicación. Pero quizá la mejor manera de demostrárselas sea tomar las medidas necesarias para esclarecer este extraño misterio.

—Así lo espero, señor Holmes. Ese es mi único propósito. ¿El doctor Watson está al tanto de la situación?

—No he tenido tiempo de explicársela.

—Entonces, quizá lo mejor sea que repasemos los hechos de nuevo antes de explicar las novedades recientes.

—Yo mismo lo haré —dijo Holmes—, con el fin de cerciorarnos de que sé situar los hechos en su debido orden. El profesor, Watson, es un hombre de gran reputación en Europa. Su vida ha sido la investigación. Nunca ha sido protagonista de ningún escándalo. Es viudo y tiene una hija, Edith. Según deduzco, es un hombre de un temperamento varonil y confiado, uno casi diría que belicoso. Y así siguió siendo todo hasta hace muy pocos meses.

»Entonces, el curso de su vida se torció. Tiene sesenta y un años, pero se comprometió con la hija del profesor Morphy, su colega de la cátedra de anatomía comparada. No fue, según creo, la atracción razonada de un hombre mayor, sino más bien la pasión entusiasta de la juventud, porque nunca se ha visto un pretendiente más entregado. La señorita, Alice Morphy, era una chica sin tacha ni física ni intelectual, de modo que el profesor tenía todos los motivos para estar enamorado. Sin embargo, no contó con toda la aprobación de su propia familia.

—Pensábamos que la diferencia era más que excesiva —intervino nuestro visitante.

—Eso es. Excesiva y un poco violenta y antinatural. Sin embargo, el profesor Presbury era rico y el padre de ella no puso ninguna objeción. Pero la hija opinaba de otra manera sobre el asunto y había ya varios candidatos en perspectiva quienes, si bien eran menos preferibles desde el punto de vista de los bienes materiales, al menos lo eran más desde el de la edad. A la chica parecía gustarle el profesor a pesar de sus rarezas. Lo único que se interponía entre ellos era la edad.

»Por la misma época, un pequeño misterio ensombreció la rutina habitual de la vida del profesor. Hizo lo que nunca había hecho antes de ese momento. Se marchó de casa y no comentó absolutamente nada de dónde iba. Estuvo ausente dos semanas y, cuando regresó, parecía bastante agotado del viaje. No hizo ninguna alusión a dónde había estado, aunque solía ser el hombre más sincero del mundo. Sin embargo, dio la casualidad de que nuestro cliente, aquí presente, el señor Bennett, recibió con remite de Praga la carta de un condiscípulo, quien le comentaba que se alegraba de haber visto al profesor Presbury allí, aunque no había tenido oportunidad de hablar con él. Solo mediante esta carta logró su familia enterarse de dónde había estado.

»Llegamos ahora a lo más importante. A partir de ese momento, se produjo un extraño cambio en el profesor. Se volvió reservado y evasivo. Aquellos que le rodeaban siempre habían tenido la impresión de que no era el hombre que habían conocido, sino que se encontraba bajo la influencia de algo que empañaba sus elevadas cualidades. Su intelecto no se vio afectado. Sus clases eran tan brillantes como siempre. Pero seguía habiendo en él algo nuevo, algo siniestro e inesperado. Su hija, que lo adoraba, intentó una y otra vez retomar el trato de siempre y traspasar la máscara que su padre parecía haber adoptado. Usted, caballero, según creo, hizo lo mismo, pero todo fue en vano. Y ahora, señor Bennett, cuéntenos con sus propias palabras el incidente de las cartas.

—Debe saber, doctor Watson, que el profesor no tenía secretos para mí. Si hubiese sido su hijo o su hermano menor, no habría gozado de mayor confianza por su parte. Como secretario suyo, manejaba cada documento

que le llegaba y abría y clasificaba sus cartas. Poco después de que regresara, todo eso había cambiado. Me advirtió de que recibiría ciertas cartas de Londres que estarían marcadas con una cruz bajo el sello. Esas había que dejarlas aparte para que solo él las revisara. Yo diría que pasaron por mis manos varias de estas, que estaban marcadas con las iniciales «E. C.» y estaban escritas con mala caligrafía y plagadas de faltas. Si las respondió, las respuestas no pasaron por mis manos en absoluto ni por la cesta de cartas donde acumulaba nuestra correspondencia.

—Y la caja —dijo Holmes.

—Ah, sí, la caja. El profesor se trajo de su viaje una pequeña caja de madera. Era la única cosa que sugería un viaje por el Continente, ya que era uno de esos objetos tallados tan pintorescos que uno relaciona con Alemania. La metió en su armario del instrumental. Un día, buscando una cánula, levanté la caja. Para mi sorpresa, se enfadó mucho y me recriminó mi curiosidad de manera bastante violenta. Era la primera vez que pasaba algo así y me hirió profundamente. Traté de explicarle que había tocado la caja por mero accidente, pero fui consciente durante toda la tarde de que me estuvo mirando con severidad y que aquel incidente todavía le causaba un gran malestar.

El señor Bennett se sacó un pequeño diario del bolsillo.

—Eso ocurrió el 2 de julio —dijo.

—Desde luego, es usted un excelente testigo —admitió Holmes—. Es posible que necesite alguna de esas fechas que ha anotado.

—Aprendí a ser metódico, entre otras cosas, gracias a mi gran maestro. Desde el mismo momento en que advertí que su comportamiento no era normal, consideré mi deber estudiar su caso. Así, tengo aquí escrito que fue ese mismo día, el 2 de julio, cuando Roy atacó al profesor cuando iba de su despacho a la entrada de la casa. El 11 de julio tuvimos una escena de la misma clase y, luego, tomé nota de otro más el 20 de julio. Después de eso, mandamos a Roy al establo. Era un animal simpático y cariñoso… pero me temo que les estoy aburriendo.

El señor Bennett hablaba en tono de reproche, puesto que era muy evidente que Holmes no estaba escuchándole. Tenía el rostro tenso y la mirada perdida en el techo. Volvió a la realidad con esfuerzo.

—¡Curioso! ¡Muy curioso! —murmuró—. Para mí estos detalles eran nuevos, señor Bennett. Creo que nos hemos alejado bastante del terreno conocido, ¿no es así? Pero ha dicho algo de novedades recientes.

Se ensombreció el rostro agradable y sincero de nuestro visitante, entristecido por algún recuerdo penoso.

—Me refiero a lo sucedido la noche de anteayer —dijo—. Permanecí despierto alrededor de las dos de la mañana, momento en el cual me percaté de un ruido sordo y confuso que venía del pasillo. Abrí la puerta y me asomé afuera. Tengo que aclarar que el profesor duerme al final del pasillo…

—¿Qué día era? —preguntó Holmes.

Resultó evidente que a nuestro visitante le molestó una interrupción tan irrelevante.

—Ya he dicho que sucedió la noche de anteayer, es decir, el 4 de septiembre.

Holmes asintió y sonrió.

—Le ruego que continúe —dijo.

—Dormía al final del pasillo y tendría que pasar por mi puerta para llegar a la escalera. Si le soy sincero, fue una experiencia sobrecogedora, señor Holmes. Creo tener tanta sangre fría como cualquier hijo de vecino, pero me eché a temblar con lo que vi. El pasillo se encontraba a oscuras salvo por una ventana a mitad de este que arrojaba un haz de luz. Pude distinguir que se acercaba algo por el pasillo, algo oscuro que avanzaba agachado. Entonces, de repente, apareció a la luz y vi que era él. Iba a cuatro patas, señor Holmes, ¡a cuatro patas! No como si gateara, sino más bien sobre pies y manos, con el rostro hundido entre las manos. Y, sin embargo, parecía moverse con facilidad. Esa visión me dejó tan petrificado que hasta que no llegó a mi puerta no fui capaz de dar un paso y preguntarle si podía ayudarlo. Su respuesta fue digna de mención. Se puso de pie de un salto, me espetó cierta palabra detestable, y pasó a mi lado corriendo y bajó la escalera. Estuve esperando alrededor de una hora, pero no regresó. Debía de ser ya de día cuando volvió a su habitación.

—Y bien, Watson, ¿qué le parece? —preguntó Holmes con el aire de un patólogo que presenta un raro espécimen.

—Probablemente sea lumbago. Sé de un ataque agudo que tuvo a un hombre caminando de esa manera y no hay nada que amargue más el carácter.

—¡Muy bien, Watson! Siempre con los pies en el suelo. Pero difícilmente podemos admitir que sea lumbago, dado que pudo erguirse en un momento.

—Nunca ha estado mejor de salud —intervino Bennett—. A decir verdad, tiene más fuerzas de las que le he visto en años. Pero, en cualquier caso, estos son los hechos, señor Holmes. No se trata de un caso que podamos consultarle a la policía, y, sin embargo, estamos absolutamente desesperados, no sabemos qué hacer, y, de alguna extraña manera, sentimos que nos encaminamos al desastre. Edith —la señorita Presbury— y yo consideramos que no podemos quedarnos más tiempo sin hacer nada.

—Sin duda nos encontramos ante un caso curioso y sugerente. ¿Usted qué piensa, Watson?

—Como médico —respondí—, le diría que estamos ante un caso para un alienista. El envejecimiento cerebral del caballero se vio alterado por la aventura amorosa. Realizó un viaje al extranjero con la esperanza de acabar con esa pasión. Puede que sus cartas y la caja estén relacionadas con alguna otra transacción confidencial: un préstamo, unas acciones, algo que guarda en la caja.

—Claro, y el lebrel desaprueba los negocios financieros. No, hombre, no, Watson, en todo esto hay algo más. Ahora mismo, no puedo hacer otra cosa que sugerirle…

Lo que Sherlock Holmes estuviera a punto de sugerir nunca lo sabremos, porque en ese mismo momento se abrió la puerta e hicieron pasar a una joven dama al salón. Cuando entró, el señor Bennett se levantó de un salto con una exclamación y corrió con las manos extendidas hacia ella, quien también las tendía hacia él.

—¡Edith, cariño! No habrá pasado nada, ¿verdad?

—Creí que debía venir contigo. Ay, Jack, ¡me he sentido terriblemente asustada! Es horrible quedarse allí sola.

—Señor Holmes, esta es la joven de la que le hablaba. Mi prometida.

—Estábamos a punto de llegar a esa conclusión, ¿verdad, Watson? —respondió Holmes con una sonrisa—. Deduzco, señorita Presbury, que se ha producido alguna novedad en el caso y que debíamos estar informados.

Nuestra nueva visitante, una chica risueña y atractiva, típicamente inglesa, le devolvió la sonrisa a Holmes mientras se sentaba al lado del señor Bennett.

—Cuando me enteré de que el señor Bennett se había marchado de su hotel, se me ocurrió que era probable que le encontrara aquí. Por supuesto, me había dicho que quería consultarlo con usted. Sea como sea, ay, señor Holmes, ¿no puede hacer nada por mi pobre padre?

—Así lo espero, señorita Presbury, pero el caso todavía resulta confuso. Tal vez las novedades que nos pueda comentar nos lo aclaren un poco.

—Ha sucedido esta noche, señor Holmes. Había estado muy raro todo el día. Estoy segura de que hay veces en que no se acuerda de nada de lo que ha hecho. Se comporta como si estuviera en algún extraño sueño. Ayer fue uno de esos días. La persona con la que compartía techo no era mi padre. Tenía su apariencia, pero no era él realmente.

—Dígame lo que ha ocurrido.

—Me desperté por la noche porque el perro ladraba y ladraba hecho una furia. Pobre Roy, ahora lo tenemos encadenado cerca del establo. He de decirle que yo siempre duermo con la puerta cerrada, porque como Jack, como el señor Bennett, puede decirle, todos tenemos la sensación de que nos acecha algún peligro. Mi habitación está en la segunda planta. Pues dio la casualidad de que tenía la persiana de la ventana levantada y de que, afuera, brillaba la luna. Tenía los ojos puestos en aquel cuadrado de luz y escuchaba los ladridos frenéticos del perro, cuando, de repente, apareció en ella el rostro de mi padre mirándome. Señor Holmes, estuve a punto de morirme del susto. Allí lo tenía, contra el cristal, y una mano parecía levantarse como si quisiera levantar la ventana. Si se hubiese abierto esa ventana, creo que me habría vuelto loca. No piense que fueron figuraciones mías, señor Holmes. No se engañe. Me atrevería a decir que me estuve veinte segundos más o menos paralizada con la mirada fija en ese rostro. Entonces, despareció, pero no fui capaz… no fui capaz de saltar de la cama para mirar por la ventana. Seguí en ella, helada y tiritando, hasta que se hizo

de día. Durante el desayuno, se comportó de manera brusca y cortante y no hizo mención alguna a la aventura de la noche. Ni tampoco yo, en vez de eso me inventé una excusa para venir a la ciudad, y aquí me tienen.

Holmes parecía haberse quedado absolutamente atónito con el relato de la señorita Presbury.

—Mi querida joven, dice que su habitación está en la segunda planta: ¿tienen alguna escalera larga en el jardín?

—No, señor Holmes, eso es lo más asombroso de todo esto. No hay manera alguna de llegar hasta la ventana, y, sin embargo, allí estaba.

—Con fecha del 5 de septiembre —comentó Holmes—. Naturalmente, eso complica las cosas.

Esta vez fue la joven quien se quedó atónita.

—Es la segunda vez que alude a la fecha, señor Holmes —dijo Bennett —. ¿Es posible que tenga alguna relevancia para el caso?

—Es posible, muy posible. No obstante, ahora mismo no dispongo de todos los datos.

—¿Sospecha que hay una relación entre su locura y las fases de la luna quizá?

—No, le aseguro que no. Mi idea va por otros derroteros bastante diferentes. Tal vez no le importe dejarme su libreta para que compruebe las fechas. Y ahora, Watson, nuestra línea de actuación está absolutamente clara. Esta joven dama nos ha informado —y confío plenamente en su intuición— de que su padre recuerda poco o nada de lo que sucede en ciertas fechas. Así que le haremos una visita fingiendo que nos dio cita en uno de esos días. Lo achacará a su falta de memoria. De esa manera, comenzaremos nuestra campaña con una buena ojeada de cerca al profesor.

—Me parece estupendo —dijo el señor Bennett—. Sin embargo, le advierto que, algunas veces, el profesor actúa de manera violenta e irascible.

Holmes sonrió.

—Tengo razones para ir de inmediato, razones muy sólidas si mis teorías son válidas. Mañana nos veremos en Camford, señor Bennett, sin lugar a dudas. Allí tienen, si la memoria no me falla, un hostal que se llama el Chequers donde el oporto no solía ser mediocre, y las sábanas eran

impecables. Puede, Watson, que en el futuro nuestro destino quizá nos lleve a sitios menos agradables.

El lunes por la mañana, estábamos de camino a la célebre ciudad universitaria: un esfuerzo sencillo por parte de Holmes, que no tenía que dar explicaciones a nadie, pero que, por mi parte, suponía planearlo todo a la carrera y de forma precipitada, puesto que tenía no pocos pacientes que atender en mi consulta. Holmes no mencionó el caso en ningún momento hasta que no dejamos las maletas en el hostal al que se había referido.

—Creo, Watson, que podemos coger desprevenido al profesor justo antes de la hora de comer. Acaba las clases a las once y debería estar en casa entre una y otra hora.

—¿Qué excusa creíble tenemos para hacerle una visita?

Holmes miró en su libreta.

—El 26 de agosto tuvo un episodio de trastorno. Partiremos de la premisa de que recuerda vagamente lo sucedido en esos días. Si insistimos en que tenemos una cita, creo que es difícil que se arriesgue a contradecirnos. ¿Se ve con el descaro necesario para ponerlo en práctica?

—Probemos a ver.

—¡Magnífico, Watson! Una mezcla entre el ora et labora y el non plus ultra. *Probemos a ver*: es el lema de la agencia. Seguramente haya algún simpático lugareño que pueda indicarnos el camino.

Nos encontramos con uno en la parte trasera de un coche elegante que nos paseó junto a una hilera de antiguos colegios y, por fin, dobló por una avenida con árboles a los lados para detenerse en la puerta de una casa magnífica, rodeada de césped y cubierta de glicinias malvas. Desde luego, el profesor Presbury se podía permitir una vida no solo cómoda sino lujosa en todos los detalles. En cuanto nos detuvimos, una cabeza canosa apareció en una de las ventanas de la fachada y nos dimos cuenta de que, bajo unas cejas pobladas, nos vigilaban un par de ojos penetrantes con gafas de concha. Poco después, estábamos en su santuario, y nos encontrábamos ante el misterioso científico cuyas extravagancias nos habían llevado allí desde Londres. Desde luego, no había señal de rareza alguna ni en sus modales ni en su aspecto, ya que era un hombre corpulento, de grandes facciones, adusto, alto, y con levita, con la dignidad y el aplomo que requiere un

profesor universitario. Su mirada era su rasgo más destacado: penetrante, despierta y perspicaz hasta casi resultar maliciosa.

Observó nuestras tarjetas.

—Les ruego que tomen asiento, caballeros. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El señor Holmes sonrió con amabilidad.

—Esa era la pregunta que iba a hacerle yo ahora mismo, profesor.

—¡A mí!

—Es posible que haya habido algún error. Me comunicaron que el profesor Presbury de Camford requería de mis servicios.

—¡Ah, claro! —Me pareció ver en esos intensos ojos grises un destello de malicia—. Se lo comunicaron, ¿no es así? ¿Le importaría darme el nombre de quien le informó?

—Lo siento, profesor, pero es un asunto confidencial. Si he cometido un error, no pasa nada. No puedo hacer otra cosa sino pedirle disculpas.

—De ninguna manera. Me gustaría profundizar en este asunto. Me parece interesante. ¿Tiene algo por escrito, una carta o un telegrama, que sustente lo que dice?

—No lo tengo.

—Me imagino que no irá a decirme que le hice llamar yo, ¿verdad?

—Preferiría no responder a más preguntas —dijo Holmes.

—No, supongo que no —replicó el profesor bruscamente—. No obstante, a ese detalle en concreto se le puede dar respuesta fácilmente sin su ayuda.

Cruzó la habitación y tocó el timbre. Nuestro amigo de Londres, el señor Bennett, atendió la llamada.

—Entre, señor Bennett. Estos dos caballeros han venido de Londres porque tienen la impresión de que alguien les ha mandado llamar. Usted se ocupa de toda mi correspondencia. ¿Tiene registrada alguna carta dirigida a una persona llamada Holmes?

—No, señor —respondió Bennett ruborizado.

—Eso zanja la cuestión —dijo el profesor, que fulminaba con la mirada a mi compañero—. Y ahora, señor —se apoyó con las dos manos encima de

la mesa—, me parece que se encuentran en una posición muy comprometida.

Holmes se encogió de hombros.

—Lo único que puedo repetirle es que lamento haberle molestado sin necesidad.

—¡Eso no es suficiente, señor Holmes! —gritó el anciano con voz muy chillona y una extraordinaria maldad en el rostro.

Se interpuso entre nosotros y la puerta mientras hablaba y manoteaba en el aire muy colérico.

—Les va a resultar difícil poder irse sin más.

Le temblaba el rostro, nos enseñaba los dientes y farfullaba en su absurdo ataque de rabia. Estoy convencido de que habríamos tenido que abrirnos paso a la fuerza para salir de la habitación si el señor Bennett no hubiese intervenido.

—Mi querido profesor —exclamaba—, ¡piense en su reputación! ¡Piense en el escándalo que habría en la universidad! El señor Holmes es un hombre muy conocido. No puede permitirse tratarle con tan poca consideración.

De muy mal humor, nuestro anfitrión —si podemos llamarlo así— nos dejó pasar hacia la puerta. Nos alegró vernos fuera de la casa y llegar a la tranquila avenida bordeada de árboles. A Holmes parecía haberle divertido mucho el episodio.

—Nuestro docto amigo tiene los nervios un poquito alterados —dijo—. Puede que nuestra intromisión haya sido algo burda, pero, con todo, hemos conseguido mantener ese contacto personal que deseaba. Pero, madre mía, Watson, que lo tenemos pisándonos los talones. El granuja todavía nos persigue.

Se oía el ruido de unos pies que corrían detrás de nosotros, pero no era, para mi tranquilidad, el formidable profesor, sino su ayudante, quien apareció al doblar la curva de la avenida. Vino jadeando hasta nosotros.

—Lo siento mucho, señor Holmes. Deseaba disculparme.

—Mi estimado amigo, no es necesario. Todo ha entrado dentro de lo habitual en la profesión.

—Nunca lo había visto ponerse tan violento. Pero se está volviendo cada vez más perverso. Ahora entenderá por qué su hija y yo estamos alarmados. Y, a pesar de todo, tiene la mente absolutamente despejada.

—¡Demasiado! —añadió Holmes—. Ahí ha estado mi equivocación. Es evidente que su memoria es mucho más fiable de lo que yo había pensado. Por cierto, ¿podemos ver la ventana de la habitación de la señorita Presbury antes de marcharnos?

El señor Bennett se abrió paso entre algunos arbustos y logramos ver el lateral de la casa.

—Ahí la tiene. La segunda por la izquierda.

—Pues sí que parece difícil llegar hasta ella. Pero, si se fija, hay una enredadera debajo y una tubería de agua por encima en las que poder apoyarse.

—Pues yo, por mi parte, no podría trepar por ahí —dijo el señor Bennett.

—Es muy probable que no. Desde luego, sería toda una proeza para cualquier hombre normal.

—Había otra cosa que deseaba contarle, señor Holmes. He conseguido la dirección del hombre de Londres con quien se escribe el profesor. Parece que le ha escrito esta mañana y la he copiado del papel secante. Es un comportamiento rastrero para un secretario de confianza, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Holmes le echó un vistazo al papel y se lo metió en el bolsillo.

—Dorak… es un nombre curioso. Eslavo, supongo. Bueno, es un eslabón importante en la cadena deductiva. Esta tarde regresamos a Londres, señor Bennett. No veo qué utilidad tendría que nos quedásemos aquí. No podemos arrestar al profesor: no ha cometido ningún crimen. Ni podemos retenerle en la casa, porque no podemos probar que está loco. Todavía no es posible actuar.

—Entonces ¿qué demonios vamos a hacer?

—Un poco de paciencia, señor Bennett. Pronto evolucionarán las cosas. A menos que me equivoque, el próximo martes es posible que se produzca una crisis. Naturalmente, estaremos en Camford ese día. Mientras tanto, no

negaré que la situación en general resulta desagradable y si la señorita Presbury puede alargar su visita…

—Eso es fácil.

—Entonces, que se quede hasta que podamos afirmar que ha pasado todo el peligro. Entretanto, deje que se sienta a sus anchas y no le enfade. Mientras esté de buen humor, no habrá problema.

—¡Ahí está! —susurró Bennett boquiabierto.

Al mirar entre las ramas, vimos que la figura alta y erguida aparecía en la puerta de la entrada y miraba a su alrededor. Se quedó inclinado hacia delante: bamboleaba las manos y movía la cabeza a un lado y a otro. El secretario, tras un último gesto, se separó de nosotros sigilosamente por entre los árboles y vimos cómo enseguida se reunió con su jefe y entraron ambos en la casa mientras mantenían lo que pareció una conversación animada e incluso acalorada.

—Me figuro que el provecto caballero ha sumado dos y dos —me comentó Holmes mientras caminábamos hacia el hotel—. Me ha extrañado que tenga la mente tan particularmente lúcida y despejada, por lo poco que he visto de él. Un tipo colérico, de eso no hay duda, pero, por otra parte, desde su punto de vista, posee sus razones para montar en cólera: tiene a unos detectives tras su pista y sospecha que los ha llamado su propia familia. Me da la impresión de que al amigo Bennett le espera un rato desagradable.

Holmes se paró de camino en la oficina de correos y envió un telegrama. La respuesta nos llegó por la tarde y me la tendió para leerla.

> VISITADA COMMERCIAL ROAD Y VISTO DORAK. PERSONA CORDIAL. BOHEMIO, ANCIANO. TIENE UNA TIENDA GRANDE.
>
> MERCER

—Mercer trabaja para mí desde que se marchó usted —dijo Holmes—. Es mi chapuzas, el que investiga los asuntos rutinarios. Tenía su importancia saber algo del hombre con quien nuestro profesor mantiene correspondencia tan en secreto. Su nacionalidad está relacionada con la visita a Praga.

—Menos mal que algo tiene relación con algo —comenté—. Hasta ahora parecía que nos encontrábamos ante una larga serie de incidentes inexplicables que no tenían nada que ver los unos con los otros. Por ejemplo, ¿qué relación plausible puede haber entre un lebrel irlandés irascible y un viaje a Bohemia, o entre estos y un hombre que se acerca a rastras por la noche? Y esas fechas de usted, eso es lo más desconcertante de todo.

Holmes sonrió y se frotó las manos. He de añadir que estábamos sentados en el viejo salón del vetusto hotel, con una botella de la célebre añada de la que había hablado Holmes encima de la mesa entre nosotros.

—Bien, en primer lugar comenzaremos por las fechas —me dijo con las yemas de los dedos unidas y las maneras que se adoptarían al impartir una clase—. El magnífico diario de este joven nos indica que hubo algún problema el 2 de julio y desde ese incidente en adelante parece que cada nueve días con una única excepción, si no recuerdo mal. Así, el último episodio, el del viernes, sucedió el 3 de septiembre, lo que continúa la serie, como lo hizo el del 26 de agosto, que lo precedió. No es una mera coincidencia.

No pude menos que reconocérselo.

—Postulemos, por tanto, la teoría provisional de que cada nueve días, el profesor consume alguna clase de droga potente que posee un efecto pasajero, aunque sumamente tóxico. Su temperamento, violento de por sí, se ve intensificado por esta. Adquirió el hábito durante su estancia en Praga y ahora le surte un intermediario bohemio que vive en Londres. ¡Tiene toda la lógica, Watson!

—Pero ¿y el perro, el rostro en la ventana, el hombre que se arrastra por el pasillo?

—Bueno, bueno, no hemos hecho más que empezar. No debería haber novedad alguna hasta el próximo martes. Entretanto, no podemos hacer otra cosa que mantener el contacto con nuestro amigo Bennett y disfrutar de las distracciones de esta encantadora ciudad.

Por la mañana, el señor Bennett se escabulló para traernos el último parte. Como Holmes se había imaginado, no había tenido un día nada fácil. Aunque no le había acusado directamente de ser el responsable de nuestra presencia allí, el profesor le había hablado de manera muy brusca y maleducada, y resultaba evidente que creía tener algún poderoso motivo para quejarse de él. Esa misma mañana, sin embargo, volvía a comportarse casi como siempre, y había impartido una clase a un aula abarrotada con la genialidad de costumbre.

—Dejando a un lado sus extraños arrebatos —dijo Bennett—, lo cierto es que se le ve con más energía y vitalidad de las que puedo recordar, y nunca ha tenido la mente más lúcida. Pero no es él mismo… ya no es el hombre que conocíamos.

—Ahora mismo no creo que tenga nada que temer por lo menos en una semana —respondió Holmes—. Soy un hombre ocupado y el doctor Watson tiene pacientes que atender. Quedemos en vernos el próximo martes a esta misma hora. Me sorprendería que, antes de que nos volvamos a marchar, no seamos capaces de explicar, puede que de ponerle fin incluso, a sus problemas. Mientras, continúe contándonos por carta lo que suceda.

No supe nada de mi amigo en los siguientes días, pero, al otro lunes por la tarde, recibí una breve nota en la que me pedía que me reuniera con él ese martes en el tren. Por lo que me había contado mientras viajábamos a Camford, todo iba bien, nada había perturbado la paz en la casa del profesor y el comportamiento de este era absolutamente normal. Ese fue también el parte que nos dio el propio señor Bennett cuando nos visitó por la tarde en nuestras antiguas habitaciones del Chequers.

—Hoy hemos tenido noticias de Londres. Eran una carta y un paquete pequeño, ambos con sendas cruces bajo el sello para advertirme de que no los tocara. No había nada más.

—Eso puede bastar —dijo Holmes seriamente—. Y ahora, señor Bennett, creo que llegaremos a alguna conclusión esta noche. Si mis

deducciones son correctas, deberíamos tener oportunidad de resolverlo todo. Con el fin de hacerlo, necesitamos mantener vigilado al profesor. Por tanto, le sugeriría que se quede despierto y al acecho. Si le oyera pasar por delante de su puerta, no le salga al paso: sígale tan discretamente como pueda. El doctor Watson y yo no andaremos muy lejos. Por cierto, ¿dónde se encuentra la llave de esa cajita de la que hablaba?

—En la cadena de su reloj de bolsillo.

—Me parece que nuestras pesquisas deberían encaminarse en esa dirección. En el peor de los casos, la cerradura no debe de ser nada del otro mundo. ¿Tienen algún tipo fuerte trabajando en la casa?

—Está el cochero, Macphail.

—¿Dónde duerme?

—Encima de los establos.

—Es posible que lo necesitemos. Bueno, no podemos hacer nada más hasta que comprobemos cómo evoluciona todo. Ya nos veremos, aunque supongo que será antes de que acabe la noche.

Poco antes de la medianoche, ocupamos nuestro puesto entre los arbustos que había justo enfrente de la puerta de entrada de la casa del profesor. Hacía buena noche, aunque muy fría, y nos alegrábamos de poder calentarnos con nuestros abrigos. Había cierta brisa y las nubes se movían despacio por el cielo, oscureciendo, de vez en cuando, la luna creciente. Habría resultado una guardia de lo más melancólica de no haber sido por la expectación y el nerviosismo que sentíamos y la seguridad de mi colega de que seguramente habíamos llegado al final de esa extraña secuencia de acontecimientos que había reclamado nuestra atención.

—Si sigue en vigor el ciclo de nueve días, entonces tendremos al profesor en su peor momento esta noche —dijo Holmes—. Todo apunta en la misma dirección: el hecho de que esos curiosos síntomas comenzaran tras su visita a Praga, el que mantenga correspondencia en secreto con un traficante bohemio de Londres, que es de suponer que representa a alguien de Praga, y el que recibiera un paquete suyo hoy mismo. Lo que toma y por qué lo toma sigue estando más allá de nuestro conocimiento, pero que, de alguna manera, procede de Praga ha quedado bastante claro. Se lo está tomando bajo unas instrucciones precisas que regulan este sistema de los

nueve días, que es el primer detalle que me llamó la atención. Pero sus síntomas son muy peculiares. ¿Se fijó en sus nudillos?

Tuve que confesarle que no.

—Hinchados y encallecidos de una manera que a mí me resulta bastante novedosa. Lo primero que hay que mirar son las manos, Watson. Luego, los puños de la camisa, las rodillas del pantalón y las botas. Son unos nudillos muy curiosos que solo pueden explicarse por el modo de desplazarse observado por —Holmes dejó de hablar y se dio una palmada en la frente— … Ay, Watson, Watson, ¡qué tonto he sido! Parece increíble, pero, después de todo, tiene que ser verdad. Todo apunta en la misma dirección. ¿Cómo se me ha podido escapar esa relación de ideas? Esos nudillos, ¿cómo se me han podido pasar esos nudillos? ¡Y el perro! ¡Y la enredadera! Está claro que ha llegado el momento de encerrarme en esa pequeña granja de mis sueños. ¡Mire, Watson! ¡Ahí está! Tenemos la oportunidad de verlo por nosotros mismos.

La puerta de la entrada se había abierto lentamente y, contra el fondo iluminado, vimos la alta figura del profesor Presbury. Llevaba puesta una bata. Mientras su silueta permaneció recortada en el vano de la puerta, estuvo de pie, aunque inclinado hacia delante con los brazos colgando, de la misma manera en que lo habíamos visto la última vez.

Luego avanzó hacia el camino de acceso a la casa y sobrevino en él un cambio extraordinario. Se agachó hasta encontrarse a cuatro patas y comenzó a caminar sobre las manos y los pies, dando brincos cada poco tiempo como si rebosara energía y vitalidad. Prosiguió junto a la fachada y luego dobló la esquina. Cuando desapareció, Bennett salió disimuladamente por la puerta de la entrada y lo siguió sin hacer ruido.

«¡Venga, Watson, venga!», exclamó Holmes y pasamos con sigilo y tan silenciosamente como fuimos capaces por entre los arbustos hasta que llegamos a un punto desde donde pudimos ver la otra parte de la casa, que estaba inundada por la luz de la luna creciente. Se podía ver claramente al profesor, que estaba agachado al pie de la pared cubierta por la enredadera. Ante nuestros ojos, empezó a subir por ella de repente con una agilidad pasmosa. Saltaba de rama en rama, con pie seguro y mano firme, trepando, en apariencia, por el mero placer de poder hacerlo, sin ningún propósito en

mente. Con esa bata revoloteando a cada lado de su cuerpo, parecía un enorme murciélago adherido al lateral de su propia casa, una gran mancha cuadrada y negra sobre la pared iluminada por la luna. Al poco tiempo, se cansó de esa diversión y, tras dejarse caer de rama en rama, se acuclilló de nuevo en la postura anterior y se dirigió hacia los establos, caminando a rastras de la misma extraña forma de antes. El lebrel irlandés estaba ahora fuera, ladrando furiosamente, y se alteró más que nunca cuando vio a su amo. Tensaba la cadena y estaba temblando de impaciencia y de rabia. El profesor se acercó agachado justo fuera del alcance del perro con toda intención y empezó a provocarle cuanto pudo. Cogía puñados de grava del camino y se los tiraba al hocico, le pinchaba con un palo que había encontrado, meneaba las manos a pocos centímetros de la boca abierta y trataba de enfurecer de todas las maneras posibles aún más al animal, que estaba ya fuera de sí. No recuerdo que en ninguna de nuestras aventuras haya visto alguna vez algo más extraño que a esa figura impasible, y todavía respetable, que estaba acuclillada como una rana en el suelo, mientras incordiaba al perro enloquecido para que tuviera un ataque de furia desbocada y cómo este se levantaba sobre las patas traseras y rabiaba por culpa de toda clase de maldades ingeniosas y retorcidas.

Y, entonces, en un instante, ¡eso cambió! No rompió la cadena, sino que se le salió el collar, porque estaba fabricado para un cuello ancho, como el de un Terranova. Oímos el tintineo del metal al caer y, un momento después, hombre y perro rodaban juntos por la tierra, uno aullando de rabia y el otro chillando con un estridente y extraño falsete de terror. El profesor estaba a punto de perder la vida. La salvaje criatura lo tenía agarrado con fuerza por el cuello, sus colmillos se habían hundido en la carne, y se quedó inconsciente antes de que pudiéramos llegar hasta ellos y separarlos. Habría sido una tarea peligrosa para nosotros, pero la voz y la presencia de Bennett devolvieron de inmediato la cordura al enorme lebrel. El alboroto había sacado al somnoliento y estupefacto cochero de su cuarto de encima del establo.

—No me sorprende —dijo, negando con la cabeza—. Ya le había visto hacer yo eso. Sabía que el perro le pillaría antes o después.

Atamos al perro y subimos juntos al profesor a su dormitorio, donde Bennett, que era licenciado en medicina, me ayudó a vendar el cuello desgarrado. Los afilados dientes se habían acercado peligrosamente a la arteria carótida y tenía una hemorragia grave. En media hora el peligro había pasado, había inyectado morfina al paciente y este se había sumido en un profundo sueño. Entonces, y solo entonces, nos sentimos capaces de mirarnos los unos a los otros y de reflexionar sobre la situación.

—Creo que debería verle un buen cirujano —afirmé.

—¡No, por el amor de Dios! —exclamó Bennett—. De momento, el escándalo no ha salido de la casa. El secreto está a salvo con nosotros. Si traspasa estas paredes, no habrá manera de pararlo. Piense en su posición en la universidad, en su reputación en Europa, en los sentimientos de su hija.

—Tiene razón —intervino Holmes—. Me parece que el asunto puede quedar entre nosotros y también prevenir que se repita ahora que tenemos vía libre. La llave de la cadena del reloj, señor Bennett. Macphail vigilará al paciente y nos hará saber si se produce algún cambio. Veamos qué se esconde en la misteriosa caja del profesor.

No había mucho, pero era suficiente: una ampolla vacía, otra casi llena, una jeringuilla hipodérmica, varias cartas con una letruja extraña e indescifrable. Las marcas de los sobres indicaban que eran aquellas que habían alterado la rutina del secretario y todas ellas tenían la dirección de Commercial Road e iban firmadas por «A. Dorak». No eran más que comprobantes de un frasco nuevo que se había enviado al profesor Presbury o el recibí del dinero enviado. Sin embargo, había otro sobre con una letra más cuidada que llevaba sello austríaco y matasellos de Praga.

—¡Aquí tenemos lo que nos interesa! —exclamó Holmes cuando sacó la carta de presentación.

> Distinguido colega:
>
> Desde que me honró con su visita, he estado reflexionando mucho en su caso, y, aunque, en sus circunstancias, existen ciertos motivos relevantes para proceder al tratamiento, debo, sin embargo, recomendarle cautela, puesto que mis resultados han demostrado que no está exento de peligro.
>
> Es posible que el suero de antropoide hubiese conducido a mejores resultados. Pero, como ya le expliqué, me veo obligado a utilizar langur gris porque era el único ejemplar accesible. El langur es trepador y camina a cuatro patas, como usted sabe, mientras que el antropoide lo hace sobre dos patas y se halla más próximo en todos los sentidos al ser humano.

Le ruego que tome todas las precauciones posibles para que no salga a la luz antes de tiempo la metodología empleada. Tengo otro cliente en Inglaterra y Dorak me sirve de agente para ambos.

Me llenaría de satisfacción si me informara semanalmente.

Con todo mi reconocimiento,

H. LOWENSTEIN

¡Lowenstein! Ese apellido me trajo a la memoria cierto recorte de prensa en el que se hablaba de un oscuro científico que estaba dedicando sus esfuerzos de alguna forma desconocida a obtener el secreto del rejuvenecimiento y el elixir de la eterna juventud. ¡Lowenstein de Praga! Lowenstein y el suero que proporcionaba una fuerza asombrosa, vetado por la profesión al negarse a revelar el origen de este. Expuse brevemente aquello que recordaba. Bennett había cogido un manual de zoología de un estante.

—Langur —leyó—: el gran mono de cara negra de las laderas del Himalaya, el mayor y más semejante a los humanos de los monos trepadores. Se añaden muchos detalles. En fin, señor Holmes, está muy claro que hemos encontrado el origen del mal.

—Su origen último —añadió Holmes— se halla, naturalmente, en esa aventura amorosa intempestiva que le dio a nuestro impetuoso profesor la idea de que solo podía realizar sus deseos si se convertía en un hombre más joven. Cuando uno trata de superar a la Naturaleza, corre el riesgo de sucumbir ante esta. Hasta los mejores hombres pueden volver a ser animales si se apartan de la senda correcta de su destino.

Se sentó y estuvo meditando durante un rato, con la ampolla en la mano, contemplando el claro líquido que había dentro.

—Cuando le escriba a ese hombre y le diga que le hago responsable penal de los venenos que distribuye, no causará más problemas. Pero puede volver a suceder. Otros pueden encontrar una manera mejor de hacerlo. Aquí hay un peligro… un peligro muy real para la humanidad. Piense, Watson, que todos, el materialista, el hedonista, el mundano, querrían alargar sus insignificantes vidas. El espiritual no haría oídos sordos a la llamada de lo más elevado. Sería la supervivencia del menos apto. ¿Qué clase de cloaca se volvería nuestro pobre mundo?

De repente, el soñador se desvaneció y Holmes, el hombre de acción, se levantó de un salto de su silla.

—Creo que no hay nada más que añadir, señor Bennett. Los diversos incidentes encajan ahora fácilmente en el esquema general. Naturalmente, el perro se dio cuenta del cambio mucho antes que usted. Le alertaría su olor. Era al mono, no al profesor, a quien atacaba Roy, al igual que era el mono quien fastidiaba a Roy. Trepar era una alegría para el animal y fue por mera casualidad, deduzco, que ese pasatiempo le llevara a la ventana de la joven. Watson, hay un tren a primera hora a la capital, pero creo que nos dará tiempo a tomarnos una taza de té en el Chequers antes de que salga.

LA AVENTURA DE LA MELENA DE LEÓN

Resulta de lo más peculiar que un problema que fue, desde luego, tan complejo e insólito como cualquiera a los que me había enfrentado a lo largo de mi carrera profesional viniera a mí después de haberme jubilado y que se me presentara, por así decirlo, en mi misma puerta. Sucedió después de mi retiro a mi casita de Sussex, cuando ya me había entregado en cuerpo y alma a esa sosegada vida en el campo por la que tantas veces había suspirado durante los largos años perdidos en las penumbras de Londres. En ese período de mi vida no sabía casi nada del bueno de Watson. Como mucho, venía a verme de visita algún fin de semana que otro. Así que debo ejercer como mi propio cronista. ¡Ay! Pero si hubiese estado conmigo, ¡lo que habría podido hacer con un suceso tan asombroso y mi triunfo final sobre todas las dificultades! Sin embargo, así están las cosas y no me queda más remedio que contar mi relato a mi humilde manera, mostrando con mis propias palabras cada paso por el penoso camino que se extendió ante mí al investigar el misterio de la melena de león.

Mi casa de campo se encuentra en la ladera sur de la región de Downs y posee una gran vista del Canal. En ese punto, los acantilados de piedra caliza imperan en la costa y solo se puede bajar por ellos por un único sendero largo y tortuoso que resulta empinado y resbaladizo al hacerlo. Al final del sendero hay unos cien metros de guijarros y grava, incluso cuando la marea está alta. Hay, sin embargo, aquí y allá desniveles y oquedades donde se forman unas pozas estupendas que se renuevan con cada marea. Esta maravillosa playa se extiende unos kilómetros a un lado y a otro, excepto en el único punto donde la bahía y pueblo de Fulworth interrumpe su trazado.

Mi casa es solitaria. Mi antigua ama de llaves, mis abejas y yo disponemos de su finca para nosotros solos. No obstante, a unos

ochocientos metros más allá se encuentra el célebre centro de enseñanza de Harold Stackhurst, Los Gables, un edificio bastante grande que alberga a una veintena de jóvenes para prepararlos en diversas ocupaciones y a una plantilla de varios profesores. En su día, el propio Stackhurst fue un célebre campeón de remo y un alumno excelente en todos los sentidos. Desde el día en que llegué a la costa, nos tratamos siempre como amigos, y era la única persona con quien me llevaba tan bien como para presentarnos el uno en casa del otro por la tarde sin necesidad de avisar.

A finales de julio de 1907, se produjo un vendaval muy fuerte, con un viento que subía por el Canal, que acumulaba las aguas contra los acantilados y que nos dejó una laguna al cambiar la marea. El viento había amainado ya en la mañana de la que hablo y el campo estaba fresco y renovado. Parecía imposible trabajar con un día tan fantástico y me fui a dar un paseo antes de desayunar para disfrutar de ese delicioso aire. Fui caminando por el sendero del acantilado que lleva a la empinada bajada a la playa. Cuando así lo hacía, oí un grito detrás de mí y allí tenía a Harold Stackhurst moviendo la mano alegremente en señal de saludo.

—¡Menuda mañana hace, señor Holmes! Me imaginaba que le vería paseando.

—A darse un baño, por lo que veo.

—Otra vez con sus viejos trucos —dijo riendo mientras daba unas palmadas a su abultado bolsillo—. Sí. McPherson ha salido a primera hora y esperaba encontrármelo abajo.

Fitzroy McPherson era el profesor de ciencias, un tipo joven y distinguido, cuya vida se había torcido por una afección cardíaca resultante de una fiebre reumática. Sin embargo, era por naturaleza un atleta y destacaba en cada deporte que no exigía demasiado esfuerzo por su parte. Ya fuera verano o invierno, solía darse un chapuzón y, como yo también nadaba, me unía a él muchas veces.

En ese momento lo vimos. Su cabeza asomó por el borde del acantilado donde termina el sendero. Entonces, apareció de cuerpo entero en lo alto de este, tambaleándose como un borracho. Enseguida levantó los brazos y, con un grito terrible, se cayó de bruces. Stackhurst y yo echamos a correr —puede que hubiera unos cincuenta metros— y le dimos la vuelta. Era obvio

que estaba muriéndose. Esos ojos vidriosos y hundidos y las mejillas espantosamente pálidas no podían significar otra cosa. En su rostro observamos, por un momento, un atisbo de vida y llegó a articular tres o cuatro palabras en un ansioso tono de advertencia. Fueron unos balbuceos ininteligibles, pero las últimas, que brotaron de sus labios con un chillido, me parecieron «la melena de león». Eran absolutamente irrelevantes e incomprensibles, pero, a pesar de ello, no logré darle otro significado a esos ruidos. Entonces se incorporó a medias del suelo, alzó los brazos hacia arriba y se cayó hacia delante sobre su costado. Había muerto.

Mi acompañante estaba petrificado ante aquel horror repentino, pero yo, como es fácil suponer, tenía todos los sentidos en alerta. Y me hacían falta, porque enseguida fue evidente que nos hallábamos en presencia de un caso extraordinario. Aquel hombre no llevaba más que un abrigo Burberry, unos pantalones, y un par de alpargatas con los cordones sueltos. Al caer, el Burberry, que no se lo había puesto más que por encima, se le había escurrido de los hombros, dejando el torso al descubierto. Nos quedamos mirándolo asombrados. Tenía la espalda cubierta por oscuras líneas rojas, como si le hubiesen azotado terriblemente con un fino látigo de alambre. El instrumento con el que se había infligido ese castigo era flexible, lo que quedaba claro por los feos y alargados verdugones que se curvaban por sus costillas y hombros. Le goteaba sangre de la barbilla, porque, en el paroxismo de su agonía, se había mordido el labio inferior. En su rostro tenso y desfigurado se podía observar hasta qué punto había sido terrible aquel trance.

Yo estaba arrodillado, y Stackhurst, de pie junto al cadáver, cuando pasó sobre nosotros una sombra, y nos dimos cuenta de que teníamos a Ian Murdoch a nuestro lado. Murdoch era el profesor de matemáticas del centro, un hombre alto, moreno y delgado, tan hermético y distante que no se podía decir de nadie que fuera su amigo. Parecía vivir en alguna etérea y elevada región de raíces enésimas y secciones cónicas con pocas cosas que lo vincularan a la vida ordinaria. Los estudiantes le consideraban un tipo raro y se habrían burlado de él, pero había en la sangre de aquel hombre algo extraño, ajeno al país, que se vislumbraba no solo en sus ojos negros como el carbón y en la piel oscura, sino también en esporádicos arrebatos

de cólera que no podían calificarse sino de violentos. En una ocasión, le anduvo molestando un perrito que pertenecía a McPherson, así que agarró al animalillo de repente y lo arrojó por la ventana cerrada, un acto por el que, desde luego, Stackhurst lo habría despedido de no haber sido un profesor de gran valía. Así era aquel hombre complicado y extraño que ahora aparecía junto a nosotros. Parecía estar sinceramente consternado por lo que veía, aunque el asunto del perro hiciera pensar que no se tenían mucha simpatía el fallecido y él.

—¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar?

—¿Estaba con él? ¿Nos puede contar lo que ha pasado?

—No, no, esta mañana llegaba tarde. No estaba ni siquiera cerca de la playa. He venido directamente de Los Gables. ¿Qué puedo hacer?

—Puede correr a la comisaría de Fulworth. Informe de lo sucedido enseguida.

Sin más palabras, salió a la carrera y procedí a encargarme del asunto mientras Stackhurst, conmocionado ante la tragedia, se quedó junto al cadáver. Naturalmente, mi primera misión era observar quién se hallaba en la playa. Desde lo alto del sendero, podía verla de punta a punta y se encontraba absolutamente desierta, excepto por dos o tres figuras confusas que pude ver a lo lejos dirigiéndose al pueblo de Fulworth. Cuando me quedé convencido de que era así, bajé caminando lentamente por el sendero. Había arcilla o marga blanda mezclada con la piedra caliza y vi aquí y allá las mismas pisadas, tanto de bajada como de subida. Aquella mañana no había descendido nadie más por ese camino. En un punto, descubrí la huella de una mano abierta con los dedos hacia arriba. Eso solo podía significar que el pobre McPherson se había caído al subir. Había también cavidades redondeadas que sugerían que se había desplomado de rodillas más de una vez. Al final del sendero la marea había dejado una laguna de buen tamaño al retirarse. McPherson se había desvestido a la orilla de esta, porque su toalla seguía encima de una roca. Estaba seca y doblada, de modo que parecía que, después de todo, no había entrado en el agua. Mientras inspeccionaba los alrededores, me topé una o dos veces entre los duros guijarros pequeñas partes de arena con la huella de su

alpargata, y también pude ver algunas de sus pies descalzos. Este último hecho probaba que estaba listo para darse un baño, aunque la toalla indicase que, al final, no lo había hecho.

Y ya tenía claramente definido el problema, uno tan extraño como cualquiera de aquellos con los que me había enfrentado. Aquel hombre no había estado en la playa más de un cuarto de hora como mucho. Stackhurst lo había seguido de lejos desde Los Gables, así que de eso no cabía duda. Se había ido a bañar y se había quitado la ropa, como mostraban las huellas de los pies descalzos. Luego se había vuelto a poner la ropa de cualquier manera —iba desaliñada y sin abrochar— y había regresado sin bañarse o, por lo menos, sin haberse secado. Y el motivo de ese cambio de opinión había sido que lo habían azotado de una manera cruel e inhumana, lo habían torturado hasta que se había mordido el labio en su agonía, y lo habían dejado con las fuerzas justas para marcharse a rastras y morir. ¿Quién había cometido ese acto salvaje? Es cierto que había unas grutas y cuevas pequeñas en la base de los acantilados, pero les daba de lleno el sol bajo de la mañana y no era posible ocultarse en ellas. Por otra parte, estaban esas figuras distantes de la playa. Me daba la impresión de que se encontraban demasiado lejos para tener alguna relación con el crimen. Y la extensa laguna en la que McPherson había tratado de bañarse se hallaba entre ellos y este, y salpicaba las rocas. En el mar había un par de pesqueros a no mucha distancia. Se podía interrogar a sus ocupantes cuando tuviéramos tiempo. Había varias vías de investigación, pero ninguna que condujera a nada en concreto.

Cuando, por fin, volví junto al cadáver, me encontré con que se había congregado en torno a él un pequeño grupo de gente perpleja. Stackhurst seguía allí, por supuesto, e Ian Murdoch acababa de llegar con Anderson, el policía municipal: un hombre grande, con enormes bigotes, de la íntegra y tarda raza de Sussex, una raza que abriga mucho sentido común bajo su aspecto torpe y silencioso. Lo escuchó todo, tomó nota de todo lo que dijimos y, al final, me habló aparte.

—Me alegraría mucho contar con su consejo, señor Holmes. Esto es un asunto demasiado grande para mí y, si me equivoco, tendré noticias de la jefatura de Lewes.

Le aconsejé que mandara llamar a su superior inmediato y a un médico. También que no permitiera que movieran nada y que se hicieran tan pocas huellas nuevas como fuera posible hasta que estos llegaran. Entretanto, registré los bolsillos del difunto. Tenía un pañuelo, una navaja grande y un pequeño tarjetero plegable. De este sobresalía un trozo de papel que desdoblé y tendí al agente. Habían escrito con letra femenina y descuidada lo siguiente:

> Allí estaré, no te quepa duda.
>
> MAUDIE

Interpreté que se trataba de un asunto amoroso, una cita, aunque no decía nada de cuándo ni de dónde. El agente lo volvió a meter en el tarjetero y lo guardó de nuevo con las demás cosas en los bolsillos del Burberry. Entonces, como no había indicios de nada más, regresé caminando a casa a desayunar, tras habernos puesto de acuerdo en que se inspeccionaría concienzudamente la base del acantilado.

Stackhurst fue por mi casa una o dos horas después para contarme que habían trasladado el cuerpo a Los Gables, desde donde se llevaría a cabo la investigación. Me traía algunas otras noticias fiables y concluyentes. Como me esperaba, no se había encontrado nada en las pequeñas cuevas que había al pie del acantilado. Por otra parte, había estado examinando los papeles del escritorio de McPherson y había varias cartas que dejaban constancia de una correspondencia íntima con una tal señorita Maud Bellamy, de Fulworth. Habíamos establecido, por tanto, la identidad de la autora de la nota.

—La policía se ha quedado con las cartas —me explicó—. No he podido traerlas. Pero no cabe duda de que era una relación amorosa seria. Sin embargo, no veo motivo alguno para asociar esa relación con este terrible suceso, excepto porque ciertamente se había citado con la señorita a McPherson.

—Pero no sería en una poza en donde todos ustedes tuvieran costumbre de darse un baño —subrayé.

—No estaban allí varios alumnos con McPherson de pura casualidad —añadió.

—¿De pura *casualidad*?

Stackhurst frunció el ceño pensativamente.

—Ian Murdoch los hizo retrasarse —respondió—. Quería machacar alguna demostración de álgebra antes del desayuno. Pobre hombre, está totalmente destrozado con todo lo sucedido.

—Pero tenía entendido que no eran amigos precisamente.

—Al principio no lo fueron. Pero, desde hace un año o algo más, Murdoch era tan íntimo de McPherson como puede serlo de alguien. No es que tenga un carácter muy abierto.

—Eso pensaba yo. Me parece recordar que fue usted quien me contó que se habían enzarzado por haber maltratado a un perro.

—Pasaron página completamente.

—Pero tal vez se guardaran algún rencor.

—No, no, le aseguro que eran amigos de verdad.

—Bueno, pues entonces tenemos que ahondar en el asunto de la chica. ¿La conoce?

—Como todo el mundo. Es la belleza del lugar. Una auténtica belleza, Holmes, de las que llaman la atención por donde pasa. Yo sabía que a McPherson le gustaba, pero no tenía ni idea de que había llegado tan lejos como se diría por esas cartas.

—Pero ¿de dónde sale?

—Es la hija del viejo Tom Bellamy. Tom es el propietario de todas las barcas y casetas de baño de Fulworth. Empezó como pescador, pero ahora es un hombre con cierta fortuna. Lleva el negocio con su hijo William.

—¿Podemos ir a verlos a Fulworth?

—¿Y qué pretexto ponemos?

—Ah, ya se nos ocurrirá algo, seguro. A fin de cuentas, el pobre hombre no se flageló a sí mismo de esa manera tan horrible. Había una mano humana agarrando el mango de ese látigo, si es que fue realmente un látigo el que infligió las heridas. Es probable que, en este sitio tan solitario, el número de sus conocidos no fuera demasiado grande. Exploremos todas las

posibilidades y difícilmente fracasaremos en averiguar el móvil, que, a su vez, nos conducirá hasta el culpable.

Habría sido un paseo agradable por las colinas con aroma a tomillo si la tragedia de la que habíamos sido testigos no nos hubiese seguido atormentando. El pueblo de Fulworth se encuentra en una hondonada que se curva con forma de semicírculo en torno a la bahía. Detrás del casco antiguo se han construido varias casas modernas en la pendiente. Stackhurst me guiaba a una de estas.

—Aquella es El puerto, como la bautizó Bellamy. La que tiene una torre en la esquina y el tejado de pizarra. No está nada mal para un hombre que no empezó más que con… ¡Dios santo! ¡Mire eso!

Se había abierto la puerta de El puerto y había salido un hombre. Aquella figura alta, angulosa y al desgaire resultaba inconfundible. Era Ian Murdoch, el matemático. Poco después, nos encontrábamos cara a cara con él en la carretera.

—¿Qué hay? —dijo Stackhurst.

El otro asintió como saludo, nos miró de reojo con sus inquisitivos ojos oscuros, y habría pasado de largo, pero su jefe lo hizo detenerse.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó.

El rostro de Murdoch enrojeció de ira.

—Soy empleado suyo, señor Stackhurst, cuando estoy bajo su techo. No creo que le deba ninguna explicación de lo que haga en privado.

Stackhurst tenía los nervios a flor de piel después de todo lo que había pasado. Puede que, en caso contrario, no se habría precipitado. Ahora había perdido los estribos por completo.

—Dadas las circunstancias, su respuesta es una pura insolencia, señor Murdoch.

—Es muy posible que su propia pregunta pueda incluirse en el mismo apartado.

—Esta no es la primera vez que he tenido que obviar sus insubordinaciones. Desde luego, esta es la última vez que lo hago. Sea tan amable de realizar los preparativos necesarios para marcharse lo antes que pueda.

—Eso mismo tenía intención de hacer. Hoy he perdido a la única persona que hacía habitable Los Gables.

Siguió su camino dando grandes zancadas, mientras Stackhurst, con mirada colérica, clavaba sus ojos en él.

—¿No le parece un hombre insufrible e insoportable? —exclamó.

Lo único que me había llamado poderosamente la atención era que el señor Ian Murdoch había aprovechado la primera oportunidad para abrir una vía de escape del escenario del crimen. Se estaba empezando a perfilar una sospecha, confusa e imprecisa, en mi mente. Quizá la visita a los Bellamy esclareciera algo más el asunto. Stackhurst recobró la compostura y nos dirigimos hacia la casa.

El señor Bellamy resultó ser un hombre de mediana edad con una barba de un rojo encendido. Daba la impresión de que estaba de muy mal humor y el rostro se le puso pronto tan colorado como el pelo.

—No, señor, no deseo conocer ningún pormenor. Mi hijo, aquí presente —dijo señalando a un joven fuerte de rostro grave y hostil en la esquina del salón—, está de acuerdo conmigo en que los detalles del señor McPherson hacia Maud eran insultantes. Sí, señor, nunca se mencionó la palabra «matrimonio», pero ahí están las cartas y las citas, y muchas más cosas que ninguno de los dos podíamos aprobar. No tiene madre y somos los únicos que la cuidamos. Estamos resueltos a…

Pero le quitó la palabra de la boca la aparición de la propia señorita. Era innegable que habría distinguido cualquier reunión del mundo con su belleza. ¿Quién se habría podido parar a pensar que creciera una flor tan singular bajo un techo como ese y en semejante ambiente? Pocas veces me atraen las mujeres, porque mi cerebro siempre ha imperado sobre mi corazón, pero no pude contemplar su rostro de facciones perfectas, con todo el frescor de las Downlands en su delicada tez, sin caer en la cuenta de que ningún hombre joven que se cruzase con ella saldría ileso. Así era la chica que había abierto impetuosamente la puerta y que se encontraba ahora, con los ojos muy abiertos y penetrantes, frente a Harold Stackhurst.

—Ya sé que Fitzroy está muerto —dijo—. Cuénteme los detalles sin miedo.

—Ese otro caballero que ha venido antes nos ha informado de las noticias —explicó el padre.

—No hay razón alguna para involucrar a mi hermana en este tema —gruñó el hombre más joven.

La hermana se volvió para clavar en él una mirada cortante y virulenta.

—Esto es asunto mío, William. Haz el favor de permitirme que lo maneje a mi manera. Según parece, se ha cometido un crimen. Ayudar a probar quién ha sido es lo menos que puedo hacer por el hombre que nos ha dejado.

Escuchó un breve resumen realizado por mi compañero serena y concentrada, lo que me indicó que poseía un fuerte carácter, además de una enorme belleza. Siempre recordaré a Maud Bellamy como toda una mujer, perfecta y excepcional. Por lo que se ve, me conocía ya de vista porque se volvió hacia mí al terminar.

—Llévelos ante los tribunales, señor Holmes. Reciba toda mi simpatía y mi ayuda, sea quien haya sido.

Me pareció ver que miraba de manera desafiante a su padre y a su hermano mientras hablaba.

—Gracias —le contesté—. Aprecio el instinto de una mujer en esta clase de asuntos. Ha utilizado el pronombre «los». ¿Cree que hay más de una persona implicada?

—Conocía al señor McPherson lo bastante bien para saber que se trataba de un hombre fuerte y valiente. Ninguna persona habría podido infligirle una agresión de esa naturaleza sin ayuda.

—¿Me permite tener unas palabras con usted a solas?

—Maud, te digo que no te metas en este asunto —exclamó su padre muy enfadado.

La señorita Bellamy me miró con expresión de impotencia.

—¿De qué se trata?

—Todo el mundo se va a enterar de los hechos de un momento a otro, así que no hay mal alguno en hablar de ellos aquí —dije—. Habría preferido hacerlo en privado, pero, si su padre no lo permite, tendremos que compartir nuestra conversación con los demás.

Entonces, les hablé de la nota que habíamos encontrado en el bolsillo del fallecido.

—Sin duda saldrá a la luz en la investigación. ¿Puedo pedirle que la aclare en la medida de lo posible?

—No veo motivo para ocultarlo —me respondió—. Íbamos a casarnos y lo manteníamos en secreto solo porque el tío de Fitzroy, que es muy anciano y dicen que está a punto de morir, lo habría desheredado si se hubiese casado contra su voluntad. No hay otra razón.

—Nos lo podías haber contado —gruñó el señor Bellamy.

—Y así lo habría hecho si alguna vez hubieseis mostrado una pizca de simpatía, padre.

—Me niego a que mi hija frecuente a hombres que no son de su clase social.

—Fueron precisamente tus prejuicios contra él los que impidieron que te lo contáramos. Y en lo que respecta a esa nota —se palpó el vestido y sacó una nota arrugada—, era la respuesta a esta.

El mensaje decía:

> Amor:
> El martes en la playa, en el sitio de siempre, justo después de que se ponga el sol. Es el único momento en que me puedo escapar.
>
> F. M.

—El martes es hoy, tenía intención de reunirme con él esta noche.

Le di la vuelta al papel.

—Esto no ha llegado por carta. ¿Cómo lo recibió?

—Preferiría no contestar a esa pregunta. No tiene absolutamente nada que ver con el caso que está investigando. Pero le responderé sin tapujos a cualquier cosa relacionada con este.

Cumplió su palabra, pero no nos dijo nada que nos ayudara en nuestra investigación. No se le ocurrían razones para pensar que su prometido tuviera algún enemigo oculto, pero admitía que ella contaba con varios admiradores fervorosos.

—¿Puedo preguntarle si Ian Murdoch era uno de ellos?

Se sonrojó y pareció confundida.

—Hubo una época en que creo que sí. Pero todo eso cambió cuando comprendió la relación que había entre Fitzroy y yo.

Me dio la impresión una vez más de que la sombra que rodeaba a ese hombre tan extraño adquiría una forma más concreta. Debía estudiar su currículo. Debía registrar sus habitaciones en secreto. Stackhurst estaría dispuesto a colaborar, porque también empezaba a sospechar de él. Volvimos de nuestra visita del Puerto con la esperanza de tener por fin un cabo suelto de ese enmarañado asunto en nuestras manos.

Pasó una semana. Las pesquisas policiales no esclarecieron el caso en ningún aspecto y había sido aplazado hasta nuevas pruebas. Stackhurst había investigado discretamente a su subordinado y había registrado de forma superficial su habitación, pero sin resultado alguno. Yo, por mi parte, había repasado todas las explicaciones posibles, mentalmente y sobre el terreno, pero no tenía ninguna conclusión novedosa. El lector no encontrará un caso en todas mis crónicas que me haya llevado absolutamente al límite de mis capacidades como lo hizo este. Ni siquiera mi imaginación lograba concebir una solución para ese misterio. Y, entonces, sucedió el incidente del perro.

Primero se enteró mi antigua ama de llaves con ese peculiar telégrafo mediante el cual la gente como ella recaba las noticias del campo.

—Una triste historia, señor Holmes, la del perro del señor McPherson —me comentó una tarde.

No suelo alentar ese tipo de conversaciones, pero esas palabras despertaron mi atención.

—¿Qué sucede con el perro de McPherson?

—Está muerto, señor. Se ha muerto de pena por su amo.

—¿Quién se lo ha contado?

—Pues no sé, señor Holmes, todo el mundo habla de ello. Estaba hecho un guiñapo y llevaba una semana sin comer. Y hoy van dos jóvenes caballeros de Los Gables y se lo encuentran muerto. Abajo, en la playa, señor Holmes, justo en el mismo lugar en que falleció su dueño.

«Justo en el mismo lugar». Esas palabras destacaban con claridad sobre las demás en mi memoria. Empezaba a presentir vagamente que aquello era de vital importancia. Que el perro se hubiese muerto entraba dentro de la naturaleza fiel y conmovedora de los perros. Pero ¡«justo en el mismo lugar»! ¿Por qué había de ser fatídica esa playa solitaria para él? ¿Era posible que lo hubiesen sacrificado a él también para vengar algún altercado? ¿Era posible…? Sí, lo presentía vagamente, pero en mi mente ya se estaba concretando algo. En pocos minutos, estaba de camino a Los Gables, en donde hallé a Stackhurst en su despacho. A petición mía, mandó llamar a Sudbury y a Blount, los dos estudiantes que habían encontrado al perro.

—Sí, yacía junto a la orilla misma de la poza —aseguró uno de ellos—. Debió de seguir el rastro de su difunto dueño.

Vi al fiel animalillo, un Airdale terrier, al que habían tumbado encima de la estera del vestíbulo. El cuerpo estaba completamente rígido, los ojos desorbitados y las patas deformadas. En cada pliegue del perro se podía ver su agonía.

De Los Gables, bajé caminando hasta la poza. Se había puesto el sol y la sombra negra del enorme acantilado cubría el agua, que centelleaba débilmente como una lámina de plomo. El lugar se hallaba desierto y no había señal alguna de vida excepto dos aves marinas que daban vueltas y graznaban en lo alto. Con aquella luz mortecina, apenas pude distinguir el rastro en la arena del perrito alrededor de la misma roca en que había estado apoyada la toalla de su dueño. Me quedé sumido en mis meditaciones durante un buen rato mientras las sombras se iban oscureciendo en torno a mí. En mi mente se agolpaban velozmente numerosos pensamientos. Conocerá el lector la sensación que se da en las pesadillas en las que se sabe que hay algo crucial que se está buscando, y que se tiene la certeza de que está ahí, aunque permanezca siempre fuera de su alcance. Así es como me sentí esa tarde mientras estuve solo en aquel lugar mortífero. Luego, por fin, me volví caminando lentamente hacia casa.

Acababa de llegar a lo alto del sendero cuando me vino a la mente como un relámpago. Recordé aquello que había tratado de comprender tan impaciente como inútilmente. Como sabrá el lector, o Watson ha estado

escribiendo en vano, poseo un enorme almacén de conocimientos peregrinos sin sistematizar científicamente, pero muy útiles dadas las necesidades de mi trabajo. Mi mente es como un trastero atestado de cajas de todas clases almacenadas en él, tantas que puede que no tenga más que una vaga idea de lo que hay allí dentro. Tenía la certeza de que en ella había algo que podía estar relacionado con este caso. Era una certeza todavía imprecisa, pero, por lo menos, sabía cómo podía aclararla. Me parecía absurdo, increíble, pero, a pesar de todo, seguía siendo una posibilidad. Y la comprobaría hasta el final.

Tengo en mi humilde casa un gran desván que está repleto de libros. En él me zambullí y anduve rebuscando durante una hora, al final de la cual salí de allí con un pequeño volumen de color plata y chocolate. Pasé las páginas ansiosamente hasta el capítulo del que me acordaba vagamente. Sí, lo cierto es que era una hipótesis improbable e inverosímil, pero no podría descansar hasta que estuviera seguro de que era posible en realidad. Me acosté tarde y ansioso, con la mente puesta en el trabajo del día siguiente.

Pero ese trabajo sufrió una molesta interrupción. Apenas me había terminado mi primera taza de té de la mañana y salía para la playa cuando recibí la visita del inspector Bardle, de la comisaría de Sussex: un hombre cabal, intachable, algo lerdo, de ojos pensativos que me miraban muy alterados.

—Sé que tiene una inmensa experiencia, señor Holmes —me dijo—. Como es natural, esta visita es completamente extraoficial, y no es necesario que vaya más allá. Pero me veo bastante apurado con esto del caso McPherson. Mi pregunta es, ¿procedo a arrestarle, sí o no?

—¿Quiere decir al señor Ian Murdoch?

—Sí, señor Holmes. La verdad es que no le viene a uno nadie más a la mente cuando se para a pensarlo. Esa es la ventaja de este lugar tan solitario. Se reduce mucho el abanico de personas. Si no fue él, entonces ¿quién?

—¿Qué tiene en su contra?

Había explorado una y otra vez las mismas posibilidades que yo. Teníamos el carácter de Murdoch y el misterio que parecía rodear a ese hombre. Sus terribles arrebatos de furia, como quedaba demostrado en el

incidente del perro. El hecho de que se hubiese peleado con McPherson en el pasado, y de que hubiese razones para pensar que pudiera estar resentido con él por sus relaciones con la señorita Bellamy. Tenía los mismos motivos que yo, pero ninguno nuevo excepto que todo apuntaba a que Murdoch estaba haciendo todos los preparativos necesarios para marcharse.

—¿En qué posición me quedaría yo si dejo que se escabulla con todas estas pruebas en su contra?

Aquel hombre fornido y flemático estaba enormemente preocupado.

—Piense —le dije— en todas esas lagunas fundamentales que tiene su caso. Seguramente tenga una coartada para la mañana del crimen. Había estado con sus alumnos hasta el último momento y llegó a nuestro lado minutos después de la aparición de McPherson y lo hizo en dirección a la playa. Además, tenga en cuenta que es absolutamente imposible que una única mano hubiese infligido esa clase de tortura en un hombre con su fuerza. Por último, tenemos la cuestión del instrumento con que se produjeron esas heridas.

—¿Qué otra cosa puede ser aparte de un látigo o una fusta flexible de algún tipo?

—¿Ha examinado las marcas? —le pregunté.

—Las he visto, al igual que el médico.

—Pues yo las he examinado exhaustivamente con un cristal de aumento. Tienen algunas peculiaridades.

—¿Y cuáles son, señor Holmes?

Me dirigí a mi escritorio y extraje de este una fotografía ampliada.

—Utilizo este método en casos semejantes —le expliqué.

—Desde luego hace las cosas a conciencia, señor Holmes.

—Difícilmente sería quien soy si no lo hiciera. Ahora tomemos en consideración este verdugón que se extiende por el hombro derecho. ¿No observa usted nada fuera de lo común?

—No podría decirle.

—Sin lugar a dudas, es evidente que no presenta la misma intensidad. Aquí hay un pequeño derrame de sangre y otro aquí. Este otro verdugón de aquí abajo tiene trazas semejantes. ¿Qué pueden significar?

—No tengo ni idea. ¿Usted lo sabe?

—Puede que sí. Puede que no. Es posible que logre decirle más dentro de poco. Cuando determinemos qué hizo esa marca, estaremos mucho más cerca del criminal.

—Es una idea absurda, por supuesto —dijo el policía—, pero, si le hubiesen cruzado la espalda con una red de metal al rojo vivo, esos puntos más marcados representarían el lugar donde se entrecruzan sus hilos.

—Esa comparación es muy aguda. ¿Y si pensamos en un látigo de nueve colas con pequeños nudos en ellas?

—Madre mía, señor Holmes, creo que ha dado en el clavo.

—O puede que haya una causa muy diferente, señor Bardle. Pero su caso no tiene la suficiente base para un arresto. Además, tenemos esas últimas palabras, lo de «melena de león».

—Me llegué a preguntar si confundía a Ian con algún Leo…

—Sí, yo también lo pensé. Si hubiese dicho algo parecido a Leo o Leonardo, tal vez, pero no fue así. Lo soltó casi chillando. Estoy seguro de que era «león».

—¿No tiene una alternativa, señor Holmes?

—Puede que la tenga. Pero no quisiera hablar de ella hasta que no posea argumentos más sólidos.

—¿Y cuándo será eso?

—En una hora. Es posible que menos.

El inspector se acarició la barbilla y me miró poco convencido.

—Ya quisiera yo ver lo que tiene en mente, señor Holmes. Quizá fuera cosa de esos pesqueros.

—No, no, estaban demasiado lejos.

—Bueno, pues, entonces ¿fue Bellamy y ese hijo enorme que tiene? No es que fueran muy cariñosos con el señor McPherson. ¿Le querrían dar un escarmiento?

—Que no, que no va a sacarme nada hasta que esté listo —dije con una sonrisa—. Y ahora, inspector, ambos tenemos trabajo por hacer. Si fuera tan amable de venir a verme a mediodía…

Pero en ese momento sucedió la tremenda interrupción que dio comienzo al final de la historia.

La puerta de la entrada de mi casa se abrió de golpe, se oyeron pasos de alguien que se tropezaba por el pasillo e Ian Murdoch irrumpió tambaleándose en la habitación, lívido, despeinado, con las ropas en un desorden caótico, aferrándose con sus huesudas manos a los muebles para mantenerse erguido.

—¡Brandy! ¡Brandy! —dijo jadeando y se cayó gimiendo en el sofá.

No estaba solo. Detrás de él venía Stackhurst, sin sombrero ni resuello, casi tan trastornado como su acompañante.

—Sí, sí, ¡brandy! —gritó—. Está a punto de morir. He hecho todo lo posible para traerlo hasta aquí. Se ha desmayado dos veces por el camino.

Medio vaso de aquel licor tan fuerte produjo un cambio asombroso. Se apoyó en uno de los brazos y se quitó el abrigo de los hombros.

—Por el amor de Dios, ¡aceite, opio, morfina! —exclamó—. ¡Algo que alivie este dolor infernal!

Al inspector y mí se nos escapó un grito al ver aquello. Allí, cruzándole el hombro desnudo, estaba el mismo patrón reticulado de líneas rojas e inflamadas que había marcado la muerte de Fitzroy McPherson.

Era evidente que el dolor era terrible y que no era solo local, porque la víctima se quedaría sin respiración a ratos, su rostro se ennegrecería, y luego, entre ruidosos jadeos, se llevaría la mano al corazón, mientras le caían gotas de sudor por la frente. Podía morir en cualquier momento. Cuanto más brandy pasaba por su garganta, más le revivía cada nuevo trago. Unas compresas de algodón en rama empapado en aceite común parecieron aliviar el dolor extremo de las extrañas heridas. Al final, su cabeza cayó pesadamente sobre un cojín. El cuerpo agotado se había refugiado en su última reserva de vida. Se hallaba entre el sueño y la inconsciencia, pero, al menos, sobrellevaba el dolor.

Habría sido imposible hacerle ninguna pregunta, pero, en cuanto su estado nos pareció estable, Stackhurst se volvió hacia mí.

—¡Dios mío! —exclamó—. Pero ¿qué es esto, Holmes? ¿Qué es esto?

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Abajo, en la playa. Exactamente en el mismo sitio donde halló su fin el pobre McPherson. Si el corazón de este hombre hubiese sido tan débil como el de McPherson, no estaría aquí ahora. Trayéndolo hacia aquí, más

de una vez he creído que lo perdía. Estaba demasiado lejos de Los Gables, así que me he venido para acá.

—¿Lo vio en la playa?

—Yo estaba caminando por el acantilado cuando lo he oído gritar. Estaba al borde del agua, haciendo eses como un borracho. He bajado corriendo, le he echado algo de ropa por encima, y me lo he traído para arriba. Cielo santo, Holmes, ponga todo su empeño, todas sus capacidades en acabar con la maldición de este lugar, vivir aquí se está haciendo insufrible. Con toda su reputación a nivel mundial, ¿es que no puede hacer nada por nosotros?

—Creo que sí, Stackhurst. ¡Venga conmigo ahora mismo! Y usted, inspector, ¡acompáñenos! Veamos si podemos poner a este asesino en sus manos.

Dejamos al hombre inconsciente al cuidado de mi ama de llaves y bajamos los tres juntos a la laguna letal. Sobre los guijarros había un montón de toallas y ropa dejada por el herido. Caminé lentamente por el borde del agua y mis compañeros me siguieron en fila india. La mayor parte de la poza era poco profunda, pero al pie del acantilado, donde se ahondaba la playa, tenía alrededor de metro y medio de profundidad. Un nadador habría ido a esa parte sin pensárselo, porque se formaba una bonita piscina de un verde traslúcido tan clara como el cristal. Por encima de esta parte, en la base del acantilado, había una hilera de rocas y encabecé la fila por estas mientras escudriñaba ansioso las profundidades que había debajo. Había llegado a la poza más profunda y serena cuando distinguí lo que habíamos estado buscando y prorrumpí en un grito triunfal.

—¡Cyanea! —exclamé—. ¡Cyanea! ¡Ahí tienen la melena de león!

Porque era cierto, el extraño objeto al que señalaba se parecía realmente a una maraña de pelo arrancado a la melena de un león. Se encontraba apoyada en un escalón rocoso a unos tres pies bajo el agua: una curiosa criatura ondulante, vibrante, velluda, con mechas plateadas entre los mechones amarillos. Palpitaba, dilatándose y contrayéndose, lenta y pesadamente.

—Ya ha hecho bastante daño. ¡Es el fin de sus días! —exclamé—. ¡Ayúdeme, Stackhurst! Terminemos con este asesino para siempre.

Justo encima del saliente había una roca grande y la empujamos hasta que cayó con un tremendo estrépito en el agua. Cuando se calmaron las ondas, vimos que se había asentado en el saliente del fondo. Un borde ondeante de membrana amarilla indicaba que nuestra víctima se encontraba debajo de la piedra que rezumaba una baba de sustancia densa y aceitosa; enturbiaba el agua a su alrededor mientras emergía lentamente a la superficie.

—Madre mía, ¡me ha dejado usted pasmado! —exclamó el inspector—. Pero ¿qué era eso, señor Holmes? Soy de esta tierra, nacido y criado aquí, pero nunca he visto nada parecido. Le digo que eso no es de Sussex.

—Pues mejor para Sussex —comenté—. Es posible que la tempestad del suroeste la arrastrara hasta aquí. Vengan a mi casa los dos y les contaré la terrible experiencia de un hombre que tuvo la sensatez de escribir en sus memorias su encuentro con el mismo peligro marino.

Cuando llegamos a mi despacho, descubrimos que Murdoch estaba ya tan recuperado como para poder sentarse derecho. Se le nublaba la mente y de vez en cuando se estremecía al exacerbársele el dolor. Nos explicó entrecortadamente que no tenía noción de lo que le había ocurrido, excepto que esas horribles punzadas le habían cruzado de parte a parte y que había reunido todas sus fuerzas para llegar hasta la orilla.

—Tengo aquí un libro —les dije cogiendo el pequeño volumen—, el primero que iluminó lo que habría podido seguir en sombra para siempre. Se llama *Al aire libre*, y su autor es el célebre estudioso J. G. Wood. El propio Wood estuvo a punto de fallecer al contacto con esa vil criatura, así que escribió sobre ella con conocimiento de causa. *Cyanea capillata* es el nombre completo de esta desgraciada y puede resultar tan peligrosa y mucho más dolorosa que la mordedura de la cobra. Permítame que espigue algunas líneas de este pasaje:

> Si el bañista viera a una masa amorfa y redondeada de hebras y membranas de color leonado, algo semejante a un manojo grande de pelo de león y papel de aluminio, ándese con ojo, porque se trata de la *Cyanea capillata*, de terrible picadura.

»¿Se puede describir a nuestra siniestra conocida de manera más clara?

»Prosigue con su propia experiencia con una de ellas cuando se encontraba nadando en el costa de Kent. Se dio cuenta de que el animal

tendía sus filamentos casi invisibles a una distancia de unos quince metros y que cualquiera que se encontraba dentro de esa circunferencia de centro letal se hallaba en peligro de muerte. Incluso a esa distancia, el efecto en Wood fue casi fatídico.

> Los numerosos hilos producían unas líneas de color escarlata claro en la piel, que, tras examinarlas de cerca, parecían dividirse en minúsculos puntos o pústulas, y cada punto, atravesado, por así decirlo, con una aguja al rojo vivo que se abriera paso hacia los nervios.

»El dolor local, nos explica, era una ínfima parte del superlativo tormento.

> Las punzadas me traspasaban el pecho, me hacían desmoronarme como si me hubiese alcanzado una bala. Se me paraba el pulso y luego el corazón me daba seis o siete brincos como si tratara de salírseme del pecho.

»Aquello casi lo mata, aunque solo hubiera estado expuesto en un mar agitado y abierto y no en las aguas en calma y limitadas de una poza. Dice que le costó reconocerse a sí mismo después, con aquella cara tan blanca, arrugada y demacrada que le había dejado. Se echó una botella entera de brandy entre pecho y espalda y parece ser que eso le salvó la vida. Aquí tiene el libro, inspector. Lo dejo en sus manos. No le quepa duda de que explica completamente la tragedia del pobre McPherson.

—Y, de paso, me exculpa a mí —añadió Ian Murdoch con una sonrisa sarcástica—. No le culpo, inspector, ni a usted, señor Holmes, ya que sus sospechas eran naturales. Supongo que me he librado de que me arresten en el último momento gracias a que he compartido el destino de mi pobre amigo.

—No, señor Murdoch. Yo ya estaba sobre la pista y, si me hubiese marchado de casa a primera hora, como pretendía, quizá habría podido ahorrarle esta terrible experiencia.

—Pero ¿cómo lo supo, señor Holmes?

—Soy un lector omnívoro con una memoria infrecuente para las nimiedades. Me obsesionaban aquellas palabras, «melena de león». Sabía que las había leído en alguna parte en un contexto inesperado. Ya han visto que describen a la criatura. No me cupo duda de que estaba flotando en el agua cuando la vio McPherson y que dijo esas palabras porque eran las

únicas que nos pondrían adecuadamente sobre aviso acerca de la criatura que había causado su muerte.

—Así que, por lo menos, ya no soy sospechoso —dijo Murdoch, poniéndose en pie lentamente—. Debería darles un par de explicaciones, puesto que sé en qué sentido han dirigido sus pesquisas. Es cierto que estaba enamorado de esa señorita, pero, desde el mismo día en que eligió a mi amigo McPherson, mi único deseo fue facilitar su felicidad. Me contentaba con mantenerme al margen y hacer de intermediario entre ellos. A menudo actuaba como correo de ambos y, como confiaban en mí y como le tenía tanto aprecio, corrí en ir a contarle la muerte de mi amigo, para que no se me adelantara nadie y lo hiciera de manera más brusca e insensible. Ella no quería contarle nada de nuestra relación por temor a que usted la desaprobara y a mí me hiciera sufrir. Pero, con su permiso, debo intentar regresar a Los Gables, porque agradecería meterme en la cama.

Stackhurst le tendió la mano.

—Nos hemos dejado llevar todos por los nervios —dijo—. Discúlpeme por lo pasado, Murdoch. En el futuro nos entenderemos mejor usted y yo.

Y salieron juntos como dos amigos, agarrados del brazo. El inspector se quedó mirándome en silencio con sus ojos bovinos.

—Vaya, ¡lo ha logrado! —exclamó por fin—. Había leído cosas acerca de usted, pero no me las creía. ¡Es usted asombroso!

Me vi obligado a negar con la cabeza, puesto que aceptar un halago así habría sido rebajar mi nivel.

—Al principio estuve lento, lento, sin excusas. Si hubiésemos descubierto el cadáver en el agua, difícilmente se me habría escapado esa posibilidad. La toalla me despistó. Al pobre hombre ni se le pasó por la cabeza secarse y eso, a mi vez, me llevó a pensar que nunca había estado en el agua. Y por eso, ¿qué me iba a sugerir que había sido el ataque de una criatura marina? Ahí fue donde perdí el hilo. Vaya, vaya, inspector, cuántas veces no les habré tomado yo el pelo a los señores de las fuerzas policiales: pues la *Cyanea capillata* ha estado a punto de vengar a Scotland Yard.

LA AVENTURA DE LA INQUILINA DEL VELO

Si tenemos en cuenta que el señor Sherlock Holmes estuvo en activo durante veintitrés años y que, durante diecisiete de ellos, me permitió colaborar con él y tomar notas de sus actividades, resultará evidente que dispongo de una gran cantidad de material en mi poder. El problema no ha sido nunca encontrar de qué hablar, sino elegir de qué hacerlo. Existe una larga hilera de anuarios que llenan un estante y hay cajas archivadoras llenas de documentos, una absoluta mina para el estudioso no solo del crimen, sino de los escándalos sociales y oficiales de la última etapa del período victoriano. Con relación a estos últimos, puedo afirmar que los autores de esas cartas desesperadas que imploran que no se vea comprometido el honor de su familia o la reputación de célebres antepasados, no tienen nada que temer. La discreción y el elevado sentido de la honorabilidad profesional que siempre han distinguido a mi amigo siguen guiando la elección de estos anales, y no se abusará de su confianza. Debo condenar, sin embargo, de la manera más enérgica los intentos realizados últimamente de robar y destruir estos documentos. Conocemos la fuente de estas agresiones y, si se repitieran, tengo autorización del señor Holmes para afirmar que pondremos en conocimiento del público toda la historia relacionada con el político, el faro y el cormorán amaestrado. Hay por lo menos un lector que sabrá de lo que hablo.

No resulta razonable suponer que cada uno de esos casos le dieran a Holmes la ocasión de demostrar aquellos curiosos dones, su instinto y capacidad de observación, que he tratado de presentar en estos anales. Unas veces recogía sus frutos con mucho esfuerzo, otras le caían como llovidos del cielo. Pero, con frecuencia, las tragedias humanas más espantosas estaban relacionadas con aquellos casos que le ofrecían menos oportunidades para hacerlo, pero este es uno de ese tipo y me gustaría ahora

recordarlo. En mi relato, he cambiado ligeramente nombres propios y lugares, pero, aparte de eso, los hechos sucedieron como se recogen.

Una mañana, a finales de 1896, recibí una nota apremiante de Holmes en que me pedía que acudiera a su casa. Cuando llegué, me lo encontré sentado en una atmósfera cargada de humo con una mujer anciana y maternal, con aire de dueña de pensión entrada en carnes, sentada en otro sillón enfrente de él.

—Esta es la señora Merrilow, de South Brixton —me indicó mi amigo con un gesto de la mano—. A la señora Merrilow no le molesta el tabaco, Watson, por si quiere dejarse llevar por esa indecente costumbre suya. La señora Merrilow tiene una interesante historia que contarnos que es muy posible que nos lleve a acontecimientos en los que su presencia quizá sea de utilidad.

—Todo lo que esté en mi mano…

—Como comprenderá, señora Merrilow, si voy a visitar a la señora Ronder, preferiría tener un testigo. Hágaselo saber antes de que nos presentemos allí.

—Dios le bendiga, señor Holmes —dijo nuestra visitante—, está tan deseosa de verle que podría llevarse a toda la parroquia con usted.

—Entonces iremos a primera hora de la tarde. Antes de salir, comprobemos que nuestros datos son correctos. Si los repasamos, le ayudará al doctor Watson a comprender la situación. Dice que la señora Ronder ha sido inquilina suya durante siete años y que solo le ha visto una vez la cara.

—¡Y ojalá no lo hubiese hecho! —dijo la señora Merrilow.

—Estaba, si no he entendido mal, horriblemente mutilada.

—Bueno, señor Holmes, decir que eso es una cara, es mucho decir. Así me pareció a mí. Una vez, la vio un momento nuestro lechero cuando miraba por la ventana del piso de arriba y se le cayó la lechera y toda la leche en el jardín de la entrada. Para que se haga una idea. Cuando la vi —cosa que sucedió por descuido suyo—, se la tapó corriendo y luego me dijo: «Ahora, señora Merrilow, por fin sabe por qué nunca me quito el velo».

—¿Conoce algo de su pasado?

—Nada de nada.

—¿Le dio alguna referencia cuando llegó a su casa?

—No, señor Holmes, pero me pagó en metálico, y mucho. Un trimestre de alquiler encima de la mesa por adelantado y ningún inconveniente acerca de las condiciones. En estos tiempos, una mujer pobre como yo no puede permitirse rechazar una oportunidad como esa.

—¿Le dio alguna razón por la que hubiese elegido su casa?

—Mi casa se encuentra bastante lejos de la carretera y está más retirada que la mayoría. Por otra parte, solo acepto un inquilino y yo no tengo familia. Me da la impresión de que había probado en otros sitios y que supuso que mi casa era la que mejor le venía. Lo que busca es intimidad y está dispuesta a pagar por ella.

—Dice que, durante todo este tiempo, nunca le enseñó la cara excepto una vez por accidente. Desde luego, es una historia que llama la atención. Y mucho. No me extraña que quiera que investigue.

—Yo no, señor Holmes. Mientras me pague el alquiler, estoy más que satisfecha. No se podría tener un inquilino más tranquilo ni que diera menos problemas.

—Entonces ¿qué ha cambiado en todo esto?

—Su salud, señor Holmes. Da la impresión de que se está consumiendo. Y hay algo terrible que la obsesiona. Se la oye gritar: «¡Asesinato! ¡Asesinato!». Y una vez oí que decía: «¡Bestia sanguinaria! ¡Monstruo!». Eso gritaba. Fue por la noche y los gritos retumbaron por toda la casa y me entraron escalofríos por todo el cuerpo. Así que me fui a hablar con ella por la mañana. «Señora Ronder —le dije—, si hay algo que la atormente por dentro, puede ir a la iglesia, o puede ir a la policía. Unos u otros deberían poder ayudarla en algo». «Por el amor de Dios, ¡a la policía sí que no! —me respondió ella—, y la iglesia no puede cambiar el pasado. Aunque me aliviaría si alguien supiera la verdad antes de morir». Yo le dije: «Bueno, pues si no quiere hacerlo con la policía, ahí tiene a ese detective sobre el que hemos leído». Le pido que me perdone, señor Holmes. Y ella aceptó de inmediato. «Con él, sí —me dijo—, qué raro que no se me haya ocurrido antes. Tráigamelo aquí, señora Merrilow, y, si no quiere venir, dígale que soy la mujer de Ronder, el del espectáculo de fieras. Dígale eso, y dele el

nombre de Abbas Parva. Aquí tiene cómo se escribe, Abbas Parva. Eso hará que venga si es el tipo de hombre que me imagino».

—Y tanto que me hará ir —comentó Holmes—. Muy bien, señora Merrilow. Me gustaría charlar brevemente con el doctor Watson. Nos llevará hasta la hora de comer. Calcule que estaremos por su casa de Brixton a eso de las tres.

Tan pronto como nuestra visitante había salido de la habitación andando como un pato —no hay otra expresión para describir la manera en que se movía—, Sherlock Holmes se lanzó con intensa energía hacia el montón de cuadernos de notas del rincón. Durante unos pocos minutos, se oyó cómo pasaba constantemente hojas, y luego, con un gruñido de satisfacción, dio con lo que estaba buscando. Estaba tan alterado que no se levantó, sino que se quedó sentado en el suelo como un extraño Buda, con las piernas cruzadas, los enormes volúmenes a su alrededor, y uno de ellos abiertos encima de las rodillas.

—Le estuve dando vueltas a este caso en su momento, Watson. Aquí tiene mis notas al margen para probarlo. Le confieso que no llegué a ninguna conclusión. A pesar de ello, estoy convencido de que el juez de instrucción se equivocaba. ¿No recuerda nada de la tragedia de Abbas Parva?

—Nada, Holmes.

—Pues ya andaba usted conmigo por entonces. Pero lo cierto es que mis propias ideas acerca del caso eran muy superficiales, porque no había nada con lo que guiarme y ninguna de las partes había contratado mis servicios. Tal vez quiera leer lo que se dijo en los periódicos.

—¿No podría resumirme los aspectos esenciales?

—Sin ningún problema. Ya verá cómo se va acordando al contárselo. Ronder, desde luego, andaba en boca de todos. Era rival de Wombwell, y de Sanger, y uno de los propietarios de circo más importantes del momento. Sin embargo, hay indicios de que se dio a la bebida y de que tanto él como su espectáculo iban de mal en peor en la época de la gran tragedia. La caravana había parado a pasar la noche en Abbas Parva, que es un pueblo pequeño de Berkshire, donde sucedió aquel horror. Iban de camino a Wimbledon, viajaban por la carretera, y no habían hecho más que acampar,

sin representar ninguna función, puesto que el pueblo era tan pequeño que no habrían recuperado ni el dinero de la apertura.

»Entre otros espectáculos, tenían a un espléndido león norteafricano. Se llamaba Rey del Sáhara, y tanto Ronder como su esposa tenían costumbre de realizar sus números dentro de la jaula. Aquí, como ve, hay una fotografía de la función para que observe que Ronder era un enorme tocino de hombre y que su esposa era una mujer de lo más imponente. En la investigación, hubo testigos que afirmaron que el león daba ciertas muestras de ser peligroso, pero, como suele pasar, uno se acostumbra a todo, y no hicieron mucho caso.

»Al león lo solían alimentar por la noche Ronder o su esposa. A veces iba uno, a veces ambos, pero nunca permitían que lo hiciera ningún otro, porque suponían que mientras fueran ellos quienes le llevaran la comida, los tendría por benefactores y no se mostraría violento con ambos. Esa noche de hace siete años en concreto, fueron los dos a darle de comer, y se produjo un horrible suceso cuyos extremos nunca quedaron claros.

»Parece ser que, en torno a la medianoche, despertaron a todos en el campamento unos rugidos del animal y los gritos de la mujer. Todos los mozos y empleados salieron de sus tiendas corriendo, linterna en mano, y gracias a la luz de estas vieron un horrible espectáculo. Ronder yacía, con la parte posterior de la cabeza aplastada y un profundo zarpazo en el cuero cabelludo, a unos diez metros aproximadamente de la jaula, que se encontraba abierta. Junto a la puerta de la jaula, estaba tendida boca arriba la señora Ronder, con el animal gruñendo e inclinado hacia ella. Había desgarrado su rostro de tal manera que a nadie se le pasó por la cabeza que pudiera vivir. Varios de los hombres del circo, encabezados por Leonardo, el forzudo, y Griggs, el payaso, alejaron al animal con unas varas, hasta que retrocedió de un salto adentro de la jaula y lo encerraron de inmediato en ella. Era un misterio cómo se había escapado. Se dedujo que la pareja había tratado de entrar en la jaula, pero que la puerta se quedó abierta y el animal se había abalanzado sobre ambos. Entre los testimonios, no había más aspectos de interés excepto que la mujer, que deliraba a causa del dolor, seguía gritando “¡Cobarde! ¡Cobarde!” mientras la llevaban de regreso al carromato en donde vivía la pareja. Pasaron seis meses antes de que

estuviera en condiciones de ofrecer su testimonio, pero, como era previsible, la investigación ya se había cerrado con el esperable veredicto de muerte accidental.

—¿Y qué otra cosa iban a pensar? —intervine.

—Dice bien. Sin embargo, había un par de detalles que preocupaban al joven Edmunds, de la comisaría de Berkshire. ¡Un chico listo! Más tarde lo enviaron a Allahabad. Así fue como me enteré de todo, porque se dejó caer por aquí y nos fumamos un par de pipas charlando sobre el caso.

—¿Un hombre delgado de pelo rubio?

—El mismo. Ya sabía yo que no tardaría en atar cabos.

—Pero ¿qué es lo que le preocupaba?

—Bueno, nos preocupaba a ambos. Era endiabladamente complicado reconstruir lo sucedido. Póngase en el lugar del león. Se ve libre. ¿Qué hace? Pega media docena de saltos que le llevan a Ronder, este se da la vuelta para huir —las heridas se encontraban en la parte posterior de su cabeza—, pero el león lo derriba de un zarpazo. Entonces, en lugar de seguir dando brincos y escapar, se vuelve hacia la mujer, que estaba junto a la jaula, y la tumba de un golpe y le mordisquea la cara. Pero, por otra parte, aquellos gritos dejaban entrever que su marido la había decepcionado de alguna manera. ¿Qué podía haber hecho el pobre diablo para ayudarla? ¿Entiende el problema?

—Claro.

—Y, además, hay otra cosa. Me ha venido ahora a la mente al pensar en ello de nuevo. Uno de los testigos aseguró que en el preciso momento en que el león rugía y la mujer chillaba, se oyó a un hombre gritando aterrorizado.

—Aquel hombre era Ronder, sin duda.

—Bueno, la verdad es que su cráneo estaba destrozado, así que difícilmente uno podría esperar volver a oír nada de su boca. Hubo al menos dos testigos que hablaron de los gritos de un hombre que se entremezclaban con los de la mujer.

—Yo habría pensado que todo el campamento estaría ya chillando por aquel entonces. Respecto a los demás detalles, creo que podría sugerir una solución.

—Estaría encantado de sopesarla.

—Estaban los dos juntos, a diez metros de la jaula, cuando el león quedó libre. El hombre se volvió y lo derribó. A la mujer se le ocurrió entrar en la jaula y cerrar la puerta. Era su única salida. Se dirigió hacia allí y, justo cuando llegaba, la fiera saltó tras ella y la tumbó de un golpe. Estaba furiosa con su marido por haber avivado la rabia de la bestia dándose la vuelta. Si le hubiesen hecho frente, lo habrían amedrentado. De ahí, sus gritos de «¡Cobarde!».

—¡Brillante, Watson! Su diamante solo tiene un defecto.

—¿Qué defecto, Holmes?

—Si ambos estaban a diez pasos de la jaula, ¿cómo se quedó libre la fiera?

—Cabe la posibilidad de que tuvieran algún enemigo que la liberara.

—Y ¿por qué los atacaría de una manera tan brutal cuando estaba acostumbrado a jugar y a hacer truquitos con ellos dentro de la jaula?

—Es posible que ese mismo enemigo hubiese hecho algo que le enfureciera.

Holmes se me quedó mirando pensativo y permaneció en silencio durante un rato.

—Bueno, Watson, esto es lo que he de decir sobre su teoría. Ronder tenía muchos enemigos. Edmunds me dijo que era un espanto de hombre cuando estaba curda. Un abusón de enormes dimensiones que insultaba y le soltaba latigazos a cualquiera que se interpusiera en su camino. Sospecho que esos gritos acerca de un monstruo de los que nos habló nuestra visitante sean reminiscencias nocturnas del difunto amado. Sin embargo, todo esto no son más que cábalas hasta que tengamos todos los datos. Hay perdiz fría en el aparador y una botella de Montrachet. Renovemos fuerzas antes de que volvamos a requerirlas.

Cuando nuestro coche nos dejó frente a la casa de la señora Merrilow, nos encontramos con que esa dama rolliza nos impedía el paso por la puerta abierta de su humilde y solitaria morada. Resultaba muy evidente que su mayor preocupación se hallaba en no perder a su valiosa inquilina y nos

imploró, antes de guiarnos arriba, que no dijéramos ni hiciéramos nada que pudiese conducir a un final tan poco deseable. Luego, cuando la hubimos tranquilizado al respecto, la seguimos por la escalera empinada y mal enmoquetada y nos hizo pasar a la habitación de la misteriosa inquilina.

Era un lugar cerrado, húmedo y mal ventilado, como se podía esperar, dado que su ocupante raras veces salía de él. Había cierto desquite del destino en que, de mantener a los animales en una jaula, pareciera haberse convertido en un animal enjaulado. Se encontraba sentada en un sillón roto en un rincón oscuro del cuarto. Los largos años de inactividad habían ensanchado las líneas de su figura, pero, en su momento, debía de haber sido atractiva y seguía siendo voluptuosa y sensual. Le tapaba la cara un tupido velo oscuro, pero estaba recortado cerca del labio superior y dejaba al aire una boca de formas perfectas y una barbilla delicada y redondeada. Bien podía imaginarme que hubiese sido una mujer francamente extraordinaria. Además, tenía una voz agradable y muy armoniosa.

—No le resulta desconocido mi nombre, señor Holmes —dijo—. Supuse que le haría venir.

—Así es, señora, aunque no sé cómo estaba al corriente de que me interesaba su caso.

—Me informaron de ello cuando recobré la salud y me interrogó el señor Edmunds, el detective del condado. Me temo que le mentí. Puede que hubiese sido más inteligente haberle contado la verdad.

—Normalmente, es más inteligente decir la verdad. Pero ¿por qué le mintió?

—Porque el destino de un tercero dependía de ello. Sé que era un tipo despreciable, pero no quería tener su ruina sobre mi conciencia. Habíamos estado tan unidos… ¡tan unidos!

—Pero ¿y esa traba ya no existe?

—En efecto. La persona de la que hablo ha fallecido.

—Entonces ¿por qué no le cuenta ahora a la policía todo lo que sabe?

—Porque debo tener en cuenta a otra persona. Y esa otra persona soy yo. No podría soportar ni el escándalo ni la notoriedad que conllevarían una investigación de la policía. No me queda mucho de vida, pero me gustaría morirme con tranquilidad. Sin embargo, quería encontrar a un hombre

sensato a quien contarle mi terrible historia, de modo que, cuando haya desaparecido, todo quede aclarado.

—Es todo un cumplido, señora. Pero, a pesar de ello, soy una persona responsable. No le prometo que, cuando me lo cuente, no piense que deba informar del caso a la policía.

—No creo que lo haga, señor Holmes. Estoy muy al tanto de su carácter y de sus métodos, ya que llevo siguiendo su trabajo desde hace algunos años. La lectura es el único placer que el destino me ha permitido mantener y hay pocas cosas de este mundo de las que no esté al corriente. Pero, sea como sea, me arriesgaré a que se sirva de mi tragedia como a usted le parezca. Contarlo será todo un alivio.

—A mi amigo y a mí nos encantaría escucharla.

La mujer se levantó y sacó de un cajón una fotografía de un hombre. Evidentemente, se trataba de un acróbata profesional, un hombre de un físico magnífico, retratado con los enormes brazos cruzados sobre el pecho prominente y una sonrisa que aparecía bajo su poblado bigote: la sonrisa presumida de un conquistador.

—Ese es Leonardo —nos dijo.

—Leonardo, el forzudo, ¿el que ejerció de testigo?

—El mismo. Y este… este es mi marido.

Era una cara espeluznante, parecía un cerdo humano o, mejor dicho, un jabalí humano: tan bestial que daba miedo. No era difícil imaginar cómo a esa boca asquerosa le rechinaban los dientes, cómo echaba espumarajos de rabia por ella, ni eran difíciles de concebir las miradas aviesas de esos ojos malvados. Canalla, matón, animal: todo eso estaba escrito en esa cara de gruesos carrillos.

—Estas dos imágenes les ayudarán, caballeros, a comprender la historia. Yo era una pobre chica criada en el serrín del circo y que saltaba por el aro antes de cumplir los diez años. Cuando me hice mujer, este hombre estaba enamorado de mí, si es que esa lujuria suya puede llamarse amor, y, en un mal momento, me convertí en su esposa. Desde ese día, viví un infierno, y él era el demonio que me torturaba. No había nadie en el circo que no supiera cómo me trataba. Me dejaba y se iba con otras. Me ataba y me azotaba con su fusta cuando me quejaba. Les daba pena a todos

y todos lo detestaban, pero ¿qué podían hacer? Le tenían miedo, todos sin excepción. Porque en todo momento se comportaba como un hombre terrible, pero, cuando estaba borracho, era un criminal. Le acusaban una y otra vez de agresión y de maltrato a los animales, pero le sobraba el dinero y las multas no le suponían nada. Nos dejaron los mejores artistas y el circo empezó a entrar en decadencia. Leonardo y yo éramos los únicos que lo manteníamos en pie, con el pequeño Jimmy Griggs, el payaso. Pobre chico, no tenía mucho por lo que gastar bromas, pero hacía lo que podía para que no se desmoronara todo.

»Entonces, Leonardo estuvo cada vez más presente en mi vida. Ya ven qué aspecto tenía. Ahora sé el alma mezquina que ocultaba tras ese cuerpo magnífico, pero, comparado con mi marido, era lo más parecido al arcángel san Gabriel. Yo le daba lástima, hasta que, al final, el roce se volvió amor, un amor profundo, profundo y apasionado, el tipo de amor con el que había soñado, pero que nunca había tenido esperanza de sentir. Mi marido sospechaba, pero creo que era tan cobarde como matón y Leonardo era el único hombre al que tenía miedo. Se cobró su venganza maltratándome más que nunca. Una noche, mis gritos atrajeron a Leonardo hasta la puerta del carromato. Esa noche estuvimos a punto de vivir una tragedia, y pronto comprendimos mi amante y yo que era inevitable. Mi marido no se merecía vivir. Planeamos que muriera.

»Leonardo era un tipo brillante y calculador. Fue él quien lo planeó. Y no lo digo para acusarle de ello, que yo estaba dispuesta a llegar con él hasta el final. Pero yo nunca habría tenido el ingenio para urdir un plan como aquel. Fabricamos un garrote —más bien, Leonardo— y, en el extremo más pesado, fijó cinco clavos largos de acero, con las puntas hacia afuera, con la misma separación entre ellas que hay entre las uñas del león. Con eso le íbamos a dar a mi marido su golpe de gracia y, sin embargo, las pruebas indicarían que habría sido el león, al que dejaríamos libre, quien lo habría matado.

»Cuando salimos mi marido y yo, como siempre, a darle de comer al animal, hacía una noche muy negra. Llevábamos la carne cruda en un cubo de cinc. Leonardo estaba esperando en la esquina de un gran carromato junto al que debíamos pasar antes de llegar a la jaula. Estuvo demasiado

lento y pasamos de largo antes de que pudiera asestar el golpe. Pero nos siguió de puntillas y oí el crujido del garrote al aplastar el cráneo de mi marido. Me dio un vuelco el corazón de la alegría al oír ese sonido. De un brinco, llegué hasta la jaula y descorrí el cerrojo que cerraba la puerta del enorme león.

»Y, entonces, sucedió algo terrible. Es posible que sepan lo rápido que estos animales perciben el olor de la sangre humana y hasta qué punto los saca de sí. Al animal algún curioso instinto le había dicho enseguida que habían asesinado a un ser humano. Cuando corrí los barrotes, salió de un salto y se me subió encima al momento. Leonardo podría haberme salvado. Si se hubiese dado prisa y le hubiese dado un garrotazo a la fiera, habría podido amedrentarlo. Pero le entró pánico. Lo oí gritar de terror y luego vi cómo se daba media vuelta y salía huyendo. En ese mismo momento, los dientes del león probaron mi rostro. Su aliento caliente y nauseabundo ya me había aturdido y casi no sentí dolor. Traté de apartar de mí las enormes mandíbulas humeantes y manchadas de sangre con las palmas de las manos mientras gritaba pidiendo auxilio. Era consciente de que había alertado al campamento y luego recuerdo vagamente a un grupo de hombres. Leonardo, Griggs y otros tiraron de mí para sacarme de entre las zarpas del animal. Ese fue mi último recuerdo, señor Holmes, durante muchos meses agotadores. Cuando me desperté y me vi en el espejo, maldije a ese león —¡que si lo maldije!—, no porque me hubiese quitado la belleza, sino porque no me había quitado la vida. Solo deseaba una cosa, señor Holmes, y disponía de dinero suficiente para cumplir ese deseo. Ocultar mi rostro de tal manera que nadie pudiera verlo, y vivir donde nadie a quien hubiera conocido me encontrara. Eso era todo lo que me quedaba, y eso es lo que he hecho. Soy una pobre bestia herida que se ha arrastrado a su cubil para morir: aquí acaba Eugenia Ronder.

Nos quedamos un rato en silencio después de que la infeliz hubiese contado su historia. Entonces, Holmes estiró su largo brazo y le dio unas palmadas en la mano con una muestra de simpatía como pocas veces le he visto.

—¡Pobre chica! —suspiró—. ¡Pobre chica! Es verdad que las sendas del destino son difíciles de comprender. Si en el más allá no hay ningún tipo de

recompensa, entonces el mundo es una broma cruel. Pero ¿y qué ha sido del tal Leonardo?

—Nunca volví a verlo ni a saber de él. Tal vez no he sido justa al sentirme tan enfadada con él. Habría sido tan probable que se hubiese enamorado de la cosa que el león había creado tanto como de uno de los monstruos de feria que paseábamos por el país. Pero, para una mujer, no es tan fácil dejar a un lado el amor. Me había abandonado entre las garras de una bestia, me había desamparado en la necesidad, y, a pesar de todo, no fui capaz de decidirme a enviarlo a la horca. En cuanto a mí, no me importa lo que me suceda. ¿Qué podría ser más espantoso que esta vida mía? Pero intercedí por Leonardo ante su destino.

—¿Y está muerto?

—Se ahogó el mes pasado bañándose cerca de Margate. Me enteré de su muerte por el periódico.

—Y ¿qué hizo con ese garrote de cinco uñas, que es la parte más peculiar e ingeniosa de su historia?

—No sabría decirle, señor Holmes. Hay una cantera de piedra caliza cerca de donde acampamos, con una poza verdosa y profunda al pie. Quizá en las profundidades de esa poza…

—Bueno, bueno, ahora ya tiene poca importancia. El caso está cerrado.

—Sí —repitió la mujer—, el caso está cerrado.

Nos habíamos levantado para irnos, pero Holmes oyó algo en la voz de la mujer que atrajo su atención. Se volvió rápidamente hacia ella.

—Su vida no le pertenece —le dijo—. No lo haga.

—¿De qué le sirve a nadie ya mi vida?

—¿Cómo lo sabe? Dar ejemplo sufriendo con paciencia es, en sí misma, la lección más valiosa de todas en este mundo impaciente.

La respuesta de la mujer fue terrible. Se levantó el velo y se acercó a la luz.

—Me extrañaría mucho que usted pudiera soportarlo —replicó.

Era espantoso. No hay palabras para describir la forma de un rostro cuando este mismo desaparece. Unos bonitos y ardientes ojos marrones, que miraban con tristeza desde ese siniestro despojo, no hicieron sino más

horrible su visión. Holmes levantó la mano en un gesto de compasión y de rechazo y nos marchamos ambos de la habitación.

Dos días después, cuando fui a visitar a mi amigo, me señaló con cierto orgullo un pequeño frasco azul que había sobre la repisa de su chimenea. Lo cogí. Tenía una etiqueta roja de veneno. Y salió de él un agradable aroma a almendras cuando lo abrí.

—¿Ácido prúsico?

—En efecto. Me ha llegado por correo. «Le envío mi tentación. Seguiré su consejo». Así decía el mensaje adjunto. Creo, Watson, que seremos capaces de adivinar el nombre de la valiente mujer que lo ha enviado.

LA AVENTURA DE SHOSCOMBE OLD PLACE

Sherlock Holmes se había pasado un largo rato inclinado sobre un microscopio de baja potencia. Entonces, se irguió y me miró buscándome con una expresión triunfal.

—Es pegamento, Watson —dijo—. Pegamento, sin lugar a dudas. ¡Eche un vistazo a esos objetos dispersos que se ven aquí!

Me agaché hacia la lente y la enfoqué para poder verlo.

—Esos pelos son hilos de una chaqueta de mezclilla. Los cuerpos grises irregulares son polvo. Hay escamas epiteliales a la izquierda. Esos grumos marrones del centro son, indiscutiblemente, pegamento.

—Bueno —dije riéndome—, estoy dispuesto a dar por buena su palabra. ¿Hay algo que dependa de esto?

—Es una demostración muy elegante —respondió—. Se acordará de que, en el caso de Saint Pancras, se encontró una gorra junto al policía fallecido. El hombre al que acusaron niega que fuese suya. Pero trabaja haciendo marcos de cuadros y suele utilizar pegamento.

—¿Es uno de sus casos?

—No. Mi amigo, Merivale, de Scotland Yard, me pidió que estudiara el caso. Desde que descubrí a ese falsificador de monedas por las limaduras de cinc y cobre de las costuras de los puños de su camisa, se han empezado a dar cuenta de la importancia del microscopio. —Miró impaciente su reloj —. Tenía cita con un cliente nuevo, pero llega tarde. Por cierto, Watson, ¿sabe un poco de carreras?

—Más me valdría. Me gasto en ellas casi la mitad de mi pensión por heridas de guerra.

—Entonces me servirá como *Breve guía del Hipódromo*. ¿Qué sabe de sir Robert Norberton? ¿Le dice algo ese nombre?

—Ya lo creo que sí. Vive en Shoscombe Old Place, y conozco bien ese sitio, porque una vez instalé allí mis cuarteles de verano. Norberton estuvo a punto de caer dentro de su jurisdicción.

—¿Y eso por qué?

—En aquella época, golpeó con una fusta a Sam Brewer, el célebre prestamista de Curzon Street, en Newmarket Heath. No lo mató por muy poco.

—Ah, ¡pues parece un hombre interesante! ¿Se suele comportar así muy a menudo?

—Bueno, tiene fama de ser un tipo peligroso. Debe de ser el jinete más temerario de Inglaterra. Fue segundo en el Grand National hace pocos años. Es uno de esos hombres que no ha caído en la generación correcta. Habría sido un dandi durante la Regencia: boxeador, deportista, insensato en las apuestas, amante de bellas damas, y, según dicen todos, con tantas deudas que ya no puede dar marcha atrás.

—¡Genial, Watson! Todo un retrato. Tengo la sensación de que ya conozco a ese hombre. Y ahora, ¿puede comentarme algo de Shoscombe Old Place?

—Solo que se encuentra en el centro de las tierras de Shoscombe Park y que hallará allí la célebre cuadra de Shoscombe y sus picaderos.

—Y el picador principal —añadió Holmes— es John Mason. No le sorprenda que lo sepa, Watson, esta carta que estoy desdoblando me la ha enviado él. Pero cuénteme algo más de Shoscombe. Parece que me he topado con todo un filón.

—Tenemos a los spaniel de Shoscombe —le dije—. Se habla de ellos en cada exhibición canina. La raza más selecta de Inglaterra. Son el mayor orgullo de la señora de Shoscombe Old Place.

—Que será la esposa de sir Robert Norberton.

—Sir Robert Norberton nunca se ha casado. Y mejor será, supongo, si se para uno a pensar en sus circunstancias. Vive con su hermana viuda, lady Beatrice Falder.

—Dirá que ella vive con él.

—No, no. El lugar era propiedad de su difunto esposo, sir James. Norberton no tiene ningún derecho sobre él en absoluto. No es más que un

usufructo de por vida que heredará el hermano de su marido. Hasta entonces, ella recibe una renta todos los años.

—Y el hermano Robert se gasta dichas rentas, me imagino.

—Pues más o menos es eso lo que pasa. Ese tipo es un demonio y debe ponerle las cosas difíciles a su hermana. Aunque he oído que ella le tiene auténtica veneración. Pero ¿pasa algo en Shoscombe?

—Ah, eso es precisamente lo que quiero saber. Y aquí tenemos ya, espero, al hombre que puede decírnoslo.

Se abrió la puerta y el recadero hizo pasar a un hombre alto, recién afeitado, con el gesto estricto y severo que solo puede observarse en las personas que tienen que controlar a caballos o a mozos. El señor John Mason tenía bajo su autoridad a muchos de ambas clases y parecía estar capacitado para ello. Hizo una inclinación a modo de saludo con frialdad y aplomo y se sentó en el sillón que le indicó Holmes con la mano.

—¿Ha recibido mi nota, señor Holmes?

—Sí, pero no me explicaba nada en ella.

—Era un asunto demasiado delicado para contarle los detalles por carta. Y demasiado complicado. Solo podía hacerlo cara a cara.

—Bueno, estamos a su disposición.

—En primer lugar, señor Holmes, creo que mi jefe, sir Robert, se ha vuelto loco.

Holmes levantó las cejas.

—Esto es Baker Street, para consultas médicas tiene que ir a Harley Street —le dijo—. Pero ¿por qué lo dice?

—Bueno, señor Holmes, cuando un hombre hace algo raro, o un par de cosas raras, es posible que tenga alguna razón, pero, cuando todo lo que hace es raro, entonces uno se empieza a extrañar. Creo que el Príncipe de Shoscombe y el derbi le han vuelto la cabeza del revés.

—¿Se trata de un potro de los que adiestra?

—El mejor de Inglaterra, señor Holmes. Si alguien lo sabe, soy yo. Ahora bien, seré franco con ustedes, porque sé que son unos caballeros y que no saldrá de esta habitación. Sir Robert tiene que ganar este derbi. Está con el agua al cuello y es su última oportunidad. Ha invertido en ese caballo todo lo que ha podido conseguir o pedir prestado, ¡y con muy buenas

apuestas! Ahora están a cuarenta a uno, pero, cuando empezó a apostar, iban casi cien a uno.

—Pero ¿cómo puede ser eso si el caballo es tan bueno?

—Nadie sabe lo bueno que es. Sir Robert ha sido demasiado listo para los ojeadores de los pronósticos. Sacaba al hermanastro del Príncipe en las presentaciones. No hay manera de distinguirlos. Pero, cuando se ponen al galope, le saca dos leguas de distancia. No piensa en otra cosa que en el caballo y la carrera. Le va la vida en ello. Guarda las distancias con los usureros hasta entonces. Si el Príncipe fracasa, está acabado.

—Parece una apuesta bastante desesperada, pero ¿a qué viene lo de la locura?

—Bueno, en primer lugar, no tiene más que mirarlo. No creo que duerma por las noches. Baja a las caballerizas a todas horas. Tiene mirada de loco. Todo esto le ha desquiciado. ¡Y luego tenemos su comportamiento con lady Beatrice!

—¡Ah! ¿A qué se refiere?

—Siempre han sido inseparables. Ambos tenían los mismos gustos y a ella le gustaban los caballos tanto como a él. Iba todos los días a la misma hora en su coche a verlos, pero, sobre todo, estaba loca por el Príncipe. Este levantaba las orejas cuando oía las ruedas en la grava y salía al trote cada mañana hacia el coche para tomarse su terrón de azúcar. Pero ahora, todo eso se ha acabado.

—¿Por qué?

—Pues parece que ha perdido todo el interés que tenía por los caballos. Hace hoy una semana que pasa siempre de largo con su coche al lado de las caballerizas sin ni siquiera dar los buenos días.

—¿Cree que han tenido alguna pelea?

—Y una pelea de las violentas, de las de ir a hacer daño. ¿Por qué si no regalaría él la mascota de su hermana, el spaniel al que quería como a un hijo? Se lo dio hace pocos días al viejo Barnes, el que regenta el Green Dragon, que está a unos cinco kilómetros de allí, en Crendall.

—Desde luego, eso sí parece raro.

—Con el corazón tan débil y la hidropesía, uno, por supuesto, no se podía esperar que lo acompañara por ahí, pero él se pasaba dos horas todas

las tardes en la habitación de la hermana. Y más le valía tratarla bien, porque había sido una amiga de las que no hay. Pero todo eso se ha acabado también. Ya nunca va a verla y ella se lo ha tomado a pecho. Está alicaída y malhumorada y bebe, señor Holmes, bebe como una descosida.

—¿Bebía antes de ese distanciamiento?

—Bueno, se tomaba una copita, pero ahora no es raro que se tome toda una botella en una noche. Eso es lo que me ha dicho Stephens, el mayordomo. Todo parece distinto, señor Holmes, y hay algo que me huele mal en todo esto. Porque, vamos a ver, ¿a qué baja el señor a la cripta de la antigua iglesia por las noches? ¿Y quién es el hombre con el que se reúne allí?

Holmes se frotó las manos.

—Siga, señor Mason, que esto se pone cada vez más interesante.

—Fue el mayordomo quien lo vio ir allí. A las doce de la noche y a todo llover. Así que, a la noche siguiente, me quedé levantado en la casa y, en efecto, el señor se volvió a ir. Le seguimos Stephens y yo, pero con muchos nervios, porque, si nos llega a ver, habría sido un desastre. Cuando se altera, se lía a dar unos terribles puñetazos y ya no respeta a nadie. Así que no nos atrevimos a acercarnos demasiado, pero distinguimos perfectamente adónde se dirigía. Bajaba a la cripta embrujada y había un hombre esperándolo allí.

—¿Cómo que a la cripta embrujada?

—Bueno, señor Holmes, hay una vieja capilla en ruinas en Shoscombe. Es tan antigua que nadie ha logrado ponerle fecha. Y debajo se encuentra la cripta, que entre nosotros tiene mala reputación. Es un lugar oscuro, húmedo y solitario por el día, pero, por la noche, pocos hay en ese condado que se atrevan a acercarse. Pero el señor no tiene miedo. En la vida le ha tenido miedo a nada. Pero ¿a qué se dedica allí por las noches?

—¡Espere, espere! —le interrumpió Holmes—. Dice que hay otro hombre allí. Debe de ser alguno de sus mozos de cuadra, ¡o alguien de la casa! Desde luego, no tiene más que mirar bien y preguntarle, ¿no le parece?

—No es nadie que conozca.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque lo he visto, señor Holmes. Fue la segunda noche. Sir Robert se dio la vuelta y pasó junto a nosotros, junto a Stephens y junto a mí, que estábamos temblando en unos arbustos como dos conejitos porque había algo de luz de luna esa noche. Pero podíamos oír al otro yendo y viniendo por detrás de nosotros. A ese no le teníamos miedo, así que nos pusimos en pie cuando sir Robert se hubo ido y fingimos que no hacíamos más que dar un paseo a la luz de la luna. Así llegamos directamente hasta él, de forma inocente y casual, con toda tranquilidad. «Oiga, amigo, ¿quién es usted?», le dije. Supongo que no nos había oído llegar, así que nos miró por encima del hombro con cara de haber visto al diablo saliendo del infierno. Dejó escapar un grito y se largó tan rápido como pudo adentrándose en la oscuridad. ¡Lo que pudo correr! Eso se lo reconozco. En un minuto ya no podíamos verlo ni oírlo, y nunca averiguamos ni qué ni quién era.

—Pero ¿lo vieron claramente con la luz de la luna?

—Sí, juraría que tenía la cara amarilla… un tipo infame, diría yo. ¿Qué podría tener en común con sir Robert?

Holmes se quedó pensando un buen rato.

—¿Quién hace compañía a lady Beatrice Falder? —preguntó por fin.

—Tiene una doncella, Carrie Evans. Ha estado con ella los últimos cinco años.

—Y es una persona leal, no cabe duda.

El señor Mason se revolvió apurado en su asiento.

—Bastante leal —respondió por fin—. Pero no sabría a quién.

—¡Ajá! —dijo Holmes.

—No puedo ir por ahí contando chismes.

—Lo entiendo perfectamente, señor Mason. La situación está bastante clara, desde luego. Gracias a la descripción que me ha hecho el doctor Watson de sir Robert, puedo imaginarme que no hay mujer que esté a salvo de él. ¿No le parece que la pelea entre los hermanos puede deberse a ella?

—Bueno, el escándalo resultaba bastante evidente desde hacía mucho tiempo.

—Pero es posible que ella no se hubiese dado cuenta antes. Supongamos que lo descubrió de repente. Quiso echar a la mujer. Su hermano no lo permite. La enferma, con su débil corazón y su dificultad

para moverse, no tenía manera de imponer su voluntad. La odiada doncella sigue atada a ella. La señora se niega a hablar, está de mal humor, le da a la bebida. Furioso, sir Robert le quita el spaniel. ¿No le parece que tiene todo el sentido?

—Bueno, es posible… hasta donde lo tiene.

—¡Exacto! Hasta donde lo tiene. ¿Qué relación habría entre todo esto y las visitas nocturnas a la vieja cripta? No tienen lugar en nuestra historia.

—No, señor Holmes, y otra cosa más que no tendría lugar. ¿Para qué querría sir Robert desenterrar un cadáver?

Holmes se enderezó de repente.

—No lo descubrimos hasta ayer mismo… después de que le escribiera a usted. Ayer, sir Robert se había venido a Londres, así que Stephens y yo bajamos a la cripta. Todo parecía estar como siempre, señor Holmes, salvo que había restos de un cuerpo humano en un rincón.

—Me imagino que informaron a la policía.

Nuestro visitante sonrió forzadamente.

—Pues, señor Holmes, creo que sería improbable que a ellos les interesara. No eran más que la cabeza y los huesos de una momia. Es posible que tuvieran mil años. Pero no estaban allí antes, eso se lo juro si quiere y también Stephens. Los tenían escondidos en el rincón, tapados con una tabla, pero ese rincón había estado siempre vacío hasta entonces.

—¿Qué hicieron con los restos?

—Pues nada, los dejamos allí mismo.

—Era lo más conveniente. Dice que ayer sir Robert salió. ¿Ha regresado?

—Nos dijo que volvería hoy.

—¿Cuándo regaló sir Robert el perro de su hermana?

—Hace hoy una semana precisamente. Una mañana el animal estaba aullando junto a la cabaña del pozo y a sir Robert le dio una de sus rabietas. Lo agarró, y ya creía que iba a matarlo cuando se lo dio a Sandy Bain, el yóquey, y le dijo que le llevara el perro al viejo Barnes, el del Green Dragon, porque no quería volver a verlo en su vida.

Holmes permaneció pensando un rato en silencio. Se había encendido su pipa más vieja y más sucia.

—Todavía no me queda claro qué es lo que quiere que haga yo en todo esto, señor Mason —dijo por fin—. ¿Puede concretar un poco más?

—Puede que esto lo concrete un poco más, señor Holmes —dijo nuestro visitante.

Se sacó un papel del bolsillo y, tras desdoblarlo cuidadosamente, nos mostró un fragmento de hueso chamuscado.

Holmes lo estudió con cierto interés.

—¿De dónde lo ha sacado?

—La caldera de la calefacción central está en el sótano que hay debajo de la habitación de lady Beatrice. Llevaba apagada una temporada, pero sir Robert se quejó de frío y mandó que la volvieran a encender.

»Lo hizo Harvey, uno de mis chicos. Esa misma mañana vino a verme con esto, lo había encontrado al quitar la ceniza. No le gustó la pinta que tenía.

—Ni a mí —dijo Holmes—. ¿Qué le parece, Watson?

Estaba carbonizado, pero no cabía duda alguna sobre su naturaleza anatómica.

—Es el cóndilo superior de un fémur humano —afirmé.

—¡Exactamente! —Holmes se había puesto muy serio—. ¿Cuándo se ocupa ese chico de la caldera?

—La enciende por las tarde y luego se va.

—Es decir, que podría pasarse cualquiera por allí durante la noche.

—Sí, señor.

—¿Se puede entrar por el exterior de la casa?

—Hay una puerta que da afuera. Y otra a una escalera que lleva al pasillo en donde se encuentra la habitación de lady Beatrice.

—Esto se pone peligroso, señor Mason: peligroso y bastante feo. ¿Y dice que sir Robert no estuvo en casa ayer por la noche?

—No, señor.

—Así que, sea quien sea quien haya quemado los huesos, no ha sido él.

—Así es, señor.

—¿Cómo se llamaba la posada de la que nos ha hablado?

—El Green Dragon.

—¿Es buena la pesca en esa parte de Berkshire?

El honrado picador dejó muy claro por el gesto de su rostro que estaba convencido de que acababa de meterse otro lunático en su angustiosa vida.

—Pues, señor Holmes, por lo que sé hay truchas en el río del molino y lucios en el lago de la casa.

—Con eso me vale. Watson y yo somos pescadores célebres… ¿o no lo somos, Watson? En adelante, se podrá poner en contacto con nosotros en el Green Dragon. Llegaríamos esta noche. Ni que decir tiene que no queremos que nos vean juntos, señor Mason, pero nos puede avisar allí y, sin duda, si le necesito, conseguiré encontrarle. Cuando hayamos avanzado un poco más en el asunto, le ofreceré una opinión más fundamentada.

Así, una soleada tarde de mayo, Holmes y yo nos vimos solos en nuestro vagón de primera clase en dirección al pequeño apeadero de Shoscombe. En el portaequipajes, sobre nuestras cabezas, había un revoltijo de cañas, carretes y cestas. Y, al alcanzar nuestro destino, un breve paseo en coche nos llevó hasta una taberna chapada a la antigua, donde un anfitrión muy aficionado a la pesca, Josiah Barnes, se entusiasmó con nuestros planes de eliminación de los peces de los alrededores.

—¿Qué nos dice del lago de la mansión, de probar con los lucios? —le comentó Holmes.

El rostro del posadero se ensombreció.

—No se lo aconsejo, señor. Corre el riesgo de acabar dentro del lago antes de empezar.

—¿Y eso por qué?

—Por sir Robert, señor. Está tremendamente suspicaz por los ojeadores. Si se encuentra cerca de sus picaderos a unos extraños como ustedes dos, como hay Dios que se pone a perseguirles. Sir Robert no es de los que se arriesga, sir Robert, no.

—He oído que va a presentar a uno de sus caballos al derbi.

—Sí, y además es un buen potro. Hemos puesto todo nuestro dinero en la carrera y, para colmo, el de sir Robert. Por cierto —se nos quedó mirando con ojos pensativos—, ¿no serán ustedes de los de los pronósticos?

—Claro que no. No somos más que dos londinenses agotados que están desesperados por respirar un poco del aire puro de Berkshire.

—Bueno, pues entonces, están en el lugar adecuado. De eso aquí tenemos un montón. Pero cuidado con lo que les he dicho de sir Robert. Es de los de pegar primero y preguntar después. No se acerquen a sus tierras.

—¡Entendido, señor Barnes! Desde luego que no. Por cierto, un spaniel precioso ese que está sollozando en la entrada.

—¿Verdad que sí? Es un Shoscombe de pura raza. No hay una mejor en toda Inglaterra.

—Yo también soy muy aficionado a los perros —dijo Holmes—. Ahora, si no es indiscreción, ¿le puedo preguntar cuánto vale un perro como este?

—Más de lo que podría pagar, señor. Me lo regaló el propio sir Robert. Por eso lo tengo atado. Saldría disparado para la mansión en un santiamén si lo soltara.

—Tenemos ya algunas bazas en la mano, Watson —me dijo Holmes cuando se marchó el propietario—. No es un juego sencillo, pero es posible que se nos despeje el camino en un día o dos. Por cierto, he oído que sir Robert sigue en Londres. Quizá podamos entrar en la tierra consagrada esta noche, sin miedo a que nos agreda. Hay uno o dos detalles que me gustaría confirmar.

—¿Tiene alguna teoría, Holmes?

—Solo esta, Watson: que sucedió algo hace una semana más o menos que alteró profundamente la vida de los habitantes de Shoscombe. ¿Qué fue lo que ocurrió? No podemos más que conjeturarlo a partir de sus efectos. Parecen tener una naturaleza extrañamente heterogénea. Pero eso seguramente nos ayude. Solo con los casos sosos y aburridos hay que perder la esperanza.

»Sopesemos nuestras pruebas. El hermano ya no visita a la hermana adorada y enferma. Regala a su perro favorito. ¡Su perro, Watson! ¿No le sugiere eso nada?

—Nada, aparte de que el hermano le tiene rencor.

—Bueno, puede ser eso. O… bueno, hay una alternativa. Ahora prosigamos con nuestro análisis de la situación desde el momento en que empezó la pelea si es que la hubo. La dama se queda en su habitación,

cambia sus costumbres, no la ven a menos que salga en coche con su doncella, se niega a parar en las caballerizas para saludar a su caballo favorito y, por lo que parece, se da a la bebida. Eso abarca todo el caso, ¿no es verdad?

—Salvo el tema de la cripta.

—Eso pertenece a otro hilo del razonamiento. Hay dos y le ruego que no los líe. Hilo A, el que se refiere a lady Beatrice, tiene un algo vagamente siniestro, ¿no le parece?

—A mí es que no se me ocurre nada.

—Bueno, ahora, tiremos del hilo B, el que se refiere a sir Robert. Está como loco por ganar el derbi. Se encuentra en manos de los usureros y puede que, en cualquier momento, le incauten todo y que sus acreedores le quiten sus cuadras. Es un hombre temerario y desesperado. Sus ingresos proceden de su hermana. La doncella de su hermana es su marioneta. Hasta aquí parece que pisamos sobre seguro, ¿o no lo hacemos?

—Pero ¿y la cripta?

—Ah, sí, ¡la cripta! Supongamos, Watson —esto no es más que una conjetura escandalosa, una hipótesis planteada por el puro placer de argumentar—, que sir Robert haya liquidado a su hermana.

—Mi querido Holmes, eso no puede ser.

—Es muy posible, Watson. Sir Robert es un hombre de un respetable linaje. Pero, de vez en cuando, aparece un cuervo carroñero entre las águilas. Discutamos por un momento esta conjetura. No podría huir del país hasta que hubiese cobrado su fortuna, y esa fortuna solo podría cobrarse obteniendo ese inesperado triunfo con el Príncipe de Shoscombe. Por tanto, ha seguido en sus trece. Para ello, habría tenido que deshacerse del cadáver de su víctima y habría tenido también que encontrar una sustituta que representara su papel. Con la doncella como íntima, eso no sería imposible. Habrían llevado el cadáver de la mujer a la cripta, que es un lugar muy poco frecuentado y lo habrían destruido por la noche en secreto en la caldera, de lo que dejaron prueba como ya hemos visto. ¿Qué me dice, Watson?

—Bueno, todo ello es posible, si acepta la atroz conjetura del principio.

—Creo que mañana podemos realizar un pequeño experimento, Watson, con el fin de esclarecer el asunto. Mientras tanto, si pretendemos seguir

metidos en el papel, sugiero que invitemos a nuestro anfitrión a un vaso de su vino y que mantengamos alguna conversación profunda sobre carpas y anguilas, que parece ser la forma más directa de ganarnos su afecto. Quizá, al hacerlo, tengamos posibilidad de descubrir algún cotilleo local que nos resulte útil.

Por la mañana, Holmes cayó en la cuenta de que habíamos ido sin nuestro cebo de cucharilla para percas, lo que nos eximió de pescar durante todo el día. Hacia las once salimos a pasear y nos dio permiso para que nos acompañara el spaniel melancólico.

—Es aquí —dijo cuando llegamos a una de las dos grandes entradas del bosque, que remataban unos grifos—. La anciana se da un paseo en coche a mediodía, según el señor Barnes, y este debe ir más despacio al abrirse las puertas. Cuando las cruce, y antes de que gane velocidad, quiero que usted, Watson, detenga al cochero para hacerle alguna pregunta. Olvídese de mí. Me quedaré detrás de este acebo para ver qué puedo averiguar.

La espera no fue muy larga. Un cuarto de hora después, veíamos una calesa abierta, grande y amarilla, que bajaba por el largo camino a la casa con dos caballos de tiro rucios, magníficos, de gran alzada. Holmes se agachó detrás de su arbusto con el perro. Yo me quedé despreocupadamente en la calzada haciendo balancear un bastón. Salió un guarda y abrió las puertas de golpe.

El carruaje iba ahora al paso y yo pude echar un buen vistazo a los ocupantes. Se sentaba a la izquierda una joven muy colorada con el cabello rubio y mirada de descaro. Y a su derecha había una anciana de espalda encorvada y un montón de chales por el rostro y los hombros que proclamaban que era la enferma. Cuando los caballos alcanzaron la carretera, levanté la mano con un gesto autoritario y, al detenerlos el cochero, le pregunté si sir Robert se hallaba en Shoscombe Place.

En ese mismo momento, Holmes salió del arbusto y soltó al spaniel. Con un ladrido de alegría, se lanzó hacia el carruaje y subió el estribo de un salto. Entonces, el saludo entusiasta se volvió furioso en un momento y mordió la falda negra que había allí.

—¡Siga! ¡Siga! —se oyó chillar a una voz ronca.

El cochero azotó a los caballos con la fusta y nos quedamos en medio de la carretera.

—Bueno, Watson, pues ya está —dijo Holmes mientras abrochaba la correa alrededor del cuello del alterado spaniel—. Creía que era su ama y se ha topado con un extraño. Los perros no se confunden.

—¡Pero si era la voz de un hombre! —exclamé.

—¡Exacto! Hemos añadido otra baza a nuestra mano, Watson, pero, de todas maneras, hay que jugarla con cuidado.

Al parecer, mi compañero no tenía más planes para ese día y hasta utilizamos nuestro equipo de pesca en el río del molino, de lo que resultó que tuvimos un plato de trucha para la cena. No fue ya hasta después de esa comida cuando Holmes dio signos de volver a entrar en acción. De nuevo nos vimos en la misma carretera de por la mañana, la que nos condujo a las puertas del bosque. Allí nos esperaba una alta figura morena, que no era otro que nuestro conocido de Londres, el señor John Mason, el picador.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. Tengo su nota, señor Holmes. Sir Robert no ha regresado todavía, pero he oído que se le espera esta noche.

—¿A cuánto está esa cripta de la casa? —preguntó Holmes.

—Habrá unos quinientos metros.

—Entonces, creo que podemos olvidarnos de él por completo.

—Yo no puedo permitírmelo, señor Holmes. En cuanto llegue, querrá verme para oír las últimas novedades del Príncipe de Shoscombe.

—Lo entiendo. En ese caso, debemos trabajar sin usted, señor Mason. Puede guiarnos hasta la cripta y luego marcharse.

Era una noche cerrada, sin luna, pero Mason nos condujo por los prados hasta que enfrente de nosotros apareció una mole oscura que resultó ser la antigua capilla. Entramos por el agujero que fue en tiempos el pórtico y, nuestro guía, que se movía torpemente por entre los montones de escombros, se dirigió a tientas hacia un rincón del edificio. En él había una escalera empinada que bajaba a la cripta. Encendió una cerilla para iluminar aquel melancólico lugar. Era sombrío y nauseabundo, con unos muros antiguos y en ruinas, de piedra tosca, y montones de sepulcros, algunos de

plomo y otros de piedra, que llegaban por una pared hasta el techo, una bóveda de arista que desaparecía, por encima de nuestras cabezas, en las sombras. Holmes había encendido su linterna, que abría un pequeño túnel de alegre luz amarilla en el deprimente escenario. El haz se reflejaba en las placas funerarias, muchas de las cuales se hallaban adornadas con el grifo y la corona de marqués de esa vetusta familia que portaba sus emblemas hasta las puertas de la muerte.

—Nos habló de ciertos huesos, señor Mason. ¿Podría indicárnoslos antes de irse?

—Están aquí, en este rincón.

El picador cruzó el lugar en dos zancadas y entonces, cuando enfocamos nuestra luz hacia allí, se quedó mudo de asombro.

—Ya no están —dijo.

—Me lo imaginaba —añadió Holmes riéndose entre dientes—. Me figuro que todavía sería posible encontrar sus cenizas en ese horno donde se consumió una parte.

—Pero ¿y por qué demonios iba a querer nadie quemar los huesos de un hombre que lleva muerto mil años? —preguntó John Mason.

—Para eso estamos aquí, para averiguarlo —le contestó Holmes—. Puede que tardemos mucho en hacerlo, y no hace falta que le retengamos aquí. Sospecho que habremos dado con la solución antes de que se haga de día.

Cuando John Mason se hubo marchado, Holmes se puso a la tarea inspeccionando minuciosamente las tumbas, empezando por una muy antigua del centro, que parecía sajona, y siguiendo por una larga fila de Hugos y Odos normandos, hasta llegar al sir William y el Denis Falder del siglo XVIII. A Holmes le llevó una hora o más llegar a un sepulcro de plomo que había de pie al final, en la entrada de la bóveda. Se oyó un breve grito de satisfacción y deduje por sus movimientos apresurados y decididos que había logrado su propósito. Estuvo examinando ansiosamente con su lupa los bordes de la pesada tapa. Entonces, se sacó del bolsillo una palanqueta corta, una para abrir cajas, que hincó en una rendija y con la que luego levantó apoyándose en ella toda la cubierta, que parecía estar fija por un par de grapas nada más. Al ceder, se oyó un crujido estridente, pero, apenas le

había saltado los goznes y revelado en parte su contenido, cuando tuvimos una interrupción inesperada.

Había alguien caminando en la capilla que teníamos encima. Era el paso firme y ligero de alguien que venía por un motivo concreto y que conocía bien el terreno por donde andaba. Entró una luz bajando por la escalera y, al momento, el hombre que la llevaba consigo apareció enmarcado por la arcada gótica. Resultaba terrible, era una figura de enorme estatura y expresión fiera. Tenía en la mano un farol de establo que iluminaba un rostro de facciones duras, bigotes desmedidos y ojos coléricos que miraban a su alrededor furiosos hacia cada recoveco de la cripta, hasta que se quedaron clavados con una mirada asesina en mi compañero y en mí.

—¿Quién diablos son ustedes? —vociferó—. ¿Y qué están haciendo en mi propiedad?

Entonces, como Holmes no le respondió, dio un par de pasos hacia delante y levantó un pesado bastón que traía.

—¿Es que no me oyen? —gritó—. ¿Quiénes son? ¿Qué están haciendo aquí?

Blandió el garrote en el aire.

Pero en lugar de echarse a temblar, Holmes avanzó decididamente hacia él.

—Yo también tengo una pregunta que hacerle, sir Robert —dijo en su tono más severo—. ¿Quién es esta persona? Y ¿qué es lo que hace aquí?

Se volvió y arrancó la tapa del ataúd que tenía detrás. A la luz del farol, observé el cadáver envuelto en sábanas de la cabeza a los pies. Asomaban unas facciones de bruja, todo nariz y barbilla, y unos ojos vidriosos y oscuros mirándonos desde un rostro descolorido que se deshacía.

El baronet retrocedió titubeando con un grito y se apoyó en un sarcófago de piedra.

—¿Cómo han logrado enterarse? —exclamó primero—. ¿Con qué derecho se meten en esto? —dijo luego, recobrando ligeramente su agresividad.

—Me llamo Sherlock Holmes —dijo mi compañero—. Es posible que mi nombre le resulte familiar. En cualquier caso, tengo el mismo derecho

que cualquier otro buen ciudadano a preservar la ley. Me parece que va a tener que dar muchas explicaciones.

Por un instante, sir Robert lo fulminó con la mirada, pero el tono sereno y el comportamiento frío y desenvuelto de Holmes tuvieron efecto.

—Por Dios, señor Holmes, no ha pasado nada —dijo—. Las apariencias están en mi contra, lo reconozco, pero no podía actuar de otra manera.

—Me encantaría creerlo, pero me temo que tendrá que explicárselo a la policía.

Sir Robert se encogió de hombros.

—Bueno, que sea lo que tenga que ser. Vayamos a la casa y podrán juzgar ustedes mismos cómo está el asunto.

Un cuarto de hora después, nos encontrábamos en lo que supuse que era la sala de armas de la vieja mansión, dadas las hileras de cañones bruñidos tras las vitrinas de cristal. Tenía un cómodo mobiliario y sir Robert nos dejó allí unos instantes. Cuando regresó, traía a dos acompañantes. Uno era la joven rubicunda que habíamos visto en el carruaje; el otro, un hombre bajito y con cara de rata y gestos huidizos que resultaban desagradables. Ambos daban la impresión de un absoluto desconcierto, lo que indicaba que el baronet todavía no había tenido tiempo de explicarles el giro que habían adoptado los acontecimientos.

—Estos son —dijo sir Robert señalándoles con la mano— el señor y la señora Norlett. La señora Norlett, de soltera Evans, ha sido durante unos años la doncella de confianza de mi hermana. Les he traído aquí porque creo que la mejor forma de salir de esta es explicarles la situación sin tapujos y estas son las dos únicas personas de este mundo que pueden corroborar lo que digo.

—¿Es necesario hacer esto, sir Robert? ¿Se ha parado a pensar en las consecuencias? —exclamó la mujer.

—En lo que a mí se refiere, niego toda responsabilidad en el asunto —intervino su marido.

Sir Robert lo miró con desdén.

—Yo asumiré toda la responsabilidad —dijo—. Y ahora, señor Holmes, le expondré con franqueza los hechos.

»Ha profundizado bastante en mis asuntos o no le habría encontrado donde lo hice, eso resulta obvio. Por tanto, ya sabrá, con toda probabilidad, que estoy preparando a un potro secreto para el derbi y que todo depende de que triunfe. Si gano, todo está resuelto. Si pierdo… bueno, prefiero no pensarlo.

—Entiendo su situación —dijo Holmes.

—Yo dependo de mi hermana, lady Beatrice, en todos los aspectos. Pero es ampliamente conocido que solo tiene en herencia el usufructo vitalicio. En cuanto a mí, me encuentro en manos de los usureros en cuerpo y alma. Siempre he sido consciente de que, si mi hermana muriera, mis acreedores caerían sobre mis bienes como una bandada de buitres. Me arrebatarían todo: mis cuadras, mis caballos, todo. Pues bien, señor Holmes, mi hermana murió hace exactamente una semana.

—¡Y no se lo ha dicho a nadie!

—¿Qué iba a hacer? Me enfrentaba a la ruina absoluta. Si podía aplazarlo todo tres semanas, no pasaría nada. El marido de su doncella, este hombre aquí presente, es actor. Se nos ocurrió, se me ocurrió, que podía reemplazar a mi hermana durante un breve período. No había más que dejarse ver cada día en el carruaje, porque nadie tenía necesidad de entrar en su habitación excepto la doncella. No era difícil de organizar. Mi hermana murió de la hidropesía que durante tanto tiempo la hizo sufrir.

—Eso tendrá que determinarlo el juez de instrucción.

—Su médico certificaría que sus síntomas llevaban meses anunciando ese final.

—Bueno, ¿y qué hizo usted?

—El cuerpo no podía permanecer aquí. La primera noche Norlett y yo lo sacamos a la vieja cabaña del pozo, que ahora no utiliza nadie. Sin embargo, nos siguió el spaniel de mi hermana, que no dejaba de gimotear en la puerta, así que supuse que necesita un lugar más seguro. Me deshice del spaniel y trasladé el cuerpo a la cripta de la iglesia. Sin ninguna falta de respeto ni deshonra, señor Holmes. No siento que le haya faltado a los muertos.

—Me parece a mí que su comportamiento no tiene excusa, sir Robert.

El baronet negó impaciente con la cabeza.

—Es muy fácil soltar un sermón —replicó—. Quizá lo habría visto de otra manera si hubiese estado en mi lugar. Uno no ve cómo se desbaratan todas sus esperanzas y todos sus proyectos en el último momento sin intentar, al menos, esforzarse por solucionarlo. Me pareció a mí que no resultaría un lugar de reposo indigno meterla durante esas semanas en uno de los ataúdes donde yacen los ancestros de su marido y que todavía es suelo consagrado. Abrimos un ataúd sí, quitamos su contenido, y la preparamos como han visto. Los restos anteriores, los que sacamos, no podíamos dejarlos en el suelo de la cripta. Norlett y yo nos los llevamos y él los bajó por la noche y los quemamos en la calefacción central. Esa es mi historia, señor Holmes, aunque se me escapa cómo no me ha dejado más remedio que contársela.

Holmes se quedó un buen rato sumido en sus reflexiones.

—Su relato tiene un fallo, sir Robert —dijo por fin—. Sus apuestas en la carrera, y, por tanto sus esperanzas futuras, habrían seguido en pie aunque sus acreedores le embargasen sus bienes.

—El caballo habría sido parte de los bienes. ¿Qué les importan a ellos mis apuestas? Probablemente no le habrían hecho correr. Mi acreedor principal es, por desgracia, mi peor enemigo, un granuja, Sam Brewer, al que una vez me vi forzado a azotar con la fusta en Newmarket Heath. ¿Cree usted que intentaría salvarme?

—Bueno, sir Robert —dijo Holmes al levantarse—, por supuesto, este asunto hay que comunicárselo a la policía. Mi deber era esclarecer en lo posible los hechos y debo quedarme en ese punto. En lo referente a la ética o decencia de su comportamiento, no me corresponde a mí formular una opinión. Es casi medianoche, Watson, y creo que podemos regresar a nuestra humilde morada.

Ahora es por todos conocido que este peculiar episodio terminó de manera más feliz de lo que se merecían los actos de sir Robert. El Príncipe de Shoscombe ganó finalmente el derbi, el disipado dueño se sacó ocho mil libras con las apuestas y los acreedores le dieron una prórroga hasta que concluyera la carrera, momento en que les pagó la totalidad. A sir Robert le

quedó bastante como para volver a disfrutar de una buena posición en la vida. Tanto la policía como el juez de instrucción se mostraron indulgentes con el asunto y, salvo una amable amonestación por el retraso en comunicar el fallecimiento de la dama, el afortunado propietario salió incólume de ese extraño incidente. Ahora lleva una vida que ha dejado atrás sus sombras y todo apunta a que terminará en una venerable senectud.

LA AVENTURA DEL FABRICANTE DE COLORES RETIRADO

Sherlock Holmes andaba de un humor melancólico y filosófico esa mañana. Su temperamento práctico y despierto se veía sometido a esa clase de reacciones.

—¿Lo ha visto? —me preguntó.

—¿Se refiere al anciano que acaba de irse?

—Ese mismo.

—Sí, me he cruzado con él en la puerta.

—¿Qué le parece?

—Un pobre hombre: patético, insignificante y destrozado.

—Exacto, Watson. Patético e insignificante. Pero ¿no son todas las vidas patéticas e insignificantes? ¿No es la historia de un microcosmos de la totalidad? Alargamos la mano. Atrapamos algo. Y ¿qué queda en nuestras manos al final? Una sombra. O peor que una sombra: la tristeza.

—¿Es uno de sus clientes?

—Bueno, supongo que podemos llamarlo así. Me lo ha mandado Scotland Yard. Igual que un médico que, de vez en cuando, le manda los pacientes incurables a un curandero. Consideran que no pueden hacer nada más y que, le pase lo que le pase al paciente, no puede ponerse peor de lo que está.

—¿De qué se trata?

Holmes cogió una tarjeta llena de manchas de la mesa.

—Josiah Amberley. Dice que es el socio más joven de Brickfall & Amberley, que se dedican a fabricar materiales artísticos. Habrá visto sus nombres en las cajas de pinturas. Hizo su pequeña fortuna, se retiró del negocio a los sesenta y uno, se compró una casa en Lewisham y

se dispuso a descansar tras una vida de incesante trabajo. Uno habría pensado que tenía un futuro aceptablemente asegurado.

—Pues sí, la verdad.

Holmes le echó una ojeada a unas notas que había garabateado en la parte de atrás de un sobre.

—Retirado en 1896, Watson. A comienzos de 1897, se casó con una mujer veinte años más joven, y una mujer atractiva, además, si la fotografía no miente. Una vida desahogada, una mujer, tiempo libre: parecía tener la vida resuelta. Pero, a pesar de todo, en dos años se ha convertido en lo que ha visto: un pobre hombre triste y destrozado que se arrastra bajo el sol.

—Pero ¿qué le ha pasado?

—La vieja historia de siempre, Watson. Un amigo traicionero y una mujer caprichosa. Por lo que parece, Amberley solo tiene una afición en la vida, el ajedrez. No lejos de su casa, en Lewisham, vive un joven médico al que también le gustan los escaques. He anotado su nombre, se llama doctor Ray Ernest. Ernest solía pasar tiempo en la casa y de ello se derivó, como es natural, la intimidad entre él y la señora Amberley, porque debe reconocer que nuestro desgraciado cliente tiene pocos encantos visibles, sean cuales sean las virtudes de su interior. La pareja se largó la pasada semana juntos: rumbo desconocido. Es más, la desleal cónyuge se llevó entre su equipaje la caja fuerte del anciano con una buena parte de los ahorros de su vida dentro. ¿Podemos encontrar a la señora? ¿Podemos recuperar el dinero? Hasta ahora un problema de lo más corriente, pero que resulta vital para Josiah Amberley.

—Y usted, ¿qué va a hacer?

—Bueno, da la casualidad de que la pregunta de momento, mi querido Watson, es «¿qué va a hacer usted?», si va a ser tan bueno como para sustituirme. Ya sabe que estoy muy atareado con ese caso de los dos patriarcas coptos, que debería resolverse hoy. No tengo tiempo para ir a Lewisham; sin embargo, las pruebas reunidas sobre el terreno tienen un valor especial en este caso. El viejo ha insistido mucho en que vaya, pero le he explicado mis inconvenientes. Ha accedido a reunirse con un representante.

—No faltaba más —le respondí—. Confieso que no creo que vaya a ser de mucha ayuda, pero estoy dispuesto a hacerlo lo mejor posible.

Y así fue como una tarde de verano me puse en camino para Lewisham, fantaseando un poco con que en una semana el caso del que me iba a encargar fuera el tema de discusión en toda Inglaterra.

Se me hizo de noche antes de estar de vuelta en Baker Street y realizar mi resumen de la misión. La enjuta figura de Holmes estaba arrellanada en su sillón mientras se elevaban de su pipa lentas volutas de tabaco rancio. Tenía los párpados cerrados con tal abandono que casi hubiese creído que estaba durmiendo, pero los levantaba un poco al detenerme o al narrar algún pasaje cuestionable de mi relato y dos ojos grises me atravesaban con esa mirada inquisitiva suya.

—El santuario, así se llama la casa del señor Josiah Amberley —le expliqué—. Creo que le resultaría interesante, Holmes. Parece un patricio arruinado que se hubiera visto obligado a tratar con la chusma. Ya conoce esa zona, las calles monótonas de ladrillo, las agotadoras carreteras de las afueras. Justo en el centro, como una islita de comodidad y cultura clásica, se encuentra esa antigua casa rodeada por un alto muro de color tostado, salpicado de liquen y coronado de musgo, la clase de muro…

—Ahórrese la poesía, Watson —me interrumpió Holmes bruscamente —. Tomo nota de que era una tapia de ladrillo de las altas.

—Exactamente. Si no le hubiese preguntado a un gandul que estaba fumando en la calle, no habría sabido que se trataba de El Santuario. Lo menciono por una razón. Era un tipo alto, moreno, con un gran bigote y con bastante aspecto de militar. Asintió en respuesta a mi pregunta y me lanzó una curiosa mirada de interés, que un poco más tarde me vendría a la memoria.

»No había hecho más que cruzar la puerta de la propiedad cuando vi que el señor Amberley bajaba hacia mí por el camino de acceso a la casa. Yo solo lo había visto fugazmente esta mañana y, desde luego, me había dado la sensación de ser un tipo raro, pero, al verlo a plena luz, su apariencia me resultó incluso más anormal.

—Naturalmente, yo ya lo he analizado, pero me interesaría que me comentara su impresión —me dijo Holmes.

—Me pareció un hombre literalmente dominado por la preocupación. Llevaba la espalda encorvada como si soportara un gran fardo. Sin embargo, no era el enclenque que yo me había imaginado al principio; sus hombros y su pecho tenían las hechuras de un coloso, aunque su cuerpo se va escurriendo en un par de piernas de alambre.

—Zapato izquierdo arrugado; derecho, liso.

—No me había dado cuenta.

—No, ya sabía yo que no. Me percaté de que tiene una pierna artificial. Pero continúe.

—Me chocaron los ricillos de pelo gris que le colgaban por debajo de su viejo sombrero de paja, el rostro con esa expresión violenta y ansiosa y los rasgos de profundas arrugas.

—Muy bien, Watson. ¿Qué le dijo?

—Empezó a desahogarse conmigo y me contó todos los atropellos que había sufrido. Nos paseamos juntos por el camino y, por supuesto, aproveché para echar un buen vistazo a mi alrededor. Nunca he visto un lugar peor cuidado. Todo el jardín estaba echado a perder y me daba la impresión de una dejadez rampante, de que las plantas habían crecido a la buena de Dios, sin arte alguno. Yo no sé cuántas mujeres decentes habrían podido soportar una situación así. La casa también estaba extremadamente desastrosa, pero parecía que el pobre hombre era consciente y estaba tratando de ponerle remedio porque había un montón de pintura verde en mitad de la entrada y llevaba una brocha gruesa en la mano izquierda. Se había estado dedicando a las molduras.

»Me hizo pasar a su pringoso templo y charlamos un buen rato. Por supuesto, estaba decepcionado porque usted no hubiese ido en persona. “Era difícil de creer —dijo—, que una persona tan humilde como yo, sobre todo después de mis onerosas pérdidas, pudiese obtener toda la atención de un hombre tan célebre como el señor Holmes”.

»Le aseguré que ni se había planteado la cuestión financiera. “No, por supuesto, lo hace por amor al arte —dijo—, pero, incluso por el lado artístico del crimen, habría encontrado algo digno de estudio. Y por el de la

naturaleza humana, doctor Watson: ¡cuánta triste ingratitud hay en todo esto! ¿Cuándo le negué yo nada de lo que pedía? ¿Se ha mimado tanto alguna vez a una mujer? Y ese joven… que podría haber sido mi propio hijo. Que le había abierto de par en par las puertas de mi casa. ¡Y mire, mire cómo me han tratado! Ay, doctor Watson, ¡qué mundo tan horrible, tan horrible!”.

»Y con esa cantilena me tuvo una hora o más. Por lo que parece, no había sospechado que tramasen nada. Estaban solos en la casa salvo por una mujer que va por la mañana y que se marcha todas las tardes a las seis. Esa tarde en concreto, el viejo Amberley, que había querido darle a su mujer un capricho, había comprado dos entradas para el anfiteatro del teatro de Haymarket. En el último momento, ella se quejó de un dolor de cabeza y se negó a ir. Se fue él solo. Parece que no cabe duda acerca de ese hecho, porque me sacó la entrada desaprovechada que le había comprado a su esposa para que la viera.

—Eso es curioso… muy curioso —intervino Holmes, cuyo interés en el caso parecía estar aumentando—. Le ruego que continúe, Watson. Me está llamando mucho la atención su relato. ¿Examinó personalmente esa entrada? ¿No se quedaría con el número del asiento, por casualidad?

—Pues sí lo hice —le respondí con cierto orgullo—, daba la casualidad de que era mi número de siempre en la lista del colegio, el treinta y uno, así que no se me ha ido de la cabeza.

—¡Excelente, Watson! Entonces, su asiento era el treinta o el treinta y dos.

—Así es —le contesté algo confundido—. Y era en la fila B.

—Perfecto. ¿Qué más le contó?

—Me enseñó lo que llamó su cámara acorazada. Y lo cierto es que es una cámara de seguridad, con una puerta y un cierre de hierro, y a prueba de robos, como él aseguraba. Sin embargo, por lo que se ve, la mujer había tenido un duplicado de la llave y entre ambos se habían llevado efectivo y bonos por valor de unas siete mil libras.

—¡Bonos! ¿Y cómo iban a deshacerse de ellos?

—Me dijo que le había dado una lista a la policía y que esperaba que no lograsen venderlos. Había regresado del teatro alrededor de la medianoche

y se había encontrado con que le habían saqueado la casa, que la puerta y la ventana estaban abiertas y que los fugitivos se habían marchado. No había ninguna carta ni ningún mensaje, ni ha tenido noticia alguna desde entonces. Avisó enseguida a la policía.

Holmes estuvo cavilando unos minutos.

—Dice que estaba pintando. ¿Qué estaba pintando?

—Bueno, estaba pintando el pasillo. Pero había pintado ya la puerta y las molduras de esa habitación de la que le hablo.

—¿No le pareció una ocupación chocante dadas las circunstancias?

—«Uno tiene que entretenerse en algo para mitigar el dolor». Así me lo explicó él mismo. Sin duda, era una excentricidad, pero es que él es a todas luces un excéntrico. Hizo pedazos una de las fotografías de su esposa en mi presencia… La hizo pedazos en un violento arrebato de ira. Y chilló: «Ojalá nunca vuelva a ver su condenada cara en mi vida».

—¿Algo más, Watson?

—Sí, una cosa que me chocó más que cualquier otra. Me había dirigido en coche a la estación de Blackheath y había cogido ya mi tren cuando, en el momento mismo en que estaba poniéndose en marcha, vi a un hombre que se metía precipitadamente en el vagón contiguo al mío. Ya sabe que enseguida me quedo con las caras, Holmes. No tengo duda de que se trataba del hombre alto y moreno a quien me había dirigido en la calle. Lo he visto otra vez en el puente de Londres y luego lo he perdido de vista entre la multitud. Pero estoy convencido de que me estaba siguiendo.

—¡Sin duda! ¡Sin duda! —dijo Holmes—. Un hombre alto, moreno y con un gran bigote, ¿dice? ¿Con unas gafas de sol de cristales grises?

—Holmes, parece usted adivino. No se lo he dicho, pero tenía unas gafas de sol de cristales grises.

—¿Y un alfiler de corbata de la masonería?

—Pero ¡Holmes!

—Es bastante sencillo, mi querido Watson. Pero ahora concentrémonos en lo práctico. Debo admitirle que el caso, que me había parecido tan irrisorio en su simpleza para que no mereciese apenas que le prestase atención, está adquiriendo a gran velocidad un aspecto muy diferente. Es verdad que, aunque se le ha escapado todo lo que era importante en su

misión, incluso esas cosas que han acaparado su atención dan pie a graves conjeturas.

—¿Qué se me ha escapado?

—No se enfade, mi querido amigo. Sabe que se lo digo de forma bastante impersonal. Ningún otro lo habría hecho mejor. Algunos posiblemente ni siquiera tan bien. Pero es obvio que se le han escapado algunos aspectos esenciales. ¿Qué opinión tienen los vecinos acerca del tal Amberley y de su mujer? Seguramente eso tenga su importancia. ¿Qué piensan del doctor Ernest? ¿Era el alegre donjuán que uno se imaginaría? Con su atractivo natural, todas las damas son sus ayudantes y sus cómplices. ¿Qué me dice de la chica de la oficina de correos o de la mujer del frutero? Puedo imaginármelo susurrándole tiernas naderías a la joven señorita del Ancla Azul y recibiendo cosas sustanciosas a cambio. Se ha dejado todo esto sin hacer.

—Todavía puede hacerse.

—Ya se ha hecho. Gracias al teléfono y a la ayuda de Scotland Yard suelo poder obtener lo fundamental sin dejar esta habitación. De hecho, la información de que dispongo confirma la historia de este hombre. Tiene fama local de tacaño al igual que de marido cruel e intransigente. Es cierto que poseía una gran suma de dinero en esa cámara acorazada. También lo es que el joven doctor Ernest, que no estaba casado, jugaba al ajedrez con Amberley y que hacía el tonto con su esposa. Se diría que todo esto es un juego de niños y se podría pensar que no hay nada más que decir… y a pesar de todo… ¡a pesar de todo!

—¿En qué reside la dificultad?

—Quizá en mi imaginación. Bueno, dejémoslo aquí, Watson. Evadámonos de este agotador mundo del trabajo diario por la puerta lateral de la música. Carina canta esta noche en el Albert Hall y todavía nos da tiempo a vestirnos, cenar y disfrutar de ello.

Por la mañana me levanté a buena hora, pero algunas migas de pan tostado y dos cáscaras de huevo vacías me dijeron que mi compañero se había

levantado todavía más temprano. Me encontré una nota garabateada encima de la mesa.

> Querido Watson:
>
> Hay uno o dos nexos entre los hechos que quisiera comprobar con el señor Josiah Amberley. Cuando lo haya realizado, podremos descartar o no el caso. Lo único que le pediría es que se encuentre disponible alrededor de las tres de la tarde, porque cabe la posibilidad de que pueda necesitarle.
>
> S. H.

No supe nada de Holmes en todo el día, pero a la hora citada regresó a casa serio, inquieto y abstraído. En esas ocasiones, lo más inteligente era mantenerse al margen.

—¿Ha venido ya Amberley?

—No.

—¡Ah! Lo estaba esperando.

No lo decepcionó, porque el estricto anciano llegó poco después con una expresión de gran preocupación y perplejidad en el rostro.

—He recibido un telegrama, señor Holmes. No logro sacar nada en claro de él.

Se lo tendió a Holmes y este lo leyó en voz alta.

> VENGA ENSEGUIDA SIN FALTA. PODEMOS DARLE INFORMACIÓN SOBRE SU RECIENTE PÉRDIDA.
>
> ELMAN
> LA VICARÍA

—Enviado a las dos y diez desde Little Purlington —dijo Holmes—. Little Purlington está en Essex, creo, no lejos de Frinton. Pues tendrá que marcharse enseguida, desde luego. Resulta evidente que es alguien de fiar, el vicario del pueblo. ¿Dónde tengo mi directorio Crockford del clero? Sí, aquí está: «J. C. Elman, M. A., residencia en Moosmoor, cerca de Little Purlington». Consulte los trenes, Watson.

—Sale uno a las cinco y veinte de Liverpool Street.

—Excelente. Lo mejor es que vaya con él, Watson. Puede necesitar ayuda o consejo. Hemos llegado claramente a un momento crítico en esta historia.

Pero nuestro cliente no parecía ansioso en absoluto por marcharse.

—Esto es absolutamente absurdo, señor Holmes —dijo—. ¿Qué puede saber este hombre de lo que ha sucedido? Es una pérdida de tiempo y de dinero.

—No le habría mandado un telegrama si no supiera algo. Envíe uno enseguida diciendo que está en camino.

—No creo que vaya.

Holmes adoptó su actitud más severa.

—Nos causaría la peor impresión posible tanto a la policía como a mí mismo, señor Amberley, si, cuando aparece una pista tan obvia, se negara a seguir su rastro. Sospecharíamos que, en realidad, no se está tomando muy en serio esta investigación.

Esa insinuación pareció horrorizar a nuestro cliente.

—Vaya, desde luego, si lo va a ver de esa manera, iré —dijo—. A primera vista, me parece absurdo suponer que este párroco sabe algo, pero si usted cree…

—Vaya si lo creo —dijo Holmes enfáticamente.

Y así pusimos en marcha nuestro viaje. Holmes me llevó aparte antes de que dejáramos la habitación y me dio un consejo, lo que me indicó que lo consideraba un asunto importante.

—Haga lo que haga, compruebe que va realmente —me dijo—. Si se escabullese de usted o regresara, vaya al teléfono más cercano y diga esta única palabra: «Huido». Lo dispondré todo aquí de modo que me informen esté donde esté.

Little Purlington no es un lugar al que se acceda con facilidad, porque se encuentra en una vía secundaria. No tengo un recuerdo agradable del viaje, porque era un día caluroso, el tren, lento, y mi acompañante arisco y silencioso, y apenas hablaba más que para hacer algún comentario mordaz de vez en cuando acerca de la inutilidad de nuestros métodos. Cuando por fin paramos en la pequeña estación, nos quedaba un camino en coche de unos tres kilómetros antes de llegar a la vicaría, en donde un cura fornido, solemne, más bien pomposo, nos recibió en su despacho. Tenía nuestro telegrama delante.

—Y bien, caballeros —preguntó—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Hemos venido —expliqué— en respuesta a su telegrama.

—¡Mi telegrama dice! Yo no he enviado ningún telegrama.

—Me refiero al telegrama que le envió al señor Josiah Amberley acerca de su esposa y su dinero.

—Si se trata de una broma, es de muy dudoso gusto —dijo el vicario muy acaloradamente—. Nunca he oído hablar de dicho caballero y no he telegrafiado a nadie.

Nuestro cliente y yo nos miramos el uno al otro con asombro.

—Quizá haya alguna confusión —intervine—, ¿es posible que existan dos vicarías? Tenemos aquí el telegrama en cuestión, firmado por un tal Elman y con remite de la misma.

—Aquí solo hay una vicaría, señor mío, y solo hay un vicario, y este telegrama es una falsificación bochornosa, cuyo origen, por supuesto, será investigado por la policía. Mientras tanto, no veo qué objeto tiene alargar esta entrevista.

Así que el señor Amberley y yo nos vimos en el arcén de la carretera de lo que me pareció ser el pueblo más primitivo de Inglaterra. Nos dirigimos a la oficina de telégrafos, pero ya estaba cerrada. Sin embargo, había un teléfono en el Blasón del Ferrocarril y gracias a este me puse en contacto con Holmes, que compartía nuestro asombro por el resultado de nuestro viaje.

—¡Muy extraño! —dijo la voz en la distancia—. ¡Muy extraño! Mucho me temo, mi querido Watson, que no hay tren de vuelta esta noche. Le he condenado a los horrores de una posada de pueblo por descuido. No obstante, siempre tiene a la naturaleza, Watson… a la naturaleza y a Josiah Amberley, siempre puede estar en estrecho contacto con ambos.

Cuando me colgaba, oí su risita mordaz.

Pronto se me hizo palpable que la reputación de tacaño que tenía mi acompañante no era inmerecida. Había mascullado ante los gastos del tren, había insistido en viajar en tercera clase, y ahora se quejaba ruidosamente de la cuenta del hotel. A la mañana siguiente, cuando por fin llegamos a Londres, resultaba difícil adivinar cuál de los dos se encontraba de peor humor.

—Lo mejor es que de camino se pase por Baker Street —le aconsejé—. Es posible que el señor Holmes tenga nuevas instrucciones.

—Como sean tan valiosas como las últimas, no me servirán de mucho —replicó Amberley cáusticamente con el ceño fruncido.

Sin embargo, me acompañó. Yo ya había avisado a Holmes de la hora de nuestra llegada, pero nos aguardaba un mensaje en el que nos decía que se encontraba en Lewisham y que nos esperaría allí. Aquello fue una sorpresa, pero una mayor fue descubrir que no estaba solo en el salón de nuestro cliente. A su lado se sentaba un hombre impasible de gesto adusto, un hombre moreno con gafas de sol de cristales grises y un enorme alfiler masónico que sobresalía de su corbata.

—Este es mi amigo el señor Barker —dijo Holmes—. También ha seguido con interés su caso, señor Amberley, aunque hemos estado trabajando de manera independiente. Pero ambos tenemos que hacerle una misma pregunta.

El señor Amberley se dejó caer pesadamente en su asiento. Sentía avecinarse un peligro inminente. Lo leí en la tensión de su mirada y en la crispación de su rostro.

—¿Cuál es la pregunta, señor Holmes?

—Nada más que esta: ¿qué ha hecho con los cuerpos?

Aquel hombre se puso en pie de un salto con un grito ronco. Manoteó en el aire con sus manos huesudas. Tenía la boca abierta, y, por un instante, se asemejó a alguna horrible ave de presa. De repente, vislumbramos al Josiah Amberley real, un demonio deforme con un alma tan retorcida como su cuerpo. Al desplomarse en su asiento, se llevó una mano a los labios como si contuviera la tos. Holmes se abalanzó hacia su cuello como un tigre y le obligó a torcer la cara hacia el suelo. De entre sus labios jadeantes cayó una pastilla blanca.

—Sin prisas, Josiah Amberley. Hay que hacer las cosas bien y dentro de un orden. ¿Qué le parece, Barker?

—Tengo un coche en la puerta —dijo nuestro silencioso compañero.

—No hay más que unas yardas hasta la estación. Iremos juntos. Puede quedarse aquí, Watson. Regresaré en media hora.

El antiguo fabricante de colores poseía la fuerza de un león en ese torso enorme que tenía, pero, en manos de dos hombres expertos en dominar a la gente, se encontraba indefenso. Lo arrastraron hasta el coche, resistiéndose y forcejeando, y me dejaron vigilando a solas la aciaga casa. Sin embargo, Holmes estuvo de vuelta en menos tiempo de lo que había mencionado con un inspector de policía joven y elegante.

—He dejado a Barker encargándose del papeleo —me dijo Holmes—. No conocía a Barker de antes, Watson. Es mi odiado rival en la costa de Surrey. Cuando me habló de un hombre alto y moreno, no me fue difícil imaginarme quién era. Tiene varios buenos casos en su haber, ¿verdad, inspector?

—Desde luego, se ha entrometido varias veces —respondió el inspector con cierta reserva.

—Como los míos, sus métodos son poco ortodoxos, de eso no cabe duda. Lo poco ortodoxo a veces es útil, ¿sabe? Usted, por ejemplo, con la obligada advertencia acerca de que se puede utilizar en contra de uno cualquier cosa que diga, nunca habría podido embaucar a este granuja para que soltara lo que ha sido prácticamente una confesión.

—Puede que no. Pero, en cualquier caso, avanzamos, señor Holmes. No se piense que no nos habíamos formado una opinión sobre este caso; habríamos atrapado a nuestro hombre. Discúlpenos si nos sentimos indignados cuando se mete en un caso con métodos que no podemos utilizar y nos roba todo el mérito.

—Nadie robará nada, MacKinnon. Le aseguro que me mantendré al margen de ahora en adelante, y, en cuanto a Barker, no ha hecho más que lo que le he dicho yo.

El inspector pareció considerablemente más tranquilo.

—Eso es muy generoso por su parte, señor Holmes. Puede que los halagos o los reproches no signifiquen mucho para usted, pero es muy diferente para nosotros cuando los periódicos empiezan a machacarnos a preguntas.

—Así es. Pero, como está bastante claro que van a hacerlas en cualquier caso, lo mejor sería tener respuestas. ¿Qué le dirá, por ejemplo, al reportero inteligente e intrépido cuando le pregunte acerca de los detalles exactos que despertaron sus sospechas y que, al fin y al cabo, le convencieron en cierta medida de lo que realmente sucedió?

El inspector pareció confundido.

—No parece que hayamos determinado todavía en absoluto lo que realmente sucedió, señor Holmes. Dice que el detenido, en presencia de tres testigos, ha confesado en la práctica, al tratar de suicidarse, que ha asesinado a su esposa y a su amante. ¿De qué otros hechos dispone?

—¿Ha organizado el registro?

—Hay tres agentes de camino.

—Entonces, pronto dispondremos del hecho más claro de todos. Los cuerpos no pueden andar muy lejos. Pruebe con los sótanos y el jardín. No debería llevar mucho tiempo cavar en los lugares esperables. Esta casa es más vieja que las tuberías del agua. Debe de haber un pozo abandonado en alguna parte. Pruebe suerte allí.

—Pero ¿cómo lo sabe y cómo lo hizo?

—Le expondré primero cómo lo hizo, y luego le daré todas las explicaciones que le debo, y más aún a mi sufrido amigo aquí presente, cuya ayuda ha sido incalculable de principio a fin. Pero, para empezar, le haré un esbozo de la mentalidad de este hombre. Es sumamente insólita, tanto que creo que su destino probablemente se encuentre más en el hospital de Broadmoor que en el patíbulo. Tiene, en gran medida, la clase de mente que uno relacionaría más con el carácter italiano de la Edad Media que con el británico moderno. Era un miserable tacaño que hacía tan infeliz a su esposa con sus cicaterías que esta se volvió una presa fácil para cualquier desaprensivo. Esta figura entró en escena bajo la apariencia de un médico que jugaba al ajedrez. Amberley destacaba como ajedrecista —una señal, Watson, de una mente intrigante—. Como todos los tacaños, era celoso y sus celos se convirtieron en un delirio. Con razón o sin ella, se maliciaba una confabulación. Decidió vengarse y lo planeó con diabólica inteligencia. ¡Vengan conmigo!

Holmes nos condujo por el pasillo con tanta seguridad como si hubiese vivido en la casa y se detuvo ante la puerta abierta de la cámara acorazada.

—¡Qué asco! ¡Menuda peste a pintura! —exclamó el inspector.

—Esa fue nuestra primera pista —dijo Holmes—. Se lo puede agradecer al doctor Watson por una observación suya, aunque no lograse extraer las conclusiones. Me puso sobre la pista. ¿Por qué este hombre en un momento así inundaría su casa de olores penetrantes? Obviamente, para encubrir otro olor que deseara ocultar… algún olor inculpatorio que habría sembrado sospechas en alguien. Luego teníamos la idea de una habitación como esta que ve aquí, con una puerta y un cierre de hierro, una sala herméticamente sellada. Ate ambos cabos y ¿adónde nos conducen? Eso solo podía averiguarlo si examinaba la casa yo mismo. En ese momento yo ya estaba seguro de que el caso era serio, porque había inspeccionado el libro de la taquilla del teatro Haymarket —otra diana del doctor Watson—, y había descubierto que esa noche no se habían ocupado ni la treinta ni la treinta y uno B del anfiteatro. Por tanto, Amberley no había estado en el teatro y su coartada se desmoronó. Metió la pata cuando le permitió a mi astuto amigo que se fijara en el número de asiento que le había comprado a su esposa. La pregunta que se planteaba entonces era cómo iba a lograr inspeccionar la casa. Envié a una persona al pueblo más absurdo que se me ocurrió y cité a mi hombre a una hora tal que no pudiera regresar al ir allí. Para evitar que no lo hiciera, le acompañó el doctor Watson. El nombre del buen vicario lo saqué, por supuesto, de mi Crockford. ¿Me siguen?

—Magistral —dijo el inspector impresionado.

—Como ya no tenía miedo de que me interrumpiese, procedí a allanar la casa. Robar en casas ajenas siempre ha sido una profesión alternativa que me habría gustado seguir y casi no me cabe duda de que habría llegado a lo más alto. Observen lo que encontré. Ven la tubería de gas que pasa junto al zócalo. Muy bien. Sube por la esquina de la pared y aquí hay una llave. La tubería entra en la cámara acorazada y termina en esa roseta de yeso del centro del techo, disimulada por los adornos. Ese extremo está abierto. En cualquier momento, al girar la llave de afuera, se puede inundar la habitación de gas. Con la puerta y el cierre cerrados y la llave completamente abierta, no le daría ni dos minutos de conciencia a nadie

encerrado en esa habitación. No sé con qué artimaña diabólica les engañó para que vinieran, pero, una vez cruzaron la puerta, estuvieron a su merced.

El inspector examinó la tubería con interés.

—Uno de nuestros agentes mencionó el olor a gas —dijo—, pero, por supuesto, la ventana y la puerta estaban abiertas en ese momento y la pintura ya rondaba por aquí, por lo menos, parte. Había empezado a pintar el día anterior, según su declaración. Pero ¿luego qué pasó, señor Holmes?

—Pues entonces tuvo lugar un hecho que no había previsto. Salía yo deslizándome por la ventana de la despensa nada más amanecer cuando noté una mano tirando del cuello de mi camisa y una voz que me decía: «Granuja, ¿qué estás haciendo aquí?». Cuando volví la cabeza, me topé con los cristales grises de mi amigo y rival, el señor Barker. Fue un encuentro curioso y nos hizo sonreír a ambos. Por lo que parece, lo había contratado la familia del doctor Ray Ernest para que investigara el caso y había llegado a la misma conclusión de que había truco en todo aquello. Había estado vigilando la casa unos días, había reparado en el doctor Watson y le había considerado obviamente uno de los sospechosos que la habían visitado. Le habría resultado muy difícil detener a Watson, pero, cuando vio a un hombre que salía escalando por la ventana de la despensa, su moderación llegó a su límite. Naturalmente, le conté en qué punto se encontraba el caso y decidimos colaborar.

—¿Por qué él? ¿Por qué no nosotros?

—Porque tenía intención de llevar a cabo ese pequeño experimento al que ha respondido de manera tan asombrosa. Me temo que no habrían llegado tan lejos.

El inspector se sonrió.

—Pues puede que no. Imagino que tengo su palabra, señor Holmes, de que ya no va a intervenir en el caso y de que pondrá en nuestras manos toda su información.

—Por supuesto, así lo hago siempre.

—Pues bien, en nombre del cuerpo de policía se lo agradezco. Parece un caso evidente, tal y como lo ha expuesto, y no será muy difícil encontrar los cuerpos.

—Le mostraré una pequeña evidencia, es un poco tétrica y estoy seguro de que ni siquiera Amberley se dio cuenta de ella —dijo Holmes—. Siempre obtendrá lo que busca, inspector, si se pone en el lugar del otro y piensa cómo habría actuado usted. Requiere de un pequeño esfuerzo de la imaginación, pero merece la pena. Ahora supondremos que se halla encerrado en este cuartito, no le quedan más de dos minutos de vida, pero quiere vengarse del desalmado que, probablemente, se está burlando de usted al otro lado de la puerta. ¿Qué haría?

—Escribir un mensaje.

—Exacto. Le gustaría decirle a todo el mundo cómo ha muerto. Sería inútil escribirlo en un papel; lo habría visto. Pero si lo escribe en la pared, alguien podría caer en la cuenta. Pues ahora, ¡mire aquí! Justo encima de este zócalo han garabateado con un lápiz morado: «Nos están…». Eso es todo.

—¿Qué le parece a usted?

—Bueno, no está más que a un palmo del suelo. El pobre hombre estaba muriéndose cuando lo escribió. Se desmayó antes de poder terminar.

—Estaba escribiendo: «Nos están asesinando».

—Así lo entiendo yo. Si encontrase un lápiz junto al cadáver…

—Lo buscaremos, puede estar seguro. Pero ¿y esos bonos? Es evidente que no se produjo ningún robo. Sin embargo, disponía de esos activos. Lo hemos comprobado.

—Puede estar seguro de que los ha escondido en un lugar seguro. Cuando todo aquello de la fuga hubiera pasado a la historia, los habría encontrado repentinamente y habría anunciado que los culpables se habían arrepentido y devuelto lo robado o que se les había caído por el camino.

—Desde luego, parece haber contemplado usted todas las dificultades —dijo el inspector—. Naturalmente, se vio obligado a avisarnos, pero no logro entender por qué recurrir a usted.

—¡Por fanfarrón! —contestó Holmes—. Se creía tan listo y estaba tan seguro de sí mismo que se imaginaba que nadie podía hacerle sombra. Además, a cualquier vecino suspicaz podía decirle: «Mire los pasos que he dado. Me he dirigido no solo a la policía, sino incluso a Sherlock Holmes».

El inspector se echó a reír.

—Pasaremos por alto ese «incluso», señor Holmes —dijo—, es uno de los trabajos de investigación más finos que puedo recordar.

Un par de días después, mi amigo me lanzó uno de los números quincenales del *North Surrey Observer*. Bajo una retahíla de exaltados titulares, encabezados por «El horror de El santuario» y que concluían con «Brillante investigación policial», había una densa columna impresa que ofrecía la primera narración del asunto paso a paso. El párrafo de cierre es representativo del resto. Decía lo siguiente:

> La extraordinaria agudeza con la que el inspector MacKinnon dedujo a partir del olor de la pintura que se podía estar disimulando otro olor, como podía ser el del gas; la audaz deducción de que la cámara acorazada podría ser también la cámara de la muerte, y las ulteriores pesquisas que condujeron al descubrimiento de los cadáveres en un pozo abandonado, astutamente disimulado por una caseta de perro, debería perdurar en la historia del crimen como un ejemplo permanente de la inteligencia de nuestros detectives de la policía.

—Bueno, bueno, MacKinnon es un buen tipo —dijo Holmes con una sonrisa indulgente—. Puede archivarlo entre los demás casos, Watson. Quizá se pueda contar la verdadera historia algún día.

SIR ARTHUR CONAN DOYLE (1859-1930) nació en Edimburgo, donde más adelante cursaría la carrera de medicina. Una vez finalizados los estudios se decidió a abrir su propia consulta, pero la afluencia de pacientes era más bien escasa de modo que empezó a emplear el tiempo libre del que disponía en escribir historias cortas. Así nació el célebre personaje que le daría la fama, Sherlock Holmes, cuyo fulgurante éxito lo llevó a abandonar la práctica de la medicina para dedicarse exclusivamente a la literatura. Conan Doyle posee una extensa bibliografía que, al margen de los títulos de Holmes —*Estudio en escarlata*, *El signo de los cuatro*, *Las aventuras de Sherlock Holmes*, *Las memorias de Sherlock Holmes*, *El regreso de Sherlock Holmes*, *El perro de los Baskerville*, *El valle del miedo*, *Su último saludo y El archivo de Sherlock Holmes*—, incluye novelas históricas y de ciencia ficción, cuentos de misterio, ensayos políticos, crónicas de guerra y algunos textos sobre espiritismo.

Notas

[1] Se trata de una paráfrasis de la obra de Shakespeare *Antonio y Cleopatra* (acto II, escena ii) en que Enobarbus describe a Cleopatra. *(N. del T.)*. <<

[2] Cita de *Noche de reyes* (acto II, escena iii, 44-45), de William Shakespeare. *(N. del T.)*. <<

[3] «Cortar, palanca, nunca». <<

[4] *Elsie, prepare to meet thy God*: «Elsie, prepárate para morir». *(N. del T.)*. <<

[5] «Ven enseguida». *(N. del T.)*. <<

[6] K. G.: *Knight of the Garter*, caballero de la orden de la Jarretera. P. C.: *Privy counsellor*, consejero privado de la reina. *(N. del T.)*. <<

[7] Idea fija. *(N. del T.)*. <<

[8] El *Blue* (literalmente «azul») es la máxima distinción deportiva otorgada en origen por las universidades británicas de Oxford y Cambridge y, posteriormente, imitada por el resto de las universidades británicas, australianas y neozelandesas. *(N. del T.)*. <<

[9] Andrea di Pietro della Góndola, conocido como Andrea Palladio (Padua, 1508-Maser, 1580), ejerció fundamentalmente como arquitecto en la república de Venecia. Es considerado un autor clave del manierismo y uno de los precursores del neoclasicismo. Influyó en la arquitectura burguesa de Inglaterra y el norte de Europa hasta el siglo XVIII, y en Norteamérica a partir de la Revolución americana. *(N. del T.)*. <<

[10] Shakespeare, *Noche de reyes*, acto II, escena iii, vv. 44-45. *(N. del T.)*. <<

[11] «¡Un salvaje, un auténtico salvaje!». En francés en el original. *(N. del T.)*. <<

[12] Shakespeare, *Enrique VI*, acto III, escena ii, verso 233. *(N. del T.)*. <<